

EL LAGO DE LAS NUBES

❦
Sara Donati
❦

Lectulandia

A pocas millas de la ciudad de Nueva York, la pequeña comunidad de Paradise se repone lentamente de las consecuencias de la difteria que ha devastado la población el verano anterior.

Elizabeth y Nathaniel Bonner han perdido a su hijo Robbie, de dos años, pero siguen adelante con sus esperanzas puestas en los gemelos Lily y Daniel y sobre todo en su hijastra Hannah, cuyo talento para la medicina no hace más que crecer y afianzarse entre sus paisanos.

Así, tras pasar la noche atendiendo un parto, Elizabeth y Hannah se topan por azar con Selah Voyager, una esclava fugitiva que, gravemente enferma, encuentra cobijo en casa de los Bonner.

Sin embargo, la imprevista llegada de Liam Kirby, antiguo habitante de Paradise y primer amor de Hannah, llenará de turbación el corazón de la joven.

Tentado por la recompensa ofrecida por entregar a la fugitiva, Liam ha seguido hasta allí el rastro de Selah, lo que pondrá a prueba el firme propósito de Hannah de ayudar a la esclava.

* *

Después del gran éxito obtenido con los anteriores episodios de la saga de los Bonner *En tierras lejanas* y *A la luz del amanecer*, Sara Donati continúa su aventura épica con otra novela fascinante, llena de vívidos detalles que evocan una época histórica irrepetible: la heroica gesta de los nuevos habitantes de Norteamérica, esos miles de seres humanos que, después de atravesar el océano para recobrar la libertad, debían aprender a compartir aquellas tierras con los pobladores indígenas del nuevo mundo, intercambiando conocimientos y enfrentándose, inevitablemente, por dominarlas.

Lectulandia

Sara Donati

El lago de las nubes

Saga Familia Bonner - 3

ePub r1.0

Sarah 04.10.13

Título original: *Lake in the Clouds*

Sara Donati, 2002

Traducción: Edith Zilli

Editor digital: Sarah

ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

A Jill Grinberg

PERSONAJES PRINCIPALES

Elizabeth Middleton Bonner (también llamada *Hueso en la Espalda*), maestra de escuela.

Nathaniel Bonner (también conocido como *Lobo Veloz* o *Entre Dos Vidas*), cazador y trampero; esposo de Elizabeth.

Dan'l Bonner (también llamado *Ojo de Halcón*), padre de Nathaniel.

Luke o **Luc**, hijo mayor de Nathaniel (de una relación anterior), residente en Escocia.

Hannah, también conocida como *Camina Adelante* (de pequeña: *Ardilla*), hija de Nathaniel y de su primera esposa.

Mathilde o **Lily** (a quien los *kahnyen'kehàka* llaman *Dos Gorriones*) y **Daniel** (llamado *Pequeño Zorro* por los *kahnyen'kehàka*), gemelos de Elizabeth y Nathaniel.

Selah Voyager esclava fugitiva.

Muchas Palomas, mujer *mohawk* que vive en Lago de las Nubes, cuñada de Nathaniel por su primer matrimonio.

Huye de los Osos, del clan *mohawk* de la *Tortuga*, esposo de Muchas Palomas.

Grajo Azul, hijo mayor de ambos; **Kateri**, la hija, y **Sawatis**, el hijo menor.

Palabras Fuertes, antes conocido como *Otter*, hermano de Muchas Palomas, que vive en el oeste, donde se ha casado con una mujer *séneca*.

Golpea el Cielo, *séneca*, amigo de Palabras Fuertes.

Curiosity Freeman, esclava liberta, ama de llaves de Richard Todd.

Galileo Freeman, esclavo liberto, capataz de las propiedades de Todd y esposo de Curiosity.

Daisy, hija de ambos, y **Joshua Hench**, su esposo, herrero. Viven en Paradise con sus cuatro hijos.

Richard Todd, médico y terrateniente.

Katherine (Kitty) Witherspoon Middleton Todd, su esposa.

Ethan Middleton, hijo de Kitty Todd y del primer esposo de esta.

La **viuda Kuick**, cuyo nombre de soltera es **Lucy Simple**, originaria de Boston. Propietaria del molino y las tierras que lo rodean, fronterizas con Lobo Escondido.

Isaiah Kuick, su hijo soltero, y su heredero.

Ambrose Dye, su capataz.

Ezekiel, Levi, Shadrach, Malachi, Moses, Reuben y Cookie, los esclavos del molino.

Jemima Southern, criada de la viuda Kuick, al igual que **Becca Kaes** y **Dolly Smythe**.

El señor **George Gathercole**, predicador, su esposa **Rose** y la hija de ambos: **Mary**.

Anna Hauptmann McGarrity, propietaria de la factoría.

Axel Hauptmann, padre de Anna Hauptmann, propietario de la taberna.

Jed McGarrity, cazador, trampero y alguacil de la aldea.

Liam Kirby, cazador de recompensas proveniente de la ciudad de Nueva York, anteriormente vecino de Paradise.

Cornelius Bump, asistente del doctor Todd.

Gabriel Oak, ex funcionario de la aldea.

Grievous Mudge, capitán de barco en el lago Champlain.

Sary Emory, viuda, ama de llaves. Hermana de Grievous Mudge

Baldwin O'Brien, juez de distrito, antes cobrador de impuestos.

En la ciudad de Nueva York

Amanda Spencer, prima de Elizabeth, y su esposo **William Spencer, vizconde de Durbeyfield**. Residentes de la ciudad de Nueva York, y **Peter**, hijo de ambos.

La **señora Douglas**, ama de llaves de los vizcondes de Durbeyfield.

Harold Bly, posadero de La Cabeza de Toro, y **Virginia Bly**, su esposa.

Meriwether Lewis, secretario del presidente Thomas Jefferson.

De Witt Clinton, senador.

Doctor Valentine Simon, fundador del Instituto de la Viruela, y sus colegas y ayudantes, los doctores **Paul Savard** y **Karl Scofield**.

En Roca Bermeja

Luna Partida, hija de Hecha de Huesos, del clan *Lobo* de los *kahnyen'kehàka*, residente de Buenos Pastos.

Elijah, que escapó de la esclavitud en julio de 1794.

Renhahserotha' (*Luz Nueva*), hijo de ambos.

Y los fugitivos de Roca Bermeja.

ANUNCIOS DEL NEW YORK DAILY

6 de abril de 1802

FUGADO POR SEGUNDA VEZ un negro llamado DEMETRIUS, de complexión ligera y piel oscura, propiedad del honorable caballero Henry Cook. Joven muy simpático, de unos veinte años; camina con un garbo notable y posee la sorprendente habilidad de despertar la simpatía de quienes lo escuchan con su lengua hechicera y engañosa, que rara vez dice la verdad. Gracias a su ingenio, es capaz de realizar casi cualquier tipo de trabajo; en los últimos años ha sido empleado principalmente como zapatero remendón, albañil y molinero, según requiriera la ocasión, e imagino que como hombre libre desempeñará uno de estos oficios. Quien entregue este valioso negro a su legítimo propietario recibirá una recompensa; además, se le reembolsarán todos los gastos razonables.

EL CAZADOR DE RECOMPENSAS MICAH COBB ha rastreado, capturado y entregado a la justicia a muchos negros fugitivos, entre ellos, al violento y salvaje Capitán del Pantano y a su banda de ladrones y asesinos cimarrones. De igual manera puede ayudaros a recuperar vuestra propiedad fugitiva o robada. «Tanto vuestros siervos como vuestras siervas podréis cogerlos de los nacidos en vuestra tierra... y los dejaréis en herencia a vuestros hijos después de vosotros, para que éstos hereden su posesión; serán siervos tuyos por siempre». Lev. 25. Información sobre tarifas en La Cabeza de Toro del Bowery.

FUGITIVO de quien suscribe. William Braun, aprendiz contratado, sobresaliente por su estatura y belleza; habla un inglés defectuoso. Por mandato de ley está prohibido a todos, especialmente a los patrones de navíos con destino a puertos germanoparlantes, que den albergue a dicho William, Quien devuelva el fugitivo a quien suscribe recibirá una recompensa de cinco dólares. James Burroway, impresor de la calle Beaver.

SE VENDE negra, ideal en todos los aspectos para granjeros; tiene veinticinco años de edad y se vende con o sin una niña de cuatro años y un varón de dos. Jas. Minthorn, Park Avenue.

FUGITIVA llamada CONNY, negra mulata de contextura mediana. Unos treinta y cinco años. Tiene cicatrices en la espalda y una actitud altiva. Es aficionada al licor y suele cantar procaces canciones de marinero. La acompaña un mulato llamado MOSES, de unos 40 años y 1,80 de altura, a quien le falta uno de los incisivos y tiene una o dos cicatrices en la cara; toca el violín. Debido a que lo he azotado un par de veces por su mala conducta, puede presentar cicatrices en el cuerpo. Es posible que intente ganarse la vida como tonelero, oficio que ha aprendido en mi granja. Recompensa. Albert vander Poole, Long Island.

FUGITIVA propiedad del mercader Hubert Vaark, de la calle Pearl: esclava doméstica llamada RUTH, muchacha de tez oscura y poca moral, en estado de gestación avanzada. Astuta, de voz suave y actitud mañosa. Se fugó llevándose un salero de plata y un cuchillo de trinchar con mango de marfil. Se sospecha que tratará de llegar a Canadá, donde ella y su hijo podrían hacerse pasar por libres. Quien aprese a dicha negra y la entregue a su propietario recibirá una generosa recompensa y le serán reembolsados todos los gastos razonables. Y si alguien la protege del justo castigo que merece un comportamiento tan perverso como el que ha mostrado, se expondrá a ser juzgado con todo el peso de las leyes de Dios y el hombre. «No codiciarás la mujer de tu prójimo, ni su casa, su dehesa, su siervo ni su sierva, su buey, su asno ni cosa alguna que sea de tu prójimo». Deut. 5:21.

SE HACE SABER que Meg Mather, legítima esposa de quien suscribe, se ha fugado de su esposo en compañía de un francés conocido como André Seville, llevando consigo al pequeño hijo de quien suscribe, una esclava negra francesa llamada Marie y un reloj de mesa. Se pagará una recompensa por la devolución del niño, la esclava y el reloj, pero el esposo, ante conducta tan desvergonzada y pecaminosa, se alegra de verse libre de la pérdida, por lo que no pagará recompensa por ella ni le permitirá el ingreso en su casa. Por lo tanto, advierte a todos que no pagará ninguna deuda que haya podido contraer. Jonah Mather, carnicero de Boston Post Road.

NEGROS APRESADOS. Dos fugitivos africanos han sido apresados y entregados a la prisión de este condado. Por la información contradictoria que se tiene sobre su procedencia y la identidad de sus amos, así como por lo

incomprensible de su lenguaje, resulta imposible determinar sus datos personales. Uno de ellos dice llamarse JAMES, aparenta unos 40 años, mide 1'50, está bien constituido, tiene las orejas perforadas y le falta un incisivo. El otro se llama PETER, de unos 30 años y 1,60 de altura. Ambos tienen los pies notablemente pequeños. Los negros mencionados fueron apresados alrededor del 1 de marzo y ahora son ofrecidos en alquiler, según lo indica la ley. James Lewis, sheriff.

ADVERTENCIA a todos los negros libres y manumisos. El capitán Matthew Tinker ha vuelto a navegar hasta el río del Norte al mando de su barco *María*. El capitán Tinker ha sido acusado tres veces de secuestrar a negros libres en las calles de la ciudad. Acostumbra sacarlos de nuestro estado para llevarlos al sur, donde son vendidos como esclavos. El capitán Tinker obra así en consciente y maliciosa violación de la Ley de Manumisión Gradual de 1799. CUIDAOS DE ÉL. Libertas.

FUGITIVO propiedad de Nathan Pierson, de Long Island: un negro llamado TITE, de estatura cercana al metro y medio, constitución robusta, de unos veinte años de edad y muy simpático; cuando partió, vestía un abrigo de color claro, pantalones de percal sucios y grandes hebillas plateadas. Toca el pífano. Quien aprese a dicho negro y lo encierre en la prisión de Nueva Londres recibirá una recompensa de DIEZ DÓLARES y se le reembolsarán los gastos ocasionados, a cargo de NEZER SLOO, carcelero.

EN VENTA El tiempo de dos muchachas bajo contrato de servidumbre, fuertes, una mulata y otra irlandesa. Les quedan hasta tres años de servidumbre por cumplir y saben hacer todo tipo de trabajos domésticos o agrícolas; criadas en esta familia. Consúltese a Isaac Whetstone, de la calle Park.

Por este medio se hace saber que el Asilo de la Ciudad de Nueva York alberga en la actualidad a más niños huérfanos de los que puede atender adecuadamente. Las parejas honradas y temerosas de Dios que tengan espacio suficiente para acoger a un niño pueden presentarse al señor THOMAS EDDY. La compensación determinada por el Concejo Municipal es de cincuenta céntimos mensuales por cada niño menor de dos años.

Ciudad de Nueva York, Estado de Nueva York
MARGUERITE MATHUSINE
SOLANGE HURÓN DU ROCHER

Por este medio se os notifica, de acuerdo con un segundo *pluribus subpoena* dirigido a vos, y ahora en manos del sheriff, que deberéis presentaros ante los Honorables Jueces de la Corte Suprema de esta ciudad, en audiencia que se celebrará el primer lunes del próximo mes de julio, para responder al libelo de vuestro esposo, Tiberius Maximus Hurón du Rocher, que solicita la anulación de los vínculos matrimoniales. James Lewis, sheriff.

FUGITIVA: Annie Fletcher, bajo contrato de servidumbre. Mide cerca de un metro y medio de estatura; tiene pelo oscuro, ojos raramente claros y le falta el dedo gordo de la mano izquierda. Se prohíbe a todos, especialmente a los patrones de navíos, que den albergue a dicha Annie bajo pena de castigo legal. Quien devuelva esta miserable desagradecida a quien suscribe recibirá una recompensa de un céntimo. Elisha Hunt, velero.

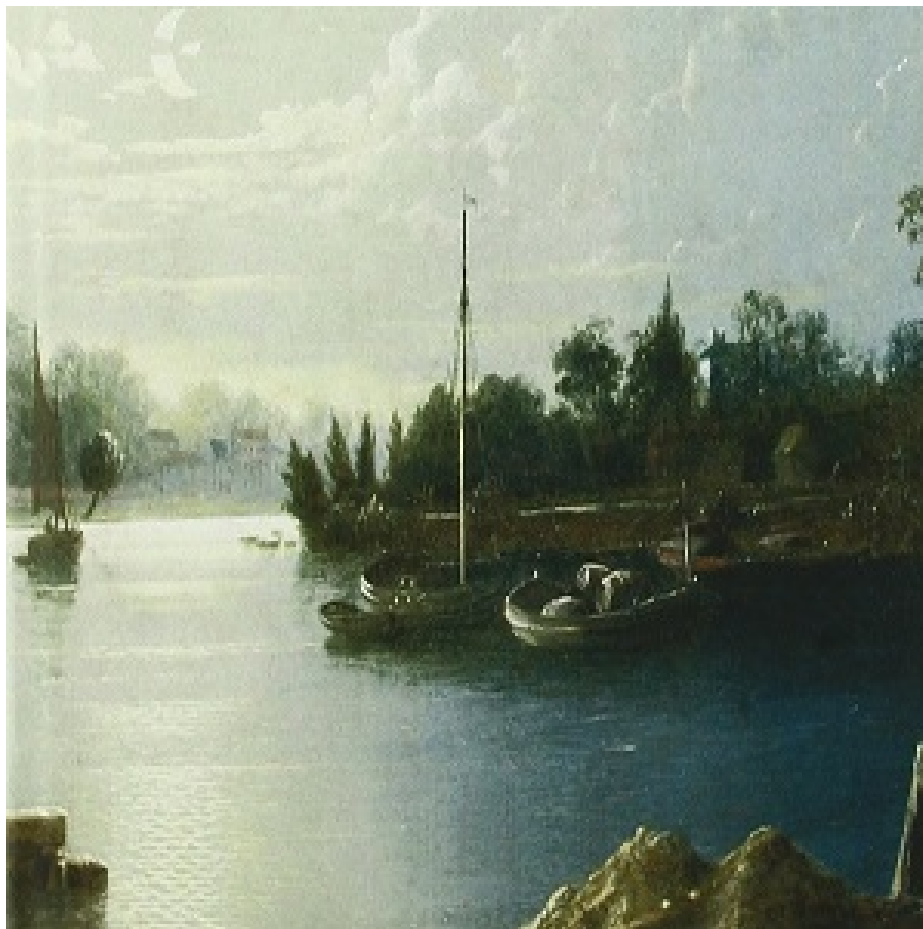
DOS DÓLARES DE RECOMPENSA Perdida PERRA muy joven, de raza terranova, amarilla y blanca, y de pelo rizado. Quien devuelva dicha perra a quien suscribe recibirá la recompensa arriba establecida. Francis Loud, calle Orange.

DIEZ DÓLARES DE RECOMPENSA Desertó el día 3 del corriente del fuerte Gandervoort. Charles Hook, soldado de Infantería de Estados Unidos, de 27 años de edad y un metro setenta y cinco centímetros de altura, ojos azules, pelo negro y tez oscura. Vestía chaqueta verde y sombrero redondo, en el que luce una pluma de paloma teñida de azul. Quien aprese y devuelva a dicho desertor a este fuerte o a cualquier puesto militar de estos Estados Unidos recibirá la recompensa citada y se le reembolsarán todos los gastos razonables. A. L. Hayes, teniente.

EL DISPENSARIO DE NUEVA YORK hace saber que las donaciones públicas han hecho posible ofrecer VACUNAS contra la temible viruela a los pobres de la ciudad, sin costo alguno. Procedimiento SEGURO e INDOLORO, ESPECIALMENTE RECOMENDADO PARA LOS NIÑOS. Consúltese al doctor Valentine SIMON en el dispensario o en el asilo.

PRIMERA PARTE

Primavera de 1802



Capítulo 1

En la primavera en que Elizabeth Middleton Bonner cumplió treinta y ocho años, cuando ya se consideraba establecida, segura y libre de cualquier tentación aventurera, llegó Selah Voyager a Paradise.

Fue el chillido de las águilas pescadoras lo que puso a las mujeres sobre aviso aquella mañana de domingo. Mientras Elizabeth y Hannah, su hijastra, rodeaban el pantano por el extremo opuesto del lago de la Media Luna, las aves comenzaron a armar tal alboroto, persiguiéndose unas a otras en largos descensos en picado, que las dos se detuvieron a observarlas. Elizabeth, cansada como estaba, agradeció esa excusa para descansar.

En los confines de los infinitos bosques neoyorquinos, el invierno cedía tímidamente paso al tiempo cálido, y el hecho de que las águilas pescadoras regresaran al lago era señal inequívoca de que pronto desaparecerían los últimos hielos. Pero también había otros indicios: un mirlo de alas rojas encaramado en una espadaña; ranas arbóreas escondidas entre los juncos que emitían su extraño reclamo, como de patos en el agua; cañas encendidas con un nuevo verdor. Mientras Elizabeth contemplaba el lago, deleitándose con lo que la mañana les ofrecía, Hannah descubrió un manojo de florecillas blancas recién brotadas. La sanguinaria servía para hacer una tintura de color escarlata muy apreciada.

—¿No puedes dejar eso para otro momento? —la reprendió Elizabeth, aunque sabía la respuesta: Hannah no podía pasar de largo ante una planta tan útil. Poco importaba que no hubiera dormido en toda la noche: podría haber subido la montaña a la carrera y bajarla al trote sin detenerse.

Después de pedirle disculpas con la mirada, la muchacha sacó de su cesto una pequeña pala y se arrodilló para extraer la planta; de pronto, se quedó petrificada, inmóvil y atenta, como un venado que se encuentra inesperadamente con un cazador.

Delante de sus ojos había un par de zapatos que descansaban al sol de la mañana sobre un tocón de roble, como si alguien los hubiera puesto a secar tras una caminata por la maleza. Eran de hechura rústica, con hebillas azules, y el uso los había reducido a casi nada.

Elizabeth nunca había visto a nadie en Paradise con zapatos como aquéllos. Por lo tanto, había un forastero en la montaña, no lejos de allí.

Lo mejor que podían hacer era continuar la marcha. No era cuestión de enfrentarse en pleno bosque con un desconocido. Y mucho menos, cansada como estaba y con la solemne misión que se le había encomendado aquella mañana. Los hombres se ocuparían más tarde de eso. Mientras las águilas pescadoras seguían chillando y sobrevolando el lago, Elizabeth se quedó observando aquellos zapatos,

debatíendose en silencio consigo misma, hasta que Hannah decidió tomar las riendas del asunto y apartó las matas de viburno.

En un pequeño hueco, bajo un saliente de piedra, yacía una mujer joven acurrucada como una pelota. Su piel era más oscura y de un tono más intenso que la tierra en la que había dormido; bajo la chaqueta de tela tejida a mano, se veía un vientre redondeado y tenso: otro niño que se disponía a abrirse paso hacia el mundo. La vaga curiosidad que Elizabeth había sentido al ver las hebillas azules fue inmediatamente reemplazada por el temor. La mujer se apartó de ellas, con la cara demudada por el miedo.

Aunque llevaba más de ocho años sin encontrarse con un esclavo fugitivo, tuvo la completa certidumbre de que aquella joven estaba huyendo de alguien que la consideraba propiedad suya.

—No tiene nada que temer de nosotras —la tranquilizó—. ¿Se ha extraviado?

La muchacha intentó incorporarse; su mirada pasó de Hannah a Elizabeth, y otra vez a Hannah. Los ojos le brillaban de fiebre y en la garganta le latía el pulso de forma tan frenética como el de un pájaro.

—Soy Elizabeth Bonner. Y ella es Hannah, mi hijastra.

El rostro de la joven se relajó un poco y sus labios se movieron sin pronunciar sonido alguno, como si las palabras fueran una carga que hubiera dejado atrás, en el camino; cuando al fin surgió la voz, sonó raramente grave y ronca.

—La maestra... La esposa de Nathaniel Bonner. —Sofocó un acceso de tos con el dorso de la mano.

—Sí. ¿Conoce a mi marido?

—He oído hablar de él, señora.

—¿Estás enferma? —intervino Hannah.

La muchacha respondió con un gesto afirmativo, y el pañuelo que llevaba anudado a la cabeza le resbaló, dejando el cráneo al descubierto; la habían rapado por completo no hacía mucho. Con dedos trémulos, se cubrió de nuevo.

—Eso es por dormir sobre el suelo mojado.

—¿Está buscando a alguien de la aldea? —le preguntó Elizabeth. Era lo más que podía acercarse a la pregunta que en realidad deseaba formular. Hannah se anticipó a responder.

—Busca a Curiosity —dijo, pronunciando el nombre de la mejor amiga de su madrastra, una mujer que le inspiraba tanto amor y confianza como si fuera de su propia familia.

Oír el nombre de Curiosity Freeman relacionado con una esclava fugitiva que había acudido a Paradise era normal. Y también alarmante. Elizabeth tendría que haberle preguntado a Hannah por qué se entrometía en eso, pero su hijastra ya había vuelto a concentrarse en la forastera y le hablaba directamente.

—No has encontrado a Curiosity donde esperabas, ¿no es así? Ha tenido que ir a ayudar en un parto, pero, claro, eso tú no podías saberlo, y te has escondido otra vez.

En la cara de la joven desaparecieron los restos del miedo. Elizabeth notó que en aquel rostro ardía algo más que la fiebre. Sus ojos oscuros revelaban una decisión apasionada y una inteligencia penetrante. La muchacha sacó algo de la bolsita que llevaba atada a la cintura y extendió la mano. En el centro de la palma, encallecida por el trabajo, sostenía un delgado disco de madera con los bordes tallados en un diseño geométrico y una piedra blanca incrustada en el centro. Al verlo, Elizabeth sintió que el corazón le brincaba en el pecho.

—¿De dónde ha sacado eso?

La muchacha tosió otra vez y sus dedos se cerraron sobre el amuleto, en un gesto tan elegante como el de un ala al plegarse.

—Almanzo Freeman me indicó el camino. Me lo dio él.

—¿Almanzo? Pero si vive...

—En la ciudad de Nueva York, sí, señora. Llevo más de dos semanas caminando. Mi última parada ha sido en las afueras de Johnstown.

En su último viaje de Nueva York a Johnstown, Elizabeth había tardado siete días completos, viajando en barco, en diligencia y en carro. Y para llegar hasta allí desde Johnstown se requerían al menos otros dos, quizá más, tal como estaban de barro los caminos. No podía creer que aquella muchacha hubiese viajado tan deprisa por parajes desconocidos.

—Hija. —Elizabeth interpeló a Hannah en el idioma de los mohawk, pueblo al que había pertenecido la madre de la joven—. ¿Qué sabes tú de todo esto?

—Lo suficiente —respondió su hijastra en la misma lengua, con toda la calma—, pero ahora no hay tiempo para explicaciones. Está enferma, y no podemos cruzar la aldea con ella a la luz del día.

Casi lo había planteado como una pregunta, pero no lo era. Con su eficiencia acostumbrada, Hannah ya había decidido lo que debían hacer y sólo esperaba a que su madrastra llegara a la misma conclusión.

Pero ¿cómo iba Elizabeth a hilvanar pensamientos coherentes con las águilas pescadoras gritando sobre sus cabezas y con aquellas dos mujeres mirándola fijamente? Una de ellas era lo bastante joven como para no pensar en su propia seguridad ni por un momento; y la otra tenía buenos motivos para temer por su vida: una muchacha en aprietos que había sido enviada por Almanzo, el hijo de Curiosity, un hombre de color que vivía libre en la ciudad. En Paradise había quienes disfrutarían entregándola al castigo que la esperaba. Y quizá le quitaran también a su hijo.

Elizabeth recordó de pronto el frágil bulto que llevaba en los brazos; de repente pesaba tanto como si fuera de hierro.

—La llevaremos a casa. ¿Cómo se llama?

La joven irguió los hombros y aspiró hondo.

—Selah Voyager —contestó—. Le agradezco tanta bondad, señora, pero prefiero esperar aquí hasta que oscurezca.

—Tonterías —replicó ella, con más severidad de la que habría querido—. Tiene hambre y fiebre. Y este lugar no está tan apartado como cree, señorita Voyager. Estará mucho más segura en Lago de las Nubes, y nosotras también.

Antes de que las cabañas aparecieran ante su vista, les llegaron las risas agudas de los niños. Selah Voyager se detuvo súbitamente y miró a Elizabeth.

—No hay nada que temer —dijo Hannah—. Son los niños. Están zambulléndose en el agua y chillan por el frío.

Pero no era la risa de los niños lo que había hecho que la joven se detuviera tan bruscamente: su mirada estaba fija en un punto, detrás de ellas. Elizabeth supo, sin girarse, que allí había alguien y que aquella joven tenía el oído lo bastante agudo como para haberlo percibido, aunque a ella le hubiera pasado inadvertido.

—He bajado a la aldea a preguntar por vosotras —dijo Nathaniel—, pero ya veo que estáis aquí... Por lo que parece, traéis compañía.

La voz de su esposo ejercía sobre Elizabeth tal poder que su nerviosismo desapareció de inmediato, reemplazado por alivio y placer. Cuando sintió la mano de Nathaniel en el hombro, la cubrió con la suya y se volvió hacia él.

—Te presento a la señorita Voyager —dijo—. Es amiga de Curiosity.

La joven hizo una reverencia, al tiempo que sofocaba un acceso de tos con el puño.

—Encantado de conocerla. —Nathaniel habló en tono desenvuelto, pero su cara reflejaba preocupación e interés, a partes iguales.

—Está aterida —dijo Hannah—. Será mejor que la llevemos dentro.

—Bien. Ocupate tú de eso —le sugirió él, y miró con atención a su hija; en la postura de sus hombros y en su expresión cautelosa leía lo que ella no le había dicho.

Selah Voyager se irguió.

—Señor Bonner..., le agradezco su ayuda.

Él logró sonreír.

—No sé de qué manera la he ayudado, pero le doy la bienvenida a Lobo Escondido.

Hannah alargó los brazos y señaló con la barbilla el bulto que cargaba Elizabeth. Tras cogerlo, se alejó con Selah. Nathaniel se acercó entonces a su esposa y examinó su rostro.

—¿Ha nacido muerto otra vez?

Ella hizo un gesto afirmativo y se reclinó contra su esposo.

—Ya me lo temía, al ver que tardabas tanto. ¿Kitty está fuera de peligro?

—Curiosity dice que sobrevivirá, pero la criatura era demasiado pequeña. Habíamos decidido enterrarla junto a las otras, y mientras veníamos hacia casa... — De pronto enronqueció.

Nathaniel la cogió del brazo.

—Se te doblan las rodillas de cansancio. Cuando te hayas recuperado, me lo contarás todo.

El alto valle formaba un extraño triángulo en la falda de la montaña. Al fondo, en la zona más estrecha había una cascada que caía dentro de una estrecha garganta, y en la más ancha, dos cabañas en forma de L, rodeadas de abedules y píceas azules. En la cabaña del este, la más próxima a la cascada, vivían tres generaciones de Bonner; la otra, algo más hacia el oeste, estaba habitada por mohawks, parientes de Nathaniel Bonner por su primer matrimonio.

Nathaniel y Elizabeth salieron del bosque y atravesaron los trigales que crecían en la parte abierta del valle. En el aire se percibía el penetrante olor de la tierra que despertaba al sol primaveral; bajo sus pies, crujían los rastrojos de la cosecha anterior. En la margen de uno de los campos, un pino romo y solitario se había abierto paso por entre los cantos rodados. Nathaniel se sentó al pie del árbol y tiró de Elizabeth para sentarla entre sus piernas, al tiempo que le estrechaba la cintura con los brazos. Su cabellera olía a espliego, tiza, tinta y el cebo de las velas que habían ardido toda la noche en la habitación de la parturienta, donde el ajetreo y la tensión la habían hecho sudar. Pero eso era algo que no necesitaba contarle: Nathaniel había oído relatos parecidos con demasiada frecuencia.

El ruido de la cascada y las voces de los niños resonaban contra las paredes de los barrancos y llegaban en oleadas hasta ellos: los reniegos de Lily y Kateri y, en respuesta, la risa de los chicos. Como Elizabeth callaba, Nathaniel le contó lo que había sucedido mientras ella estaba en la aldea: la expedición de Ojo de Halcón y Huye de los Osos para revisar las trampas, el zorro que Grajo Azul había matado con su honda cuando perseguía a las gallinas. Matilda Kaes había pagado con cinco metros de lienzo, en vez de con dinero, la instrucción que recibía su nieto en la escuela de Elizabeth. Daniel y Grajo Azul habían tenido problemas por comer un pan de maíz robado con jarabe de arce de última extracción. Nathaniel se preguntaba por qué, si querían darse un atracón, no habían permitido que participaran sus hermanas; ese descuido había hecho que Lily y Kateri corrieran a informar del latrocinio a Muchas Palomas.

Elizabeth se imaginó la escena y esbozó una leve sonrisa. Él dijo:

—¡Lo que tengo que esforzarme para arrancarte una sonrisa, Botas!

Ella se giró en sus brazos para mostrarle que era capaz de sonreír, o al menos de intentarlo. En ese último año habían perdido muchas cosas que no se podían reemplazar; entre ellas, la fácil sonrisa de Elizabeth. Su dolor era tan intenso como el

gris de sus ojos.

En el mes de agosto, los habitantes de la aldea habían sido atacados por unas llagas infecciosas que aparecían en la garganta, como surgidas de la nada. Richard Todd y Curiosity supieron de inmediato qué era; los demás, en cambio, tardaron algunas semanas en comprenderlo. Aunque Hannah les había leído fragmentos de un libro que hablaba de ello, no había manera de imaginar la naturaleza de aquel monstruo que denominaban «difteria»..., hasta que lo vieron en la garganta de su hijo menor.

Fue Hannah quien obligó a su padre a mirar, y éste aún lamentaba no haberse negado. Jamás podría olvidar la membrana que crecía en los tejidos blandos de la garganta, como tampoco podría olvidar al niño que había muerto sofocado por ella. Para él, la enfermedad era algo vivo, un extraño que había surgido entre ellos para robar, veloz, cruel e incontenible.

Cuando pasó la epidemia, no había familia que hubiera escapado a sus estragos. En Lago de las Nubes habían enterrado a dos: Atardecer, la abuela de Hannah, y, contra su pecho, donde había estado tan bien atendido, Robbie Bonner, que sólo tenía dos años. Nathaniel aún esperaba oír la voz del pequeño cada vez que abría la puerta de casa.

—La niñita de Kitty no ha llegado a respirar, Nathaniel. Nosotros, al menos, tuvimos a Robbie durante un tiempo.

—Demasiado breve —dijo él, en tono irritado; estaba furioso y lo estaría siempre, furioso consigo mismo, por haber permitido que el niño se le escabullera. A decir verdad, no lograba calmar el dolor de su esposa, de la misma manera que no podía calmar el suyo propio.

Abajo, en la aldea, la campana de la iglesia comenzó a tañer. Elizabeth dio un respingo y se incorporó. Nathaniel dijo:

—De todas las cosas que Lucy Kuick trajo a Paradise cuando adquirió el molino de John Glove, esa maldita campana es con mucho la más molesta.

—Fue el señor Gathercole quien la compró —le recordó ella, con un bostezo.

—¿Y quién hizo venir a Gathercole?

—La señora Kuick, es cierto. Pero ya era hora. Hace ya dos años que el señor Witherspoon se mudó a Boston; la gente se alegra de tener un ministro de la Iglesia.

—Yo no. Con campana, no.

Eso al menos arrancó una sonrisa a Elizabeth, que acarició la mejilla de su marido.

—¿Piensas quejarte de eso todos los domingos durante el resto de tu vida?

—Me consideraría afortunado si esa campana fuera mi única preocupación. ¿Vas a contarme lo de esa joven o no?

Ella inhaló ruidosamente y dejó escapar el aire, resignada.

—Creo que es una fugitiva.

—Eso ya me lo imaginaba —repuso Nathaniel—. ¿Qué más sabes?

Elizabeth le contó lo sucedido con voz serena; sólo delataba su preocupación la manera en que frotaba la tela de la falda con los dedos.

—Trae una alhaja con ella.

—¿Una alhaja?

Ella asintió.

—Sí, una joya africana como la que tenía Joe cuando lo encontramos en el bosque.

—Pero puede no ser la misma.

—El diseño es igual. Nos la ha mostrado como si esperara que la reconociéramos. Supongo que Almanzo se la habrá dado como una especie de contraseña para Curiosity.

Nathaniel se frotó la cara con una mano, tratando de ordenar sus ideas.

—De lo que dices se desprende que a menudo vienen esclavos fugitivos por aquí, Botas, y eso no tiene mucho sentido. Sabes muy bien que en Paradise no puede esconderse ningún forastero, y mucho menos si tiene la piel negra. A menos que Curiosity los aloje en la casa vieja...

—Eso no es muy probable —reconoció ella. La casa de su padre permanecía vacía desde su muerte, pero distaba mucho de estar abandonada—. Con tanta gente como entra y sale de ella, dudo que fuera un refugio adecuado.

—Algo está sucediendo, sin duda. Sólo espero que Galileo y Curiosity no estén relacionados con esclavos fugitivos.

—Nathaniel... —dijo ella, muy seca, pero él le apretó el hombro con fuerza para que no siguiera.

—No necesitas darme ningún sermón sobre la esclavitud. La detesto tanto como tú, ya lo sabes. Pero esto podría causarnos muchas dificultades. ¿Y qué se supone que debería hacer Curiosity con esa muchacha, después de alojarla en la casa vieja?

—No lo sé —replicó Elizabeth, cortante—. Pero Hannah sí.

—¡Diablos! Espero que no sea cierto... —Nathaniel la estrechó contra sí; percibía el cansancio y la agitación que luchaban en ella—. Pero será mejor que lo averigüemos.

* *

La hijita muerta de Kitty Todd, envuelta en su mortaja de muselina, era tan pequeña que cabía en la palma de la mano; Hannah sentía la forma del cráneo, la curva de la columna y las piernas recogidas contra el pecho, no más ancho que un

pulgar de hombre.

Justo antes del amanecer, Kitty había reunido fuerzas para dar a luz con la ayuda de las vigorosas manos de Curiosity. Prematura como era, y pequeña incluso para su tiempo de gestación, no fue posible conseguir que aspirara ni una sola vez: se fue antes de que su madre pudiera abrazarla o ver el color de sus ojos.

Kitty no estaba en condiciones de subir la montaña para asistir al entierro, pero quizá otros lo hicieran. Si Richard Todd volvía a casa a tiempo (si el dolor y la cólera no lo hacían beber hasta el estupor), llevaría a Ethan para que viera sepultar a su hermanastra, entre las tumbas de las dos abuelas de Hannah: Cora Bonner, que había viajado desde Escocia para establecerse en la frontera de Nueva York, y Atardecer, en otros tiempos madre del clan del Lobo, residentes de Árboles en Agua. Sin duda alguien leería algún pasaje de la Biblia junto a la tumba de su hija, pero por ahora Hannah era la única responsable.

La muchacha depositó a la criatura en un cesto y la cubrió con una manta, mientras canturreaba una canción fúnebre de los kahnyen'kehàka. Una parte de ella, esa que sentía una infinita curiosidad por la ciencia y la medicina o'seronni, se preguntaba por qué perdía el tiempo cantando a una niña muerta, cuando había una enferma esperando. La otra parte, mucho más paciente, hallaba consuelo ayudando a enviar a la pequeña hacia el mundo siguiente con aquella sencilla melodía en los oídos.

Cuando se reunió con Selah Voyager, descubrió que el viaje se había cobrado un alto precio en ella; tenía los pulmones tan llenos que crujían con cada aliento. La mujer se dejó examinar en silencio, ya fuera por miedo, por cansancio, por alivio o por las tres cosas a la vez. Quizá no tuviera preguntas que hacer; quizá prefiriese no saber nada de Paradise y considerarlo como una etapa más de su viaje. Ella se dirigía a un sitio más seguro, que ya no estaba lejos. Hannah podía ofrecerle ese consuelo, decirle lo cerca que se encontraba, pero no se atrevía a hacerlo.

Desde luego, sentía curiosidad por aquella joven. Habría querido interrogarla sobre la gran ciudad; preguntarle cómo había conocido a Anny Freeman, qué tipo de vida dejaba atrás, si había andado todo el día y qué sabía sobre el lugar al que se encaminaba. Pero podía esperar; dejaría a un lado todas esas preguntas para atender a las necesidades de la enferma. La paciencia era la más difícil de las lecciones, pero sus abuelas habían sido buenas maestras.

Hannah descendía de curanderas por ambas ramas. Había nacido para eso, y era lo único que en verdad le interesaba. Había recibido un buen adiestramiento de las mujeres que la rodeaban: una abuela blanca, otra india y Curiosity Freeman. La medicina o'seronni y la kahnyen'kehàka, cada una con sus virtudes y sus defectos. Luego llegó Elizabeth a Paradise con *Anatomía ilustrada de los cuerpos humanos*, de Cowper, y *El nuevo vademécum americano*, de Thacher, libros que le crearon más

dudas de las que tenía. Finalmente pasó algunos meses estudiando con Hakim Ibrahim, un cirujano que le mostró verdades nuevas mirando a través de la pequeña lente oval de un microscopio y le facilitó otros libros, más antiguos, con nombres sinuosos y musicales: *Al-Qanunfi'l-Tibb*.

Con todos sus maestros rondando a su lado, Hannah atendió a Selah. Observó su respiración y tomó nota del olor de su transpiración, de lo opacos y resecos que tenía la lengua y el blanco de los ojos. Pasó largo rato con la oreja pegada a la espalda suave y oscura, sin que le gustara nada lo que oía. Pese al líquido que contenían los pulmones, o tal vez a causa de él, necesitaba agua más que ninguna otra cosa; de lo contrario, la fiebre la vencería, la arrancaría de este mundo para llevársela al siguiente.

Selah se sometió al tratamiento sin hacer preguntas. Le agradeció con un murmullo el jabón y la palangana de agua caliente, aceptó con una pequeña sonrisa la ropa seca y la manta, y se bebió el cuenco de caldo que le pusieron en las manos y el té de hierbas que Hannah le había preparado para la fiebre; aunque era muy amargo, no se quejó.

Sus ojos lo recorrían todo por encima de la taza de latón: desde las sombras que se acumulaban al otro extremo de la sala común hasta la mesa de trabajo que estaba próxima a la puerta, sobre la que se veían moldes para balas, una escopeta desmontada y trampas en diversas etapas de reparación. Bajo la ventana abierta, en el escritorio de Elizabeth, el tintero desprendía destellos añiles. Había ordenadas pilas de papeles sujetas con piedras y, al alcance desde la silla, una estantería cargada de libros y una mantequera. De las vigas pendían ristras de cebollas, cereales y calabazas, junto con hatillos de hierbas y raíces: era sólo una parte de la botica de Hannah, tan importante para el bienestar de su familia como el cultivo de los trigales.

Pero Selah Voyager pareció más interesada en las pieles. Algunas aún pendían de las paredes en sus bastidores, pero la mayoría estaban en atados que se amontonaban a lo largo del muro, lejos del hogar. Eran el trabajo de todo el invierno: castores, zorros, nutrias, ratas almizcladas. Esperaban ser cargadas en las canoas para su traslado a Albany. A aquella joven educada en la creencia de que jamás tendría derecho a reclamar nada como propio —ni la ropa que vestía ni el niño que estaba gestando—, aquello debía de parecerle un tesoro increíble.

Hannah cogió una piel de nutria y se la puso en el regazo.

—Va bien como almohada —dijo—. Te mostraré dónde puedes dormir.

Selah acarició la piel como si fuera un ser vivo necesitado de consuelo. Movié los labios, pero no le salió nada.

—Ya habrá tiempo para conversar cuando hayas descansado —la tranquilizó Hannah.

—¿Mandaré usted a buscar a la señora Freeman?

—Cuando despiertes, estará aquí.

Ojalá pudiera cumplir con su promesa, por su propio bien, tanto como por el de Selah Voyager.



Capítulo 2

Jemima Southern, una muchacha de diecinueve años, soltera, ambiciosa y pobre, siempre comenzaba la semana de la misma manera: en la iglesia, haciendo inventario no sólo de su propia alma, sino también de los pecados de sus vecinos. Terminado el sermón del señor Gathercole, ella se quedaba allí, no para compartir novedades ni encontrarse con los amigos, sino para recoger noticias, como si fueran huevos aún calientes en el nido, que luego se apresuraba a comunicar a la viuda Kuick, la del molino.

Cuando Jemima se dio cuenta de que las mujeres ya no tenían más información útil que ofrecerle, inició el regreso al trote por el puente, con la espalda erguida y la mirada baja. Si la levantara, vería a su ama, sentada ante las ventanas de la sala.

Cuando le compró el molino a John Glove, Lucy Kuick decidió que la casa donde había vivido aquel hombre con su familia era inadecuada para la suya, e hizo construir otra, más amplia y grandiosa, lejos del ruido de las ruedas hidráulicas y asentada en la ladera, desde la que no sólo se veía su propiedad, sino también el lago, el río, el puente que lo cruzaba y la aldea. Desde allí nada escapaba a su atención: ni la identidad de los hombres que escupían jugo de tabaco en los arbustos frente a la factoría, ni la intensa conversación que el señor Gathercole estaba manteniendo con Anna Hauptmann y Jed McGarrity a la entrada de la iglesia. Todos ellos podían olvidar quién los observaba desde la casa de la colina, pero Jemima no.

Si no hubiera sido por la viuda Kuick, ella habría acabado ordeñando vacas o sirviendo cerveza, después de perder a su madre y a sus hermanos, víctimas de la difteria. En cambio, tenía un ama que se sentaba en el primer banco de la iglesia y, después de los oficios, regresaba a su casa para retomar el bordado, como correspondía a una dama. Jemima se consideraba afortunada por haber entrado al servicio de una señora rica, sobre todo porque la viuda tenía dos pasiones que ella compartía: su hijo soltero y el cotilleo.

Jemima había nacido y crecido en Paradise; había pocas cosas que no supiera o pudiera averiguar, y ninguna que los escrúpulos le impidieran compartir con otros. Esa habilidad suya le era bien recompensada. De las tres criadas (ella había entrado a servir en el molino el mismo día que Dolly Smythe y Becca Kaes), sólo ella disponía de un diminuto dormitorio propio.

Cuando entró en la cocina penumbrosa y caldeada, colgó la capa en una percha que había detrás de la puerta y dejó en el suelo los chanclos para que Reuben les quitara el barro. Ser criada en una casa donde había esclavos tenía sus ventajas, aunque también muchos inconvenientes, la mayoría de los cuales tenían que ver con la mujer que estaba vertiendo sidra sobre un jamón, agachada frente al hogar.

Cookie, menuda, delgada y escéptica, era la única de entre los siete esclavos a quien se le permitía pasar la noche en la casa; dormía en un jergón, junto a la chimenea de la cocina. Su Reuben subía a pernoctar al molino y bajaba al amanecer. Los otros hombres —entre ellos, Levi y Zeke, sus hijos mayores— habían sido enviados a Johnstown, donde los alquilaban como peones durante el invierno, época en que el molino permanecía ocioso.

Cookie le habló sin siquiera mirarla.

—¡Cuánto has tardado!

Jemima se acercó al hogar para mirar las cacerolas de calabaza y batatas, rociadas con melaza. En una marmita profunda hervían guisantes en una salsa donde brillaba la grasa de cerdo. Cookie podía ser irritante, pero Jemima no hallaba nada que criticar en sus guisos. El estómago le rugió con potencia.

—Será mejor que vayas ahora mismo a comer o te quedarás sin nada, diga tu panza lo que diga.

—Tú ocúpate de tus tareas, que yo me ocuparé de las mías. —Jemima abandonó la cocina con toda tranquilidad, como dándole a entender que no tenía ninguna autoridad sobre una mujer blanca y libre, aunque fuera criada.

Cuando llegó a la puerta de la sala, su calma había desaparecido. Hacía un momento se había detenido para enderezarse la cofia de muselina y alisarse la falda, y había visto, demasiado tarde, unas manchas de barro en el dobladillo. No le pasarían desapercibidas a su ama, pero en ese instante había un pecado peor: hacerla esperar.

Lucy Kuick levantó la vista de su bordado el tiempo suficiente para examinar a Jemima, que le hizo una reverencia, y torció una comisura de la boca.

—Has tardado lo tuyo, jovencita —dijo la viuda en voz baja, pero con un filo crepitante. Parecía que cortara las palabras a mordiscos, como si fueran hebras rebeldes—. ¿Qué hay de nuevo?

Jemima clavó la mirada en el broche de luto de la viuda: un relicario con cabello gris capturado bajo un cristal. Aquel broche, con lirios esmaltados en blanco y negro, le servía para apartar la mente de Isaiah Kuick, que estaba sentado en un rincón, a su espalda. La viuda tenía por costumbre que su hijo le leyera en voz alta pasajes de la Biblia mientras ella trabajaba en su tapiz; Jemima sentía los ojos de Isaiah fijos en su espalda, como si la presionara una mano; se concentró en el broche para iniciar el relato de las novedades.

Era una buena narradora; sabía administrar el tiempo del relato y mantener el interés de los oyentes. Comenzó con las cosas de menor importancia: el domingo siguiente por la tarde, Anna Hauptmann se casaría con el viudo McGarrity, el cual, después de haber sido elegido alguacil a la muerte del juez Middleton, había arrestado a Claude Dubonnet por cazar un venado fuera de temporada, hecho que el acusado no pudo negar, puesto que había colgado la res a la vista de todos; Goody

Cunningham se había presentado en la iglesia con un viejo sayo de tela rústica, más adecuado para labrar la tierra que para un oficio de domingo; Jock Hindle, después de emborracharse con el licor de ciruelas de Axel Metzler, había pasado la noche durmiendo en el suelo de la taberna, y aún estaba allí. Eran muchas noticias para una aldea tan pequeña, pero la viuda aún no estaba conforme y clavaba la aguja con impaciencia.

—¿Y Kitty Todd?

Jemima respiró hondo y le contó los detalles: el difícil parto, los nombres de las mujeres que la habían asistido, el momento en que habían mandado a uno de los hombres del doctor a buscarlo a Johnstown, donde estaba ocupado...

—Supongo que enviarían a ese engendro de Bump...

Jemima reconoció que, en efecto, la misión había sido encargada al ayudante del doctor. Las deformidades físicas de Cornelius Bump horrorizaban y fascinaban a la viuda al mismo tiempo, pero, por una vez, pudo olvidarlas en cuanto la criada continuó su relato: una criatura de aspecto normal, pero demasiado pequeña para vivir, una madre afligida y las especulaciones sobre el efecto que esa nueva pérdida tendría sobre el esposo. No había confesiones ni revelaciones que ofrecer, borracheras ni herejías, pero Jemima añadió algunos detalles de su cosecha.

—Dicen que Kitty no durará mucho.

Brindó esa conclusión en un susurro, y de inmediato comprendió que había ido demasiado lejos: la viuda alzó lentamente la cabeza.

—¿Pretendes conocer la voluntad del Señor?

Isaiah, desde su rincón, lanzó un profundo suspiro por el alma inmortal de la muchacha, mientras ella le aseguraba a su señora que eso ni se le pasaba por la cabeza.

Jemima vio que la viuda erguía de repente la espalda y fijaba la vista en algún punto del exterior. «Como un buen perro de caza», pensó. Y apartó la idea de su cabeza, antes de que su ama pudiera leérsela en la expresión.

—¿Y ese forastero? —preguntó la viuda, señalando con el brazo extendido y el dedo trémulo.

Isaiah se levantó abruptamente y se acercó a su madre, pasando lo bastante cerca de Jemima como para que ésta percibiera su olor: seco y un tanto polvoriento, como si viviera expuesto en un aparador junto a las porcelanas de su madre. La muchacha miró por la ventana.

De pie en el puente, mirando hacia Lobo Escondido, había un hombre alto, de fuerte complexión y pelo rojo recogido en una coleta; vestía como un cazador: polainas, chaleco de cuero y mocasines. Llevaba una escopeta cruzada a la espalda, un cuchillo envainado al costado y un *tomahawk* sujeto al ancho cinturón, al comienzo de la columna. A primera vista, era uno de tantos cazadores que llegaban a

Paradise en esa época del año en busca de comida caliente. Rara vez se quedaban más de una noche y sólo dejaban las pocas monedas que se gastaban en cerveza o en licor de ciruelas. Cuando Jemima estaba a punto de hablar, el hombre se volvió.

—¡Dios mío!

La viuda se inclinó hacia delante.

—¿Conoces a ese hombre?

Por una vez, Jemima se ocupó más de su propia curiosidad que de la de Lucy Kuick. Estudió al forastero con toda la atención que le permitía la distancia. El corazón le latía tan deprisa que se llevó una mano al pecho para aquietarlo. Cuando el hombre llamó a sus perros para continuar la marcha hacia la aldea, la muchacha aspiró hondo y soltó el aire.

La viuda le pellizcó el antebrazo, al punto que la joven brincó.

—Te he hecho una pregunta.

—Liam Kirby —respondió ella—. Me ha costado reconocerlo.

—¿Liam Kirby? —En las mejillas caídas de la mujer habían aparecido unas manchas de color—. No conozco a ningún Liam Kirby. ¿Es pariente de Billy?

—Sí, su hermano menor. Se fue de Paradise hace unos años. Yo creía que... Todo el mundo creía que había muerto.

—Pues ya ves que no es así. —La viuda recogió su bordado—. Baja a la aldea y averigua qué ha venido a hacer.

—Un antiguo pretendiente que vuelve a por nuestra Jemima, sin duda —intervino Isaiah, enarcando una ceja.

Ella parpadeó enérgicamente.

—Si Liam Kirby ha regresado a Paradise, debe de ser por algo relacionado con los Bonner, con Hannah Bonner.

Había conseguido suscitar el interés de la viuda y el de Isaiah. Pero ¿hasta dónde podía contarle a aquella mujer, que desde el principio había sentido una antipatía instantánea por Hannah, o a su único hijo, al que le había ocurrido justo lo contrario? Jemima conocía el interés de Isaiah por Hannah. Y le escuchaba.

Buscó frenéticamente algo que los satisficiera a ambos sin revelar demasiado. Todavía no; primero quería pensarlo bien.

La viuda se inclinó hacia delante para escrutarle la cara, como si pudiera leer en ella cosas que nadie más veía.

—Explícate, muchacha.

Jemima carraspeó.

—Cuando Billy murió, los Bonner se hicieron cargo de Liam.

Lucy Kuick echó la cabeza atrás.

—¿Billy Kirby? ¿Él que les incendió la escuela? ¿Que Nathaniel Bonner se hizo cargo de su hermano?

La chica asintió. Si con algo podía contar, era con el hecho de que su ama jamás olvidaba un relato. La historia de la escuela de Paradise —y muy especialmente el papel que Elizabeth Bonner había desempeñado en ella— era algo que a la viuda le había interesado desde el principio. No soportaba una escuela donde los niños y las niñas compartían la misma aula; más de una vez había intentado que la cerraran.

—Pero, sin duda, acabarían quitándoselo de encima.

—No —dijo Jemima—. No ocurrió así. Fue aquel año en que partieron tan súbitamente hacia Escocia...

Al ver que la viuda torcía la boca, vaciló un instante. Por lo general tenía mucho cuidado de no mencionar a la familia escocesa de Ojo de Halcón —nada irritaba tanto a su ama como que le recordaran que aquel cazador de los bosques tenía orígenes más ilustres que los suyos—, pero la sorpresa de ver a Liam la había descentrado. Sin embargo, ya no podía hacer otra cosa que continuar, con la esperanza de distraer a su señora para que no pensara en los condes escoceses.

—Un día desapareció, sin decir nada a nadie, y desde entonces no había vuelto. Siempre me he preguntado...

Se interrumpió. Iba a decir: «Siempre me he preguntado si algún día Liam regresaría por Hannah», pero ese comentario provocaría tanto las iras de la madre como las del hijo; peor aún, le recordaba algo que prefería apartar de su mente. De manera que presentó una teoría distinta, más de su agrado.

—Algunos creen que Liam encontró el oro de los *tories* y se apoderó de él. Que huyó por eso.

La expresión de disgusto de la viuda se transformó en otra que denotaba burla e incredulidad, a partes iguales.

—Más historias absurdas sobre los Bonner, tan creíbles como una nevada en pleno verano. Con que ese Liam huyó de ellos, ¿eh? Yo diría que eso revela que el muchacho tiene buen juicio. Pero ¿por qué ha vuelto ahora?

Isaiah se retiró a su rincón.

—No dudo que lo descubrirás, madre. Al final, acabarás enterándote.

—No pienso esperar tanto. —La viuda acarició su broche de luto con aire pensativo y luego giró la cabeza hacia Jemima—. Esta tarde enterrarán a esa criatura, sin duda. Corresponde que te envíe a presentar mis respetos y a rezar una oración cristiana junto a la hija de Todd. Después de todo, si el buen doctor trata con paganos y papistas, no puede esperar nada mejor.

Jemima tragó saliva con dificultad. La viuda le había prometido que tendría la tarde libre, por primera vez en tres meses, pero si se lo recordaba, sin duda provocaría su enfado. Con un gran suspiro, hizo un gesto afirmativo.

La mujer volvió a su bordado, satisfecha con su plan.

A media tarde, Nathaniel y Ojo de Halcón bajaron a la aldea a buscar a Curiosity.

Como Hannah había prohibido que nadie entrara en la cabaña mientras Selah Voyager dormía, Nathaniel se había ido sin formularle las preguntas que ella temía, y su abuelo aún no había visto a la misteriosa joven; sólo sabía de ella lo que Nathaniel pudiera contarle.

Éste se alegró de poder intercambiar opiniones con su padre. Aunque la edad suele tornar impacientes a las personas, Ojo de Halcón, a sus setenta y cinco años, era tan sereno como el cielo, nunca se apresuraba a juzgar y difícilmente se alteraba. Escuchó a Nathaniel sin hacer preguntas, y cuando habló, fue al meollo de la cuestión, sin prolegómenos.

—Supongo que tienes razón: si quieres hacer averiguaciones, debes comenzar por Curiosity —dijo—, pero no estoy muy seguro de que sea conveniente indagar. Piénsalo bien, hijo.

Nathaniel se detuvo en seco.

—Para evitar los problemas debo saber de dónde provienen.

Ojo de Halcón inclinó la cabeza.

—Pero en vez de evitarlos, puedes buscártelos. Yo creo que en cuanto esa muchacha se reponga lo suficiente, Curiosity y Galileo la ayudarán a continuar su viaje, y ahí acabará todo. Si ellos se creen en la obligación de echar una mano a alguien, no es asunto nuestro. No me sorprendería que Joshua también tuviera algo que ver. ¿Quiénes pueden socorrer mejor a esa joven que los de su propia clase, los que también han sido esclavos?

Era la pregunta que Elizabeth le habría hecho a su marido aquella misma mañana, si él se lo hubiera permitido. Joshua Hench era libre porque los Bonner se habían interesado por él. Y nadie podría sorprenderse si él quisiera a su vez ayudar a otros.

—Puede ser —dijo al fin—. Pero esto me da mala espina. —Y como su padre no decía nada, continuó—: No quiero ni pensar en las tribulaciones que esto puede acarrearles a Curiosity y a Galileo.

Durante un rato caminaron en silencio. Por todas partes se veían señales de que la montaña volvía a la vida: otro verano por delante, y, con él, la amenaza de la enfermedad. Nathaniel estaba tan concentrado pensando en eso que no oyó a su padre. Ojo de Halcón tuvo que repetir sus palabras:

—¿Te han contado Curiosity y Galileo cómo se conocieron?

Nathaniel asintió.

—Fue antes de que Clarke, el abuelo de Elizabeth, los comprara para liberarlos y ellos pasaran a trabajar para el juez. Es todo lo que sé.

—Se conocieron en la misma tarima de la subasta —dijo Ojo de Halcón—, cuando estaban vendiéndolos a un granjero de las afueras de Filadelfia. Ambos eran muy jóvenes.

—No, eso no lo sabía.

El anciano se encogió de hombros.

—No hablan mucho de los viejos tiempos. Han pasado sesenta años, pero Galileo recuerda la mañana en que lo separaron de su madre como si hubiera sucedido ayer. Supongo que está dispuesto a arriesgarse para ayudar a esa muchacha, y a cualquiera que acuda a él con intención de escapar. Yo haría lo mismo. Y tú también.

—Reconozco que sí —dijo Nathaniel—. Pero Ardilla también está involucrada en todo esto, y no permitiré que ella arriesgue su propia seguridad, por buena que sea la causa.

Ojo de Halcón se detuvo. Su cara tenía una expresión de solidaridad, mezclada con inquietud, que su hijo conocía muy bien. Y eso significaba que iba a decir palabras duras.

—No estoy seguro de que ella esté tan involucrada como parece pensar. Y, aunque así fuera, este verano cumplirá dieciocho años... y tú aún la llamas por su nombre de niña. Puedes considerarte afortunado de que no se haya ido ya de casa. Tiene edad de sobra para comenzar a tomar decisiones por su cuenta.

—Pero no cuando esas decisiones ponen en peligro al resto de la familia.

—Tú sabes que ella nunca haría tal cosa. —Ojo de Halcón frunció el entrecejo.

—No digo que lo haga deliberadamente. —Nathaniel se frotó la cara con la mano—. Pero es terca y joven.

—Más joven eras tú cuando te fuiste de casa. A tu madre y a mí nos costó muchos sufrimientos, pero te dejamos ir. Ya es hora de que comiences a pensar que algún día ya no podrás retenerla. Esa muchacha no te decepcionará, hijo. No la decepciones tú. Ten fe en ella.

Nathaniel se sobresaltó al oír eso, pero cualquier argumento que estuviera a punto de esgrimir se esfumó al ver que Jemima Southern aparecía en un recodo del camino. Estaba arrebolada por la caminata, y el rubor le sentaba bien. No era hermosa, pero sí bonita y fuerte. De no ser por su carácter irritable, a esas alturas ya estaría casada. Al verla, tuvo que admitir que si Jemima Southern podía abrirse paso en el mundo sola, también Hannah podía hacerlo.

—Hola, Mima —dijo Ojo de Halcón cuando estuvo lo bastante cerca—. ¿Vienes a visitar a Hannah?

La muchacha se detuvo en seco y se ciñó el manto.

—La viuda me ha enviado para que presente sus respetos en el entierro.

Cuando hablaba con alguien, en vez de mirar a la cara, Jemima clavaba la vista en los árboles, lo que a Nathaniel le recordaba al padre de la joven, hombre desconfiado hasta la médula y de genio tan vivo como el fuego.

Ojo de Halcón la miraba con una simpatía que a su hijo le resultaba imposible.

—Eres muy considerada, pero hemos enterrado a la pequeña hace apenas una hora. Elizabeth ha leído un pasaje de la Biblia, por si es eso lo que le preocupa a la

viuda.

Jemima tensó la barbilla a manera de sonrisa.

—Pues en ese caso volveré al molino... —dijo, pero siguió allí, sin moverse, mordiéndose los labios, con la mirada perdida entre los árboles.

—¿Hay algo que quieras decir? —preguntó Nathaniel.

Ella levantó la vista con un destello en los ojos.

—¿Sabéis algo de Liam Kirby?

El nombre provocó un respingo en Nathaniel, pero Ojo de Halcón no se inmutó.

—Nada. ¿Es que hay noticias de él?

Jemima le echó una mirada de soslayo.

—Lo he visto esta mañana en la aldea. Suponía que habría ido a saludaros. Como es un viejo amigo vuestro...

—Pues si está por aquí, sin duda vendrá —dijo Nathaniel—. Será una alegría verlo, sobre todo para Hannah.

Al ver que la muchacha enrojecía, lamentó haber dicho algo tan malévolamente. Era evidente que Jemima no había dejado de pensar en Liam: eso saltaba a la vista. Y desde luego habría oído los rumores sobre el oro robado. Lo más probable era que hubiese subido con la esperanza de ver algún tipo de enfrentamiento entre Kirby y los Bonner para llevar rápidamente la noticia a Lucy Kuick. El caso era que hasta que Selah Voyager continuara su viaje, no convenía que ningún forastero rondara por Lago de las Nubes.

Ojo de Halcón debió de pensar lo mismo, pues dijo:

—Será mejor que vuelvas en otro momento, cuando Elizabeth y Hannah hayan descansado.

Pero Jemima no había concluido. Seguía allí, como si el camino le perteneciera.

—Cuando me disponía a salir de casa, ha llegado el doctor Todd, desde Johnstown. —Esbozó una sonrisa cordial—. Será mejor que os mantengáis alejados de él. Está completamente ebrio.

* *

Quisieran o no mantenerse lejos de Richard Todd, tenían la obligación de buscarlo, y eso era lo que en esos momentos estaban haciendo. Lo encontraron en su estudio, con una botella de brandy de la que ya había consumido tres cuartas partes. Era un hombre corpulento; la cara se le abolsaba en las mandíbulas, el pelo le raleaba y ya aparecían las primeras hebras plateadas en su barba pelirroja. Escuchó mientras Ojo de Halcón le contaba lo poco que habían podido hacer por su hija.

—La hemos enterrado entre tu madre y la mía —agregó Nathaniel, con la

esperanza de que lo consolara saber que la niña descansaba entre dos mujeres a las que él había amado y respetado. Todd merecía compasión, pero no era fácil brindársela: entre ellos había muchos asuntos, casi todos espinosos.

—¿Cómo está Kitty? —preguntó Ojo de Halcón.

—Mal, pero saldrá adelante. Ella siempre sale adelante.

No lo dijo como si lo lamentara, pero sí con cansancio, enfado y disgusto. Justo cuando Nathaniel comenzaba a ablandarse, Richard torció la cabeza y lo miró a los ojos, más malhumorado que nunca.

—¿Recuerdas cuando le dije a Elizabeth que no podías engendrar hijos? ¡Qué cara puso! Pero tú demostraste que me equivocaba. Parece que la broma se me ha vuelto en contra.

—¿Cómo puedes decir eso en un día como hoy, Todd? —dijo Ojo de Halcón.

Él sacudió la cabeza.

—Es una confesión, Ojo de Halcón, algo que no hago muy a menudo. ¿Cuántos hijos tiene Nathaniel? ¿Cuatro? Y tres más en la tumba. Al menos en ese aspecto estamos empatados. Eso era algo en lo que yo no pensaba ganar.

Nathaniel dio un respingo, pero su padre lo contuvo poniéndole una mano en el hombro y dijo:

—Si buscas pelea, no la encontrarás con nosotros. Sólo hemos venido a hablar un momento con Curiosity, y luego regresaremos a casa. Si quieres, podemos llevarnos unos días a Ethan a Lago de las Nubes.

—Como queráis —gruñó Richard, y miró Nathaniel de soslayo—. Si habéis terminado de darme las condolencias, ya podéis dejarme en paz.

Curiosity los esperaba en el pasillo, con los brazos cruzados en el pecho y la cabeza ladeada, sumida en sus pensamientos. Cuando estaba tan cansada, a Nathaniel le recordaba a su madre: otra mujer que se había desgastado, año tras año, hasta parecer puro cuero, cada vez más cerca del hueso.

Cuando la mujer levantó la vista, su expresión le reveló a Nathaniel que había oído al menos parte de la conversación con Richard.

—Ya he mandado a Ethan montaña arriba —dijo—. No le hace ningún bien oír el llanto de su madre.

Ojo de Halcón dijo:

—Grajo Azul y Daniel se ocuparán de él. Nos gustaría que vinieras tú también, Curiosity, si tienes tiempo y si puedes dejar sola a Kitty un rato.

La mujer echó la cabeza atrás y los miró con fijeza. Aunque Nathaniel la conocía desde siempre, aún le sorprendía aquella manera suya de leer cosas en la cara.

—¿Hay algún problema?

Ojo de Halcón se encogió de hombros.

—Quizá. No estamos seguros... todavía.

Curiosity descolgó su capote de la percha y se lo echó sobre los hombros.

—Ojalá pueda esperar unas horas. Parece que Lucy Greber está a punto de dar a luz a su sexto hijo.

—Te acompañaremos al establo —dijo Nathaniel.

Cuando estuvieron fuera de la casa, Curiosity comenzó a rezongar:

—Bien que me gustaría darle unos cuantos azotes a Richard. No sé por qué, pero algunos hombres fingen estar enfadados cuando en realidad están sufriendo.

—Es efecto del brandy —explicó Ojo de Halcón.

—Peor aún.

Richard Todd era su patrón, pero también el primer niño al que Curiosity había ayudado a nacer; no la intimidaba su dinero, ni su posición social ni su mal genio. No mucho tiempo atrás, Nathaniel no habría podido creer que la mujer llegara a entenderse con él hasta el punto de poder llevarle la casa, pero cuando murió el viejo juez, Kitty, por primera vez en su vida, se puso firme: no se quedaría en Paradise sino con Curiosity y Galileo. Por el bien de su esposa y por su propia paz, mental y doméstica, Richard había establecido una frágil tregua con Curiosity, aunque ambos estaban siempre a un paso de la guerra.

Nathaniel tampoco entendía a Richard: siempre perdido en sus sueños y ambiciones, no se daba cuenta de lo que tenía delante: Kitty era una buena esposa; había dejado atrás casi por completo su frivolidad y estaba dispuesta a portarse bien con él. Fruto de su primer matrimonio con Julian, el hermano de Elizabeth, había tenido un hijo, que había heredado más de la mitad de las propiedades del juez. Podía decirse que Richard tenía casi todo lo que se había propuesto obtener.

Cuando llegaron al establo, Galileo, que estaba ensillando el caballo de Curiosity, levantó la cabeza y entornó los ojos mirando en dirección a ellos. Una sonrisa le estalló en la cara.

—Cuánto me alegro de veros —dijo—. Ya no recuerdo cuándo fue la última vez que os vi por aquí.

Para Nathaniel siempre era un placer entrar en aquel establo. Estaba tan limpio como la cocina de Curiosity y reinaba la sensación de orden y tranquilidad que se crea cuando el hombre que está a cargo sabe entender a los animales. Era un lugar tan silencioso y sereno como la sala de reuniones de los cuáqueros; no había un cubo ni un arnés fuera de lugar.

Aunque Galileo era algo más joven que Ojo de Halcón, estaba más avejentado. La curva de su espalda empeoraba de año en año, y ahora tenía la misma estatura que Curiosity; pero en otros tiempos no había sido así. Durante unos minutos hablaron del deshielo, las cosechas, las pieles, los potrillos y los corderos. Mientras charlaban, Nathaniel observó lo mucho que le habían empeorado los ojos a Galileo durante el invierno; la película lechosa que le cubría las pupilas oscuras era ahora más densa.

Ardilla estaba preocupada por él, y hacía tiempo que quería consultar el problema con Richard Todd.

—Supongo que ya sabéis lo de Liam Kirby. —Galileo se dirigía a los hombres, pero Curiosity levantó la cabeza con un chasquido como el de un hueso al quebrarse.

—¿Liam Kirby?

—Sí, está en la aldea —dijo Nathaniel—. Nos lo ha dicho Jemima Southern, pero aún no lo hemos visto.

Ella avanzó un paso hacia su marido.

—¿Y por qué no me lo habías dicho?

—Porque no he tenido la oportunidad —respondió—. Joshua me ha dado la noticia hace media hora escasa.

Ella se irguió, agitada.

—Si no fuera porque Lucy está decidida a alumbrar ese niño hoy mismo, iría en busca de Liam para hacerle algunas preguntas. ¿A qué viene ahora, después de tanto tiempo? ¡Dejarnos con semejante preocupación!

Galileo la miró de reojo.

—Por lo que dice Joshua, el joven Liam se ha convertido en cazador de recompensas.

Todos se quedaron paralizados por la sorpresa, incluso Ojo de Halcón. Nathaniel pensó en Selah Voyager, allá en Lago de las Nubes, y el nudo de nerviosismo que había comenzado a aflojarse en sus entrañas volvió a tensarse con fuerza.

—No lo creo —dijo la mujer, seca—. Liam fue siempre un niño tierno. ¿De dónde ha sacado Joshua semejante cosa?

Su marido se encogió de hombros.

—Ha oído a Liam hablando con Jed McGarrity; quería saber si había visto por aquí algún africano desconocido.

Curiosity cerró los ojos y volvió a abrirlos.

—Me cuesta creerlo. Ése no es el muchacho que yo conocía.

—Han pasado ocho años —observó Nathaniel—. Nunca se sabe cómo puede cambiar un joven en ocho años si se junta con malas compañías. Y tal vez no sea casualidad que haya aparecido hoy. Esta mañana, cuando Ardilla y Elizabeth regresaban a casa, han tropezado con una joven.

Mientras Nathaniel hablaba, el semblante de Curiosity fue perdiendo expresividad y se tornó cauteloso. Galileo permaneció inmóvil.

—¿Os ha dicho su nombre? —preguntó.

—Dice llamarse Selah, y ha preguntado por vosotros. Lleva una alhaja con ella. —Nathaniel esperaba preocupación e inquietud por parte de Curiosity, pero su rostro sólo mostró alivio.

—Agradecemos al Señor que la haya puesto a salvo.

—Aún no está a salvo —gruñó Galileo—. Ahora sabemos por qué Liam ha vuelto a Paradise. —Luego dirigió la mirada a Nathaniel y a Ojo de Halcón—. No pretendíamos enredaros en esto.

Curiosity frunció el entrecejo.

—Ellos no están enredados. Esta misma noche Joshua se ocupará de poner a la muchacha en camino, y nadie volverá a saber de ella.

Ojo de Halcón carraspeó.

—Ya me imaginaba que ésa sería vuestra idea, pero aún no lo sabéis todo. Hannah dice que la señorita Selah tiene una infección en los pulmones.

Después de intercambiar una rápida mirada con su marido, Curiosity se irguió y montó a caballo con tanta agilidad como si tuviera veinte años.

—Si voy directamente arriba, la gente murmurará. Y en estos momentos es lo último que necesitamos. Esperemos que el joven Liam no pueda seguirle el rastro hasta Lago de las Nubes. Iré en cuanto Lucy haya dado a luz, y después de echarle un vistazo a Kitty.

Galileo le entregó las riendas y le dio una cariñosa palmadita en la rodilla.

—Llevas dos días sin dormir.

Ella le sonrió con fiereza.

—Iré a Lago de las Nubes en cuanto pueda. Mientras tanto, vigila a Liam Kirby hasta que yo pueda hablar con él y aclarar las cosas.

Diario de Hannah Bonner

12 de abril de 1802, por la noche

Día cálido y despejado. Ya hay abejas entre la hierba. Este año los papamoscas han llegado pronto.

Ayer por la noche Elizabeth y yo fuimos a atender a Kitty Todd, que se había puesto de parto; esta mañana, a las cuatro en punto, ha tenido una hija que ha nacido muerta. La placenta ha salido limpiamente. Han aliviado un poco a la pobre madre con el ungüento de Curiosity y un baño de atansia, artemisa, camomila e hisopo.

Anoche, mi tía Muchas Palomas soñó que había osos en los fresales.

Hemos traído a casa a la señorita Selah Voyager. Tiene fiebre, el pulso acelerado y pus en la parte baja de los pulmones. Tose, pero no escupe nada. La orina es turbia. Le he preparado una infusión de corteza de sauce y reina de los prados para la fiebre; para aliviar la congestión del pecho, le he puesto cataplasmas de cebolla y alcanfor. Le he curado una herida que tenía en la pierna con olmo rojo. La criatura que lleva en el vientre se mueve con energía, pero no da señales de estar lista para venir al mundo. Creo que se recuperará si puedo conseguir que esté quieta durante el tiempo suficiente y si logramos mantener a raya a los cazadores de recompensas, a los que teme.



Capítulo 3

Como su padre y su abuelo habían bajado a la aldea sin llevarla con ellos, Lily Bonner había ideado un plan: esa misma tarde, mientras las mujeres estuvieran entretenidas con los nuevos problemas y los niños varones esforzándose por distraer al primo Ethan, ella se escabulliría hacia el lago y volvería al anochecer, con suficientes eperlanos para que comieran todos. Una cena de eperlanos fritos con maíz complacería a su madre, impresionaría a su padre y, lo que era mejor, irritaría a su hermano.

No tardó en hallar un trozo de red de pesca, pero tuvo que trepar a un tonel para coger el cubo que colgaba de un gancho en la pared del granero. Ella era menuda para su edad, aún más baja que su prima Kateri, que tenía un año menos. Pero era ágil y se las arregló bien.

De no ser porque Hannah estaba sentada en el porche con su diario en el regazo, Lily se habría escabullido inmediatamente. Pero su hermana mayor tenía aquella cara que solía poner cuando alguien fingía estar más enfermo de lo que ella consideraba que debía estar. Se lo tomaba como un insulto a su persona. Era una cara que ponía con frecuencia, aun cuando quería sonreír, como en aquel momento.

—Hermanita, ¿piensas cargar ese cubo tú sola también cuando esté lleno?

La voz de Hannah, que se deslizaba como la brisa que procedía de las cascadas, hizo que Lily sintiera un escalofrío en la espalda. La sobresaltó que pudiera leerle el pensamiento con tanta facilidad. A veces sentía como si tuviera ventanas en la frente y su hermana pudiera ver todas sus ideas tan claramente como las palabras en una página.

Arrastró el cubo hasta el porche y se sentó en el peldaño.

—Tengo tanta fuerza como cualquier chico.

—Más —dijo Hannah.

Lily resopló.

—Los eperlanos están emigrando, y, salvo yo, todos parecen demasiado ocupados para darse cuenta.

—¿Dónde están los niños?

—Han ido al fuerte con Ethan.

—Hum. —Hannah se abanicó con el papel secante—. Cuando el abuelo vuelva de la aldea, tal vez pueda acompañarte al lago.

Otra vez su hermana le leía el pensamiento, pero esa vez no le molestó tanto. Cambió de posición para ver el diario que Hannah tenía apoyado sobre las rodillas. A menudo dibujaba ilustraciones para acompañar sus notas, pero aquella página estaba cubierta sólo por su pulcra letra. Lily la estudió durante un momento.

—¿Así se llama? ¿Selah Voyager?

Hannah asintió.

—Ese es el nombre que nos ha dado.

—Nunca lo había oído. Selah... ¿Es africano?

—No sé. Podrás preguntárselo tú misma cuando se sienta mejor.

—¿Va a morir?

—Algún día —dijo Hannah—. Pero hoy no, ni tampoco mañana. ¿Por qué no vas a casa de Muchas Palomas a ver si le queda un poco de sopa para mí? Desde esta mañana no he comido nada.

Cuando Lily se percató de la habilidad con que su hermana se la había quitado de encima, ya estaba ante la puerta de su tía. Habría querido regresar, pero Kateri la llamó, y no pudo resistir la atracción del semicírculo de mujeres que estaban reunidas en torno al hogar.

Allí había algo más tentador que la pesca: su madre, sentada con el regazo vacío, acababa de dejar a un lado la labor. Lily pasó por encima de Kateri para llegar hasta Elizabeth, pero se detuvo un instante para contemplar la cara del hijo pequeño de Muchas Palomas, que dormía envuelto a la espalda de su madre. Allí estaba también Pinos Susurrantes, haciendo polainas para Huye de los Osos, sin perder de vista a Kateri, que aún no había terminado de moler el cereal que le habían asignado ese día.

Pinos Susurrantes era una prima de Muchas Palomas que había ido a visitarlos tres años atrás; hacía muy poco que Lily se había dado cuenta de que, en realidad, nunca había tenido intenciones de marcharse, con lo que ella estaba conforme, pues la mujer era generosa contando relatos de los kahnyen'kehàka en Buenos Pastos. Además, le había hecho un par de mocasines, bellamente decorados con un relieve de púas de erizo. Volvió a admirarlos mientras se instalaba en el regazo de su madre.

—Precisamente estaba preguntándome en estos momentos dónde te habías metido —dijo Elizabeth.

Hablaba en kahnyen'kehàka, pero con una cadencia extraña y frases construidas al revés, como cuando Pinos Susurrantes hablaba en inglés. Sólo los niños manejaban con soltura ambas lenguas. Pero en la cabaña todos hablaban en mohawk. Aunque Muchas Palomas y Huye de los Osos habían decidido permanecer con su familia lejos de las viviendas colectivas de los kahnyen'kehàka, donde ellos habían crecido, ella sólo dejaba entrar el mundo de los o'seronni hasta donde le parecía necesario.

Lily restregó la cara contra el hombro de su madre, removiéndose un poco para acomodarse mejor.

—Me envía Hannah. Tiene hambre y dice que quiere sopa.

Muchas Palomas sonrió, sin apartar la vista de su costura.

—Si Camina Adelante tiene tiempo de pensar en su estómago, eso quiere decir que vuestra huésped debe de estar mucho mejor.

Elizabeth puso en su sitio una guedeja que se había soltado de la trenza de Lily.

—Qué buena eres, cómo te preocupas de tu hermana...

Lily se retorció como un cachorro, complacida por esa imagen de sí misma como cuidadora de Hannah. Siempre había sido una niña seria, independiente y formal, hasta en sus juegos, pero desde la muerte de Robbie se había vuelto aún más reservada. A menudo discutía con los otros niños; reñía con su hermano gemelo y con sus primos y se iba a jugar sola. También Daniel echaba de menos a su hermano, pero todas las mañanas se levantaba para arrojarle al mundo. Lily, en cambio, sólo se sentía contenta allí, en la montaña, rodeada por su familia.

«Se parece demasiado a mí». Elizabeth puso a su hija en pie y se levantó.

—Bien, llevemos esa sopa a tu hermana.

En cuanto estuvieron fuera, Lily preguntó en inglés:

—¿Qué es un cazador de recompensas?

Su madre se detuvo.

—¿Dónde has oído esa palabra?

—La ha escrito Hannah en su diario. Dice que Selah Voyager teme a los cazadores de recompensas.

Su primer impulso fue regañar a la niña por leer el diario de su hermana, pero ésa era una vieja batalla que, muy probablemente, acabaría perdiendo. Lily detestaba sentarse en el aula, pero leía cuanto le caía en las manos, a pesar de las advertencias y repercusiones.

—Un cazador de recompensas es un hombre que persigue a criminales y fugitivos, sean prisioneros o esclavos, y los devuelve a cambio de una recompensa en efectivo.

Su pequeña boca se frunció en un gesto pensativo.

—¿Ha venido algún cazador de recompensas a buscar a Curiosity y a Galileo? ¿O a Joshua Hench? ¿O a Daisy?

—No —respondió Elizabeth—. Curiosity, Galileo y Joshua no huyeron de sus propietarios. Todos fueron comprados para darles la libertad. Y Daisy nació libre. Tienen documentos de manumisión, ¿comprendes? Un documento legal donde se declara que la persona en cuestión es libre.

Durante un momento la carita oval se estuvo muy quieta.

—¿Yo también tengo documentos de manumisión?

Lo dijo con serenidad, pero su madre le vio en los ojos una chispa de inquietud, de miedo. Entonces se sentó en el peldaño y la atrajo a su lado.

—Tú no los necesitas. Nadie pondría en duda tu libertad, Lily. No tienes nada que temer de los cazadores de recompensas.

—Ni de los secuestradores —insistió la niña.

—Ni de los secuestradores —repitió su madre, obediente. Una vez más lamentó

haberles contado a los niños tantas historias de su vida.

—Todo el mundo sabe que soy libre porque soy blanca —razonó Lily, en voz alta. Y después de unos segundos, añadió—: ¿Por qué no hacemos un documento de éstos para Selah Voyager?

Elizabeth dio un respingo, sorprendida.

—Eso sería falsificación. No tenemos autoridad para extender documentos de manumisión para Selah ni para nadie. La ley lo considera un robo.

—¿Robo? ¿Cómo, si nadie puede ser dueño de otra persona? No se puede robar algo que no tiene dueño.

Sucedía cada vez con más frecuencia que la clara lógica de los ocho años dejaba a Elizabeth desconcertada, aunque también encantada. Le llevó un momento encontrar una respuesta razonable, pero Lily aguardó con paciencia.

—El problema es que hay alguien que asegura ser el dueño de Selah Voyager —concluyó Elizabeth, por fin—. Y la ley lo respalda.

—El abuelo dice que las leyes son buenas sólo en la medida en que lo son los hombres que las hacen —comentó Lily. Luego bajó del porche de un salto, cosa mucho más adecuada para su edad, y lanzó una risa aguda—. ¡Oh, mira! ¡El tío ha traído unos pavos!

Huye de los Osos estaba en el límite del bosque, con un par de aves colgadas a un hombro y dos conejos al otro. Con un seco movimiento de muñeca arrojó los conejos a Héctor y a Azul; los perros, tras apoderarse de su recompensa, se alejaron deprisa para comer bajo el abeto, su lugar favorito. Lily se cruzó con ellos mientras corría hacia Huye de los Osos; sus talones descalzos eran un destello blanco debajo de la enagua, que dejaba ver el borde embarrado de la camisa.

Se lanzó sin miedo y se aferró al brazo libre del hombre, que la impulsó hacia arriba. Durante un momento la niña pareció suspendida en el aire como un colibrí; luego él la cogió limpiamente y la instaló en el antebrazo levantado. Elizabeth había visto esa escena innumerables veces, pero aún le resultaba incongruente: su pequeña, encaramada con tanta despreocupación en el brazo de un guerrero kahnyen'kehàka. Cualquiera desconocido habría reparado primero en su tamaño, en las armas que portaba, en su cara, desfigurada por cicatrices de batallas y marcas de viruela, y decorada con complicados tatuajes en forma de zarpas de oso. Elizabeth, en cambio, veía al hombre que le había enseñado a cazar conejos con trampas y a desollarlos, a caminar por los bosques interminables sin hacer ruido, a saludar a los ancianos en el idioma de los mohawks sin ofenderlos y muchas otras cosas. Huye de los Osos la había ayudado a superar algunos de los momentos más difíciles de su vida; en él veía a un amigo, y su hija también.

Lily hablaba con tanta seriedad y tan deprisa que cuando Elizabeth los alcanzó, Huye de los Osos ya estaba enterado de todas las noticias del día.

—¿Vendrás a que te presentemos a Selah Voyager, tío?

—Sí —respondió él—. Cuando esté repuesta.

Elizabeth intervino:

—Ahora corre a llevar esta sopa a tu hermana, que te está esperando.

Lily se descolgó como desde la rama de un árbol y aterrizó ágilmente. En cuanto hubo cogido el cuenco cubierto, Huye de los Osos hundió la mano en su camisa de cazador y sacó una carta.

—Lleva también esto a Camina Adelante.

Elizabeth se sorprendió, pero la mirada de Osos le indicó que debía esperar a que Lily estuviera lejos para hacer preguntas. La niña no se percató de eso, o no le dio importancia.

—¡Una carta! ¿Quién le ha escrito?

—Un antiguo amigo —respondió él—. Se alegrará de recibirla. Pero será mejor que se tome antes la sopa o se olvidará de comer.

* *

Elizabeth no conocía a nadie menos propenso a exagerar que Huye de los Osos, pero le costó dar crédito a su relato. En el trayecto de regreso se había cruzado con Liam Kirby, que estaba esperándolo en el límite de la propiedad de los Bonner, en el lado norte del lago, para pedirle que le entregara una carta a Hannah.

Cuando Elizabeth pensaba en Liam, en los años que llevaba sin verlo, sentía una pena intensa. Si se había marchado de Lobo Escondido era, sin duda, porque creía erróneamente que lo habían abandonado para siempre. Mucho más difícil e inquietante era preguntarse por qué se había mantenido lejos una vez que ellos regresaron. Ahora, en conflicto entre la felicidad y el desconcierto, el alivio y la confusión, Elizabeth continuaba repitiéndose las preguntas incluso después de que Huye de los Osos le hubiese dicho cuanto sabía. Liam estaba vivo y era un joven bien desarrollado y simpático. Él lo había visto cargando una escopeta cara y acompañado por tres buenos perros.

—A uno de esos animales lo reconocerías —dijo.

—¿Que yo reconocería a un perro suyo? —Ella torció la cabeza—. ¿Por qué?

Huye de los Osos le guiñó el ojo, como dándole a entender que estaba pasando por alto algo obvio y que no continuaría con la conversación hasta que ella lo hubiera adivinado. Pero había preguntas más urgentes, de manera que Elizabeth dejó a un lado el misterio de los perros de Liam.

—¿Dónde ha estado todo este tiempo? ¿Y por qué no hemos tenido noticias de él? No era la pregunta que deseaba formular, pero no se decidía a expresar en voz alta

lo que todos temían: que Liam se había marchado sin decir palabra porque se había apoderado de algo que no le pertenecía. Hannah se negaba a admitir que hubiera hecho semejante cosa, pero resultaba difícil no tener en cuenta las evidencias: cuando volvieron de Escocia, en el otoño de 1794, Liam había desaparecido, y junto con él, la plata y las ochocientas guineas de oro, todo lo que quedaba de la herencia de Ojo de Halcón. Fuera de la familia, Liam era el único que sabía dónde se escondía el dinero.

—Pero ¿por qué no ha venido directamente aquí?

—No está seguro de ser bien recibido.

—¿Piensa que será mal recibido en Lago de las Nubes? —El desconcierto de Elizabeth se convirtió en súbita irritación. Al recordar la carta que Liam le había enviado a Hannah, giró la cabeza hacia la cabaña.

—Camina Adelante lo ha traído de regreso a nosotros —dijo Huye de los Osos, como siguiendo el hilo de sus pensamientos.

—Cuando Liam se fue, ella era una criatura. Y él también.

Liam había huido de Lobo Escondido a los trece años, cuando todavía no era un hombre, pero tampoco un niño. Todos ellos conocían bien el afecto que lo unía a Hannah; por eso, en parte, su desaparición resultaba tan inexplicable. Elizabeth habría querido decirle a Huye de los Osos que se equivocaba, que Hannah veía en Liam a un hermano y nada más. Pero al abrir la boca para decirlo, se interrumpió. No quería que le hiciera otro guiño; aún no estaba preparada para eso. Primero necesitaba hablar con Hannah.

—Iré a reunirme con ella —dijo.

—*Tkayeri* —replicó él. «Es lo que corresponde».

* *

Las dos familias que vivían en Lago de las Nubes tenían por costumbre cenar por separado. A pesar de lo apegada que estaba a Muchas Palomas y su familia, Elizabeth esperaba con ansia ese momento: el cansancio calmaba a los niños y el hambre los disuadía de idear alguna última travesura; Nathaniel y Ojo de Halcón, por su parte, tendían a mostrarse más conversadores al terminar la jornada de trabajo y no tenían prisa por levantarse de la mesa.

Pero aquella noche se vio alterado el ritmo normal. La aparición de Selah Voyager y Liam Kirby, ambos el mismo día, había despertado la curiosidad de los niños, que hicieron preguntas y más preguntas hasta que Ojo de Halcón golpeó la mesa con los nudillos.

—Vosotros tres hacéis más ruido que una nidada de mirlos. Os recuerdo que en la

habitación de al lado hay una enferma. —Por turnos, Lily, Daniel y Ethan bajaron la vista—. Y ahora os diré algo por primera y última vez. Habéis oído hasta el cansancio todo lo que hay que contar de Liam Kirby. No sabremos nada más hasta que vuestra hermana haya hablado con él. En lo que se refiere a esa joven, pronto vendrá Curiosity y las cosas se aclararán; pero permitid que os recuerde algo, quiero que me escuchéis bien. —Se inclinó hacia delante y bajó la voz—. Ella es nuestra huésped y somos responsables de su seguridad. Si habláis de ella con alguien, siquiera para decir su nombre, la pondréis en peligro de muerte. ¿Comprendéis?

Lily y Ethan asintieron, pero Daniel apretó con fuerza los labios, como indicando que sólo obedecería contra su propio criterio.

Nathaniel se percató.

—Dilo, hijo. Di lo que tengas en la mente.

El niño echó una mirada a Hannah y luego la apartó.

—El peligro es Liam Kirby —dijo muy serio—. Huyó de aquí con... —Hizo una pausa al oír el carraspeo grave de Hannah—. Y ahora ha vuelto, siguiendo a Selah Voyager. Yo diría... —Se le quebró la voz y el rubor le ascendió por el cuello—. ¿Por qué no le dices que se vaya, papá? Aquí nadie lo necesita.

—Debemos darle la oportunidad de que se explique, hermanito —señaló Hannah.

—¿Y si es cierto? —inquirió Daniel—. ¿Y si quiere llevársela a la ciudad para cobrar una recompensa?

—Tal vez no sabe que está aquí —manifestó Lily—, a lo mejor ha venido por otra cosa.

Miró a su madre como pidiendo confirmación y Elizabeth se la dio.

—Por eso Hannah quiere hablar con él —dijo—. Para averiguar exactamente qué desea y si sabe lo de la señorita Voyager.

—Claro que lo sabe —murmuró Daniel—. Huye de los Osos lo ha encontrado a menos de quinientos metros de la senda por donde ella ha venido. Y esos perros son buenos rastreadores.

—En ese caso le diremos que se vaya —aseveró Hannah en voz baja.

—Puede que no quiera irse —dijo Ethan.

Ethan mostraba siempre una especie de calma sobrenatural, y ese día, más que de costumbre. La preocupación por su madre lo envolvía como una membrana. Hannah había visto morir de parto a su madre y comprendía perfectamente cómo se sentía el niño. Si se enfadó, no dio muestra alguna; claro que rara vez lo hacía. Era un truco que Lily admiraba de su hermana mayor, pero aún no lo había aprendido del todo.

—Si lo echo yo, se irá —dijo ella.

En el cuello del niño los músculos se movieron convulsivamente, como si hubiera preferido tragarse lo que se sentía obligado a decir.

—De la montaña, tal vez sí. Pero no puedes echarlo de Paradise, a menos que él

quiera irse.

Los tres niños miraron a los hombres, expectantes. Nathaniel respiró hondo y soltó el aire.

—Léenos otra vez esa carta, hija.

Hannah se levantó y fue al escritorio; a la luz mortecina que entraba por la ventana, las trenzas relumbraban en un suave negro azulado a lo largo de su espalda. Miró la carta durante un momento y luego leyó con voz clara.

«Mañana, al rayar el día, te espero junto a la escuela incendiada. No iré más arriba, a menos que lo haga contigo. Quiero que hablemos, por favor. Las cosas no siempre son lo que parecen. Tu sincero amigo, Liam Kirby».

Ojo de Halcón gruñó.

—Eso podría significar cualquier cosa —dijo—. De momento, siento curiosidad.

Nathaniel habló dirigiéndose a su hijo:

—No creo que ella corra ningún peligro por ir a hablar con él. Si creyéramos que podía existir algún riesgo, no se lo permitiríamos. Lo sabes, ¿verdad, Daniel?

El niño apartó lentamente la vista de su plato y asintió.

Un fuerte golpe en la puerta sobresaltó a Elizabeth. Se levantó tan deprisa que si Nathaniel no hubiera sujetado la silla, la habría tirado.

—Es Curiosity —dijo Hannah, que miraba por la ventana—. Y con ella vienen Galileo y Joshua. Gracias a Dios.

Ansiosa como estaba por ver a la recién llegada, Curiosity sólo se detuvo lo imprescindible para saludar a Elizabeth, y continuó en dirección a la cama que los hombres habían instalado para la enferma en el largo taller de la parte posterior de la casa. Hannah la acompañó, mientras su madrastra se ocupaba de retirar los platos. Los hombres fueron a ocuparse de sus asuntos, a excepción de Joshua, que se paseó por la habitación mordisqueando la boquilla de su pipa. Elizabeth estimaba a Joshua, un hombre de un ingenio agudo y una sorprendente habilidad con las palabras, aunque no hablara muy a menudo. Trató de calmarlo haciéndole preguntas sobre Daisy y los niños, que él respondió con amabilidad, aunque tan brevemente como pudo, sin llegar a la grosería. No permitiría que lo distrajeran ni ofrecería distracción. Ella optó por encargarse de que los niños se acostaran en el altillo donde dormían.

Por fin, de nuevo en la sala, miró el libro que había dejado abierto en su escritorio. Tenía que preparar las lecciones del día siguiente. Pero como no podría concentrarse hasta que se hubiera resuelto el asunto de Selah Voyager, prefirió coger su labor.

—Veo que trabaja mucho —comentó Galileo, con su sonrisa tímida.

Elizabeth mostró la prenda a medio tejer. No era muy bonita, pero estaba

orgullosa de ella. Aprender a hacer calceta había sido una de las tareas más arduas de su vida; sin embargo, la monotonía de esa labor la calmaba.

En el hogar donde había crecido, las señoritas no sabían ni querían saber nada de hilar, tejer ni hacer calceta. La tía Merriweather desaprobaba hasta el bordado, por temor a que acabaran necesitando gafas, lo cual, en su opinión, tendría un efecto negativo en el interés de los buenos partidos. En Oakmere, la tía compraba piezas enteras de seda de Mántua y de muselina de la India, hilos bordados y brocados de satén, que después se entregaban a las costureras.

Pero ahora Elizabeth vivía entre dos mundos, ambos muy diferentes de Oakmere y distintos entre sí: las mujeres de Lago de las Nubes dedicaban gran parte de su tiempo a curtir pieles de ciervo y de venado para hacer chaquetas, camisas de caza, taparrabos y polainas; en la aldea se cultivaba y cosechaba lino, que luego se hilaba y tejía, en un proceso laborioso que parecía no tener fin. En el mundo de Muchas Palomas, la reputación de una muchacha dependía en parte de la calidad de sus pieles y de su habilidad para adornar con cuentas los mocasines; en Paradise, la joven que sabía manejar el telar era bien considerada. A ambos mundos Elizabeth había llegado con las manos vacías.

El matrimonio se presentó de súbito, cuando ella ya se había hecho a la idea de ser una solterona. Sus primas habían aportado al hogar baúles llenos de sábanas, manteles, cubiertos y vajillas, y Elizabeth llegó a él con un buen dominio de latín, francés y alemán, familiarizada con la filosofía antigua y moderna, con toda la literatura desde Eurípides a Pope, y con sólidos conocimientos de matemáticas, pero sin una sola habilidad práctica. Hasta cierto punto, esa carencia se compensaba con el dinero que podía considerar suyo: los intereses de la pequeña herencia que había recibido de su madre, y por parte de su padre, lo que no se habían llevado los acreedores. Con dinero se podían comprar telas e hilados, botones y cintas. Pero en Paradise no había costureras.

Una vez al año iba a Johnstown a comprar lo que no podía conseguir en la aldea, y las mujeres, como pago por la educación de sus hijos, convertían esa materia prima en prendas para vestir y ropa para el hogar. Aun así, Elizabeth no se sintió a gusto hasta que hubo aprendido a tejer. Anna Hauptmann, la de la factoría, le dio clases durante todo un mes, hasta que ella hubo confeccionado su primer par de calcetines.

Cuando terminó el segundo par de mitones, se los envió a la tía Merriweather, no para horrorizarla, sino como testimonio: desde su llegada a Nueva York, Elizabeth se había convertido en otra mujer, capaz de producir con sus propias manos siquiera parte de lo que su familia necesitaba.

—Te veo muy absorta en tus pensamientos, Botas.

La voz de Nathaniel la arrancó de sus ensoñaciones. Galileo tallaba madera, canturreando en voz baja; Ojo de Halcón y su hijo limpiaban escopetas; hasta Joshua

se había sentado para examinar una trampa que requería un arreglo.

—Pues sí, es verdad —reconoció ella—, pero aquí me tienes de vuelta. ¿Por qué tardan tanto Curiosity y Hannah?

—Tendrán cosas que discutir —explicó Galileo—. Hay que pensarlo muy bien antes de poner a la muchacha en camino.

Nathaniel y Elizabeth intercambiaron una mirada, pero fue Joshua quien habló.

—No era nuestra intención meteros en esto. —Miró directamente a Elizabeth—. No queríamos causaros ningún problema.

—Y no lo habéis hecho —aclaró ella—. Y tampoco la señorita Voyager. Habríamos actuado de la misma forma por cualquiera.

Curiosity apareció en el vano de la puerta que daba al taller, secándose las manos con una toalla.

—Menos mal que la habéis traído aquí. Esa joven tiene muy mal el pecho..., pero no morirá. Hannah se ha ocupado de eso.

—¿Cuándo podrá continuar? —preguntó Galileo.

Curiosity se encogió de hombros.

—Dentro de una semana, diría yo.

—A menos que nazca antes la criatura —añadió Hannah—. Sería mejor que se quedara hasta entonces. No debería adentrarse sola en el bosque.

—No irá sola —dijo Joshua—. No te preocupes por eso.

Ojo de Halcón dijo:

—Es mejor que no sepamos adonde va.

—Tal vez —intervino Curiosity—. Pero hay cosas que debéis saber. Y ha llegado el momento de contároslo todo. Empieza tú, esposo. A fin de cuentas, todo comenzó contigo.



Capítulo 4

—Supongo que puede decirse así —dijo Galileo—, pues yo era el único que estaba en casa cuando los dos primeros viajeros llegaron a Paradise. Venían huyendo del viejo caballero Van Husen; ya conocéis su finca.

Ojo de Halcón asintió.

—German Flats.

—Familia numerosa —añadió Nathaniel.

—Así es —confirmó Galileo—. ¿Cuántos hijos tuvo ese hombre?

—Dieciocho propios, y otros tantos esclavos.

—¿Conoces a Van Husen? —Ojo de Halcón se volvió hacia Joshua, sorprendido.

—Nací en esa finca —confirmó Joshua—. Allí está enterrada mi madre.

Con su habitual destreza, contó su parte de la historia: su padre era esclavo de sir William Johnson, mientras que su madre pertenecía al caballero Van Husen; las dos fincas estaban sobre el Mohawk, a un kilómetro y medio de distancia una de otra. Bien fuera porque Johnson no quería vender al padre de Joshua a Van Husen, o bien porque éste no quería comprarlo, la familia había vivido siempre separada.

—Veíamos a papá casi todo los domingos, hasta que murió sir Johnson.

—Lo recuerdo —dijo Elizabeth—. Tu padre nos contó que la señora Johnson lo vendió a un granjero de Pumpkin Hollow.

Joshua asintió; en su mejilla se agitaba un músculo.

—A partir de entonces lo vimos poco. Al año siguiente Van Husen me vendió a ese herrero de Johnstown, con quien estuve quince años, hasta que el señor Hench me compró para concederme la libertad. Por lo que me han contado mis hermanos, mi madre se enteró de que yo tenía los papeles de manumisión y los animó a huir. Les dijo que vinieran aquí a buscarme, pensando que yo podría ayudarlos a continuar hacia Canadá. Aseguró que moriría tranquila sabiendo que sus tres hijos eran libres. Y poco faltó para ver cumplido su deseo. Elijah aún vive y está bien, pero Coffee siempre tuvo los pulmones algo débiles; pilló una fiebre en la espesura y murió poco después de llegar a su destino. Así fue como empezó todo.

Nathaniel dijo:

—Si no recuerdo mal, Van Husen murió hace más de cinco años...

—En julio del noventa y cuatro. —Curiosity alzó la voz desde la silla donde estaba sentada—. Mientras regresábamos de Escocia.

Lo asombroso de esa declaración hizo que Elizabeth dejara su tejido.

—¡Pero si eso fue hace ocho años!

—Sí —confirmó Galileo—, y veintiún esclavos fugitivos alcanzaron la libertad. Sólo perdimos a Coffee.

—¡Veintiuno! —repitió ella—. ¿Y cómo?

Ojo de Halcón emitió un gruñido suave y profundo.

—Déjala, Daniel —dijo Galileo—. Su pregunta es razonable. Lo cierto es que aquella primera vez no teníamos ningún plan ni idea de adonde llevar a Elijah para mantenerlo a salvo; sólo sabíamos que era necesario sacarlo de Paradise. No es la primera vez que aparece por aquí un cazador de recompensas, ¿comprendéis? Por eso lo llevé a la espesura. Me he pasado todos estos años preguntándome si sospecharíais algo, pero veo que hemos guardado bien el secreto. Sin embargo, no diré dónde ni cómo, a menos que me lo preguntéis.

—Creo que no preguntaremos, ¿verdad? —Nathaniel miró primero a su esposa, luego a su padre y finalmente a Hannah—. Tengo la sensación de que tú sabes más de esto que nosotros, ¿no es así, hija?

—No mucho más —dijo Hannah en voz baja—. El lugar a donde irá la señorita Voyager se llama Roca Bermeja.

Curiosity la miró con un parpadeo de sorpresa.

—Algún día tendrás que contarme dónde has oído ese nombre, niña.

—Algún día —dijo Hannah, rehusando mirar a su padre—. Pero dejad que Galileo acabe su relato.

El anciano se encogió de hombros.

—No sé cómo se acaba de contar algo que aún no ha terminado, pero dejadme ver si puedo avanzar un poco. Cuando ocurrió lo de Coffee y Elijah, supuse que lo de esconder esclavos se había terminado. Pero nuestros hijos pensaban otra cosa, sobre todo Almanzo. Recordaréis que aquel verano enfermó de los pulmones. Supongo que la idea se le ocurrió de tanto estar en cama: tuvo tiempo para madurarla; cuando mejoró, quería liberar a todo el mundo. La última semana de agosto, cuando Curiosity llegó a casa, nos sentamos todos a discutirlo. Debo decir que estoy muy orgulloso de mis hijos, pero no puedo negar que son tercos como mulas...

—Lo que se hereda no se roba —dijo Curiosity.

Galileo se limitó a sonreír y continuó.

—Y poco importó que les habláramos de las dificultades con las que iban a encontrarse y de los problemas que nos causarían también a nosotros. Ellos lo resolvieron todo. Almanzo se mudó a la ciudad de Nueva York, y Polly y su marido, a Albany. Les llevó casi un año organizarlo todo; el siguiente viajero llegó a nosotros en el verano del noventa y cinco. Hemos sido cautelosos, ¿comprendéis? Almanzo se toma su tiempo y no pone en camino a nadie que no esté en condiciones de hacer el viaje.

—No dudo que sea cauteloso, Galileo —intervino Elizabeth—, pero una joven en el estado de la señorita Voyager...

Curiosity se alisó la falda con aire pensativo.

—Es un caso especial. No teníamos alternativa —dijo, y levantó la vista.

Elizabeth nunca la había visto tan demacrada y tensa. Era una mujer que sabía ocultar sus problemas, pero algo en Selah Voyager la había afectado al punto de impedirselo.

Los pensamientos de Nathaniel habían tomado otro rumbo.

—¿Cómo sabíais que vendría?

—Hace tres meses recibimos aviso de Almanzo —explicó Galileo—. Nos llegó desde Albany; Polly nos dijo que él pensaba poner al siguiente viajero en camino en cuanto pasara lo peor del deshielo. Y así fue. Pero las cosas se complicaron, como suele suceder en estos casos. —Hizo una pausa para chupar la pipa—. Kitty se puso de parto en la primera noche de la luna llena; esa misma tarde, en el molino, Zeke se hizo una herida fea y Daisy tuvo que ir a suturársela. Ninguno de los dos pudo esperar en la vieja casa del juez, como estaba planeado. Almanzo le había dicho a Selah que cuando estuviera bien oscuro, buscara allí a una negra. Y si no veía a la mujer en ese lugar, debería esconderse lejos de la aldea e intentarlo de nuevo a la noche siguiente, la de hoy, pero esta mañana la han encontrado la señora Elizabeth y la señorita Hannah.

—Gracias a Dios —dijo Curiosity—. De otro modo creo que la habríamos perdido. Ojo de Halcón, escupe lo que te preocupa. Ya veo que estás mascullando algo entre dientes, como si tuvieras tabaco de mascar en la boca.

El anciano, que escuchaba inclinado hacia delante con los antebrazos apoyados en las rodillas, se irguió para responderle.

—Tienes razón: hay algo que no acabo de ver claro. Entiendo que haya podido llegar hasta Albany; después de todo, los que pilotan esos barcos que zarpan de la ciudad llevan el contrabando en la sangre..., pero lo que no comprendo es cómo ha podido llegar desde allí hasta Paradise. A menos que esa joven sea una exploradora nata o haya tenido un guía.

—Ha tenido un guía —dijo Curiosity—. En cierto modo.

Hannah sacó una tela plegada del cesto que tenía junto a la silla y lo exhibió a la vista de todos: era una enagua hecha con retazos laboriosamente cosidos entre sí. Parecía tan sólo la prenda interior de una mujer pobre que no pudiera comprar muselina.

—Un mapa —dijo Nathaniel—. Se cosió un mapa.

Elizabeth examinó la tela: desde el dobladillo ascendía una estrecha banda azul que se bifurcaba en forma de Y. Entornó los ojos y vio el Mohawk, que desembocaba en el Hudson; y en el lugar donde debía estar Albany, había un pequeño parche de color parduzco. Una hebra azul marcaba el curso del río Sacandaga, desde el Hudson hasta Paradise, pasando por un parche del color del barro, que debía de ser el pantano de Barktown. A lo largo de los ríos se veían una serie de puntadas rectas, en grupos

de a dos.

—¿No está desproporcionado? —preguntó Elizabeth.

—Es como los mapas de los kahnyen'kehàka —observó Hannah—. No muestra las distancias en kilómetros, sino lo que se tarda en recorrerlas a pie. Dos marcas por cada medio día de caminata, ¿comprendes? Mira cómo está marcado el ferry.

—Ningún blanco podría interpretarlo, desde luego —aprobó Ojo de Halcón—. Pero debo decir que no me parece suficiente para llegar hasta aquí.

—Además, memorizó las indicaciones —explicó Curiosity—. Casi árbol por árbol.

Galileo asintió.

—Cuando se reponga, pídele que te las repita. Entre el mapa y su buena memoria, ha llegado hasta aquí.

Hannah los miró a ambos.

—¿Decís que hay quien cuide de ella en el sitio a donde irá?

—La cuidarán bien; de otra manera, yo no la dejaría ir —dijo Curiosity.

Galileo apoyó una mano en el brazo de su esposa.

—El problema es llevarla hasta allí. —Miró directamente a Hannah—. Aún no hemos hablado de Liam.

—Es posible que Liam no haya venido por ella. —La muchacha lo dijo en tono ligero, pero la inclinación de su cabeza cuando enfrentó la mirada de Curiosity revelaba preocupación.

—Me gustaría creer que es así, de veras —replicó la anciana, con toda bondad—, pero ya es casualidad que haya aparecido justamente hoy... Y por eso voy a decir algo más, algo que habría preferido callar si Liam Kirby no estuviera aquí, casi al alcance de mi voz.

Puso las manos en el regazo con las palmas hacia arriba y las estudió durante un momento antes de continuar.

—El día en que Galileo y yo obtuvimos nuestros papeles, nos fuimos de la finca de Paxton con la espalda ensangrentada. El capataz dijo que la azotaina era «un regalo de despedida», y a fe que nos despidió con ganas. Cuando mi madre me vio por última vez, yo estaba sentada en la carreta del abuelo de Elizabeth, chorreando sangre, riendo y llorando a la vez. Y ese día Galileo y yo nos juramos que ni nuestros hijos ni nuestros nietos llevarían la vida que habíamos llevado nosotros. ¿No es así, esposo?

—Así es —confirmó él.

—Ya sabéis que nuestras dos hijas se casaron con hombres libres. Los niños de Polly y los de Daisy han nacido libres, porque así lo quiso el Señor. Lo que no sabéis es que a la muchacha que está enferma en esa habitación ya le han vendido una hija. Pero la criatura que lleva dentro es de Almanzo, nuestro séptimo nieto. No os digo

esto para obligaros a nada ni para pedirnos más de lo que ya habéis hecho. Tal como están las cosas, ya es bastante difícil devolveros el favor... No me interrumpas, Elizabeth.

—Es que debo hacerlo. ¿Por qué no recurristeis a nosotros, Curiosity? Tal vez habríamos podido comprar sus papeles...

Galileo movió lentamente la cabeza.

—Ya lo intentamos nosotros. Entre todos hemos ahorrado lo suficiente.

Elizabeth enrojeció de miedo por ellos y vio que lo mismo le ocurría a Nathaniel.

—Pero si Almanzo ofreció comprar su libertad y ella desapareció después de la negativa, él ya está involucrado —dijo él.

—Eso es cierto. Pero no fue nuestro Almanzo quien hizo la propuesta —explicó Galileo—. Hay alguien que...

Curiosity lo interrumpió ásperamente.

—No es necesario dar nombres. Además, no importa, porque el hombre que dice ser el dueño de Selah no quiere venderla. Y no hay ley que obligue a un propietario a vender una esclava si quiere conservarla. Ahora comprenderéis que no teníamos alternativa. ¡Con un niño en camino!

Elizabeth sintió que se arrebolaba de azoramiento.

—No he querido insinuar que hubierais descuidado...

—Calla, calla —la interrumpió la anciana con suavidad—. No tienes por qué disculparte. Puedes estar segura, Elizabeth, de que os habríamos pedido ayuda si hubiéramos pensado que serviría de algo. Y supongo que ahora debo hacerlo.

Expulsó todo el aliento y volvió a tomar aire.

—Os diré cómo veo yo las cosas —continuó—. Cuando Liam estaba medio muerto, os hicisteis cargo de él y lo tratasteis como a un hijo. Ahora ese muchacho está ahí fuera, esperando saber si queréis recibirlo otra vez en vuestra casa. No conocemos sus intenciones, pero sabed que si alguien amenaza a esa muchacha, sea Liam Kirby o el mismo presidente Thomas Jefferson, haremos lo que sea necesario para salvarla.

Se produjo un largo silencio en el grupo reunido en torno al hogar. El fuego crepitaba; en algún lugar, no muy lejos, la manada de lobos que daba su nombre a la montaña comenzó a aullar. Por fin Ojo de Halcón habló por todos.

—¡Bien! Curiosity, Galileo... —dijo en voz baja—, hace más de cuarenta años que somos vecinos y amigos. Cada vez que ha nacido o muerto alguien en Lago de las Nubes, Curiosity ha estado presente, desde que traje aquí a Cora, recién casados. Galileo me ayudó a cavar su tumba, y también la de Sarah. Haremos cuanto podamos por ayudaros, y también a los vuestros. Eso lo saben hasta vuestros huesos.

Lo dijo en el tono que usaba en los momentos delicados: sereno, tranquilo; hizo efecto. Se produjo otro largo momento de silencio. Luego Curiosity sonrió.

—Sí, Ojo de Halcón. Lo sé. Galileo se levantó sin prisa.

—Eso es todo, supongo. Por esta noche no hay nada más que decir. Os dejaremos descansar.

* *

Cuando los visitantes se fueron, Hannah trató de escabullirse nuevamente, pero Nathaniel la detuvo.

—¿Es imaginación mía, hija, o procuras evitarme?

Ella se volvió hacia él, pero su mirada se desvió primero hacia Elizabeth.

—No te evito, por supuesto, pero la señorita Voyager...

Él levantó una mano para interrumpirla.

—Por diez minutos más no pasará nada, ¿verdad?

Hannah vaciló un momento y volvió a sentarse frente al hogar. Elizabeth permaneció allí, indecisa, hasta que Ojo de Halcón la cogió por el codo y la acompañó al dormitorio.

—Deja que esos dos resuelvan el asunto sin tu ayuda —le dijo con firmeza—. Tú ve a dormir.

Ella obedeció de mala gana, no sin antes enviar a Nathaniel, por encima del hombro, una mirada llena de intención.

—Todos necesitamos descansar.

—Iré enseguida —prometió él, con la esperanza de poder cumplir su palabra.

Ojo de Halcón cogió su escopeta.

—Yo saldré a caminar un poco, si no me necesitáis.

—Parece que va a llover —le dijo su hijo sin mirarlo.

Ojo de Halcón sonrió con aire lúgubre. Nathaniel se daba cuenta de que estaba actuando como Elizabeth cuando trataba de distraer a los niños para apartarlos de alguna empresa que la intranquilizaba. Claro que él tenía motivos reales para preocuparse.

Lo cierto era que Ojo de Halcón siempre había caminado por la montaña al anochecer, aun con mal tiempo, pero en los últimos años cada vez se alejaba más y tardaba más en volver. A veces no regresaba hasta el amanecer; de vez en cuando Nathaniel se preguntaba si algún día no se le metería en la cabeza ir hacia el oeste y continuar andando.

Cuando Ojo de Halcón se fue, Ardilla apartó la vista del cesto de hojas secas que estaba clasificando.

—Bajo techo no duerme bien —dijo—. No tienes por qué preocuparte.

Su padre contuvo una sonrisa. Hannah nunca había sido una muchacha difícil,

pero en los últimos tiempos a Nathaniel le costaba encontrar las respuestas adecuadas para su hija, sobre todo cuando ella se empeñaba en explicarle ciertas cosas, como si él las ignorara.

—No voy a regañarte, si eso es lo que te preocupa —dijo—. Sólo quiero que me cuentes algunas cosas.

La camomila triturada llenó el aire de un olor penetrante, casi amargo. Con voz tranquila, Ardilla repuso:

—Sobre Liam no sé más que tú, papá. ¿De qué quieres hablar?

Nathaniel sonrió.

—No te hagas la tonta, Ardilla. No se te da bien.

Ella torció la boca en un gesto de fastidio, pero no dijo nada.

—Ya sabes que no es Liam el que me preocupa, por ahora. Fue Luna Partida quien te habló de los fugitivos del bosque, ¿verdad?

Ella dejó escapar un suspiro, como quien deja en el suelo un peso que no puede cargar.

—¿Cuándo lo has descubierto?

—No se requiere mucha imaginación. Veintitantos esclavos escondidos en el monte durante ocho inviernos... no habrían podido sobrevivir por sí solos. Tuvieron que contar con la ayuda de alguien, y no conozco a ningún blanco capaz de tomarse la molestia, y mucho menos de guardar silencio. Por eso he pensado en Luna Partida, que tiene una tendencia natural a ayudar a toda criatura necesitada. Supongo que fue ella quien te dijo lo de Roca Bermeja, ¿verdad?

Ardilla, vacilante, dejó el cesto y se frotó las manos; luego fijó la vista en la ventana, por encima del escritorio, y miró a través de ella.

—En el otoño, cuando vino a comerciar, traje consigo a un niño que tenía cara de kahnyen'kehàka... —Se tocó un pómulo—. Sin embrago, tenía el pelo ensortijado y era tan moreno como Galileo. Él decía llamarse Joshua, pero ella lo llamaba Renhahserotha. «Luz nueva».

—Fue el niño quien te habló de Roca Bermeja.

—A mí no: a Muchas Palomas —corrigió Ardilla—. Pero antes de ver a ese niño sabíamos que debía de haber otras personas con ella. Cuando Luna Partida nos trae sus remedios, pide cosas a cambio..., cosas que está claro que no son para ella.

Nathaniel se tomó un momento para digerir la noticia, y Hannah pensó que esperaba más información.

—Es todo lo que sé, papá. Muchas Palomas no me permitió que le hiciera ninguna pregunta a Luna Partida, por miedo a que no volviera nunca más. La conoces mejor que yo.

—Ya no, no creo. No he visto a esa mujer desde antes de que nacieran los gemelos.

Luna Partida había abandonado Buenos Pastos un año después para llevar una vida de ermitaña en lo profundo del monte. Rara vez se la veía, pero hasta en Montreal se contaban cosas de la curandera mohawk que vagaba por los Bosques Interminables.

Ahora bien, había dos cosas de ella que Nathaniel sabía con certeza: que tenía un gran talento para esconderse y que pasaba parte del invierno en las cuevas próximas al lago que algunos llamaban Pequeño Escondido, situado en un rincón del monte que pocos blancos conocían. Cuando pensaba en ella, Nathaniel se preguntaba por qué habría escogido una vida tan solitaria. Aunque, a fin de cuentas, tampoco estaba tan sola.

Su largo silencio hizo que Ardilla se sintiera incómoda.

—Tal vez habría debido decírtelo —musitó.

—No —repuso él—. Has hecho lo correcto. Ahora ve a ver si necesita algo nuestra huésped y después acuéstate. —Giró en redondo y miró hacia las sombras del altillo donde dormían los niños—. Y vosotros tres, será mejor también que durmáis, ¿me habéis oído? Por la mañana tendréis trabajo, y luego, la escuela. Y no quiero que nadie se queje de que tiene sueño.

Se produjeron una serie de movimientos quedos, y luego el silencio.

* *

Cuando Nathaniel cerró la puerta tras de sí, Elizabeth estaba sentada en el borde de la cama con el cepillo en el regazo. Aun a la luz de las velas, su agotamiento se hacía evidente en la curva redondeada de la espalda y en la manera de levantar el brazo, pero le dedicó una sonrisa y sacudió la cabeza, de forma que el pelo le cayó en un velo oscuro sobre los hombros, hasta más abajo de la cintura.

—¿Ya están acostados?

—Sí. Pero creo que lo han escuchado todo, palabra por palabra.

—Por supuesto. Mañana tendremos que hablar de todo esto con ellos. Sobre todo con Ethan.

—Por él no debes preocuparte. Ese niño se desvive por agradar a Galileo. Antes de hacer nada que pudiera perjudicarlo, pondría las manos en el fuego.

—Pues yo creo que sí debemos preocuparnos por él —corrigió Elizabeth—, aunque no porque pueda decir algo inoportuno... ¿Has hablado con Hannah?

—Sí. —Nathaniel se agachó ante el hogar y permaneció allí un momento, sintiendo el pulso del calor en la cara y en el pecho. No le gustaba la idea de volver a abrir el tema de Luna Partida; tal vez Elizabeth decidiera que debía ir en busca de Muchas Palomas para oírlo todo de sus propios labios.

—Cuando raye el día, la acompañaré hasta la escuela.

Ella lanzó un suspiro, tratando de disimular su impaciencia.

—¿Te parece necesario? Hannah no le tiene miedo a Liam.

Nathaniel reflexionó mientras se desvestía. Era difícil imaginar a Liam Kirby convertido en un hombre, y mucho menos en un hombre peligroso, pero también era cierto que no descansaría hasta comprobarlo con sus propios ojos. Se sentó junto a Elizabeth para cepillarle la melena. Lo hacía todas las noches, y nunca dejaba de impresionarle la blancura de su espalda. Resultaba extraño que una mujer tan fuerte tuviera un aspecto exterior tan frágil. El apodo que le había puesto el abuelo mohicano de Nathaniel, Hueso en la Espalda, le sentaba muy bien.

Su hija mayor, en cambio, era otra cosa. Era inteligente y rápida, sin duda, y tenía la mente más despierta que Nathaniel había visto jamás, una mente que parecía no descansar nunca. Camina Adelante era el nombre de adulta que le había puesto su abuela; le iba bien: era una joven que siempre miraba hacia delante..., aunque a él le costaba llamarla así. Desde hacía tiempo, mantenía correspondencia con diversos médicos de Inglaterra y la India, y les leía a todos en voz alta las cartas que recibía de ellos, aunque nadie entendía nada, ni siquiera Elizabeth. Su reputación de curandera ya se había extendido más allá de la frontera. Siempre había sido una muchacha dulce y confiada. Tal vez ahora se encontraba ante una experiencia que la templaría un poco; tal vez él no pudiera ayudarla.

—Pues no sé si hace bien en no tenérselo... —dijo junto a la nuca de su esposa—, pero tal vez tengas razón. Debe ir sola.

Ella tensó los hombros.

—No es propio de ti juzgar precipitadamente a las personas.

—Pero sí proteger a mis hijos. Y ya me han recordado hoy más de una vez que Hannah ya es una mujer, así que no me lo repitas. —Nathaniel dejó el cepillo a un lado y le hizo una trenza—. ¿Por qué no vamos mañana a pasar la noche a las cascadas? Hace tiempo que no dormimos allí.

Ella lo miró por encima del hombro, con el entrecejo fruncido.

—No cambies de tema, Nathaniel Bonner.

—No se te escapa nada, ¿eh, Botas? ¿Me estás diciendo acaso que no?

Elizabeth apartó los cobertores y se escurrió bajo ellos, haciendo crujir el colchón.

—Sabes perfectamente que llevo semanas deseando ir a dormir a las cascadas. Si Hannah puede hacerse cargo de la señorita Voyager y de los niños, iremos, por supuesto.

—Conque semanas, ¿eh? —Él se inclinó y le acarició los cabellos que se le habían soltado de la trenza—. No sabes cómo me complace verte tan bien dispuesta.

Ella le apartó la mano de una palmada, ruborizada.

—Eres incorregible.

—¿Y no es eso lo que te gusta de mí?

Elizabeth hizo un mohín con los labios y él se acercó y se los besó ruidosamente.

—A veces eres transparente como el agua, Nathaniel... Si no quieres que hablemos de lo de Roca Bermeja, no tienes más que pedírmelo y no hablaré..., al menos por ahora. No hace falta que te esfuerces tanto por distraerme.

Él se metió en la cama, a su lado.

—Aunque me cueste algún esfuerzo, distraerte no es una tarea que me resulte desagradable. Ya sabes que me gustan los desafíos.

Ella sonrió de oreja a oreja, y le dio un pellizco.

—Quiero decir que, además de intentar seducirme, hay otras maneras de poner fin a una conversación.

—¿Se te ocurre alguna mejor?

Hubo una larga pausa.

—Hombre... —dijo ella, pesadamente.

Nathaniel se rió y se inclinó para darle otro beso.

—Duerme, Botas. Estás demasiado fatigada. Será mejor que dejemos lo de Roca Bermeja para mañana.

Elizabeth lo miró con aire pensativo.

—Sí, quizá tengas razón, será lo mejor.

Se incorporó, apagó la vela de un soplido y se acurrucó al lado de su esposo. La luz de la luna les iluminaba la cara.

—No sabes fingir, Botas. Anda, suéltalo o no pegarás ojo en toda la noche.

Con la punta del dedo, Elizabeth recorrió la línea de la mandíbula de su marido.

—Pensaba en Luna Partida.



Capítulo 5

Justo antes del amanecer, a Hannah la despertó el ruido de pasos de su abuelo, que iba de un lado a otro por la sala común. Se levantó del jergón, que había colocado cerca de Selah Voyager, comprobó la respiración y la temperatura de su paciente y salió sin despertarla.

Alimentar el fuego y acarrear agua era tarea de los gemelos, pero Ojo de Halcón ya había hecho ambas cosas esa mañana, quizá para complacer a Lily y a Daniel, o quizá por su propio placer; Hannah no habría podido decirlo. Su abuelo ya había salido; sin duda se estaría bañando en las cascadas.

Se sentó en la mecedora de Elizabeth para ponerse los mocasines y vio que la piel de las polainas estaba gastada. Durante un momento pensó en cambiarse; de la pared del altillo colgaba su vestido de domingo, junto a la camisa de piel de gamo y las polainas decoradas con cuentas y plumas, las mismas que había lucido en la ceremonia del solsticio de invierno, en Buenos Pastos. Se imaginó con un atuendo; luego, con el otro; finalmente decidió ir al encuentro de Liam Kirby con su ropa de diario.

Un murmullo de voces y movimientos en la habitación de sus padres arrancó a Hannah de sus pensamientos. Se levantó, y el diente de oso que llevaba al cuello, colgado de una cadena, se le deslizó entre los pechos, frío y duro; lo tocó con un dedo. Después de verificar el contenido de la taleguilla que pendía de su cinturón, salió al porche. Allí, de pie, su abuelo contemplaba la mañana. Tenía la piel enrojecida por el frío y por sus hombros goteaba el agua del lago. Le habló sin volverse a mirarla.

—¿Cómo está?

—Duerme. La fiebre ha bajado, aunque no mucho. Regresaré antes de que despierte.

—¿Estás segura?

—Por completo —respondió Hannah, con firmeza.

Su abuelo le dijo en mohicano:

—Me enorgullezco de ti, nieta mía. Puedes ir con la cabeza bien alta.

Ojo de Halcón rara vez utilizaba el idioma de su infancia; era un regalo que le hacía, algo que los unía, puesto que eran muy pocos los que hablaban esa lengua. Cuando se disponía a internarse en el bosque, Hannah oyó a Lily, que corría hacia ella. La pequeña, cuando llegó a donde estaba su hermana, dijo:

—No pienso regresar a casa. Quiero ver a Liam Kirby con mis propios ojos. — Estaba descalza y tenía el pelo revuelto. Llevaba una honda sujeta a la cintura y piedras pequeñas en los bolsillos. Tenía tanta puntería con la honda como Grajo Azul,

aunque él sabía dominarse mejor.

—Hoy no quiero guerras, hermanita —dijo Hannah—. La única guerra que puede haber aquí es la de cuando vuelvas a casa y tengas que dar explicaciones a Elizabeth por salir sin permiso.

—Si voy contigo, no se enfadará —aseguró Lily—. Y te prometo que no seré yo quien arroje la primera piedra.

Hannah tuvo que conformarse con esa promesa y con la presencia de Lily, que nunca se cansaba de examinar el mundo circundante. Había descubierto las huellas del viejo oso al que llamaban Dos Zarpas, que deambulaba por la montaña desde que había salido de su hibernación; y había encontrado un cráneo de ardilla y detectado señales de que los zorrillos habían desenterrado una colmena de abejas. Por cada paso de Hannah, Lily daba cuatro.

Las ramas de los arces y las hayas estaban cargadas de yemas a punto de abrirse; bajo los pies, las plantas de azafrán formaban parches purpúreos y amarillos. Hannah pensó en todos los motivos por los que necesitaba adentrarse en el bosque: para recoger los primeros brotes de pino blanco, raíces de ácoro y otras cien cosas útiles de las que ofrecía la primavera. De pronto sintió el impulso de pasar el día explorando el bosque con su hermana. Como si lo hubiera dicho en voz alta, Lily se detuvo en un claro donde los árboles cedían paso a los fresales.

Bajo un haya caída, el suelo estaba cubierto de huellas de pezuñas, como pequeños corazones esparcidos: no hacía ni una hora que una gacela había parido allí a su cría; casi con certeza estaban escondidos a muy poca distancia.

—No tenemos tiempo —le dijo a Lily, pero ésta ya se había esfumado. Sólo apareció cuando Hannah ya había atravesado la mitad del fresal—. ¿Cómo has logrado salir sin tu hermano? —preguntó—. ¿Le ha tocado la paja más corta? ¿O has tenido que sobornarlo?

Lily frunció la boca, y en vez de responder, preguntó:

—¿No te preocupa lo de Liam Kirby?

—No cambies de tema.

—Pues respóndeme.

—Estoy un poco nerviosa, sí. —Hannah sabía que su voz no sonaba convincente. La verdad era que sentía demasiadas cosas a la vez y no podía identificarlas. Pero Lily no se conformaría con el silencio.

—Daniel dice que ha vuelto para casarse contigo y que te irás a vivir a la ciudad.

La muchacha rió con ganas.

—Daniel se deja llevar por la imaginación. Liam no ha venido a casarse conmigo.

Lily le clavó una mirada de indignación.

—¡Estoy segura de que le gustaría! Como a todos los hombres. Al menos, a los que no tienen esposa. Y a algunos de los casados también. Todos te miran.

—No seas tonta. —Hannah apretó el paso, y a la pequeña le costó seguirla.

—Sí que te miran. —Su tono se hizo más áspero, como para reafirmarse en su argumento.

—Eso no significa que quieran casarse. El búho siempre mira al ratón.

—No —replicó Lily en tono seco—. No te miran como el búho al ratón. —Reflexionó un momento—. ¿Tú no quieres casarte? ¿Quieres quedarte con nosotros para siempre?

—Si algún día me caso, no será con nadie de la aldea.

—¿Por qué?

Como estaba claro que la niña no se daría por vencida hasta tener respuesta para todas sus preguntas, Hannah se detuvo.

—Dime, Lily, ¿con quién querrías que me casara? ¿Ya me has escogido esposo?

La pequeña arrugó la nariz, fastidiada.

—Yo no puedo escogerte esposo.

—Me alegra saberlo.

—Pero si yo quisiera casarme, creo que elegiría a Claes Wilde.

Hannah se quedó boquiabierta.

—¿Nicholas Wilde?

Lily asintió con la cabeza.

—Claes. Es más inteligente que los demás. Y más guapo.

—Sí, es cierto. Es inteligente y guapo. Pero no me interesa, ni yo le intereso a él. Y aquí tienes el motivo... —Cogió la mano de su hermana y la sostuvo en la suya: una era blanca y la otra, cobriza. Lily las estudió, y cuando levantó la vista, su expresión decía que comenzaba a comprender.

—¿Porque tu madre era kahnyen'kehàka?

—Por eso, sí.

—Pero yo pienso casarme algún día con Grajo Azul, que es kahnyen'kehàka. Y papá se casó con tu madre.

Hannah suspiró.

—No he dicho que no sea posible, sino que es difícil. En Paradise nadie querría una esposa kahnyen'kehàka, incluido Claes Wilde. Es posible que me miren, pero...

Hizo una pausa. La miraban, sí; era innegable que Obediah Cameron enrojecía al verla pasar, y que Isaiah Kuick la seguía con la vista como jamás se habría atrevido a hacer con una mujer blanca. Cuando le llevaba tisanas para el dolor de cabeza a la madre de Michael Kaes, éste buscaba cualquier excusa para entablar conversación. El mismo señor Gathercole, casado y ministro de la iglesia, no alzaba los ojos del suelo cuando hablaba con ella, como si verle la cara fuese una emoción demasiado fuerte para él. Claes Wilde también la miraba, pero sin decir palabra. Los hombres miraban, pero luego apartaban la vista rápidamente.

Hannah se obligó a reaccionar.

—Me miran, sí. Pero jamás llegarán más lejos.

—No creo que sea porque tu madre era kahnyen'kehàka. Creo que tienen miedo a papá y al abuelo.

—Sí, debe de ser por eso —dijo ella, seca. Aquella conversación la irritaba tanto que habría hecho cualquier cosa para ponerle fin.

—¿Y Liam Kirby?

—Liam es un viejo amigo, nada más. Y es tan blanco como cualquiera de los hombres de la aldea. Pase lo que pase, no me iré con él. Puedes decírselo a Daniel.

—Bien —dijo Lily, cortante—. Para él será un alivio.

Ya tenían a la vista la cabaña que servía de escuela. Elizabeth la había arreglado para sus alumnos desde que llegó a Paradise. Por la mañana daba clases a los niños de la aldea, y por la tarde a los dos hijos mayores de Muchas Palomas y a los nietos de Curiosity, además de a los gemelos.

Ese mismo día, más tarde, Lily volvería allí de mala gana y se retorcería de impaciencia hasta la hora de la salida, pero ahora desapareció detrás de la cabaña con algún fin que no le explicó a su hermana.

Hannah continuó el camino sin ella, volviéndose de tanto en tanto. Bajó la ladera en diagonal, atravesando los bosques hacia el lago. Era la ruta más rápida, y, de ese modo, no tendría que pasar bajo la ventana de Lucy Kuick. La viuda parecía estar muy interesada en todo lo que ella hacía; además, no vacilaba en divulgar lo que opinaba sobre asuntos tan diversos como el calzado de Hannah, su tez, su familia y lo que, a su modo de ver, era un interés antinatural por asuntos médicos, en los que nunca se le habría debido permitir entrometerse.

En el bosque hacía fresco, pero cuando vio el primer destello del lago entre los árboles, la muchacha comenzó a sudar. Un extraño cosquilleo le subió por los brazos y le recorrió la espalda, hasta que los cabellos de la nuca se le erizaron.

Allí, en el mismo sitio donde su hermano Billy había arrojado una antorcha a la escuela, estaba Liam Kirby, sentado entre las piedras diseminadas que antes formaban el hogar. A su lado, al alcance de la mano, tenía una escopeta larga. En la orilla del lago, sus perros acechaban a un mergánsar solitario que serpenteaba entre los juncos.

Liam observaba a una garza que caminaba por las aguas pantanosas. A Hannah le pareció oír el chapoteo del agua a cada zancada del animal. Podría haber permanecido largo rato allí, mirando, pero el viento la denunció. Uno de los perros se volvió hacia ella con un suave ladrido de advertencia. Después de aquietar a los animales con una palabra, Liam se levantó y fue hacia ella.

Hannah no necesitó esforzarse para reconocerlo: la línea de la mandíbula era la misma, aunque ahora con una barba crecida, al igual que la boca ancha y la nariz, rota en más de una ocasión. Tenía la complexión de un hombre y se le veían cicatrices

nuevas: una en la barbilla, otra que le torcía la ceja izquierda hacia arriba, añadiéndole un nuevo ángulo a su cara huesuda. Pero lo más llamativo era la expresión precavida de sus ojos; se veía en ellos una cautela que antes no tenía y que lo convertía más en un desconocido que en un amigo.

—Veo que te han entregado mi carta... —dijo él, con la voz algo quebrada.

Ella, sin hacer caso a lo que el joven le decía, le pidió:

—Déjame ver cómo caminas.

Liam parpadeó, sorprendido, y abrió la boca para hablar, pero volvió a cerrarla.

—Me he pasado todos estos años preguntándome cómo habría soldado esa fractura —explicó Hannah—. Déjame ver cómo caminas.

El joven le volvió la espalda, dio cinco pasos hacia el lago y otros cinco de vuelta hasta detenerse en el mismo sitio.

—Aún cojeas. ¿Te molesta cuando llueve?

—Un poco... —reconoció él. Luego añadió con más firmeza—: Me enteré de lo de Atardecer y tu hermano. Lo siento mucho.

Hannah se rodeó el cuerpo con los brazos.

—Gracias.

Liam se pasó la mano por el cabello.

—Me alegra que hayas venido.

—Estaba preocupada por ti —dijo ella. Era verdad, pero no había querido decirlo.

Él apartó la vista hacia el lago, entornando los ojos al sol.

—Pensaba escribirte, pero no sabía cómo empezar. Y al final me pareció mejor dejar las cosas como estaban.

¿Qué se podía replicar a eso? Hannah se apoyó sobre los talones, contemplando la hierba del pantano, agitada por la brisa. Un silencio incómodo se instaló entre ellos.

—Y has cambiado de idea —insinuó ella.

—Sería mejor decir que me obligaron a cambiar de idea —la corrigió, y luego permaneció callado, tanteando, nervioso, las armas que le colgaban del cinturón. Tenía esa cara que suelen poner los hombres cuando quieren que la mujer le facilite las cosas, pero no se atreven a pedir ayuda. Ella apartó la vista y entonces él rompió a hablar—. Aquel verano me fui porque pensaba que no volveríais.

—Nos lo imaginamos.

Él torció la boca.

—Cuando Huye de los Osos regresó de Montreal, dijo que ibais rumbo a Escocia.

—Y te dio una carta mía.

Liam sonrió por primera vez.

—Una carta tuya, sí. La primera que recibía.

—Y la primera que te escribí.

—Estaba salpicada de sangre —comentó él—. Osos dijo que era de un corte que

le habían hecho en el cuero cabelludo, pero siempre tuve mis dudas. —Luego encogió los hombros como si estuviera desprendiéndose de alguna carga que llevara allí—. Lo cierto es que nadie sabía cuándo volveríamos a veros, ni siquiera Osos. Y entonces estalló la epidemia de fiebre. Atardecer se llevó a su familia al norte para ponerla a salvo. Y yo partí hacia el sur.

—No sabíamos nada de ti; si hubiera sabido dónde estabas, te habría escrito.

—Me embarqué.

Ella lo miró con sorpresa.

—¿Que te embarcaste?

—En el otoño del noventa y cuatro. Cuando me enteré de que habíais regresado a Lago de las Nubes, ya había pasado más de un año. Para entonces... —Hizo una pausa y la miró directamente a los ojos—. Ya era demasiado tarde.

—¿Demasiado tarde para qué?

Él bajó la cabeza y se atusó el cabello, mirándose los mocasines con aire ceñudo.

—Se corrió el rumor de que yo me había apoderado del oro escondido en la montaña.

Si el desasosiego había comenzado a atenuarse entre ellos, regresó en ese momento con toda su potencia. Liam resopló por lo bajo.

—Sí, fue Dubonnet quien lo extendió —dijo Hannah—, Una vez a mí me acusó de intentar envenenarlo.

—Ya veo que no ha cambiado con los años. Supongo que no sería capaz de decir la verdad ni para salvar su vida, pero ese rumor sobre el oro...

—No creo que hayas venido hasta aquí sólo para hablar sobre viejos rumores —lo interrumpió Hannah.

Liam la miró de soslayo.

—No importa —dijo, y recogió su escopeta—. Sólo quería que supieras que yo me fui de este lugar sin llevarme más que lo puesto. Nunca he cogido nada que no me perteneciera, a pesar de lo que pueda parecer. Y jamás le he dicho a nadie lo que sé de Lobo Escondido. Ni lo de la mina de plata ni lo de la cueva de las cascadas.

—Nunca lo he puesto en duda.

Liam arrugó la frente.

—Aun así, quería dejarlo claro.

—Pues si ése era el motivo de tu visita, ya está hecho —dijo con más brusquedad de la que habría querido.

Él respiró muy hondo.

—No, el asunto por el que he venido no está cumplido. Supongo que ya lo sabes: me gano la vida como cazador de recompensas.

—Sí —confirmó Hannah, sin alterarse—, como cazanegros. Ya lo he oído.

Para evitar su mirada, él se inclinó y se sacudió el polvo de los pantalones. Si el

término que Hannah había utilizado lo ofendía, lo disimuló bien.

—Estoy buscando a una africana de tu edad, poco más o menos. He rastreado sus huellas hasta Lobo Escondido.

—¿De verdad?

—Supongo que está en algún lugar de la montaña, pero no he querido continuar sin permiso. Ya sé lo que opina Ojo de Halcón de los intrusos.

Hannah sintió que se le contraían los dedos, y los apretó a los costados.

—Sí, tendrías que pedirle permiso a él o a mi padre, aunque creo que Elizabeth también querrá dar su opinión. Ya sabes lo que piensa de la esclavitud.

Un águila volaba en círculos sobre el lago. La muchacha desvió la mirada hacia el ave, más que nada para que Liam no descubriera sus sentimientos: enfado, desencanto y preocupación. Por el bien de Selah Voyager, debía ocultárselos.

—Se trata de un caso especial —explicó él.

Esperó la pregunta que le permitiera exponer sus razones, pero Hannah pensaba en Curiosity, en su expresión al decir que pondría a Selah Voyager en la ruta hacia el norte. «Un caso especial»: había utilizado exactamente las mismas palabras para referirse a aquella mujer que había puesto su vida en peligro para traer un hijo libre al mundo. Por fin, la joven dijo, con total serenidad:

—¿Y por qué es especial, Liam? ¿Ofrecen por ella más dinero que de costumbre?

Él dejó escapar una risa forzada.

—Ya sabía que me juzgarías mal.

En su agitación, la muchacha dio un paso atrás.

—Puede que tú hayas cambiado, pero yo no. ¿Acaso esperabas que estuviera de acuerdo con tu forma de ganarte la vida?

Él apretó los dientes.

—Si no recuerdo mal, el pueblo de tu madre tenía esclavos.

—Los kahnyen'kehàka secuestraban a niños para adoptarlos, y cuando cogían prisioneros en la batalla, retenían como esclavos a los que no mataban. Es cierto, pero ¿qué tiene eso que ver con esa mujer a la que persigues? —El nerviosismo le enronquecía la voz. Tragó saliva con dificultad.

—Tenía la esperanza de que fueras justa conmigo —repuso él, tenso—, de que quisieras conocer los hechos antes de condenarme. Un hombre tiene que ganarse la vida. No me avergüenzo de ello.

La joven se irguió y lo miró a la cara. Lo que Hannah vio en ella fue enfado y exasperación, pero poco a poco, como ella esperaba, el sentimiento de culpa apareció. Culpa sin penitencia, pero era un comienzo.

—Pues yo me avergüenzo de ti —dijo.

Liam hizo una mueca de dolor, pero su voz sonó firme, grave, fría.

—La mujer a la que busco mató a un hombre en los muelles de Newburgh,

clavándole un cuchillo en el cuello. Cuando la lleve de regreso, será juzgada y ahorcada por homicidio.

—Siempre que sea culpable —acotó la muchacha.

—Lo es.

—No creo que a su dueño le haga mucha gracia perder su inversión en el patíbulo. —Hannah percibió la amargura en su propia voz.

—No creo que eso le importe mucho —replicó Liam—. El asesinado fue él. Aquí está el arma.

De una vaina que le pendía del cinturón sacó un cuchillo de caza. El mango de marfil tallado estaba sucio de tierra y se veían manchas de sangre seca. Hannah lo observó un momento y luego miró a Liam a los ojos.

—Espero que a estas horas la mujer esté ya camino de Montreal.

En los ojos del joven hubo un destello, una ira tan penetrante como el cuchillo que tenía en la mano.

—Apostaría a que no está mucho más cerca de Montreal que yo mismo. Si es allí adonde va.

Hannah hizo ademán de volverle la espalda.

—Daré tu mensaje a mi padre y a mi abuelo.

—Diles que no beneficiarán a nadie estorbando a la justicia.

Para su propia sorpresa, Hannah se echó a reír.

—Ya me gustaría ver cómo le dices eso a Ojo de Halcón, cara a cara. Si crees que esa actitud te conducirá a algún sitio, empezaré a pensar que has estado fuera más tiempo del que yo creía.

Liam apartó la cara.

—He estado fuera lo bastante como para dejar este sitio atrás. De hecho, no me explico por qué me quedé tanto tiempo.

Estaba claro que su intención era herirla, pero ella se contuvo y habló con voz serena.

—Éste era tu hogar. Todo el mundo necesita un hogar.

Liam tragó saliva y se las compuso para sonreír.

—Yo ya tengo uno. Me casé el otoño pasado. Lo único que quiero es terminar con este asunto para volver con mi familia.

Las palabras quedaron suspendidas entre los dos, casi visibles en el aire.

—Lo entiendo —dijo ella, en voz muy baja—. Yo también preferiría estar en casa en este momento.

—Pues entonces me despido. Por si no nos vemos de nuevo, ¿nos estrechamos la mano, Ardilla?

Oír su nombre kahnyen'kehàka de niña la afectó. Aspiró hondo y retuvo el aire; su mano estaba tan rígida que Liam se sorprendió al estrechársela. Hannah le dio la

espalda y se alejó sin volverse a mirarlo, ni siquiera cuando él gritó:

—¡Diles que los espero en la factoría!

* *

Cuando la muchacha hubo desaparecido entre los árboles, Liam se sentó con las manos cruzadas detrás de la nuca y cerró los ojos con fuerza, obligándose a respirar con lentitud. Todas y cada una de las palabras que ella había dicho le retumbaban en la cabeza con la potencia de un disparo.

«Hannah. Oh, Dios mío».

Uno de los perros se le apretó contra la pierna, olfateándole el codo. Liam le rodeó el pescuezo con un brazo y apoyó la mejilla en el pelaje, que olía a cieno y a agua del lago.

—Dime, Treenie, ¿tú crees que esto podría haber salido peor?

La perra volvió a olfatearlo, entre gimoteos solidarios. Liam se incorporó y miró en derredor. Sobre las piedras había algo blanco y cuadrado: una carta. Hannah le había dejado una carta.

Pasó un rato antes de que se decidiera a acercarse. La cogió y se detuvo contemplando la escritura.

*Liam Kirby
Lago de las Nubes
Paradise
En la vertiente occidental del Sacandaga
Estado de Nueva York*

Era una letra de niña, redondeada e irregular. Una carta de la Hannah de antaño, que había sido reemplazada por una mujer que él nunca había imaginado. Se parecía mucho a su madre. A Liam se le ocurrió pensar que en verdad los muertos retornaban a la vida para deambular por la tierra bajo la forma de los hijos que habían dejado tras de sí. En las pocas ocasiones en que se miraba al espejo, podía ver la cara de su padre bajo la suya. Cuando Hannah se miraba, allí estaba Sarah.

Los hombres se peleaban por Sarah.

Unas nubes que pasaban arrojaron sombras sobre el papel. Liam sintió frío, y luego calor. Era Elizabeth quien le había enseñado a leer; en ese momento, Liam habría preferido que ella no se hubiera tomado la molestia.

Después de romper el sello de cera, desplegó la hoja y la alisó con las palmas de las manos contra la rodilla.

Querido Liam:

El barco se ha detenido en una amplia extensión de agua que llaman estuario, entre Inglaterra y Escocia. Es en este último país donde nació mi abuela Cora, y tal vez la familia de mi abuelo, pero a mí me parece un sitio muy extraño y solitario. Nos trajeron contra nuestra voluntad y sólo nos quedaremos hasta que consigamos un barco que nos lleve a casa.

En el huerto de mi abuela, las judías ya deben de estar enroscando sus tallos tiernos hacia el sol. Por esta época, hace un año, encontramos osos en los fresales. Era luna llena, ¿recuerdas? Nos persiguieron y echamos a correr hasta que no pudimos más y nos caímos de bruces. Elizabeth te envía su saludo más afectuoso y espera que no dejes de hacer los deberes de la escuela. Mi padre confía en que serás fuerte y paciente. Curiosity te pide que vayas a ver a Galileo cuando puedas; teme que se sienta melancólico. Además, te ruega que jamás se te meta en la cabeza echarle a la mar.

No era nuestra intención ausentarnos durante tanto tiempo, pero volveré con muchas anécdotas, y tú también tendrás muchas cosas que contar.

Tu sincera amiga, Hannah Bonner, también llamada Ardilla por los kahnyen 'kehàka del clan Lobo, el pueblo de su madre.

11 de junio de 1794

De lo más hondo de su pecho brotó un sonido: algo tan contenido que si lo dejaba ir, podía llenar el mundo. Liam deslizó los dedos por el papel, una y otra vez. Si hubiera esperado un mes más, siquiera una semana, tal vez esa carta habría llegado a sus manos. Durante todos aquellos años lo había esperado allí.

Trató de recordar los días previos al de su partida, pero había pasado demasiado tiempo; el muchacho que su mente le mostraba era un desconocido. Impaciente, enfadado, solitario y deseoso de andar, de irse, de estar en cualquier otro sitio que no fuera la cabaña desierta de Lago de las Nubes.

Liam plegó la carta, y después de guardarla en la mochila, se colgó la escopeta al hombro y partió hacia la aldea.



Capítulo 6

Cuando Jemima Southern había abandonado ya toda esperanza de hallar una excusa para ir a la aldea, a fin de poder ver de cerca a Liam Kirby, Isaiah Kuick se dio cuenta de que se le había acabado el tabaco. Normalmente era Reuben quien se encargaba de esos recados, pero el muchacho había ido al molino para limpiar el alojamiento del capataz; por lo tanto, Isaiah hizo algo desacostumbrado: entró en la cocina.

Jemima se mostró muy bien dispuesta a dejar el zurcido y coger las monedas, no de la mano del hombre, sino de la mesa donde él las había dejado; en ausencia de su madre, parecía que prefería no mirarla siquiera. Jemima ignoraba si era porque ella representaba una tentación para él o porque en verdad le inspiraba antipatía; sin embargo, por una vez tenía algo más interesante que Isaiah Kuick en que pensar. Mientras éste discutía con Cookie cuándo llegaría Ambrose Dye de Johnstown con los esclavos que habían pasado el invierno allá, Jemima se preguntó cuál de los caminos que llevaban a la factoría le brindaba más posibilidades de tropezar con Liam Kirby. De otro modo, era posible que él abandonara Paradise antes de que hubiera tenido una oportunidad de hablar con él.

Una vez fuera de la casa se recogió las faldas y partió al trote. En el camino sólo se cruzó con la anciana señora Hindle, que marchaba doblada en dos bajo una carga de leña seca, hablando en voz alta consigo misma. Sin aminorar el paso, Jemima dio un amplio rodeo para evitarla.

La factoría era el sitio lógico donde encontrar a un viajero, pero en ese momento sólo estaban allí los holgazanes de Charlie LeBlanc y Obediah Cameron, medio dormidos frente a un juego de bolos. Anna, que estaba detrás del mostrador ordenando una caja de botones, pareció alegrarse al ver entrar a Jemima.

—Tabaco para la pipa de Isaiah Kuick, ¿no? Pero, dime, ¿por qué no viene él mismo? ¿Acaso es tímido?

Miraba a Jemima por el rabillo del ojo. La información sobre el hijo de la viuda era mercancía escasa; la muchacha la administraba con prudencia. Buscó la mejor manera de revelarle a Anna lo que ésta deseaba saber a cambio de noticias de Liam, pero era un intercambio delicado, en el que fácilmente podía entregar más de lo que recibiera.

Finalmente decidió que era mejor guardar silencio; en ese momento la puerta se abrió tras ella y Anna soltó su risa aguda y chillona.

—¡Liam Kirby! —gritó, y abandonó la caja de botones repiqueteantes para salir de detrás del mostrador.

Sus chillidos irritaron tanto a Jemima que habría deseado poder marcharse de allí, pero no había nadie como Anna para hacer preguntas impertinentes. Por lo tanto, se

apartó a un rincón para escuchar y observar, entre polvorientos cajones de Bálsamo de Vida, en tanto la mujerona se acercaba a Liam y lo cogía por los hombros.

—¡Pero mira qué bien estás!

Liam era alto, pero Anna también, y apenas tenía que levantar la vista para gritarle a la cara.

—¡Estás hecho todo un hombre! ¡Y nada feo, por cierto! El pelo se te ha oscurecido... Y esos bonitos ojos azules los has heredado de tu madre, que Dios la guarde. De joven era muy guapa. Y tú te pareces a ella. ¡Has tardado mucho en venir a visitar a los viejos amigos! Supongo que ya sabes que Jed y yo vamos a casarnos. ¡Ya no somos más que dos viejos tontos! Será el sábado próximo. Si te quedas un tiempo, te casaremos a ti también. ¿Has vuelto por alguna novia?

Él enrojeció de irritación desde el cuello de la camisa hasta la línea del pelo; era como si llevara la respuesta escrita en la cara. Jemima sintió que el estómago se le subía a la garganta.

—En realidad, no. —Se libró tímidamente de las manos de Anna—. La ley no permite tener más de una esposa. He venido por trabajo.

—¡Ésa sí que es una noticia! ¡Liam Kirby, casado! Y supongo que tienes más novedades. Han pasado un montón de años. —La mujer señaló un taburete—. Siéntate allí, junto al fuego. Charlie, a este paso acabarás por echar raíces frente a esos bolos. Haz un poco de sitio, que Liam ha venido de visita y tiene muchas cosas que contar. Te acuerdas de Charlie, ¿verdad, Liam? ¿Sabes que por fin encontró esposa? Se casó con Molly Kaes. Pero es evidente que la cosa ha perdido su encanto, pues pasa más tiempo frente a mi hogar que frente al suyo.

—Oye, Anna... —comenzó el aludido.

Pero ella lo interrumpió.

—Mira, Liam, ése es Obediah Cameron; la última vez que lo viste aún tenía pelo. Y ésa es la señorita Wilde... Te atenderé en un momento, Eulalia... Tú no la conoces, pero es que últimamente tenemos muchas caras nuevas en Paradise. Ella cuida la casa de su hermano. Sin duda, has visto al llegar los huertos de Wilde. ¿Habías visto alguna vez tantos manzanos juntos? Y aquélla es Jemima Southern; ¿te acuerdas de ella? Ya es toda una mujer. Desde que la difteria se llevó a sus padres trabaja para la viuda Kuick, que le compró el molino a John Glove. Jemima, se diría que los ratones te han comido la lengua. ¿No tienes nada que decirle a Liam Kirby? Si mal no recuerdo, en otros tiempos estabas chalada por él.

Un torrente de palabras furiosas habría salido de la boca de Jemima en dirección a Anna, de no haber sido por la manera en que Obediah irguió las orejas. Los Cameron eran casi tan afectos al cotilleo como a la cerveza; convenía asegurarse de que no concibiera ideas extrañas sobre ella y Liam, por si llegaban a oídos de la viuda.

—Liam —dijo, con tanta serenidad como pudo—. Me alegra verte.

—¿A que sí? —Anna lo miraba, radiante—. Lástima que ya tengas familia, Liam. Si nuestra engreída Jemima no te echara las redes primero, mi Henrietta ya está en edad. Sirve en una casa de Johnstown; es una muchacha inteligente como pocas y, además, bonita. Y no lo digo porque sea su madre. Pero basta ya de charla. Es hora de que te sientes a contarnos lo que tengas que contar. Obediah, ve a por mi padre, ¿quieres? Él también querrá escuchar.

—¿No sería mejor que yo fuera a la taberna para ver a Axel...? —insinuó Liam, esperanzado.

Pero Anna agitó una mano.

—Oh, no, no pienso dejarte ir así como así. Que mi padre venga aquí. Aunque le crujen los huesos, está bastante ágil para sus años.

Liam se sentó de mala gana. A Jemima le pareció tan desdichado como se sentía ella en esos momentos. Tenía esposa. Si algo positivo se podía encontrar en eso, era la perspectiva de revelar a Hannah Bonner que el único blanco quizá dispuesto a desposarla ya estaba casado.

Mientras Anna y Charlie LeBlanc discutían por encima de la cabeza de Liam sobre la fecha exacta en que había muerto el juez Middleton y cuánto tiempo llevaban los Kuick en Paradise, Jemima empezó a idear cómo daría la noticia. Concentrada como estaba en eso, no se percató de que el viajero trataba de decirle algo hasta que él levantó la voz.

—Oye, Mima, ¿es cierto que Ambrose Dye aún les lleva el molino a los Kuick?

—Sí.

Ella lo habría dejado así, pero Anna no podía.

—¿Ambrose Dye? —repitió—. ¿Para qué quieres a un hombre así?

—Ya perdiste bastante dinero jugando con él a los naipes —intervino Charlie riendo—. Es raro que lo busques.

—¡Como si la viuda permitiera que su gente se quedara en la taberna jugando a los naipes! —bufó la mujerona—. Y, además, no parece que le guste la compañía. Es más seco que un hueso. Ha ido a Johnstown para traer a los hombres que la viuda alquila durante el invierno. En cuanto regrese los pondrá a trabajar a toda marcha. Ha sacado ya más dinero de ese molino del que reunió Glove en toda su vida.

—Es buen molinero —concordó Charlie—, pero un poco extraño, ese Ambrose Dye. Callado como la tumba de un mudo. —Se inclinó hacia Liam y agregó en voz baja—: Dicen que es medio indio.

Anna resopló.

—Si fuera medio indio, no lo habría empleado la viuda. Como bien sabéis, la piel roja le da escalofríos.

—Es medio indio, sí —confirmó Liam—. Una de sus abuelas era Abenaki. En la frontera del Canadá lo llaman Cuchillo en el Puño.

Anna abrió tanto la boca que Jemima pudo contarle hasta las muelas.

—Esa mujer hace todo lo que puede para amargarle la vida a Hannah Bonner. ¿No es cierto, Jemima?

La muchacha la miró con gesto ceñudo, pero se dirigió a Liam.

—Dye está ausente desde el jueves pasado. Y si estuviera aquí, no le gustaría nada que lo llamaras piel roja. Y a la viuda tampoco.

Él se encogió de hombros.

—Digo lo que sé. Si no me crees, pregúntaselo a él.

Jemima, en su irritación, no pudo contenerse.

—Dudo que Dye te ayudase a buscar a esa esclava, si es eso lo que pretendes.

Él giró lentamente la cabeza en su dirección.

—¿Qué sabes de la fugitiva que busco?

—Nada. Pero conozco a Ambrose Dye.

Y apartó la mirada, esperando que Liam no encontrara en esa declaración más significados del que ella había querido darle. Por una vez se alegró de que Charlie, con su manía de intervenir en todas las conversaciones, retomara alegremente el tema donde ella lo había dejado.

—Dye es un tipo extraño —dijo—. Parece blando, pero por lo que se comenta de él... Caramba, si tropezara con un fugitivo, lo colgaría bien alto y dejaría que lo devoraran los cuervos para que sirviera de lección a los otros africanos.

Al otro lado de la habitación se oyó una discreta tos: Eulalia Wilde. Anna fue a atenderla, dejando a Jemima entre Charlie y Liam.

No sucedía a menudo que a Jemima le faltaran las palabras, pero por una vez no pudo decidirse a preguntar lo que deseaba: «¿Dónde has estado? ¿Tienes ese oro o no?» Tampoco podía mirarlo a la cara y decirle lo mucho que había anhelado que él volviera algún día para verla, no ya como una niña, sino como una mujer. Que se la llevara lejos de Paradise y la convirtiese en ama de su propia casa.

Isaiah Kuick era mejor partido, pero sus posibilidades de echarle el guante parecían disminuir día a día. No faltaban hombres, pero habría preferido ahorcarse antes que casarse con cualquier pelagatos. Y allí estaba Liam Kirby, con una escopeta cara y aspecto de haberse hecho una posición en el mundo. Muchas veces había imaginado su retorno a Paradise, pero nunca se le había ocurrido pensar que regresaría casado. Antes bien, había dedicado mucho tiempo a idear la manera de conseguir que él dejara de interesarse por Hannah Bonner para concentrarse en ella.

—Te fuiste sin decir palabra, Liam —comentó—. Temíamos que te hubiese devorado una pantera.

Él sonrió.

—¿Te preocupaste por mí, Mima?

—No tanto como Hannah Bonner. ¿No se llevará una desilusión al saber que

tienes familia en la ciudad?

El asomo de cordialidad que él había comenzado a desplegar desapareció tan súbitamente como había surgido. La miró con frialdad.

—La noticia no parece que le haya afectado mucho. A decir verdad, no creo que le haya importado en absoluto.

Jemima se tragó el desencanto. ¿Así que Hannah ya estaba enterada? Y lo había sabido por el mismo Liam. Se habían encontrado en algún lugar, quizá en la montaña, algo más temprano. La noche anterior, tal vez.

—Lo dudo —replicó ella, agria. Y luego descargó su frustración contra Charlie—: Y tú, ¿qué miras?

Él encogió sus huesudos hombros e inclinó la cabeza.

—Miro cómo te enfadas, Mima.

—Pues te diré, Charlie LeBlanc, que si tú puedes pasarte el día entero cruzado de brazos, yo tengo que hacer.

Liam intervino:

—Antes de que te vayas, me gustaría hacerte una pregunta.

Jemima se esforzó por mantener la cara inexpresiva como una piedra.

—Preguntas mucho para lo poco que cuentas de ti mismo.

—Eso es cierto —intervino Charlie—. ¿Por qué no nos explicas dónde has estado todo este tiempo, muchacho?

Liam apartó la mirada de Jemima.

—Pasé algunos años navegando, antes de instalarme en la ciudad.

—¡Vaya, entonces sí tienes algo que contar! —Charlie, muy sonriente, se acomodó un poco mejor en el taburete—: Toma asiento, Jemima.

Pero ésta se dirigía ya hacia la puerta.

—Ya soy mayorcita para los cuentos de hadas.

—Decidme antes cuándo creéis que volverá ese capataz —pidió Liam—. Tengo asuntos que arreglar con él.

Jemima se encogió de hombros.

—Si quieres hablar con el señor Dye, supongo que deberás esperar hasta el fin de semana.

Charlie sonrió, dejando a la vista sus cinco dientes.

—¡Entonces estarás aquí para la boda de Anna!

—Si puedo evitarlo, no —replicó el viajero.

Fue lo último que oyó Jemima antes de cerrar la puerta tras de sí.

* *

En la docencia existe una verdad simple que aquella tarde de lunes se manifestó en el aula de Elizabeth: ni el mejor y más aplicado de los alumnos puede concentrarse durante una tormenta eléctrica, durante la primera nevada del invierno o en los primeros días de la primavera, como era el caso. Y ese año era aún peor, pues, además del cielo despejado y la brisa templada, los Dubonnet habían decidido que era el momento de abrir los corrales de invierno para que los cerdos más jóvenes pudieran hozar en el bosque. Y esos cerdos habían escogido precisamente la escuela de Elizabeth para hacer la siesta.

En el curso de aquellos años, se había enfrentado a muchos desafíos, pero tener dos cerdos bajo el porche de la escuela el primer día de primavera no podía interpretarse sino como una orden del cielo, que le mandaba despedir a sus alumnos antes de hora. Por lo visto, los niños opinaban lo mismo: hasta el mismo Daniel, que normalmente solía perseverar, inclinaba la cabeza hacia la puerta, con expresión distraída.

Elizabeth tenía frente a sí a las dos lectoras más pequeñas: Lucy Hench y Kateri, la hija mayor de Muchas Palomas. Descontada la única excepción notable (echó una mirada de soslayo hacia Lily), las niñas que acudían a clase por la tarde eran obedientes y se comportaban bien, pero Lucy y Kateri se esmeraban en complacer. Después de haber practicado esa lectura toda la semana, ahora Kateri apenas podía hacerse oír por encima del gruñido de los cerdos, que se acomodaban entre las sombras húmedas, bajo el porche.

Alzó la voz, pero los animales parecieron interpretar eso como una invitación a unírsele en coro, cosa que hicieron con creciente entusiasmo y una agitación que estremeció las tablas del suelo.

¡Salve, hermosa extranjera del bosque! [gruñido]

¡Salve, enviada de la primavera! [gruñido, chillido]...

Todos los niños presentes tenían que hacer un gran esfuerzo para no reírse, en tanto los bufidos de los cerdos aumentaban de volumen. Kateri alzó la voz hasta casi perderla:

¡Deliciosa visita! Contigo

saludo el tiempo de las flores...

—¡Se han quedado atascados en el barro! —Daniel se levantó de pronto, y al percatarse de lo que acababa de hacer, agachó la cabeza—. Perdona, pero juro que al menos uno de esos cerdos se ha quedado atascado. ¿No los oyes?

—¿Podemos ir a ver, mamá? —Lily ya estaba ante la puerta, con los otros

apiñados tras ella: Grajo Azul, Solange, Lucy y Emmanuel; la misma Kateri había acudido, olvidándose de la lectura.

Mientras Elizabeth se armaba de paciencia, al otro lado de la puerta se oyó un grito agudo, y las tablas del suelo se sacudieron. Lucy subió de un salto a uno de los pupitres.

—Una pantera —gritó Kateri por encima del alboroto.

—¡Pobres cerdos! —gimió Solange.

Lucy sollozaba, con los ojos redondos como dos soberanos de oro. Elizabeth tuvo un mal presentimiento al notar que la mirada de Lucy no estaba fija en la puerta, sino en la ventana. Giró justo a tiempo para ver a Daniel, que estaba listo para saltar por ella. Después de sujetarlo por los faldones de la camisa, lo arrastró hacia atrás, mientras él pataleaba con todas sus fuerzas.

—¿Qué pretendes hacer, dime?

—Ir por ayuda. —Sus ojos verdes centelleaban, desafiantes.

—Sabes que no podemos hacer nada por esos cerdos —replicó Elizabeth—. No permitiré que te interpongas entre una pantera y su presa. Esperaremos aquí.

Los chillidos cesaron casi tan repentinamente como habían comenzado, reemplazados por el suave sollozar de Lucy.

—¿Veis? —dijo Elizabeth.

—¿Y nos quedaremos quietos mientras esa fiera devora más de cincuenta kilos de cerdo? —Daniel apretó la mandíbula.

Durante un momento le recordó a Nathaniel, siempre dispuesto a llevar la contraria.

—Alguien vendrá a buscarnos —dijo Lily.

—Podrían pasar horas —adujo Grajo Azul.

Elizabeth se imaginó allí sentada, oyendo con los niños el ruido de la pantera al desgarrar la carne, y luego imaginó lo que podía suceder si intentaban salir. El olor a sangre fresca ya había llenado la habitación.

Una vez había visto cómo una pantera se descolgaba de un árbol sobre la espalda de un hombre. Esos pocos minutos se le habían antojado muy largos, pero recordaba esos instantes con perfecta claridad.

—Vamos a cantar —propuso—. Hace tiempo que no cantamos.

Emmanuel dijo:

—Señorita Elizabeth, podría ocurrir que viniera alguien sin escopeta..., y usted sabe que a la pantera no le gustará que nadie se acerque demasiado.

Solange exclamó, con el aliento entrecortado:

—Por favor, señorita Elizabeth, deje que Daniel vaya.

Ella miró a su hijo. Era muy alto para sus ocho años, tanto que no hacía falta inclinarse mucho para darle un beso en la cara. En ese momento sentía deseos de

hacerlo. Él le sostuvo la mirada sin parpadear, firme en su propósito.

—Tendré cuidado.

Lo intentaría: eso estaba claro. Daniel era rápido y despierto, pero, como su gemela, había heredado de los Middleton una tendencia temeraria que se presentaba en los momentos más inoportunos. Más de una vez Grajo Azul se había interpuesto entre sus hijos y el desastre.

—Sí, pero no irás solo —decidió.

—Yo me quedo con mis hermanas —dijo Emmanuel.

—Pues irás con Grajo Azul, Daniel.

La satisfacción afloró en la cara de su hijo, y en la de Grajo Azul, la resignación. Desde la ventana, Daniel sonrió a su madre por encima del hombro y saltó al otro lado.

—Haré todo lo que pueda —prometió su compañero, antes de salir también.

Cuando Elizabeth se acercó la ventana, los niños ya habían desaparecido en el bosque, por detrás de la escuela, montaña abajo, hacia la aldea.

—Tal vez quiera avisar a Peter de lo que sucede con sus cerdos —opinó Emmanuel, en respuesta a la pregunta que nadie había formulado en voz alta: «¿Por qué no han ido hacia Lago de las Nubes en busca de un hombre?»

—Nuestro padre tiene buena puntería —dijo Lucy, limpiándose las mejillas con los dedos—. Quizá vayan hacia allí.

Lily estudiaba las tablas del suelo con exagerado interés. Elizabeth le alzó la barbilla con un dedo flexionado.

—¿Qué pasa? ¿Qué se trae Daniel entre manos?

Ella se encogió de hombros.

—Lleva todo el día buscando una excusa para bajar a la aldea. Esa pantera le ha hecho un favor.

—¿Y por qué está tan deseoso de ir a la aldea?

Los tres niños Hench se quedaron mudos. Kateri habría hablado, pero Lily le puso una mano en el hombro.

—¿Tiene algo que ver con Liam Kirby? —preguntó Elizabeth.

—¿El cazanegros? —Emmanuel era el peor mentiroso que ella había conocido; en esa única palabra y en su expresión casi era posible leer toda la historia.

—¿Así llamáis a Liam?

—Así lo llama Emmanuel —dijo Kateri—. Nosotros le decimos Tsyòkawe. —Era el nombre kahnyen'kehàka de Liam: Cuervo Rojo. Se le quedaría, sin duda, lo mereciera o no.

—Liam Kirby es un joven de carne y hueso, como cualquier otro —aseguró Elizabeth. Ella misma notó que fracasaba en su intento de mostrarse objetiva—. Sin duda podréis comprobarlo muy pronto.

—Pero Lily ya lo ha visto. ¿Verdad, Lily?

La cara de su hija decía que era cierto: esa mañana la había desobedecido para ir tras Hannah. Ahora comprendía la prisa de Daniel por ir a la aldea: lo que uno de los gemelos se atrevía a hacer, el otro debía imitarlo.

—¿Has seguido a tu hermana?

Lily frunció los labios.

—Alguien tenía que cuidar de ella. Pero no me he entrometido. Puedes preguntarle a Hannah.

—Es lo que haré. Luego discutiremos esto con tu padre. Mientras tanto creo que tienes pendientes unas sumas.

El hecho de que Lily obedeciera sin chistar era prueba de que se sentía culpable. Los otros hicieron lo mismo; habían olvidado la idea de cantar, o preferían pasarla por alto, y Elizabeth se alegró de quedarse a solas con sus preocupaciones.

Esa mañana, camino a la escuela, se había cruzado con Hannah en los fresales y se había detenido lo suficiente para saber que, efectivamente, Liam iba tras el rastro de Selah. Aunque la muchacha había hecho un gran esfuerzo por mostrarse despreocupada, había fracasado por completo.

Lily, aunque inclinada sobre sus operaciones aritméticas, la observaba por el rabillo del ojo, como si esperara ser interrogada sobre la aventura de la mañana. Sabía muy bien lo preocupada que estaría su madre por Hannah. Elizabeth se tragó la irritación junto con la curiosidad. No podía pedirle a su hija que le contara su escapada sin dar la impresión de que apoyaba su conducta.

Nathaniel no tardaría en ir a la aldea en busca de Liam, según había dicho Hannah. Ella imaginó la escena: su marido, entrando a la luz mortecina de la taberna; Liam, que lo esperaba allí. Daniel estaría cerca, sin duda. Y habría estallidos de ira. Claro que Nathaniel jamás levantaría la mano contra Liam; no estaba en su carácter atacar cuando se encolerizaba.

Aun así... Elizabeth trató de visualizarlos juntos: Nathaniel y Liam, Daniel y Grajo Azul. Trató de imaginar cómo se enfrentaría su esposo al muchacho que, después de haber sido tratado por él como un hijo, los había abandonado sin decir palabra y ahora volvía en tono amenazante.

Lily la observaba, ya sin disimulo.

—Bajarás a la aldea, ¿verdad? —preguntó.

Su madre hizo un gesto afirmativo, luego cogió el primer libro que encontró y trató de leer, intentando pasar por alto los ruidos que producía la pantera al arrancar el músculo del hueso.

* *

Cuando Curiosity entró, Hannah había cogido las últimas cebollas que habían almacenado en el otoño y estaba inclinada sobre la tabla de picar.

—Ésta es una de esas curas que resultan más penosas para el médico que para el paciente —comentó la anciana. Luego echó un vistazo a las cebollas que hervían en la olla y retrocedió, agitando una mano ante la cara—. ¿Qué intenciones tendría el buen Señor cuando hizo que los mejores remedios fueran tan desagradables de emplear?

Después de mirar a la muchacha con atención, le quitó un trozo de piel de cebolla que se le había quedado prendido en el pelo y le limpió la mejilla.

—«Los has alimentado con el pan de las lágrimas y has hecho que bebieran lágrimas a cazos» —citó—. Pero supongo que es hora de que yo te reemplace con estas cataplasmas. Déjame, yo cortaré el resto.

—Ya casi he terminado.

—No, ni hablar. —Curiosity la empujó hacia un costado—. Con tanto cuidar de nuestra Selah vas a quedarte en los huesos. ¿Está mejor?

Hannah asintió.

—Un poco mejor. En este momento duerme.

—Es lo que necesita. Estas cataplasmas deben de haberle hecho bien. No hay como la cebolla y el alcanfor para descongestionar los pulmones. Siéntate y descansa un minuto, antes de que caigas redonda.

Hannah siguió su consejo, a pesar de que, aunque se había pasado el día trabajando a un ritmo agotador, aún estaba llena de energía. Desde el encuentro con Liam se había exigido a fondo; iba del hogar al cántaro de agua, de éste al lecho de la enferma, y vuelta a empezar: mojaba la cabeza y las muñecas de su paciente con agua y vinagre, le cambiaba la cataplasma, se doblaba sobre la tabla de lavar, el mortero y la tabla de picar. Muchas Palomas le llevó algo de comer; ella lo engulló rápidamente y volvió al trabajo. Pero ni aun así conseguía alcanzar el estado que ansiaba, un cansancio que expulsara de la mente todo lo referido a Liam y a las cosas que él había dicho.

Y allí estaba ahora Curiosity, deseosa de saber justamente lo que ella había estado tratando de olvidar. Se lo había contado a su padre y tendría que repetirlo palabra por palabra ante Curiosity y todos los que quisieran escuchar, hasta que pudieran imaginar el tipo de hombre en que Liam Kirby se había convertido.

—Elizabeth ya debería haber llegado a casa —comentó—. ¿Estaba todavía en la escuela cuando has pasado por allí?

La anciana la miró con los ojos entornados y respondió.

—En efecto. Los cerdos de Dubonnet estaban instalados cómodamente bajo el porche hasta que los ha descubierto una pantera.

Hannah revolvió el agua de cebollas, aguardando el resto del relato, pero

Curiosity no tenía prisa.

—Dame ese otro cuchillo, ¿quieres? Éste es demasiado pesado. De manera que todos han tenido que quedarse allí encerrados, hasta que los muchachos han salido por la ventana para ir en busca de Joshua y su escopeta. Yo me he acercado para ver si quedaba algo de carne que se pudiera aprovechar. A Peter no le sentará nada bien haber perdido dos cerdos.

—¿Y Elizabeth? —preguntó Hannah. Sumergió un trapo en el cuenco de agua con vinagre que había preparado para Selah y se humedeció la frente con él.

—Ha bajado a la aldea a buscar a tu hermano, y supongo que también espera encontrar a Liam. Y tu hermanita estará muy ocupada tratando de que Joshua le dé la cabeza de la pantera. A menos que Ojo de Halcón decida venir a casa, tenemos tiempo de sobra para que me cuentes lo que ha sucedido esta mañana.

Hannah se cubrió la cara con el paño mojado y aspiró el olor penetrante del vinagre; sentía el sabor en la lengua, en el fondo de la garganta, descendiendo hasta el nudo que tenía en el estómago. Cuando volvió a levantar la vista, Curiosity seguía picando cebolla, con la cara surcada de lágrimas.

—Selah ha preguntado por ti —dijo.

La anciana soltó una risa áspera.

—¿Eso significa que no estás dispuesta a hablar de Liam?

Hannah respiró hondo para calmarse.

—Creo que jamás estaré dispuesta.

—Conque es cierto, ¿eh? Ha venido por Selah.

La muchacha asintió. Curiosity apretó los dientes.

—Nunca imaginé que ese muchacho nos daría tal desilusión. Pero supongo que tú tampoco lo esperabas.

—No —confirmó ella.

Se produjo un largo silencio, sólo interrumpido por el golpeteo rítmico del cuchillo contra la madera. Por fin Curiosity dijo:

—¿Crees que hay alguna posibilidad de lograr que entre en razón?

Hannah sintió que las lágrimas se le agolpaban en la garganta, calientes, y las tragó para poder hablar.

—No lo sé. Mi padre ha ido para intentarlo. Cuando vuelva, sabremos algo más.

Hizo una pausa, y Curiosity también.

—¿Qué sucede, pequeña?

—Liam ha dicho que la mujer a la que persigue está acusada de asesinato. Su dueño la alcanzó en Newsburgh y ella le clavó un cuchillo en el cuello.

La anciana miró fijamente el que tenía en la mano, el brillo del acero y el filo de la hoja. Lo dejó sobre la mesa, llevó la tabla de picar al hogar y dejó caer la cebolla triturada en la cacerola de agua hirviendo. Luego se sentó en la mecedora de

Elizabeth, se reclinó hacia atrás y miró a la muchacha. Las arrugas que le enmarcaban ambos lados de la boca, como un paréntesis, parecían haberse profundizado.

—Tendremos que sacarla de aquí cuanto antes —dijo.

Hannah extendió las manos contra las rodillas.

—Yo creo que aún debería quedarse cuatro o cinco días más.

Curiosity se levantó tan de súbito que la mecedora dio un salto, y ella alargó una mano para pararla.

—Iré a ver qué puedo hacer para acelerar las cosas —dijo con expresión ceñuda, y se volvió hacia la muchacha—. Ah, me olvidaba. Richard me ha pedido que te diga que mañana por la mañana piensa probar la cura de ese tal doctor Beddoes con Gabriel Oak, y le agradecería contar con tu ayuda. No sé si al pobre Gabriel le servirá de algo, pero a ti te vendrá bien pasar unas horas fuera de esta cabaña.

—Sí, me gustaría ir —replicó Hannah. De pronto se sentía más despierta.

—Se me ocurre que podrías aprovechar la ocasión para conversar un rato con Richard.

Era inquietante que Curiosity le adivinara hasta los planes más sencillos, pero también la reconfortaba, pues con ella rara vez hacía falta fingir. La anciana entendía algo que ella nunca había podido explicarle a su padre: en esos últimos años había entablado una buena relación de trabajo con Richard Todd, que en otros tiempos había sido el peor enemigo de los Bonner.



Capítulo 7

Poco antes del anochecer, Joshua descendió de la montaña a la cabeza de sus caballos de carga, que llevaban los cestos llenos a rebosar con los restos de los cerdos de Dubonnet y la piel de la pantera. Sus tres hijos lo seguían, arrojando miradas anhelantes a Lily y Kateri, que cargaban con la cabeza de la fiera, sujetándola cada una de una oreja. Lily había hecho sus propios planes para ese trofeo, pero eso era algo de lo que Elizabeth se ocuparía más tarde. Por el momento estaba preocupada por Daniel y Grajo Azul, que aún no habían regresado de la aldea.

Después de decir a las niñas que regresaran a casa, se cambió las botas por los mocasines que guardaba debajo de su escritorio, se recogió las faldas hasta las rodillas y tomó el sendero por donde se habían ido los muchachos. Era mucho más empinado que el camino principal, pero le permitiría llegar a la aldea antes que Joshua, quien con toda seguridad atraería a una muchedumbre deseosa de escuchar la historia de los cerdos y la pantera.

Esa pendiente de Lobo Escondido era tan frondosa que sólo se podía caminar a la manera de los kahnyen'kehàka, con las puntas de los pies hacia dentro. Había llegado a aquel lugar demasiado mayor para aprender la técnica de avanzar sin hacer ruido; a su paso, el canto de los pájaros se apagaba y volvía a elevarse cuando ella había pasado. Por primera vez en el año, oyó el gorjeo de los pinzones, pero no tenía tiempo para esperar la oportunidad de poder verlos.

Los animales se iban instalando poco a poco en sus madrigueras y en sus nidos. Allí donde el espeso ramaje permitía ver el cielo, el azul se convertía en oro, cobre y rojo sangre. A cada paso se elevaba, penetrante, el olor de las hojas en descomposición.

En el lugar que los niños llamaban «pendiente de polvo», Elizabeth perdió el equilibrio y habría caído a no ser por un pinillo blanco que estaba a su alcance. Entonces se asustó y aminoró el paso. Si se partía un hueso y se quedaba inmovilizada allí, no haría sino complicar las cosas. Cuando llegó a la aldea, estaba manchada de barro, pegajosa de resina y con un cardenal que le escocía en la mejilla. Antes de dirigirse a la factoría, se detuvo a recobrar el aliento junto a la iglesia, poniendo cuidado en no apoyarse en el muro, que el señor Gathercole en persona había encalado.

El viento le llevó un tintineo de cencerros y, más cerca, el gímoteo de un niño, puntuado por el rítmico golpeteo de un hacha en la madera.

Desde allí se veía casi todo Paradise. Por más veces que Elizabeth bajara a la aldea, nunca olvidaba la mañana de invierno en que la había visto por primera vez; en parte, porque la aldea había cambiado muy poco desde entonces, aunque ella sí había

cambiado. Recordaba lo mucho que la había sorprendido aquel lugar pequeño y desangelado, de cabañas construidas con troncos y rodeado de sembrados, siempre bajo la amenaza de los bosques que los rodeaban. En los años que llevaba viviendo en Lobo Escondido, había tenido tiempo de convencerse de que Paradise jamás se convertiría en el lugar que había imaginado al principio: nunca habría allí parques ni prados, casas ni calle mayor; nunca podría ser Inglaterra, ni siquiera Boston o Albany. El bosque era interminable y paciente; apenas toleraba la presencia de aquella aldea, encaramada en una especie de barranco destinado a desaparecer algún día.

Si no hubiera sabido que era lunes, se habría dado cuenta por la ropa que había tendida junto a las cabañas. Los pollos escarbaban el suelo entre los montones de leña y en los huertos, que permanecerían sin cultivar tres o cuatro semanas más, hasta que pasara el peligro de las heladas. Cada vez que llegaba la primavera, les costaba creer que aquel estrecho valle que se extendía a lo largo del Sacandaga pudiera alimentarlos y vestirlos a todos: personas, caballos, bueyes, vacas, cerdos (menos dos, recordó Elizabeth), cabras, pollos, gatos, perros y un único toro, que pastaba en una dehesa cercada que había en el lindero del bosque, en el límite oriental de la aldea.

Como si la población animal le hubiera leído los pensamientos, al otro lado de la iglesia estalló una tempestad de ladridos; un gato pasó corriendo frente a ella en un borrón color jengibre, seguido de cerca por una jauría. En el último instante, el gato logró saltar a lo alto de un montón de leña que había apilada contra la pared de la taberna y desde allí brincó al tejado y se quedó en el alero, con el lomo en forma de un arco perfecto. Los perros saltaron una y otra vez, como si pudieran echar alas por pura fuerza de voluntad. Elizabeth reconoció a los dos más alborotadores, que pertenecían a Horace Greber; los otros le eran extraños..., excepto el que se había apartado de la jauría y se había girado hacia ella. Un perro de color cobrizo.

Treenie. Dijo el nombre en voz alta, invocando a la perra, que salió de su pasado e hizo su aparición en el torbellino que se había desatado frente a la taberna.

La puerta se abrió una rendija y ella contuvo el aliento. No podía ser otro que Robbie MacLachlan, que salía para llamar a su perra. Era tan seguro como que Robbie había muerto hacía ocho años y estaba enterrado a miles de kilómetros de distancia. Aun así, su voz le sonó real, extrañamente aguda para un hombre tan corpulento. Cantaba en voz baja:

*Que el rey de reyes te ampare,
que te ampare Jesucristo,
que su espíritu te guarde
y de los males te libre...*

La puerta se abrió del todo, dejando ver a un Robbie joven y alto, de hombros anchos y espalda recta. La melena centelleaba, no blanca, sino color caoba ante la última luz del sol. A una palabra del hombre, los perros dejaron de ladrar y se retiraron de mala gana.

El hombre dio un paso hacia ella, con Treenie pegada a los talones y meneando el rabo. Elizabeth clavó una rodilla en el suelo, y la perra se le acercó y apoyó la cabeza en su hombro, con un jadeo de satisfacción. Olía a agua del lago, como cuando la encontró por primera vez en lo profundo de los Bosques Interminables. Ahora tenía hebras blancas en el pelaje y el hocico.

Había visto por última vez a la perra cobriza un día de Navidad. Ella estaba a punto de dar a luz a los gemelos y apenas podía moverse. Robbie partía de Lobo Escondido en un largo viaje hacia Montreal, con Treenie a su lado. Allí un soldado inglés disparó contra el animal, según contaron los hombres que lo vieron: Robbie, Ojo de Halcón y Nathaniel. Este último asomó en ese momento por la puerta de la taberna, detrás de aquel hombre desconocido que, sin embargo, le resultaba familiar.

—Treenie —dijo ella en voz baja—. ¿Cómo puede ser?

—Aquel verano volvió a casa —explicó Liam—. Una mañana salió del bosque, y como yo no esperaba volver a verlos nunca más a ninguno de vosotros, me la llevé conmigo. Espero que puedas perdonarme al menos esto.

* *

La taberna de Axel era sólo un cobertizo construido al lado de la factoría, con unas pocas mesas y una poltrona de respaldo alto frente al hogar. Era oscura y muy fresca; cuando entró, a Elizabeth se le erizó la piel de los brazos. Por suerte, Axel no estaba. Una vez pasada la impresión inicial del encuentro, el olor a tensión se percibía en el aire como el de la cerveza derramada.

Liam, de pie al otro lado de la habitación, observaba con atención a Nathaniel. La expresión de su rostro la entristeció. Liam había sido uno de sus primeros alumnos: un niño alegre, a pesar de vivir con un hermano que lo golpeaba a la menor provocación. Era inteligente en todo lo que no se relacionara con la palabra escrita; trabajaba mucho e idolatraba a Hannah. Elizabeth habría querido buscar algún rastro de aquel niño en el hombre que se erguía ante ella, pero entre ambos se interponían Selah Voyager y el hijo que llevaba en sus entrañas; por ningún motivo podía poner en peligro la seguridad de esa mujer.

—No quería interrumpiros —dijo—. Busco a Daniel y a Grajo Azul.

Nathaniel señaló con el mentón la puerta que daba a la factoría.

—Tienen órdenes de no moverse hasta que yo vaya por ellos.

Elizabeth sabía perfectamente que debía ir por los niños para llevarlos a casa y dejar aquel asunto en manos de su esposo, pero no podía. Aún no. La perra cobriza le olfateó la mano.

—¿Has visto a Treenie, Nathaniel? Robbie estaba convencido de que había muerto. Y tú también.

—Tenía una herida de bala en la paleta —dijo Liam—, pero ya estaba casi cicatrizada cuando llegó aquí. Le puse un poco de ungüento que Muchas Palomas había dejado al partir.

A diferencia de Nathaniel, que nunca había aprendido a esconderse tras las palabras, Elizabeth se había criado en un hogar inglés aristocrático, donde todo silencio incómodo debía ser llenado de conversación.

—¿Y ha pasado todo este tiempo contigo?

La cara del joven perdió parte de la tensión.

—Mi capitán le cogió simpatía. Ha viajado hasta China.

Ella levantó bruscamente la cabeza.

—¿Te embarcaste?

Liam pareció algo sorprendido, quizá desencantado.

—¿No te lo ha dicho Hannah?

—Apenas hemos tenido tiempo de hablar.

—Pero supongo que sí lo suficiente —dijo Liam, girando la cabeza para mirarla—. ¿Sabes ya a qué he venido?

Elizabeth lo estudió durante un momento y luego dijo:

—Sé a qué dices haber venido. ¿Ya has visto a Curiosity?

La boca del joven formó una línea firme. Parecía tener algo que decir, pero se limitó a sacudir la cabeza. Fue Nathaniel quien habló.

—Será mejor que vuelvas a casa, Botas. Ya casi hemos terminado.

—¿De verdad? —Liam irguió bruscamente la cabeza—. Yo diría que apenas hemos comenzado.

—Pues entonces permíteme que vuelva a explicártelo —dijo Nathaniel, y bajó amenazadoramente la voz—: Tú quieres que te autorice a cazar a una esclava fugitiva dentro de mi propiedad, y ya te he dado una respuesta bien clara: no permitimos ninguna cacería en la montaña. Y no pienso hacer una excepción en este caso.

—La ley no opina lo mismo —adujo Liam—. Podría ir a Johnstown y pedir una orden judicial.

—Hazlo —dijo Nathaniel—. Me gustará estar presente cuando se la muestres a mi padre.

El joven palideció, pero apretó los dientes.

—Ya no tengo trece años. No puedes asustarme con ese tipo de cosas.

Con mucha lentitud, Nathaniel repuso:

—Cuando quiera asustarte, Kirby, ya te percatarás.

En el tenso silencio que siguió, Elizabeth se obligó a hablar.

—¿No es posible que las cosas se queden como están, siquiera por amistad?

Liana sacudió la cabeza.

—No, no es posible. Se trata de un homicidio. —Miró a Nathaniel con intención, y Elizabeth no pudo menos que preguntarse qué habría pasado entre ellos antes de su llegada.

—Desde mi punto de vista, lo único que hay aquí es una violación de la propiedad privada, nada más —le espetó Nathaniel—. Te lo diré claramente por última vez: si te encuentro en la montaña...

—... me expulsarás.

Elizabeth ahogó una exclamación, pero Nathaniel no hizo el menor gesto.

—Sí, ya lo sabes.

Elizabeth comprendió que había algo más entre ellos, algo que iba más allá del oro desaparecido o de la confianza traicionada.

—¿Qué está pasando aquí? —preguntó.

Pero Liam, concentrado en Nathaniel, pareció no oírla.

—Sé lo que hiciste con mi hermano —dijo.

Ella sintió que su marido se ponía tenso, de la misma manera que notaba la piel erizada a lo largo de la columna. Era como si Billy Kirby en persona hubiera entrado por la puerta.

Billy Kirby. Ya casi ni se acordaba de él, pero en otros tiempos lo veía a diario. Cuando aún no había cumplido los años que ahora tenía su hermano Liam, prendió fuego a la escuela con Hannah dentro. Billy Kirby era un muchacho torpe, obcecado e irritable como un toro. Elizabeth recordaba claramente las últimas palabras que él le había dicho en tono suave y desenvuelto: «Hallaremos esa mina, y después os encontraremos a vosotros muertos en la cama».

—Billy cayó por el barranco del norte mientras huía de sus perseguidores —aseguró, con voz ronca.

Liam mantenía la vista clavada en Nathaniel.

—¿Fue así como sucedió?

Nathaniel dejó escapar un violento suspiro.

—¿Así que se trata de eso? No es por la esclava, sino por tu hermano.

El joven irguió la espalda y su cara perdió la inexpresividad.

—Te equivocas —dijo—. Vengo tras una asesina, eso es todo. Cuando la atrape, la llevaré de regreso para que sea juzgada. Como habrían juzgado a mi hermano si... —Hizo una pausa para tragar saliva, con los músculos de la garganta tensos—. Mañana a primera hora partiré hacia Johnstown. Al caer la noche estaré de regreso con esa orden judicial. Te lo advierto: si para entonces la mujer se ha ido, seguiré su

rastros por la espesura.

—Liam —intervino Elizabeth en voz baja—, si hallaras a esa infortunada, ¿crees acaso que tendría un juicio justo?

Él cogió su escopeta.

—Al menos tendrá un juicio; es más de lo que tuvo mi hermano en esa montaña. Pero eso es algo que deberás preguntarle a tu esposo. Una cosa más... —añadió, volviéndose hacia Nathaniel—. No me lo has preguntado, pero quiero decirte que cuando me fui no me llevé nada que no me perteneciera. No soy un ladrón.

—Lo que me preocupa no es lo que te hayas llevado —replicó Bonner—, sino lo que hayas dicho.

Liam echó la cabeza hacia atrás como si lo hubieran golpeado, y en la cara y en el cuello le aparecieron manchas rojas.

—Pese a lo que puedas pensar de mí —aseguró—, nunca traicionaría una confianza, y mucho menos si con eso pusiera en peligro a... —Hizo una pausa—. A tus hijos.

—Eso espero... —dijo Nathaniel—. Creo que nos vamos entendiendo.

Liam se quedó pensativo, con la vista clavada en el suelo. Quien estaba al otro lado de la habitación, rodeando tranquilamente con la mano el cañón de su larga escopeta, era Nathaniel Bonner. Un hombre al que en otros tiempos había admirado. Subestimarle era la última estupidez que podía cometer.

—Sí, comenzamos a entendernos —dijo—. Supongo que, por el momento, debemos conformarnos con eso.

* *

En el trayecto de regreso, los niños guardaron silencio; no daban explicaciones ni excusas por su mala conducta, más inquietos por el profundo silencio de Elizabeth que por el castigo inminente. Todos habían padecido alguna vez el lado afilado de su lengua, y no era agradable, pero cualquiera que la conociese preferiría uno de sus furiosos sermones a ese tipo de enfado que se adentraba en los huesos y que era imposible de arrancar. Observando la línea de su espalda, Nathaniel se hacía una idea de lo que acaecería después. Y estaba seguro de que a su hijo le ocurría lo mismo.

Daniel miró a su padre con expresión enfurruñada. La desdicha de Elizabeth le resultaba tan intolerable como a Nathaniel. Quería que su padre arreglara las cosas cuanto antes, de inmediato; sin embargo, había cosas que no tenían arreglo..., pero Daniel aún no lo sabía.

Al pensar en la conversación que lo esperaba, Nathaniel sintió que una oleada de cansancio y enfado le subía por la garganta, dura y amarga. Las heridas viejas, si se

abrían, tardaban en volver a cerrar.

—Curiosity está en casa, Daniel —dijo Elizabeth, cuando llegaron al último tramo del camino hacia Lago de las Nubes—. Corre a disculparte por las molestias que has causado a todo el mundo. Y tú, Grajo Azul, tu madre te estará buscando. — Luego se volvió hacia su esposo con expresión grave—. Cuando los niños se hayan acostado, hablaremos de Liam.

Él sintió que la cólera le subía por la espalda, pero la ahuyentó con un encogimiento de hombros.

—Tú y yo iremos a pasar la noche a las cascadas.

—Creo que en estas circunstancias...

—Mira, Botas: Curiosity dormirá aquí y mi padre montará guardia. No hay motivos para que cambiemos de planes.

La vio analizar posibles pros y contras. El ángulo de su barbilla crecía a medida que lo hacía su irritación.

—Necesito un cuarto de hora —se decidió al fin.

—Yo me adelantaré —dijo Nathaniel, dejando que continuara sola—, pero no me hagas esperar demasiado.

* *

Cuando Elizabeth salió de la cabaña, ya había oscurecido por completo. Ojo de Halcón la seguía con la escopeta en la mano, sin que ella protestara. La aparición de la pantera en la escuela era algo que no se podía pasar por alto, por más que a ella le habría gustado disponer de ese tiempo a solas para pensar. Pero lo cierto era que no podía transportar el mosquete, el cesto y el candil; necesitaba de su suegro.

Cruzaron el prado y se adentraron entre los árboles en cómodo silencio. La luz del candil reflejaba toques de color en el suelo: las primeras anémonas de la temporada, que asomaban entre montículos de pinaza y hojas húmedas. Subieron la montaña entre abedules y arces que luego fueron cediendo paso gradualmente a hayas y tejos; Ojo de Halcón ajustaba su paso al de Elizabeth, como si ella fuera la anciana. Cuando llegaron a la cumbre, Elizabeth se detuvo a recuperar el aliento. Él la esperó, agradeciendo aquel silencio. No era extraño: en casa los gemelos se le habían arrojado encima para contarle las aventuras del día; además, había escuchado también las de Hannah y las de Elizabeth. Con todo eso retumbándole en la cabeza, agradecía el silencio tanto como ella.

En la cima del barranco se les abrió el cielo. La luna, casi llena, desaparecía de vez en cuando entre las nubes. Ojo de Halcón echó la cabeza atrás para estudiar el firmamento. Su coleta blanca, que Lily le había atado a la altura de la nuca con una

cinta azul, le llegaba a la mitad de la espalda.

—Mañana tendremos lluvia —dijo—. ¿No la hueles?

Elizabeth no la olía, pero sabía de la sensibilidad infalible del anciano para los cambios de tiempo; como también sabía el placer que le causaba la contemplación del cielo y de la noche. Giró la cabeza para sentir la brisa en la mejilla; su contacto era reconfortante.

Cuando reiniciaron la marcha, estaba más tranquila. Se había aferrado a su nerviosismo, temiendo que su suegro intentara quitárselo, sin saber por qué motivo temía desprenderse de él. Entonces descubrió que Ojo de Halcón la había enredado en su silencio, dejando que la montaña y el cielo nocturno obraran por él; así le había proporcionado la calma a la que ella se resistía.

Cuando salieron del bosque, Nathaniel los estaba esperando. Cogió el cesto que cargaba Elizabeth y permanecieron de pie sobre una plataforma rocosa, con el río tronando hacia las profundidades, estallando en el aire o sobre los peñascos que sobresalían. Abajo, en la pradera, las cabañas se perdían en la oscuridad, visibles apenas por la vaga chispa de una vela en la ventana. El olor a humo de leña que salía de las cuevas les indicó que Nathaniel había encendido una fogata.

Ojo de Halcón apoyó una mano en el hombro de su hijo. La luz del candil recortó su frente alta y sus pómulos pronunciados; durante un momento pareció más su hermano que su padre.

—¿Te has enterado?

El anciano asintió.

—Mañana, mientras Kirby esté en Johnstown, ya tendremos tiempo de pensar en ello. Ahora id y olvidaos de todo. —Se volvió y miró a Elizabeth—. ¿Podrás hacerlo, hija mía?

Ella trató de sonreír, pero no pudo.

—Lo intentaré —respondió, no muy segura de estar diciendo la verdad.

Había descendido a aquellas cuevas incontables veces, pero se alegró de que Nathaniel fuera delante y le ofreciera el brazo en los sitios más difíciles. Él avanzaba con el candil en alto para alumbrar el camino, pero a ella le resultaba difícil apartar la vista de la luz que caía en cascada por la mano y el antebrazo de su marido. Cualquiera que fuese su estado de ánimo, y por más años que había pasado con él, ver las manos de su marido seguía complaciéndola de una manera inexplicable.

Nathaniel se detuvo de pronto, y Elizabeth chocó con él y perdió el equilibrio. Él la rodeó entonces por la cintura para evitar que cayera, y la luz del candil iluminó la expresión seria y curiosa de él, como si esperara oírle protestar por el encontronazo.

—Esto está mejor —dijo, inclinando la cabeza y dándole un rápido beso en la boca.

Antes de que él pudiera seguir, Elizabeth se inclinó hacia atrás para mirarlo de

frente.

—¿Qué es lo que está mejor?

—Pensaba que tendría que cortejarte, pero ya veo que te arrojas tú sola a mis brazos.

Elizabeth, con un suave resoplido desdeñoso, se apartó tanto como pudo en el saliente del barranco. Luego le entregó el cesto y trepó por una grieta abierta en la roca hacia el interior de las cavernas.

El aire era helado, y se ciñó la capa. A la luz de una vela de sebo que había pegada al suelo, agachó la cabeza para cruzar el estrecho paso hacia la caverna siguiente, donde la esperaba el calor de la fogata que Nathaniel había encendido para ella.

En otros tiempos habían utilizado aquel lugar para ocultar las pieles y los objetos valiosos; incluso se habían escondido allí cuando un grupo de hombres de la aldea expulsó a los Bonner de la montaña, incitados por el juez Middleton. En los últimos años, Paradise, demasiado afligido por otros problemas, no se había preocupado mucho por sus vecinos, pero las cuevas escondidas bajo las cascadas seguían siendo un refugio seguro, un escondrijo que nadie conocía, aparte de la familia, y de Liam Kirby, a quien en otros tiempos habían creído uno de los suyos.

«Nunca traicionaría una confidencia, y mucho menos si con eso pusiera en peligro a tus hijos».

Por la espalda de Elizabeth corrió un escalofrío.

Nathaniel, con el hombro apoyado contra la boca de la caverna, la observaba. Ella dijo:

—¿Crees que si ocultáramos aquí a la señorita Voyager, Liam respetaría su promesa?

Nathaniel se acercó al fuego y se agachó para calentarse las manos, con expresión serena y muy seria. Elizabeth lamentó de pronto no poder retirar la pregunta y desechar la conversación. Pero ya era demasiado tarde.

—Ese muchacho quiere dos cosas al mismo tiempo, pero debe elegir entre una u otra —dijo él, con lentitud—. Todo depende de cuál desee más.

—Supongo que hablas de Hannah —dijo Elizabeth—. Pero Liam ya no es un muchacho. Es un hombre casado.

Nathaniel levantó la vista hacia ella, con un ojo cerrado.

—Eso no le impide desear, Botas. Casado o no, cree tener derechos sobre ella.

Elizabeth se puso tensa.

—Tu hija no es un objeto, Nathaniel. No debes hablar así de ella —dijo, y se dispuso a servir la cena que había llevado; desenvolvió el pan de maíz, un trozo de carne seca de venado, un pastel de manzana hecho con las últimas frutas del verano anterior y un pedazo del fuerte queso amarillo que preparaba Anna Hauptmann.

—Sabes de sobra que yo no la considero un objeto. Pero no estamos hablando de mí.

—Liam no es así.

—¿Así cómo?

Ella se volvió hacia él, furiosa.

—Como esos tramperos que toman a mujeres indias por pura conveniencia y luego regresan con sus esposas, abandonando a aquéllas con los hijos que les han hecho, como si fueran... mocasines gastados. —Su cara se contrajo como si hubiera mordido algo agrio.

Nathaniel cogió el pan que su esposa le tendía.

—Nunca he dicho que Liam fuera de éstos.

—Pero lo has dado a entender —repuso Elizabeth con firmeza, mientras le entregaba la carne de venado—. Liam puede haberse convertido en cualquier cosa, pero no se atrevería a proponer semejante cosa a Hannah. Y si lo hiciera... —Se detuvo, con los labios apretados—. Si lo hiciera, a ella le hemos enseñado lo que vale. Nuestra Hannah jamás se vendería tan barata.

Él asintió.

—Sí, pero no olvides una cosa. Liam aún la quiere. Creo que incluso se ha sorprendido al descubrirlo, pero así son las cosas.

—Y, tú, ¿cómo lo sabes?

—Por la manera en que la mira... —dijo Nathaniel, clavando los ojos en ella—, como miran los hombres a la mujer que no pueden quitarse de la cabeza. Como yo te miro a ti, Botas.

Elizabeth exhaló un suspiro.

—Así que Lily no ha sido la única que ha seguido esta mañana a su hermana montaña abajo, ¿eh? Debería haberlo imaginado.

Él la vio debatirse en la duda; una mitad de ella estaba furiosa porque él hubiera seguido a su hija; pero la otra se alegraba.

—Cuido de los míos —dijo—. Y tú no querías otra cosa.

Ella sonrió con cansancio.

—¿Y ahora?

Nathaniel reflexionó mientras terminaba de comer. Elizabeth dejó que el silencio se prolongara entre ambos, segura de que cuando él volviera a hablar, iría al fondo del asunto; pondría en palabras todo lo que ella sospechaba, pero que debía ser dicho.

—Él la desea —dijo por fin—. Y ese deseo lo estorba en el propósito que lo ha traído hasta aquí. No se trata de la esclava fugitiva; ella es la excusa.

Elizabeth se sentó frente a él.

—¿La excusa para qué?

—Para la venganza. Pero no creo que él lo entienda así. Desde su punto de vista

no es venganza, sino justicia.

—Has descubierto muchas cosas de Liam en el poco rato que has pasado con él.

—No puedo negar lo que veo.

El fuego susurraba entre ellos, en tanto se observaban mutuamente. Nathaniel vio la pregunta en la cara de Elizabeth, en la firmeza de su mandíbula. Habría querido atraerla hacia el nido de pieles que había tendido para ella en el suelo, retenerla allí hasta que no pudiera recordar su nombre, y mucho menos el de Liam Kirby. Pero en los años que llevaban juntos había aprendido que ella no se dejaría distraer mientras no hubiera dicho lo que necesitaba decir.

—Él cree que arrojaste a Billy por el barranco.

Nathaniel masticó lentamente y tragó.

—Eso parece. ¿Y qué crees tú, Botas?

Ella apoyó las manos sobre la falda y suspiró largamente.

—Yo sé que fue así.

¿Y qué se podía decir a eso? La expresión de su mujer le impedía ofrecer cualquier explicación, y optó por no decir nada. Ella carraspeó.

—Supongo que lo he sabido desde siempre. Aunque quizá al principio rechazaba la idea. No sabría decir exactamente cómo lo supe, sólo que... —Hizo una pausa—. Cuando trajiste el cadáver a casa, había algo extraño en tu actitud. No era culpa... — se apresuró a agregar—, sino alivio, tal vez.

El mismo alivio que sentía él ahora, al revelar esa historia después de tantos años. Asintió con la cabeza.

—Es lo que sentía, sí.

Ella hizo un gesto afirmativo.

—¿Y por qué no me contaste lo que había sucedido?

—No quería cargarte con ese peso.

Elizabeth le dedicó la mirada que reservaba para las excusas deficientes, entre divertida y desencantada.

—Me conoces demasiado bien, Nathaniel Bonner.

Él la conocía bien, sí. Conocía su manera de concentrar la mente en un problema y descomponerlo por medio de la lógica; sabía que no se quedaría satisfecha hasta comprobar que la lógica no podía llevarla más allá. Era Elizabeth, la sensata, la que sabía citar la Biblia, a los filósofos griegos y a hombres que se habían pasado la vida escribiendo sobre cosas que sólo conocían de boca de otros hombres. En otro tiempo Elizabeth había sido como ellos, y en algunos aspectos aún se les parecía. Había cosas que no podía comprender, que jamás comprendería.

La cara de Billy Kirby, magullada y sangrienta, con el sol tras él con los colores del fuego. La espesura en derredor. Y en algún lugar, en los Bosques Interminables, Ojo de Halcón, llevando una existencia solitaria por culpa de Billy Kirby. Huesos

fracturados y tumbas nuevas. El hedor de la ceniza mojada y la carne quemada. El sollozo inconsolable de las mujeres. Todo pendiente de un hilo, por culpa de aquel hombre que tenía ante sí, de pie en una cornisa rocosa: un hombre capaz de encerrar a una criatura en la escuela y prenderle fuego. Detrás de él, el abismo. Y en su cara, una sonrisa arrogante que duró sólo hasta ese postrer momento (demasiado tarde) en que comprendió por fin lo que se había buscado.

* *

—Pues bien —dijo Elizabeth, arrancando a Nathaniel de sus recuerdos—, sólo me queda una pregunta por hacer. ¿Por qué Liam está tan seguro de lo que sucedió entre tú y Billy? Él no puede saberlo con certeza, a menos que alguien se lo haya dicho. Es obvio que aquella mañana había alguien más allí. Pero ¿quién? ¿Y por qué esa persona no te ha acusado nunca?

Nathaniel se sacudió las migajas del regazo.

—Porque quien le haya contado lo que sucedió en la montaña quería alejarlo de aquí.

—Para apoderarse del oro. —Ella inclinó la cabeza, sorprendida. Durante un momento, mientras analizaba el aspecto lógico de todo aquello, la tensión la abandonó.

—Eso creo yo. Y ahora que hemos resuelto el acertijo...

Él le rodeó el tobillo con la mano y ascendió por la pantorrilla. Enfrascada como estaba en aquel nuevo misterio, Elizabeth no se percató.

—¿Quién pudo haber sido? —Se apartó con suavidad, se levantó y se puso a pasear por la pequeña cueva. La sombra de su silueta, proyectada por el fuego en la pared, se sacudía a cada paso que daba. Tenía la cabeza inclinada y la barbilla contra el pecho. Por fin se detuvo—. ¿Crees que Richard pudo tener algo que ver?

Nathaniel se levantó para abrazarla, pero la encontró rígida, en absoluto dispuesta a abandonar el acertijo.

—Botas —dijo, hundiendo el rostro en el cabello de su mujer—, esta noche no quiero compartirte con los hermanos Kirby ni con Richard Todd. Ni ninguna otra noche.

Ella echó la cabeza atrás para mirarlo. Su esposo recorrió con el pulgar las líneas finas que le rodeaban la comisura de la boca y se inclinó para besarla, al tiempo que la rodeaba por la cintura con el brazo y la levantaba, probando su peso, su forma. Cuando sus labios se despegaron, el corazón de Elizabeth se había acelerado bajo la palma de su mano, pero en su expresión aún había distancia.

Era un desafío al que él se había enfrentado muchas veces, pero nunca lo cansaba.

No le parecía posible cansarse de conquistar a Elizabeth, de hacer que se olvidase de todo, hasta sólo quedar ellos dos; de obligarla a descartar el resto del mundo.

—¿Recuerdas...?

—No recuerdo nada —le susurró al oído, sintiendo cómo se estremecía bajo su contacto. Descendió con los labios por su cuello hasta que ella suspiró, trémula—. Basta de preguntas por esta noche. Basta de niños, de escuela, de Paradise. Este tiempo es nuestro, Botas. No lo malgastemos.

Elizabeth se dejó acostar sobre las pieles y apartó todo de su mente para concentrarse en la cara de su esposo, aquella cara tan querida, tan seria y apasionada, mientras le desabrochaba botones y desataba lazos con sus dedos fuertes, hábiles y expertos. Ella se preguntó si la luz de las velas la favorecería tanto como a él; en ese momento, veía en él al mismo hombre que había conocido en aquella misma cueva: su contacto, su olor, y esa expresión que sólo tenía cuando estaba a solas con ella.

Todas las primaveras volvían allí para recordar aquellos primeros tiempos. Ella lo había aceptado contra toda lógica, pues entonces se consideraba una mujer revolucionaria porque deseaba enseñar. Y, sin embargo, cuánto la había sorprendido lo que Nathaniel tenía que enseñarle a ella... sobre sí misma, sobre la naturaleza del deseo y los límites de la razón.

Él le soltó el pelo y lo extendió sobre las pieles.

—¿En qué piensas? —La besó debajo de la oreja y le sopló suavemente en la piel. Ella se estremeció.

—En ti. Y en mí. En nosotros.

—Eso está mejor...

Nathaniel tenía una sonrisa pecaminosa que reservaba para momentos como aquél. A ella le habría gustado señalarle que aún estaba vestido y ella no, pero la boca de su marido, atareada y caliente, la distraía. Cuando trató de soltarse, Nathaniel la sujetó por los hombros y le besó el hueco del cuello.

—Mucho mejor...

—¿Nathaniel? —Necesitaba oír su voz, oírle decir esas cosas que nunca había oído de otro ser humano, que no deseaba oír de nadie más. Él podía tejer una telaraña con su voz, enredarla en palabras y en las imágenes que dibujaba con ellas.

Él se apartó y la miró con el entrecejo fruncido, se le veía concentrado, ferozmente decidido... y algo más; había en él un deseo de posesión tan hondo que le reclamaba hasta los latidos de su corazón. Eso la asustaba un poco, pero también la excitaba. Cuando quiso decirlo, él se lo impidió poniéndole un dedo en los labios.

—Escucha —susurró contra su boca—. Escucha.



Capítulo 8

Desde el límite del bosque, donde se había detenido para quitarse el barro de los mocasines, Hannah vio pasar a Gabriel Oak y a Cornelius Bump rumbo a la construcción separada que el doctor Todd utilizaba como laboratorio. Gabriel ocupaba una pequeña cabaña como parte del pago por sus servicios como empleado público de la aldea y secretario del doctor. Alto y de constitución frágil, parecía que fuera a descomponerse en cualquier momento; su mala salud resultaba evidente incluso desde lejos. Todo en él estaba dibujado en tonos grises y negros: la orla de pelo acerado que le asomaba bajo la ancha ala del sombrero plano; la vetusta chaqueta negra que flameaba en torno a él a cada paso vacilante; el tono ceniciento de la piel, estirada sobre los pómulos altos.

Su compañero tenía la misma edad, pero la mitad de su tamaño. Caminaba casi doblado en dos. La mitad superior y la inferior parecían haber brotado como ocurrencias tardías de la joroba que constituía la parte superior de su columna. Vestía una larga chaqueta amarilla, sobre una camisa de tela basta de color añil; en los pantalones pardos destacaban unos parches cuadrados de piel de venado, teñidos de rojo furioso. El flequillo que asomaba de la gorra tejida, tieso como el alambre, tenía el color de las natillas espolvoreadas con canela. La cabeza, demasiado grande para su estatura, sobresalía de la torcida armazón de los hombros. Todo su cuerpo ondulaba con el esfuerzo de impulsarse hacia delante; parecía una trucha que avanzara serpenteando contra la corriente.

Cuando Hannah estaba a punto de llamarlos, Gabriel Oak se detuvo y, doblado hacia delante, empezó a toser contra el pañuelo que había sacado de la manga. La tos de los tísicos tenía un sonido característico, como si los pulmones forcejearan por liberarse de la jaula de las costillas. Durante el año anterior Curiosity y Hannah habían probado cuantos remedios conocían, pero la tos de Gabriel las había derrotado, como ellas habían temido desde el principio. Para la tisis no había más cura que la tumba.

Aun así, y para sorpresa de todos, Richard Todd se había hecho cargo del caso. Por lo general parecía contentarse con dejar a los aldeanos bajo el cuidado de Curiosity y de Hannah, mientras él trabajaba en su laboratorio; sin embargo, con aquel anciano caballero cuáquero había hecho una excepción. Hannah sospechaba que entre Richard y Gabriel había arraigado cierta amistad; aunque el doctor no lo admitiese, era por todos sabido que dependía de Gabriel Oak para algo más que la contabilidad doméstica y la correspondencia. Además, lo conocía desde niño.

Cuando Curiosity supo todos estos hechos, se limitó a resoplar. Ella tenía su propia teoría en cuanto a la relación de Richard Todd y Gabriel Oak, pero no estaba

dispuesta a revelarla, aunque a veces a Hannah le parecía que la anciana lo deseaba.

Gabriel Oak se había pasado años vagando por la frontera y los Bosques Interminables. Cuando iba a Paradise, unas veces lo hacía como hojalatero, otras como predicador, otras como escribiente ambulante para redactar cartas a los analfabetos, y a menudo realizaba los tres servicios a la vez. Cualquiera que fuese la actividad que desempeñaba, siempre dedicaba gran parte de su tiempo a dibujar. Bump no siempre iba con él. Durante la revolución, Gabriel había espaciado cada vez más sus visitas, hasta que en el otoño de 1800 se presentó con Bump en Paradise diciendo que habían llegado para quedarse.

Pasado el acceso de tos, Gabriel dobló su pañuelo (brillante de sangre) y lo guardó nuevamente en la manga. Hannah esperó a que cerraran la puerta del laboratorio a sus espaldas y luego los siguió.

* *

Lo más relevante del laboratorio era su hedor. Entre una visita y la siguiente Hannah se olvidaba de lo horrible que era, pero aun en esa fresca mañana primaveral, lagrimeó por la fetidez sulfurosa de los huevos podridos, la orina destilada, rebajada con estiércol descompuesto, y otras sustancias hediondas difíciles de identificar. Los malos olores no eran raros en las cabañas, sobre todo durante el largo invierno, cuando permanecían más tiempo cerradas. Pero los del laboratorio (agrios, penetrantes y ácidos) dejaban un sabor metálico pegado a la garganta, que la boca salivaba hasta que la necesidad de escupir se tornaba casi irresistible.

La habitación necesitaba ser ventilada, pero el doctor sólo permitía a Bump barrer el suelo y mantener limpio el equipo. Hannah sospechaba que era una estratagema de Todd para mantener lejos a los visitantes ociosos... y a Curiosity Freeman. Aun así, ella trataba de interesar a la anciana por aquellos experimentos. Recitaba los elementos útiles que se podían extraer de la orina o del estiércol: sulfato de hidrógeno, amoníaco, nitratos, ácidos hidrociorhídricos. Pero Curiosity no se dejaba persuadir.

—El mal olor siempre es mal olor. —Y agitaba una mano frente a la cara ante el mero recuerdo—. El doctor y yo sólo estamos de acuerdo en una cosa: que yo no tengo nada que hacer en ese laboratorio suyo.

La molestia que esos hedores provocaban en Hannah duró sólo hasta que el nuevo proyecto hubo conquistado su interés. Allí se realizaba otro tipo de magia, con un lenguaje que ella entendía, y era algo que quería aprender. Si el precio era soportar los malos modales del doctor, ella estaba dispuesta.

El laboratorio estaba muy bien organizado. Todo tenía una finalidad y no había

ningún espacio desaprovechado: de las vigas pendían estantes cargados de hierbas envueltas en estopilla y puestas a secar; en las estanterías de la pared se alineaban pulcramente cacerolas y vasijas de cobre, hierro, terracota, bronce y cristal, todas relucientes a la luz de diez o doce velas, cuyas palmatorias se reflejaban en unos espejos de bronce pulido que tenían detrás, a fin de que el laboratorio estuviera siempre bien iluminado, cualquiera que fuese la hora o el estado del tiempo. Sobre una mesa se apiñaban los utensilios necesarios para los experimentos: morteros de diversos tamaños, tinas de fermentación, pinzas, cucharas y balanzas. En otra mesa se alineaban jarros de cristal y recipientes de cerámica cuidadosamente etiquetados: vitriolo, ácido nítrico, ácido de sal marina, cal, lejía, azufre, mercurio, bismuto, antimonio, cinc, cobalto, arsénico. Bajo las mesas había cestos llenos de materias primas: mena, estiércol seco y carbón suficiente para alimentar los hornos durante todo el día.

Había tres hornos: uno pequeño de forma cónica, otro más grande para fundir, y la verdadera maravilla, el corazón del laboratorio: el horno de reverberación, construido según las indicaciones del doctor por un albañil que había viajado desde Johnstown, con una carga de ladrillos refractarios. Habían hecho falta dos yuntas para arrastrar el trineo y una semana entera para completar la obra. Joshua Hench, en la forja, había necesitado una semana más para hacer las portezuelas y las chimeneas.

Se trataba de una pulcra estructura cuadrada de ladrillo que tanto servía de hervidor como de horno, con agujeros para colocar los alambiques y otros recipientes. Detrás de una portezuela metálica, con rejillas deslizantes para la ventilación, había un compartimento especial donde se alcanzaban las altas temperaturas necesarias para sintetizar componentes, dotado de una chimenea para expulsar al exterior los gases de la combustión. A un lado, un recipiente redondo de cristal ocupaba una mesa especialmente construida para él, como un mundo en pequeño.

Cuando Hannah entró, encontró a Todd encorvado sobre el gran libro con tapas de piel donde registraba sus experimentos. A su saludo, el doctor respondió con un simple encogimiento de hombros.

—Llegas tarde.

Lo primero que Hannah había aprendido en el laboratorio era que poco importaba lo que ella pudiese alegar: decir siquiera una palabra era provocar un sermón. En lugar de eso saludó a Gabriel Oak, que había ocupado su lugar habitual en la silla del paciente. Después de entregar la capa a Bump, Hannah recibió de él su delantal de trabajo, hecho de cuero.

—Amiga Hannah. —Gabriel intentó levantarse, pero ante la mirada ceñuda de Bump volvió a su asiento y se contentó con sonreír. A corta distancia su tez tenía la consistencia de la cera, tanto más extraña bajo el llamativo azul de los ojos y la

inteligencia que ellos desprendían—. ¿Están todos bien en tu familia?

Nunca hablaba de sí mismo, pero se interesaba sinceramente por el bienestar de los aldeanos. Cuando Hannah se retirara, él y Bump habrían escuchado con placer las travesuras de los gemelos y cualquier anécdota que a la joven se le ocurriera contar.

—Sí, gracias.

—Si ya has terminado de distraer al paciente —dijo el doctor Todd, abandonando su silla—, empecemos a trabajar. Hay mucho que hacer.

* *

La mañana de Gabriel Oak terminó con un sueño de agotamiento en el camastro de un rincón apartado, pero antes cogió las manos de Hannah y le dio las gracias con un susurro.

—Si respiras algo mejor, me daré por satisfecha —dijo ella, refrescándole la frente con un paño húmedo—. Ahora deberías dormir.

Pero el anciano, que era terco, le estrujó las manos con todas sus fuerzas.

—Saluda en mi nombre a tu padre, a Elizabeth y a los otros de la montaña, ¿quieres? Y lleva esto a los pequeños; no es gran cosa.

Le puso en la mano un trozo de papel doblado.

—Lo haré, por supuesto.

Luego el hombre cerró los ojos. Hannah observó su cara y reparó en el sonido de su respiración. Se levantó despacio y ejercitó los músculos de los hombros.

Después de los experimentos, solía intercambiar opiniones con el doctor; cuando sus puntos de vista diferían, él tomaba nota de sus observaciones y a menudo la desafiaba a que presentara una conclusión. Eran esas discusiones lo que Hannah más ansiaba, pero aquel día no podía quedarse, pues la esperaba otra paciente en su propia casa. Curiosity no regresaría a su trabajo mientras ella no se hiciera cargo de la señorita Voyager.

Bump había empezado a limpiar el laboratorio. Richard Todd, de pie ante su escritorio, registraba en su cuaderno el trabajo de la mañana. Ambos estaban tan concentrados que ninguno prestó atención a los gruñidos del estómago de Hannah.

Ella cogió la capa colgada en la pared y puso en su lugar el delantal de cuero. Richard levantó la vista, ceñudo.

—No te irás ya.

No lo dijo en tono de pregunta, pero Hannah decidió no dejarse intimidar.

—Debo irme.

Él la estudió durante un momento, con el mentón proyectado hacia delante.

—Kitty quiere que comas con nosotros. Está desanimada; creo que una visita tuya

podría hacerle bien.

La muchacha maniobró con la capa, a fin de que él no pudiera verle la expresión. No era fácil rechazar esa invitación; si bien Kitty no era paciente suya, era cuñada de Elizabeth y, por lo tanto, parte de la familia.

—A menos que tengas asuntos más urgentes —añadió, y bajó la cabeza para mirarla por encima de las lentes curvas que usaba para escribir.

«Como si yo fuera un espécimen puesto en el microscopio», se dijo ella. A Richard Todd le gustaba pensar que él era inescrutable, pero Hannah conocía esa expresión suya: significaba que estaba sobre la pista de algo que le interesaba.

—Me esperan en casa.

—Una hora más o menos no cambiará nada. —Él cogió su pluma y la hundió en el tintero—. A menos que tengas otra cosa en mente.

—Si quiere preguntarme por Liam Kirby, será mejor que lo haga sin rodeos.

Bump dejó escapar una risa que pareció un ladrido, pero el doctor no era fácil de sorprender.

—Liam Kirby no me interesa —dijo, recorriendo la página con la vista—. Pero hay un asunto que me gustaría discutir contigo. Después de comer.

Hannah reflexionó. Si el doctor tuviera un recado o un paciente que encomendarle, se lo habría dicho directamente. Se trataba de otra cosa. Ella podía defenderse de sus intentos de manejarla a través de la lealtad familiar o el sentimiento de culpa, pero la curiosidad era otra cosa.

—Una hora —dijo Hannah.

Y se abstuvo de formular más preguntas. El doctor había vuelto a su registro, y con toda seguridad no le habría hecho caso.

* *

La hermosa vivienda de Richard Todd (la única construcción de ladrillos en todo Paradise) se encontraba en una pequeña elevación, al oeste de la aldea. La casa era como una reina viuda que, tras extraviarse en los bosques, se hubiera instalado, pese a ella, entre personas inferiores y toscas.

Hannah encontró a Kitty en la sala, repantigada en la poltrona. Ethan estaba sentado junto a ella en una silla de respaldo recto. El niño leía con voz clara y aguda el pasaje que le habían puesto como deber en la escuela, pero esta vez su madre, en vez de adormecerse como siempre, escuchaba con los labios apretados en un gesto de contrariedad.

—«Estas reflexiones me hicieron consciente de lo bondadosa que la Providencia se manifestaba conmigo y agradecido de mi condición actual, con todas sus

privaciones y desgracias. Y no puedo menos que recomendar a quienes, en su angustia, tienden a decir: "¡No hay aflicción como la mía!" Que piensen cuánto peores son los casos de otras personas y cuánto peor podría ser el propio, si la Providencia así lo hubiera querido».

—Qué hombre tan racional era ese Robinson Crusoe —comentó Kitty, con una sonrisa apretada—. ¡Y qué astucia la de tu tía Bonner, darte a leer ese pasaje justamente ahora!

La franca expresión de Ethan se empañó.

—¡Pero si...!

—Ahora no hay tiempo para discusiones. Saluda a tu prima y ve a lavarte, que vamos a comer, Ethan.

El pequeño se acercó a Hannah con la frente aún arrugada por la confusión y la saludó formalmente, como su madre le había indicado. La muchacha, sonriente, le acarició la mejilla.

—Tienes que venir a Lago de las Nubes —dijo—. A Lily no le irá mal que le prestes ayuda con la cabeza de la pantera.

Era un niño muy serio, pero al oír el nombre de Lily sonrió. Cuando estuvo en la puerta, se volvió hacia su madre y dijo:

—La lectura la he escogido yo en la escuela. Yo elegí Robinson Crusoe.

Antes de que Kitty pudiera responder, él ya había cerrado silenciosamente la puerta.

—No era mi intención criticar las enseñanzas de Elizabeth —aclaró ella, casi irritada, pues ésa había sido su intención, desde luego, y su hijo acababa de corregirla a su modo, con suavidad.

Hannah ocupó la silla vecina, desde donde podría observarla con atención.

Curiosity tenía razón al preocuparse. La piel de Kitty se transparentaba, como si el último parto hubiera agotado en ella alguna parte vital. Aún sangraba profusamente, a pesar del hígado y los puerros que le daban de comer desde el alumbramiento; lo más inquietante era una leve fiebre que iba y venía sin más.

Hannah habría querido hablar con ella de los síntomas, preguntarle sobre sus dolores, incluso examinarla, pero sabía que sus preguntas serían desechadas con esa combinación de sorpresa y ofensa tan característica de Kitty. Richard Todd podía apreciar su ayuda en el laboratorio; Curiosity podía tratarla de igual a igual, como curandera por derecho propio; sin embargo, para Kitty, ella sería siempre la hija mestiza de Nathaniel Bonner. Nunca se comportaba de manera abiertamente cruel con ella, pues eso no estaba en su carácter, pero a menudo se mostraba desconsiderada y egocéntrica, lo que a veces era lo mismo.

Kitty esperaba que la muchacha le dijera lo que deseaba oír, que Ethan la había interpretado mal, que ella no había querido culpar a Elizabeth. Lo que deseaba de la

joven eran cosas que a menudo no se podían dar. En cambio, Hannah dijo:

—¿Te duele la cabeza?

Con la expresión ablandada por el desencanto y la culpa, Kitty se reclinó de nuevo contra los cojines.

—No tienes corazón. Sí, lo admito. He hecho mal en decir eso. Pero estoy cansada de que me digan cómo debe una dama soportar su dolor.

La muchacha se puso en pie y acomodó la manta que se había deslizado de las rodillas de la enferma.

—Richard me ha dicho que querías verme.

La expresión de Kitty cambió por completo, como si le hubieran dado inesperadamente un regalo.

—Entonces, ¿ha hablado contigo? ¿Me acompañarás?

—¿Qué si te acompañaré? —Hannah se echó atrás, sorprendida y alarmada, ante la trampa que tan hábilmente le había tendido Richard. La había enviado allí a propósito para que su esposa la enredara en uno de sus planes.

Kitty no reparó en su inquietud.

—Sí, a la ciudad de Nueva York. Hace años que no voy, y la prima Amanda lleva tiempo suplicándome que vaya a visitarla.

—¿Y piensas viajar tan lejos en tu estado?

La enferma sacudió la cabeza, impaciente.

—Es justamente por mi salud por lo que debo ir. Así podré ponerme en manos del doctor William Ehrlich. —Dijo el nombre con gran ceremonia, como si hablara del presidente Jefferson o del rey Jorge.

—No conozco a ese doctor Ehrlich —dijo Hannah—. ¿Es amigo de Richard?

Kitty señaló con el mentón una hoja extendida en la mesa, a su lado.

—Ahí tienes su última carta. Léela tú misma.

La joven cogió el papel y, sin leerlo, lo dejó en sus rodillas.

—¿Vale la pena hacer un viaje tan largo para consultar a ese hombre?

Kitty miró a otro lado. Al principio Hannah pensó que no respondería; sus dedos pellizcaban, nerviosos, la manta que le cubría el regazo. Por fin dijo:

—Richard mantiene correspondencia con él sobre mi... dolencia. Al parecer es un genio diagnosticando, sobre todo en casos como el mío.

Hannah extendió la carta sobre la falda, a fin de ganar tiempo para pensar.

—Escribió esta carta en Filadelfia.

—Sí, pero pasará un mes en Nueva York y ha aceptado ocuparse de mi caso. —Kitty levantó la barbilla—. Richard piensa que podría curarme.

—¿Curarte? ¿De qué?

Se ruborizó como si Hannah la hubiera insultado.

—Otras mujeres pierden hijos y después tienen niños sanos. Mi madre perdió dos

antes de que naciera yo. Y Elizabeth también perdió a uno antes de Robbie. ¿Por qué no ha de suceder lo mismo conmigo?

La respuesta estaba en su cara: a sus mejillas había subido un color encendido y en sus ojos brillaba de nuevo la fiebre. Antes de que la joven pudiera decir nada, Kitty se estiró hacia delante y le cogió las manos.

—Debes acompañarme. En mi estado, Richard no me permite viajar sola. Y no hay nadie más que pueda venir conmigo. Ni siquiera Curiosity. ¿Es que Richard no te lo ha dicho?

—No —respondió Hannah, lentamente—. Por lo visto quería darme una sorpresa.

* *

Mientras Curiosity estaba en Lobo Escondido cuidando de Selah Voyager, la casa de los Todd había quedado a cargo de su hija mayor, Daisy Hensch. A Hannah le habría gustado ir a la cocina, donde Daisy estaría acabando de preparar la comida. Sin duda a la atareada Daisy le sería útil contar con otro par de manos bien dispuestas, y mientras trabajaran tendrían oportunidad de conversar un poco. La hija de Curiosity era una de las personas más serenas y equilibradas que conocía. Seguramente ella podría proporcionarle detalles del viaje de Kitty que ésta ocultaba.

Pero antes de que se le ocurriera alguna excusa para escabullirse, Richard llegó desde el laboratorio, y no le quedó más remedio que ir a la mesa, donde la joven Margit Hindle les sirvió la comida: jamón, puré de nabos y patatas con mantequilla y pimienta, col fermentada, pan de maíz y compota de manzanas. Margit, que era nueva en la casa, no vaciló en estudiar a Hannah descaradamente a través de sus pestañas, finas y blancas como un plumón, al igual que el pelo, que llevaba remetido en la cofia. Kitty estaba demasiado ocupada con los planes de su viaje como para corregirla, y Hannah, por su parte, no pensaba dar importancia a esa grosera conducta llamándole la atención.

La comida era rica, y ella tenía hambre; sin embargo, la impaciencia por volver a casa le impedía concentrarse en el plato. De vez en cuando Richard la miraba por encima de la copa de vino, sin que Hannah pudiera interpretar su expresión, lo que la enfurecía aun más que sus maniobras para implicarla en el viaje de su esposa.

—Galileo puede llevarnos hasta Johnstown —anunció Kitty.

Cuando oyó eso, Hannah decidió participar en la conversación.

—Mira, Kitty —dijo con firmeza—, creo que tendrás que buscar a otra persona para que te acompañe a Johnstown. Ya sabes que Galileo ha perdido mucha vista durante el invierno.

La dueña de la casa, que amontonaba distraídamente pulcros montículos de

comida en su plato, interrumpió la tarea para mirarla con un parpadeo.

—¿Para que me lleve? ¿Sólo a mí? ¡Pero si has dicho que vendrías!

—No, Kitty, yo no he dicho eso —aseguró la joven.

—¡Pero tienes que venir! —Se dirigía a Hannah, pero miraba a su esposo—. Explícaselo, Richard.

—Sé muy bien por qué quieres que te acompañe. —La muchacha hizo un esfuerzo por dominarse—. Y confío en que el doctor Ehrlich sea tan bueno como dices. Pero en estos momentos no puedo viajar tan lejos.

Se produjo un momento de silencio tenso; luego, por la cara de Kitty pasó una expresión de alivio.

—Ah, es por la boda de Anna y Jed —dijo—. Pero no pensamos partir hasta la semana próxima. Puedes ir a la boda. De cualquier modo, espero que no sea para encontrarte allí con Liam Kirby. Me han dicho que se ha casado. ¿No es así, Margit?

La criada sacudió afirmativamente la cabeza.

—Eso fue al menos lo que le dijo a Anna. Jemima Southern se puso furiosa al saber que...

—No te molestes —la interrumpió Hannah—. No me interesan ni Liam Kirby ni Jemima Southern.

Todos la miraron: Kitty, sorprendida y confusa; Margit, con una ansiedad que indicaba que esa conversación no tardaría en ser repetida por toda la aldea. Hasta Richard sonreía detrás de su copa de vino. No era frecuente que Hannah palidiera de cólera. Ésta necesitó de todo su autocontrol para atemperar la voz.

—Y no es por la boda de Anna. Tengo que pensar en mi propio trabajo. Lamento mucho el aprieto en que te encuentras, pero no puedo acompañarte a la ciudad.

Kitty se puso bruscamente en pie.

—¡Oh, por favor! ¡Eres mi última esperanza!

Richard carraspeó con suavidad.

—Siéntate, mujer. No te pongas melodramática. Y come algo, te sentará bien. Hannah y yo continuaremos esta conversación en mi estudio. Creo que podremos llegar a un acuerdo.

—Pues yo no lo creo —repuso Hannah, tensa—. Y ahora debo regresar a casa.

—Tu paciente puede esperar diez minutos más —adujo él, enarcando una ceja.

La ira de Hannah desapareció tan rápidamente como había surgido. Aquello era todo un desafío. ¿Sospechaba algo el doctor de Selah Voyager o lo sabía? Era un riesgo que no podía correr.

—Diez minutos —aceptó.

* *

—A veces olvido que eres una muchacha con carácter —dijo Richard, cuando hubo cerrado tras ellos la puerta del estudio—. Has heredado de tu abuela la habilidad de saber esconderlo.

Hannah cerró los ojos y volvió a abrirlos.

—Supongo que no me ha traído aquí para hablar de mi abuela.

—No, en efecto.

Él se sentó tras el escritorio y empezó a masajearse la nudosa cicatriz que tenía en la palma; al parecer, le molestaba con bastante frecuencia. Durante un momento, Hannah sintió el impulso de formularle algunas preguntas que nadie se había atrevido jamás a hacerle. Sabía muy bien por qué tenía esas cicatrices, pero ¿qué diría él? «Una vez me enfurecí con tu padre al punto de tratar de matarlo, y esto es lo que gané».

Pero él había evocado el recuerdo de su abuela. Hannah casi podía oír su voz familiar recordándole que Richard Todd era sólo un hombre, que sólo podía dominarla si ella lo permitía.

—No tengo intención de ir a la ciudad —dijo—. Si es tan importante, quizá debería acompañarla usted personalmente.

Él inclinó la cabeza.

—No quiero interrumpir el tratamiento de Gabriel.

—¿Ni siquiera por la salud de Kitty?

Él se reclinó en la silla, con las manos cruzadas sobre el vientre.

—Ehrlich no puede hacer nada por Kitty; tú lo sabes tan bien como yo. Desde luego, no espero ningún resultado.

—Entonces, ¿por qué...?

—No es a Kitty a quien quiero enviar a la ciudad. Es a ti.

Sacó un periódico de un cajón y lo empujó hacia ella. Era un manoseado ejemplar de *The Medical Repository* que Hannah no había visto nunca, aunque él solía pasarle ese tipo de publicaciones cuando terminaba de leerlas.

—No sé si te has enterado, pero en enero el dispensario de Nueva York inauguró un nuevo centro. Lo llaman Institución para la Inoculación contra la Viruela. La última epidemia les infundió el temor de Dios, y ahora confían en poder detener la siguiente.

Ella echó un vistazo al informe, pero no lo cogió.

—Will, el primo de Elizabeth, nos escribió hablando de ese centro.

—Bien. En el cuerpo médico figura el doctor Simon, que se ocupará personalmente de enseñarte. Con él aprenderás a cultivar la materia prima y a realizar las vacunaciones. El objetivo primordial del centro es proporcionar vacunas gratuitas a los pobres del asilo. Cuando regreses, podrás enseñarme todo lo que hayas aprendido. Con un poco de suerte, acabaremos con la viruela en Paradise.

Hannah parpadeó; tenía la visión borrosa. Cuando levantó la cabeza hacia el doctor, vio por su expresión que no lo había interpretado mal. Tenía cien preguntas en la cabeza, pero cuando abrió la boca, sólo surgió una:

—¿Él sabe que soy mohawk?

—Sí.

—¿Y está dispuesto a permitir que una mestiza trabaje en su instituto? —Hizo una pausa para dejar la pregunta en el aire, donde ambos pudieran examinarla bien—. ¿Tendré que fregar los suelos?

—No —replicó Richard, impaciente—. El doctor Simon te tratará con toda la cortesía profesional. Y yo no me preocuparía por cómo reaccionarán los pacientes ante tu presencia, Hannah. Los que viven en el asilo agradecen cualquier ayuda, venga de donde venga. Además, casi todos son irlandeses y negros libertos.

Presentándole la verdad de aquella manera tan ofensiva le quitaba parte de su fuerza y atractivo, pero ella sabía que de nada serviría decírselo.

—¿Y por qué me favorece usted así? ¿Por la amistad que tuvo con mi madre?

—No.

Pero Hannah vio que había tocado un nervio vivo, tal como deseaba. Hasta entonces nunca había mencionado a su madre ante él. Sin duda Richard confiaba en que ella no supiera nada de aquella historia.

—¿Por qué, entonces?

—Porque yo no quiero ir y tú eres la única persona lo bastante competente para hacerlo en mi lugar. Y tienes talento natural para la medicina. Tal vez he hecho mal en no decírtelo antes.

—Comprendo.

Pero en realidad no comprendía. No lograba imaginar un lugar donde una piel roja pudiera trabajar con médicos blancos. Para ellos, sería una rareza extraordinaria, tan interesante como un niño nacido sin piernas o una enfermedad que no pudieran diagnosticar.

Richard la observaba. Por fin dijo:

—Nunca te he creído cobarde. ¿Rechazarías semejante oportunidad sólo por miedo?

Quería provocarla, enfadarla. Y así fue, pero ella no lo demostró.

—Lo que sí puedo asegurarte es que será difícil —continuó el doctor—, y a veces te arrepentirás de no haberte quedado en tu casa.

Entre ambos se prolongó el silencio. Por fin Hannah dijo:

—¿Qué motivos tiene ese doctor para aceptar a alguien como yo?

—Valentine Simon colabora con la Sociedad de Manumisión y está interesado en la educación de la gente de color, aunque no tolera a los inútiles. Deberás demostrarle tu valía. Además... —Richard hizo una pausa—. Es íntimo amigo de Will Spencer.

Supongo que en cuanto leyó mi carta, fue a preguntarle quién eras tú. Ha llevado algún tiempo, pero todo está arreglado.

Will Spencer. Si alguien podía allanarle el camino hacia la comunidad médica neoyorquina, ése era Will, el primo de Elizabeth, otro inglés transplantado que no era leal a la corona. Will había huido para no ser juzgado por sedición, junto a otros miembros de diversas sociedades que tendían hacia el republicanismo. A pesar de haber abandonado Inglaterra, seguía siendo vizconde de Durbeyfield, primogénito del presidente del Tribunal Supremo, y casi todos los norteamericanos se dejaban impresionar por los títulos nobiliarios y los ingresos que los acompañaban. Los Spencer eran conocidos y respetados en la gran ciudad, con buenos motivos.

La oportunidad que tenía ante sí era auténtica. Una oleada de exaltación le sacudió los dedos; tuvo que envolverse el cuerpo con los brazos y mecerse hacia delante para pensar.

—Lo ha arreglado todo sin consultarme.

Él se encogió de hombros.

—Lo hago ahora. ¿Quieres ir?

Quería, por supuesto que sí. Pasaría en ese instituto el tiempo suficiente para aprender todo lo que pudiera sobre las vacunas. La viruela había matado y mutilado a incontables kahnyen'kehàka, y la idea de poder impedir que eso sucediera de nuevo resultaba más tentadora que cualquier otra cosa. Después de vacunar a todos los blancos de Paradise, continuaría con los kahnyen'kehàka de Buenos Pastos, y más adelante, con el resto de las Seis Naciones.

Si rechazaba el ofrecimiento, perdería no sólo ella, sino todo el pueblo de su madre. Y Richard lo sabía. A cambio le pedía que acompañara a Kitty, que lo librara de esa carga durante un tiempo, hasta que estuviera bajo la atención de ese tal doctor Ehrlich.

La había manipulado como a una criatura, acorralándola y encerrándola como si le hubiera remachado la puerta con cien clavos. Escocía, pero no había nada que hacer, salvo pagar el precio. En su irritación, Hannah dijo:

—¿Y si no quiero ir?

Richard sonrió otra vez; era un espectáculo inquietante.

—En ese caso rezaremos para que la viruela se mantenga este verano lejos de Paradise.

No la sorprendió que Richard Todd estuviera dispuesto a arriesgar a toda la aldea, si eso convenía a sus fines. Sabía ser implacable, como lo atestiguaba su mano mutilada. Los kahnyen'kehàka que lo habían criado lo llamaban Comegatos, debido al hecho de que ya desde niño era capaz de cualquier cosa por sobrevivir. Y allí estaba el pequeño poder que ella tenía sobre él, el vínculo que compartían. A Richard no le gustaba recordar que, a pesar de su piel blanca y su pelo rojo, en otros tiempos

había sido kahnyen'kehàka, y que una parte de él lo sería siempre.

Hannah se dirigió a él en el idioma del pueblo de su madre:

—Cuando haya aprendido lo que ese doctor Simon puede enseñarme, tal vez viaje hacia el oeste, en busca de su hermano Arroja Lejos y sus hijos. De esa manera, toda su familia estará a salvo de la viruela.

Se produjo un fugaz instante de aceptación mutua, y el doctor la sorprendió respondiéndole en la misma lengua:

—Si quieres hacer ese viaje, Camina Adelante, primero tendrás que ir a la gran ciudad.

Después de un largo rato Hannah dijo:

—Hablaré con mi padre.

—Partirás el próximo lunes —anunció él, en inglés—. Después de la boda. —Y sonrió, algo que hacía rara vez.

—En cuanto a Galileo...

Richard descartó el tema con un gesto de la mano.

—Él no puede hacer el viaje, por supuesto. Joshua Hench os llevará hasta Johnstown.

* *

15 de abril, por la noche

Amanecer helado. Con la primera luz, una bandada de alondras se ha posado en el maizal. Las ardillas han salido de sus nidos de invierno. Cielo despejado hasta el anochecer.

Hoy, en la aldea, Eulalia Wilde me ha detenido para preguntarme si podía examinarle el tobillo. Se lo había torcido al pisar una madriguera. Le preocupaba no poder bailar en la boda de Anna Hauptmann. He prometido llevarle un ungüento, pero no pude darle muchas esperanzas de que pueda bailar en los próximos días.

He pasado la mañana ayudando al doctor Todd en el laboratorio. Le ha aplicado a Gabriel Oak el tratamiento del doctor Beddoes para la phthisis pulmonalis.

Pasar vapor de agua sobre carbón de piedra calentado al punto de ignición en un tubo de hierro. El gas de hidrógeno carbonado pasará al interior del recipiente. Agitar sobre agua de cal. Diluir con aire atmosférico a razón de tres cuartas partes de aire por un cuarto de gas carbonado.

El gas desprende un fuerte olor a establo, pero el amigo Oak lo ha respirado sin quejarse, por medio de un pequeño tubo que atravesaba un corcho hacia su boca. Dos tratamientos de noventa minutos le han provocado mareos, dolor de cabeza, debilidad y pulso acelerado. Después del segundo tratamiento, sus pulmones han despedido una gran cantidad de materia fétida y sanguinolenta.

Al despedirnos me ha entregado otro de sus dibujos para mis hermanos: unos gorriones en un montón de leña, muy reales y minuciosamente reproducidos. Temo que lo perderemos pronto, pese a los esfuerzos del doctor.

Por la noche ha cedido la fiebre de Selah Voyager, mientras Curiosity la velaba. Ahora tiene la piel fresca y le ha vuelto el apetito. Continuaremos con el té de corteza de sauce y reina de los prados; también he comenzado a darle caldo de venado para fortalecerla.

Esta mañana Liam Kirby ha partido hacia Johnstown con la primera luz del día, tal como había prometido. El doctor Todd me ha pedido que vaya a la ciudad de Nueva York con su esposa; allí, en el nuevo Instituto de la Viruela, deberé aprender el método Jennings de vacunación. Mi padre dice que me lo piense bien.

Elizabeth no se ha pronunciado a favor ni en contra, pero me ha dejado una nota en la cama: una de sus citas. La copio aquí porque la encuentro turbadora:

Porque Adán se sentía solo, le fue dada Lilith; quería yacer con ella, pero ella se negó. «Fuimos creados por el mismo Dios —le dijo, volviéndole la espalda—. ¿Por qué debería yacer debajo de ti?» Cuando Adán trató de imponerle su voluntad, Lilith gritó el nombre del Creador, y acto seguido se elevó en el aire y voló hacia el Mar Rojo.



Capítulo 9

—¡Qué tiempo tan horroroso! —exclamó la viuda Kuick con una sonrisa lúgubre, mientras miraba por la ventana el día húmedo y glacial—. Puede que nieve antes de que anochezca. Sería muy adecuado, sí, gratificante...

Isaiah, que dormitaba con la Biblia en el regazo, levantó la cabeza.

—¿Adecuado?

Su madre se incorporó con un resoplido, y su voz llenó la habitación.

—«Así, persíguelos con tu tempestad y atemorízalos con tu tormenta» —citó.

—¡Ah, ya, la boda! —musitó él.

Jemima, que fregaba las piedras del hogar, se detuvo a escuchar la respuesta de la viuda.

—La boda, sí. ¡Qué tontería! Una mujer tiene de sobra con un esposo, tal como le he dicho personalmente a la señora Hauptmann, y también al agente McGarrity. Si él quiere casarse otra vez, tiene bastantes muchachas sin marido entre las que escoger.

Isaiah levantó una mano para tapar el bostezo.

—¿Eso significa que no irás?

—¿Con este frío? ¿Quieres que enferme? —Su madre bajó la vista hacia el bordado, ceñuda—. No, por cierto, y tú tampoco deberías ir, hijo, si sabes lo que te conviene. ¡Jemima!

—¿Sí, señora?

—Dile a Becca que guarde el vestido de seda negra que ha sacado para mí. Luego bajarás a la aldea para presentar mis excusas.

—Sí, señora. ¿Y qué debo decir, exactamente?

La viuda levantó la cabeza y le lanzó una mirada fulminante.

—La verdad, niña. La verdad. Y aprovecharás la visita para cobrar lo que me debe el agente McGarrity por la música de Reuben.

* *

Becca y Dolly la esperaban en la cocina, nerviosas como gallinas. Becca tenía las mejillas encendidas; Dolly, en cambio, parecía a punto de vomitar. Jemima pasó junto a ellas sin decir palabra y se puso los chanclos.

—¿Y bien? —interpeló Becca—. ¿Ha dado permiso? ¿Podemos ir a la fiesta?

—Todavía no se lo he preguntado —respondió ella, mientras cogía la capa.

—No contéis con ir —dijo Cookie, que estaba en el fregadero lavando los platos de la mañana—. Últimamente la viuda no está nada generosa.

Jemima deseaba desesperadamente contradecirla, pero no podía: su ama estaba de peor humor que nunca. Siempre que el capataz estaba a punto de llegar de la ciudad con los esclavos sucedía lo mismo: la viuda sólo tenía tiempo para concentrarse en las ganancias de la temporada. Si el dinero que él le llevaba satisfacía sus expectativas o las superaba, a la semana siguiente habría raciones adicionales de cordero y ella se mostraría abordable. En cambio, si había menos dinero del que esperaba, la vida sería insoportable durante una temporada larga. En cualquier caso, enviaría a Reuben para que tocara el violín en la boda. Después de todo, por esos servicios se cobraba un buen dinero.

—Le prometí a Eulalia que estaría allí —murmuró Dolly, girándose hacia Becca.

En Jemima estalló el mal genio que contenía desde hacía mucho tiempo.

—A Eulalia, ¿eh? Pues no creo que a ti te interese mucho Eulalia Wilde. Lo que esperas es que su hermano Nicholas te invite a bailar. Eso lo sabe todo el mundo, Dolly Smythe, hasta él. En este momento debe de estar riéndose de ti.

Las lágrimas que brotaron en los ojos bizcos de Dolly le brindaron poco consuelo. Abrió la puerta de un tirón, pero Becca adelantó un pie para detenerla y le dijo:

—Eres la criatura más perversa que Dios ha puesto en la tierra.

—Puede ser —replicó Jemima—. Pero tú eres la más tonta. Y ella, la más fea.

Cookie, a sus espaldas, alzó la voz:

—¡Ven aquí y te diré lo que dice la gente de ti, señorita Grandes Aires!

—Sí —le espetó Becca—. Todos sabemos con quién quieres bailar tú.

Jemima salió tan deprisa que estuvo a punto de tropezar. Una vez fuera, se detuvo para apretarse los ojos con las muñecas hasta que le dolieron.

Iría a la boda. Era preciso. Richard Todd había permitido que Anna y Jed utilizaran la vieja casa del juez y Reuben tocaría el violín. Allí estarían todos los de la aldea. Jemima no pensaba en otra cosa desde hacía una semana; sabía con exactitud cómo sería todo, hasta lo que le diría a cada uno y cómo la miraría la gente. Durante el invierno había dedicado todo su tiempo libre a arreglar el único vestido bueno que había tenido su madre; era color verdemar, con un estampado de flores rojas y amarillas, y ella lo había transformado en algo más parecido a los vestidos que, dos años atrás, había visto usar a Amanda, la prima de Elizabeth Bonner, durante su visita. Era lo bastante escotado como para provocarle un ataque de apoplejía a la viuda, si llegara a verlo.

Jemima bailarían con Isaiah Kuick. Y también con Liam Kirby, aunque estuviera casado. Y a la vista de Hannah Bonner.

Sólo que Liam, a su regreso de Johnstown, había desaparecido en los Bosques Interminables tras el rastro de su fugitiva.

El cielo estaba descargando un diluvio y Jemima se ciñó el capote.

En la mañana de su casamiento con Anna Hauptmann, Jed McGarrity despertó con la mandíbula dolorida. Uno puede sonreír a pesar del dolor de muelas (eso había hecho en las últimas semanas), pero no hay manera de disimular una mejilla que parece haber sido rellena con castañas hasta reventar. Una hora después de asomar la cabeza en la factoría, se descubrió atrapado.

A la derecha estaba su novia, con la expresión más feroz que le había visto nunca; a la derecha, su padre, con una botella de licor casero; frente a él, Hannah Bonner blandía un instrumento que le despertaba una fea sensación en las entrañas. Era largo, fino, de mandíbulas prominentes y con unos dientes tan afilados como los de un tejón.

—¿Ese instrumento es del estuche que te dio ese Hakim? —preguntó, con la esperanza de distraerla siquiera un minuto.

Ella respondió con una sonrisa dura.

—Sí. Abre la boca.

Jed echó un último vistazo esperanzado hacia la puerta, pero tenía pocas posibilidades de que lo rescataran. Anna había cerrado la factoría para honrar el día de su boda.

—Cuanto antes comencemos, antes se acabará todo —dijo la muchacha.

A Jed siempre lo sorprendía que la suave Hannah pudiera convertirse en una persona tan dura y expeditiva cuando atendía a un enfermo.

—Anda, Jed —agregó Anna—. Nunca te he visto comportarte como un cobarde, y hoy no es el mejor día para comenzar. No quedaría nada bien que huyeras, dejándome plantada delante del señor Gathercole.

Él abrió la boca para decirle que jamás haría semejante cosa, y vio cómo Hannah se abalanzaba hacia él, como sí las dos mujeres lo hubieran planeado de antemano, cosa que, por cierto, no le parecía imposible.

En dos tirones, ya estaba hecho. Anna se inclinó hacia delante para ver mejor.

—Más que una muela, parece un trozo de colmena vieja y mohosa —comentó—. ¿No te dije que no esperaras tanto?

Jed le guiñó tímidamente un ojo y escupió en el cuenco que ella le ofrecía.

—Debería haberte hecho caso, Annie. No volveré a cometer ese error.

Ella soltó un bufido, pero sonreía.

—Bebe un trago de mi schnapps —dijo Axel, ofreciendo la botella a Jed—. No te calmará el dolor, pero ya no te importará tanto.

—No le des nada todavía —intervino Hannah—. Aún tengo trabajo aquí dentro.

Jed volvió a escupir.

—Yo creo que ya está bien —dijo—. En realidad me siento muy aliviado. Como

si el diablo hubiera dejado, por fin, de martillear dentro de mi boca.

—Pues el alivio no te durará mucho si no abro esa encía —explicó ella—. Hay que sacar todo el pus.

A él no le gustó cómo sonaba aquello, pero cuando quiso explicar su punto de vista, Hannah le metió tres dedos en la boca, hasta los nudillos. Miraba hacia otro lado, como si escuchara una conversación en la habitación contigua. De pronto algo duro rozó un diente y se clavó en el tejido hinchado. Del vientre de Jed surgió un bramido, y apenas pudo contenerse para no morder.

—Ya está —anunció ella, limpiando la pequeña hoja que sostenía entre los dedos en la arpillera que Anna le había puesto alrededor del cuello—. Escupe. Ahora hay que dejar que vaya drenando. Tendrás que enjuagarte la boca cada media hora.

—¿Con schnapps? —Axel la miró, esperanzado.

—Con agua salada caliente. Guarda el licor para la boda. Más tarde vendré a obturarte el agujero para que deje de sangrar.

Alguien llamó a la puerta, pero Anna no le prestó atención.

—El señor Gathercole nos casará a las cinco —dijo, preocupada—. ¿Podrás hacerlo antes de esa hora?

Hannah vaciló. Habría preferido mantenerse lejos de la aldea durante la tarde, pero los tres la miraban con caras tan francas y amistosas que, de súbito, se le borraron todas las excusas que había pensado.

—Sí —dijo—. No faltaré.

Se repitieron los golpes en la puerta, más fuertes e impacientes. Anna arrugó la cara en un gesto de exasperación y puso el cuenco en manos de Jed.

—¿Es que no puede una cerrar la tienda ni un día? —dijo, en voz lo bastante alta como para que la oyeran al otro lado de la puerta—. Además, he colgado un cartel bien visible, como un grano en la punta de la nariz.

Levantó la tranca y la puerta se abrió.

En el porche había cinco hombres, chorreantes de lluvia. Cuatro de ellos eran negros e iban cubiertos con pieles de venado aceitadas; sobre la cabeza, llevaban enormes bultos sujetos con bandas de tela. El más bajo de los cuatro llegaba al metro ochenta y doblaba en tamaño al blanco que había llamado a la puerta. De Ambrose Dye, alto y delgado, se veía muy poco entre los pliegues de su capote de lana.

—¡Señor Dye! —exclamó Anna, gritando de la sorpresa—. No creo que la viuda los espere hasta mañana, pero aquí están, infalibles como la lluvia. Ezekiel, Levi, Shadrach, Malachi: me alegro de veros a todos sanos y salvos. Zeke, me parece que has crecido otros veinte centímetros durante este invierno. No creo que Cookie pueda seguir sacudiéndote en el culo con su cuchara de madera.

El más joven de ellos agachó la cabeza con una sonrisa.

—Mamá me zurrará cuantas veces lo crea necesario —aseguró—, por mucho que

yo crezca.

—¡De verdad, Zeke, cómo me alegro de verte! —continuó Anna—. Esta noche tu hermano Reuben tocará el violín en nuestra boda. Espero que tú también puedas venir. Nos gustaría contar con dos violinistas, ¿verdad, Jed?

El novio reconoció que, puesto que él no podría tocar personalmente, le gustaría tener a Zeke y Reuben.

—Si la viuda puede prescindir de ti, naturalmente —dijo, mirando de reojo al capataz—. Por la tarifa acostumbrada, desde luego.

Anna dio un paso atrás, abriendo la puerta del todo.

—¿No queréis pasar y secaros frente a mi estufa nueva?

—La trajeron desde Albany después de la primera nevada —anunció Axel—. Pasad y sentaos. Veamos qué noticias nos dais de Johnstown.

Para entonces, Ambrose Dye ya había advertido la presencia de Hannah. Ella se percató de que se ponía tenso y apartaba la vista.

—No estamos muy mojados —dijo—. Sólo quería comprar un poco de tabaco antes de continuar hacia el molino.

Anna siguió la dirección de su mirada hasta la mesa donde la muchacha recogía sus instrumentos. Su expresión cordial desapareció con la misma prontitud con que había brotado.

—Como guste —dijo. Y le cerró violentamente la puerta en la cara—. ¡Qué modales de bestia! —murmuró, mientras buscaba el tabaco en el mostrador—. ¡Dejar a esos muchachos ahí, bajo la lluvia, sólo porque no quiere...! —Se interrumpió para echar una mirada intranquila a Hannah—. ¡Y yo que pensaba invitarlo a la fiesta! Creo que tengo algo que decirle a la viuda Kuick sobre su capataz.

—No te preocupes, Annie —aconsejó Jed—. Dale el tabaco y que se vaya.

Pero ella esperaba que Hannah dijera algo sobre Ambrose Dye, el hombre que prefería quedarse bajo la lluvia antes que compartir techo con ella. Si él hubiera podido, la habría expulsado de la factoría, de la aldea y de la faz de la tierra, sin duda. La cólera tensaba la garganta de la muchacha, al punto que su voz sonara extraña, aun a sus propios oídos.

—Hace más de un año que no veo a Reuben y a Zeke tocar juntos, Anna. Estoy deseando oírlos.

Si la hubieran invitado directamente, ella podría haber enumerado cien motivos para quedarse esa noche en Lago de las Nubes, pero de pronto ya no le importaban. Iría a la boda, no porque Anna y Jed quisieran que fuera, sino porque Ambrose Dye no quería.

* *

Elizabeth bajó a la escuela, a pesar de que habían decretado día libre con motivo de la boda. Tenía tareas que hacer: lecciones que preparar y dos libros que remendar. De todos modos le gustaba estar sola en la escuela de vez en cuando.

En ausencia de los niños podía ver la cabaña tal como era en otros tiempos: el primer hogar de su padre, construido cuando aún era arrendatario. Cuatro años después él llevó a su flamante esposa, la madre de Elizabeth, y vivieron allí hasta que edificó una casa más grande junto al lago. En la tranquilidad de aquella lluviosa mañana primaveral, podía imaginar a su madre sentada frente al hogar con el bordado en el regazo. Mattie Clarke había sido expulsada por la asamblea de cuáqueros por casarse fuera de su credo, pero nunca había abandonado las costumbres sencillas. Guardar silencio, por ejemplo, era una de ellas. Y Elizabeth la había adquirido.

—Perdona si te interrumpo —dijo Curiosity, dejando el cesto junto a la puerta. La entrada de la anciana la arrancó de sus ensoñaciones.

—No interrumpes nada —aseguró ella—. ¿Vuelves a tu casa?

Curiosity se echó la capucha hacia atrás y se pasó las manos por la cara.

—Sí. Dice Lily que te des prisa, que no encuentra su cinta azul. Esos niños sí que están ansiosos por ir a la fiesta. Por todas partes hay sonrisas como para iluminar el día más negro.

Elizabeth la observó con atención.

—¿Has tenido un mal día? ¿Acaso Selah...?

—Oh, no. —Curiosity se sentó frente a ella, en uno de los bancos que utilizaban los alumnos—. Está mucho mejor. ¿Dispones de un minuto para que podamos conversar tú y yo? Últimamente parece que nunca hay tiempo.

—¿Qué pasa? —preguntó ella—. ¿Cuál es el problema?

—La muchacha debe continuar el viaje. Con Liam husmeando por la montaña no queda más remedio, aunque no me gusta imaginarla sola en el bosque, lejos de la familia. Y no dejo de pensar en Manny; no sé si llegará a conocer a su hijo.

—¡Por supuesto que sí! —aseveró Elizabeth, con firmeza—. Y tú también. En verano ella continuará hasta Montreal y se reunirá allí con él.

—A mi hijo no le será fácil abandonar su trabajo.

Durante un momento ella pensó en Manny y en su Escuela Libre Africana; entonces comprendió lo que Curiosity intentaba decir.

—Los fugitivos.

Su amiga asintió.

—Me imagino que debe de sentirse en conflicto consigo mismo.

—Pero para ti... —Elizabeth se interrumpió.

—Es un alivio, no puedo negarlo. Con Leo nunca hablamos de eso, pero muchas veces pasamos la noche despiertos, temiendo que lo atrapen. Lo ahorcarían sin darnos tiempo ni a rezar por él. Claro que me siento aliviada. Y también culpable por todas

esas pobres almas que necesitan una mano para ponerse en camino. —Lanzó un gran suspiro—. Como ya debes de imaginar, he venido a pedirte algo. Y esta vez no es fácil.

—Lo que sea —prometió ella—. Ya lo sabes.

—Espera a enterarte antes de decir que sí. —Curiosity hizo una pausa—. ¿Ojo de Halcón está listo para partir hacia el norte, hacia Little Lost?

—Sí —asintió Elizabeth.

—Si pudiera, los acompañaría yo. —La anciana levantó una mano para que no la interrumpiera—. Pero no puedo. Soy demasiado lenta para caminar. Además, si desaparezco de la aldea así como así, sería como agitar una bandera. Bastante difícil será mantenerse lejos de Liam, una vez que encuentre el rastro.

—No temas —aseguró ella, con franqueza—. Son muy pocos los que pueden seguir el rastro de Ojo de Halcón en el bosque. Y sabes que Liam no es uno de ellos.

—Lo único que sé es que a ella se le acerca la hora. Puede estar demasiado cerca. Ambas mujeres guardaron silencio un instante.

—Estará en buenas manos —dijo Elizabeth, aunque no del todo convencida. Aunque tenía mucha fe en su suegro, no era fácil imaginarlo asistiendo en un parto—. Si Richard no lo hubiera dispuesto todo para que Hannah acompañara a Kitty... — Como hablaba más para sí misma que para Curiosity, no completó lo que las dos sabían.

La anciana se incorporó. Su expresión era tan tensa que Elizabeth creyó verle el pulso en el cuello. Ahora sabía lo que Curiosity iba a pedirle, pero debía esperar a oír sus palabras.

—Pero tú podrías ir, Elizabeth, sí quisieras...

Ella respiró profundamente y soltó el aire.

—Han pasado casi diez años desde que me adentré por última vez en el bosque... Eran momentos desesperados.

Los grandes ojos de la negra, tan oscuros y tan claros a la vez, le sostuvieron la mirada con serenidad.

—Momentos desesperados —repitió con suavidad—. Se presentan cuando menos lo esperas.

Elizabeth se levantó y se acercó a la ventana. ¡Cuántos árboles! Uno podía estar un mes o más caminando ininterrumpidamente entre ellos. Curiosity le pedía que se internara en los Bosques Interminables con Selah Voyager, para cuidar que llegara sana y salva a donde la recibirían otras personas como ella, fugitivos que habían hallado seguridad en lo profundo de la espesura. Ojo de Halcón podía alcanzar el lugar de encuentro en Little Lost en sólo dos días, pero con Selah el viaje demandaría cuatro o cinco. Más, si el niño decidía adelantarse.

Habría querido decir que no. Tenía tantos motivos para permanecer en la montaña

con sus propios hijos... Pero Curiosity había dejado una vez a su familia para acompañarla en un viaje mucho más largo y peligroso, la había ayudado a traer a Robbie a este mundo y había estado junto a ella cuando el pequeño los abandonó. Lo había cogido de sus brazos para atenderlo como si fuese su propio hijo. Había sido Curiosity la que los había ayudado a superar aquellos días tenebrosos.

«Los momentos desesperados se presentan cuando menos lo esperas».

—Sí —dijo—. La acompañaré, por supuesto.

Curiosity cerró los ojos un instante y los abrió otra vez. Pero antes de que dijera nada, Elizabeth continuó:

—Supongo que ya has resuelto qué debo hacer con la escuela.

Su amiga sonrió.

—En realidad, sí. Creo que de pronto vas a sentir un impulso irresistible de ir a la ciudad con Kitty y Hannah. Ellas piensan partir el lunes, al rayar el día; nadie sabrá si has ido hacia el norte o hacia el sur hasta que ellas regresen.

—Lo que propones es muy delicado. —Elizabeth reflexionó durante un largo instante—. Pero podría resultar. Es perfectamente creíble que Kitty me convenciera en el último momento. ¿Y Richard?

—De Richard me ocuparé yo. —Dijo Curiosity.

—De acuerdo. A los gemelos no les gustará nada, desde luego. —Miró por la ventana, como si esperara verlos—. Hay algo que debo pedirte.

—No necesitas decirme que cuide de los niños, lo sabes muy bien.

Elizabeth sonrió.

—Lo sé, sí. Estarán muy bien contigo y con Muchas Palomas. No se trata de ellos, sino de Nathaniel —dijo—. Ya sabes que a él no le importa asumir cualquier riesgo para sí, pero no le gustará que yo lo haga. Debes ayudarme a persuadirlo.

Curiosity tenía una sonrisa cálida y reconfortante que usó en ese momento.

—¡Me sorprendes, Elizabeth! Después de tantos años de casada, ¿aún no sabes cómo obtener lo que deseas? Eso no es ningún misterio.

Ella se apoyó contra el respaldo.

—¿De verdad? ¿Y qué es lo que deseo, exactamente?

—Ese hombre no puede negarte nada. Basta con que se lo pidas y te seguirá hasta el fin del mundo.

* *

Fue más fácil de lo que esperaba; Elizabeth llegó a pensar que Curiosity le había propuesto el plan primero a Nathaniel. Juntos llevarían a Selah Voyager hasta Roca Bermeja y Ojo de Halcón se quedaría a vigilar Lago de las Nubes. Selah mostró un

alivio tan obvio al enterarse de que la acompañaría una mujer, que Elizabeth se reprochó no haberlo pensado: habría debido saber que la muchacha estaría asustada y que desearía la compañía de una mujer.

Todos estuvieron de acuerdo con el plan, menos los gemelos. Daniel fue a ventilar su descontento ante Muchas Palomas; Lily aún no se daba por vencida.

—No es justo —repetía con indignación, erguida en el asiento.

Su madre intentó concentrarse en la cabellera que trenzaba, tan indómita como la misma niña.

—Puede que no —reconoció—, pero es necesario. Sabes bien que de otra manera no me iría sin ti.

Lily tenía más argumentos que ofrecer, pero trataba de escuchar lo que decían los hombres en la habitación contigua. Oyó claramente «Little Lost» y «El Profeta». Cuando Huye de los Osos preguntó por las armas, la niña se irguió más aún. Elizabeth se debatía entre el deseo de escuchar y la necesidad de distraer a su hija, que tenía una imaginación demasiado activa.

—Si quieres, en septiembre te llevaré conmigo a Johnstown.

—Preferiría ir a Albany —respondió Lily.

—Cuando se te ofrece un regalo, hija, has de dar las gracias antes de buscarle los defectos.

—Gracias. Y preferiría ir a Albany.

Elizabeth le ató la trenza con la cinta, que había aparecido, después de mucho buscar, sujetando un manojito de ramillas.

—Tal vez te lleve a Albany... —empezó, y Lily se puso tensa, expectante— si me prometes algo.

Los hombros estrechos se encorvaron.

—Ya sé lo que quieres. Es siempre lo mismo, mamá. Quieres que me porte bien, que ayude y no discuta.

—Por supuesto —confirmó Elizabeth—. Pero hay algo más. —Se acercó a un estante de la pared y cogió una libreta pequeña de páginas en blanco que ella misma había encuadernado. Luego se sentó en la cama, junto a su hija, y le puso la libreta en el regazo—. Me gustaría que, durante nuestra ausencia, escribieras todos los días unas líneas sobre lo que ha sucedido. —Y al ver la expresión cautelosa de Lily, añadió—: Sólo unas cuantas frases. De esa manera, a nuestro regreso podremos saber qué habéis hecho.

La niña miró por el rabillo del ojo, con expresión pensativa.

—Ese trabajo es para Daniel, mamá.

—Ah, pero así sólo conoceríamos el punto de vista de tu hermano.

Eso causó efecto. Lily acarició con un dedo la cubierta, en la que Elizabeth había escrito su nombre: «Mathilde Caroline Bonner».

Le habían puesto el nombre de la abuela. «Tiene el mentón de Caroline —había anunciado su padre cuando la vio por primera vez—. Me temo que saldrá a ella». Las mujeres que él más amaba le daban miedo: su hermana, su esposa, su hija. Las temía por su independencia, por lo seguras que estaban de sí mismas. Elizabeth, observando a su hija, siempre en desacuerdo con el mundo, había comenzado a entender la naturaleza de ese miedo.

Lily estudiaba el papel que tenía ante sí con una curiosidad que no mostraba ante la pizarra de la escuela.

—¿Puedo usar tu pluma de metal? —preguntó.

Su madre disimuló una sonrisa. Era de esperar que Lily aprovecharía la ocasión para negociar mejores condiciones.

—¿No te conformas con la pluma de ganso?

—¡La pluma de ganso no corre bien, mamá! ¡Es como si escarbaras en el suelo, como las gallinas!

La expresión de la niña era tan furiosa e intensa que Elizabeth la recordó de pequeña, aullando a la luna cuando sus planes resultaban irrealizables.

Nathaniel le había regalado esa pluma a Elizabeth cuando nació Robbie. Era una extravagancia, pero hacía tiempo que ella la deseaba. Y él no lo había olvidado. Aquellos adminículos eran inventos maravillosos: retenían más tinta que la pluma de ganso, no hacía falta afilarlas y se asentaban cómodamente en la mano. Aquella estaba hecha de caoba y marfil tallado. La caña se afinaba hasta terminar en una delicada punta de cobre y plata; había que manejarla con cuidado. A los niños no se les permitía usarla, de la misma manera que no se les permitía usar la escopeta de su padre. «Con la diferencia —pensó Elizabeth para sus adentros—, de que los hombres llevan ya un año enseñando a los gemelos a manejar las armas». Daniel daba muestras de que sería un tirador tan bueno como su padre y su abuelo, pero Lily aún era demasiado baja de estatura para manejar una escopeta larga.

Alargó los brazos para sentársela en el regazo. Durante un momento la niña se resistió, pero al fin se dejó caer contra el pecho de su madre.

—No quiero que te vayas —murmuró.

—Lo sé, lo sé... —Y Elizabeth se contuvo para no hacer promesas que luego no podría cumplir.

—Si tú te vas, al menos Hannah debería quedarse —agregó la niña, con más claridad.

Elizabeth le acarició la cabeza y la meció sin decir nada. Lily sabía muy bien que su hermana debía ir a la gran ciudad. Había escuchado todas las discusiones, y después se había consolado redactando una lista de las cosas que Hannah debería traerle. No obstante, habría prescindido alegremente de las golosinas, las cintas y el cuchillo para desollar, si de esa manera hubiera podido retenerla en casa en ausencia

de su madre. Pero había más cosas en juego: Elizabeth debía acompañar a Selah Voyager, y Hannah tenía que viajar a Nueva York para que los niños recibieran su vacuna contra la viruela.

Después de algunos minutos, Lily se apartó y se frotó los ojos con fuerza.

—De acuerdo —dijo—. Escribiré algo todos los días. Pero cuando vuelvas a casa, ¿me dejarás practicar con tu pluma?

—Todas las noches, si quieres.

Apoyó las manos en la cara de su madre y la miró con aire solemne.

—Por la mañana ya te habrás ido, ¿verdad?

—Sí. —Elizabeth respiró hondo—. Por la mañana ya nos habremos ido.



Capítulo 10

Hacia el tercer día de vagar por Lobo Escondido, con la orden judicial bajo la camisa, Liam Kirby debió admitir para sus adentros que no obtendría las dos cosas que más deseaba: sus perros no hallaban el rastro de la fugitiva y no lograba provocar una confrontación con los Bonner.

Bajo la llovizna, subido a un olmo que crecía en el límite de la antigua propiedad del juez Middleton, miró a sus perros, que dormían profundamente junto al tronco. Todos eran buenos sabuesos, pero a su regreso de Johnstown el rastro ya estaba frío y la lluvia había hecho lo suyo. O tal vez —la idea acudió a su mente de mala gana— la mujer que había apuñalado a Hubert Vaark ya no se encontraba en la montaña. O había muerto. O quizá Nathaniel la había llevado hacia el norte mientras él convencía al magistrado de que le entregara la orden. O quizá aún estaba en las cuevas, bajo las cascadas, a la espera de que él se cansara de perseguirla.

Desde la copa del olmo veía con claridad el sendero que rodeaba la colina. Y también la casa, con todas las ventanas de la planta baja iluminadas. Hasta sus oídos llegaba el vago sonido de los violines que los músicos afinaban, entrecortados por el gorjeo de un caramillo.

A lo largo de la última hora los invitados habían ido llegando desde la aldea, casi todos a pie. Reconocía a algunos: Peter Dubonnet y su hermana, los Cameron, Charlie LeBlanc; otros, sin embargo, le eran desconocidos. En cuanto a los Bonner, aún no habían dado señales de vida. Llevaba tres días caminando por su montaña sin haber visto a ninguno de ellos.

Lo único que había hallado en Lobo Escondido era algo que no echaba de menos ni quería buscar: su propia niñez. Cada árbol conocido, cada estanque lleno de castores, lo arrastraban hacia sitios a los que no deseaba ir: los arroyos en los que había pescado; el lugar donde había puesto su primera trampa; el tocón del primer pino que había derribado; el Big Muddy, donde Billy le había enseñado a extraer las glándulas abdominales del castor, riéndose de él porque le entraban arcadas ante la fetidez. Otro sitio, más escondido, donde le había enseñado las sutilezas de robar hilos de pesca ajenos...

Su hermano Billy no había sido ningún santo, pero Liam, en los años que había pasado en el mar, no pensaba mucho en esa faceta suya. En cambio recordaba sus manos, duras como tablas, y sus puños, aún más duros. Recordaba la cicatriz de su cuello, el azul de sus ojos, sus aullidos de risa cuando estaba borracho. Lo recordaba trabajando. Por más defectos que tuviera, Billy Kirby nunca había rehuído el trabajo. Estaba dispuesto a realizar cualquier tarea que se le pagara, con dinero o con provisiones. Al morir había dejado a Liam solo en el mundo, sin un solo pariente.

Mientras contemplaba a sus perros, pensó en la mañana en que Billy había llegado con el primer sabueso: una perra joven que había ganado a los naipes a un viajero que pasó por allí en la primavera. Liam quería llamarla Jengibre, por el color de sus ojos, pero Billy le preguntó si acaso se creía que era Adán en el jardín del Edén. Los animales no necesitaban nombres: o trabajaban o se los servía en la mesa.

Treenie emitió un suave ladrido de bienvenida que arrancó a Liam de sus ensoñaciones. Un hombre avanzaba hacia él a trompicones, con la espalda curvada como el lomo de un gato. Bump.

El hombrecito se detuvo y giró la cabeza, retorciendo con ella todo su cuerpo, para mirar hacia la copa del árbol. Tenía la cara redonda y blanca como un queso fresco.

—Me ha enviado Curiosity —dijo—. Dice que harías bien en asistir a la fiesta, que no puedes evitarla toda la vida.

Liam se alegró de estar en la oscuridad, donde Bump no podía verle la cara. Habría debido preverlo: a Curiosity no se le escapaba nada; sabía que él estaba encaramado allí.

—Dile que le agradezco la invitación —respondió—, pero tengo asuntos que atender.

Bump rascó a Bounder detrás de la oreja y le habló en voz baja. El perro, que le llegaba a la cintura, se puso patas arriba, mostrándole su pecoso vientre.

—¿No me has oído? —Liam alzó la voz—. Puedes decirle que no iré.

El anciano, sin prestarle atención, siguió rascando orejas y hablando con dulzura hasta que todos los perros se retorcieron como cachorros en derredor. Liam emitió un ladrido de irritación y descendió a tierra.

—He dicho...

—Ya te he oído. Soy jorobado, pero mis oídos funcionan muy bien.

Bump torció la cabeza y lo miró con atención. Liam tuvo la inquietante sensación de que el hombrecito podía verlo hasta el fondo. Tomó aliento y se dominó.

—Pues dile que no iré.

—¿A Curiosity?

—Ha sido ella quien te ha mandado, ¿no? —Y de pronto Liam pensó en Hannah. Tal vez los Bonner habían entrado en la antigua casa del juez mientras él, medio dormido, pensaba en Billy.

Bump se limpió las manos con un pañuelo que llevaba anudado a la muñeca.

—Tendrás que decírselo tú mismo. Yo debo atender a Gabriel. No puedo dejarlo solo mucho rato. —Sin embargo, se quedó allí, observando fijamente a Liam.

—¿Qué sucede?

—Te pareces a tu madre. Lo veo en tu cara, clara como el día.

La imagen de Hannah desapareció tan súbitamente como había llegado, y también

la de Curiosity, reemplazadas por la vaga silueta de su propia madre, que había muerto de fiebres cuando él tenía apenas cuatro años.

—¿Conocías a mi madre?

—La vi una o dos veces. Aquí mismo, en Paradise, poco después de la guerra. La joven Moira era de una dulzura contagiosa. En cambio, no veo en ti ningún rasgo de tu padre. Pero supongo que eso es mérito tuyo.

Un insulto y un cumplido, tan entremezclados que no había manera de responder sin quedar como un tonto. De cualquier modo ya era demasiado tarde: Bump le había vuelto la espalda y continuaba su marcha desigual hacia la cabaña que compartía con Gabriel Oak.

—Yo no tengo nada de dulce —aclaró Liam, alzando la voz tras él—. Y Curiosity Freeman tampoco me asusta.

Los perros gimotearon a su alrededor en señal de solidaridad, pero Bump no aminoró el paso.

* *

La fiesta reunía todos los requisitos para acabar en disturbio; Nathaniel lo detectó apenas hubo cruzado el umbral de la vieja casa.

El salón estaba atestado de cazadores procedentes del bosque con las pieles que habían reunido durante el invierno, camino a Johnstown y Albany. Estaban deseosos de licor y de compañía femenina, pero había demasiado de lo primero y muy poco de lo segundo. Después de pasar meses a solas en los bosques, los cazadores que llegaban a la aldea se enzarzaban en discusiones por cualquier cosa; apostaban sus pieles con la celeridad de la gota de lluvia al resbalar por los cristales y desenvainaban el cuchillo sin pensarlo dos veces.

Y allí estaba Isaiah Kuick, apoyado en la puerta del antiguo estudio del juez, con un gran vaso en la mano y el oído puesto en la queja de Andy Peach por la mala calidad de las pieles de los otros. No era frecuente ver a Kuick en la aldea. Y hasta entonces, Nathaniel nunca lo había visto beber.

Desde el interior del estudio llegaban voces masculinas, risas y discusiones. En torno de la puerta, el humo de tabaco y el olor a cerveza espesaban el aire. Nathaniel saludó con la mano alzada, respondió a las preguntas de siempre y realizó otras tantas, rechazó una invitación al juego de naipes y media botella de schnapps. Antes de que acabara la noche habría problemas, sin duda. Quedaba por ver quién descargaría el primer golpe.

A juzgar por las expresiones, bien podía ser Jemima Southern; de pie, junto a las mesas donde habían puesto la comida, con el rostro pétreo, observaba a los que

bailaban como si sólo deseara derribarlos uno a uno. Era la única soltera que no participaba en el baile, aunque no por falta de candidatos: había hombres por todas partes, tan deseosos de compañía y de distracción que cualquiera de ellos la habría aguantado durante una o dos piezas, pese a su cara agria. El mero hecho de que estuviera sola allí significaba algo, pero a Nathaniel no se le ocurría qué, salvo que ni siquiera una boda podía cambiar el talante de la muchacha.

Los bailarines se desplazaban por el salón con movimientos tan rápidos que repiqueteaban los cristales de la ventana. Reuben y Zeke hacían volar el arco de los violines, poniendo fin a *The Fisher's Hornpipe*. Los dos hermanos, de pie sobre sendos cajones instalados en el extremo opuesto de la habitación, dejaban hablar a sus instrumentos. Eran los mejores violinistas en cien kilómetros a la redonda, pero la gente tenía pocas oportunidades de escucharlos: la viuda cobraba un dólar por permitirles tocar durante una velada y los enviaba con su capataz para asegurarse de que terminaran a la medianoche. A partir de ese momento, cobraba cincuenta centavos por hora. Para evitar excesos, decía, pero nadie se engañaba: a Lucy Kuick le gustaba el dinero como los conejos al zorro.

Dye, sentado en un rincón, contemplaba el ambiente y a los violinistas, sombrío como el cielo de invierno. Liam Kirby, a su lado, le hablaba al oído. De vez en cuando, Dye hacía algún comentario; entonces Kirby asentía o negaba con la cabeza, pero no apartaba los ojos de Hannah, que bailaba con Claes Wilde.

En Lago de las Nubes habían mantenido una vivaz conversación en torno a la mesa; los gemelos especularon largamente sobre si Liam iría a la fiesta o no. Hannah soportó el diálogo sin comentarios, pero Nathaniel no se sorprendió de ver al muchacho allí: a Liam le habría sido más fácil cortarse la mano derecha que mantenerse lejos de Hannah. Era evidente que observaba todos sus movimientos, tal como los hombres suelen observar a la mujer que consideran suya, aunque todavía no lo hayan reconocido siquiera ante sí mismos.

Nathaniel se preguntó cuánto tiempo se quedaría en Paradise, una vez que su hija hubiera partido hacia la gran ciudad. ¿Se olvidaría de la fugitiva, de la esposa que lo esperaba, de su propio hermano, de la montaña y de la venganza que soñaba desde hacía tantos años? ¿Se olvidaría de todo por seguir a Hannah? Era de esperar que el orgullo le impidiera cometer semejante error.

—Tienes cara de sediento, Nathaniel —dijo Axel, a su espalda.

Él aceptó el jarro de peltre que le ofrecía el anciano y lo olfateó.

—Ponche. Has trabajado mucho.

Axel se echó a reír.

—Sí, pero es que no todos los días se te casa una hija. Esta Anna mía ha estado sola demasiado tiempo. Demasiado. ¿Verdad que está bonita?

Anna caminaba alrededor de Jed, ejecutando el último paso de la danza; en

verdad se la veía bonita. Pese a su corpulencia, se movía con gran agilidad, y sonreía a su novio con tanta sinceridad que Nathaniel sintió una punzada al recordar la expresión de Elizabeth en su propia boda.

Reuben anunció la pieza siguiente, *Love in a Village*, y ella echó la cabeza atrás, riendo.

—Jed ha tenido suerte —dijo Nathaniel, dando una palmada al hombro del anciano—. Oye, ¿dónde está mi gente? Tendrían que haber llegado hace una hora.

—Están aquí. A los pequeños los he visto en la cocina con *Curiosity*. Y tu Hannah... ya la has visto, ¿verdad?, está bailando con Claes Wilde. Eso ha puesto nervioso a más de uno, te lo aseguro. —Echó una mirada inquieta hacia Liam—. Pero ya te enterarás por Hannah. En cuanto a Elizabeth..., está allí detrás haciendo compañía a Kitty.

A lo largo de una de las paredes habían dispuesto una hilera de sillas para los que no bailaban. Allí estaba Kitty como una reina, envuelta en un chal y con una manta sobre las rodillas, pese al calor del hogar y de la multitud allí reunida. A su izquierda, Richard miraba absorto el fondo de su jarra; a la derecha, Elizabeth mantenía una animada conversación con Dolly Smythe.

Kitty tenía puesta toda su atención en la gente que bailaba. Nathaniel la había visto bailar con fiebre e hinchada por el embarazo; la danza era para ella lo que la escuela para Elizabeth. Verla tan quieta mientras sonaba la música decía sobre su estado de salud más que todas las explicaciones de un médico. Por primera vez se alegró de que Hannah la acompañara a Nueva York.

Elizabeth, al verlo, alzó una mano en un gesto de saludo. Luego se levantó, alisando la falda de su vestido de fiesta, y cruzó el salón hacia él.

—Cuando te ve, es como si asomara el sol en su cara —comentó Axel—. Jed no es el único hombre con suerte en esta casa, Nathaniel Bonner.

—Sí —reconoció él—. No puedo negarlo.

* *

Quería conversar con Elizabeth en privado, pero los gemelos, enterados de su llegada, salieron de la cocina en su busca, arrastrando consigo a Ethan. Tenían algo importante que contarle y no dejarían que su madre lo hiciera, omitiendo las mejores partes del drama: la entrada de Liam, sombrío como una tormenta, cómo había querido llevar a Hannah fuera para hablar con ella a solas, y las palabras hirientes que habían intercambiado en ese mismo salón, delante de media aldea.

—Él le ha dicho que era una tozuda. Y ella le ha contestado que si no le gustaba la fiesta, podía ir a cazar pájaros —concluyó Lily.

—Y después se ha puesto a bailar con Claes Wilde, aunque antes lo había rechazado —dijo Ethan con aire pensativo, como si no estuviera del todo seguro de lo que eso significaba.

—Liam todavía está ahí, papá —dijo Daniel—. Creo que no se ha dado por vencido.

Nathaniel buscó la mirada de su esposa por encima de las cabezas de los niños.

—Vuestra hermana sabe cómo tratar a Liam Kirby —aseguró ella. Como Daniel parecía dudarlo, se inclinó hacia delante para decirle—: Además, estamos nosotros aquí para cuidar de que no le pase nada. ¿Ya habéis terminado de coger caramelos? ¿O habéis dejado esa tarea a los otros niños?

Era una buena táctica. Los pequeños se escabulleron sin volver a pensar en su hermana ni en Liam.

—Ahora entiendo por qué Jemima Southern tiene esa cara tan agria —comentó él—. ¿Está celosa por Kirby o por Wilde?

—Por los dos, supongo —dijo Elizabeth. Luego apoyó una mano en el antebrazo de su marido y se empinó para susurrarle al oído, agitándole el pelo con el aliento—. ¿Todo en orden?

Él asintió.

—¿Estás nerviosa?

—Un poco. He estado pensando en la última vez que abandoné esta casa en plena noche...

Él le rodeó la cintura con un brazo.

—Aquello terminó bien, ¿verdad? Saliste soltera y volviste casada. Y embarazada, por añadidura.

Elizabeth se puso algo tensa, de irritación y placer a la vez. Iba a volverle la espalda, pero Nathaniel la atrajo hacia sí y le apoyó la boca contra la sien.

—Podríamos subir a echar un vistazo a tu antiguo dormitorio —susurró—. Entonces nunca pude visitarte allí. ¿O prefieres el granero?

Ella balbuceó de risa y le dio una palmada en el hombro.

—Si tan travieso estás, puedes desahogarte en la pista de baile. Ahí comienza Barrel of Sugar.

A Nathaniel nunca le había gustado mucho la danza o'seronni, con sus giros formales, sus saltitos rígidos y ese corretear como niños, siguiendo esquemas preestablecidos: tocarse las manos, hacerse una reverencia y..., ¡ay del que equivocara el paso! Ese tipo de baile no se parecía en nada al ritmo frenético de los bailes kahnyen'kehàka, en que cientos de pies hacían retumbar la tierra bajo el cielo vigilante. Pero bailar con Elizabeth tenía sus ventajas: ver cómo las mejillas se le llenaban de rubor y los ojos le destellaban. No podía negarle ese placer, del mismo modo que no podía levantar la mano contra ella por más enfadado que estuviera.

Al avanzar a lo largo de la línea de bailarines, se cruzaron con Becca Kaes, cuya melena, liberada de las cintas que la sujetaban, le caía sobre los hombros, y con la señora Kindle, tan encorsetada que respiraba como un fuelle viejo, y con Obediah Cameron. Este, despistado como siempre, miraba a su hermano Ben como pidiendo ayuda, pero la recibía de Kitty, que gritaba desde su silla:

—A la izquierda, Obediah, a la izquierda.

Cuando llegaron al final de la línea, Elizabeth le cogió las manos, sonriente, y giraron en torno de Becca y Ben. Pasaron tan cerca de los violinistas que vieron el sudor en la camisa de Zeke; Reuben tocaba medio encorvado, meciendo el instrumento como si fuera un niño. El capataz, con el respaldo de la silla apoyado contra la pared, observaba a la muchedumbre con ojos entornados.

De pronto Liam se apartó del muro y cruzó deprisa el salón. Nathaniel vio un instante el vuelo de la falda de Hannah, que desaparecía en el vestíbulo.

Los violines cesaron de pronto. En el silencio, las voces se elevaron, claras y penetrantes: «Espera...» Y la de Hannah, más nítida que nunca: «... nada más que decir». Todos los presentes se volvieron hacia esas voces. Jemima Southern cerró la boca como si fuera una morsa y se envolvió el cuerpo con los brazos. Luego, un portazo. Y el silencio.

—Tal vez... —comenzó Elizabeth, pero él le apretó la mano con fuerza.

—Ella sabe cuidarse sola, Botas. Es lo que siempre me dices.

—Pero la ha seguido a la cocina. —Viendo que su marido no cambiaba de expresión, le tironeó de la mano—. No estoy preocupada por Hannah, sino por Liam. En la cocina está Curiosity... ¿O lo has olvidado?

* *

En la cocina olía a azúcar fundida, y la luz del fuego se reflejaba en las cacerolas que había colgadas de las vigas. Una multitud de niños, casi todos alumnos de Elizabeth, permanecían de pie, inmóviles, con los brazos desnudos hasta el codo y las manos pringosas de caramelo fundido. Daniel fue a plantarse entre sus padres, seguido de cerca por su gemela, pero el resto de las miradas estaban fijas en los adultos que ocupaban el centro de la habitación: Liam, Hannah y Curiosity.

Si Elizabeth creía haber visto todos los matices de la felicidad y la cólera en su amiga, en ese momento comprobó que se equivocaba. La anciana estaba enfadada, sí; eso era evidente en su postura: puños en las caderas y hombros proyectados hacia delante. No obstante, en la curva de la boca y el giro de la cabeza había un rencor más expresivo que las palabras. En ese momento decía que Liam Kirby la había decepcionado gravemente.

El muchacho estaba de pie ante ella, con los brazos caídos a los lados, como si hubiera perdido la energía. Parecía haber olvidado a Hannah y a todos los demás; era como si la voluntad de Curiosity lo mantuviera clavado en el suelo. Si ella hubiera desenfundado una pistola para dispararle, él no habría podido moverse.

Sin apartar la mirada de él, la anciana dijo:

—Niños, llevad el caramelo al vestíbulo y seguid trabajándolo. Nathaniel, si piensas quedarte, cierra la puerta cuando salgan. No quiero que todo Paradise se entere de lo que voy a decir.

—Yo no pienso irme —dijo Daniel.

—Yo tampoco —se sumó Lily.

—Está bien —aceptó Curiosity—. Esto también os incumbe a vosotros.

—Oye... —comenzó Liam. Pero ella lo interrumpió.

—Tú te callas. Te has pasado la semana rehuyéndome, pero ahora estás en mi cocina y tendrás que escucharme.

Los otros niños se retiraron de mala gana, lanzando miradas ansiosas a la escena que se desarrollaba en el centro de la habitación. Ethan se detuvo para decirle algo a Daniel; luego salió en silencio y cerró la puerta tras de sí.

La anciana miró a Liam de arriba abajo, moviendo la mandíbula.

—Cuando eras niño, como bien recordarás, pasabas mucho tiempo conmigo en esta cocina —empezó en voz lenta y clara—. Siempre tenías esa puerta abierta si tu hermano se olvidaba de alimentarte, si necesitabas dónde dormir o si te habías lastimado. ¿No es así?

La mirada cautelosa del muchacho pasó a Hannah y luego regresó hacia Curiosity.

—Así es —asintió.

—Por lo que recuerdo, Liam Kirby, eras un niño bueno. Billy hizo todo lo posible por echarte a perder, pero dentro de ti había algo que no se dejaba confundir. Al menos, eso creía yo.

Liam enrojó hasta la punta de las orejas.

—No tienes por qué meterte con mi hermano. —Y se encogió de miedo al ver que ella se le acercaba un paso, como si temiera que fuera a darle un coscorrón.

—Tengo todo el derecho a meterme con tu hermano. Y estas personas también. Ha llegado el momento de hablar claro. En el fondo tú sabes que no valía nada. Las cosas que hizo... —Al mirar a Hannah, la cara de Curiosity se contrajo de ira—. Ese muchacho vivía sólo para hacer daño a personas que nunca le hicieron ningún mal. Y tú eras una de ellas, muchacho. Aunque no te guste recordarlo, ninguno de nosotros ha olvidado las cosas que te hizo.

—Pero...

—Nada de peros. Vas a escuchar lo que tengo que decirte. ¿Acaso no recuerdas la

noche en que incendió la escuela? Estuvimos a punto de perder a Hannah. Y enterramos a Julián. Pero cuando sueño con esa noche, lo que veo es lo que tu hermano hizo contigo. He visto cosas lamentables en mi vida, pero nunca he visto a un niño tan maltratado por alguien de su propia sangre. Billy te golpeó hasta romperte los huesos. Y ese día sobrepasó los límites. Se perdió para siempre.

Hizo una pausa para tomar aliento.

—Tú puedes creer que has olvidado esa noche, que la has dejado atrás, pero sé que no es así. Esas cosas no se olvidan. Voy a recordarte algo que no deberías olvidar, muchacho: esa noche estas buenas personas te salvaron la vida y te recibieron en su hogar. No te deben nada y yo tampoco. Pero, aun así, tengo que decirte algo. Y vas a escuchar: el día en que murió tu hermano, el buen Señor te hizo un favor. Quitó a Billy de tu vida para que tuvieras la oportunidad de convertirte en un hombre decente. Pero tú cogiste esa oportunidad que te daba el Señor y te measte en ella.

Elizabeth vio que Hannah daba un respingo y los gemelos retrocedieron para apoyarse contra ella, pero ninguno de los dos apartó la vista. La voz de Curiosity había enronquecido.

—No sé qué has hecho desde que abandonaste Paradise. Sin duda has tenido que digerir tu porción de dolores. Eso se te ve en la cara. Pero no es excusa para que te ganes la vida de esa manera. Cuando eras niño, te sentabas en esta cocina a comer lo que yo te ponía delante. Ahora andas por el mundo cazando a seres humanos para encadenarlos porque no te gusta el color de su piel, que es negra como la mía. Tu hermano estaría orgulloso de ti, Liam Kirby, pero yo veo cómo te has echado a perder y siento asco.

Su voz se había reducido a un susurro áspero, pero las palabras quedaron pendiendo en el aire. Liam tragó saliva con dificultad, contrayendo todos los músculos del cuello.

—¿Has terminado?

—No, todavía no. Aún me queda algo por decir. He oído que te has casado. ¿Es cierto?

Él volvió a tragar saliva.

—Sí.

—Pues entonces deja en paz a nuestra Hannah. Ella te ha dicho con toda claridad que no quiere saber nada de ti. Vuelve a tu casa, con tu esposa, y déjanos llorar en paz por el niño que conocimos. De él no queda nada en ti.

Al ver la expresión de Liam, Elizabeth pensó en la anciana señora Glove, que había sobrevivido después de que le arrancaran el cuero cabelludo. «No echo de menos mi pelo, en absoluto —había dicho, deslizando sus dedos torcidos sobre las cicatrices del cráneo—. Hay cosas peores en la vida que perder un poco de carne y sangre». Y Curiosity acababa de quitarle a Liam algo más que la carne y la sangre.

Todo lo que había dicho era cierto, pero todos vacilaban ante el impacto, lo mismo que el joven.

—Seguiré mi camino y no volveré a molestaros —dijo él, con la voz quebrada—. Pero necesito hablar con Hannah, sólo diez minutos. Si ella tuviera la bondad...

—Ahí la tienes —dijo la anciana. Su expresión se ablandó cuando se giró hacia la muchacha—. ¿Estás dispuesta a hablar con él, hija? Si no quieres hacerlo, no estás obligada.

Hannah miró a Elizabeth, vacilante, con una pregunta claramente escrita en la cara. Pero fue Nathaniel quien respondió:

—Debes hacer lo que te dicte el corazón, Camina Adelante. —Lo dijo en kahnyen'kehàka. Y por primera vez la llamó por su nombre de adulta, para que ella entendiera bien sus palabras, para que su respuesta fuera tan clara como la pregunta que nunca había formulado.

Ella encorvó los hombros un momento. Luego se irguió e hizo un gesto de asentimiento.

—Hablaemos fuera —dijo.

* *

Se alejaron de la casa y caminaron entre los árboles hasta tener la certeza de que nadie los había seguido. A través de la ventana abierta les llegaba todavía la música de los violines, que subía y bajaba con la brisa.

Hannah temblaba en el frío húmedo, a pesar de que se había ceñido el capote. Ya no llovía y el cielo estaba casi despejado; la luna y las estrellas arrojaban luz suficiente como para producir sombras. Ella percibió un sabor a hielo en el viento.

—Tendremos escarcha —dijo—. Nieve, quizá.

Eran sus primeras palabras desde que habían salido de la cocina. Tantas cosas terribles como había imaginado que le diría... y ahora sólo se le ocurría hablar del tiempo. Pero no hacía falta: todo estaba dicho. Curiosity había usado la verdad como un cuchillo para penetrar en él con la limpieza de un cirujano. Hannah ignoraba qué profundidad había alcanzado y de qué serviría. Había quienes parecían aferrarse con más tenacidad a lo que más dolía; lo había visto más de una vez y, sin duda, volvería a verlo.

Se dio cuenta de que él buscaba las palabras que quería decir y las sopesaba con cautela. No hablaría hasta estar seguro. Pensando en eso, Hannah percibió algo que el enfado le había impedido ver. Aquel hombre era como un desconocido en muchos aspectos, pero en otros, en aspectos importantes, no había cambiado. Aunque Curiosity no pudiera hallar rastros del niño que Liam había sido, estaban allí y

formaban parte de él. Eso le dio valor para levantar la mirada; el suave claro de luna le recortaba la línea del mentón y la frente.

—Hay dos cosas que necesito decir —comenzó él—. En primer lugar, en la ciudad hay gente que quiere echarle el guante a Manny Freeman. Sospechan que ha estado ayudando a los fugitivos a huir hacia el norte y sólo buscan una excusa para ahorcarlo. Cualquiera les bastará.

Hannah ahogó una exclamación, pero él no se detuvo.

—Quería decírselo a Galileo, pero no sé si me creería. Como tú vas a la ciudad, se me ha ocurrido que podrías hablar con Manny. Dile que se ande con cuidado. Dile que si Vaark estaba en el muelle de Newburgh, no fue por casualidad. ¿Lo harás?

—Sí.

Hannah se frotó enérgicamente la frente, tratando de dominar sus pensamientos. Manny Freeman estaba en peligro y Liam Kirby intentaba salvarle la vida. Diez minutos antes, de pie frente a Curiosity, había aceptado de ella los peores golpes sin defenderse ni excusarse. Podría haberla interrumpido con esa noticia; podría haberla utilizado como arma arrojadiza: una información tan valiosa para el bienestar de su hijo era algo con lo que él habría podido obtener el perdón de la anciana.

Peor aún: ahora Liam le ataba las manos. Hannah no podía presentarse ante Curiosity y Galileo para hablarles de su buena obra; antes debía asegurarse de que Manny estuviera advertido y a salvo. Liam le había echado esa responsabilidad sobre los hombros y ya no tenía más alternativa que aceptarla. Ella cosecharía lo que él había sembrado.

A menos que fuera demasiado tarde. Quizá Liam había postergado la información hasta que ya no pudiera beneficiar a Manny. Hannah apartó ese pensamiento: por mucho que Liam se presentara como un mal hombre, ella no podía creer semejante cosa.

Él la observaba con expresión inescrutable.

—Y aquí viene la segunda cosa que quería decirte. Ese Vaark, el que recibió la puñalada en los muelles, ¿te dice algo su nombre?

—No —susurró Hannah—. ¿Por qué?

Él se encogió de hombros.

—Era el cuñado de Ambrose Dye. Eso significa que la fugitiva que estoy persiguiendo es propiedad de la viuda de Vaark, que casualmente es la hermana de Dye. Hace apenas una hora que he estado hablando de todo esto con él, y te aseguro que ha prestado mucha atención.

—Ya lo imagino. ¿Qué más le has dicho?

Liam guardó silencio durante largo rato, hasta que por fin dijo:

—Nada. Sólo la verdad: que mis perros perdieron su rastro hace unos días. Pero supongo que ahora querrá venir conmigo al bosque o la buscará por su cuenta. Hace

años él también era cazanegros, y de los buenos. Ahora que te he dado la información, haz con ella lo que quieras. No tengo más que decir. Debo irme.

—Espera. —Hannah alargó un brazo para tocarlo, pero de inmediato retiró la mano. Él había apartado la cara; en su mejilla latía un músculo como un pájaro en la trampa—. Has venido a Paradise para advertirnos de lo de Manny.

—No —negó él ásperamente.

—Sí. Has venido a eso. ¿Por qué no lo admites?

Liam le lanzó una mirada ardiente como el rayo.

—Piensa lo que quieras.

—Y también has venido para verme.

Él la enfrentó, trémulo de furia.

—Soy un cazanegros, y de los buenos —dijo—. Persigo a negros fugitivos para ganar dinero y los llevo de vuelta a rastras. Y hago bien mi trabajo: el año pasado cogí a seis. Ellos suplican y lloran, pero yo no escucho. Los devuelvo a las palizas y a cosas peores; cobro mi dinero y me voy antes de que comiencen los latigazos. Por eso estoy aquí, tras el rastro de la mujer que habéis escondido en la montaña. Ese es el único motivo.

Algo estalló en Hannah, una cólera contenida cuya potencia sólo percibió al soltarla.

—Mientes. Me escribiste una carta porque querías hablar conmigo. Lo de Manny podrías habérselo dicho a mi padre, a Elizabeth o a Ojo de Halcón. Si estás aquí, es porque has venido a decirme algo. Dilo, pues. ¿Querías hablarme de la muchacha con la que te has casado? ¿Es eso? ¿Cómo se llama? Nunca has mencionado su nombre.

Él se inclinó y la cogió de los brazos con fuerza y desesperación.

—¡Eres una bruja, maldita seas! Sí, he venido para verte.

Hannah sentía el calor de su aliento en la cara. Habría querido cerrar los ojos, pero no podía dejar de mirarlo.

—He venido a decirte que debería haberme quedado en la montaña, que debería haber esperado.

—Pero no lo hiciste. —Su voz sonaba inexpresiva hasta para ella misma—. No esperaste. Y ahora es demasiado tarde.

Él se estremeció; luego la acercó más a sí y abrió la boca para hablar, pero volvió a cerrarla. No tenía explicación ni excusa que ofrecerle. En su cara estaba la prueba de que Curiosity no había penetrado lo suficiente, no había podido llegar a eso que él no podía decir, que temía expresar en voz alta. Hannah lo percibió debajo de la piel de Liam y vio la imagen de lo que se interponía entre ambos: la mujer con quien se había casado. Sophie o Jane, Mary o Julia, ojos azules o verdes, pelo tan rojo como el de Liam, o rubio, o quizá del color de la tierra. Cualquier color, menos negro. Esa mujer lo estaba aguardando; esperaba oír el ruido de sus pisadas en el porche;

aguardaba frente al hogar donde preparaba la comida, donde amamantaba a su hijo y cosía sus camisas; una mujer educada para hacerse cargo de esas tareas y que no pedía otra vida ni un trabajo propio. Una mujer que se conformaba con esperar; una mujer blanca.

—Demasiado tarde. —Ahora ella también temblaba por algo innominado, innominable. Temblaba por el deseo de pegarle, aunque su boca se ablandaba y se abría a la de él.

Era un error; lo sabía perfectamente. Sin embargo, lo besó, pues no veía en el mundo otra cosa que la pérdida y el dolor de haberlo perdido, de tantos años de ausencia; siempre lo había extrañado y siempre lo extrañaría. Aunque lo hubiera perdido, lo besaría una vez. Y con eso debería conformarse. Podía besarlo y reconfortarse sintiendo que él respondía a su deseo, fuertes las manos sobre su cara, los dedos enredándose en su cabellera, los pulgares apretando sus pómulos, mientras ella saboreaba esa boca tan dulce y cálida. Durante un momento podía aferrarse a él, tierna y sin reservas.

Cuando al fin se separaron, ambos tenían la respiración demasiado agitada como para decir nada, aunque, de todos modos, no hacía falta. Hannah tenía la garganta oprimida de miedo; temía que tratara de retenerla, y temía que la dejara ir. Por eso giró en redondo y se alejó; esta vez lo abandonaba, lo abandonaba para siempre.



Capítulo 11

Hacia las diez, Jemima Southern había visto fracasar todos sus planes: no había bailado con Isaiah Kuick ni con Liam Kirby; ni siquiera con Claes Wilde. De los tres, únicamente Wilde la había invitado, pero sólo después de haber bailado con todas las señoras casadas y casi todas las solteras. Se acercó a ella sólo después de haber sacado a Dolly y a Becca y de que Hannah Bonner lo hubiera rechazado.

Jemima rehusó su ofrecimiento con una excusa y una sonrisa, como antes había rechazado a los Cameron, uno tras otro, al señor Oathercole, con sus tontos lacitos, y a los tramperos, que apestaban a monte, e incluso a Jed McGarrity, por grosero que fuera rechazar al novio en persona. Finalmente dejaron de invitarla; pasaban junto a ella como si no estuviera allí. A cada nueva pieza sentía la espalda más rígida y el nudo en el estómago más apretado. Se limitaba a observar.

Observaba a Isaiah Kuick, que no mostraba el menor interés en el baile ni en nada que no fuera la bebida. De vez en cuando se acercaba a la puerta a echar un vistazo, y volvía a reunirse con los hombres en el estudio del juez. Ella vigilaba a Hannah Bonner, que se había puesto uno de los vestidos que había llevado de Escocia, ya pasado de moda, y demasiado elegante para un baile de campesinos. El verde no casaba bien con su tez oscura, pero a ella no parecía importarle, como tampoco parecían importarle los hombres que la seguían con la mirada adondequiera que fuese.

Hannah Bonner bailó con Jed McGarrity y con el señor Gathercole, pero rechazó a la mayoría de los solteros; tras rehusar a su último pretendiente con una sonrisa, se sentó a conversar con Dolly Smythe y Eulalia Wilde, hasta que Claes, el hermano de Eulalia, fue a sacar a Dolly por segunda vez. Por la manera en que ésta le sonrió, levantando hacia él sus ojos bizcos, era obvio que bailar dos piezas le parecía toda una propuesta de casamiento. ¡Estúpida Dolly! ¡Jamás aprendería la más básica e importante de las lecciones! Lo peor que puede hacer una mujer es demostrar a un hombre que tiene poder sobre ella.

Lo más ofensivo fue lo de Liam Kirby, que ni siquiera la había mirado, a pesar de que durante diez minutos había estado muy cerca de ella, mientras él hablaba con Ambrose Dye. Jemima, tras escuchar lo suficiente para comprender que hablaban de la fugitiva, devolvió su atención al baile. Hannah acababa de salir a bailar con Jock Hindle, cuya esposa se abanicaba la cara, del color de las cerezas.

—Trátalo con suavidad, Hannah —dijo la señora Hindle, alzando la voz—. Ya no es muy joven.

Las risas surgieron y se apagaron. En el silencio siguiente se oyó la voz de Ambrose Dye, en todo el salón:

—Perra piel roja. —Lo dijo sin rencor alguno, como si llamara a Hannah Bonner por su verdadero nombre—. Tú no tienes nada que hacer entre la gente blanca.

Fue casi divertido ver cómo se quedaron todos petrificados al oír la verdad dicha en voz alta. Elizabeth Bonner se levantó y dio un paso adelante, pero Hannah atajó la situación exclamando con voz clara y fuerte:

—Reuben, Zeke, ¿habéis olvidado para qué sirven esos violines?

Y el silencio desapareció tan de súbito como había comenzado, perdido entre la música de los violines y las conversaciones, ahora más audibles, como si todos hubieran decidido por votación unánime que era mejor no prestar atención a Ambrose Dye; a fin de cuentas, era un forastero y siempre lo sería.

Todos continuaron como si tal cosa, todos, menos Liam, que tenía cara de haber tragado lejía. Durante toda la pieza permaneció con los puños apretados a los costados; cuando terminó Molly Brooks siguió a Hannah hacia el vestíbulo.

A Jemima se le atragantó la risa al ver a Liam haciendo el papel de tonto; su sabor era amargo como el acíbar. Aun así, no ir tras ellos le habría resultado tan difícil como desnudarse en medio de aquella habitación atestada.

Cuando llegó, la discusión ya había comenzado. Hannah y Liam, frente a frente, muy juntos; él, con la cabeza inclinada hacia ella. Hablaban en voz baja, pero con bastante claridad. Hannah sacudía la cabeza sin mirarlo a los ojos. La entrada de la cocina estaba llena de niños boquiabiertos, con ojos tan redondos como monedas. Los hombres salían del estudio para fisgonear e intercambiaban sonrisas y codazos. Jemima sintió el fuerte impulso de abofetearlos a todos. Por fin aquello terminó y Hannah se acercó directamente a Claes Wilde, que estaba con su hermana, para reclamarle la pieza que ella misma había rechazado poco antes, como si estuviera en todo su derecho. Liam regresó a su lugar, cerca del capataz, con la cara rígida como la corteza.

Los niños desaparecieron dentro de la cocina, y los hombres, en el estudio. Jemima observaba el baile y tomaba nota de la gente que entraba y salía. Entró Nathaniel Bonner; salió Peter Dubonnet. Isaiah Kuick, de pie en el vano de la puerta del estudio, la miraba fijamente, sin disimulo. Ella se había pasado toda la noche esperando a que Isaiah se diera por enterado de su presencia. Y allí estaba, mirándola como a un caballo con una pata rota, como a un animal que no sirviera para nada en este mundo.

De pronto, la asaltó un gran cansancio y toda su ira se escurrió como la sangre vital. Fue al vestíbulo y abrió la puerta de la calle. Durante un momento sintió el frío de la noche de abril y contempló el cielo colmado de estrellas. Vio un capote colgado de un clavo y lo cogió sin preguntarse a quién pertenecía; luego salió del porche y se dirigió al granero.

Envuelta en el capote de lana, Jemima se tumbó en un pesebre en el que había

heno viejo, cayó en un sueño intranquilo y soñó con su madre muerta. De pronto la despertaron unos susurros. En su confusión, se imaginó durante un momento que estaba en su cama de niña, pero enseguida los vagos olores a leche, cuero y animales, que hacía mucho tiempo que ya no estaban allí, le recordaron dónde se encontraba y por qué.

Pero las voces no habían sido un sueño.

—Todo un invierno... —dijo Isaiah Kuick—. Todo un largo invierno...

—Sí, demasiado tiempo... —Era la voz del capataz, pero Jemima nunca la había oído así, tan baja y suave—. Ya temía que no fueras a darme la señal.

La muchacha trató de aquietar el batir de su corazón, de calmar la respiración que agitaba el heno bajo su mejilla. Escuchaba con toda su atención: ruido de bocas húmedas que se tocaban. Volvió a ser una niña en la oscuridad, desvelada por el ruido en la cama vecina. Todas las noches, infalibles como el amanecer, los susurros de las sábanas y las palabras ásperas de su padre, que tironeaba y hurgaba, montado sobre su madre. Sus gruñidos roncacos, los gimoteos de ella, como los de un animal en la trampa, el chirriar de las sogas que sostenían el colchón, y la cama sacudiéndose.

No recordaba haber visto nunca que sus padres se besaran; ella misma nunca había besado a ningún ser humano. No obstante, sabía muy bien qué era lo que oía. Parpadeó con fuerza, enfocando los ojos a fuerza de voluntad. Giró la cabeza apenas lo suficiente para mirar hacia el pesebre del otro lado. Bajo una ventana sin celosías, en una zona iluminada por la luz de la luna, distinguió dos siluetas que se retorcían y giraban, mientras las ropas caían al suelo; luego, la línea de una espalda desnuda que se doblaba hacia delante, un ruido de carne contra carne, una exclamación aguda.

—Ah, Dios, ah, Dios...

—Chist... —Un susurro suave, más suave—. Chist...

Jemima Southern no confiaba en nada, salvo en sus propios ojos. Y lo que veía era a dos hombres que copulaban como perros. Lo que oía era el diálogo de dos amantes que se conocían bien: tiernas palabras de aliento, «Sí, Dios mío, sí», «Más, más», «Oh, por favor». Isaiah Kuick, a cuatro patas; Dye, doblado sobre él, usaba su trasero como otros hombres usan la delantera de una mujer. Podía distinguir la blancura de la pierna de Kuick, su brazo, su cabeza colgante, la boca abierta en exclamaciones de dolor, placer o ambas cosas a la vez. La mano libre de Dye atareada entre las piernas de su compañero, acariciando al ritmo de sus caderas. Por fin arqueó la espalda hacia atrás y levantó la cara hacia la luz de las estrellas. Entonces Jemima vio lo más increíble y extraño de todo: el hombre al que conocía en su papel de capataz, desconfiado, frío y malvado, había desaparecido. La cara que mostraba la luz de las estrellas estaba llena de vida, de una manera tan sobrecogedora y personal que ella tuvo que cerrar los ojos; durante un momento la cegó aquel gozo atónito, sin palabras, que no estaba destinado a sus ojos. Cuando volvió a mirar, los

dos hombres aún seguían unidos y se mecían suavemente.

No era un sueño extraño, sino un regalo. Un tesoro inesperado, tan valioso como el oro.

«Ya han terminado —se dijo—. Ahora se irán». Necesitaba tiempo para clasificar los pensamientos que se le agolpaban en la cabeza: la voz de su padre leyéndole versículos de la Biblia que ella había memorizado sin comprender, pero así lo exigía él: «No yacerás con hombre como con mujer: es una abominación... arder en lujuria uno hacia el otro; hombre con hombre, haciendo lo que es indecoroso». Y la voz de la viuda: «paganos», «papistas» y «condenación eterna». «Espero, señor Gathercole, que hoy nos lea algún fragmento del Levítico; todos necesitamos saber del fuego arrasador».

La viuda Jemima imaginó a la viuda en su silla, junto a la ventana, siempre alerta, siempre buscando descubrir transgresiones contra Dios y contra ella misma. Sintió la punzada de su aguja en el bordado, oyó esa voz fina, tan segura de su lugar en el mundo, tan segura de su hijo. Y cómo lo miraba, y los planes que había hecho para él. «El orgullo precede a la caída». Formó las palabras con los labios, silenciosamente, e imaginó la cara que pondría la viuda si entrara en ese granero y viera al capataz montando a su precioso Isaiah como a una prostituta. El único hijo de Lucy Kuick era sodomita.

Los dos hombres hablaban cara a cara y se besaban de vez en cuando. Habían bajado la voz; Jemima no entendía gran cosa de lo que decían, pero bastaba con el tono, suave, amoroso... Luego Dye se deslizó por el vientre de Isaiah, hacia abajo. Jemima, no tan asqueada o indignada como habría esperado, sino sorprendida y bastante curiosa, lo vio meter la cabeza entre las piernas del otro y mamar como un bebé de la teta llena. El placer que eso les proporcionaba a ambos era obvio, pero también un misterio. Ella observó con atención, mientras otra parte de su mente volaba hacia atrás, hacia el tiempo en que trataba de llevarse a Isaiah a la cama.

Ahora comprendía que por mucho que dejara abierta la puerta de su habitación, eso jamás significaría nada para él. Pero ya no importaba. Si antes tenía la esperanza de acostarse con Isaiah tantas veces como fueran necesarias para concebir un hijo suyo, él acababa de darle algo mejor. Ahora no podría negarle nada.

* *

Se habían puesto nuevamente en pie y se sacudían mutuamente el heno de la ropa; las manos se demoraban aquí y allá, mientras hablaban de fechas, horas y oportunidades.

—El jueves —dijo Dye, y Kuick se echó a reír.

—¿Tú crees que podremos esperar tanto?

Era la primera vez que Jemima lo oía reír de verdad, sin rastro de burla.

Cuando se hubieron ido, permaneció un rato acostada, trazando planes. La cosa había durado veinte minutos, quizá media hora, pero ese breve tiempo había cambiado su vida. Tan sumida estaba en sus pensamientos que el ruido de pisadas la cogió por sorpresa. Volvió a quedarse inmóvil, pensando que ellos regresaban para volver a comenzar. ¿Qué habría sucedido si ella se hubiera levantado demasiado pronto y la hubieran descubierto? Dye la habría matado, simplemente; de eso no le cabían dudas.

Pero era Liam Kirby. Y estaba solo. Lo reconoció por su estatura y por el lustre de su pelo a la luz de las estrellas. Él permaneció sin moverse durante un largo minuto, con las manos a los costados.

Sin duda esperaba a Hannah. Jemima se vería obligada a observar a Liam gozando de Hannah, de la misma manera que el capataz había gozado de Isaiah Kuick; tendría que oír las cosas que él le dijera: frases de amor, palabras dulces. Era el precio por la gran ventaja que había obtenido. Y resultaba amargo.

Después de un rato Jemima empezó a comprender que Hannah no acudiría. Él estaba solo allí; se estaba escondiendo. Ella lo había rechazado y él había ido allí para lamerse las heridas. Durante un momento ella se quedó aturdida por tanta buena suerte, y luego susurró su nombre.

Él dio un respingo y se volvió con brusquedad.

—¿Qué haces aquí?

—Estaba esperándote. —Se llevó las manos a los hombros y se bajó el vestido, dejando asomar los pechos. Avanzó hacia él.

Liam retrocedió, pero sus ojos estaban clavados en la carne blanca, en la sombra de los pezones.

—No —dijo—. No.

Ella alargó la mano y deslizó los dedos por la parte delantera de sus pantalones, tal como había visto hacer a Isaiah Kuick. Liam dio un respingo y le sujetó la mano. Su respiración se tornó fatigosa.

—Piensa, Liam. —Él seguía mirándole los pechos, mientras retenía la mano de la muchacha contra su cuerpo. Jemima sintió que el cuerpo de Liam se agitaba—. Nadie lo sabrá nunca.

Se apartó de él para ponerse de espaldas y se subió las faldas.

—No hace falta que me mires a la cara —añadió, sintiendo el aire helado contra la carne desnuda—. No tienes por qué mirarme siquiera. Puedes imaginar que soy... otra.

Él callaba. Jemima se puso a cuatro patas, con las faldas recogidas en torno de la cintura, las piernas abiertas para mostrar el sexo y la frente apoyada sobre los brazos

cruzados. Entonces lo sintió gruñir, y un momento después lo tenía tras ella aflojándose los pantalones. Cuando se arrodilló entre sus piernas, lo sintió temblar; sintió el calor de su carne húmeda, su blandura, su dureza. Pero notó que vacilaba, y contuvo el aliento; sabía que una palabra equivocada lo arruinaría todo.

—Si te hago un hijo, no podré casarme contigo.

—No importa —aseguró ella, meciendo las caderas hacia atrás para rozarlo hasta que él dio un respingo—. De cualquier modo, voy a casarme con Isaiah Kuick.

Liam lanzó una maldición y se inclinó hacia delante; apoyó una mano sobre la espalda de la joven, mientras que con la otra le cogía el pecho, y pujó y hurgó para abrir la carne renuente, cada vez con más fuerza, en tanto ella se mordía el antebrazo para no gritar. Él dijo otra palabrota y soltó la mano del pecho para moverle las caderas; luego le abrió el sexo con los dedos para facilitarse el paso. Cuando volvió a empujar, una, dos veces, la muchacha no pudo contener un grito, y un último empujón la desgarró; él quedó profundamente hundido en ella.

—Maldita seas... —gruñó.

Pese al dolor, Jemima sonrió para sus adentros. Se retorció para aferrarlo con todos sus músculos, hasta que él cedió con otro gemido. Ella recibió de buen grado la invasión, el ardor, los empellones, junto con aquellas manos fuertes, su rudeza, los dientes que se le clavaban en la piel del cuello, en tanto él empujaba como si quisiera escalarla por dentro. Jemima apretó los dientes para soportar el dolor y meneó las caderas. Lo oyó gruñir de sorpresa y placer, hasta que finalmente le sobrevino el estremecimiento y se vació dentro de ella, en sacudidas cortas y secas.

Jadeaba, mientras murmuraba para sus adentros: «Maldita seas, maldita seas, maldita seas». Pero aún estaba excitado, con la carne trémula y mojada.

Jemima se dejó caer de espaldas, levantó las piernas y le ciñó con ellas la cintura para recibirlo de nuevo. Lo mantendría sobre ella toda la noche; si era preciso, usaría las manos y la boca; aplicaría todo lo que había aprendido de los sodomitas para hacerle olvidar a Hannah Bonner y a aquella esposa sin nombre. Lo ordeñaría como a una vaca, hasta secarlo de toda simiente.

A partir de esa noche, Liam Kirby no la olvidaría jamás. Ya nunca se atrevería a ningunearla. Cuando él pasara a su lado, recordaría eso: cómo se habían unido en sudor, sangre, semilla y pecado.

De un modo u otro, ella se casaría con el único hijo de la viuda, pero sería más fácil si estaba embarazada. Trató de contar mentalmente los días, pero se interponía el fuerte calor de Liam dentro de ella. Él le apartó con rudeza las piernas; luego, todavía insatisfecho, le cogió la rodilla derecha y se la apretó contra el hombro, para tenerla bien abierta. Con el empellón siguiente tocó un sitio tan hondo que ella no pudo contener otro grito: de dolor, sorpresa y aprobación. La cubría, la aplastaba contra el heno con todo su peso, amenazaba con partirla en dos, y ella disfrutaba. Lo cogió por

las nalgas para presionar hacia dentro.

Si esa vez no le hacía un bastardo, lo buscaría de nuevo, y él no podría rehusar. Después Isaiah tendría que reconocer como suyo lo que era de Liam... o pagar las consecuencias.

* *

Cuando Jemima regresó a casa, ya se había ocultado la luna y estaba cayendo escarcha; tuvo que cogerse de la barandilla del puente para no caer. Cojeaba un poco; tenía los muslos magullados y pegajosos, y un ardiente escozor muy adentro. Le ardían los hombros, los pechos y el vientre, que él le había marcado con los dientes y raspado con la barba, respondiendo a sus exigencias. Y, aunque le dolían todos los músculos, por una vez en la vida Jemima Southern estaba satisfecha. Había ido a la fiesta y había sacado el mejor provecho de los dos, de Liam Kirby y de Isaiah Kuick. Ahora los tenía a ambos, y también a Hannah Bonner.

Mientras buscaba la manera de entrar en la casa sin que nadie la oyera, recordó que eso ya no importaba. Podía hacer lo que se le antojara: pronto sería el ama.

Cuando se metió en la cama, después de quitarse la ropa, que apestaba a granero y a hombre, se le ocurrieron dos cosas. La primera, y la más sorprendente, era que le agradaba fornicar, pero sobre todo el poder que le brindaba: convertir en niño a un hombre que la doblaba en tamaño. Y por mucho que le gustara el acto, tendría que prescindir de él: podía obligar a Isaiah Kuick a casarse con ella, pero él jamás iría a su cama. El tipo de poder que ejercía sobre él no guardaba ninguna relación con lo que anidaba entre sus piernas.

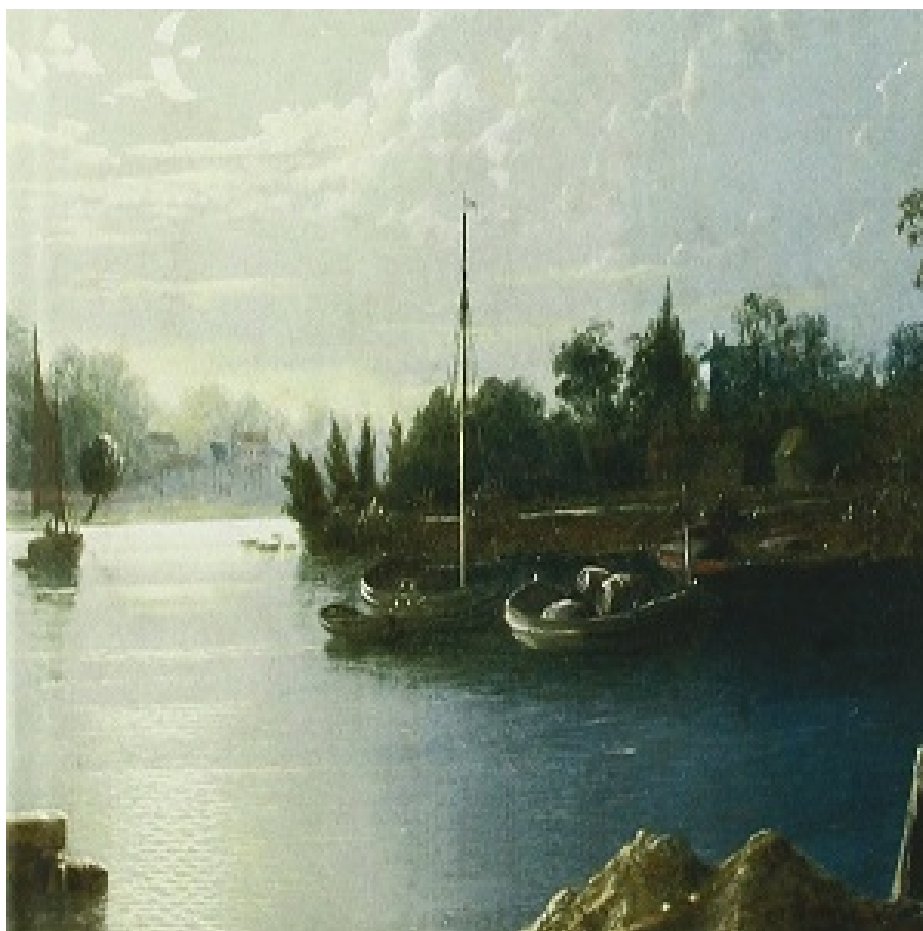
La segunda cosa no era tan sorprendente, pero dolía: había fornicado toda la noche con un hombre que ni una sola vez la había llamado por su nombre. Aun mientras usaba todos los orificios que ella le ofrecía, él había apartado la cara cuando ella trataba de besarlo. Y cuando se vació en ella, una, dos, tres veces, no había en su rostro ninguna expresión de gozo, ni siquiera de alivio: sólo una furia sin palabras y el odio a sí mismo y a ella.

«Imagina que soy otra», le había propuesto. Pero él no podía olvidar quién era ella. Quién no era.

Durante un momento Jemima permaneció muy quieta. Luego se tendió de costado, con las rodillas recogidas hasta el mentón para retener dentro cuanto necesitaba de Liam Kirby, y se quedó dormida.



SEGUNDA PARTE
Viajeros
Los bosques interminables



Capítulo 12

Durante los precipitados preparativos para el viaje a través de los Bosques Interminables, Elizabeth no se había permitido pensar mucho en lo que significaría alejarse de sus hijos, sin saber cuándo volvería a verlos. Mientras consolaba a Lily y a Daniel, había logrado convencerse a sí misma de que el viaje no requeriría más de dos semanas. Les había explicado más de una vez que pasarían muy rápido y que una separación tan corta no era motivo suficiente ni racional para desesperar.

Durante la primera mañana, se dejó llevar por el entusiasmo inicial. Caminaban en fila india, detrás de Nathaniel, por un sendero kahnyen'kehàka que él parecía conocer muy bien, aunque Elizabeth a veces no llegaba siquiera a distinguirlo. Sin embargo, le sorprendía ver con qué facilidad se había adaptado al ritmo de la caminata, sin la restricción de las faldas y el estorbo de la ropa de diario. Por primera vez en mucho tiempo llevaba perneras y se había vestido a la manera de las kahnyen'kehàka. Se había hecho unas trenzas sencillas y, a pesar de la mochila que cargaba, se sentía completamente libre de molestias.

Promediaba abril, una buena época en aquella parte de los Bosques Interminables: los lodos primaverales habían desaparecido en su mayor parte y aún faltaba un mes o más para el calor del verano. Sin embargo, el tiempo era imprevisible. A veces encontraban parches de nieve de varios centímetros de grosor; pero incluso las heladas nocturnas eran poco tributo a cambio de no sufrir la verdadera plaga de los bosques. Elizabeth prefería caminar en el frío a soportar los tábanos, que acudían en nubes, invadiendo orejas, narices y cuellos, y dejando tras de sí cientos de ronchas dolorosas. Contra los tábanos no había remedio, aparte de la grasa de oso y el ungüento de poleo, remedios casi tan desagradables como el mal que debían combatir.

Pero el frío se podía soportar. Todos calzaban mocasines de invierno, forrados de piel y acordonados hasta media pierna. Sobre las mochilas habían atado capas con forro de marta y pieles curtidas.

Aunque la escuela y los alumnos habían quedado atrás, Elizabeth no podía sacudirse de encima su instinto de maestra, y le explicaba a Selah cosas que podrían serle de ayuda si tenía que pasar una temporada en los bosques. Las ramas de los árboles de hoja caduca comenzaban a mostrar toques de verde muy claro; dentro de unas semanas estarían en plena floración y el bosque se perdería en una sombra fresca. Entonces, mucho de lo que ahora estaba a la vista quedaría oculto.

Las pirangas rojas bordeaban las ramas de un fresno blanco, cual llamas de velas en fila. Un pájaro carpintero buscaba comida tamborileando en el tronco de un roble muerto. Topos y ratones trajinaban en los montones de hojas en descomposición. Por

lo demás se veía poca vida silvestre, en parte porque ellos, al menos dos de los tres, no marchaban tan en silencio como habrían debido, y en parte porque la mayoría de los animales comenzaba entonces a librarse del estupor del invierno.

Esa parte del bosque le era bien conocida; estaba lo bastante cerca de la cabaña como para que Hannah lo recorriera todo en su constante búsqueda de plantas medicinales; y a Elizabeth le gustaba acompañarla cuando tenía tiempo. En esas salidas había aprendido casi todo lo que sabía del bosque —conocía los nombres de los árboles, la mayoría de las plantas y su aplicación—, pero también eran una rara oportunidad para hablar sin interrupciones con su hijastra. Había llegado a depender de ella, no sólo para que la ayudara con los niños y la casa, sino también para la conversación, tanto como de Curiosity y Muchas Palomas.

Aquella mañana habían partido todos precipitadamente antes de que rayara el día. Hannah había ido montaña abajo, comenzando su largo viaje a la ciudad, y no había tenido oportunidad de hablar con ella a solas; de lo sucedido cuando su hijastra abandonó la cocina con Liam, Elizabeth no sabía nada.

Pero era obvio que entre ellos había ocurrido algo; algo de lo que habían dicho o hecho había dejado su marca en Hannah. Elizabeth sospechaba que si por casualidad se tropezaran aquel día con Liam Kirby, en su cara vería lo mismo. Qué significaba, exactamente, era algo que sólo podía intuir, pues ninguna de las explicaciones racionales la satisfacía.

Al promediar la mañana ya estaban fuera del territorio que ella conocía. Avanzaban por una zona de arces donde los mocasines se hundían en las hojas musgosas, que crujían bajo los pies.

Aunque a Elizabeth le fascinaba el bosque en primavera, se reservaba los comentarios, pues era peligroso hablar. Allí las voces se oían desde lejos, y era posible que Liam Kirby o Ambrose Dye estuvieran tras ellos. La noticia de que Dye y Selah estaban vinculados había sido una desagradable sorpresa, pero no había nada que hacer, salvo continuar. En el último momento Nathaniel se había colgado del cuello otro cuerno de pólvora y había aceptado la bolsa de balas que Ojo de Halcón insistía en que se llevara.

Había cogido todas las armas que poseía: la escopeta cruzada detrás, un cuchillo al costado, el tomahawk en el cinturón, apretado contra la espalda. A eso había que añadir un conocimiento de los bosques que ni Liam Kirby, ni Ambrose Dye, ni ningún cazanegros podía igualar. El viaje sería largo y peligroso, pero Selah Voyager estaba mucho más segura marchando tras Nathaniel Bonner que en Paradise.

Y si era verdad lo que Liam Kirby le había dicho a Hannah, Selah Voyager sabría defenderse y defender a su hijo en caso de necesidad. Claro que Elizabeth sabía que no debía preguntar. El hombre que mata en defensa propia o de su familia es capaz de contarlo, pero las mujeres son diferentes. La mujer que mata por necesidad o por

cólera no comparte su historia fácilmente con los demás. Elizabeth lo sabía por experiencia.

* *

A mediodía se detuvieron para comer y porque así lo requería el estado de Selah, aunque ella no lo había pedido ni daba muestras de cansancio; caminaba a buen paso, rara vez hablaba y no se quejaba nunca. Elizabeth pensó que eso se debía a su deseo de llegar a la relativa seguridad de Roca Bermeja, preferiblemente antes de que llegara su hijo al mundo.

Ahora, sentada en cuclillas, terminaba su porción de venado seco, con un trozo de pan de maíz apoyado en su gran panza. Comía con celeridad y pulcritud, concentrada sólo en esa tarea.

De pronto se le contrajo el vientre y el pan saltó como si estuviera vivo, como si el niño supiera exactamente dónde estaba y lo hubiera rechazado. Fue una escena cómica que arrancó risas a todos.

Elizabeth recordó entonces lo que se sentía hacia el final del embarazo, cuando el niño gobierna todos tus movimientos, todos los instantes de la vela y el reposo, todas tus ideas. De pronto la invadió una repentina sensación de pérdida que la dejó aturdida. Un pánico primitivo se apoderó de ella; tuvo la certeza de que si en ese momento giraba sobre sus talones y corría a casa, sus hijos habrían desaparecido: los habría perdido para siempre mientras ella estaba en otro sitio atendiendo las necesidades de otra mujer.

Nathaniel le puso una mano en la rodilla. Había leído en su cara y comprendía. No era la primera vez que la asaltaba ese pavor por sus hijos; tampoco sería la última. No era necesario que se lo explicara a su marido, y él jamás la avergonzaría expresando en voz alta lo que ella sabía: que Robbie había desaparecido, sí, pero que Lily y Daniel ya tenían ocho años, eran fuertes y sanos y estaban bajo el cuidado de personas de absoluta confianza.

No le diría esas cosas, pues comprendía que el miedo provenía de algún sitio muy hondo, donde la razón y la lógica no tenían poder alguno. Les habían arrebatado los gemelos cuando eran bebés, y, aunque fue durante breve tiempo, bastó para que Elizabeth descubriera cómo se graba el miedo en los huesos. Y la muerte de Robbie llegó después a reforzar la lección.

Selah Voyager carraspeó.

—Muchas gracias por la comida —dijo, en voz grave y algo ronca.

Elizabeth parpadeó con fuerza para dejar de pensar en sus hijos.

—No tiene por qué darlas, señorita Voyager.

La joven sonrió de una manera que transformó sus facciones, agradables pero nada notables, prestándole a su rostro un momento ese fulgor que quizá podría llamarse belleza.

—Por favor, ¿le importaría llamarme Selah? —le rogó, y luego, aún con más suavidad—: No es mi nombre de esclava. Selah es el nombre que me puso mi madre el día en que cumplí mi primer año.

Había muchas cosas que Elizabeth ignoraba de aquella joven y que habría querido saber, pero no se le pasaba por la mente preguntarle su nombre. Sabía, sin necesidad de que se lo dijeran, que todos los fugitivos que enviaba Almanzo Freeman portaban el apellido Voyager, de momento. Los dueños de esclavos creían que éstos no necesitaban apellido ni tenían derecho a él; por ese motivo, una de las primeras cosas que hacían los nuevos libertos era ponerse un nombre.

Aquella joven había llevado una vida que Elizabeth apenas podía imaginar y que no estaba muy segura de querer conocer. Si le preguntaba, Selah le respondería, quizá por gratitud, pero más probablemente porque aún no sabía que era posible no contestar las preguntas de una blanca. Y ella no se aprovecharía de semejante ventaja, por grande que fuera su curiosidad; prefería aguardar y aceptar la información que la muchacha quisiera brindarle.

Y acababa de ofrecerle el primer dato. Le había dado la imagen de una madre esclava que se había atrevido a escoger un nombre para su hija. Lo más probable era que su propietario no se hubiera enterado de ese pequeño acto rebelde; de haber sido así, se habría reído de aquel gesto tan inútil, o quizá la habría castigado. Su madre le había dado el nombre de Selah, pero su amo le habría puesto otro: Phyllis, Cookie o Beulah.

Pero todo eso quedaba atrás. Ahora iba a un lugar donde podría usar el nombre que le había dado su madre y bautizar a su hijo en la fe que quisiera. Los temores de Elizabeth parecieron de pronto huecos y caprichosos. Enrojeció de gratitud por su buena suerte.

—Está pensando en sus hijos —le dijo Selah, con suavidad—. Sin duda está preocupada por ellos.

—Oh, sí —reconoció Elizabeth, con una leve sonrisa—. Me preocupan. Me temo que es la ley fundamental de la maternidad.

La muchacha apoyó una mano en el vientre y asintió con la cabeza.

* *

En la primera noche Nathaniel buscó un lugar protegido bajo un saliente rocoso tan alto como él, rodeado de ramas de bálsamo. El lugar estaba seco y perfumado, y

una alfombra de pinaza cubría el suelo. Los árboles no los aislarían de la lluvia y la nieve, pero habían llevado pieles para cubrirse, y por el momento el cielo parecía despejado.

Nathaniel se alejó en busca de carne fresca, mientras las mujeres encendían fuego e instalaban el pequeño campamento. En cuanto hubieran comido algo, se acostarían para ponerse en marcha antes del amanecer. Elizabeth estaba tan cansada que habría dormido incluso con el estómago vacío; no recordaba haber caminado tanto en su vida.

Se sentó junto a Selah, que alimentaba la fogata con trozos de leña seca.

—¿Te han explicado Curiosity y Joshua nuestros planes? La muchacha asintió.

—Tres días hasta el lago que llamáis Little Lost; allí esperaremos en unas cuevas hasta que esa mujer mohawk vaya por mí. Luna Partida. ¿He comprendido bien?

Elizabeth cogió una hogaza de pan de maíz y la partió en tres trozos iguales.

—Sí. Tal vez debemos esperar tres o cuatro días hasta que llegue Luna Partida. No sabemos exactamente cuándo acudirá.

Quien les había dado esa información era Joshua, que se encargaba de llevar a los fugitivos hasta el lugar de reunión. A veces su hermano Elijah acompañaba a Luna Partida, y entonces ambos pasaban un día juntos, conversando. Joshua nunca les había preguntado la localización exacta de Roca Bermeja ni a qué distancia se encontraba; si no lo sabía, mal podía revelarlo.

Ojo de Halcón y su hijo habían escuchado su relato sin comentarios. Más tarde, en la intimidad del lecho, Nathaniel compartió sus sospechas con Elizabeth: que Roca Bermeja no estaba en ninguna parte. Cualquier colonia de fugitivos estaría más a salvo de la policía y los cazanegros si cambiaba constantemente de lugar. Un asentamiento permanente era peligroso; cualquier cazador podía descubrirlo por casualidad, y tarde o temprano, se sabría en la ciudad.

Elizabeth le explicó todo eso a Selah, que escuchó sin interrumpir, con los brazos ceñidos al vientre. Su expresión no revelaba ni curiosidad ni miedo.

—En la ciudad hay un cazanegros que se llama Cobb —dijo la muchacha—. Lo vi varias veces, rodeado de hombres que lo felicitaban porque había dado caza a un fugitivo al que buscaban desde hacía un año. —Miró a Elizabeth a los ojos—. Dicen que descubrió una colonia de negros que vivían en libertad en los bosques, hacia el sur. Llegó con la cabeza del jefe en una pica atravesada de oreja a oreja y la colgó delante del juzgado para mostrar a los otros esclavos que no les convenía huir. Parece una persona normal, pero un hombre capaz de hacer algo así tiene el demonio dentro.

—He oído historias semejantes —reconoció Elizabeth.

Selah se encogió de hombros.

—Hay cosas peores, cosas que te ponen el pelo del color de la sal. Pero lo que quería decir es que ese Cobb, pese a ser tan malvado, no se diferencia mucho de

cualquier otro cazador de recompensas. No entienden nada. Morir resulta fácil cuando vivir significa volver encadenado al sitio de donde huiste.

—No volverás, ni con cadenas ni sin ellas. Cobb no tiene ninguna potestad en los Bosques Interminables.

—No mente al diablo —dijo Selah, levantando una mano—, que podría aparecer.

—Supersticiones —adujo Elizabeth con firmeza, aunque sintió en la columna un escalofrío escurridizo como la grasa.

La muchacha inclinó la cabeza un poco hacia delante. Cuando la levantó, su expresión se había aclarado.

—Hábleme de la época fría.

—Los inviernos son crudos —dijo ella, dispuesta también a cambiar de tema—. Pero supongo que en otoño ya estarás en Canadá, con Manny.

Selah se pasó las manos por la redondez del vientre.

—En Canadá o en mi tumba.

Elizabeth no dijo nada. En verdad, hasta la persona más fuerte y saludable podía morir sin previo aviso: su propia madre había despertado un día con fiebres y al anochecer ya estaba muerta. Su primo Will Spencer había perdido un hermano por una picadura de abeja que le inflamó la garganta hasta ahogarlo. Y una mujer que estaba a punto de dar a luz sabía mejor que nadie que tal vez no sobreviviera a esa dura prueba. Si la pasaba, y el niño con ella, tendría que proteger a su criatura de incontables amenazas: malaria, difteria, hidropesía, viruela, pulmonía, fiebre amarilla. Anginas. Cazadores de recompensas.

Selah Voyager la observaba. Elizabeth tuvo la repentina e inquietante sensación de que le leía los pensamientos.

—Usted sabe que maté a un hombre —dijo la joven.

—Sí. Eso he oído —confirmó ella, tratando de disimular su sorpresa—. Yo también.

Selah acogió esa información con una inclinación de cabeza y luego respiró hondo.

—Fue en el muelle de Newburgh, a dos días de la ciudad. Yo buscaba una corbeta llamada Jefferson. Manny me había dicho: «Tú camina normalmente, como cualquier criado que va a entregar un mensaje. Si alguien te detiene, di que buscas al capitán Small». Y eso era lo que estaba haciendo cuando me encontré en una esquina con el viejo Vaark.

Hizo una pausa y clavó los ojos en algún punto lejano. Elizabeth se había equivocado: Selah necesitaba contar su caso, aunque ella no estuviera dispuesta a escucharla.

—¿El señor Vaark era tu amo?

La muchacha asintió.

—Me compró en la granja donde me crié el verano en que cumplí los doce años. Mi madre aún debe de estar allí, supongo. —Su mirada pasó de la cara de Elizabeth al fuego—. No era mal amo, el viejo Vaark. Le gustaba hablar de la Biblia, pero no levantaba el puño cuando lo hacía, como tantos religiosos. Éramos tres esclavos en la casa, más Josiah, que trabajaba en el establo. Nos daba bien de comer y ropa buena. Cada seis meses, teníamos un domingo libre, siempre que regresáramos antes del anochecer. A los quince años, el amo me hizo un hijo, pero nació muerto, como esa pequeña que enterrasteis el día en que llegué a la montaña.

—Nació prematuramente.

—A veces sucede. Pero al año siguiente nació mi niña, grande y fuerte. Era muy bonita. La llamé Violet.

A Elizabeth se le formó un nudo en la garganta, de esos que no te permiten tragar. Pero debía formular una pregunta. Y se obligó a hablar, esforzándose por mantener la voz serena.

—¿Qué fue de tu pequeña?

Selah cerró los ojos y volvió a abrirlos.

—El ama exigió al viejo Vaark que me quitara a Violet en cuanto la hubiera destetado. Dijo que lloraba demasiado y que no me permitía trabajar. Pregunté si nos venderían juntas, pero el amo se limitó a poner cara de pena y dijo: «¿No eres feliz aquí? ¿No te tratamos bien?» Como si fuera un insulto que yo quisiera estar con mi bebé. Y ella desapareció. Nunca me dijeron dónde estaba, por más que lo pregunté. Eso me arrojó tan abajo como pueda llegar una mujer. Entonces al amo, para distraerme, se le ocurrió enviarme a la Escuela Libre Africana, dos noches por semana. Decía que aprender a leer me ayudaría a levantar el ánimo. Al ama no le gustaba la idea de que yo me codeara con negros libres por temor a que me inculcaran a saber qué ideas. Pero como tampoco le gustaba que me pasara el día llorando, me dejó ir, siempre que no dejara de cumplir con mi trabajo. Y efectivamente dejé de llorar, pero no por lo que ellos creían, sino porque con tantos negros como entran y salen de esa Escuela Libre, esperaba encontrar a alguien que supiera de Violet, quién la había comprado y dónde estaba.

Por su cara pasó un destello de ira, que desapareció con la misma celeridad.

—¿Y lo descubriste?

—Por supuesto que lo descubrí, aunque no como pensaba. Había tenido la respuesta delante de mis narices todo el tiempo, pero no la supe hasta que aprendí a leer. Al viejo Vaark no se le pasó por la cabeza que una esclava capaz de leer la Biblia pudiera leer cualquier otra cosa que le cayera en las manos. Un día, mientras barría la habitación donde guardaba todos sus papeles, encontré una hoja en la que estaba escrito el nombre de mi hija.

Y cerró los ojos para recitar de memoria:

—«Al Honorable señor Richard Furman, superintendente y comisionado del asilo de la ciudad de Nueva York. Caballeros: por la presente os informo de que mi negra Ruth, el día cinco de julio de mil setecientos noventa y nueve, parió a una criatura de sexo femenino llamada Connie. Pues bien, os hago saber que renuncio a todo derecho, título de propiedad y responsabilidad por el cuidado de dicha niña, de acuerdo con la Ley de Manumisión Gradual promulgada por la Legislatura, y en este acto pongo a la criatura bajo la tutela de esta ciudad. Escribo y entrego este Certificado de Abandono, de mi puño y letra, el día seis de junio de mil ochocientos uno. Albert Vaark, comerciante, calle Pearl».

Sin embargo, como aún no sabía leer muy bien, o tal vez porque no quería creer lo que había leído, robé el papel, y aquella misma noche, en la escuela, pedí a la primera persona que vi que me lo leyera, sólo para asegurarme. Así conocí a Manny. Él me la leyó dos veces, y las dos veces sentí un fuego dentro de mí, que ardió y ardió, hasta que de mi corazón sólo quedaron cenizas.

—Pero ¿por qué hizo eso? —preguntó Elizabeth, que no encontraba sentido a lo que acababa de oír.

La boca de Selah se contrajo como si lo que debía decir fuera muy agrio.

—Según la Ley de Manumisión Gradual, Violet podría marcharse libremente a los veinticinco años, y a Vaark no le gustaba la idea de criar y alimentar a una niña durante todo ese tiempo para luego dejarla ir sin ganancia alguna. Pero la ley dice que no está obligado a conservarla, si no quiere.

—Entonces, cuando te dijeron que la habían vendido...

—Era mentira. Pero yo lo sabía. Me lo dijeron los huesos, cuando dejé de llorar y me paré a pensarlo. Ya no me quedaban lágrimas, sólo tanto odio que habría podido quemar el mundo entero. Todo ese fuego, dentro de mí, daba buena luz para ver. ¿Quién querría comprar a un bebé negro que no puede trabajar? La enviaron al asilo. —Selah se meció hacia delante y hacia atrás, lentamente—. Una mañana que la señora me mandó a por leche y crema, fui hasta la calle Chambers, donde está el asilo, entré sin más y pedí que me dejaran ver a mi hija. Pero me echaron. La mujer dijo que una esclava no tenía nada que hacer allí, que si sabía mi amo que había ido, que en aquellos tres pisos había novecientas personas y que si pensaba verlas a todas. Yo estaba desesperada, pero Manny me ayudó a superarlo. Fue a verme y me habló de los niños perdidos. Lo dijo así: «niños perdidos», como otros dicen «iglesia de la Trinidad» o «calle Mayor». Nos sentamos fuera y él me explicó que, desde que había sido promulgada la Ley de Manumisión, había muchos casos de niños abandonados. A algunos los llevaban al asilo, pero otros eran echados a la calle para que se las arreglaran. Niños negros viviendo en la calle como perros sin dueño. Pero mi Violet estaba en el asilo. Cuando Manny me lo explicó, ya no me pareció tan horrible. Él me dio esperanzas.

Elizabeth comentó:

—Me preguntaba cómo os habíais conocido.

—Fue mi Violet la que nos unió. Al día siguiente él comenzó a buscarla, aunque yo no se lo había pedido. Yo no podía vagabundear por toda la ciudad, ¿comprende? Pero Manny nació libre. Y un negro libre puede ir a donde quiera, mientras no se meta en problemas ni llame la atención. Manny podía entrar de vez en cuando en el asilo, recorrerlo durante un rato y realizar algunas preguntas. Yo no podía hacer otra cosa que esperar. Ni siquiera podía contar lo que había hecho el amo. Manny pasó todo ese verano buscando a Violet. Los días que yo no tenía clase, él me esperaba en el mercado o iba a la calle Pearl, y siempre tenía algo que decirme: «Ayer hablé con el doctor Post, cuando salía del dispensario. Todavía no hay noticias». Siempre lo decía así: «todavía». Pero al mismo tiempo a Manny se le había metido en la cabeza ponerme en el camino al norte, aunque a mí no me gustaba la idea de huir sin saber si mi Violet estaba viva o muerta, y tampoco me apetecía irme sin Manny. Por entonces ya éramos como marido y mujer, ¿comprende? Pero entonces quedé embarazada y ya no hubo alternativa.

Se miró el vientre como si el bebé pudiera contestarle.

—Lo cierto es que no sé de quién es este niño. Yo quiero pensar que es de Manny, pero el amo nunca me dejó en paz. Era de esos hombres que no pueden descansar hasta que se han rascado la comezón. Poco importaba que yo tuviera tripa por los embarazos, estuviese con la regla, o que el ama nos encerrara muy temprano a los esclavos en el sótano. No había en el mundo candado que pudiera detener al viejo Vaark cuando lo acuciaba la gana.

Elizabeth tuvo que tragar saliva para dominar la náusea que le subía a la garganta, pero Selah no pareció percatarse de ello. El impulso de la narración la llevaba hacia delante. Su compañera tuvo la inquietante sensación de que aún faltaba lo peor.

—Manny dice que no le importa, que de cualquier modo reconocerá a este niño como hijo suyo. Y me puso en camino. Pero el viejo Vaark fue tras de mí.

La muchacha mostró una expresión que no era de arrepentimiento, ni siquiera de pena, sino una suerte de resignación.

—Apenas rayaba el día cuando giré aquella esquina y lo vi. Y lo primero que pensé fue que antes que volver a la ciudad me tiraría al río. Iba a hacerlo, cuando Vaark se interpuso entre el agua y yo y me sujetó por el brazo. Debo decir que no estaba furioso. Nunca lo vi furioso. Sólo puso esa cara triste que ponía a veces y me dijo lo desilusionado que estaba conmigo por huir de él. ¿Acaso no me trataba bien? ¿No me enviaba a la escuela para que aprendiera a leer? ¿No me daba bien de comer?

Selah torció violentamente la comisura de la boca antes de continuar.

—Fue entonces cuando le clavé el cuchillo en el cuello. Era la única manera de impedir que siguiera hablando. Ya sé que suena raro, pero eso fue lo que se me pasó

por la cabeza. Él se tambaleó hacia atrás y cayó al río. No hizo casi ruido, pero el río no se lo tragaba, y yo me quedé allí viéndolo chocar contra el muelle, como si llamara a una puerta. Pero luego reaccioné. Tenía dos posibilidades: saltar también al río y acabar con todo o tratar de salvarme y salvar al niño. Entonces me escondí en el primer barco que encontré y esperé a que llegaran: la gente que iba a hacerse a la mar o la muchedumbre que me colgaría del árbol más cercano. Pero el Señor quiso quitarme el yugo. Poco después llegó el capitán con tres marineros, todos tan borrachos que apenas podían caminar. Él me miró a los ojos y me dijo: «El pasaje a Albany vale diez dólares; ¿tienes diez dólares, muchacha?» Yo tenía el dinero que me había dado Manny, cosido dentro de la falda. En cuanto le di los diez dólares, mandó a uno de los marineros a por un barril de cerveza. Y ya dejaron de prestarme atención. Me senté allí, en silencio, mirando el río y pensando en la cara del viejo Vaark mientras le clavaba el cuchillo. A veces, cuando la noche es muy serena, casi puedo oír al ama diciendo que voy a arder en el infierno eterno por lo que he hecho. Lo que no he dicho aún es que ella no ha alumbrado a ningún hijo. El amo tuvo hijos con todas las esclavas que pasaron por la casa, pero ni uno solo con su esposa. A veces, cuando pienso en ello, se me ocurre que el ama, en el fondo, debe de alegrarse de que yo haya usado ese cuchillo.

Elizabeth asintió.

—Tal vez tengas razón.

Selah se acarició el vientre con las manos, pensativa.

—Y lo haría de nuevo, ésa es la pura verdad. El fuego del infierno no puede causarme tanto tormento como el que sufrí aquella mañana que se llevó a mi Violet. —Sacudió la cabeza—. Bueno, ya la he molestado bastante con mis problemas, señora Elizabeth. Pero no me parecía bien que usted se tomara tantas molestias por mí sin saber nada. Si no le importa, le pediría que le explicara todo esto a su esposo. No sé si yo podría repetirlo.

—Por supuesto —dijo Elizabeth—, si es lo que deseas.

—Sí. Y ahora voy a beber un poco de agua a ese arroyuelo que acabamos de cruzar.

Selah se puso de pie, moviéndose con gracia a pesar de su volumen, y se alejó sin decir más.



Capítulo 13

—Es tal como lo recordaba. —Elizabeth se dejó caer sobre la roca donde se habían detenido, a la orilla del Little Lost—. No ha cambiado nada.

—Aquí nada cambia mucho —confirmó Nathaniel, mientras se sentaba en cuclillas a su lado. Luego se volvió hacia Selah y dijo—: ¿Por qué no dejas esa mochila y te sientas un rato? No tenemos ninguna prisa; desde aquí sólo queda un cuarto de hora de camino hasta la casa de Robbie.

—¡Estupendo! —dijo la muchacha—. Sería una pena alejarse de aquí sin haber tenido tiempo de contemplar este paisaje. Cada vez que miro a mi alrededor me digo que ya no veré nada más bonito, pero al poco tiempo aparece ante mi vista algo aún más hermoso. Me cuesta creer que todo esto sea verdad.

—Oh, por supuesto que es verdad —aseguró él—. Elizabeth aprendió a nadar en este mismo lago, aunque era más avanzada la primavera, cuando el agua ya no está tan fría. Ahora uno no puede meterse ahí sin que se le congelen los...

—¡Nathaniel! —lo interrumpió Elizabeth. Selah se tapó la boca con la mano y apartó cortésmente la mirada.

—¿Qué pasa, Botas? —preguntó él, con una gran sonrisa.

—¿No deberías adelantarte para ver si las cuevas están...?

—¿Si todavía están allí? No creo que puedan levantarse para mudar de lugar.

—Desocupadas —concluyó su esposa, clavándole un dedo en el brazo—. No me gustaría compartir la cama con un oso o un turón. Y me agradaría acostarme lo antes posible.

Era el cuarto día que pasaban en la espesura y su energía comenzaba a flaquear. Aunque no quisiera admitirlo, sería un alivio permanecer en el mismo lugar hasta que Luna Partida se reuniera con ellos. Mientras contemplaba el lago se le ocurrió que su cansancio no se reducía a los dolores musculares: le apetecía pasar un tiempo allí con Nathaniel, sin los niños, sin las rutinas cotidianas. Y pese a lo grave de la situación, tenía buenos motivos para pensar que lo peor había quedado atrás: no habían hallado ninguna evidencia de que Liam Kirby o Ambrose Dye los siguieran, la comida era abundante y Selah parecía encontrarse a gusto con ellos.

Nathaniel dejó el mosquete cargado junto a ella y arruinó sus buenos pensamientos.

—¿Es necesario?

La expresión de su esposo le dijo que sí.

—Volveré dentro de media hora. No te muevas de aquí.

—Supongo que vas a recordarme todos los pasos en falso que he dado en la espesura —contraatacó ella.

Pero él ya se alejaba por el camino que serpenteaba montaña arriba y no oyó su protesta.

Selah, que se había sentado en una piedra soleada, se quitó los mocasines y metió los pies en el agua. Elizabeth la imitó, con una exclamación de frío.

—Pensaba bañarme —confesó—, pero veo que Nathaniel tiene razón. Es irritante que siempre tenga razón.

La muchacha sonrió, mientras paseaba la mirada por el lago, una extensión de agua de forma irregular y de no más de ochocientos metros de longitud. La orilla, poco profunda, estaba habitada por peces extraños; el bosque era allí tan oscuro e impenetrable como una mazmorra.

—¿Habrá un lago en el lugar al que voy?

—Los Bosques Interminables están llenos de lagos —respondió Elizabeth—. Y también de pantanos y esteros, que no son tan agradables. Y de ciénagas, que son aún peores. Eso lo sé por experiencia. Te aseguro que nunca tendrás que caminar mucho para hallar agua.

Durante un largo instante las acalló el canto persistente y cadencioso de un víreo, al que respondía el fuerte staccato de un hornero.

—Hábleme del hombre que vivía aquí —le pidió Selah—. Debía de sentirse muy solo.

Elizabeth reflexionó.

—Se llamaba Robbie MacLachlan. Vino de Escocia cuando era joven, después de una guerra tremenda. Cuando Nathaniel y yo nos casamos, pasamos algún tiempo aquí; él me enseñó muchas cosas para sobrevivir en los bosques. Le gustaba la soledad, pero creo que a menudo se sentía solo.

Por la sobria expresión de la joven, era evidente que Elizabeth no le había dicho lo que ella deseaba.

—Era muy buen amigo, el mejor. Nuestro segundo hijo llevaba su nombre.

Se le quebró la voz; durante un momento no pudo hacer más que contemplar la forma de los pies en el agua: blancos como la leche, contra un fondo arenoso donde unos cuantos guijarros formaban un signo de interrogación. El sol desapareció de pronto detrás de una nube, dejando sentir la fresca brisa, y volvió a surgir de manera igualmente inesperada. Elizabeth exhaló un suspiro.

—A Robbie le gustaba leer —dijo—, pero no tenía muy buena vista. Por eso bajábamos al lago al atardecer y yo le leía en voz alta, en esta misma piedra, mientras él tallaba una madera o trenzaba una cuerda. Él siempre estaba haciendo algo con las manos. Cuando yo terminaba la lectura, él se ponía a cantar. Tenía una voz muy bella; cuando cantaba, los pájaros callaban en los árboles para escuchar. Murió muy lejos, al otro lado del mar, allí donde había comenzado su vida.

Selah alargó una mano tímida para tocar la de Elizabeth.

—No creo que se haya ido del todo —dijo—. No lo conocí, pero lo siento por todas partes. ¿Usted no?

—Sí —susurró Elizabeth—. Creo que tienes razón.

* *

Como había tardado mucho más de lo previsto, Nathaniel temía que Elizabeth hubiera salido a buscarlo, a pesar de su advertencia; pero encontró a las dos mujeres sentadas en el mismo sitio, trabadas en una intensa conversación, mientras el crepúsculo caía sobre el lago.

En cuanto vio a Elizabeth, se imaginó que había estado pensando en Robbie. Ella lo recibió con una sonrisa ceñuda, como para hacerle saber que no quería escuchar preguntas ni dar respuestas. Eso llegaría después, cuando estuviera lista.

—He encontrado huellas y las he seguido durante un trecho —explicó él.

—¿Son de Luna Partida? —preguntó ella.

—Creo que sí. Será mejor que continuemos nuestro camino antes de que oscurezca.

Postergaron cualquier conversación para concentrarse en la marcha, esta vez Nathaniel se quedó detrás. Aunque había estudiado las huellas hasta quedar satisfecho, se mantenía en guardia, con todos los sentidos alerta.

Justo cuando se extinguía el último rayo de luz llegaron al campamento de Robbie, que estaba en un pequeño claro rodeado de arces y abedules. Robbie se había encargado de mantener a raya la maleza, pero ahora sólo se veía la habitual maraña de matas, enredaderas y ramas caídas. Allí estaban las enormes piedras que hacían las veces de fogón, demasiado grandes para acarrearlas, pero el asador y la parrilla habían desaparecido. Los troncos desnudos que formaban el cobertizo brillaban en el ocaso como la plata vieja. Llevaba más de cuarenta años allí, apoyado contra la ladera de la montaña, pero ahora sólo contenía telarañas y el cuerpo seco de un zorro que se las había arreglado para entrar, pero no para volver a salir.

El cobertizo no tenía otra función que ocultar la entrada natural a las cuevas. En otros tiempos esa abertura había tenido una puerta de madera, pero algún cazador debía de haberla sacrificado para encender fuego.

Debía de haber sido Luna Partida quien había dibujado en rojo el emblema del clan del Lobo sobre la entrada para reclamar como propio el lugar y protegerlo. Quienes conocían los bosques sabían que ese lugar tenía propietarios y que éstos regresarían.

Lo primero que hizo Nathaniel fue buscar las provisiones de las que Joshua le había hablado, estaban escondidas en una de las últimas cavernas, bajo pieles

aceitadas. Allí había cuanto necesitaban: dos lámparas llenas, un barril de aceite, un puñado de velas de sebo, una caja de yesca y pedernal, un tonel vacío para el agua, una cacerola, una sartén, un montón de pieles viejas de oso que servirían de mantas y colchones, un cubo y una pala, pólvora y municiones, hilo y una red para pescar, un kilo de harina de sorgo y una buena provisión de trigo almacenada en un barril grande y bien tapado para protegerlo de los ratones y los mapaches.

Nathaniel llevó al cobertizo las pieles de oso y las lámparas, después de encenderlas, entregó una a Selah, que permanecía quieta, tal vez por miedo o por simple cautela. Él le sonrió y la muchacha se esforzó por corresponderle.

Las mujeres recogieron las pieles y marcharon tras él por la cadena de cuevas, cada una algo más grande que la anterior, hasta que Nathaniel pudo erguirse sin dar con la cabeza en el techo. En vida de Robbie, que utilizaba ese lugar como vivienda, cada cámara estaba dedicada a una finalidad diferente, pero ahora no había nada allí. Sin duda la gente de Roca Bermeja había dado buen uso a sus herramientas y sus trampas. Robbie se habría alegrado de saberlo.

Elizabeth, a su espalda, lanzó una exclamación de sorpresa:

—¡Oh, mira! —Era el único bien de Robbie que nadie había querido llevarse: una pequeña pintura al óleo con el marco resquebrajado; representaba a un caballo, casi irreconocible por la acción del moho—. Siempre sentí curiosidad por saber cómo llegó esto a sus manos.

—Yo puedo decírtelo —aseguró Nathaniel, deslizándole una mano por el brazo—. Más tarde te lo contaré.

Selah movió la cara a la luz de la lámpara bamboleante.

—¿Qué es ese mal olor?

—Minerales —explicó Elizabeth—. De las fuentes termales. Ven, que te las mostraremos.

Atravesaron otras dos cámaras naturales. La primera estaba completamente a oscuras, pero en la segunda había algo de luz. Elizabeth señaló una abertura en el techo inclinado, ancha como la palma de una mano y de un metro de longitud. En ese momento no veía nada, pero había pasado muchas noches contemplando las estrellas desde el jergón que Robbie tenía reservado para ella.

—Por la mañana entra luz —dijo—. Y si por algún motivo no queremos usar el fogón de fuera, podemos cocinar aquí. Nathaniel ya nos ha traído un pavo. Muy emprendedor de tu parte, esposo mío.

Selah, cuyo estado de nervios había ido en aumento, dejó su mochila con un gran suspiro de alivio.

—¿Puedo dormir aquí?

Nathaniel le sonrió abiertamente.

—No te gustará si comienza a llover.

—La lluvia no me molesta. Lo que no soporto es estar encerrada.

Tardaron sólo unos minutos en mostrarle las últimas cavernas; dos de ellas eran demasiado pequeñas para servir de algo y en la más grande el aire estaba muy viciado y dejaba un sabor agrio en el paladar; hacía mucho calor. Frente a ellos se extendía un estanque, oscuro y espeso como el petróleo.

—Es muy profundo; se puede nadar —dijo Elizabeth.

Por la cara de Selah pasó una expresión de asco.

—Antes me metería en el agua helada del lago —repuso, estremecida.

—Pues bien, yo te dejo el lago para ti y tú me dejas las aguas termales.

En la frente de Elizabeth se rizaba el pelo, ya húmedo. Nathaniel sintió el súbito impulso de alargar la mano para tocarlo. Ella lo miró como si supiera exactamente lo que estaba pensando, entre nerviosa y complacida; eso prometía para la noche venidera.

—Ocupémonos de ese pavo —dijo él— y acostémonos. —Sonrió a su mujer de oreja a oreja—. No conviene malgastar el aceite de las lámparas.

* *

Después de cenar, Nathaniel puso su jergón en una de las cuevas más pequeñas, cerca del cobertizo, y se dedicó a limpiar y recargar la escopeta. Se había quitado la camisa de cazador y las perneras, feliz de trabajar en taparrabos, pese al frío de las cuevas.

Allí lo encontró Elizabeth, tras dejar a Selah instalada.

—¿Todo bien?

Ella asintió, atenta al juego de la luz en la piel desnuda de su pecho, en los músculos de los hombros y en los muslos. En los primeros días de casada la impresionaba verlo así, casi desnudo, aunque poco a poco tuvo que aceptar que no lo persuadiría de que fuera vestido: simplemente, él se sentía más a gusto con su taparrabos. Tardó casi un año en admitir ante sí misma que le gustaba verlo así. Era algo que nunca había dicho en voz alta. Aunque la mayor parte de su educación había quedado atrás, en Inglaterra, no encontraba las palabras para expresar aquella sencilla verdad: que la visión de su esposo medio desnudo le producía un gran gozo. Por fin carraspeó.

—Supongo que ese nido de erizo del rincón está abandonado.

Su marido enarcó una ceja.

—Sí. Me basta con tus púas, Botas.

Elizabeth bufó por lo bajo.

—Pues entonces deberíamos quitarlo, Nathaniel. Aquí apenas queda espacio para

mí.

Él continuó vertiendo pólvora en la cazoleta, casi sin mirar.

—Si no recuerdo mal, nos hemos arreglado en espacios más reducidos. Pero esta noche no hace falta que te preocupes por eso.

—¿No? ¿Por qué?

—Porque no vas a dormir aquí.

—Hombre... —protestó ella, con aire gazmoño—. De vez en cuando necesito dormir. Y tú también.

Él echó la cabeza atrás y soltó una carcajada.

—¡Mi esposa está dominada por la lascivia!

Ella se sentó abruptamente.

—Si soy lasciva es por culpa tuya, Nathaniel Bonner. Y si te he interpretado mal, tengo mis buenos motivos. Con tantas noches como me has impedido dormir...

Él se le acercó más y le tironeó de la trenza.

—Es cierto, no puedo negarlo. Pero me refería a que esta noche dormirás allí dentro, con Selah.

—¿Y por qué, dime?

—Por si aparece ese oso que tanto te preocupa con intenciones de compartir tu cama. Así primero tendrá que pasar sobre mí.

Ella lo miró en silencio. Supo, sin necesidad de oírlo, que él estaba pensando en Liam Kirby. Tal vez las huellas que había encontrado antes no eran de Luna Partida; tal vez estaba más inquieto de lo que admitía. Antes de que ella pudiera preguntar, Nathaniel alargó una mano y le pasó el pulgar por el labio inferior.

—Pero entiéndeme bien, Botas: antes te retendré un rato aquí, hasta que estés completamente cansada.

Ella se ruborizó, tal como él pretendía; le habría sido tan difícil resistirse a su contacto como dejar de respirar. Pero como no había prisa, sacó de la mochila el cepillo (único lujo que no había dejado en Lago de las Nubes) y se lo tendió.

—Supongo que estás dispuesto a cepillarme el pelo antes de... desterrarme.

Los dedos de Nathaniel estrecharon los de ella cuando cogió el cepillo.

—Oh, eso es lo menos que puedo hacer por ti. Ven aquí, Botas.

Ése era el mejor momento, el que ella esperaba con ansia todos los días. Por las noches, cuando los niños se acostaban y el trabajo estaba hecho, ella se sentaba en la cama, entre las piernas de él, para que le cepillara y trenzara el cabello. A veces conversaban, pero normalmente guardaban silencio.

Elizabeth se concentró en el contacto del cepillo, que le activaba todos los nervios del cuero cabelludo. Uno a uno, los músculos se fueron relajando. De vez en cuando Nathaniel se detenía para desenredar un nudo con los dedos; a cada suave tirón, le corría por la columna un escalofrío que iba a acumularse, cálido, en el bajo vientre.

Cuando le apartó la masa de pelo a un lado para mordisquearle la piel expuesta del hombro, ella arqueó la espalda contra su pecho.

Por ardua que hubiera sido la jornada, por sombrío que fuera su estado de ánimo, esos quince minutos en que Nathaniel la atendía bastaban para devolverle el optimismo. Cuando él terminaba y dejaba el cepillo para masajearle la cabeza y los hombros, ella se quedaba inerte, dócil y tan blanda que habría podido desparramarse.

A veces se preguntaba si otras mujeres se sentaban así frente a sus maridos, si era algo que todo el mundo hacía y no mencionaba, como otros actos conyugales.

—Creo que el señor Gathercole tildaría esto de pecaminoso —dijo ella en voz alta, y sintió los dientes de Nathaniel en el hombro, que la mordieron con fuerza suficiente para hacerla chillar—. ¿A qué ha venido eso, si puedo preguntar?

—No me gusta que menciones a otros hombres en estos momentos, Botas. —Elizabeth sintió su cálido aliento junto a la oreja; su voz, grave y ronca; el tacto de su lengua... Dejó escapar un gemido. Él sonrió contra su cuello—. Además, un predicador no tiene nada que hacer en esta cueva, con nosotros. Y supongo que el espectáculo le provocaría un ataque.

—¿Eso crees? —Elizabeth se apartó y se puso en pie—. Tiene esposa y una hija. No puede ignorar del todo... estas cosas.

—¿De qué cosas me hablas? —Nathaniel alargó la mano para coger la de su mujer, pero ella lo esquivó.

—Oh, no. No me dejaré atrapar en esa conversación. Todavía no. Primero quiero bañarme. —Mientras cogía la lámpara le echó un vistazo por encima del hombro—. Sin duda el señor Gathercole lo aprobaría.

Él extendió el brazo para agarrarla y sus dedos le rozaron la cadera. Elizabeth soltó un chillido risueño y huyó. Las risas flotaron tras ella como un velo.

—Vas a despertar a Selah —advirtió Nathaniel.

—No se preocupen por mí —dijo la voz tranquila de la muchacha—. Estoy profundamente dormida.

Eso bastó para que Elizabeth callara. Luego corrió hasta la última caverna en silencio, y una vez allí colgó la lámpara en un gancho que había en la pared. Después de aflojarse las perneras y quitárselas a puntapiés, tiró del vestido hacia arriba, decidida a meterse en el agua antes de que Nathaniel pudiera alcanzarla. El corazón le latía con tanta fuerza en los oídos que no lo oyó llegar; sólo supo que estaba allí cuando sintió sus manos en el cuerpo.

Él le quitó el vestido por la cabeza y la estrechó contra él en un solo movimiento.

—Oye, Botas —susurró—, ¿acaso pensabas meterte en el agua sin mí?

Elizabeth trató de volverse, pero él la sujetó con fuerza. Luego le recogió la cabellera con una mano y se la pasó por encima de su propio hombro, de manera que ella pudiera sentir en su espalda desnuda la suavidad de su pecho, la tensión de su

cuerpo. Le deslizó una mano por el vientre: lo duro contra lo blando, más abajo, más aún, hasta que ella quedó laxa contra su cuerpo, con la nuca apoyada en el hueco de su hombro.

—Así me gusta más.

Su boca contra la sien, caliente y fresca a la vez. Ella gimió, mientras los dedos de él se abrían paso entre sus piernas; la piel encallecida de las yemas buscó y halló, hasta que las rodillas de Elizabeth comenzaron a ceder.

—Ten piedad —susurró.

Él la tendió en el suelo duro bajo su cuerpo.

—¿Es piedad lo que quieres?

Carne dura que la rondaba, la tocaba apenas y volvía a retirarse. La expresión de Nathaniel había adoptado una expresión severa, como si ella fuera a rechazarlo, súbitamente y sin aviso. Tantos cientos de veces como lo había recibido dentro de su cuerpo... y él aún se detenía en ese último y crucial momento, antes de que ambos se unieran, exigiéndole que se entregara de nuevo, que comprometiera su cuerpo y su ser, una y otra vez.

Ella le cogió la cabeza para besarlo con la boca abierta y alzó las caderas en bienvenida.

—Te quiero, quiero esto. —Su cuerpo se abrió para aceptarlo, hasta que él hubo entrado y se transformó: ya no era Nathaniel, sino parte de ella, tanto como su propio corazón.

Él sonrió contra su boca, la estrechó contra sí por la cintura y rodó con ella hacia el agua, mientras la invadía.

Elizabeth lanzó una exclamación de sorpresa ante el calor que sentía dentro de ella y el del agua, en todas partes, como dedos acariciantes, como un millar de lenguas ágiles y curiosas que sondearan pechos y muslos, pliegues de carne tierna tensados y forcejeantes.

Nathaniel se movía contra ella, dentro de ella, a su alrededor, murmurando con aspereza, sacándole exclamaciones sordas. La llevó hacia el agua más profunda, donde ella no hacía pie. Elizabeth le rodeó la cintura con las piernas; Nathaniel la echó hacia atrás, bajó la cabeza y succionó sus pechos, primero uno, luego el otro, mientras la cabellera flotaba a su alrededor.

—Mía... —susurró contra su piel mojada—, mía.

Elizabeth sentía oleadas de estremecimiento que la atravesaban. Nathaniel la incorporó hasta que sus cuerpos se juntaron de nuevo, pecho contra pecho. Ella oyó su propia voz, emitiendo sonidos inhumanos, y la de él junto a su oído.

—Sí, sí, sí, así, ven a mí, ven.

Cuando el estremecimiento comenzó a debilitarse, él deslizó la mano entre sus cuerpos y usó los dedos, haciéndolos girar y girar, hasta arrancarle el último

fragmento de cordura y autodomínio.

Cuando la llevó de nuevo hasta la orilla, aún estaba rígido dentro de ella, rígido como nunca.

—Pero no has terminado... —Su propia voz sonaba lejana y deslumbrada; su cuerpo aún vibraba.

—Tú tampoco, Botas. —La risa de Nathaniel fue tan áspera e implacable como suave su beso—. Estás muy lejos de haber terminado.



Capítulo 14

Hacia el sexto día de su estancia en las cuevas, el buen ánimo de Elizabeth comenzó a ceder paso a la inquietud y el desasosiego. Nathaniel lo notaba, pero por una vez no tenía consuelo que ofrecerle: había motivos para estar preocupado.

Él salía de caza todos los días, y cada vez llegaba un poco más lejos y tardaba un poco más en regresar, no porque las presas no fueran abundantes, sino porque buscaba alguna señal de Luna Partida. Volvía con una incesante provisión de pavos, gallos silvestres, conejos y patos, todos de tamaño pequeño, para que no tener que ahumar la carne que no podían comer. Pero de noticias, nada.

Él intentaba disimular su creciente preocupación, y sabía que Elizabeth hacía otro tanto. Por la noche, casi podía oír cómo trajinaba la mente de su esposa; pero hasta el momento no habían hablado de lo que ambos pensaban. Si no había manera de llevar a Selah Voyager hasta Roca Bermeja, ¿qué harían?

Se le ocurrían tres posibilidades, ninguna de ellas muy atractiva. Podía salir y rastrear penosamente hasta encontrar a los fugitivos, dejando a las mujeres allí solas. Eso requeriría una semana o más, si resultaba que Roca Bermeja no estaba en ningún lugar determinado, debido a que el grupo cambiaba constantemente de lugar. No sería la primera vez que Elizabeth se quedara sola en la espesura, pero nunca había sido por decisión propia.

Otra opción era volver a casa, llevar a Selah nuevamente a Lobo Escondido y dejarla en algún lugar seguro de la montaña con su hijo. Era la solución más sencilla, pero también la más peligrosa, ahora que Ambrose Dye se había sumado a la búsqueda.

Y por último, Canadá. Podían llevar a Selah hasta Montreal, donde estaría a salvo de los cazadores de recompensas, y Manny se reuniría allí con ella. En Montreal había una mujer que la aceptaría sin hacer preguntas. Pero Nathaniel sabía bien cuál sería la reacción de Elizabeth ante la idea de prolongar cuatro semanas un viaje que nunca había deseado, y por añadidura con una embarazada y, muy probablemente, un recién nacido: se negaría en redondo. Pero, aunque ella no lo admitiera, cualquier cosa le sentaría mejor que la espera.

En cierta forma, la creciente intranquilidad de Elizabeth era el problema mayor. Ella se consideraba una persona de hábitos establecidos, pero las rutinas que acarrearaba una estancia prolongada en la espesura no le sentaban nada bien. El aire juguetón que había asumido al principio del viaje aún estaba en ella por la noche, pero durante el día se la notaba nerviosa. Y Elizabeth, en ese estado, era capaz de meterse en problemas, y a los demás con ella.

Selah, por su parte, parecía tan serena como siempre, pero tendía a apartarse y

pasaba largas horas en la cueva, durmiendo bajo un montón de pieles de oso. A veces adoptaba una actitud distraída y permanecía en silencio, con las manos sobre el vientre. Durante unos minutos toda su atención se volcaba hacia dentro, como si discutiera con el niño si estaba listo o no para salir al mundo. Cuando actuaba así, Elizabeth se quedaba inmóvil; sólo se relajaba cuando la muchacha, con un hondo suspiro, reanudaba la tarea que había abandonado.

No obstante, la muchacha sabía distraer a Elizabeth, algo que Nathaniel agradecía. Todos los días encontraba algo que preguntarle, algo que pudiera enseñarle. El día anterior se habían pasado la mañana fabricando brújulas improvisadas, algo que Elizabeth había aprendido de Robbie. Otras veces salían en busca de los primeros helechos comestibles, de cebollas silvestres y cualquier otra cosa que añadiera algo de sabor a la dieta diaria de carne y pan de maíz.

—Vamos a pescar —dijo Elizabeth apareciendo detrás de Nathaniel, que estaba sentado junto a la fogata. Iba descalza y tenía el pelo suelto y algo húmedo. Dobló la cintura; su larga cabellera cayó hasta el suelo, y la sujetó entre las manos como si fuera un manojo de cuerdas díscolas. Luego miró a su marido entre la cortina de cabello—. Me gustaría que vinieras con nosotras para que le enseñaras a Selah a usar el arpón.

—Tal vez no sea mala idea. —Nathaniel vio cómo su esposa apartaba la melena hacia un lado y los dedos se movían ágilmente hasta formar una gruesa trenza.

—Hoy, nada de carne roja —decidió ella, con firmeza.

Su esposo emitió un hipo de asentimiento.

—Trucha, a poder ser.

Ella se incorporó para terminar su obra, con la mirada aún fija en él.

—Últimamente estás muy dócil, Nathaniel Bonner.

—Tú, sin embargo, siempre estás buscando pelea, Botas. ¿Por qué no me das un puñetazo en la nariz y así acabamos de una vez? Si eso te mejora el humor...

Elizabeth se sentó en el viejo tronco que servía de banco desde que Nathaniel tenía memoria, pulido por los años de uso hasta adquirir el lustre de un gran hueso. Una sonrisa le torció la comisura de la boca.

—¿Que yo busco pelea? —Echó la cabeza atrás, mirando el cielo—. Pues... supongo que sí. Te agradezco tu amable ofrecimiento, pero no necesito darte un puñetazo en la nariz. Lo que mejoraría mi humor sería pescar algo para la cena.

—Si es por eso, podemos ir a pescar todos los días, Botas.

Ella guardó silencio durante un largo minuto, mientras contemplaba la discusión de dos cuervos en las ramas de un abeto. Nathaniel vio la pregunta en su cara antes de que surgiera en palabras.

—Tal vez Luna Partida ha sufrido algún percance...

Él le sostuvo la mirada.

—Tal vez, o tal vez no. Puede haber muchos motivos que la retengan. Aunque también podría aparecer aquí dentro de una hora.

—¿Es que no estás preocupado? —Lo miraba con los ojos entornados.

—No he dicho eso.

Elizabeth se levantó con un gran suspiro.

—El niño no esperará mucho más. Voy a proponerte algo: si Luna Partida no da señales de vida en los tres próximos días, celebraremos una reunión para decidir qué hacer.

Durante el resto del día, Nathaniel no pudo quitarse la idea de que su esposa ya tenía decidido lo que debían hacer, pero aún no estaba dispuesta a revelar sus planes.

* *

No partieron hacia Little Lost, sino hacia el río Sin Nombre, como lo había bautizado Robbie, que serpenteaba a lo largo de un valle pequeño, al otro lado de la montaña.

El tiempo avanzaba decididamente hacia la primavera. Elizabeth incluyó ese hecho entre las bendiciones del día, junto con los dientes de perro que de la noche a la mañana habían cubierto el suelo del bosque y la aparición de una garza que había alzado el vuelo desde el río, toda patas colgantes y blancura resplandeciente bajo el sol.

Mientras descendían por la ladera, pensó en lo grato que sería embarcarse en una canoa y continuar a remo, dejándose llevar por el río serpenteante; cruzarían las montañas sin detenerse, hasta desembocar en el río siguiente y en el próximo, hasta llegar al lago George. De pronto Elizabeth sintió la súbita, casi imperiosa, necesidad de ver los lagos y salir a cielo abierto, y se acercó ansiosamente al sitio donde Robbie solía amarrar su canoa.

Había desaparecido, por supuesto. No quedaba la menor señal de ella: sólo un nido abandonado y trocitos de cáscara de huevo. Tendría que conformarse con pescar.

Selah preguntó:

—¿Hay alguna posibilidad de que nos encontremos con un oso?

Era una pregunta que formulaba con frecuencia. Elizabeth no sabía si lo hacía por miedo o por curiosidad.

—Tal vez —dijo Nathaniel—. Elizabeth tuvo su primer encuentro con un oso justamente en este sitio. —Muy sonriente, señaló un árbol—. Trepó a ese pino para ver mejor.

—Trepé a ese pino para escapar. —Ella no pudo menos que reír ante su broma y

el recuerdo de aquella mañana—. Las manos y las rodillas se me llenaron de rasguños que no cicatrizaron en una semana.

—No creo que yo pudiera trepar a un árbol con esta barriga —comentó la muchacha.

—No hará falta —aseguró Nathaniel—. Los osos negros tienen más interés que tú en mantenerse lejos. Basta con no acercarse a ellos y, sobre todo, no interponerse jamás entre una osa y sus cachorros. Y no trepes a los árboles. Si el oso está de mal humor, te seguirá hasta arriba.

—Una vez, de niña, vi a un hombre interponerse en el camino de un oso —dijo Selah—. Fue en Long Island. El animal le arrancó la cara y le destrozó la garganta. Ni sus propios parientes pudieron reconocerlo.

—No digo que no pueda ocurrir —reconoció él, más serio al ver que ella estaba preocupada de verdad—, pero no hay motivos para temer lo peor, siempre que no pierdas la cabeza y hagas lo que corresponde.

Dejó de afilar el arpón y miró hacia el río, aguas arriba.

—¿Qué ocurre? —Elizabeth estiró el cuello. No veía nada, pero se oían las pisadas de un animal grande entre la maleza. Nathaniel dejó el arpón.

—Es un alce americano.

—¿Un alce americano? —El tono de Selah expresaba curiosidad y temor al mismo tiempo.

—Una hembra con una cría recién nacida —señaló él—. Peor que cualquier oso negro. Debe de estar irritable.

A unos cuatrocientos metros de allí, en un meandro pantanoso del río, el alce salió de entre los árboles seguido por una cría que le hociqueaba la ubre, tambaleándose. La madre le prestaba tan poca atención como a la placenta que le colgaba entre las patas traseras, como una especie de falda arrugada y sanguinolenta: toda su atención estaba puesta en el río. Se acercó con delicadeza a una mata de juncos y bebió durante un largo minuto; luego arrancó un gran bocado de hierbas, alzó la cabeza... y fue entonces cuando los vio.

—Buen Dios —susurró Selah, realmente sobrecogida—. Mirad esas patas; deben de medir casi dos metros.

Nathaniel cogió la escopeta, pero la falta de tensión en sus brazos indicaba que era una simple medida de precaución. El alce los miró largamente, luego bajó la cabeza y dilató las fosas nasales en un fuerte resoplido. Para Elizabeth fue advertencia suficiente.

—Nathaniel, ¿no sería mejor que abandonáramos esta parte del río...?

Él sacudió la cabeza sin apartar la vista del animal.

—No hay nada que temer, a menos que aplane las orejas.

El alce los estudió durante un minuto más, cogió un último bocado de juncos y se

alejó entre los árboles, seguido por su cría.

—Qué espectáculo —susurró Selah—. No creo que nadie haya visto nada semejante, allá en la calle Pearl.

En su entusiasmo había retrocedido unos pasos, de modo que sus talones desnudos sobresalían por el borde del ribazo, se mantenía en precario equilibrio sobre la punta de los pies.

—Ten cuidado —advirtió Elizabeth—, no vayas a caer.

En el agua, bajo los pies de la muchacha, surgió un fuerte siseo, como de grasa caliente en una sartén mojada. Nathaniel levantó súbitamente la cabeza, soltó la escopeta y echó a correr hacia Selah, al tiempo que echaba una mano a la espalda en busca de su tomahawk y con la otra desenvainaba el cuchillo.

—¡Salta a un lado! —gritó.

Selah alzó la mirada con expresión de desconcierto, como si le hubiera ordenado que partiera al galope. El siseo la había asustado, pero no veía lo que tenía detrás una tortuga carnívora del tamaño de un tronco grueso que avanzaba con el cuello extendido y las mandíbulas bien abiertas hacia sus tobillos desnudos.

—¡Salta ya! —aulló Nathaniel.

Ella obedeció y dio un brinco hacia la derecha, pero no se apartó lo suficiente y las fauces de la tortuga se cerraron contra el ruedo de su vestido, con el ruido de un portazo. Ella cayó al suelo, gimiendo de miedo.

Trató de alejarse a gatas, y con el vientre cavó un surco en la tierra. En esa posición tenía casi la misma altura que el animal, durante un momento pareció como si la tortuga la hubiera confundido con uno de sus hijos errabundos y quisiera arrastrarla de nuevo al río, donde debía estar. Elizabeth la cogió por el brazo derecho y tiró con fuerza, pero la tortuga estaba decidida a no abandonar su bocado, ni siquiera para cambiarlo por el tobillo que tenía ante el hocico.

En ese momento el tomahawk descendió con fuerza y cortó los pliegues correosos del pescuezo, allí donde se unía al caparazón. El siseo se interrumpió tan repentinamente como había comenzado Selah se incorporó sobre un codo y sacudió la cabeza como para despejarse. Tenía el vestido embarrado y con manchas de hierba, y estaba empapada de sudor. Durante un momento Elizabeth temió que fuera a desmayarse.

Se sentó junto a ella y le limpió la cara con un pañuelo.

—Ha sido una aventura más estimulante de lo que necesitábamos —bromeó— ¿Estás bien?

—Nunca había visto una tortuga de ese tamaño —susurró la muchacha—. Parece que todos los animales del bosque son tres veces más grandes de lo que deberían. Me he llevado un buen susto, no puedo negarlo.

Nathaniel se agachó y limpió en la hierba la hoja del tomahawk.

—Cuando esas tortugas inician el ataque, ya no pueden cambiar la dirección de la embestida —dijo, con perfecta serenidad, mientras se inclinaba a mirar la cabeza ensangrentada que seguía aferrando el dobladillo del vestido como una extraña y desmesurada joya. Elizabeth se estremeció al ver aquellos ojos amarillos como el azufre, todavía abiertos y tan feroces como en vida—. Por lo general basta con saltar hacia un lado —continuó. Luego apretó con los dedos la articulación de las mandíbulas para abrirle la boca y tiró con fuerza—. Supongo que tiene el nido por aquí, y por eso te ha atacado. —Levantó la cabeza, todavía chorreante de sangre—. ¿La quieres? La tortuga es un símbolo de fuerza. Los kahnyen'kehàka creen que cargan el peso del mundo sobre su lomo. Si la secas y te la cuelgas al cuello, dentro de una taleguilla, dicen que trae suerte.

A Elizabeth no le extrañó la proposición de su marido, pues conocía las creencias de los mohicanos y los mohawks; en cambio, le sorprendió que la muchacha asintiera. Selah se tocó el cuello, como si se imaginara ya con la taleguilla colgada allí, y acarició el talismán de madera que Manny le había dado antes de partir.

—Hoy cenaremos guiso de tortuga —resolvió Elizabeth, tratando de adoptar un tono despreocupado. El caparazón del animal estaba cubierto de algas, y su aspecto era el de una piedra grande.

A Selah se le contrajo la cara y cerró los ojos. Elizabeth pensó que estaba a punto de vomitar, pero un momento después la muchacha extendió las manos sobre el vientre y abrió los ojos con un chasquido.

Elizabeth vio dos cosas: una expresión de desconcierto en la cara de la joven y un parche de humedad en su regazo. Hasta ella se elevó un olor familiar: el de las praderas pluviales y la vida en gestación.

—Creo que ese guiso de tortuga tendrá que esperar —dijo Nathaniel, enarcando una ceja—. Será mejor que la lledes a las cuevas, Botas. Os seguiré en cuanto haya cortado un poco de esta carne.

* *

Hacia el atardecer las contracciones eran fuertes y regulares. Selah daba vueltas en torno del claro. Cuando Elizabeth le llevó agua, se detuvo un momento para beber, pero rechazó con un gesto el pan de maíz y la carne.

—Lo vomitaría —dijo mientras se frotaba el vientre—. Pero más tarde querré un cuenco de ese guiso de tortuga; ya verás.

Desde su llegada a Paradise, Elizabeth había ayudado en una veintena de nacimientos, y había descubierto que cada mujer llegaba a la experiencia de manera diferente. Algunas parecían ausentarse del mundo que las rodeaba y se debatían en la

confusión; otras perdían el valor apenas iniciado el proceso; las había que se mostraban irritables y rencorosas; mientras que otras parecían entrar en un estado de calma casi mística. Selah, en cambio, se concentraba, minuto a minuto, en lo que su cuerpo pudiera estar pidiéndole, como si el alumbramiento fuera un acertijo.

Cuando se apagó la última luz, comenzó a caer una llovizna fina, y sólo entonces, aunque de mala gana, aceptó entrar, para continuar paseando a lo largo del corredor de piedra; de vez en cuando se detenía y se apoyaba contra el muro.

Nathaniel encendió una pequeña fogata en la cueva donde dormía Selah, dispuso velas y llenó el tonel de agua. Elizabeth abrió por primera vez el paquete que le había dado Curiosity con las cosas que podía necesitar si la muchacha se ponía de parto.

Todos los objetos estaban cuidadosamente envuelto en muselina: un par de tijeras, un pequeño ovillo de cordel, aguja e hilo, un escalpelo que ella reconoció como perteneciente a Hannah, un hatillo de suaves paños de muselina, pañales y tres frasquitos bien tapados con un corcho y con su correspondiente etiqueta. Se emocionó al reconocer la letra de Hannah; en ese momento le habría gustado tener allí a su hijastra.

Había también una nota escrita por Curiosity:

Si lees esto, supongo que será porque Selah se ha puesto de parto. No conozco mujer que ponga tanto empeño en hacer bien las cosas como tú, Elizabeth; por eso quiero decirte unas cuantas palabras y recordarte lo que ya sabes. En primer lugar, recuerda que es ella quien debe hacer el trabajo. En principio, lo mejor que puedes hacer por ella es mantenerte a un lado y hablarle con serenidad. Dile que grite cuando sienta esa necesidad. Como tú misma has visto, el tercer hijo suele deslizarse hacia el mundo como el corazón de una cebolla hervida, así que lo más importante es no permitir que ella se apresure. Casi todos los problemas surgen cuando alguien se impacienta.

Elizabeth leyó la nota dos veces, luego la dobló cuidadosamente y volvió a ponerla en su lugar. «El tercer hijo suele deslizarse hacia el mundo como el corazón de una cebolla hervida». Por lo general, sí. Recordó la mañana en que Daisy Hench había alumbrado a su Solange y el ambiente animado y sereno que reinaba en la habitación. Con Hope, la tercera hija de Mariah Greber, había sucedido lo mismo. Y la llegada de Willy LeBlanc había cogido a Molly por sorpresa, mientras tendía la colada, de manera que apenas tuvo tiempo de pedir ayuda. Y Robbie, su propio hijo...

Los gemelos habían nacido en medio de una tempestad, cuando sólo estaba allí Hannah para atenderla. Robbie, por el contrario, había llegado al mundo una calurosa

noche de junio. En comparación con los gemelos, el nacimiento de Robbie había sido casi un sueño. En la habitación todo había sido tranquilidad y silencio; no el silencio del miedo o la desesperación, sino una calma absoluta y algo que sólo se podía denominar júbilo. Allí había estado Nathaniel, y también las mujeres en las que ella confiaba plenamente: Curiosity, Hannah y Muchas Palomas. Con cerrar los ojos podía verlo: Curiosity, mostrando a Robbie a la primera luz del amanecer.

Se apretó los hombros y respiró hondo para prepararse.

Mientras se cambiaba, Nathaniel le dijo:

—La muchacha ha pasado por muchas cosas. No creo que esto la asuste.

—Sí, tienes razón. —Se enrolló la trenza a la cabeza y la sujetó con un pañuelo. Él guardó silencio y Elizabeth percibió su intranquilidad—. ¿Quieres decirme algo?

Su esposo gruñó por lo bajo.

—Supongo que sí. Pues mira, Botas: no es que quiera decirte lo que debes hacer, pero...

Ella lo miró, arqueando una ceja.

—¿Pero...?

—No estaría de más que le hablaras a Selah mientras está dando a luz.

Elizabeth percibió la irritación en su propia voz.

—No tenía intención de hacer voto de silencio durante el parto.

Él carraspeó.

—No me refería a eso, ya lo sabes. Pero cuando estás nerviosa, tiendes a permanecer callada, y cuando diste a luz a Robbie, Curiosity te hablaba constantemente. Creo recordar que te hizo reír más de una vez. Y por lo que vi, eso facilitó las cosas.

Elizabeth no le respondió. Se estaba poniendo el otro vestido, que estaba algo más limpio, y se preguntaba si no debería cortarse las uñas. Hannah solía citar a Hakim Ibrahim: «El diablo habita bajo las uñas».

—Comprendo —dijo al fin—. Pero Curiosity se siente mucho más cómoda que yo en los partos. Haré lo posible para que esta muchacha esté a gusto.

Él carraspeó.

—La verdad es que por quien me preocupo es por ti, Botas.

Le envolvió la cara con una mano y Elizabeth le rodeó la cintura con los brazos. Con la frente apoyada contra su hombro, respiró hondo un par de veces. Poco a poco, la tensión que le atenazaba los músculos de los hombros y la espalda comenzó a abandonarla. Temblaba. Y le pareció que él también temblaba un poco, en solidaridad con lo que ella debía hacer a solas. Estar entre los brazos de Nathaniel era más reconfortante que cualquier palabra. Cuando se apartó, pudo sonreírle con sincero buen humor.

—¿Elizabeth? —Por el corredor les llegó la voz de Selah—. ¡Elizabeth!

—Creo que hay novedades —dijo él—. Si necesitas ayuda, llámame. Estaré fuera.

* *

Elizabeth recordaba que la parte más difícil de sus partos había llegado justo antes de que sintiera la necesidad de empujar. En aquellos minutos interminables se le evaporaba el estoicismo y no podía contener un aullido de tormento. Selah había llegado a ese punto, pero no se permitió gritar aun cuando ella le leyó en voz alta el consejo de Curiosity.

Estaba sentada en cuclillas, con la espalda contra la pared, y Elizabeth, agachada a su lado, le estrechaba las manos. En la pausa que se produjo después de una contracción más larga, cuando la muchacha pareció perder fuerzas, ella preguntó:

—¿Ya has pensado qué nombre le pondrás?

La mirada de Selah, que parecía vuelta hacia dentro, regresó al mundo y se centró en ella. La joven se las compuso para sonreír un poco.

—Depende —dijo.

Su voz sonaba ronca. Elizabeth estiró la mano para ofrecerle un cazo de agua. Su propia sombra se agitaba y bailaba contra la pared, a la luz del fuego y las velas. Selah tragó el agua y se limpió la boca con el dorso de la mano.

—¿De qué depende?

Apoyó la cabeza contra el muro; en su cuello se destacaban los largos tendones.

—De que se parezca o no a mi Violet.

Elizabeth cerró los ojos. Le había hecho pensar en Hubert Vaark, cuando su intención era distraerla. Mientras se preguntaba si disculparse serviría de algo o empeoraría las cosas, le sobrevino otra contracción. Cuando acabó, Selah dijo:

—A veces no entiendo en qué piensan los padres cuando eligen el nombre de sus hijos. Por la calle Pearl pasaba un concejal que se llamaba Mutilar Minthorne. ¿Qué motivos pudo tener su madre para llamarlo así? Se le veía bastante normal. Siempre pensé que tal vez había tenido un parto difícil y se había vengado poniéndole ese nombre.

Elizabeth no pudo menos que sonreír.

—En Paradise hay una pareja, Horace y Mariah Greber, que tienen cinco niñas. Se llaman Inocencia, Caridad, Esperanza, Prudencia y Constancia. Hace unas semanas nació el sexto vástago, el primer varón.

En el vientre de Selah volvían a contraerse los músculos como una pequeña montaña que se moviera. Elizabeth le estrechó las manos hasta que hubo pasado y luego le enjugó la frente.

—¿Más agua?

La joven negó con la cabeza y logró sonreír.

—Cinco niñas y, al fin, el varón. Qué día tan feliz. ¿Qué nombre le han puesto?

Elizabeth sonrió, como cada vez que recordaba la mañana en que Horace Greber anunció el nombre del recién nacido durante los oficios dominicales. Por una vez, Horace perdió su expresión agria y sonrió de tal forma que toda la cara se le replegó en grandes arrugas.

—Mariah deseaba que se llamara Paul, como su padre, pero Horace se salió con la suya y lo llamaron Trabajo.

Selah echó la cabeza atrás con una carcajada ronca.

—¿Cómo?

—Horace dijo que nunca había imaginado que tener un hijo varón diera tanto trabajo. Por eso no quería que su hijo lo olvidara.

La muchacha siguió riendo hasta que le sobrevino la contracción siguiente; entonces, por primera vez, dejó escapar un gran gemido. Cuando hubo pasado, comentó:

—En la ciudad hay un abogado que se llama Cuervo Bergante. —Y volvió a reír. La siguiente contracción se prolongó hasta terminar en un largo estremecimiento.

—¿Estás lista para empujar?

La respuesta fue un gruñido. Selah jadeaba como si hubiera corrido un kilómetro y tuviera otro por delante.

—No te apresures —recitó Elizabeth—. No debo permitir que te apresures.

—¿Que no me apresure? —La joven la miró como si la hubiera oído decir: «No tengas al bebé, después de todo».

—Para que no te desgarres —explicó ella, con más firmeza—. No conviene que te desgarres.

Selah la miró con expresión furiosa, mientras empujaba con todas sus fuerzas.

—Lo que quiero es que este niño salga de una vez.

Elizabeth había visto a mujeres empujar durante horas para expulsar a la criatura, pero Selah parecía tener otra idea. No hubo tiempo para ponerse nerviosa ni para imaginar complicaciones: en tres dolorosos esfuerzos, la cabeza del bebé asomó; con uno más, rotó untuosamente y se deslizó hacia las manos de Elizabeth.

Era un niño grande y rechoncho que se retorció como un pez; agitaba los brazos y las piernas como si quisiera nadar en el aire. Luego abrió los ojos, la miró a la cara y sus labios se estiraron en algo que se parecía a una sonrisa. Parpadeó, todo sorpresa y curiosidad.

«Me recuerdas a tu abuela». Elizabeth se contuvo para no decirlo en voz alta.

—Es un varón —dijo—. Tienes un varón muy sano.

Selah dejó escapar un suspiro trémulo y alargó los brazos. Cuando Elizabeth le entregó el niño, sus manos aletearon hacia él como alas oscuras. Bajo la sustancia

blanca y cerúlea que había facilitado su paso por el canal, la piel tenía casi el mismo color que el de su madre: el tono intenso de la marga, sin rastro de rojo ni amarillo.

—Gracias —dijo Selah, con claridad—. Gracias.

Pero no había gracias que dar mientras la placenta no fuera debidamente expulsada. Con manos trémulas, Elizabeth comprobó que los esfuerzos de la muchacha sólo habían provocado dos pequeños desgarros que no necesitaban sutura. Cuando el grueso cordón que aún unía a madre e hijo hubo dejado de latir, lo ató con cuidado y cogió las tijeras. Después hizo una pausa y respiró hondo. Casi oía la voz de Curiosity junto a su oreja: «Mejor demasiado que demasiado poco».

Lo dijo en voz alta. Selah emitió un sonido grave que no denotaba preocupación. Las tijeras cortaron el cordón con un chasquido seco, y en ese momento el niño lanzó su primer grito, que rápidamente se convirtió en una serie de chillidos que continuaron hasta que Selah se lo puso en el pecho.

Lo más preocupante era la expulsión de la placenta, pero surgió con un último impulso, entera e intacta.

—No la arrojes a la basura —susurró la muchacha—. Quiero enterrarla con mis propias manos.

Nathaniel esperaba fuera, al aire libre. Aunque tenía el pelo mojado por la lluvia, sonrió cuando la vio caminar directamente hacia sus brazos abiertos. Un escalofrío la recorrió en grandes oleadas de alivio, gozo y agotamiento.

—Es un varón —dijo al fin, con la boca contra el pecho de su esposo—. Se llamará Galileo. Selah dice... —Se le quebró la voz. Las lágrimas le bloquearon la garganta.

—¿Qué, Botas?

—Dice que el niño no se parece en nada a su hermana Violet. No sé si debo alegrarme por ella o entristecerme.

Nathaniel la retuvo en sus brazos hasta que pasaron los sollozos. Luego ambos entraron juntos para saludar formalmente al primogénito de Almanzo Freeman.



Capítulo 15

En un dulce y luminoso atardecer de primavera, Nathaniel regresó de Little Lost con unas cuantas truchas y acompañado por un desconocido. Elizabeth restregaba la cacerola con arena, mientras perfilaba el plan que le propondría a su esposo. Un momento después, cuando levantó la vista, descubrió ante sí la solución.

—Es Elijah —lo presentó Nathaniel, aunque el parecido con su hermano saltaba a la vista.

Al igual que Joshua, era un joven formado y musculoso, pero lucía un relieve de tatuajes en los pómulos y un largo pendiente de plata en el lóbulo izquierdo, muy parecido al de Nathaniel. Vestía una cazadora con flecos en las costuras y llevaba cruzada a la espalda una escopeta. Aunque su piel era negra, todo en su porte y en su manera de moverse recordaba a los kahnyen'kehàka.

Selah, que amamantaba a su hijo al sol, metió al niño en el cabestrillo de muselina que le cruzaba el pecho y se levantó para ir al encuentro de Elijah. Mientras le tendía la mano, escrutó su cara con atención.

—Debes de tener sed, Elijah —dijo Elizabeth—. ¿Quieres agua?

—Gracias. —Su voz sonaba ronca de no usarla. Ella tuvo la sensación de que buscaba las palabras, como si las hubiera perdido por el camino.

—Yo lo acompañaré —se ofreció la muchacha, y condujo al joven al manantial de agua fresca que manaba de la roca, justo detrás del cobertizo.

Elizabeth puso los brazos en jarras.

—¿Y bien?

—Viene solo —dijo Nathaniel.

—Eso está a la vista. ¿Por qué? ¿Dónde está Luna Partida? —Se interrumpió al percibir la impaciencia de su propia voz—. ¿Te ha dicho algo?

—Muy poco. Supongo que lo explicará en cuanto haya recobrado el aliento. Nathaniel se sentó junto a la fogata y limpió el pescado con rápidos movimientos de cuchillo. Era obvio que estaba preocupado, pero por el momento su paciencia no se había agotado. Elizabeth se agachó junto al fuego y lo atizó con un palo de una forma tan enérgica que saltaron chispas.

—Mejor el fuego que yo —dijo Nathaniel, a su espalda.

Ella se mordió para contener las palabras ásperas; sabía muy bien que él se limitaría a sonreírle y hacerla reír; así de fácil le resultaba arrancarle los enfados.

Cuando Elijah se sentó con ellos, a ella le fue imposible formularle las cien preguntas que habría deseado. Pese a todas las anécdotas que habían oído sobre él, seguía siendo un forastero hambriento y era menester respetar las formalidades. La comida fue ofrecida y aceptada. Luego, las noticias de Paradise.

Nathaniel le explicó al recién llegado por qué habían ido ellos en lugar de Joshua. El joven escuchaba con atención, y de vez en cuando hacía alguna pregunta, bien a Nathaniel, o bien a Selah. Cuando le hubo contado todos los pormenores, desde Liam Kirby hasta Ambrose Dye, Nathaniel concluyó:

—En un kilómetro y medio a la redonda no he visto rastro de ellos ni de nadie. No sé con exactitud qué significa eso, pero parece que, al menos por el momento, no hay peligro en que lleves a Selah a Roca Bermeja.

Elijah los miró uno a uno con sus inescrutables ojos oscuros y luego dijo:

—No es la primera vez que Dye nos busca en la espesura, y siempre lo hemos esquivado.

—Me alegra saberlo.

Todos aguardaron en silencio a que el joven les contara por qué había acudido solo. A poca distancia se oía el reclamo de los cernícalos; el bebé, dormido, murmuraba contra el pecho de Selah, mientras ésta le acariciaba la curva de la espalda; luego exhaló un gran suspiro y formuló la pregunta que ya no podía contener.

—¿Cuántos sois ahora en Roca Bermeja? Manny no supo decírmelo con certeza.

Elijah la miró, parpadeando. Elizabeth vio en él algo que la asustó: un dolor a punto de desbordar, un dolor suficiente para colmar el mundo. Se levantó de súbito, pues se imaginaba lo que el joven iba a decir. Más desastres: una bala perdida, una trampa olvidada, una mordedura de serpiente, la caída de una piedra... Las posibilidades eran infinitas.

—Se trata de Luna Partida, ¿no es así? —Su voz vaciló hasta quebrarse—. ¿Qué ha ocurrido? ¿Un accidente?

Él sacudió la cabeza.

—Hace dos semanas se encontró con un cazador que iba hacia el río grande; le cambió una buena piel de castor por una piedra de afilar, pero contrajo una fiebre. — Su mirada pasó de Elizabeth a Selah—. Murieron Pequeño John y Cavador, uno tras otro. Luego les tocó el turno a los tres niños, y después a Andrew y a Parthenia. Ella era la mayor de todos nosotros.

Hizo una pausa. Elizabeth pensó en el niño que Hannah le había descrito. El hijo de Luna Partida. El hijo de Elijah. Hacía sólo unos días que aquel hombre había perdido a su único hijo, y allí estaba, contándoles todo como si le hubiera sucedido a otra persona; para él, todo aquello aún no era real, y no aceptaba la pérdida; todavía no.

Elijah, muy erguido, los miró uno a uno.

—Salvo dos de nosotros, todos enfermaron, aunque el mal no afectó a todos por igual. Justo antes de mi partida, Luna Partida dijo que la fiebre había pasado. Pero yo no estoy seguro; tal vez sólo trataba de que yo partiera tranquilo. Por eso no puedo

decir cuántos somos. Tal vez ya no quede ninguno.

—¿Y Luna Partida? —repitió Elizabeth.

La boca de Elijah se torció convulsivamente en la comisura.

—Ella también enfermó. La fiebre le subió tanto que no podíamos ni tocarla, pero ya está fuera de peligro. No podía descansar en paz sabiendo que había un fugitivo esperando. Traigo un mensaje para Joshua, si tenéis la bondad de comunicárselo...

—¿De qué se trata? —preguntó Nathaniel en voz baja.

—Decidle que no nos envíe a nadie más. En cuanto todos estén en condiciones de caminar, partiremos hacia el norte. No podemos quedarnos en la espesura. Iremos hacia Canadá, los que hayamos sobrevivido.

Elizabeth volvió a sentarse, antes de que le fallaran las piernas. Había algo más, algo peor, que el joven no decía. Vio que por la cara de Nathaniel pasaban los mismos pensamientos; la expresión de Selah, en cambio, era de confusión e inquietud.

—¿Por qué queréis abandonar Roca Bermeja? —preguntó.

—No queremos —corrigió él, sereno—. Pero no nos queda otra opción. —Bajó la mirada al fuego—. La fiebre ha dejado a Quincy y a Luna Partida completamente ciegos.

—Dios nos ampare —susurró la muchacha, mientras acunaba a su hijo apretado contra el pecho.

Elizabeth sintió que el brazo de Nathaniel la rodeaba por los hombros, y agradeció ese gesto de apoyo. Luna Partida había perdido a su hijo y la vista. «Ten misericordia de mí, oh, Señor, pues padezco; mis ojos se debilitan de pesar, mi alma y mi cuerpo, de dolor».

Había visto por última vez a Luna Partida cuando aún vivía en la casa comunal de Buenos Pastos, donde se preparaba para ser ononkwa, curandera, como su abuela. Le bastaba con cerrar los ojos para recordar su cara: era una joven seria y de aspecto triste. Sólo se la veía feliz cuando se adentraba en el bosque, en busca de las plantas, raíces y cortezas que necesitaba para preparar sus remedios. Y ahora... hasta eso le había sido arrebatado, eso y muchas otras cosas. Sin vista no podía abandonar el bosque para conseguir las cosas que necesitaban. Sin su hijo, era la misma mujer, pero también otra completamente distinta.

Luna Partida era el alma de Roca Bermeja; ella había enseñado a aquel hombre y a los otros cómo se cazaba y se caminaba por el bosque, cómo sobrevivir al invierno, a las lluvias, a las traiciones de la espesura. Ella los había guiado. Y ahora debía dejarse guiar.

¡Dios misericordioso! Elizabeth dejó escapar un sonido ronco y apretó su cara contra el hombro de Nathaniel. Cuando irguió la espalda, vio que Selah la observaba.

—Ella es vuestra amiga —dijo la joven.

«Necesita de vuestra ayuda».

Nadie lo dijo, pero las palabras estaban allí, casi visibles en el aire. Nathaniel miró a Selah, como si sólo ella pudiera decidir, como si sólo ella pudiera decir algo que corrigiera aquel terrible mal.

—Luna Partida no desea que os expongáis al peligro —dijo Elijah. Se volvió hacia Selah—. He venido para llevarte a Roca Bermeja, y luego viajaremos hacia el norte. Hay muchas maneras de llegar a Canadá atravesando los bosques. —Hizo una pausa. Como nadie decía lo obvio («¿Cómo haréis para cruzar la espesura por sendas que no conocéis y que Luna Partida ya no puede ver?»), continuó—: En Canadá podremos vivir libremente. Allí no tendremos que escondernos. —Su voz se tornó más potente, como si recitara algo aprendido de memoria y que no acababa de creerse—. Llevaré a Luna Partida a Buenos Pastos. La mayoría continuaremos hasta Montreal, pero tú puedes hacer lo que gustes.

Selah lo escuchaba, pero observaba a Elizabeth. Allí había comprensión y compasión. Sabía lo que su compañera iba a decir. Nathaniel, que también lo sabía, le cogió la mano y se la estrechó.

—Os llevaremos hasta Buenos Pastos —dijo ella. Y ante la mirada confusa de Elijah, añadió—: A todos los de Roca Bermeja.

* *

Al atardecer Nathaniel recorrió la montaña por última vez para asegurarse de que nadie hubiera seguido a Elijah hasta Little Lost, al tiempo que se preparaba para la inminente discusión con Elizabeth.

Tenían pocas opciones y todas eran malas. Por más vueltas que le daba, siempre llegaba a la misma conclusión: no tenía más remedio que comenzar por llevar a Elizabeth de regreso a Paradise. Mientras tanto, Elijah podía trasladar a su gente hasta Little Lost, y después él se reuniría con el grupo para emprender la larga caminata hacia el norte, hasta Canadá y los kahnyen'kehàka de Buenos Pastos. El viaje les llevaría al menos tres semanas; tal vez el doble, si estaban debilitados por la fiebre. Quizá pasaran hasta dos meses antes de que pudiera regresar a casa, siempre que no tuvieran que enfrentarse con la policía, el ejército y los cazadores de recompensas.

Elizabeth lo esperaba en el exterior de las cuevas. Desde dentro llegaba la suave voz de Selah que le cantaba a su hijo, cosa que hacía con frecuencia en los últimos días.

*Mi Señor me llama,
me llama con el trueno.
En mi alma suena la trompeta:*

no estaré mucho tiempo más aquí.

A la luz de las ascuas, Elizabeth, con los brazos cruzados sobre el pecho y la cabeza recostada sobre un hombro, tarareaba la canción de Selah. Se apartó para hacer sitio a Nathaniel en el tronco. Durante largo rato estuvieron así, juntos, sin hablar. Pero no era un silencio cómodo; él percibía la tensión que aumentaba en su esposa; la oía acumularse, como si alguien diera cuerda a un reloj.

La rodeó con el brazo, pero ella tardó un minuto o más en ceder y relajarse contra su cuerpo. Puesto que con Elizabeth era preferible no andarse con rodeos, la atrajo hacia sí y apoyó la boca contra su pelo.

—Mañana mismo te llevaré de regreso, Botas. No puedes estar lejos de casa otras seis semanas.

Ella se irguió y se apartó de él. El débil resplandor del fuego casi apagado dibujó su cara en líneas simples, mostrando la única expresión que él no esperaba: incredulidad. A ella ni se le había pasado por la imaginación regresar a casa sin él. Nathaniel se preparó para una discusión más larga de lo que había previsto.

—¿Seis semanas? Eso es ridículo, Nathaniel.

Él se sorprendió.

—Perdona, pero creo que soy capaz de calcular cuánto tiempo tardaríamos, Botas. Quince personas enfermas no pueden cruzar el bosque al trote, como tú bien sabes.

Ella curvó la boca hacia abajo.

—Si vamos caminando, no, por supuesto.

—¿Acaso piensas echar alas y volar? —Nathaniel hacía lo posible por mantener la voz serena, pues lo había invadido un gran temor. Elizabeth tenía un plan; se le notaba en la cara. Y Elizabeth, con un plan, era una potencia formidable, una tempestad en el horizonte.

Ella levantó el mentón.

—No tienes por qué ponerte sarcástico, Nathaniel. En realidad es muy simple. Navegando por el lago grande llegaríamos a la frontera de Quebec en sólo dos días.

—Por el lago grande. Aunque consiguiéramos suficientes canoas para embarcar a quince personas, Botas, nos descubrirían inmediatamente.

Ella lo miró con expresión de disgusto y alzó una mano para interrumpirlo.

—Si viajáramos en canoa, nos apresarían enseguida, por supuesto. ¿Me crees tan tonta?

Su marido vio un surco entre sus cejas y comprendió que la había ofendido de verdad. Obviamente, ella había elaborado un plan y merecía ser escuchada. El problema de los planes de Elizabeth era que, por lo general, siempre la ponían en medio de algún peligro.

—Adelante, Botas. Te escucho.

La irritación se borró en parte del rostro de ella.

—¿Con la mente abierta?

—Sí —suspiró él—. Dime.

—Es muy simple. Se trata de disfrazar a los fugitivos para despistar a los cazadores de recompensas.

—¿Por ejemplo?

—De cuáqueros —dijo Elizabeth—, misioneros cuáqueros que viajan a Canadá. Tú y yo seremos los líderes del grupo.

Nathaniel intentó hacerse una vaga idea de lo que su mujer le contaba.

—¿Y cómo piensas convertir en cuáqueros a más de una docena de negros que llevan viviendo no sé cuánto tiempo en el bosque como salvajes? Sólo la ropa...

—¿Recuerdas la carta que recibí del capitán Mudge hace unos seis meses?

—¿Grievous Mudge?

—¿Qué otro Mudge iba a ser? —dijo ella con impaciencia—. ¿Recuerdas que tenía una hermana viuda que se había pasado veinte años en África llevando una misión con su marido? Seguro que sí. Cuando te leí la carta, no parabas de reírte...

—¿La hermana que, desde que volvió de allí, no para de mandarles paquetes de ropa? —dijo Nathaniel—. Mudge se puso furioso porque ella envió una de sus camisas.

—Todas, salvo la que llevaba puesta —corrigió Elizabeth—. La señora Emory está decidida a vestir por correo a toda África. Pero me temo que estoy yendo demasiado deprisa. Deja que comience por el principio.

Nathaniel se recostó hacia atrás, apoyado en los codos.

—Sí, por favor.

—Por lo que Elijah nos ha dicho, su gente está a unos cuantos kilómetros hacia el este, ¿no es así? —Esperó a que él asintiera—. Eso quiere decir que quedarán unos treinta kilómetros desde allí hasta Mariah y el Washington. En el estado en que se encuentran, tardarán dos o tres días en llegar allí. Y otros dos para navegar hasta Lacolle. Y desde allí, otros dos de caminata hasta Buenos Pastos.

—¿Quieres que Grievous Mudge nos lleve en el Washington hasta Lacolle? —preguntó Nathaniel, más para sus adentros que para ella—. ¿Después de que su hermana nos haya disfrazado a todos de cuáqueros?

—Exacto —confirmó ella.

—Permíteme una pregunta. Entiendo el papel de la señora Emory en todo esto, pero explícame cómo harás para que Grievous Mudge acepte llevar a un montón de esclavos fugitivos hasta Quebec, poniendo en peligro su goleta y arriesgándose a terminar en la cárcel.

Ella se echó hacia atrás y lo miró sorprendida.

—Es obvio, Nathaniel. Ese hombre está aburrido. ¿Por qué, si no, escribe esas cartas quejumbrosas? Le encantará echarse a navegar otra vez y sentir el placer de la aventura.

Él movió la cabeza, disimulando la risa.

—¿Te estás riendo de mí, Nathaniel Bonner? —inquirió Elizabeth, severa.

—Jamás se me ocurriría reírme de ti, Botas. No, no, sólo es que... me has sorprendido.

Ella frunció los labios, apaciguada sólo a medias.

—¿Pero no crees que...?

—Déjame que te plantee una objeción —la interrumpió Nathaniel—. Como bien sabes, la Marina está por todas partes, y dudo mucho que podamos ir más allá de Grand Isle o de Lamotte sin que nos aborden. ¿No crees que una docena de cuáqueros negros despertarían sospechas?

—No tiene por qué —aseguró ella, tensa—. ¿No es lógico que los esclavos libertos adopten el cuaquerismo que les dio la libertad?

—¿Y cómo conseguirás los documentos de manumisión que las autoridades exigirán que les mostremos?

Elizabeth apretó los dientes.

—Muy sencillo. Los redactaré yo misma. —Y tragó saliva con tanta dificultad que él vio el movimiento de los músculos en su cuello.

Nathaniel la rodeó con un brazo y la estrechó contra él.

—Estás hablando de falsificar papeles: documentos de manumisión y permisos de viaje para todos ellos...

—Creo que el término «falsificación» es muy apropiado. Y también fraude, desde luego. Violaremos muchas leyes del estado de Nueva York, de Estados Unidos y, muy probablemente, también de Canadá. Pero he llegado a la conclusión de que el hecho de que una ley exista no quiere decir que uno tenga el deber moral de obedecerla.

—Veo que lo has pensado a fondo.

—Por supuesto. Llevo tiempo pensándolo, desde que tu hija menor me recordó que las leyes sólo son buenas en la medida en que lo sean los hombres que las promulgan.

Nathaniel guardó silencio, tratando de no soltar una carcajada de placer y rendición al mismo tiempo.

—Venga, Nathaniel, di lo que tengas que decirme. Dime por qué no dará resultado y por qué debo volver a casa sin ti.

—No, no, al contrario —dijo él, mientras la sentaba en su regazo. Ella forcejeó un poco, y tuvo que retenerla con más fuerza—. Creo que es muy buena idea, si Mudge acepta. Aunque tienes razón: lleva el contrabando en la sangre.

Ella se relajó un poco.

—¿Pero...?

—No, no tengo ningún pero. —Nathaniel le pasó una mano por la espalda—. Sólo que no dejas de sorprenderme, Botas. Si quisiera rescatar a un hombre de la cárcel, desde luego recurriría a ti, pero nunca te imaginé de falsificadora. En el viaje de regreso acabarás proponiéndome que asaltemos un banco.

—Te diviertes a costa mía, ¿eh? —Ella trató de apartarse, pero su marido no lo permitió.

—También podríamos aprovechar para traficar con pieles. —Sonrió contra su cuello—. Sólo por diversión.

—¿Quieres hablar en serio, aunque sólo sea un momento?

—¡Estoy hablando muy en serio, Botas! Creo que funcionará, sí. Ahora que lo pienso bien, creo que es lo mejor que podemos hacer.

Elizabeth se relajó de súbito.

—¿De verdad?

Él sacudió la cabeza.

—¡Ah, Botas, lástima que no fueras general! La guerra habría terminado mucho antes. Si hubieras nacido varón, claro. Pero, pensándolo bien, me alegro de que no fuera así.

Ahora quería de ella algo diferente. Pero los pensamientos de Elizabeth, muy lejos de él, se centraban en el bosque.

—Estás pensando en Luna Partida, ¿no es así? —adivinó él.

Ella asintió.

—Es lo mínimo que podemos hacer por ella, y por Selah y los demás. En comparación con su sufrimiento, pasar otras dos semanas lejos de casa es un sacrificio muy pequeño.

Nathaniel contempló el cielo que se oscurecía, pensando en los peligros que los esperaban; en Luna Partida, que no volvería a ver nunca el resplandor de las estrellas; en Daniel y Lily, a salvo en Lobo Escondido, rodeados de cosas familiares, de parientes y amigos, tan seguros como pueden estarlo dos niños en el mundo. Sus otros dos hijos habían crecido y habían quedado fuera de su alcance y protección: Hannah se abría camino en algún lugar de la gran ciudad; y Luke estaba aún más lejos, al otro lado del ancho mar. Por ellos podía hacer menos, o nada en absoluto.

Pero haría eso por Selah, Manny y su hijo; por Luna Partida, Elijah y su hijo; por Galileo, Curiosity y todos los demás.

—Partiremos mañana —decidió.

Ella emitió un murmullo grave, de reconocimiento, aceptación y preocupación, todo a la vez.

—Vamos a las aguas termales —propuso ella con voz suave y vacilante al oído de Nathaniel.

Todo atrevimiento había desaparecido ya de su rostro. Él se había casado con una solterona inglesa, capaz de cometer varios delitos por una causa que consideraba justa, pero a la luz del día no podía hablar de lo que hacían juntos cuando él la llevaba al lecho. De cabeza dura y corazón tierno, ella no era para él un misterio, pero sí un acertijo: una esposa rebelde que se ruborizaba como una colegiala cuando él le decía, sin rodeos, el placer que le proporcionaba.

En la oscuridad reciente, él no podía ver su rubor, pero sabía que estaba allí. Con la punta de un dedo le acarició la suave piel del cuello, desde la clavícula hasta el pómulo, y la reclamó para sí. Elizabeth, con sus furiosos deseos, sólo suya.



Capítulo 16

El Gran Lago tenía muchos nombres y muchos rostros, pero en realidad era sólo un gran cuerpo de agua dulce, un mar interior, bordeado a un lado por los bosques fronterizos de Nueva York, y al otro, por las colinas Verdes de Vermont. Sus aguas, que algunos llamaban Champlain y otros sólo Gran Lago, se estrechaban en el extremo inferior hasta convertirse en una cinta que serpenteaba hacia el sur. Eso era lo que Elizabeth enseñaba a sus alumnos todos los años.

Pero aquello no era toda la verdad del lago, por supuesto. De pie en el barranco, por encima de la ensenada que se conocía con el nombre de West Haven, Elizabeth tuvo que reconocerlo para sus adentros. Hasta donde alcanzaba la vista, el mundo no era sino agua, de un jade intenso y turbulento cerca de la costa, y azabache en el centro, allí donde comenzaba a desencadenarse la tormenta. El dedo huesudo de un relámpago tocó el horizonte, crepitando de satisfacción. Otra tormenta, la tercera en dos días. Como si el espíritu del lago, sentado a la mesa del capitán Mudge mientras ellos trazaban sus planes, se opusiera a semejante locura.

Elizabeth se ciñó al cuerpo el capote que le habían prestado, dejándose mecer por el viento creciente, alzando el rostro hacia la llovizna del lago, al que ahora se mezclaba la lluvia. No podría permanecer allí mucho tiempo más sin llamar la atención, después de haberse esforzado tanto por evitarlo. Detrás de ella no estaba sólo la casa del capitán Mudge, sino también la aldea de Mariah, más pequeña que Paradise, habitada en su mayor parte por pescadores, marineros y sus familias. Los vecinos más próximos sin duda se morían de curiosidad por saber qué estaba pasando en la casa del capitán Mudge. Y allí, en el mirador, estaba ella, una misionera cuáquera con tan poco sentido común como para no refugiarse de la lluvia.

En la casa, sentados en torno a la mesa redonda del capitán, estarían Nathaniel, Elijah y Luna Partida, marcando tres puntos de la brújula; Mudge sería el cuarto, el norte. Luna Partida tendría las manos suavemente posadas sobre la mesa y la cabeza inclinada a un lado, como estudiando la pintura que había colgada sobre el hogar, que representaba un astillero; escucharía con atención mientras los hombres estudiaban los mapas, centímetro a centímetro, y esperaban a que cambiara el tiempo. Como ella hablaba muy poco inglés y el capitán Mudge no sabía una palabra de kahnyen'kehàka, la conversación avanzaba a trancas y barrancas, con Nathaniel y Elijah oficiando de traductores. Los marinos, los soldados y las curanderas kahnyen'kehàka sabían ser pacientes, o al menos disimular su preocupación, pero Elizabeth nunca había poseído ese talento.

Por eso, de pie en medio de la tormenta, contemplaba la goleta del capitán, anclada en la ensenada junto a un puñado de barcos pesqueros que se mecían al

viento, como perros que tironearan de las cuerdas que los sujetaban, ansiosos por emprender la cacería. Al día siguiente subirían a bordo del Washington para emprender el viaje a Canadá. Era un pensamiento extraño, muy extraño, pues en otros tiempos Elizabeth había jurado no volver a pisar aquel país.

Cuando se dio la vuelta para dirigirse a la casa, vio un movimiento por el rabillo del ojo. Se detuvo un instante, tratando de distinguir alguna silueta familiar en las sombras intensas del crepúsculo y la tormenta. Nada. Él se mostraría cuando estuviera preparado, ni un momento antes.

El camino hacia la casa atravesaba por un huerto bien cuidado, donde los manzanos y los perales se estremecían bajo la lluvia. Ella caminaba mirando al suelo, pues se sentía insegura con aquellos zapatos prestados que le apretaban; tal vez abandonar sus mocasines, cediendo ante la insistencia de la señora Emory, había sido una precaución excesiva. De pronto, Jode surgió de una mata de frambuesos, cogiéndola por sorpresa.

—Ah... —Elizabeth apretó un puño contra el pecho, en una mezcla de sorpresa y alivio—. Estábamos preocupados por ti, Jode.

Durante el primer día que pasaron en Mariah, la hermana del capitán Mudge había logrado conseguir ropa para todos ellos, pero Jode estaba ante ella tal como lo había visto por primera vez en la espesura: sólo con taparrabos, perneras y mocasines de verano. Una vez más la cautivó su vibrante belleza, ágil y potente; su piel no era negra, ni parda, ni de color alguno que se pudiera identificar, pues cambiaba con la luz, adquiriendo tonos cobrizos y ocre. Su cuero cabelludo, bien rasurado a la manera de los guerreros kahnyen'kehàka, brillaba bajo la llovizna. Solo tenía un mechón de pelo en la coronilla, alisado con grasa de oso. Su nombre kahnyen'kehàka era Alce que Salta, muy apropiado para él.

Por encima del hombro asomaba la boca de una escopeta vieja; contra su pecho se entrecruzaban collares de conchas y correas de las que pendían cartucheras y bolsitas con pólvora. A la luz mortecina, el mango tallado de su cuchillo relumbraba en la vaina decorada con cuentas. Los vecinos podían enarcar una ceja desaprobadora al ver a Elizabeth de pie bajo la lluvia, pero la imagen de Jode cargado de armas evocaría una reacción muy diferente.

La miraba con un vago aire de disgusto; ella comprendió que, en la sorpresa, le había hablado en inglés. Repitió sus palabras en la lengua mohawk y añadió, vacilante:

—¿No quieres entrar en la casa para comer algo?

—No necesito que me alimentéis —repuso él—. Puedo cazar para mí y para los otros.

—Claro, por supuesto —admitió ella; de nada serviría tratar de aplacarlo con palabras suaves, y menos aún enredarse en una discusión—. ¿No temes que te vean?

Él la miró con el mentón en alto; ni siquiera la tía Merriweather habría sido capaz de una expresión tan elegantemente desdeñosa. Lo cierto era que si Jode no quería ser visto, nadie lo vería. Había llegado al bosque con su madre, siendo muy pequeño. Casi no recordaba su vida anterior en una granja de las afueras de Albany. A sus dieciocho años, era el más joven de los que habían sobrevivido a la fiebre y, con mucho, el más furioso de todos los fugitivos, atrapado como estaba en el dolor por la pérdida de su madre. Él sólo quería cuidar de la familia que había dejado, pero debían abandonar los Bosques Interminables y todo lo que le era familiar. Lo único que podía apretar en el puño era su propia ira, suficiente para asolar al mundo entero.

Habían viajado juntos durante cuatro días, y todas las mañanas Nathaniel se sorprendía de que Jode aún no hubiera desaparecido durante la noche para vivir a su modo en la espesura.

—¿No vendrás al menos a hablar con Luna Partida, para que no se preocupe por ti?

La expresión impasible del muchacho vaciló, sus ojos oscuros se desviaron hacia la casa y luego regresaron a Elizabeth. Nathaniel se equivocaba al temer que el joven desapareciera: allí donde fuese Luna Partida, iría él.

—Iré esta noche —respondió.

Y se escurrió en la oscuridad.

* *

Elizabeth aún no sabía qué pensar de la hermana viuda del capitán. A primera vista, la señora Emory era una mujer corriente, madura, activa, de sólida contextura y expresión franca. Sus manos eran pequeñas como las de un niño y siempre las tenía ocupadas en alguna labor. Su hijo y su nuera se habían quedado a cargo de la misión que ella había fundado con su marido, y ahora su mayor gozo parecía ser enviarles baúles llenos de ropa, fruta seca y panfletos religiosos. Aun después de pasar tantos años en el calor de la costa de Guinea, seguía convencida de que un buen par de pantalones o una falda podían transformar mágicamente a un hombre o a una mujer en el más perfecto de los seres humanos: un cristiano civilizado, seguro de recibir no sólo la recompensa celestial, sino también la felicidad en la tierra.

Lo que le faltaba en razonamiento y comprensión lo compensaba con buena voluntad; había que agradecerle que no hubiera vacilado en abrir las puertas a tantos visitantes inesperados, y de tres razas diferentes. Todas las dudas que Elizabeth pudiera albergar sobre su plan desaparecieron cuando descubrió que la señora Emory no toleraba la esclavitud, y tampoco parecían interesarle mucho los aspectos legales de la tarea que se les pedía aceptar. Dejaría las leyes de los hombres por cuenta de su

hermano, pero el desafío de brindar comida, ropa y atención médica a tanta gente era una misión personal que le encomendaba su difunto esposo.

No obstante, había un precio que pagar, pues la señora Emory era presa de una curiosidad incontenible. Recibió a Elizabeth a la puerta para ayudarla a quitarse el capote mojado, cloqueando de horror como un reloj de mesa.

—Ya temía que tuviéramos que ir por usted, señora Bonner. ¡Con esta lluvia y sin haber tomado el té! ¿Qué ha estado haciendo todo este tiempo bajo la lluvia? El señor Quincy ha preguntado por usted; quería que le leyera la Biblia. Yo le he dicho que se la leería en cuanto la lluvia la hiciera regresar. Pero ahora se ha ido a dormir; todavía tiene algo de fiebre. En cambio, la señorita Uffa está mucho mejor. ¿Verdad que el Todopoderoso es misericorde? ¡Tantos años en el bosque, sin el consuelo de conocer Su palabra! Pero ya les ha llegado la liberación, sin duda...

—¿Cómo está Stephan? —la interrumpió Elizabeth, con suavidad.

La mujer no opuso resistencia al cambio de tema. Al contrario, asintió con tanto vigor que se le sacudió la papada.

—Oh, muy bien. Se ha tomado dos tazones del caldo que prepara nuestra Katie. ¡Le ha encantado! Y los otros también han comido hasta hartarse y ahora descansan, los pobres corderillos. Ah, el señor Bonner ha preguntado por usted, señora, ¡y qué preocupado se lo veía! Y no le faltan motivos... Demasiada responsabilidad. El mejor de los pastores, pero demasiadas ovejas, ¿no es así? Pero debemos recordar que el Señor es misericordioso. Su marido está en la sala, con el capitán y los otros. Vaya usted, que yo le enviaré a Katie con el té. Oh, ¡mire cómo están sus zapatos!...

—Los secaré en el hogar —dijo Elizabeth.

Cuando se disponía a atravesar el vestíbulo, vio a Katie, que llevaba una bandeja en las manos. Era una africana tan alta como Nathaniel; difícilmente podía pasar desapercibida. Había abandonado África en compañía de sus tres hijos varones porque no quería separarse de la señora Emory. Aunque Elizabeth casi no la había oído hablar, aquella mujer le gustaba por su serenidad y su tranquila eficiencia.

—Vaya, vaya usted, señora Bonner, que Katie preparará la mesa mientras se secan esos zapatos.

Selah estaba sentada en un rincón, dándole el pecho al niño, medio dormida. Elizabeth le cogió al bebé para que pudiera descansar más cómoda. Katie continuó con su trabajo, como si no se percatara de que los esclavos fugitivos no le quitaban los ojos de encima: ¡Una mujer que había abandonado África por propia y libre voluntad!

Por debajo de la mesa, Nathaniel apoyó una mano en la rodilla de su esposa.

—Mañana, Botas, embarcaremos antes de que raye el día.

Elijah volvió su atención a la mesa.

—Si pasa la tormenta.

—Pasaré —dijo Luna Partida, girando la cara hacia Elizabeth—. Ya está pasando. —En las mejillas tenía rasguños profundos, apenas cicatrizados, que ella misma se había hecho al morir su hijo; no obstante, su voz sonaba fuerte y firme, con una dureza que era como la costra sanguinolenta de una herida que no cicatrizaría jamás.

—¿Y Quincy? ¿Podrá viajar?

En torno de la mesa se hizo un breve silencio. El capitán Mudge se inclinó hacia delante, tironeando del manojito de cerdas manchadas de tabaco que le servía de mostacho.

—Quincy se quedará con nosotros —dijo—. Mi hermana lo atenderá hasta que esté en condiciones de viajar.

—Está agonizando —dijo tranquilamente Luna Partida, como si él no hubiera hablado y no hubiera nada que añadir—. Nos despediremos de él antes de partir. ¿Hueso en la Espalda?

Elizabeth se incorporó abruptamente y el bebé lanzó una exclamación de disgusto contra su hombro; su boquita formaba una O perfecta.

—¿Sí?

—Hace un segundo había alguien en la ventana que hay detrás de ti. He oído pisadas.

El capitán gruñó:

—Es la vaca lechera que va camino del establo...

—No era una vaca —lo interrumpió ella—. Era un hombre.

Los tres hombres presentes se levantaron sin decir nada, y echaron mano a sus armas.

—Apartaos —ordenó Nathaniel en voz baja—, hacia el rincón donde está Selah... —Pero se interrumpió al oír el graznido de un cuervo. Una comisura de su boca descendió en un gesto de sorpresa, y de inmediato volvió a subir, con alivio.

—Tres Cuervos. —El capitán Mudge se sentó de nuevo.

—¿Tres Cuervos? —repitió Elizabeth, en tanto su esposo abandonaba la habitación—. ¿El mohicano? —Era un viejo amigo de Ojo de Halcón que iba de vez en cuando a Lago de las Nubes—. ¿Usted lo conoce, capitán?

—En el Gran Lago todos conocemos a ese viejo tunante. Nunca hubo nadie como él para conversar. Como Sary cree poder convertirlo con guiso de venado y cerveza, él siempre viene a casa cuando pasa por aquí. No tiene problemas en escuchar la prédica de mi hermana mientras busca el fondo del vaso. Ah, Tres Cuervos... Sin duda mañana partirá hacia el sur.

Parecía complacido, muy probablemente porque proporcionaba a su hermana otro blanco para ejercer su ministerio, aparte de él.

—Quizá pueda llevar un mensaje a Lago de las Nubes —dijo Elizabeth—. Para tranquilizar a los niños.

La cara de Luna Partida giró hacia la luz de las velas con expresión de angustia.

—La buena suerte aún te acompaña, Hueso en la Espalda —dijo, esta vez en francés, el idioma que usaban entre ellas cuando Elizabeth no sabía mucho de kahnyen'kehàka; el francés las unía y las separaba de los otros—. Tú tienes la oportunidad de consolar a tus hijos.

Bonne chance.

* *

Tres Cuervos era un mohicano recio y menudo, de la misma edad que Ojo de Halcón; sus trenzas grises se veían desaliñadas, y el cuello y los brazos parecían de cuero trenzado. Vestía una mezcla de ropas, en algunas de las cuales se reconocía la mano de la señora Emory; otras, sin embargo, eran las que usaba desde hacía años, incluido el par de perneras de piel de ante, tan gastadas que le colgaban como si fueran tiras de su propia piel. Sobre el pecho llevaba una maraña de cuentas, taleguillas con remedios y dientes ensartados en una correa de cuero; como armas, llevaba sólo un cuchillo y una porra, cuya cabeza tallada representaba a un oso rugiente. Las manos le temblaban, probablemente por los años y la bebida.

—Es esclavo del alcohol —le susurró la señora Emory a Elizabeth cuando entró para saludar al nuevo visitante, con la boca apretada en una línea decidida.

La señora Emory se hizo a un lado, con las manos cruzadas sobre la Biblia, en tanto Tres Cuervos se enfrentaba al guiso que tenía delante; durante un rato lo dejaría con los hombres, para que discutieran sus asuntos. Elizabeth también se conformó con escuchar mientras Nathaniel esbozaba los planes. Confiaba en el criterio de Tres Cuervos (cuando estaba sobrio) y apreciaba mucho su conocimiento del Gran Lago.

El recién llegado rebañó el plato con un trozo de pan.

—En los alrededores hay cazanegros —dijo—. Más que de costumbre. ¿Estáis seguros de que no os han seguido el rastro? —Hablabla inglés con el mismo acento de Ojo de Halcón, suavizando las consonantes y con un ritmo extraño; su voz sonaba ronca, como si estuviera a punto de fallar.

—Podría ser —reconoció Nathaniel—. ¿Dónde los has visto?

—Por todas partes. Al último, hace dos días, en la cola del lago.

Selah carraspeó.

—¿Conoce usted a alguno de ellos, señor?

Tres Cuervos cogió su vaso de cerveza.

—Los conozco a todos. El del lago George, a quien los kahnyen'kehàka llamaban Cuchillo en el Puño, andaba mucho por el norte. Sin duda lo conoces. —Esa última frase fue dirigida a Luna Partida, en su idioma, mientras estudiaba los ojos ciegos e

inexpresivos sin azoro.

—La madre de Cuchillo en el Puño era Abenaki —dijo ella—, pero su hijo le volvió la espalda a su pueblo.

—¿Es un hombre de mi estatura, con una honda cicatriz aquí? —Elizabeth trazó una línea que iba desde la comisura de su boca hasta tocar casi la oreja derecha—. ¿Y le falta un diente?

Tres Cuervos asintió.

—Dye —identificó Nathaniel—. Esperábamos que apareciera, tarde o temprano.

—Tú tal vez, pero yo esperaba poder evitar esa complicación —corrigió su esposa y dio un respingo cuando Mudge descargó el puño contra la mesa.

—¿Y ese tal Dye tiene barco?

Tres Cuervos sacudió la cabeza.

—Sólo un par de perros. Y mal genio.

El capitán volvió a aporrear la mesa, haciendo saltar el plato de peltre.

—Maldita sea... Anda, Sary, tápate los oídos, que voy a usar esas palabras que te ponen tan nerviosa. —Carraspeó, meneando de un lado a otro la mandíbula—. ¡Al diablo con Dye! ¡Y maldita sea su madre! A menos que ese hombre sepa volar, no representa peligro alguno para nosotros. ¿Acaso no llevé a la señora Bonner y a sus hijos hasta Sorel en la época del deshielo, a pesar de que los soldados ingleses iban pisándonos los talones? En el Washington llegaréis todos a Lacolle, sanos y salvos, aunque haya un centenar de esos malditos cazanegros en el lago.

Elizabeth le sonrió con la sonrisa que solía poner para calmar a alguien. Nathaniel había visto sus buenos resultados en casos más graves que el de Grievous Mudge. Y una vez más funcionó.

—Sin duda alguna, capitán —dijo ella—. Por eso hemos recurrido a usted.

* *

Ya avanzada la noche, Nathaniel encontró a Elizabeth sentada a la mesa de la sala, que estaba cubierta de mapas y papeles. A la luz de una vela, afilaba una pluma nueva, con la punta de la lengua apretada entre los dientes en un gesto de concentración. La falta de sueño y las preocupaciones la habían dejado muy pálida; él se entristeció al verla.

—Pasa, Nathaniel —dijo ella, sin levantar la vista. El cortaplumas susurraba al afilar la punta—. Me pone nerviosa que me observes desde la oscuridad.

Él se acercó para estrecharle el hombro y percibió la tensión que allí había.

—Tienes el cuello entumecido.

—Hum... Ya estaba a punto de acostarme, pero necesitaba...

—... repasar otra vez esos papeles.

Los documentos de manumisión y los permisos de viaje estaban pulcramente dispuestos en la mesa, escritos en distintos tipos de papel y con tintas diferentes. Elizabeth había dedicado muchas horas de sueño a trabajar en ellos, pero la verdad era que nunca quedaría satisfecha. A una pregunta suya señalaría todas las imperfecciones: una palabra mal escogida o alguna contradicción en el escrito. Jamás la satisfarían; una vez decidida a violar la ley, no descansaría hasta haber respondido debidamente al desafío.

—He tenido que rehacer los de Quincy. Y eso significa, por supuesto, que he tenido que imitar otra vez la firma de mi padre. Creo que esta vez suena más auténtico. ¿Imaginas cómo se enfadaría si supiera el papel que le hacemos desempeñar en esto? Los muertos no tienen idea de lo útiles que pueden ser en ocasiones. —Bajó la vista a su obra; una comisura de la boca se alzó en renuente diversión—. Tú también tendrás que volver a firmar, Nathaniel —dijo, señalando el pie de la página.

Él cogió el papel y lo leyó en silencio.

A quien corresponda: Sabed que yo, Nathaniel Bonner, del condado de Hamilton, estado de Nueva York, por el poder y la autoridad que me ha concedido la Reunión Anual de la Sociedad de Amigos de Nueva York, traslado a Canadá a doce negros o personas de color manumitidas y liberadas, a saber: Elijah Middleton, de unos treinta y cinco años y tez oscura; Moses Middleton, de unos treinta años, tez amarilla y complexión ligera; su esposa Conny Middleton, mujer de color intermedio y ojos claros, de unos treinta y cinco años, y el hijo de ésta, de unos dieciocho años, mulato. Estos cuatro negros pertenecían al juez Middleton y fueron transferidos por él a dicha Sociedad de Amigos, que posteriormente les dio la manumisión y la libertad. También traslado...

—Botas, si hubieras dispuesto de todo un año, no habrías podido hacerlo mejor.

Una vez que hubo firmado en el sitio que ella le indicaba, dejó la pluma y le masajeó los hombros. Elizabeth soltó un pequeño gemido y se arqueó hacia arriba. Después de un minuto largo, dijo:

—También he escrito una carta para los niños.

Su voz se había suavizado repentinamente. Nathaniel no necesitaba verle la cara para saberlo: estaba a punto de perder el control de las lágrimas que contenía desde hacía días. Se inclinó para rodearla con los brazos y le dijo al oído:

—Eso sí que les hará ilusión. Seguramente se pelearán por tenerla bajo la almohada cuando se acuesten a dormir.

—Espero que sí. Una buena pelea impedirá que se preocupen demasiado por nosotros.

El reloj de la repisa dio las dos. Ella levantó la vista, muy sorprendida.

—¡Qué tarde es! ¿Ha llegado ya Jode?

—Sí, hace más de una hora.

—Menos mal... —Dejó escapar un gran suspiro—. ¿Y vendrá con nosotros a Canadá?

—Luna Partida cree que sí. Pero no lo sabremos con certeza hasta que estemos a bordo del Washington. Y permíteme recordarte que eso será dentro de tres horas.

—Estás preocupado por él.

—Sí —reconoció Nathaniel, con tranquilidad—, me preocupa que pueda perder los estribos en algún momento, y me preocupo por Dye y por los cuarteles de Lacolle. Hay muchas cosas por las que preocuparse, Botas. No necesitamos buscar más motivos.

Ella le apretó la mano con fuerza.

—Saldremos de ésta. Hemos salido de situaciones peores.

—Sí, en efecto. —Nathaniel agachó la cabeza y apagó la vela de un soplo, dejando en la oscuridad el desorden de mapas y documentos. Sólo quedaron los ruidos de la casa dormida y el viento entre los árboles, los olores penetrantes de la vela de sebo, el humo de leña y el guiso de cordero. Y el miedo.

Elizabeth se dejó levantar de la silla y envolver por los brazos de su marido. Era grato estar así con él, lista para dejarse llevar como un niño al lecho, sin desear nada más que el sueño y el olvido durante las pocas horas que restaban hasta el momento de partir hacia el norte. Estaba mucho más asustada de lo que podía admitir: por sí misma, por él, por la gente que dormía en los cuartos de arriba, por sus hijos. Se permitió descansar contra Nathaniel para sentir sencillamente su presencia, su calma y su decisión, más consoladoras que ninguna palabra.

—Podría llevarte en brazos... —dijo él, apretando la boca contra su cabello.

Ella sonrió en la oscuridad, pues era cierto: podía llevarla, y de hecho ya lo estaba haciendo, aun cuando ella caminaba a su lado.



Capítulo 17

Bajaron al barco en fila india por el sendero, como botones de una sarta, sin lámparas ni antorchas que iluminaran el camino. El capitán Mudge iba delante, seguido de cerca por Elijah. Detrás, Luna Partida, con un cordel atado por un extremo a la cintura de su esposo y el otro a su muñeca, tal como los kahnyen'kehàka llevaban en otros tiempos a las mujeres y niños secuestrados.

Elizabeth no habría sabido decir por qué le había acudido esa imagen a la mente, pero se estremeció. Ella era la penúltima de la fila, con Nathaniel cerrando la retaguardia. Tenerlo detrás la hacía sentirse más segura, pero ahora veía ante sí a doce personas que estaban allí sólo porque ella lo había pensado así. Podrían haber viajado por los Bosques Interminables, guiados por Nathaniel, pero ella no quería que estuviera ausente tanto tiempo, y por esa impaciencia suya estaban allí. Tembló, a pesar del capote de paño grueso y las faldas pesadas; el pulso le tamborileaba salvajemente en la garganta.

Un movimiento a su izquierda hizo que se detuviera en seco.

—No hay por qué alarmarse —dijo Nathaniel en voz baja—. Son los hijos de Katie, que montan guardia. Cualquier cazanegros que ronde por aquí tendrá que vérselas primero con ellos.

—Ojalá Jode venga también. —Elizabeth no obtuvo respuesta, pues no había nada que decir; el muchacho acudiría o se quedaría, según su propia decisión.

El olor del lago se iba tornando más fuerte; los rosales silvestres y los enebros que bordeaban el camino fueron dejando sitio a un suelo apisonado y recubierto con miles de conchas. Los cobertizos de los fabricantes de velas y cuerdas montaban guardia entre las sombras, como viejos soldados exhaustos; en una de las puertas había clavado un papel que flameaba débilmente a impulsos de la brisa. Había barriles, cubos, toneles, las ruinas de una canoa y una hoguera apagada, además de los olores característicos de los muelles: metal herrumbroso, pescado podrido, brea y otras cien cosas que Elizabeth no era capaz de nombrar.

Al pie de la plataforma parpadeó una lámpara, mostrando al capitán Mudge. Elijah comenzó a subir, pero Luna Partida, vacilante, giró hacia el calor de la lámpara; su cara era una extraña luna de cobre, suspendida un momento entre la tierra y el agua. Al pisar el muelle, resbaladizo por el rocío y el aceite de pescado, Elizabeth estuvo a punto de perder pie.

En las sombras, bajo su tricornio de capitán, Elizabeth no pudo distinguir las facciones de Mudge, pero percibió la tensión que desprendía: un zumbido como de abejas a distancia. Él subió detrás de Nathaniel, rápido a pesar de su panza, y dio una orden a los marineros —hombres diestros, silenciosos y bien pagados, según había

prometido— para que alzarán las velas.

Ya no había manera de echarse atrás. Elizabeth vaciló ante la barandilla, atrapada por la visión del cielo, que se iluminaba en el este. Pronto saldría el sol. Cuando volviera a ponerse, ya habrían cubierto más de la mitad del camino hasta Canadá, si los vientos eran favorables, claro, y si los agentes de aduana, los cazadores de recompensas y los guardias fronterizos apartaban la mirada.

Nathaniel le tocó el codo con la mano y Elizabeth fue tras los otros a la cabina de popa. Allí estaba Jode, alto y desafiante. Cuando vio a Luna Partida, apartó los ojos y enderezó los hombros, desprendiéndose del niño interior que deseaba acercarse a ella y apoyar la cabeza en su seno.

* *

Había olvidado el ruido que hacía un barco: madera, cuerdas, velas y viento, todos gimiendo a una en un barullo que escocía hasta meterse bajo la piel. Todos ellos estaban apiñados en la cabina de popa, que servía como alojamiento del capitán y cuarto de mapas, con espacio apenas suficiente para cuatro. Selah y Luna Partida ocuparon la litera; Stephan, el más débil de los hombres, la única silla; unos se sentaron en la mesa de mapas, y otros, en el suelo, hombro contra hombro. Todos guardaban silencio, escuchando el viento que impulsaba al Washington como a uno de esos insectos que flotan sobre la superficie de los estanques.

Elizabeth temía que no pudiera dormir nunca más, pero se llevó una sorpresa; estaba sentada frente a Uffa, observando su cara delgada y solemne, y al momento siguiente se despertó en una cabina llena de barras luminosas, deslumbrada por los rayos de sol que penetraban a través de las persianas que daban a cubierta.

—He soñado con Julián —dijo en voz alta, para oír su propia voz.

—Siempre sueñas con tu hermano cuando viajas en barco. —Nathaniel sacó el brazo con que le sostenía la cabeza y lo flexionó para aflojar los músculos entumecidos.

Pico le ofreció un cazo de agua del barril que había junto a la puerta. Ella bebió la mayor parte y usó el resto para enjuagarse los ojos, a fin de abrirlos al día.

—¿Dónde está Jode? ¿O él también ha sido un sueño?

Nathaniel torció la boca hacia abajo.

—Está arriba, en cubierta, con Isaiah.

—¿Y te parece buena idea?

Él se encogió de hombros.

—Con tal de que no nos apiñemos todos allí arriba al mismo tiempo...

—De dos en dos, como Noé. —La sonrisa de Uffa atemperaba lo extraño de su

voz, ronca y casi inexpresiva. Ofreció a Elizabeth un saco abierto—. ¿Tienes hambre?

En cada saco de lona la señora Emory había puesto comida variada y en cantidad: fiambre de venado, pan de maíz con frutas secas, galletas con grasa de cerdo, morcillas, cebollas asadas, orejones de manzanas y peras y un queso picante que se deshacía contra la lengua. Elizabeth cogió un orejón de manzana y un trozo de pan de maíz; como vio que la mujer arrugaba la frente, cogió también un poco de embutido.

Los hombres comían en silencio, pero las mujeres susurraban entre sí en inglés, kahnyen'kehàka y holandés. Luna Partida, Selah, Conny, Flora, Uffa, Dorcas... Elizabeth contempló las caras, una a una, y las recordó tal como las había visto por primera vez, llorando silenciosamente sobre una tumba recién abierta en la tierra del bosque. Estaban exhaustas, pero ni el dolor ni la dura caminata hasta el lago habían bastado para quebrarlas. Vestidas con la ropa que la señora Emory les había proporcionado, teñida de cualquier modo en tonos grises, parecían gorriones en invierno, apiñados para conservar el calor y dispuestos a aceptar el consuelo y la esperanza dondequiera los encontraran.

Los hombres la preocupaban más. Stephan, por lo frágil de su salud; Charlie, por lo prolongado de su silencio (ella no recordaba haberle oído más de cinco palabras seguidas); Pico y Marcus, por lo profundo de su duelo; Jode y Elijah, por la fuerza de su ira, que el gris de los cuáqueros no podía opacar ni siquiera disimular.

—¿Quieres un trozo del pan africano de Katie?

Elizabeth dejó a un lado sus pensamientos. Dorcas tenía los ojos del color del brandy, una voz suave y dulce y una masa de tejido cicatrizado en la mejilla, allí donde en otro tiempo la habían marcado a fuego. Una F, había explicado ella, dibujando la forma en el aire con un dedo. De «fugitiva». Y había abierto la taleguilla que le colgaba del cuello para mostrarle esa parte de ella que se había negado a conservar, pero de la que tampoco podía desprenderse: un rizo de carne seco y marchito. «Para no olvidar jamás».

—Ya no hace falta hablar en susurros —les dijo Elizabeth—. Podéis cantar a todo pulmón; aquí nadie os oirá.

Sin embargo, las mujeres sonrieron con asombro e inquietud, como si les hubiera dicho que podían volar.

Se abrió la puerta y apareció Jode, torpe e incómodo, vestido con chaqueta de piel, camisa y bombachos. Lo seguía Elijah, que llevaba en las manos algo parecido a un gran trozo de hueso pulido.

—¿Qué traes ahí? —preguntó Dorcas, levantándose para ver mejor.

Elijah pasó entre la gente y se dirigió a donde estaba Luna Partida.

—Un diente. Al menos eso es lo que dice el viejo marinero. Dice que Luna Partida podrá explicarnos qué es.

En verdad parecía un diente, con tres largas raíces en forma de tenaza, pero del tamaño de un puño. Elijah lo depositó entre las manos ahuecadas de su esposa. Ésta deslizó los dedos por la superficie, lo sopesó y lo alzó para olfatearlo.

—¿Qué viejo marinero? —preguntó Elizabeth.

—El pequeño, el del gorro colorado. Dice llamarse Tim Card.

—¡Tim Card! —Ella apoyó una mano en el brazo de Nathaniel—. ¿Recuerdas que te hablé de él? Estaba a bordo la última vez que navegué con el capitán Mudge. ¡Oh, cuenta unas historias increíbles! Historias de piratas, de bucaneros, de Button Bay...

Selah comentó:

—Supongo que debe de haber alguna buena historia detrás de este diente gigantesco. —Había cogido la pieza y le daba vueltas en las manos—. Mirad, aquí hay unos surcos. Como de roer.

—El viejo dice que es el diente de un ángel —aclaró Jode, que no se había movido de su sitio, junto a la puerta—. Dice que en los ríos, si se excava, se encuentran huesos de ángeles que cayeron en la batalla por el cielo.

—Nunca pensé que vería huesos de ángel —musitó Stephan, todavía algo ronco por la fiebre pasada.

—Ese viejo marinero nos ha dicho que, donde encontró este diente, había huesos de pierna que medían casi seis metros de largo —continuó el muchacho; su tono era tímido, como siempre, pero su rostro no podía disimular el entusiasmo—. Pero yo no creo en los ángeles.

Pico se levantó y le golpeó en el hombro con uno de los panfletos religiosos de la señora Emory.

—¿Cómo sabes que ese diente no es de ángel?

El muchacho lanzó un bufido y apartó la vista. Conny dijo:

—Pues yo sí creo. Hace un par de días, la señora Emory me leyó en la Biblia que unos ángeles grandes bajaron a la tierra.

—Los ángeles no tienen nada que ver con esto. —Uffa, con el entrecejo arrugado, contemplaba el diente que Stephan sostenía en las manos—. Eran gigantes, ¿no? —Se volvió hacia Elizabeth.

—Del Génesis —confirmó ella.

—Anda, cita. —Nathaniel le dio un leve codazo, sin molestarse en disimular la sonrisa—. No te retengas.

Ella le devolvió el codazo, pero alzó la voz para que oyeran todos.

—«En aquellos tiempos había gigantes en la tierra, y también después, cuando los hijos de Dios hubieron venido a las hijas de los hombres y ellas les dieron hijos; éstos fueron los héroes, que desde antaño eran hombres renombrados».

—Debe de tener como cien libros metidos en esa cabeza. —Selah sonrió desde el

otro lado de la cabina—. No me explico cómo hace para recordar todas esas palabras.

—Lo que yo quiero saber es cómo se llega de los gigantes de la tierra a los ángeles caídos —dijo Flora, desdeñosa—. Y quién sabe si ese diente es auténtico. Podría ser una talla de marfil. O de alguna madera. Nathaniel no ha dicho una palabra. Y tú tampoco, Luna Partida. ¿Es auténtico?

Nathaniel dijo:

—Es auténtico. He visto huesos como ése. Y Luna Partida también.

Todos se quedaron muy quietos; en las caras brillaban grados diferentes de inquietud e interés. Jode parecía simplemente irritado.

—Nunca nos has contado cuentos de gigantes —le dijo a Luna Partida.

Ella se volvió hacia él. A la intensa luz de la mañana, las cicatrices de su cara se destacaban en surcos carmesíes, como si se hubiera pintado para el combate. Incluyó la cabeza a un lado con una discreta sonrisa, como las que muestran las madres a sus hijos impacientes.

—Existen centenares de leyendas —dijo—. Pasarán muchos años antes de que las hayas escuchado todas, y aún tardarás más en comprenderlas.

Lo dijo con suavidad, pero Jode dejó caer la cabeza como si le hubiera gritado.

—¿Puedes contarnos alguna? —Dorcas se inclinó hacia delante—. Nos ayudará a pasar el rato.

Luna Partida prolongó el silencio. Por fin carraspeó e inundó con su voz la pequeña cabina.

—En la casa comunal, mis padres me contaron la historia de los gigantes que vivieron hace mucho tiempo entre nosotros. Me hablaron de Weetucks, que era alto como el más alto de los árboles. Y de su hermano, Maughkompos, que era más alto aún. Maughkompos, de pie en el medio del gran río, podía atrapar con una mano un esturión grande como un hombre. Weetucks era capaz de derribar de un golpe a la Hermana Osa cuando se escondía de él trepando a un árbol. No había animal lo bastante veloz para ponerse a salvo de la raza de los gigantes. No había dientes tan largos que pudieran herirlos ni garras lo bastante afiladas.

»Eran buenos cazadores y poco a poco fueron exterminando a muchos de los animales del bosque y ahuyentando a los otros. El venado, el oso, el alce, el búfalo, el castor: todos se fueron hacia el norte lejano, donde la tierra no estaba habitada por gigantes. Y nuestros cazadores volvían a casa con las manos vacías, y la gente tenía hambre y frío, pues no había carne, ni tampoco una sola piel de castor con que abrigarse.

»El Amo de la Vida, al ver las tribulaciones que habían causado los gigantes entre su pueblo, se enfureció. Convocó al rayo, los castigó a todos y barrió su raza de la tierra. Sin embargo, dejó los huesos para que mi pueblo no olvidara a los gigantes y recordara cómo habían provocado su fin.

—Codicia —anunció Dorcas, pasando del kahnyen'kehàka al inglés—. Fue por la codicia.

De pronto Charlie se levantó, tembloroso. Era un hombre de mediana edad, bajo de estatura, pero de constitución fuerte. A Elizabeth le recordaba al roble partido que había delante de su escuela: no sólo por su complexión, sino porque la pérdida de su esposa y de su hija parecía haberlo golpeado profundamente. Durante el día iba como sonámbulo y a menudo se le oía sollozar en sueños.

—Y por el pecado del orgullo —anunció con voz dura, alzando los puños a la altura de la cara—. Por el orgullo llegó la caída. Los ángeles cayeron, y los gigantes, y nosotros también. Dios mandó esa fiebre para castigarnos por nuestro orgullo. Nos volvimos orgullosos y Él nos castigó. Se llevó a los niños. —Paseó la mirada por todos ellos, señalando con un dedo trémulo—. Se llevó a tu Joshua. Y a tu Mariah. Y a Billy. Y a mi niña, mi dulce niña, mi Meg. —Luego se volvió hacia Selah—. Se llevó a nuestros hijos y también se llevará al tuyo.

De pronto se derrumbó, tan súbitamente como se había levantado. Con las rodillas recogidas hasta la cara, se inclinó hacia delante como si quisiera desaparecer dentro de sí mismo.

Todas las mujeres se giraron a un tiempo hacia Selah, pero ésta levantó una mano para detenerlas, al tiempo que movía levemente la cabeza. Luego abandonó la litera donde estaba sentada, con su hijo en el regazo, y cruzó la habitación hacia Charlie. En la cubierta sonó un silbato y la voz del capitán, que daba una orden. La muchacha se agachó junto a Charlie y le puso una mano en la cabeza, sin decir palabra. Todos esperaron con ella, hasta que un escalofrío sacudió los hombros curvados del hombre, que levantó la cabeza.

Los dos se miraron durante un largo rato: la joven y el hombre maduro; las lágrimas corrían sin freno por la barba crecida de aquellas mejillas flojas. Selah no sonreía, pero en su expresión había una franqueza, una búsqueda que pareció alcanzarlo. Charlie parpadeó una y otra vez, moviendo la boca sin emitir sonido alguno.

—¿Quieres sostenerme al niño? —dijo Selah—. Me gustaría ir a estirar las piernas, pero tengo miedo de subir con él a cubierta. ¿Puedes cuidármelo? Se llama Galileo, como su abuelo.

Charlie tragó saliva con tanta dificultad que se le contrajeron los músculos de la garganta. Luego dijo:

—Galileo fue quien me mostró el camino a Roca Bermeja.

—Pues éste es su nieto —aclaró Selah, con su voz más serena—. ¿Me lo cuidarías un rato? Te lo agradeceré.

Lo recorrió un escalofrío. Durante un largo instante nadie se movió, nadie respiró siquiera. Por fin, el hombre irguió poco a poco los hombros y la espalda, y finalmente

aflojó los puños.

Ella depositó al niño dormido en la cuna que Charlie hacía con los brazos. El bebé se movió en sueños, parpadeando, y chasqueó ruidosamente con la boca hasta dormirse otra vez.

—Gracias —dijo Selah, mientras se incorporaba. Luego se volvió hacia Elizabeth y Nathaniel—: ¿Me acompañáis a cubierta? Me gustaría caminar un poco.

* *

El día pasó con lentitud, repartido entre los paseos por cubierta y la cabina, la comida, el sueño y la charla. Aprovecharon para revisar y limpiar las armas, que habían subido a bordo en plena noche y habían escondido detrás de un mamparo falso. Los cuáqueros no portaban armas, y como tales debían pasar ellos a Canadá; por más que no les hiciera gracia, las escopetas, los mosquetes y los cuchillos de caza debían volver a su escondrijo.

A cada barco que pasaba sin reparar en ellos, la sonrisa de Elizabeth se hacía menos forzada. En general eran navíos mercantes, goletas y grandes balsas que bordeaban la costa; en un par de ocasiones, un cúter de la Armada se les puso a la par, pero ni los miraron. Nathaniel vio que el humor de su esposa mejoraba, complacida por el buen ánimo que reinaba en la cabina atestada, donde los viajeros se entretenían contando relatos, a cual más extraordinario.

Se contaban travesuras de la infancia, historias de arañas burladas por moscas y de gatos ridiculizados por ratones, de personas a las que les habían crecido alas, de brujas cuyas pócimas de amor volvían infelices a quienes las bebían. Pico narró la historia de una rana embutida en unos bombachos y Elizabeth lloró de risa. No hablaban de las muertes ni de las tumbas excavadas hacía poco, ni de la fuga hacia el norte, ni de lo que habían dejado atrás; tampoco hablaban del futuro ni de la vida que llevarían en Canadá.

A cada historia, retrocedía un poco el miedo que les había dado energías para llegar tan lejos. Poco a poco empezaban a interesarse por el mundo que se extendía fuera de la cabina; incluso Charlie, a quien el diente del gigante había arrancado de su dolor. Todos salían a cubierta durante algunos minutos para contemplar el paisaje de la orilla, el resplandor azul de las montañas que se alzaban hacia el oeste, el verde asombroso de los bosques que llegaban hasta la ribera. Jode subía cada vez más a menudo, atraído por el aire fresco, el fuerte viento y el espectáculo de los marineros en actividad. A lo largo del día fueron subiendo por turnos, de dos en dos o de tres en tres. Nathaniel los observaba desde la ventana que daba a la cubierta y escuchaba fragmentos de sus conversaciones.

Todo les llamaba la atención: las velas, el timón, el cabrestante..., e intercambiaban preguntas sin respuesta sobre lo que veían en la margen: cuánto tiempo llevaría aquel casco podrido encallado en la orilla y cómo habría llegado hasta allí; cuántas clases de patos habitaban aquellas aguas; si un hombre fuerte podría nadar de una ribera a la otra; cuánto se tardaría en construir aquellas grandes balsas que llevaban los troncos a los aserraderos. A veces el capitán Mudge se acercaba para ofrecerles algún tipo de información sobre los lugares por los que pasaban, y Tim Card encontraba en ellos un público bien dispuesto, cuando podía robar unos minutos a su tarea.

Al viejo marinero nunca le faltaban historias que contar; le bastaba contemplar el lago para que se le ocurriera alguna. Nathaniel escuchaba a través de la ventanilla sus relatos, en los que intercalaba fragmentos de cuentos indios, mitos, guerras e historias bíblicas. Formaban un cuadro extraño: el menudo Tim Card, con su barbilla erizada y las mechadas blancas que le asomaban por los agujeros de la gorra, rodeado de negros que lo doblaban en tamaño, pero que inclinaban cortésmente la cabeza y escuchaban con sincero interés sus historias de contrabandistas y ángeles caídos y sus cuentos, que ilustraban la falsedad de los políticos conservadores.

Elizabeth fue a apoyarse en el alféizar, junto a su esposo. Cruzada de brazos, escuchaba con una leve sonrisa, mientras Tim señalaba puntos de la costa y volvía a librar, paso a paso, la batalla de Champlain y el incendio de la flota norteamericana. Su voz les llegaba por fragmentos: «El general Arnold...», «... se lo robaron bajo las narices...», «Los hizo correr como...».

Vestida de gris, como los cuáqueros, Elizabeth parecía otra persona, más pequeña, más contenida. Pero cuando se giró para sonreír a su marido, el fuego y la lucha aún brillaban en su cara. Alargó una mano hacia él y Nathaniel la recorrió con sus dedos; luego se la apretó contra la boca y le tocó la piel con la lengua. Ella dio un brinco y apartó la mano; su mirada quería ser una reprimenda, pero no llegó a disimular la chispa que él le había encendido.

Elizabeth frunció los labios y señaló con la barbilla a los hombres que acompañaban a Tim Card.

—A cada minuto que pasa, se les ve mejor.

Nathaniel le puso una mano sobre el hombro.

—Eso justamente estaba pensando de ti, Botas.

—¿De verdad? —Ella levantó la cara, pálida y sincera, mostrándole su sorpresa. El gris de sus ojos parecía plata a la luz del sol; por primera vez él le descubrió una hebra blanca en el pelo. En ese momento pudo ver a la anciana resuelta que llegaría a ser algún día.

—¿Qué estarías haciendo ahora si no hubieras abandonado Inglaterra? —preguntó.

Ella inclinó la cabeza.

—Cuidaría de los hijos de mi prima, visitaría a mi hermano encarcelado por deudas y copiaría fragmentos de libros de la biblioteca. ¿Qué opinas?

—A veces me pregunto si a estas alturas no habrías escrito ya un montón de libros, como esa señora Wollstonecraft.

Elizabeth se llevó la mano a la boca, riendo.

—Eso es nuevo, Nathaniel. Por lo general, cuando te atacan los remordimientos y te preocupas por mi bienestar, te limitas a decirme que en Inglaterra no habría corrido tantos peligros. Y ahora piensas que he renunciado a la fortuna y la fama de escritora para venir a los bosques. ¡Qué imaginación!

Nathaniel le rodeó los hombros con un brazo y la acercó hacia él.

—Que no habrías corrido tantos peligros es verdad.

Elizabeth apretó la cara contra su pecho; le temblaban los hombros de risa, y él sintió el calor de su aliento húmedo a través de la camisa.

—Si continúas riéndote de mí, tendré que ponerme serio, y tendremos una de esas discusiones que tanto te gustan. —Se lo dijo al oído. La risa de ella se convirtió en un estremecimiento de otra clase—. Cuando estemos solos.

Ella se apartó.

—No seas tonto —dijo, mientras se tocaba la cara con el pañuelo que había sacado de la manga—. Para estar solos faltan al menos dos días, Nathaniel Bonner. Tendrás que reservar tu... sermón hasta entonces.

Y se escabulló, riendo abiertamente, antes de que él pudiera inmovilizarla contra el mamparo para demostrarle que estaba equivocada.

Un griterío en cubierta la clavó donde estaba y se le borró la risa. La puerta se abrió de par en par y apareció Elijah, seguido por Jode y Pico.

—Nos ponemos al paio. —Elijah lo dijo sin expresión; su voz casi se perdió en el ruido que provenía de la cubierta: órdenes de viva voz, crujidos del barco y marineros trabajando deprisa.

—¿Qué pasa? —preguntó Luna Partida—. ¿Por qué perdemos velocidad?

Nathaniel se asomó por la ventana para repetir la pregunta a uno de los marineros, que pasaba corriendo. No le gustó la respuesta, pero aun así la transmitió.

—Los de aduanas nos han hecho señales. Van a subir a bordo.

—¡Pero si aún faltan horas para llegar a la frontera! —Elizabeth hizo un esfuerzo por hablar con serenidad, pero era inútil: en la cabina todas las caras estaban contraídas de miedo.

—Ha sucedido mucho antes de lo que esperábamos, pero de nada sirve asustarse.

Con esas palabras Nathaniel consiguió lo que buscaba: su esposa le disparó una mirada dura y su miedo cedió paso a la indignación. Antes de que ella pudiera protestar, él se inclinó y la miró directamente a los ojos.

—Te has enfrentado al gobernador del Bajo Canadá, a criminales comunes, a Jack Lingo y a varios pares del reino, Botas. Así que creo que podrás vértelas con unos pocos agentes de aduanas. —Luego giró hacia los otros, mientras descolgaba su sombrero del clavo. Era de ala ancha y copa baja, como el que llevaban los cuáqueros —. Cubríos la cabeza y poneos serios. Subiremos todos a cubierta a tomar el aire.

Jode dio un paso hacia el mamparo falso. Elijah se interpuso y le apoyó una mano en el hombro sin decir nada. El muchacho se desprendió con una sacudida, pero no pudo sostenerle la mirada. Cuando bajó los ojos, Elijah ordenó:

—No te separes de Luna Partida.

* *

No era la primera vez que Elizabeth trataba con funcionarios de aduana; ya antes había navegado en ese barco por esas aguas, cuando Nathaniel y su padre estaban presos por espionaje en Canadá, pero aquella vez estaba demasiado preocupada, pensando en cómo sacarlos de la cárcel antes de que los ejecutaran, como para prestar atención a esos detalles.

Pero ahora debía hacerlo. Y lo que veía no le gustaba nada. Estaban entrando en una zona de islas y bajíos que serpenteaban a lo largo de la ribera de Nueva York. Hacia el este, en una de las islas, había un pequeño puerto con un puñado de goletas y cúteres anclados; uno de ellos enarbolaba la enseña de la Armada norteamericana y otro pertenecía a la patrulla aduanera. Pero lo que más les inquietó fue el bote canadiense que navegaba hacia ellos, seguido por dos canoas. Elizabeth distinguió a varios funcionarios de aduanas, escoltados por hombres de la Marina.

—¿Marinos con funcionarios de aduana? ¿Eso es normal?

Nathaniel se encogió de hombros.

—A mí me preocupan más las canoas.

—Parecen kahnyen'kehàka —observó ella—. ¿Los conoces?

—En la que está más lejos veo a Ave de Piedra. Tal vez haya estado comerciando lago abajo.

Elizabeth captó el tono de su voz, tenso e intranquilo, y continuó observando.

—Tal vez vayan hacia Buenos Pastos. Eso estaría bien, así no viajaríamos solos.

Y se interrumpió, pues en ese momento comprendió lo que veía, a quién veía, en la otra canoa. La más cercana. Había dos hombres, y uno de ellos era Liam Kirby. Nathaniel vio que se tambaleaba y la sujetó por el codo.

—Tranquila —susurró—. Tranquila.

—Pero...

Él le apretó en el brazo, al punto de hacerle un moretón.

—Disimula.

«Disimula». El pánico le subía por la columna como un montón de avispas. Sacudió la cabeza para despejarla; cuando volvió a mirar, Liam Kirby seguía allí, remando hacia ellos; en la hora dorada que precede al crepúsculo, la luz daba a su pelo un rojo tan intenso y sorprendente que no podía haber error. En unos segundos más estaría en el Washington.

La mente de Elizabeth funcionaba a toda prisa, pero sólo podía pensar en Liam, de pie entre las sombras húmedas de la taberna; recordó la ira grabada en los huesos de su cara cuando hablaba de su hermano. Si quería vengarse de Nathaniel, en esa cubierta encontraría la forma de hacerlo.

Nathaniel la estrechó y le habló tan bajo que ella apenas pudo oír.

—Creo que no nos ha visto. El ángulo no se lo permite. Ven.

Ella lo siguió sin decir palabra hasta la barandilla opuesta, donde estaban los fugitivos. Nathaniel tenía ese talento singular: la capacidad de moverse por el mundo en las peores circunstancias como si cruzara el porche de su casa en un día de sol. Era una habilidad por la que Elizabeth habría pagado un alto precio, sobre todo en ese momento. Respiró profundamente tres veces.

No había escapatoria. No podían huir. No tenían más armas que el ingenio. Ella sofocó un sonido histérico, más risa que grito.

—¡Ah del barco!

El capitán Mudge alzó la voz hacia el bote que se aproximaba. Estaba de pie ante la barandilla, con las manos cruzadas a la espalda y la barba flameando en la brisa como un estandarte harapiento; era la viva imagen del viejo marino muy a gusto en esas aguas. No parecían preocuparle en absoluto los funcionarios de aduana, las canoas ni cosa alguna. Claro que él no sabía nada de Liam.

—¿Qué hacemos?

—Conservar la calma.

Una ira creciente barrió el miedo de Elizabeth. Ira contra Liam Kirby, contra Nathaniel y, sobre todo, contra sí misma. No pudo por menos que mirar aquellas caras, ya tan familiares. Aquellas gentes habían soportado muchos males y ella los había llevado hasta allí. Habían hecho mal en no escuchar a Jode, que estaba de pie ante la barandilla, con Selah a un lado y Luna Partida al otro. Las mujeres, preocupadas por él, lo retenían como a un niño sujeto con una trailla.

El bote golpeó contra el Washington y un funcionario de aduana trepó por la escalerilla, menudo y vivaz, y fijó sus ojos oscuros y rápidos en el capitán. Luego, con una fuerte exclamación, estrechó la mano de Mudge con las dos suyas, sacudiéndola enérgicamente.

—Es Jed Allen —le susurró Nathaniel a Elizabeth.

—¿Otro Allen?

Él se encogió de hombros; en su mejilla, un músculo latía suavemente.

—En este lago no puedes escupir sin dar con un Allen.

Elizabeth trató de aclarar sus ideas. Esa noticia ¿era buena o mala?

—¿Crees que te reconocerá? —preguntó.

—Lo dudo. Hace más de veinte años que no nos vemos.

El capitán y su primo se intercambiaban novedades, pero ella no podía concentrarse más que en el punto por donde asomaría la cara de Liam Kirby. En cuanto subiera a bordo, los señalaría como impostores y delincuentes; no se llevaría sólo a Selah y a su hijo, sino a todos. Del primero al último. El miedo, en su vientre, bramaba como un mar caliente y viscoso.

Jed Allen se asomó por la barandilla y gritó hacia el bote:

—¡Señor Thistlewaite! ¡Lo necesito aquí!

—El escribiente —susurró Nathaniel al oído de su esposa, dando un paso atrás para poder hablarle sin dejar de observar lo que sucedía—. Si Kirby sube a bordo y te ve, hay una posibilidad de que no nos denuncie. Tal vez no quiera que vayas a la cárcel.

—¿Y Selah? —siseó ella—. ¿Dónde va a esconderse?

Mientras lo decía supo la respuesta: no había dónde. Para llegar al mamparo falso donde estaban las armas, tendría que cruzar el barco en toda su longitud, y eso sería como agitar una bandera.

—Ahí viene el escribiente. Muéstrate serena y no te vuelvas a mirar.

El señor Thistlewaite era un hombre entrado en años, pero trepó con la agilidad de un muchacho y aterrizó en cubierta con un golpe sordo. Llevaba consigo un gran libro de registro en un cabestrillo que le cruzaba el pecho y un lápiz de grafito en la boca, como si fuera una pipa; pero lo más importante era que vestía más o menos como ellos: todo de gris, con el pelo cortado en línea recta sobre la frente. Era cuáquero. Sin duda, eso debía de ser bueno.

—¡Señor Thistlewaite! —gritó Jed Allen—. ¿Está listo?

El anciano abrió trabajosamente el gran libro sobre un barril, se quitó el lápiz de la boca y asintió con la cabeza.

—Sí, naturalmente.

—¡Tome nota de la carga!

Ahora que había iniciado la tarea, la voz del señor Allen era toda trueno y ladrido; no obstante, su primo, el capitán, no parecía en absoluto intimidado. Mientras se peinaba la barba con los dedos, echó un vistazo a los hombres que aún no habían subido. «Está mirando a Liam —pensó Elizabeth—, pero no lo sabe».

—Una docena de arcones de clavo y tres docenas de barriles de potasa —recitó Mudge—. Pero no hay necesidad de apuntar eso, hombre. No va a Canadá. No voy a pagar impuestos por algo que se va a quedar en el estado de Nueva York. Lo que

transportamos son pasajeros, como ves. Misioneros cuáqueros.

Los dos hombres volvieron la mirada hacia ellos: el señor Thistlewaite, bizqueando tras las gafas, y Allen, estirando el cuello hacia delante, como los pollos al tragar.

—Cuáqueros, buen Dios. —El agente de aduanas parecía reparar en ellos por primera vez—. ¿De dónde has sacado misioneros cuáqueros, Grievous? ¡Y negros, por añadidura!

—Van a predicar entre los mohawk —explicó el capitán, sin prestar atención a la pregunta que le había formulado—. Buen trabajo les espera.

—Conque los mohawk, ¿eh? ¿Ha oído usted eso, señor Thistlewaite?

—Lo he oído, sí.

—¿Y qué piensa de eso?

El hombre parpadeó, sorprendido.

—No hay mucho que pensar. Es la obra de Dios.

El bote golpeó otra vez contra el Washington y el escribiente echó un vistazo hacia el agua. Cuando levantó la cabeza, su mirada se cruzó con la de Elizabeth y la sostuvo durante un momento demasiado largo.

El señor Allen se volvió hacia el capitán.

—Te han mostrado sus papeles, ¿verdad, Grievous?

—Sí —aseguró Mudge, muy solemne—. Parecen estar en orden.

—Con eso me basta. ¿Le basta a usted también, señor Thistlewaite, o quiere registrarlo todo en su libro?

Elizabeth se apretó el pañuelo contra la boca, mientras el anciano se debatía en la duda. Detrás de las gafas, sus ojos se veían muy grandes, más que humanos, casi de búho, como si pudieran ver en las sombras y en los rincones oscuros. Servía a dos amos: su propia conciencia y el trabajo que le había sido confiado. Todo eso era visible en su cara; pero cuando miró a los viajeros, asomó algo más: piedad y resignación.

—No, señor, por cierto —dijo al fin—. Pero el señor Cobb y su socio esperan ahí, señor. Él querrá echar un vistazo.

«El señor Cobb...» Elizabeth debió de hacer algún ruido con la garganta, pues Nathaniel volvió a apretarle el brazo con fuerza.

«En la ciudad hay un cazanegros llamado Cobb... No mente al diablo, que podría aparecer».

—¡Malditos cazanegros! —ladró el señor Allen—. Llevan una semana inspeccionando todos los barcos que pasan por aquí, sin descubrir a un solo fugitivo. Éste es el capitán Grievous Mudge, señor Thistlewaite. Si Grievous ha visto sus papeles y está conforme, el señor Cobb también debe conformarse.

—Sí, señor —reconoció el anciano—. Pero ya sube, y también el señor Kirby.

Una súbita calma invadió a Elizabeth, como si fuera un recipiente lleno de miedo, a punto de desbordarse. Luego vio que Nathaniel volvía la cabeza hacia unas voces apagadas y repiqueteos de metal. Ella también se giró.

Allí estaba Luna Partida, con el bebé en brazos. Selah, de pie ante la barandilla, sostenía en las manos un barril con diez kilos de clavos y una maraña de cuerdas enredadas a los brazos y al cuello. Nada en su expresión revelaba miedo: sólo decisión. Estaba a cuatro pasos de distancia. Cruzó una mirada con Elizabeth y sus labios dibujaron una sola palabra: «Curiosity».

Con el tonel entre los brazos, Selah se lanzó sobre la barandilla, silenciosa y grácil como un ave que se tirara en picado desde un acantilado, y desapareció en el lago, justo cuando los cazadores de recompensas abordaban el Washington.

* *

Elizabeth se desmayó. Cuando volvió en sí, momentos después, aún estaba de pie, suspendida entre Nathaniel y Jode: dos hombres fuertes, estremecidos por una cólera que no se atrevían a liberar. Los viajeros, en torno suyo, estaban atónitos y aturridos por el miedo. Y Selah ya no estaba entre ellos; había desaparecido.

Elizabeth oyó un gimoteo que surgía de su propia garganta. El brazo de Nathaniel se tensó contra su espalda. De su boca brotó un susurro incomprensible, que repetía los mismos sonidos una y otra vez, hasta que empezaron a cobrar sentido. No estaban destinados sólo a ella, sino también a Jode: era un grave cántico en kahnyen'kehàka.

—Se ha sacrificado por el niño. Ahora piensa en el niño. Piensa en el niño.

El nieto de Curiosity. Detrás de ellos, el pequeño se revolvía con un pequeño llanto entrecortado de hipo. Elizabeth se liberó con una sacudida y se volvió hacia él. Luna Partida lo acunaba contra su pecho, canturreándole. La canción fúnebre de su madre.

Ella cogió al bebé sin decir palabra; el peso y la solidez de la criatura le devolvieron la razón y la anclaron entre los vivos. Ajustó su respiración a la del niño que había ayudado a nacer y que ahora debería entregar a su abuela.

Se obligó a levantar la cabeza para mirar a los hombres que iban a detenerla.

Enfrente de ella estaba el señor Cobb, un hombre poco llamativo que inspeccionaba los papeles que ella había falsificado con tanto esmero. No tenía aspecto de perro rabioso; más bien parecía un viajero que hubiera pasado mucho tiempo en los caminos, malhumorado y exhausto. Liam se mantenía aparte, tan lejos de ellos como podía, con los brazos cruzados contra el pecho y la expresión inescrutable. Selah había decidido huir de aquellos dos hombres, pero los otros no podían; ni tampoco su hijo.

Elizabeth buscó la mirada de Liam y se la sostuvo. Vio que su expresión pasaba de la certeza justiciera a la incertidumbre, de la incertidumbre al enojo, del enojo a la incomodidad. Durante un momento él apartó la vista, pues el señor Thistlewaite le hablaba; luego volvió a mirarla, vacilante, como el niño atraído por el fuego de cuyo peligro está advertido.

El niño gimoteó en brazos de Elizabeth, y ella le dio a chupar el meñique, sin dejar de sostener la mirada a Liam. Si quería traicionarlos, tendría que hacerlo mirándola a los ojos, sabiendo lo que causaba.

Cobb le hacía preguntas a Nathaniel, que éste respondía con la más serena de las voces, como si el mundo fuera un lugar cuerdo y razonable. Repitió, palabra por palabra, las respuestas que habían ensayado juntos. Mientras tanto, Elizabeth seguía mirando a Liam a los ojos. Y siguió así mientras Cobb leía los nombres en voz alta para compararlos con las caras que identificaban.

Se produjo otro largo silencio mientras Cobb estudiaba los documentos, con el aire de un escolar que intenta resolver un cálculo matemático. Entre sus cejas apareció una arruga.

—En la lista hay doce negros, pero sólo veo once. Falta una joven.

—Murió al dar a luz —dijo Nathaniel.

En parte, era verdad. Elizabeth se estremeció al oírlo.

Cobb miró un momento al niño que ella tenía en brazos y luego gruñó:

—¿Y esa piel roja? Aquí no se la menciona.

En la mejilla de Nathaniel se contrajo un músculo. Era una pésima señal, pero el hombre no podía saberlo.

—Es mohawk —explicó él—. Nunca ha sido esclava.

La afilada boca de Cobb se torció hacia abajo y pareció desaparecer en la cara.

—Eso es lo que está arruinando a este puñetero país. Una piel roja cuáquera. —Y sacudió la cabeza, disgustado. De pronto adoptó una expresión astuta y echó una mirada a Liam, por encima del hombro—. Aquí hay una mohawk, Kirby —gritó—. ¿No quiere probarla, ya que todavía busca a aquella que se le escapó? —Y emitió una risita, con la punta de la lengua entre los dientes.

Elizabeth vio que Nathaniel daba un respingo de sorpresa y se esforzaba de inmediato por recobrar la calma. Mientras tanto, Liam había enrojecido hasta la raíz del cabello, para luego palidecer con la furia del que está obligado a contenerse. Permaneció quieto durante un momento, y Elizabeth supo entonces que estaban salvados. En algún lugar, una mohawk —que no era Hannah, pues eso no podía referirse a Hannah— acababa de salvar, sin saberlo, al puñado de personas que viajaban en aquella goleta. Cobb los había salvado al convocar aquella imagen. La mohawk que no era Hannah, innominada, desconocida, completaba el trabajo que había iniciado Selah.

Con una última mirada dirigida a Elizabeth, Liam les volvió la espalda y, tras decir unas cuantas palabras al capitán, abandonó el Washington por la escalerilla de cuerdas.

Ella, en su alivio, estrechó al niño con tanta fuerza que le arrancó una queja. Cobb se giró, aún riendo, extrajo del bolsillo de su chaqueta una hoja de papel con muchos pliegues y manchas de humedad y la mostró.

—Ésta es la mujer que busco. —Caminó en círculo con el papel en alto, alzando la voz hacia los tripulantes—. ¿Alguien sabe algo de esta fugitiva?

Cuando llegó a donde estaban Elizabeth y Nathaniel, les plantó el papel delante de la cara.

—¿Habéis visto a esta negra? ¿Ninguno de vuestros amigos cuáqueros la tiene escondida?

Era un dibujo tosco y mal impreso en papel rústico. «Quinientos dólares de recompensa por la captura de la esclava fugitiva y asesina llamada Ruth». Mostraba a una joven con un cuchillo ensangrentado en el puño. Ojos salvajes, traicioneros. Irreconocible.

* *

Aquella misma mañana, Selah se había reído con los demás escuchando los cuentos de Pico. Cualquiera otra madre habría huido de miedo ante el estallido de Charlie; sin embargo, ella, sonriente y bondadosa, le había puesto a su hijo en los brazos. Selah, en el fondo del lago, acunaba contra su seno un barril de clavos.

Cobb la observaba con expresión anhelante y curiosa, retorciéndose de ansia. El hedor lo rodeaba como una sombra, fuerte y penetrante. De pronto, la zarpa que oprimía el vientre de Elizabeth golpeó hacia arriba sin previo aviso, y ella se dobló hacia delante, curvando el cuerpo sobre el niño, y vomitó contra la cubierta. La bilis salpicó a Cobb desde los pies hasta la cintura. Él dejó escapar un grito de disgusto y saltó hacia atrás, limpiándose a manotazos.

Alguien se hizo cargo del niño, mientras Nathaniel la sostenía por los hombros. Cuando cesaron los vómitos y pudo levantar la cabeza, Cobb ya había desaparecido.

* *

Ya avanzada la noche, con el Washington anclado en aguas canadienses, la falúa llevó a los viajeros hasta el lugar donde Ave de Piedra había prometido esperarlos. Luna Partida iba sentada en la proa, entre dos remeros, en el círculo de luz que

proyectaba una lámpara que se bamboleaba en lo alto de un poste. A cada golpe de los remos la luz doraba el agua ondulante.

De pie en la cubierta del Washington, Elizabeth vio que la embarcación se detenía. Uno a uno, los viajeros desembarcaron sobre las aguas del lago y vadearon hacia la orilla. Jode ya había reclamado sus prendas de piel de ante y sus armas, y ya volvía a parecer un cazador kahnyen'kehàka. Las mujeres iban tras él, con las faldas recogidas y sosteniéndose mutuamente. Una vez que se alejaron del bote, Elizabeth dejó de verlas, pero las oía sollozar de alivio y de pesar.

El capitán Mudge dijo tras ellos:

—Ya están a salvo. Estad tranquilos, que Ave de Piedra los llevará a Buenos Pastos.

Nathaniel respondió con una cháchara vacua sobre el tiempo, los caminos y las distancias que deberían recorrer. Elizabeth apartó la cara. Que el capitán la creyera abrumada por el dolor y la preocupación, siquiera para disimular esos sentimientos que tan desagradables le resultaban: se sentía aliviada por haberse librado de los viajeros. Que Ave de Piedra se hiciera cargo de ellos, de la fiebre de Stephan, de los gemidos de Charlie y de la espalda encorvada de las mujeres. Ya no eran asunto de ella; podía apartarlos de su mente, su corazón y su conciencia, para concentrar toda su atención en el niño.

La falúa ya iniciaba el regreso hacia el barco; el ritmo de los remos era como el latir de un corazón. En menos de una hora el capitán daría órdenes de virar hacia el sur, hacia el hogar. Allí la esperaban sus hijos; allí el niño de Selah encontraría un hogar entre la familia de su padre.

Sintió el aliento de Nathaniel en el pelo, cálido y dulce. Alzó los ojos hacia él; la luz de la lámpara recortaba las líneas de su cara, haciendo más severa su expresión, la curva descendente de la boca, la firmeza resuelta de la mandíbula, mientras miraba al niño que dormía en sus brazos.

—Llévanos a casa.

Se sorprendió al oírse decir eso. Nathaniel no; le puso la mano en la mejilla y asintió.

Ciudad de Nueva York

19 de abril de 1802

Fort Hunter, Mediodía.

Partimos de Paradise al rayar el día. Durante casi toda la jornada hubo nubarrones amenazantes en el oeste, pero los caminos se mantuvieron secos. Las moscas fueron un fastidio para los caballos y para la gente por igual. Vimos mergansares en la barandilla del ferry cuando atravesamos el Mohawk; buena señal. El río estaba muy crecido, pero cruzamos sin complicaciones.

Kitty asegura que no siente dolor, pero a mediodía ha aceptado la corteza de sauce, y otra vez a media tarde, sin sus quejas habituales.

En Johnstown vimos a un niño que vendía periódicos. Tenía la cabeza muy grande y sus extremidades medían la mitad de lo normal. Él me miró sin disimulo. Supongo que nunca había visto a una kahnyen'kehàka vestida de esa guisa, de la misma manera que yo nunca había visto a nadie como él. Me alegrará que todo esto quede atrás.



Capítulo 18

Kitty Witherspoon Middleton Todd era, como Hannah había previsto, una paciente difícil y peor viajera. De naturaleza frágil y quejumbrosa, tenía una facilidad asombrosa para añadir penurias a las habituales de cualquier viaje largo, pero eso al menos le ofrecía a Hannah la distracción que necesitaba. Durante el día, no le daba tiempo para pensar en Liam Kirby ni en las cosas que se habían dicho; ni en su padre y Elizabeth, que viajaban con Selah por el bosque, ni en Manny Freeman, ni en lo que la esperaba en el Instituto de la Viruela.

Kitty era una de sus distracciones, pero también estaba Ethan. Era un niño bueno y dócil, pero cualquier criatura de nueve años, al cruzar un río o entre las muchedumbres de una gran ciudad, necesita que la vigilen. No obstante, al terminar la primera jornada, ya le quedó claro que había subestimado a Ethan: resultó ser el mejor de los socios en la empresa que tenían por delante.

A su modo, discretamente, Ethan conseguía más de su madre que la misma Curiosity. Sabía calmarle los nervios con unas pocas palabras y tenía estrategias para disuadirla de sus ideas descabelladas, sin enfrentarse a ella ni ofenderla. Cuando llegaron a Johnstown, ya había demostrado muchas veces lo que valía.

Él y Hannah llegaron a un acuerdo tácito: él atendería las necesidades de Kitty que no se relacionasen con la medicina. Después de todo, no era una mujer cruel; a lo sumo se la podía acusar del egocentrismo de todo enfermo crónico. Y al menos una vez al día manifestaba tanto placer por el viaje que resultaba imposible seguir irritado con ella durante mucho rato.

A Hannah le correspondería tratar con los patronos de los ferrys, los conductores de las diligencias y los posaderos, pues una vez que Joshua los dejara en Johnstown y regresara a Paradise, el viaje dependería de lo efectivas que fueran sus negociaciones con los desconocidos con que se toparan.

Después de la segunda noche, Hannah llegó a la conclusión de que los peores eran, con mucho, los posaderos. Ante una mujer piel roja se creían con el derecho a engañarla, por bien vestida que se presentara o por culta que fuera su manera de hablar, y a todos los sorprendía desagradablemente que Hannah se ofendiera por ese trato.

Ella pensaba que en Albany todo sería más fácil, pues allí no tendrían que buscar alojamiento. Richard había dado instrucciones claras: debían pasar esa única noche en el Cisne Negro. La posada estaba muy cerca de los muelles; además, tenía fama de limpia y de cobrar precios razonables.

Todas sus esperanzas de lograr un sencillo acuerdo desaparecieron en cuanto llegó a la puerta. Después de echarle una rápida mirada, el posadero le dio la espalda

y, por encima del hombro, le informó de que el precio de las habitaciones se había triplicado. Hablaba en voz muy alta y empleaba un lenguaje deliberadamente sencillo, como si pensara que ella no podía entender nada más elevado.

Ella esperó a que el hombre se volviera a mirarla.

—¿Es que india no hablar mi idioma?

—Por supuesto que lo hablo, señor. Y mejor que usted, por lo que veo. Usted debe de ser el señor Homberger, ¿no es así?

Abochornarlo fue una estupidez. Hannah lo comprendió al ver cómo enrojecía. Durante un momento pensó en salir de allí e ir a buscar otra posada, pero ya era de noche y Kitty estaba exhausta. Él seguía sin mirarla a los ojos.

—Pues si habla mi idioma, debe de haberme entendido. Nuestras habitaciones están fuera de su alcance, señorita.

—Ha debido de subir los precios hace muy poco —observó ella—, pues aún no ha puesto los nuevos en el muro.

Se produjo una larga pausa. Por fin Homberger se dejó llevar por la curiosidad y la examinó de pies a cabeza, por encima de las gafas.

—Ya veo que debo hablar sin rodeos.

—Sí —dijo Hannah—. Sería mucho mejor.

—No acostumbramos a admitir a viajeros de su clase, señorita.

—¿Y qué clase es ésa, señor Homberger?

—La que no necesita sábanas, limpias o no —replicó él, fríamente—. Creo que usted estaría más cómoda en nuestro establo. Por ese alojamiento sí le cobraré las tarifas anunciadas.

Hannah sintió un impulso casi irresistible de lanzar un grito de guerra, sólo para ver cómo reaccionaba el posadero. Pero en cambio dijo:

—Le sugiero que lea estas cartas de presentación.

—Eso no cambiará nada —anunció él, pero la comisura de un ojo comenzó a temblarle. Echó una mirada nerviosa a los papeles que Hannah le mostraba.

—Ésta —dijo ella, sin prestarle la menor atención— es del doctor Richard Todd. Supongo que a usted debe de decirle algo ese nombre, pues se trata del dueño de la propiedad donde tiene usted su posada. Puede que las personas de mi clase no siempre entiendan las complejas leyes de la propiedad privada, pero a mi modo de ver, el doctor Todd es su arrendador. Y quienes esperan en ese carruaje son la esposa y el hijo del doctor.

El señor Homberger había perdido el color, pero ella prosiguió:

—Esta segunda carta ha sido escrita por el señor William Spencer, también conocido como vizconde Durbeyfield. El vizconde es primo de mi madrastra. Viajamos por invitación suya, para visitarlo en su casa de la ciudad de Nueva York. Y esta última es mi favorita; la firma el general Schuyler. En otras circunstancias nos

habríamos alojado en casa del general y su esposa durante nuestra estancia en Albany, pero se encuentran de viaje. Supongo que usted reconocerá su nombre, señor.

No le brindó satisfacción ni placer ver el desasosiego del hombre, ni le interesó escucharlo aducir que ella lo había interpretado mal, pero lo cierto fue que al cabo de diez minutos estaban instalados en las mejores habitaciones de la posada, aunque el operativo de instalación resultó mucho más agotador que toda la jornada.

Y aún debía vérselas con Kitty, que se quejó por haber tenido que esperar tanto tiempo en el carruaje, de la vista que ofrecía su ventana, del tamaño de la cama, de los dolores de espalda, cintura y cabeza y del bizcocho que le sirvieron con el té. Ni siquiera Ethan podía vérselas con todo eso. Para calmarla se requirieron los esfuerzos combinados de los dos.

Cuando al fin Hannah se metió entre las sábanas limpias que tanto le había costado conseguir del señor Homberger, soñó. Soñó con Lago de las Nubes en medio del invierno, con montañas nevadas y aquel frío que penetraba hasta los huesos. Soñó con Liam Kirby ante un montón de leña: levantaba el hacha y la dejaba caer rítmicamente. Pese al intenso frío, estaba desnudo hasta la cintura, y los músculos de la espalda se le contraían con el esfuerzo. A cada golpe de hacha que daba contra la madera, surgía un chorro de sangre que convertía la nieve blanca en roja.

Por la mañana Hannah despertó con la seguridad de que ya habían pasado lo peor del viaje. Richard les había reservado pasajes en la goleta *Good News*; ella tenía la carta de confirmación del capitán y no tendría que negociar por el precio de los camarotes ni por su derecho a estar a bordo.

Se embarcarían esa misma mañana. Si todo marchaba según lo planeado, al día siguiente por la tarde Will y Amanda Spencer los estarían esperando en los muelles de la ciudad. Amanda y sus criados se encargarían de Kitty, y Ethan quedaría en manos de su primo Peter, el hijo de los Spencer, que tenía siete años. Así Hannah quedaría en libertad para buscar a Manny Freeman y luego al doctor Simon, del Instituto de la Viruela.

Mientras escribía en la agenda y en el diario de viaje, el niño llamó a la puerta. Vestía con la pulcritud que le exigía su madre: chaqueta azul oscuro y pantalones de color ante, pero tenía una mancha de mermelada en el mentón y arrugas en el cuello de la camisa. Hannah se alegró al ver esas pequeñas señales de conducta infantil, por mucho que irritaran a Kitty, y le ofreció compartir su desayuno. Él se sentó enfrente y cogió un panecillo.

—¿Qué escribes?

La muchacha dejó la pluma y tapó el tintero que llevaba colgado del cuello con una fina cadena.

—Un poco de todo. Cosas sobre el estado de tu madre y el diario de viaje que le prometí a Elizabeth. ¿Cómo se encuentra tu madre esta mañana?

Él tragó visiblemente.

—Quiere quedarse un día o dos aquí. Cree que deberíamos buscar a un doctor para que la sangre antes de continuar viaje.

Hannah levantó la taza de té para disimular su irritación. Kitty estaba muy enferma, sin duda, pero sangrar a un enfermo en su estado era el peor ejemplo de medicina o'seronni. Hasta Richard estaba de acuerdo con eso. Y, sin embargo, ella había decidido que necesitaba una sangría; peor aún: enviaba a su hijo para que anunciara su decisión, con la esperanza de evitar el disgusto de Hannah.

Ethan comprendió su silencio.

—No te aflijas, Hannah. Le he mostrado esto. —Y sacó de la chaqueta un anuncio de periódico, que puso sobre la mesa. Había sido cuidadosamente recortado del *New York General Advertiser*.

La señora Leonora VanHorn se complace en anunciar que ha retornado recientemente de Francia y Bruselas, trayendo una gran cantidad de finísimos encajes, que ahora están a la venta en su establecimiento de Broad Way, en Wall Street. De especial interés resulta la amplia selección de duchesse appliqué, point de rose appliqué, point de Lille, Mechelen, Valenciennes y Alençon.

—Muy bien hecho —reconoció ella—. No le has dicho que este anuncio es de hace dos meses, supongo.

Ethan estudiaba el panecillo con mucha atención.

—Se ha alegrado tanto al leer lo del encaje, que no me ha parecido necesario arruinarle el buen ánimo.

—Debo repetirlo, Ethan. —Hannah se inclinó por encima de la mesa y susurró—: Sin ti, este viaje sería muy largo y difícil.

El niño le dedicó una ancha sonrisa, y a Hannah le llamó la atención una vez más lo mucho que se parecía a su padre. Tenía el pelo oscuro e indómito de Julián Middleton, los pómulos altos, el mentón cuadrado y las cejas rectas sobre los ojos brunos, algo inclinados. Había mucho de Julián en su cara, pero Ethan no había heredado nada del carácter paterno. No era inmoderado, irresponsable y destructivo como su padre. Tampoco tenía mucho de su madre. En algunos sentidos era como Richard, que se había casado con Kitty cuando él era todavía un niño de brazos. Tenía en común con su padrastro la gran curiosidad por el mundo, el entendimiento agudo y el carácter sobrio.

Pero Richard se encerraba en sí mismo y se irritaba con facilidad, mientras que Ethan era compasivo y propenso a la melancolía. En Paradise tenía a Daniel y a Grajo Azul, que se esforzaban por mantenerlo ocupado con cosas de chavales, pero en esos cuatro últimos días había sido el íntimo compañero de su madre, y eso se notaba. Hannah se preguntó si la división de tareas sería tan conveniente, después de todo.

—Se ha empeñado en que le haría bien una sangría —dijo Ethan.

—Tu madre está nerviosa —explicó ella—. Y con motivo. Pero cuando estemos

en la ciudad, instalados en casa de Amanda, se alegrará de que hayamos continuado el viaje.

Ethan no pareció escucharla. Había concentrado toda su atención en el panorama que se veía por la ventana: veleros, barcasas y falúas que navegaban por el gran río; muelles cargados de toneles, barriles y fardos para cargar en los barcos que partían hacia el sur o recién llegados desde aguas abajo; caballeros de faldones elegantemente largos y altos sombreros de castor; mercaderes envueltos en delantales de lona; marineros, criados y esclavos; todos, con prisa para llegar a algún lugar. Todo eso debía de ser estimulante para un niño de nueve años; incluso Hannah debía admitir que le agitaba la sangre.

—Quizá nos quedemos en Nueva York y no volvamos jamás a casa. Creo que a la tía Spencer le gustaría mucho.

Hannah cerró su agenda.

—¿Eso ha insinuado tu madre?

Él asintió, y ella perdió la compostura. Era sólo un niño de nueve años, en conflicto entre el deseo de complacer a la madre que amaba y el temor de perder todo lo que le era familiar. Hannah sintió un nuevo arrebato de irritación contra Kitty: había estado trazando planes sin pensar en la aflicción que causaba a su hijo.

—¿Te gustaría quedarte, Ethan?

—Quiero volver a casa —dijo él—. Me gusta visitar la ciudad, pero después quiero volver a Paradise. Creo que... creo que Curiosity y Galileo me echarían de menos.

—Y todos los demás también —aseguró Hannah, con firmeza—. Volveremos a casa, desde luego. Ahora termina esa mermelada, ¿quieres? Sería una pena tirarla a la basura.

* *

En cuanto subieron a bordo del *Good News*, Kitty se retiró inmediatamente a su camarote para dormir un rato; para sorpresa de todos, insistió en que Ethan y Hannah permanecieran en cubierta para disfrutar del aire fresco. Verse repentina e inesperadamente libre de esa responsabilidad, sumado al hecho de que Albany quedaba atrás, fue muy beneficioso para el ánimo de Hannah. Además, descubrió que viajar de nuevo en barco le resultaba emocionante.

El *Good News* no se diferenciaba de las otras goletas que recorrían el Hudson, desde Albany a Manhattan. Había al menos doce en servicio, desde la primavera hasta que los hielos imposibilitaban el viaje, y todas se parecían mucho: alojamientos sencillos para los viajeros que pagaban y, bajo cubierta, el hedor de la brea, el sudor y

cosas peores.

Pero estar apoyada en la barandilla de un barco, con una buena brisa, era algo que Hannah echaba de menos. Otros viajes por mar le acudieron a la memoria, haciéndole revivir el verano en que había dejado atrás casi todas las cosas de niña, cuando no era mucho mayor que Ethan. Aquellos meses los había vivido intensamente, día a día, atrapada entre el miedo y una exaltación desmedida.

Diez minutos después el viento le había quitado de la cabeza al señor Homberger y sus sábanas, las aglomeraciones de la gran ciudad y hasta la desconsideración de Kitty. Ethan parecía tan aliviado como ella; de pie a su lado, con las manos bien aferradas a la barandilla, alzó la cara hacia Hannah en cuanto las velas se hincharon con el viento.

Él había hecho dos veces el trayecto hasta la ciudad, y en aquella misma goleta. No paraba de señalarle cosas, como si ella nunca hubiera navegado por el Gran Río. Pero Hannah, sin interrumpirlo, lo escuchó hablar de Stony Point, Castleton, Roah Hook y repetir los cuentos del fantasma del arroyo Coeyman, que todo niño podía recitar. Cuando se cansó de estar allí de pie, insistió en presentarle a todos sus conocidos, desde los marineros, hasta el capitán Nedele, un viejo enjuto cuya piel parecía un papel arrugado y ennegrecido al fuego; en la cabeza no tenía pelo, pero sus cejas eran pobladas y unos mechones le brotaban detrás de las orejas. Su nariz, marcadamente torcida a un lado, parecía un rábano maltrecho.

El capitán miró a Hannah con los ojos entornados y se quitó la pipa de la boca para señalarla.

—Conque la señorita Bonner, ¿eh? Usted es hija de Nathaniel Bonner, ¿no?

Cuando Hannah se lo confirmó, él abrió en una risa su boca casi desdentada.

—¡Me alegra tenerla en mi barco! Yo combatí junto a sus abuelos y sus bisabuelos en la guerra contra los franceses. No se puede hallar hombres mejores. Dígale a Ojo de Halcón que Jos Nedele aún navega y que le envía sus saludos. Usted no lo recordará, pero una vez la vi allá en Johnstown, hace más de quince años. Ojo de Halcón la llevaba en los brazos como a un pajarillo. ¿Cómo está él?

—Muy bien —respondió ella—. Un poco inquieto, últimamente.

—Es la vejez —dictaminó el capitán, mascando la pipa con aire pensativo—. A algunos les ocurre eso. Los años se acumulan y poco a poco empieza ese escozor en el fondo de los huesos. Hay que mantenerse en movimiento o morir en el intento.

Chupó ruidosamente su pipa y exhaló una nube de humo por encima de la barandilla. Hannah dio un respingo de sorpresa al oler el tabaco: no era el humo perfumado de los cigarros que fumaban los blancos, sino el oyen'kwa'onwe penetrante y amargo del pueblo de su madre. Era tan característico que le recordó a hombres que estaban enterrados hacía tiempo: Cielo Enroscado, Cingachgook, Erguido y tantos otros, tan reales para ella como el mismo capitán.

—Le propongo una cosa, señorita. Esta noche compartiré mesa conmigo. Tengo anécdotas que le gustará escuchar sobre los tiempos en que combatimos juntos yo, Ojo de Halcón y Erguido. Y a este jovencito quizá le guste saber lo que le sucedió a William Henry, cuando nos aplastaron los franceses y el Hurón.

Ethan aceptó la invitación educadamente, pero Hannah vio la expresión contrariada de su rostro. Cuando dejaron al capitán para continuar caminando, él dijo:

—Me han contado esas viejas historias cien veces, Hannah. Y tú debes de haberlas escuchado más de mil. ¿Es que no se da cuenta?

—Supongo que sí, pero le gusta repetir las. En el pueblo de mi madre dicen que las historias son lo más precioso que los ancianos pueden ofrecer. Por muchas veces que te las cuenten, siempre puedes encontrar algo nuevo en ellas; si sabes escuchar, claro.

—Sin embargo, nadie me cuenta lo que en verdad quiero saber. Mi madre nunca me habla de la noche en que murió mi padre, y mi padrastro no dice nada de los años que pasó con los kahnyen'kehàka en Good Pasture. Y Curiosity... Ella sabe un millón de cuentos y es capaz de contarme diez al día, si se lo pido. Pero tampoco me dice lo que quiero saber.

Estudiaba con atención a Hannah, como si ella fuese la persona que pudiera desvelarle cuanto necesitaba saber para entender a su familia y al mundo. Ethan aún no tenía edad suficiente para comprender que no era ella quien debía darle lo que pedía. Eso era derecho y responsabilidad de Kitty.

—A veces las historias más importantes son las que más se hacen esperar —dijo ella.

El niño asintió de mala gana. Se acercaba el día en que no sería tan fácil esquivar sus preguntas.

* *

Hannah había pasado por la ciudad de Nueva York con su familia en el largo viaje de retorno desde Escocia, pero entonces estaba tan ansiosa por emprender el trayecto fluvial que la llevaría casi hasta Lago de las Nubes, que le resultó difícil concentrarse en cualquier otra cosa.

Lo que mejor recordaba era la partida. Una falúa los había llevado a remo hasta el centro del río, donde estaba anclada la goleta Nut Island. Habían embarcado a mediodía, y Hannah se pasó toda la tarde junto a la barandilla, con Ojo de Halcón, contemplando la costa de Manhattan, cuyo rasgo más notable era la tranquilidad. No había nada que ver en los muelles, aparte de algunos depósitos y una taberna llamada El Cerdo y el Silbato, botes pesqueros y carros de agricultores; y más allá, tierras de

cultivo y colinas boscosas. De trecho en trecho se divisaba alguna casa entre los árboles, pero pronto no quedaron señales de la ciudad.

Resultaba difícil creer que en aquellos pocos años hubieran cambiado tantas cosas. Una vez que la ensenada de Harlem quedó atrás, las zonas arboladas dieron paso a hectáreas y hectáreas de tierras que los agricultores araban para la siembra de primavera. Luego aparecieron casas elegantes, rodeadas de jardines y prados que descendían hasta el agua. Y de pronto, una selva de mástiles, cúpulas y grandes depósitos, de tres o cuatro pisos de altura.

Los marineros maniobraron para amarrar el *Good News* entre las decenas de barcos, grandes y pequeños, que estaban apiñados en los embarcaderos como hombres en torno de una mesa. Por los muelles pululaban estibadores de todos los matices, desde el hueso hasta la obsidiana, encorvados bajo grandes cajas, baúles y fardos, cargando y descargando carretas. Y todos gritaban, a veces sin dirigirse a nadie en especial. Había hombres vestidos con ropas más formales, que blandían plumas y anotaban datos, al tiempo que aullaban órdenes y amenazas; jaulas con pollos, pavos y gansos que estaban apiladas hasta la altura de un hombre; caballos que piafaban y resoplaban; cerdos y perros que vagaban por los muelles aumentando el ruido y el hedor. Pero lo que más le extrañó fue ver a cientos de trabajadores que descargaban carretillas de escombros y piedras en una larga extensión de agua, delimitada por postes de madera clavados en el fondo del río. Hannah observó todo aquello hasta que comprendió: los hombres de la gran ciudad se habían propuesto apoderarse del mar, convertir el agua en tierra..., y lo estaban consiguiendo.

De pie junto a la barandilla, entre Ethan y Kitty, Hannah no encontraba palabras para expresar lo que sentía. No era miedo ni repugnancia, ni siquiera confusión, sino la simple certeza de que aquél no era su lugar, de que jamás se sentiría a gusto en un lugar así.

—¿Verdad que es una maravilla? —anunció Kitty, apretando las manos como para contener el impulso de extender los brazos hasta abarcar todo Manhattan—. ¿Has visto otra ciudad tan llena de vida, Hannah? ¿Has visto algo tan estimulante?

«Sí —habría querido decir ella—. He visto a un perro rabioso que se mordía el rabo». Pero retuvo ese pensamiento atrapado tras una sonrisa tensa.

Ethan le apoyó una mano en el brazo, como si hubiera oído lo que ella no había expresado: «Este lugar no es para mí».

—Mira —dijo serenamente—. Los tíos Spencer.

—Oh, Amanda ha venido a buscarnos —exclamó Kitty, radiante de satisfacción—. Qué gentileza la suya. No veo la hora de...

Se interrumpió en medio de la frase. Ethan y Hannah se volvieron hacia ella; se había puesto muy pálida.

—¿Mamá?

Kitty miró a su hijo como si esa pregunta fuera un acertijo. Luego puso los ojos en blanco y se desmayó en brazos de Hannah.

* *

—Ha sido por la emoción. Mañana por la mañana estará impaciente por salir de compras. Ya verás, Ethan.

—Pero estaba sangrando —susurró el niño.

Se encontraban en el pasillo, delante de la habitación que ocupaba Kitty en la elegante residencia de la calle Whitehall donde vivían los Spencer. Antes de que el carruaje abandonara los muelles, habían llamado al doctor Wallace, el médico personal de Amanda, y al famoso doctor Ehrlich, y cuando llegaron a la casa, los dos estaban ya esperando. Kitty, consciente aunque desorientada, desapareció en su habitación, seguida por los doctores y el ama de llaves, una negra a la que llamaban señora Douglas.

—Sangraba, sí —reconoció Hannah, pues no podía negar lo que todos habían visto: las faldas de Kitty manchadas de sangre—. Sangraba como sangramos todas las mujeres una vez al mes.

Sin duda Kitty volvería a desmayarse si la oyera dar esa explicación a un niño tan pequeño. Peor aún: no era del todo cierto. Las mujeres sanas sangran durante la edad fértil, pero no de esa manera. La expresión desesperada de Ethan se alivió un poco.

—¿Todas las mujeres?

—Sí —afirmó Hannah—. Todas las mujeres en edad de tener hijos, durante unos pocos días al mes. Cuando vuelvas a casa, se lo preguntas a tu padrastro; él te lo explicará. Pero es un asunto íntimo que nunca se menciona en público.

Lily y Daniel habrían discutido con ella, exigiendo saber por qué no se hablaba delante de ellos de algo tan interesante; sin embargo, Ethan, que conocía a su madre, supo instintivamente que hablar de ese tema con Hannah les acarrearía a ambos consecuencias inimaginables.

Abajo, en el vestíbulo, se abrió una puerta, y Hannah oyó la voz de Will Spencer, que hablaba con una de las criadas. Luego les llegó la voz de Peter, enfadado y sin aliento.

—Creo que te está buscando —dijo Hannah—. Será mejor que vayas. Cuando puedas ver a tu madre, te llamaré, te lo prometo.

Ethan vaciló un instante, luego echó a correr por el pasillo y desapareció escaleras abajo. Hannah pudo entonces derrumbarse en una silla.

Sentía palpitaciones en la cabeza y temblaba de hambre, pero también de agotamiento. Respiró hondo un par de veces. Cuando abrió los ojos, reparó por

primera vez en la pintura que decoraba la pared opuesta: un faisán tendido sobre una mesa, como a la espera de ser desplumado; un botellón de cristal tallado, lleno de vino color sangre; un frutero con manzanas, peras y melocotones, y una sola naranja.

Hannah volvió a cerrar los ojos y vio ante sí un cesto ancho, plano, lleno de higos, albaricoques, dátiles y nueces. Hakim Ibrahim le tendía una naranja, la primera que había visto en su vida. Parecía un sol pequeño atrapado en la red de sus dedos. La tez del hombre tenía el color de la tierra mezclada con ceniza. En su mano la naranja era algo pesado, denso, suave al tacto. Hakim cogió otra y le enseñó a abrirla hundiendo los pulgares en la corteza; el zumo bañó la habitación con su perfume ligero, dulce y, no obstante, algo ácido.

Aquella mañana hablaron de otra mujer que había perdido un hijo: una escocesa, muerta hacía muchos años. A la mente de Hannah acudió una melodía, la canción que la escocesa había cantado ante la barandilla con voz grave y dulce:

*Cuídate del frío húmedo,
cuídate de las brumas
y del aire nocturno.
Cuídate de caminos, de puentes y de incendios.
Cuídate de los hombres, de mujeres y niños.
Cuídate de todo lo que veas
y de lo que no puedas ver.*

Hakim tenía los ojos tan oscuros como los de Hannah y la frente arrugada por la concentración, bajo un turbante rojo pulcramente enrollado. Él no era como los médicos o'seronni que ella conocía; jamás se daba prisa y sólo cuando había reflexionado a fondo sobre un problema, ofrecía su razonamiento, junto con las conclusiones.

¿Qué había dicho sobre la escocesa? «Aún no ha sanado de su pérdida, ni en la mente ni en el cuerpo».

—Veo que estás sumida en tus pensamientos, Hannah...

Era la voz familiar y amistosa de Will Spencer, pero aun así se sobresaltó y se levantó bruscamente, con una mano apretada contra el corazón.

—Oh, querida —exclamó Amanda—, perdónanos, no pretendíamos asustarte.

La idea de que Amanda Spencer pudiera asustar a alguien la hizo sonreír.

—Parece que salgas de un sueño... —dijo Will con una sonrisa.

—Sí, estaba soñando con Hakim Ibrahim. Recuerdo que en un caso como el de Kitty él usó aceite de sándalo para calmar las tripas. Acabo de recordarlo ahora mismo.

La dulce sonrisa de su anfitriona vaciló un poco, haciendo que Hannah recordara

dónde estaba. Sin duda Amanda Merriweather Spencer, lady Durbeyfield, jamás había oído pronunciar la palabra «tripas» en una conversación, pero los buenos modales y la hospitalidad le impidieron expresar abiertamente su horror.

—Perdonad —dijo Hannah—. Estaba pensando en voz alta.

—No hay nada que perdonar —respondió Will Spencer—. Cómo nos gustaría tener aquí a Hakim, ¿verdad, Amanda? Le debemos mucho. ¿Aceite de sándalo, has dicho? Supongo que es posible conseguirlo aquí en la ciudad. Haré que lo busquen.

Su esposa le puso una mano en el brazo.

—Ya habrá tiempo mañana para eso —dijo con firmeza—. Ahora acompañaré a Hannah a su habitación para que descanse. Comeremos a las cuatro. Tienes una hora.

Él asintió, algo renuente.

—Muy bien. Pues hasta entonces.

Hannah lamentó que se fuera. De niña había llegado a apreciarlo por su sinceridad y el interés que se tomaba por ella. Según su experiencia había pocos ingleses dispuestos a conversar con una niña; y menos aún los que se tomaban el trabajo de hacerlo con una mestiza. Will le recordaba a Elizabeth cuando llegó a Paradise: tan abierta al mundo que la rodeaba como si se hubiera criado entre los kahnyen'kehàka. Esa actitud era poco frecuente entre los o'seronni, y al principio le costó confiar en ellos.

A veces pensaba que Will Spencer y su madrastra eran la misma persona en dos cuerpos distintos, gemelos nacidos de diferentes madres. Era algo que había discutido largamente con su abuela Atardecer y su tía Muchas Palomas, pero nunca con Elizabeth o Will. Ellos eran demasiado ingleses como para entender que esas cosas eran posibles.

—Ésta es tu habitación —dijo Amanda, mientras abría la puerta contigua a la de Kitty—. A Ethan lo pondremos en la de al lado, por si te necesita durante la noche.

El cuarto era amplio y ventilado, y estaba tan bien amueblado como cabía esperar de los Spencer. Mientras la dueña de la casa le hablaba de baños, té y cualquier otra cosa que pudiera desear o necesitar, Hannah vio que ya habían llevado su baúl y que sus cosas estaban guardadas.

—Espero que te sientas a gusto. Nos alegra mucho tenerte con nosotros —concluyó Amanda.

Eran las palabras de una señora que había sido educada para dirigir una mansión o una casa solariega, pero no había nada artificial en su tono. Hannah comprendió que le correspondía decir algo igualmente cortés, elogiar a su anfitriona y agradecerle la hospitalidad, pero antes de que se le ocurriera algo adecuado la mujer la sorprendió estrechándole las manos.

—Sé que todo esto te resulta extraño, Hannah. La ciudad debe de parecerte sobrecogedora e imagino que sientes nostalgia por tu hogar, pero nos alegra tenerte

aquí durante todo el tiempo que quieras. No dejes de pedirnos cualquier cosa que pueda hacer más feliz tu estancia en esta casa.

La joven abrió la boca para decir algo, cualquier cosa, palabras de gratitud, pero Amanda volvió a estrecharle las manos.

—No necesitas decir nada. Somos de la familia, ¿no es así? Eres la querida hijastra de mi prima Elizabeth. Quiero que te sientas como en tu casa durante todo el tiempo que quieras pasar con nosotros.

Cuando Amanda se hubo ido, Hannah permaneció un rato sentada en el borde de la cama, recorriendo con los dedos el grueso bordado de flores y pájaros. Habría debido decir que estaba muy a gusto, y también el resto de la verdad: «Me siento tan cómoda y protegida en esta casa que me asusta la perspectiva de abandonarla».

Pero, puertas afuera, la esperaba la ciudad. Personas de las que debería aprender, y cosas que ella debería enseñar a su vez. El doctor Simon y su instituto, Manny Freeman y su mundo de fugitivos y cazadores de recompensas, y la familia de Liam Kirby.

El recuerdo de Liam la asaltó, veloz y repentino. No podía negar que sentía curiosidad por saber cómo era su hogar, cómo vivía; ni siquiera sabía el nombre de su esposa. Y debía saber todo eso, de alguna manera. Cuando abandonara la ciudad, lo haría llevando consigo todas esas respuestas. Así podría dejar atrás a Liam Kirby para siempre.

* *

Estimado doctor Todd:

Hemos llegado sanos y salvos. Los Spencer nos esperaban en el muelle y nos trajeron en carruaje. Su esposa tuvo que acostarse inmediatamente, pues sufrió un desmayo. Aunque tiene muy buen ánimo, su pulso es irregular y continúa sangrando. Ella se niega a reconocerlo, pues teme que la obliguen a guardar cama, cuando tiene tantos planes para esta visita a la ciudad, pero creo que padece dolores de cabeza casi constantes. El doctor Ehrlich nos esperaba en la casa de la calle Whitehall y la examinó minuciosamente. También vino el doctor Wallace. Del primero es muy poco lo que puedo decir, aparte de que repitió una de las citas preferidas de mi madrastra: «Saber un poquito es peligroso». Tendrá usted que escuchar las conclusiones del doctor (si en verdad existen) de su propia boca, pues no quiere compartirlas conmigo. Ethan ha soportado el viaje muy bien; ahora que tiene a Peter como compañero de juegos, goza de excelente ánimo y salud.

Mañana iré por primera vez al Instituto de la Viruela.

Los Spencer le envían sus más calurosos saludos, al igual que yo, su discípula.

Hannah Bonner,
también llamada Camina Adelante por los kahnyen'kehàka



Capítulo 19

Durante la primera noche que pasó en casa de los Spencer, Hannah decidió llevar a cabo una pequeña y personal rebelión: abrió las ventanas al aire de la noche.

La criada que las cerró más tarde se llamaba Suzannah. Se presentó ante la puerta para recoger la ropa sucia y le hizo saber que era nieta del ama de llaves, que tenía diecisiete años y que en otoño se casaría con un zapatero llamado Harry Dabbs.

Hannah escuchó amablemente mientras Suzannah le preparaba el cuarto: colgó el vestido que se había puesto para la cena con sus tíos, abrió la cama, ahuecó las almohadas, puso la bacinilla en el lugar debido y, para terminar, cerró todas las ventanas para que no entrara el aire nocturno.

En cuanto se hubo ido, Hannah abrió nuevamente todas las ventanas, y mientras lo hacía reparó en que, en su ansiedad por hablar, Suzannah no le había hecho ninguna pregunta. En parte, sin duda, porque ya debía de saber mucho —por lo general los sirvientes eran los mejor informados en una casa—, pero también, casi con total seguridad, porque así la habían adiestrado; cualquier criada que formulara preguntas indiscretas, aunque fuese la nieta del ama de llaves, se encontraría pronto fregando cacerolas y fuera de todo contacto con los huéspedes. De pie ante la ventana, respirando el aire que la sirvienta tanto temía, Hannah se interrogó a sí misma.

¿Habría en aquella ciudad grande y atestada de gente alguien con quien ella pudiera hablar de verdad?

Había descornado las cortinas gruesas, dejando sólo las de encaje, que se movían, impulsadas por la brisa. Después de acostarse permaneció un rato despierta, con esa única pregunta en la mente.

La respuesta, desde luego, era que no tenía con quien hablar, salvo las cinco personas de esa casa, vinculadas a ella por los lazos familiares y la historia común. Una vez que cruzara las puertas para adentrarse en la gran ciudad se encontraría realmente sola.

* *

Al amanecer, la despertó una voz debajo de su ventana que pronunciaba algo parecido a su nombre. Se sentó en la amplia cama, se restregó los ojos con los dedos, trató de despejarse y escuchó con atención, hasta que al final oyó claramente.

—¡Hannibal! —Ése era el nombre que habían pronunciado—. ¡Hannibal! —Una voz de niño que no era la de Ethan ni la de Peter.

La casa estaba en silencio. Quienquiera que fuese Hannibal, alguien lo perseguía. Durante un momento se preguntó si los buenos modales exigirían pasar por alto lo que sucedía en la calle, bajo su propia ventana, pero al fin se impuso la curiosidad.

No se molestó en bajar los peldaños que facilitaban el largo descenso hasta el suelo, sino que saltó por un lado de la escalinata. Al otro lado de la calle había una pequeña plaza, llamada Bowling Green, por la que habían paseado después de cenar, mientras Kitty descansaba. Hannah estaba preocupada por Kitty, pero también por los médicos que la atendían, que escuchaban sus preguntas con una sonrisa condescendiente y paternal, sin dignarse responderle. Ella había aceptado el paseo vespertino con la idea de que le despejaría la cabeza y la ayudaría a organizar sus pensamientos, sin saber que pasear por Bowling Green a esas horas era exponerse en el mosaico social.

Todos los senderos estaban llenos de gente elegantemente vestida; unas veces, los Spencer se limitaban a saludar y otras se paraban y presentaban a Hannah. Abundaban los Delafield, Gracy y Varick. Las damas trataban de disimular su sorpresa al ver a una joven india vestida de seda y encaje, pero muchos de los caballeros, sobre todo aquellos a los que su avanzada edad les permitía dejar a un lado la delicadeza social, eran menos sutiles.

Un anciano encorvado, que le fue presentado como el señor Henry, chupó con fuerza el cigarro que tenía en la comisura de los labios, mientras la estudiaba con los ojos entornados y la boca estirada en una sonrisa de placer.

—Conque ha llegado la curandera mohawk, ¿eh? El doctor Simon me ha hablado de ti, muchacha. Pero... ¿dónde están los tambores y las máscaras? —Y festejó su ingenio con una estruendosa carcajada.

Una vez que se despidieron de él, Will y Amanda le pidieron disculpas, pero Hannah les dijo que prefería la ruda franqueza y el interés descarado del señor Henry a las miradas subrepticias y los comentarios en voz baja.

A esa hora de la mañana, Bowling Green, rodeada por un círculo de álamos a punto de brotar, estaba casi desierta; las calles, en cambio, no. Los basureros de la ciudad recolectaban afanosamente los desperdicios que la gente había arrojado a la calle durante la noche. Tres hombres corpulentos, con la cara tapada con pañuelos, recogían con palas montañas de desperdicios, papeles, sillas rotas, un gato muerto y otros desechos, que echaban dentro de un carro. Vehículo, caballos y hombres estaban rodeados por una nube de moscas tan densa que el zumbido llegaba hasta los oídos de Hannah.

Cuando los basureros continuaron la marcha, una multitud de niños comenzó a arrojar cubos de agua y a barrer las aceras enlosadas que separaban los edificios de las calzadas de adoquines. Todas las casas eran de piedra y ladrillo y tenían tres o cuatro pisos. Hannah sabía que en todas ellas trabajaba en esos momentos una legión

de esclavos disponiéndolo todo para cuando sus amos se despertasen.

—¡Hannibal!

Las risitas se repitieron, algo más fuertes. Un niño de la edad de Daniel corría por la acera, persiguiendo a otro que ella no llegaba a ver. Se oyeron risas sofocadas y un chapaleo; a juzgar por los gritos, el agua de un cubo había sido derramada sobre la cabeza de alguien.

De pronto se abrió una puerta, casi debajo de la ventana de Hannah. De inmediato se interrumpieron las risas.

—¡Qué diablos estáis haciendo! —El tono apremiante no podía ocultar un matiz divertido. Hannah no llegaba a ver a la mujer, que debía de estar en el vano de la puerta, pero reconoció la voz de la señora Douglas, el ama de llaves.

—Anda, entra, ¿o es que quieres enfermar? ¿Cómo se te ocurre mojar te esa cabeza lanuda con el frío que hace? Hannibal, entra tú también, antes de que Mary te caliente el trasero. Vamos, Marcus. Lleva ese cubo a su sitio y vuelve aquí, que te estaré esperando con una toalla a la puerta de la cocina. He visto muchos niños en mi vida, pero tan tontos como vosotros, ¡nunca!

La puerta se cerró y Hannah prestó atención, pero no se oía a la señora Douglas por la casa. Probablemente la vieja negra caminaba ya hacia las cocinas, trémula de risa.

Entraría por las puertas de vaivén, con los brazos en jarras, y las mujeres que amasaban y preparaban la comida harían una pausa, con las manos enharinadas suspendidas en el aire, para enterarse de la batalla de agua que los niños habían mantenido en plena calle y a la vista de todos. Cuando Marcus llegara a la puerta, la señora Douglas le secaría la cabeza con una toalla, entre las risas de las otras mujeres, sin dejar de enumerar los castigos que esperaban a la vuelta de la esquina a cualquier negrito que olvidara los buenos modales, las obligaciones y el sentido común.

La cocina olería a levadura, a carne girando en el asador, a pan de maíz caliente, a vinagre, canela y jengibre. El vaivén de la puerta daría paso a otros criados con agua del pozo, pescado fresco del río, cebollas del sótano y huevos retirados del nido por veloces dedos oscuros. Se detendrían a conversar durante un minuto, mientras devoraban el pan de maíz untado con el jugo de la carne asada el día anterior.

Casi todos los criados de la casa eran negros, pero no había esclavos ni estaban bajo contrato de servidumbre. Una vez hecho el trabajo, podían ir y venir por la ciudad a su antojo. Era muy posible que alguno de ellos fuera a la Escuela Libre. Y en ese caso conocería a Manny Freeman.

Hannah echó otro vistazo a los senderos desiertos que serpenteaban por Bowling Green; luego observó las casas, donde los ricos aún dormían tras los cortinajes y las ventanas cerradas. Con súbita decisión, entró en el vestidor en busca de su vestido más sencillo.

Reconoció inmediatamente a Marcus por el pelo húmedo y el brillo de sus ojos. Estaba sentado ante una larga mesa de caballetes, entre Peter y Ethan, los tres entregados con entusiasmo al desayuno. Al verla, Ethan se levantó con la cuchara en el puño y una sonrisa tan gozosa que hizo que desaparecieran todas las dudas que le inspiraba ese viaje. Pasara lo que pasase durante su estancia en la ciudad, el pequeño había olvidado sus preocupaciones siquiera por un tiempo, y eso ya valía mucho.

—Señorita Hannah —la saludó el ama de llaves, con una sonrisa cortés pero intrigada—. Si quiere el desayuno, podemos llevárselo a su cuarto. No hace falta que baje, ¿comprende? ¿Nadie le ha mostrado la campanilla que tiene en la habitación?

En la cocina atestada, todos los ojos estaban fijos en ella, sin cordialidad ni animosidad. Simplemente no sabían qué pensar de ella, una india recibida en la casa como huésped, una mujer de color a la que debían tratar como a los blancos.

—Me gustaría desayunar aquí con los niños —dijo ella—, si no es demasiada molestia.

La señora Douglas vaciló un momento, lo suficiente para que Hannah comprendiera que estaba preocupada. Sin duda había visto y oído muchas cosas extrañas en aquella casa, pero esa debía de ser la primera vez que una huésped pedía comer en la cocina, con los niños y los criados.

Ella insistió:

—Me siento más a gusto aquí que en el comedor. Es como estar en mí casa. Permítame que me quede, por favor.

Le hicieron sitio a la mesa. El ama de llave le sirvió un plato de bizcochos calientes, jamón con miel y una montaña de papilla de cereales, coronada por un charco de mantequilla derretida. Hannah le aseguró que era más de lo necesario. Poco a poco la cocina volvió a su ritmo normal.

—Hoy iremos a Wall Street a ver los orangutanes del doctor King —anunció Ethan—. Y luego los muñecos de cera del señor Bowen. Hay uno que representa al presidente Jefferson. —Y continuó enumerando paseos que habrían agotado a cualquiera, salvo a un niño encerrado en un barco durante dos días.

—Me parece que esta noche habrá que llevaros a la cama dentro de un cubo —comentó Hannah. Y los tres asintieron alegremente.

—¿Tú también irás, Marcus?

El niño tragó.

—Sí, señorita. Donde va Peter, voy yo. —Alzó la cabeza con orgullo—. Me estoy preparando para ser ayuda de cámara.

—Los ayudas de cámara escuchan más de lo que hablan —le espetó la señora Douglas—. Ésa es una lección que todavía no has aprendido.

—Nos llevará mi padre —aclaró Peter—. Hoy no iré al despacho. Tú también vendrás, ¿verdad, Hannah?

—No puedo —respondió ella, mientras cortaba el jamón—. Prometí a Curiosity y a Galileo que iría a visitar inmediatamente a Manny. Le he traído un paquete. —«Y un mensaje», añadió para sus adentros. Entonces sorprendió la mirada de Ethan, que agachó la cabeza para estudiar los dientes de su tenedor.

Aparte de ella, sólo el niño sabía que debía ver a Manny, entre otras cosas, para darle noticias de Selah. También comprendía perfectamente lo delicado del asunto. Y había prometido con solemnidad no decírselo a nadie. Lo que no sabía, desde luego, era que Liam Kirby le había dado otro mensaje para Manny, mucho más inquietante.

«Dile que se ande con cuidado, que evite a Micah Cobb. Dile que si Vaark estaba en el muelle de Newburgh, no fue por casualidad».

El reloj del salón dio las siete. Hannah se preguntó cuándo podría escabullirse. Antes tendría que ver cómo estaba Kitty y esperar a que Will y Amanda bajaran a desayunar.

Marcus había dejado de comer para observarla, con la frente arrugada.

—¿De qué conoce a Manny Freeman, señorita Hannah? —preguntó.

—Crecimos juntos. Me lleva casi diez años, pero yo pasaba mucho tiempo con su familia. Y tú, ¿lo conoces por la Escuela Libre?

—Todo el mundo conoce a Manny —aclaró Marcus—. ¿Verdad, abuela?

La señora Douglas se acercó a la mesa sosteniendo en el hueco del brazo un gran cuenco con claras de huevo.

—Cierto —aseguró, mientras batía las claras con un tenedor.

—Tal vez podáis decirme cómo llegar a la escuela —preguntó ella—. Me gustaría verlo hoy mismo, si es posible.

—No necesita ir a la... —comenzó Marcus. Pero lo interrumpió una fría mirada de su abuela.

—Lo vemos de vez en cuando —dijo la señora Douglas.

Hasta ese momento, Peter se había mantenido callado, pues era tímido por naturaleza, de ese tipo de niños que cuando admira a un mayor, se siente tan feliz en su compañía que no se atreve a hablar. Pero obviamente sintió la necesidad de quebrar la regla, pues se levantó de golpe, como si un severo maestro le hubiera ordenado recitar algo.

—¡Pero si vemos al señor Freeman casi todos los días! —dijo con voz aguda y suave, arrugando su estrecha frente en un gesto de confusión—. Viene a visitar a mi padre. Unas veces lo acompaña el doctor MacLean; otras, la señora Kerr, y otras viene solo. Pasan largos ratos en el estudio. A veces mi padre permite que me quede, si estoy callado. —Y se inclinó hacia Hannah por encima de la mesa, bajando la voz—. A veces el señor Freeman me trae estatuillas de animales para mi colección.

Trabaja muy bien la madera.

La señora Douglas parecía decididamente incómoda. Con la boca fruncida en una «o» diminuta y apretada, ordenó:

—¡Vamos, niños, marchaos ya, que debo trabajar! —Y a Hannah—: ¿Tendría la bondad de esperar un minuto, señorita?

Cuando los niños hubieron desaparecido en el jardín, la señora Douglas entregó el cuenco a otra mujer y se sentó con pesadez frente a la muchacha. Durante un momento la energía pareció abandonarla. Tenía una mancha de harina en la frente, y Hannah sintió el impulso de limpiársela.

El ama de llaves sonrió bondadosamente.

—Peter es un niño muy bueno —dijo—. Está siempre tan deseoso de ayudar que a veces dice lo que no debe.

Con sorpresa e inquietud, Hannah comprendió lo que eso significaba: la mujer le estaba dando a entender que Peter le había informado de secretos que ella no habría debido oír y le pedía que lo olvidara todo.

—Usted no me conoce —dijo—, pero confío en que me crea. Jamás repetiré nada que pueda causar problemas a Manny Freeman, a los Spencer o... —Hizo una pausa para estudiar los ojos cautelosos e inteligentes de la señora Douglas—. A los viajeros.

Por los ojos de la anciana pasó una chispa de reconocimiento, de miedo y también de alivio. Luego se inclinó sobre la mesa, apoyó una mano en el antebrazo de Hannah y lo estrechó con fuerza.

—Ya debería estar sirviendo el desayuno —dijo—. Por favor, vuelva usted pronto y conversaremos.

—De acuerdo —prometió Hannah, aliviada y complacida por haber logrado cierto grado de complicidad con ella—, pero ¿podría usted indicarme cómo llegar a la Escuela Libre?

La mujer asintió.

—Le pediré a Cicero que le muestre el camino. ¿Dentro de una hora?

Hannah le dijo que le parecía bien y se fue hacia la siguiente mesa de desayuno, donde Will Spencer leía el periódico.

* *

Aunque ella le explicó que ya había desayunado, Will insistió en que se sentara a hacerle compañía y le comunicó que Amanda estaba con Kitty y había dado órdenes de que no las molestaran.

—Os agradezco vuestra preocupación —dijo Hannah—, pero debo escribir a Richard hoy mismo para informarle sobre el estado de su esposa y el tratamiento

prescrito. Es mi responsabilidad, aunque a los doctores no les guste la idea.

Will entornó los ojos al oír mencionar a los médicos.

—Mañana podrás hacer todo eso, pero hoy insisto en salirme con la mía. Además, tienes otros compromisos. Esta tarde te llevaré al dispensario para presentarte al doctor Simon. Después estarás en mejores condiciones de escribir al doctor Todd.

—¿Y los monos del doctor King? —preguntó Hannah, sonriente—. Los niños se llevarán una gran desilusión si no van a verlos.

—Los niños no se perderán nada —le aseguró él—. Y tú no tendrás que andar sola por la ciudad. Ahora cuéntame cómo estaban tu madrastra y tu padre cuando partiste.

Hannah se quedó desconcertada; lo único que no había pensado con Elizabeth era hasta qué punto debía informar a Will Spencer de las tribulaciones que se estaban viviendo en la casa. No podía imaginar a su madrastra ocultándole nada a Will, pero tampoco le gustaba la perspectiva de involucrarlo en la fuga de esclavos. Y tampoco podía mentirle directamente.

Si su largo silencio fue inquietante, Will no dio señales de ello. Por fin se decidió a hablar:

—Hace unas semanas fue Liam Kirby a Paradise, tras el rastro de una esclava fugitiva, aunque, por lo que sé, no pudo hallarla.

Él parpadeó, pero sin mover un músculo de la cara.

—Recuerdo que conocí a Liam en Paradise —dijo al fin—. En otro tiempo erais grandes amigos. Ahora vive aquí, en la ciudad, ¿lo sabes?

—Sí. —Hannah se levantó abruptamente—. Debo ir a ver a Kitty. Pensaré que me he olvidado de ella por completo.

—Si no quieres hablar —dijo Will, con una sonrisa—, no haré preguntas. Pero no te vayas todavía. Debo entregarte todo el correo que Hakim, tu viejo amigo, dejó para ti.

—¿Hakim? ¿Hakim Ibrahim estuvo aquí?

—La semana pasada. Lamentó mucho no poder verte. Me encargó que te dijera que te desea lo mejor.

Hannah, encorvada en la silla, buscó en vano algo que decir, pero Will ya había desviado su atención hacia el montón de periódicos y paquetes que tenía a su lado. Después de ordenarlos, se los acercó a Hannah.

—Comprendo que te sientas desilusionada, pero creo que esto te ayudará.

Ella comenzó a hojear el inesperado tesoro y lo separó en montones. Había un gran fajo de fragmentos de artículos y publicaciones médicas que Hakim había copiado para ella, un paquete muy pesado que no pudo identificar por su forma, otro de libros, una caja pequeña cerrada con clavos y siete cartas. Cinco estaban dirigidas a su padre o a Elizabeth, pero dos eran para ella.

—Te dejo con tu correspondencia —dijo Will.

Y se retiró antes de que Hannah pudiera levantar la vista para darle las gracias.

La carta más gruesa era de Hakim; probablemente requeriría ir abriendo la caja y los paquetes a medida que la leyera. La dejó a un lado para más tarde. La otra era de su prima Jennet, que vivía en Carryckcastle, Escocia. Hannah llevaba siete años sin ver a sus parientes escoceses, pero la correspondencia con Jennet mantenía vivo el vínculo. Como estaba sola en la habitación, la abrió con cuidado y desplegó las páginas.

Querida prima Hannah:

Hace más de cuatro meses que no recibimos noticias de Lago de las Nubes. Sin duda mañana llegará una carta muy larga, con noticias suficientes para satisfacer mi curiosidad, que según mi madre no es digna de una dama. Pero como el Isis zarpa esta tarde hacia Nueva York, no puedo esperar más para volcar en el papel las noticias que tengo, las buenas y las malas.

Mi padre enviará su propia carta al tuyo, pero aun así me pide que os informe de que todos gozamos de prosperidad y buena salud, y, como hija obediente, debo hacer lo que pide. Pero una vez hecho, debo agregar mis propias palabras: no es tan cierto como me gustaría. Últimamente mi padre está sumamente cansado y dolorido, aunque preferiría cortarse la lengua antes que admitirlo. Ha adquirido la costumbre de descansar en su invernáculo cuando cree que nadie lo ve y no tiene fuerzas ni para cuidar de sus bien amados tulipanes. Mi madre, su buena esposa, dice que el conde de Carryck puede descansar donde y cuando le plazca, ¿y qué mejor sitio que entre las flores y las plantas que le brindan tanto placer?

La pura verdad es que continúa tan terco y astuto como siempre, tal como lo han sido siempre todos los condes de Carryck. Sin duda mi hermano Alasdair, pese a su temperamento travieso, acabará siendo como él, pues es una característica con la que se nace y de nada sirve negarlo. ¿Qué otra explicación hay para que un hombre de ochenta y un años se proclame capaz de llegar a la tumba sin la ayuda de ningún doctor? Aun así no pudo rechazar a Hakim Ibrahim, que llegó en el Isis hace apenas diez días. Pese a las protestas de mi padre, todos nos alegramos mucho de verlo. Los tónicos de Hakim, sus téis y sus aceites parecen haberle brindado algún alivio, al menos el suficiente como para que mi madre haya vuelto a cantar por la mañana. El conde hasta quiso montar a caballo para acompañar a Luke en su visita a los arrendatarios.

Pero justamente ayer, Hakim habló con mi madre a solas. Cuando se fue, ella, más pálida e irritable de lo que la he visto en mucho tiempo, me anunció que el conde nos enterrará a todos, digan los médicos lo que digan. Pero en verdad está asustada, como todos. Hasta Alasdair se da cuenta de la situación, y todos los días viene a reclinar la cabeza en el regazo de padre y se deja acariciar, como un cachorro de lobo domesticado.

La verdad es que el conde lleva al menos seis meses poniendo sus asuntos en orden. Muchas veces le he oído decir a mi madre que, con tan buenos hombres como tiene en los que confiar, no necesita preocuparse por los asuntos del condado. Como por ejemplo Ewan Huntar, que es nuestro capataz desde que terminó sus estudios en Edimburgo, hace tres años. Jamás entenderé por qué se necesita saber latín para administrar el castillo, los arriendos y los embarques, pero el conde está muy satisfecho con él; dice que tiene olfato para los negocios y cabeza para las leyes. Luke también sabe llevar registros, pero prefiere dejar eso en manos de Ewan. Él y Nezer Lun comparten la responsabilidad de mantener fuerte a Carryck, y a sus hombres listos para defender lo suyo de los Campbell y hasta de los ingleses, si llegara el caso.

En eso Luke no ha cambiado ni un ápice. Aún disfruta sobre todo de andar a caballo. Él y Nezer pasan los días ideando ejercicios para mantener a los hombres bien preparados; cuando se cansan de exhibirse ante las miradas de las muchachas aldeanas, parten de cacería y no regresan hasta varios días después.

Hace ya siete años que tu padre y el mío cerraron el acuerdo por el que tu hermanastro vino a Escocia. En ocasiones es como si la gente hubiera olvidado que Luke nació lejos, en Canadá, y que pisó por primera vez las tierras de Carryck cuando tenía la misma edad que tú y yo ahora; pero yo lo recuerdo, y Luke también. Mi madre asegura que es un Scott de Carryck de la cabeza a los pies, pero eso es porque no lo conoce tanto como yo. Cuando salimos de paseo, sólo quiere hablar de Canadá, de lo vasto que es, del

verdor de sus árboles y de su abuela Iona, la monja fugitiva, y del gran río que tiene el nombre de un santo, donde en la primavera se amontonan bloques de hielo grandes como casas, hasta el punto de que los hombres saltan de uno a otro y hacen apuestas sobre quién será el primero en llegar al otro lado.

Tal vez eso se relacione con el hecho de que su madre volviera a Montreal el año pasado. No quiere reconocer que la echa de menos, pero todos los días veo en su cara, cada vez más fuerte, el deseo de partir. Durante un tiempo pensé que Katie, la hermana de Ewan, podría amarrarlo a Carryck con un bebé. A tu hermano le gustan las muchachas tanto como a cualquier hombre, pero no es tonto. Y ella, con todos sus contoneos y risitas, no ha conseguido otra cosa que una mala reputación. A Luke le interesa tanto Katie Huntar como a mí su hermano Ewan, aunque mi padre no pare de elogiar su inteligente y calva cabeza desde el alba hasta el anochecer.

De no ser por la mala salud de mi padre, yo misma me embarcaría en el Isis cuando zarpe a Nueva York, aunque sólo fuera para demostrar que aún soy la Jennet que te mostró el árbol de las hadas y se enfrentó al pirata (he olvidado comentarte que Hakim trajo noticias de Stoker, el cual tiene un barco nuevo, llamado Venganza, y practica su malvado comercio en las Islas del Azúcar), no la criatura melancólica que debo de parecer a través de esta carta. Pese a todo siempre tenemos motivos para reírnos, como ayer, cuando el pequeño Alasdair metió la cabeza en un cubo de miel vacío para lamer el fondo, y ya no pudo sacarla de allí. Todos reímos hasta llorar, y también Alasdair, que rodaba por el suelo y pataleaba; tuve que sentarme sobre él para que Luke pudiera sujetar el cubo y cortar los flejes.

Como tú no dices nada de venir a Escocia, supongo que me toca a mí hacer el viaje, Hannah Bonner. Pensarás que hemos retenido a tu hermano demasiado tiempo y que es hora de que regrese con vosotros. Por eso he ideado este nuevo plan: si no podemos retener a Luke aquí, yo misma te lo llevaré a los Bosques Interminables. ¿Te imaginas qué de aventuras viviremos allá?

Esta carta te llegará en primavera. Por eso la cierro con mis deseos de que paséis un verano saludable, sin enfermedades ni nuevos pesares para ti ni para tu familia.

Tu afectuosa prima y sincera amiga,

Jennet Scott de Carryckcastle

14 de febrero del año de Nuestro Señor 1802

Hannah permaneció largo rato con la carta de Jennet abierta sobre la mesa, tan absorta en sus pensamientos que cuando el reloj dio las ocho, se incorporó de un salto, sin saber dónde estaba. No la habría sorprendido ver por la ventana las colinas cubiertas de brezos, pero sólo veía la casa vecina, donde una criada limpiaba los cristales.

Se preguntó si el conde estaría aún con vida y cuál sería la enfermedad que lo afectaba. Sin duda Hakim se lo diría en su carta, pero aún no estaba dispuesta a abandonar la de Jennet. De cualquier manera, era probable que el siguiente correo trajera noticias del conde... y quizá también a Jennet y a Luke.

Hannah casi podía verlos de pie en la barandilla del Isis. En su recuerdo se mantenían tal como los había conocido: Jennet, una menuda niña de diez años, de boca ancha y sonriente, con una larga cabellera rubia y rizada enmarcándole la cara; Luke, rubio como su madre, alto y muy delgado, ancho de hombros como su padre y con la frente amplia y los ojos separados de la abuela Cora. En aquel entonces ya era todo un hombre y la provocaba como suele hacerlo cualquier hermano mayor.

Había también una carta de Luke para Nathaniel. Escribía dos o tres veces al año para informar responsablemente sobre la vida que llevaba en Escocia, lo que aprendía sobre la administración de fincas y tierras de cultivo, sus progresos en el manejo de

las armas y el arte de la guerra. Aun así, la verdadera imagen que Hannah tenía de su hermanastro no provenía de sus cartas, sino de las de Jennet. Tenía veintiséis años, ocho más que ella, y sólo habían pasado juntos un mes, antes de que él partiera para reclamar su lugar en Carryck. Durante su primer año en Escocia había sido el heredero del condado, hasta que la señora de Carryck sorprendió a todo el mundo, ella incluida, al concebir inesperadamente un último hijo, que resultó varón.

Nathaniel había escrito a Luke para preguntarle si quería regresar a Canadá, donde había nacido y crecido al cuidado de su abuela Iona, o a Lago de las Nubes, donde siempre sería bien recibido. Pero Luke respondió sin lamentarse ni protestar por lo que había perdido: se quedaría en Escocia mientras pudiera ser útil a Carryck.

—Volverá —había dicho Ojo de Halcón, cuando Elizabeth leyó la carta en voz alta, frente al hogar, una noche de invierno—. Antes que Scott es Bonner. Sus raíces están aquí.

Hannah leyó nuevamente la carta de su prima: «Pensarás que hemos retenido a tu hermano demasiado tiempo y que es hora de que regrese con vosotros. Por eso he ideado este nuevo plan: si no podemos retener a Luke aquí, yo misma te lo llevaré a los Bosques Interminables. ¿Te imaginas qué de aventuras viviremos allá?»

Los planes de Jennet eran muchos, pero Hannah percibió, con entusiasmo y una vaga intranquilidad al mismo tiempo, que ése podía convertirse en realidad.

—¿Señorita Hannah? —Un negro anciano estaba de pie ante la puerta, con el sombrero en sus grandes manos. Su sonrisa pronta y amable hizo que le recordara inmediatamente a Galileo.

—¿Sí?

—Soy Cicero. ¿Quería ir a la Escuela Libre a ver a Manny?

—Sí. —Hannah se levantó, echando una última mirada a la carta de Jennet—. ¿Se puede ir a pie?

Él inclinó la cabeza, sorprendido.

—Claro que sí, señorita. No queda lejos. Está a veinte minutos, media hora, si quiere caminar un poco y ver algo de la ciudad.

—Sí, me gustaría caminar un poco —dijo Hannah—. En cuanto haya guardado todo esto, me reúno con usted.

* *

Partieron por la Broad Way, por el lado este de la calle, caminando sobre losas. Entre las casas del otro lado se veía el destello azul del río, del mismo color que el cielo primaveral.

Cicero le señaló la residencia del alcalde y las casas de varios concejales y

abogados. Hannah supuso que los Spencer conocerían bien a esas familias. Le llamaron la atención los arbustos bien podados y las flores, tan alineadas como un batallón del ejército, sin una sola brizna de césped fuera de lugar.

El tránsito era tremendo, peor que en Albany y superior a todo lo que Hannah hubiera podido imaginar. Coches y carruajes de todo tipo y tamaño, hombres a caballo. Un cerdo rosado que husmeaba en la alcantarilla se apartó cuando un carrero le descargó el látigo sobre el ancho lomo. A esa hora de la mañana no había señoras, pero sí muchos caballeros, de chaquetas elegantes y sombreros de copa, que parecían tener prisa por llegar a algún sitio. Caminaban solos o de dos en dos; nadie reparó en Cicero ni en Hannah, de lo cual ella se alegró.

También había criados y trabajadores. Pasó un hombre que debía de ser panadero, pues iba envuelto en un delantal y cubierto de harina de la cabeza a los pies. Cicero saludó en voz baja a un negro que cargaba un gran saco sobre el hombro.

La sorpresa más agradable fue la de ver que los vendedores ambulantes, mujeres y hombres por igual, anunciaban gritando sus mercancías. Una jovencita que llevaba una caja colgada del cuello exclamaba con voz alta y clara:

—¡Venid por las primeras fresas! ¡Fresas tempranas! ¡Dulces fresas, dulces!

Era en verdad asombroso que se vendiera tal variedad de cosas en la calle. Pan de jengibre, sidra, hebillas para los zapatos, hatillos de yesca, cacerolas y sartenes, escobas, grandes brazadas de lilas y ramilletes de violetas, periódicos. Pasó un carro cuyo conductor iba tan cubierto de suciedad que no se podía determinar el color de su piel; él también gritaba.

—¡Carbón! ¡Aquí tengo vuestro carbón!

Lo seguían dos deshollinadores, que llevaban colgadas del cuerpo todas las herramientas del oficio: cepillos de mangos largos, rasquetas y cubos, cantando juntos en fácil armonía.

*Limpiamos la chimenea,
la chimenea limpiamos,
sin cuerda ni escalera
limpiamos la chimenea.*

Un grupo de muchachos harapientos y demacrados se abría paso entre la multitud. Cicero echó mano al bastón que llevaba colgado de la cintura, vigilante. Hannah tuvo la sensación de que no vacilaría en golpear si lo creía necesario.

Una muchacha con chanclos y cofia encasquetada hasta las orejas ofrecía leche con mantequilla en un monótono sonsonete. Llevaba un cubo en una mano y una taza de hojalata en la otra.

—¡Leche de mantequilla, señorita! ¡No hay nada mejor para aclarar el cutis!

Cicero emitió un gruñido de desaprobación, pero Hannah siguió caminando, decidida a no alterarse por la inevitable atención que atraería. La entonación irlandesa de la muchacha le recordó al pirata Stoker, y eso la hizo sonreír.

A lo largo de la Broad Way pasaron frente a tiendas y más tiendas, muchas de ellas más grandes que las cabañas de Paradise, donde vivían familias de cinco o seis personas.

—Esa es la librería del señor Caritat —dijo solemnemente Cicero, señalando con la cabeza—. El señor Caritat come a menudo a la mesa de los Spencer.

Frente al escaparate, dos caballeros discutían sobre un volumen abierto que sostenían entre ambos. Uno de ellos señalaba una frase apuntando con un pequeño abrecartas. El otro era el doctor Ehrlich, pero no la vio o no quiso verla.

En algún otro momento le pediría a Will Spencer que la llevara a la librería del señor Caritat; quizá pudiera comprar allí papel fino como regalo para Elizabeth.

Pasaron por delante de una tienda de música. La puerta se abrió, dejando brotar un gorjeo de violines, que quedó inmediatamente sepultado por el griterío de unos niños, uno de los cuales apretaba contra el pecho un jamón enorme, como si fuera un bebé. Lo seguían de cerca un carnicero ceñudo y decidido, con el delantal manchado de sangre. Había joyeros, plateros, aurífices, sombrereros. Sobre una puerta pintada de azul intenso colgaba un letrero en el que rezaba: «Steven Green, maestro lencero, oriundo de Norwich». Hannah no sabía exactamente qué era un maestro lencero, pero no quiso preguntarlo en ese momento, pues tenía la sensación de que Cicero se detendría a explicárselo con profusión de detalles.

—Oh, mire —dijo Hannah—, «Leonora VanHorn, modista».

—¿Conoce a la señora VanHorn, señorita? —preguntó su acompañante, con una sonrisa cortés.

—No, pero sé que la señora Todd quiere visitarla. Tengo entendido que trae encajes de Bruselas.

En la manzana siguiente olía a humo de tabaco y café tostado que provenía de una cafetería. Las puertas, abiertas de par en par, permitían ver el salón repleto de hombres que hablaban en voz alta. Al lado se alzaba el City Hotel, tan grande como los depósitos del muelle, y cuya puerta principal estaba flanqueada por dos árboles pequeños plantados en tinajas. Hannah se detuvo a mirarlos, preguntándose a quién se le habría ocurrido la extraña idea de que un árbol podía vivir feliz con tan poco sitio para expandir sus raíces.

Cicero giró en una esquina y continuaron caminando por una calle lateral, donde disminuía el ruido de la Broad Way. Vieron más tiendas, oficinas y casas más pequeñas y modestas. Allí también había vendedores ambulantes que ofrecían escobas, huevos, pescado fresco del río, mezclando sus voces al anunciar sus productos. Un grupo de niños jugaba con un perro de tres patas, que miró a Hannah

con una sombría súplica en los ojos. Los cerdos trajinaban en las alcantarillas. En realidad, toda la calle olía mucho peor que la Broad Way, pues era más estrecha y estaba sembrada de basura y estiércol. Era mejor no imaginar cómo sería con el calor del verano.

Tras girar dos veces más llegaron a un largo edificio de ladrillos rojos con pulcras persianas blancas.

—Ésta es la Escuela Libre Africana —dijo Cicero—. Lo más probable es que Manny esté en el alojamiento del portero, allí detrás. Yo, mientras tanto, iré a visitar al señor Solomon hasta que usted haya terminado. Manny vendrá por mí.

Le hizo una reverencia doblando la cintura y, tras entregarle el paquete que había llevado por ella, se marchó.

* *

Hannah tomó un estrecho sendero que conducía a la parte trasera del edificio de la escuela, junto a las aulas. En ellas los estudiantes recitaban las tablas de multiplicar, conjugaciones de verbos y poemas, todo lo cual se mezclaba en un sonsonete armónico.

Siguió por el sendero hasta una zona amplia que se extendía detrás de la escuela, donde sin duda jugarían los niños durante el recreo. Encontró el alojamiento del portero donde Cicero le había indicado; era un edificio pequeño, con techo de pizarra y dos ventanas a cada lado de la puerta abierta. Al pasar de la luz intensa de la mañana al vestíbulo en penumbra, Hannah percibió primero los olores: cera de abejas y aceite mineral, cuero y serrín. Luego vio una alfombra de retazos de tela en el suelo y, a la altura de los ojos, una leyenda bordada dentro de un marco simple: «En la casa de mi Padre hay muchas mansiones». Había dos puertas frente a frente, cada una con su tarjeta pulcramente escrita a mano; una decía «MECÁNICO»; la otra, «PORTERO».

Mientras Hannah se preguntaba a cuál llamar, oyó unas pisadas. Mientras se volvía, una voz familiar preguntó:

—¿En qué puedo ayudarla, señorita?

La sonrisa de Manny fue tan sincera que borró toda la preocupación de Hannah.

—¡Hannah Bonner! —Le cogió las dos manos y se las estrechó—. ¡Pero mira qué bien estás! ¡Qué placer tan grande ver a alguien de mi casa! Hace al menos dos años... Anda, ven, pasa. ¿Qué haces aquí, en la ciudad?

Abrió la oficina del portero y la hizo pasar. Hablaba tan deprisa que cuando Hannah iba responder a una pregunta, él ya había formulado otra. En muy poco tiempo la instaló en la mejor silla de la habitación, le ofreció té o agua y se sentó

frente a ella.

Manny no parecía haber cambiado mucho, pero tenía un aire vigilante; cuando miraba algo era como si lo atravesara. Si bien había heredado más del temperamento materno que sus hermanas, físicamente se parecía a su padre; tenía la misma frente alta y la postura erguida; hasta se sentaba como él. Los dos eran fuertes y algo más altos que la mayoría.

Durante la conversación se produjo una pausa, y Manny bajó la vista al suelo con expresión reflexiva. «Piensa en Selah —comprendió la muchacha—. Se pregunta si hay noticias de ella. No sabe siquiera si ha llegado a Paradise, si está con vida». Carraspeó.

* *

—Curiosity te envía este paquete: un poco de jabón, tortas de jengibre y un frasco de conservas. Y traigo un mensaje para ti. Bueno, más de uno.

Hizo una pausa para mirar la escuela por la ventana. La única persona a la vista era una anciana que pelaba patatas sobre un barril delante del edificio contiguo, con la cabeza cubierta por un pañuelo amarillo.

A Manny le tembló la voz.

—Aquí puedes hablar sin peligro.

Hannah sonrió.

—Selah está a salvo.

Él se relajó notoriamente.

—Cuando partí —continuó Hannah—, mi padre estaba a punto de emprender viaje con ella hacia Roca Bermeja.

Él levantó la cabeza.

—¿Y la criatura?

—Aún no había nacido cuando me fui, pero creo que a estas horas ya habrá llegado. Selah llegó con fiebre, pero la dejé sana y fuerte, y a la criatura también.

—Temía que hubiera muerto —susurró Manny, más para sus adentros que para ella—, después de lo que sucedió en Newburgh... —Movié la cabeza.

—Selah me encargó que te dijera que no te inquietes por ella. Además, lo peor ya ha pasado y ahora va camino a Roca Bermeja.

Él dejó escapar un suspiro largo y trémulo, pero su expresión de alivio ya había dado paso a nuevas preocupaciones.

—¿Y Liam Kirby?

Hannah dio un respingo.

—¿Sabes que Liam fue tras ella?

Manny apartó la vista hacia la anciana que estaba encorvada sobre el barril.

—Tenemos controlados a todos los cazadores de recompensas que trabajan fuera de la ciudad. En general, sabemos quiénes son y a quién buscan.

—¿Quiénes sabéis? ¿Te refieres a la Sociedad de Manumisión?

Él giró bruscamente la cabeza hacia ella.

—No, por Dios. La Sociedad no puede verse mezclada en el traslado de esclavos. Si se descubriera que uno de sus miembros participa en eso, esta escuela desaparecería.

—Pero... —Hannah recordó la seria expresión de Peter en el desayuno: «Pasan largos ratos en el estudio de mi padre y discuten los asuntos de la sociedad»—. ¿Will Spencer es miembro de la Sociedad de Manumisión?

Él la miró de frente, muy quieto.

—No. No lo es.

Hannah se reclinó contra el respaldo y esperó. Tras un largo rato Manny dijo:

—No estoy seguro de que sea buena idea seguir hablando de esto. Te agradezco que te hayas tomado la molestia de venir a darme la noticia, Hannah. No era algo que se pudiera decir por carta, ¿comprendes?

Ella asintió, pero aún pensaba en Peter y en lo que había dicho en la cocina. Lo que Manny se negaba a decir en voz alta estaba claro y no podía pasarse por alto: Will Spencer ayudaba a los fugitivos.

«No fue nuestro Manny quien trató de comprar a la muchacha», había dicho Galileo. Y la expresión de Curiosity al interrumpirlo: «No hace falta dar nombres».

Era lógico que Will formara parte de una sociedad secreta dedicada a trasladar esclavos hacia la libertad. William Spencer, vizconde de Durbeyfield, presentaba una cara al mundo: un hombre de familia respetable, excelentes contactos, porte y modales perfectos. Había muchos como él: hombres que llevaban vidas ejemplares y que pasaban infinitas horas fumando opio o bebiendo brandy en bibliotecas a oscuras. Los vicios secretos de Will Spencer eran la rebelión, la revolución y la reforma.

Corría peligros tremendos. Por una situación muy parecida a ésta se había visto obligado a huir de Inglaterra, dejando atrás todo lo que le era familiar. Hannah pensó fugazmente en Amanda y en Peter, en todo lo que él arriesgaba.

Manny la observaba, pero la muchacha comprendió que no obtendría más información de él ni de nadie, salvo del mismo Will.

—¿Has dicho que tenías más de un mensaje? ¿De mis padres?

—No —respondió Hannah—. De Liam Kirby. Me encomendó... —Hizo una pausa, tratando de ordenar sus pensamientos—. Me encomendó decirte dos cosas. Primero, que evitaras a Michael Cobb.

—Micah Cobb —corrigió Manny.

—Micah Cobb. Debes evitarlo, pues te está vigilando y busca un motivo para

arrestarte. —«Para hacerte ahorcar», pensaba ella, pero Manny ya debía de saberlo sin necesidad de que ella se lo dijera.

Si para él era una novedad, no pareció alterarlo mucho.

—¿Y el segundo mensaje?

—Ese lo recuerdo palabra por palabra: «Dile que si Vaark estaba en el muelle de Newburgh, no fue por casualidad».

A Manny se le abultaron los músculos de la mandíbula al apretar los dientes. Se puso de pie, fue hasta la ventana y apoyó una mano en la pared.

—¿Algo más?

—Específicamente para ti, no, pero mencionó al capataz de la viuda Kuick. Por lo que dijo, me dio la impresión de que tú tenías tratos con él. ¿Conoces a Ambrose Dye?

Manny asintió.

—Sé quién es, sí.

Hannah se percató de que estaba colérico, al punto de que le costaba contenerse. Y ella no podía hacer nada por ayudarlo, pues Manny veía en ella a la hija de Nathaniel Bonner. No la pondría en peligro; en parte, porque eso iba contra su manera de ser; y en parte, porque no quería tener que vérselas con el padre de la muchacha si le sucedía algo.

Se levantó.

—Creo que debo regresar... Aún no he visto a Kitty, y esta tarde tengo que ir al dispensario... —Hablaba atropelladamente—. El doctor Todd lo ha dispuesto todo para que yo aprenda a vacunar contra la viruela.

Al parecer, algo de lo que había dicho quebró la distracción de Manny, que levantó inmediatamente la cabeza.

—¿Trabajarás en el asilo?

—No lo sé. —Hannah extendió las manos hacia delante—. Lo único que sé es que me enseñará el doctor Simon.

—Pues entonces trabajarás en el asilo. Allí es donde van a vacunarse los que no pueden pagar a un médico. —En su voz se había renovado la energía. Empezó a decir algo, pero se interrumpió.

—¿Nos volveremos a ver? —preguntó Hannah.

—Mañana a primera hora pasaré por la cocina para saludar a la señora Douglas, si no te importa.

—No me importa en absoluto —aseguró ella, más intrigada que nerviosa—. Será un placer.

* *

25 de abril de 1802

He caminado por la ciudad en compañía del señor Cicero, el mayordomo del primo Will Spencer. Me ha llevado a conocer la Escuela Libre Africana, para visitar a Almanzo Freeman, quien se ha alegrado de recibir noticias de su casa.

En el trayecto de regreso a la calle Whitehall, Cicero me ha dado una lección sobre los tipos de vehículos que hay en la ciudad y para qué se utilizan. Cada uno tiene su propio nombre y parece muy importante no confundir un *barouche* con un cabriolé, ni un calesín con un faetón. Además del carrocín y las carretas de bueyes, que hasta para mí son fáciles de distinguir, hay también calesas y carretelas, diligencias, carrozas, cabriolés y sillas de manos; unos tienen dos ruedas, otros, cuatro; los hay con flancos altos y sin flancos, con capotas de piel que se pueden plegar en días soleados y con ventanillas de cristal. Los más grandes van tirados por cuatro y hasta seis caballos; en los más pequeños sólo cabe un pasajero, que debe manejar las riendas de la única caballería. Los más elegantes suelen estar pintados de colores luminosos y con relieves dorados, mientras que otros están muy maltrechos. Hemos visto un coche de alquiler (se consiguen por poco dinero, con cochero, caballo y todo) tirado por un caballo que tenía la cola y las crines teñidas de púrpura y trenzadas con flores secas.

Un vecino, el hijo mayor del presidente del Concejo Municipal, ha venido al poco de nuestra llegada para invitarme a pasear en lo que él denomina «mi volador». La prima Amanda me ha transmitido su invitación con cara preocupada, junto con el consejo de que la rechazara cortésmente. Sus palabras han sido éstas: «Si quiere romperse la cabeza, que lo haga solo, ese grandísimo tonto». Cuando se ha ido, he visto desde la ventana a qué se refería. Las ruedas del volador son tan altas como un niño de doce años y para subir al asiento es necesario desplegar una escalerilla. Aunque parecía divertido, he seguido el consejo de Amanda, para conservar mi cabeza en buenas condiciones, considerando todo lo que debo aprender en el Instituto de la Viruela y en el hospital.

Kitty, cuando está nerviosa, parlotea sin cesar; yo, sin embargo, escribo cosas sin importancia, para no registrar en el papel lo que he sabido del primo Will Spencer, algo que esta noche me mantendrá despierta.



Capítulo 20

Cuando partieron en carruaje hacia el dispensario de Nueva York, Hannah casi había desistido de sacarle a Will el tema de los esclavos fugitivos y los cazadores de recompensas, sobre todo porque sabía que su padre y su madrastra habrían tenido opiniones muy diferentes sobre el asunto.

Elizabeth prefería pensar que se regía por la razón, pero a menudo se dejaba llevar por el corazón; ella habría querido que Hannah hiciera cuanto pudiese por ayudar a Manny, y eso significaba abordar a Will. Su padre, en cambio, esperaba que ella respetara sus promesas: a Richard Todd, de cuidar que su esposa y su hijastro regresaran sanos y salvos; a su familia, de no hacer nada que la pusiera en peligro. Ya había puesto sobre aviso a Manny, y él le pasaría la advertencia a Will Spencer y a quien creyera conveniente; con eso debía terminar su participación.

Mientras Will le hacía comentarios sobre los edificios, parques y teatros por los que pasaban, Hannah no podía olvidar ni entender la reacción de Manny ante el último mensaje. Su expresión la había acompañado durante toda la mañana, mientras planeaba salidas, visitas y compras, y durante las complejas negociaciones con Kitty sobre las horas de descanso diarias que necesitaba. Los niños habían ido con el preceptor de Peter a ver los orangutanes y las figuras de cera, con las provisiones que les había preparado la señora Douglas para almorzar al aire libre.

«Si Vaark estaba en el muelle de Newburgh, no fue por casualidad».

Por lo que Hannah sabía, Selah no había huido precipitadamente, sino bien preparada, con mapas, instrucciones memorizadas y contactos a lo largo del camino. Era Manny quien le había proporcionado todo aquello, Manny y la misteriosa sociedad que Peter había mencionado inocentemente. Pero algo había salido mal. Y el señor Vaark, el propietario de Selah (término que no podía olvidarse, pese a sus implicaciones), supo que debía ir por ella a los muelles de Newburgh, donde murió. Donde Selah lo mató.

Si no había sido la casualidad lo que había llevado a Vaark al muelle de Newburgh, ¿qué había sido? ¿O quién? ¿Acaso había algún espía involucrado?

—Se te ve como ausente... —dijo Will—. ¿Estás pensando otra vez en Hakim?

—No —respondió ella sonriendo, al tiempo que apartaba la mirada hacia la ventanilla del carruaje—. Esta mañana he ido a la Escuela Libre para visitar a Manny Freeman. Estaba pensando en él.

Will permaneció callado durante un largo instante.

—Ya hablaremos de eso más tarde —dijo al fin—. Aquí está el dispensario.

Era un edificio poco impresionante, una casa convertida en consultorios donde los doctores podían tratar a los enfermos, en vez de ir a visitarlos a sus casas. Hannah

sabía por Will que eran trece los médicos y cirujanos que aportaban su tiempo a la organización; también había una farmacia siempre abierta. El Instituto de la Viruela estaba en el asilo, pero primero debían encontrarse con el doctor Simon.

—No tienes por qué preocuparte —dijo Will—. El doctor Simon es un médico excelente y uno de los mejores hombres de la ciudad.

Hannah no dijo nada, pero se acordó de los hombres que en la víspera, después de pasar tanto tiempo con Kitty, no habían querido responder a sus preguntas. Luego recordó que estaba allí por un asunto muy simple: había estudiado todo el material disponible sobre la *variolae vaccinae* (incluido el panfleto enviado por Hakim Ibrahim, que había llegado con el correo de la mañana) y sólo le faltaba practicar lo aprendido teóricamente bajo la supervisión de un doctor experimentado que pudiera aclarar sus dudas.

No se presentaría sola en ese dispensario: a sus espaldas tenía a todos sus maestros. No sería un bochorno para ellos, ni tampoco para sí misma.

* *

Antes de que Hannah pudiera captar algo del dispensario, aparte de los olores comunes a cualquier hospital o lugar donde hay enfermos, un joven negro, que se presentó con el nombre de Archer, los hizo pasar a una sala de reuniones.

En torno a una mesa redonda había ocho hombres sentados, todos de aspecto muy distinguido, la mayoría con barba y mostacho retorcido. El más joven aparentaba unos treinta años, y el mayor, que lucía una peluca empolvada muy pasada de moda, más de sesenta. Hannah se sintió vagamente complacida cuando vio a los doctores Ehrlich y Wallace; insistiría con sus preguntas sobre el examen de Kitty y, en semejante compañía, no podrían evitarla, ni ningunearla.

La sala estaba envuelta en una densa niebla causada por el humo de las pipas y los cigarrillos; durante un momento Hannah pensó en la fogata del consejo, en Buenos Pastos. Cuando había un problema que resolver, el sachem convocaba a hombres de experiencia y sabiduría y conversaban mientras fumaban oyen'kwa'onwe en una pipa que se pasaban unos a otros. Pero también las madres del clan participaban en los consejos kahnyen'kehàka, para cuidar de que los hombres no olvidaran sus responsabilidades ni perdieran la cabeza. «Cosa a la que ellos son propensos», habría dicho Curiosity.

«Soy Camina Adelante —recordó—. Hija de Canta de los Libros, del pueblo kahnyen'kehàka. Nieta de Atardecer, que era una gran curandera. Bisnieta de Hecha de Huesos, que fue madre del clan del Lobo durante cuarenta años. Tataranieta de Mujer Halcón, que mató a un jefe o'seronni con sus propias manos y le arrancó el

corazón para dárselo de comer a sus hijos varones. Y soy también la hijastra de Hueso en la Espalda».

¿Qué había dicho Elizabeth en la mañana de su partida? «Mantén la cabeza bien alta y míralos a los ojos. No sonrías hasta que ellos te vean tal como eres y entiendan que no te desanimarás fácilmente ni permitirás que te desprecien».

—Caballeros —saludó.

Todos se pusieron de pie, como si ella fuera la maestra y los hubiera llamado al orden. Unos parecían escépticos; otros, curiosos. El más joven se sentó casi de inmediato y garabateó algo en un papel, mientras dos de ellos se adelantaban para saludarla.

El mayor era tan gordo que todo su cuerpo se bamboleaba al caminar. El cuello estaba escondido tras una serie de papadas y, por encima de la barba, tenía la tez tan encendida que parecía que fuera a estallar al primer contacto. A Hannah no le habría sorprendido en absoluto verlo caer allí mismo, víctima de una apoplejía.

—El reverendo John Roberts —lo presentó Will—, director del dispensario.

—Yo me encargo de los detalles de la financiación y apoyo económico para que estos señores puedan desarrollar su trabajo sin distracciones —explicó el reverendo, y regresó anadeando a su silla, mientras Spencer le presentaba al doctor Simon.

El primer pensamiento de Hannah fue que Richard Todd y Will no le habían dicho lo que de verdad importaba del doctor Simon. Era un hombre maduro, que vestía como los cuáqueros, con la expresión amable e inteligente que le habían descrito, pero no veía blandura en él. Sin saber por qué, le recordó a su tío Palabras Amargas, que había sido Guardián de la Fe en Barktown, antes de que hasta el último de los kahnyen'kehàka abandonara Árboles en el Agua.

Su primo continuó con las presentaciones: el señor Furman, intendente del asilo, los doctores Hosack y Benyus, que le hizo una profunda reverencia, y Pascalis, a quien algún tipo de parálisis le contraía el ojo izquierdo y la boca. El último de los hombres, el que se había sentado a escribir, resultó no ser médico, sino periodista.

—El señor Henry Lamm, del New York Intelligencer. No esperaba encontrarlo aquí, señor Lamm. —Will Spencer habló con la cortesía de siempre, pero su voz tenía un filo desacostumbrado.

El señor Lamm inclinó la cabeza y continuó escribiendo.

—Me ha invitado el doctor Wallace —explicó, sin apartar la vista de sus notas.

—Comencemos, pues —dijo el señor Roberts, que se sentó apartado de la mesa para dejar sitio a su panza.

Hannah echó una mirada interrogativa a su primo, pero él parecía igualmente desconcertado.

—¿Caballeros? —El señor Roberts se dirigía a todos los que estaban en la sala, pero fue el doctor Simon quien le respondió, después de aclararse la garganta.

—Mis colegas están muy interesados en la formación y los antecedentes de la señorita Bonner —dijo—. Si ella no tiene objeciones, querrían formularle algunas preguntas.

—Pero nadie mencionó esto cuando...

Hannah levantó una mano para interrumpir a Will.

—No tengo ninguna objeción.

Él vaciló.

—Como quieras.

Will pensó que la joven debía de estar loca para prestarse a semejante interrogatorio, pero Hannah lo que estaba era enfadada. Aquellos hombres habían ido a verla de la misma manera que los niños iban a ver los orangutanes: para satisfacer su curiosidad. En general, no querían perjudicarla; le harían unas preguntas sencillas sobre fiebres y huesos rotos. Pero no todos actuarían así. Por la expresión del doctor Ehrlich, era evidente que estaba allí para ponerla al descubierto y abochornarla. En cuanto al periodista, buscaba las jugosas noticias que pudiera extraer de allí.

Sin embargo, se sentía tranquila. Había soportado durante tres años la intransigencia de Richard Todd, las preguntas interminables destinadas a distraerla de lo obvio, su mal genio. Había atendido inflamaciones de garganta, soldado fracturas y curado fiebres; había ayudado a muchos, salvado a unos cuantos y visto morir a otros: entre ellos, su hermanito y su abuela. Y todo eso estaba registrado en su diario, lo mismo que los pasos que había dado en ese viaje.

Que el doctor Ehrlich y los demás hicieran lo que quisiesen.



Capítulo 21

Cuando se despertó a la mañana siguiente, Hannah encontró a Ethan de pie junto a su cama, en camisa de dormir. Estaba mirando hacia la ventana abierta, con la cabeza inclinada hacia un lado, escuchando una voz grave y cascada que se elevaba en un sonsonete.

Traigo arena fina, arena de primera.

Traigo arena de Lily...

—¿Oyes? —preguntó el niño.

—Oigo, sí. —Hannah se frotó los ojos—. Es sólo un vendedor ambulante, Ethan. Como el hombre que trae la leche o la mujer que ayer os vendió pan de jengibre cuando ibais al teatro.

Ethan se volvió y la miró con un lento parpadeo. Cuando Hannah alargó la mano para tocarle la mejilla, retrocedió un paso, sacudiendo la cabeza. Luego subió el mentón y repitió el canto que aún se oía débilmente, mientras el vendedor descendía por Bowling Green.

—Habla de Lily. ¿Dónde está Lily?

A Hannah se le erizó la piel de los brazos, pero se movió con lentitud para no arrancarlo bruscamente de su estado de sonambulismo.

—Ven, Ethan —lo invitó, apartando las mantas con mucho cuidado—. Duerme un rato aquí. Acuéstate. Lily está en Lago de las Nubes, sana y salva en su cama. Durmiendo. Y tú también debes dormir. Duerme, pequeño.

Él dejó escapar un gran suspiro, ya de alivio, ya de cansancio, ya de tristeza. Pero después se metió en la cama con Hannah y cerró los ojos. Hannah permaneció despierta a su lado, temblando a pesar de las abrigadas mantas. Pensaba en su hermana. Blanca como los lirios. Blanco lirio. Lily.

Después de un rato comprendió que no bastaría toda la sensatez del razonamiento o'seronni para pasar por alto lo que un sonámbulo había ido a decirle. Se levantó y encendió una vela para escribir.

Queridos Lily y Daniel (puesto que en este orden nacisteis):

Ayer vuestros primos Ethan y Peter, junto con su amigo Marcus, fueron a ver un simio grande, llamado orangután, al que tienen encerrado en una jaula. En uno de los libros de vuestra madre, que trata de las selvas de Borneo, encontraréis un dibujo de un orangután. Un hombre a quien llaman doctor King cobra por el privilegio de ver a este animal (cuyo nombre es Sansón, por su gran fuerza). Los niños me han contado que Sansón tiene por costumbre lanzar trozos de comida putrefacta al doctor King y que se ha escapado tres veces de la jaula. Esto me recuerda la historia de la señora Sanderson, la cual habéis oído muchas veces. Si estuvierais aquí, tal vez hallaríamos la manera de ayudar a Sansón a escapar, para que

fuera a vivir a Lobo Escondido. Hoy debería llegar otra carta larga para Curiosity, con más noticias de la ciudad. Estoy segura de que si os portáis bien, ella os permitirá leerla. Mientras tanto debo pedir os que os sentéis a escribirme ahora mismo, sin demora. Esta noche vuestro primo Ethan ha soñado con vosotros, y me gustaría saber si estáis bien.

Vuestra afectuosa hermana Hannah Bonner,
también llamada Camina Adelante por los kahnyen'kehàka, el pueblo de su madre.

Will era el único que estaba levantado, listo para despedirla cuando partiera hacia el asilo, en su primera jornada de trabajo con el doctor Simon. Hannah le encomendó despachar la carta y contuvo el impulso de explicarle por qué era tan importante. Él era un hombre que atesoraba muchas cualidades, pero no era seguro que su amplitud de criterios incluyese el sonambulismo. Sólo cabía confiar en que se ocuparía de mandar la carta a casa cuanto antes.

Justo antes de las siete, Cicero la dejaba a las puertas del asilo, un edificio ruinoso y laberíntico que estaba situado frente al bello jardín del Ayuntamiento, como un grano en la nariz de una dama elegante. El hombre inició el largo descenso desde el asiento del cochero, pero Hannah, en su ansiedad, abrió la portezuela por sí sola y se apeó de un salto.

—Aquí no lo hacemos así, señorita —dijo Cicero, bajando el mentón, y la miró a través de sus densas cejas, divididas por una arruga profunda y desaprobadora.

—Me esforzaré, Cicero, de verdad, pero... —Se apartó para dejar paso a dos ancianas que andaban con los brazos enlazados como dos ramas—. Es que no quiero llegar tarde.

El anciano echó un vistazo al asilo con la nariz arrugada en un gesto de disgusto.

—Vendré a recogerla a las cuatro en punto, señorita. No me obligue a entrar ahí a buscarla.

—A las cuatro en punto —repitió Hannah. Y esperó a que Cicero, ya de nuevo en su asiento, azuzara a los caballos con chasquidos de lengua. Parecía haber asumido la misión de protegerla en la ciudad; esa preocupación la conmovía e irritaba al mismo tiempo, pero se alegró de que el carruaje desapareciera en el tránsito de la Broad Way, dejándola en libertad para observar el asilo.

Era un edificio de tres plantas, mucho más grande que las mansiones de Bowling Green, pero se notaba que en su corta vida había sufrido un uso intenso. En muchos de los ventanucos se veían caras, generalmente de niños y ancianos. Una de ellas era tan vieja, tan vacía su expresión, que resultaba imposible saber si se trataba de un hombre o de una mujer. A veces la gente mayor renuncia a este mundo para concentrarse en el siguiente, y era ese tipo de espera el que se veía en aquel rostro. Nada quería, nada esperaba.

No podía entenderlo: un edificio entero lleno de personas demasiado pobres, viejas o enfermas como para procurarse alimento, sin familiares que las reclamaran o atendieran. Cualquiera que fuese la causa por la que estaban allí, aquella gente estaba

tan necesitada de ayuda que probablemente pasaría por alto el color de su piel. De todos modos, pronto saldría de dudas.

Cuando abrió la puerta principal, después de subir los peldaños, la recibió una mezcla de olores a gachas y cebolla hervida, cuerpos apiñados, bacinillas sin vaciar, tejidos en putrefacción y vómitos agrios. Un niño que pasaba a su lado como una flecha chocó contra su bolsa y continuó corriendo.

—¡Ve con cuidado, bestezuela! —chilló una voz a poca distancia.

Hannah no sabía si esas palabras eran para ella o para el niño, pero decidió que era mejor no averiguarlo.

El vestíbulo estaba lleno de gente, casi todos ancianos, que la estudiaban sin disimulo.

—Mira, Josie. —Un viejo envuelto en una manta a rayas se volvió hacia su vecino—. Una princesa india ha venido al asilo. Tal vez quiera compartir tu cama, ¿no crees? —Y dejó escapar una risa burlona que terminó en tos.

En el otro extremo de la habitación había un escritorio elevado, junto al cual había una hilera de niños que esperaban pacientemente con hatillos apretados contra el pecho. El de más edad, un varón, sostenía en brazos a un bebé que lloraba y que tenía todo el cuerpo cubierto de un sarpullido escamoso. El portero tomaba notas en una pila de papeles con una pluma mellada; no levantó la vista hasta que Hannah se detuvo ante su escritorio.

Era un hombre de unos treinta años. Tenía manchas de tinta en los dedos y en el mentón, del que sobresalían unos pocos pelos oscuros que acariciaba distraídamente. Un mechón de pelo grasiento le caía sobre la frente. Alzó la vista y sonrió, moviendo un solo lado de la boca; Hannah reparó entonces en la hendidura de su labio, mal disimulado por un mostacho plumoso.

—¿En qué puedo serle útil? —Tuvo que alzar la voz para hacerse oír por encima del llanto del bebé.

Después de presentarse, Hannah preguntó por el doctor Simon. Los dedos manchados del portero dejaron de vagar por los pelos de su barbilla; la observó con más atención, tomando nota del sencillo vestido de lana gris, el manto y la bolsa.

—¿Es la nueva ayudante?

—Sí. Al menos durante un tiempo.

El mayor de los niños alzó la voz y preguntó algo en un idioma que Hannah no reconoció. Sus ojos grises tenían el matiz de los de Elizabeth.

—Huérfanos irlandeses —explicó el portero—. Los padres han muerto durante el viaje. Quieren saber si usted lleva un garrote en la bolsa. —Tradujo la pregunta como si fuera completamente lógica, aunque no muy interesante.

—¿Habla usted irlandés, señor...?

—Chamberlain. Sí, lo hablo. Mi madre es irlandesa.

—Dícales que no llevo armas, que soy médico.

Él contrajo una comisura de la boca, pero hizo lo que ella le pedía y obtuvo otra pregunta, mucho más larga que la anterior.

—Es la primera vez que ven una india, señorita, y una mujer médico.

El niño seguía mirándola, expectante, y Hannah abrió la bolsa para mostrarle que sólo contenía instrumentos médicos, cuadernos, dos delantales largos y la comida que la señora Douglas le había preparado, puesto que ella se negaba a desayunar. El más pequeño de los niños metió la cabeza tan adentro que su pelo cayó hacia delante; Hannah vio pulular los piojos en el cuello sucio. Él la miró con ojos muy redondos.

—Aran.

Hannah dirigió al portero una mirada interrogativa.

—Es el pan lo que mira.

—¿Tienen hambre?

—Siempre. En cuanto acabe con el papeleo, irán a los baños y luego a las cocinas. Después el doctor Simon los examinará en el consultorio de vacunación.

Hannah sacó el pan envuelto en un trozo de lienzo y se lo entregó al mayor de los niños.

—Dígale que lo reparta equitativamente. Y bien, ¿dónde puedo encontrar al doctor Simon?

Los niños cayeron sobre el pan y no volvieron a prestarle atención.

—En las salas de los enfermos, probablemente. —El hombre metió la mano bajo la mesa y tocó una campanilla—. La señora Sloo le mostrará el camino.

Una mujer bajita apareció junto al codo de Hannah, veloz y silenciosa como una sombra, aunque era tan ancha como alta. Bajo la cofia blanca, sobresalía una perfecta hilera de rizos grises a lo largo de la frente. Los ojos pardos se apretaban contra la nariz diminuta y bulbosa, bajo la cual se veía una boca de labios gruesos y forma perfecta. Las dos comisuras de aquella boca asombrosa se curvaban hacia arriba en una sonrisa, dejando ver una hilera de dientes blancos y parejos, pequeños como los de un niño, y las encías, del color de cerezas maduras. Era una cara llena de contradicciones, pero revelaba una inteligencia rápida y una obvia impaciencia.

—La nueva ayudante, supongo. —La señora Sloo la miró de arriba abajo—. Soy el ama de llaves. Desde hace veinte años. En la casa antigua y en la nueva. El señor Sloo es el guardián del reformatorio, que no hay que confundir con la cárcel. Supongo que usted ha pasado por allí al venir.

Un momento después echó a andar a un paso frenético que no parecía estar de acuerdo con su tamaño; las faldas se sacudían a su alrededor.

—Debe aprender a orientarse —continuó, doblando la cabeza atrás para dirigir la voz hacia el techo—. Este edificio es tan grande que es fácil extraviarse. Aquél es el despacho del señor Furman, el intendente. Éste es el del señor Cox, encargado de

suministros. Por la mañana no debe acercarse a él antes de que haya tomado café; sin su café, es un verdadero oso. Este pasillo conduce a las cocinas y a los hornos. El desayuno es a las seis; el almuerzo, a mediodía; la cena, a las seis; el horario de los trabajadores. Supongo que usted está habituada a desayunar a las once y almorzar a las cuatro, pero tendrá que adaptarse o pasar hambre, como todo el mundo. Por ahí se va a la lavandería y al taller, donde trabajan los hombres que están en condiciones de hacerlo, desde las siete de la mañana hasta las seis de la tarde. El que no trabaja no come. Tenemos zapateros remendones, hojalateros; de todo. Los dos carpinteros no hacen otra cosa que fabricar ataúdes. La mayor parte se usa aquí, y los que sobran se venden o se cambian por otras cosas. El señor Cox es una fiera para el trueque.

»Allí está el establo de las vacas y, detrás, las huertas. La mayor parte de las hortalizas que consumimos las cultivamos aquí. Al menos así era cuando no había tanta gente. Últimamente los internos tienen que comer y dormir por turnos. Al señor Cox le corresponde conseguir lo que no podemos cultivar o criar. Aquél es el despacho del señor Eddy, responsable de supervisar los contratos de servidumbre. Lleva el control de todos los huérfanos que entran y salen... Ahí hay papeles como para sepultar a un hombre. El año pasado consiguió amos para cuarenta y tres de nuestros niños: carniceros, ensambladores... Las niñas trabajan en el servicio doméstico.

Súbitamente giró sobre sus talones y miró a Hannah.

—Usted debe de conocer a dos de nuestras niñas. Entraron a servir en la mansión de los Spencer, en Whitehall. Amanda Blake y Bertha Dawson. Buenas chicas, fuertes; saben trabajar y estar en su sitio. Bertha nació en el edificio viejo, un martes. A las niñas que nacen en el asilo en martes, se las llama Bertha, si es que llegan a sobrevivir. ¿En qué día de la semana nació usted?

Hannah se detuvo, desconcertada por la pregunta.

—No lo sé.

La señora Sloo soltó un pequeño bufido y continuó su extraña marcha de andares infantiles. Llegaron a una puerta de dos hojas, que ella empujó. Daba a una habitación amplia, donde trabajaban unas treinta mujeres.

—En esta sala casi todas son hilanderas y tejedoras. Antes también se preparaba aquí la estopa para calafatear, pero el olor a creosota era insoportable, y las muchachas vomitaban sobre el lino.

Cerró las puertas tan de repente como las había abierto, antes de que Hannah pudiera observar el ambiente, ni siquiera intercambiar una mirada con las niñas, que estaban inclinadas sobre los peines de fibra.

—Allí trabajan las costureras; y al lado, los sastres. Aquí no somos partidarios de que hombres y mujeres trabajen juntos. Esta escalera conduce a los dormitorios. En el tercer piso, los hombres; las mujeres y los niños, en el segundo. En total tenemos

ochocientos diecisiete personas, incluidos los dos niños que nacieron anoche. Y estas puertas conducen a las salas de los enfermos.

La mujer cruzó sus manos rojizas y agrietadas, como queriendo evitar el contacto con las dos hojas de la puerta.

—A partir de aquí tendrá que seguir sola, señorita. —Su voz había perdido el tono práctico.

—Creo que podré arreglármelas —dijo la joven.

La señora Sloo se inclinó hacia delante, con su cara regordeta hacia arriba, como si quisiera examinarle el color de los ojos.

—Si sabe lo que le conviene, niña, gire sobre sus talones y vuelva a su casa.

Hannah dio un paso atrás, sorprendida.

—¿Acaso cree que no leo los periódicos? Sé muy bien quién es usted. No tiene ni veinte años y pretende trabajar aquí. Pues le diré algo: al otro lado de estas puertas, el latín no le servirá de nada. Aquí no tiene nada que hacer, pues nadie querrá que una piel roja le sirva de partera. Además, éste no es lugar para una mujer decente, ni siquiera para una princesa mohawk que se las da de doctora. Todo eso no acabará en nada bueno, se lo aseguro.

—¿Qué periódicos? —repitió Hannah.

La mujer lanzó un resoplido audible, dio media vuelta y se alejó por el pasillo.

* *

Al otro lado de la puerta, el breve pasillo se parecía a los que había visto hasta entonces: muros de color verde claro y suelo desparejo de anchas tablas de roble. A ambos lados se alineaban las puertas, todas con su placa de bronce bien lustrada: «Médicos visitantes», «Equipo de reanimación», «Farmacia». Frente a esa última aguardaba una silenciosa fila de hombres y mujeres, todos vestidos con prendas de tela rústica; la mayoría de los hombres calzaba zuecos pesados. Uno de ellos sostenía un paño ensangrentado contra un ojo; el que quedaba libre, de un azul intenso, se clavó en Hannah con franca desaprobación. Al otro lado de la puerta de la farmacia, que estaba abierta, se veían estantes cargados de frascos y botellas. Un hombre, de espaldas a ella, estaba inclinado sobre el mortero; una mujer menuda aguardaba, con las manos cruzadas sobre la falda. El farmacéutico tenía un halo de rizos erizados alrededor de la cabeza, que el sol iluminaba desde atrás.

—¡Ahora no, señor Furman! —gritó, sin volverse.

Hannah continuó su camino.

Otra puerta de dos hojas daba a una habitación muy diferente. Ocupaba toda la anchura del edificio y en ella había una hilera de camas, todas con hombres, que

volvieron la mirada hacia Hannah. Ella vio pieles amarillas, ojos hundidos, articulaciones hinchadas; una cara llena de carbunclos, un vientre abultado como el de una mujer a punto de dar a luz. Todos aquellos hombres estaban enfermos de muerte; se notaba en sus caras.

—Busco al doctor Simon y el Instituto de la Viruela —dijo.

Sólo obtuvo más miradas fijas, y se adentró en la sala.

—El doctor Simon me espera.

En el otro extremo de la sala se abrió una puerta. El hombre que apareció por ella era alto y anguloso, de rápidos ojos oscuros, nariz y mentón fuertes y el pelo tan corto que dejaba ver las curvas del cráneo.

—¿La señorita Bonner?

—Sí. —Hannah exhaló un gran suspiro de alivio.

—El consultorio del doctor Simon está por aquí.

* *

En cuanto la puerta se cerró tras ella, la joven preguntó:

—¿No hay ninguna mujer en las salas?

Él la miró con descarada curiosidad.

—Conque la señora Sloo ha tratado de asustarla, ¿eh? No se preocupe, hace lo mismo con todo el mundo. Todos los días vienen mujeres a la sala de los hombres para visitarlos, para limpiar..., y también la señora Graham viene con las damas de caridad, al menos una vez por semana, a traer caldo y panfletos religiosos.

Hablaba en un tono a la vez despectivo y algo descarado, pero ella no se dejó impresionar. Sabía que la estaba poniendo a prueba, para saber de qué fibra estaba hecha. Hannah se preguntó si alguien, en todo aquel edificio, podría darle la bienvenida sin mostrar desconfianza hacia ella.

—Supongo que por aquí no se ven indios.

—Oh, claro que sí. Pero vestidos como usted, no, nunca.

Antes de que ella decidiera si debía sentirse insultada o intrigada por ese comentario, el hombre continuó.

—Si no se dirigen a usted, será porque no pueden, en la mayoría de los casos, pues un sesenta por ciento de los internos sólo habla irlandés o alemán. En estos momentos no hay más que dos norteamericanos en la sala, y ninguno le dirá una sola palabra.

—¿Por qué?

Él se detuvo a mirarla.

—Blue Harry, el del abdomen hinchado, es completamente sordo. Y el viejo

Thomas sólo habla con la señora Sloo; al menos, eso dicen. Yo nunca le he oído la voz. Ésta es la sala de las parturientas. Seis camas, todas ocupadas. Si pusiéramos veinte, también estarían ocupadas. Éste es el consultorio del doctor Simon. —Le abrió la puerta con un ademán garboso—. Él vendrá enseguida, señorita. —Durante un momento vaciló, con la vista fija en el marco de la puerta—. ¿Ha leído el periódico de esta mañana?

La pregunta la cogió por sorpresa.

—Usted es la segunda persona que me menciona el periódico. No, no lo he leído, ¿por qué?

Él se encogió de hombros bruscamente.

—En su lugar, lo leería.

Por la espalda de Hannah se deslizó una irritación que la hizo erguirse.

—Es usted muy misterioso, señor...

—Doctor, doctor Savard. Soy el ayudante del doctor Simon.

—Pues bien, doctor Savard, ¿de qué periódico me habla?

—Del que está en el escritorio. El New York Intelligencer. El artículo no le pasará desapercibido. Se titula «Prodigio rojo».



Capítulo 22

New York Intelligencer

20 de abril de 1802

Hemos visto y oído tantos ejemplos de perspicacia extraordinaria entre los aborígenes de este país, que no cabe sino deplorar el triste destino de las tribus indias. Creemos que, hasta hoy, ninguna nación civilizada de Europa ha producido ningún individuo (y mucho menos del sexo débil) dotado de la asombrosa capacidad que exhibió ayer, en el dispensario de Nueva York, una joven señorita de la raza mohawk. Estábamos presentes cuando los respetables médicos de esa institución la recibieron. Ella se presentó como una estudiante deseosa de aprender los métodos del doctor Jenner para la inoculación contra la viruela, a fin de llevar la técnica a la frontera.

Hasta la difunta señora Wollstonecraft, cuyo libro sobre los derechos de las mujeres ha perturbado y escandalizado a tantos, se habría sorprendido al ver que su filosofía ha fructificado tan pronto y en alguien tan joven, pues la señorita en cuestión tiene sólo dieciocho años. Es alta para su sexo y sus proporciones igualan a las de aquellos exquisitos modelos que los geniales artistas de la Antigüedad nos legaron. Es cierto que su tez tiene un color cobrizo oscuro, pero los ojos carecen por completo de la ferocidad característica de las tribus indias, y de los mohawk en particular. Son rápidos, penetrantes y, al mismo tiempo, tienen esa expresión plácida que nos fascina y atrae nuestra atención. Esta damisela presenta todas las ventajas de haber sido educada en un hogar civilizado. Su lenguaje y especialmente su atavío (lucía un vestido de hilo sencillo pero elegante, aunque algo pasado de moda, con corselete y chal bordado en verde) denotan un buen gusto nada común entre los salvajes. Pero ese considerable encanto personal queda eclipsado por su talento.

Los facultativos se reunieron para entrevistar a la joven mohawk en la sencilla sala de reuniones del dispensario. Comenzaron por pedirle que resumiera su preparación médica, cosa que ella hizo en un lenguaje falto de rebuscamiento y muy refinado, y la historia que relató puede rivalizar con la asombrosa narración que Goethe hizo del aprendizaje de Wilhelm Meister. En su corta vida, cuenta entre sus maestros a personalidades tan diversas como su propia abuela y su bisabuela, ambas curanderas y madres de clan de la nación mohawk, ya casi extinta; al doctor Richard Todd, de Albany y Paradise, a quien ayuda como aprendiz desde hace tres años, y a Hakim Ibrahim Dehlavi ibn Abdul Rahman Balkhi, médico musulmán de gran reputación que visitó a los facultativos de esta ciudad hace apenas diez días.

El doctor Valentine Simon, fundador del Instituto de la Viruela y responsable de gran parte de las buenas obras realizadas entre los pobres de esta ciudad, le formuló varias preguntas sobre tratamientos de quemaduras, cólicos, fiebres y otras varias dolencias comunes. Las respuestas de la joven mohawk satisficieron a los doctores. A continuación discutieron prolongadamente sobre el tratamiento de la difteria, que ella tuvo ocasión de ver y tratar el verano pasado, en su propia aldea, y sobre la tisis, que el doctor Todd, de Paradise, trata actualmente con revolucionarios métodos provenientes del extranjero. Los médicos le formularon preguntas muy concretas, a las que ella respondió con la misma concisión.

Después los doctores se enzarzaron en una discusión sobre la fiebre biliosa o amarilla, también llamada «peste americana», que ha atacado con crueldad a nuestras grandes ciudades en los últimos diez años. Mientras los médicos discutían sobre los orígenes, causas del contagio y su tratamiento, la damisela escuchaba cortésmente y sin interrumpir. Cuando el doctor Ehrlich, que ha venido de Filadelfia para visitarnos, le pidió opinión sobre el tema, la joven mohawk respondió que sólo conoce la enfermedad por su reputación y por informes contradictorios, por lo cual no podía expresar opinión alguna. El doctor Ehrlich la instó a que se pronunciara sobre el régimen del doctor Benjamín Rush, que recomienda grandes dosis de catárticos, específicamente mercurio y jalapa, acompañadas de copiosas sangrías.

La joven dudó un instante y respondió que tendía a apoyar la opinión de cierto doctor Powell, de Boston, quien asegura que la ingestión de mercurio es mucho más perjudicial que la enfermedad que pretende

curar. Añadió, segura de sí misma, que no era partidaria de sangrar en exceso, y menos aún en el caso de una enfermedad tan debilitante. En respuesta, el doctor Ehrlich insinuó que la preparación médica de la muchacha, poco ortodoxa e incompleta, pasaba por alto las enseñanzas del inmortal Hipócrates, quien aconsejaba curas extremas para enfermedades extremas. La joven mohawk replicó al doctor con más palabras de Hipócrates, pero en latín: «*Primum est non nocere*». Lo primero es no hacer daño.

Es nuestra opinión que la naturaleza rara vez concentra en un solo individuo tanto talento y magnetismo, y desde luego no conocemos ningún caso entre los indios, y menos aún en una dama de tan grandes encantos personales. Nos sumamos a los facultativos del dispensario de Nueva York para dar a este fenómeno la bienvenida a nuestra ciudad y desearle la mejor suerte en su trabajo.

Capítulo 23

Después de leer dos veces el artículo, Hannah pensó si el periodista (Henry Lamm, recordó) había pretendido realmente ensalzarla. Desde luego, cualquiera que lo leyese opinaría que era elogioso, y era cierto que no se podían señalar datos erróneos ni exageraciones. A aquel hombre le había sorprendido el simple hecho de que ella pudiera expresarse en frases bien articuladas. Y ése era el problema: ahora la gente esperaba grandes cosas de ella, y no tendría más remedio que sorprenderlos. No había manera de responder a tan astuta combinación de elogio y censura: si rechazaba lo que el señor Lamm creía amable y generoso, haría de él un enemigo. Las personas adineradas solían reaccionar mal cuando se ponían en tela de juicio sus obras de caridad.

—Al menos no menciona mi nombre —murmuró.

Entonces oyó un leve movimiento tras ella. El doctor Simon había entrado sin que ella se percatara.

—El señor Lamm cree que no mencionarlo ha sido una cortesía —dijo.

Hannah dejó el periódico en el escritorio y se las compuso para sonreír.

—Habría sido más cortés no publicar este artículo. No me gusta ser un objeto de curiosidad.

Él inclinó la cabeza. Tenía el cuello de la camisa salpicado de sangre fresca.

—Comprendo, y yo soy en parte responsable por haber permitido ayer su presencia en la sala. ¿Puedo compensarla de alguna manera?

—Sí —respondió ella, con firmeza—. Puede ponerme a trabajar y mantenerme ocupada, doctor Simon.

—Eso puedo prometérselo, señorita Bonner. —El médico señaló la puerta—. ¿Comenzamos?

* *

A las cuatro en punto, Hannah bajaba los peldaños exteriores del asilo. Cicero la esperaba en el asiento del cochero. Cuando llegó al landó, Will Spencer le abrió la portezuela.

—No esperaba que vinieras a buscarme —comentó ella, mientras aceptaba su mano para subir al carruaje—. Me alegra, y has hecho bien en no traer a Kitty.

Hannah bajó la mirada a su ropa; parecía que hubiera pasado el día abriéndose paso entre la maleza. Eso no pareció inquietar a Will, aunque la observó con atención mientras se acomodaba.

—Se habría sorprendido, sí.

—Se habría horrorizado —corrigió ella, con cierta satisfacción—. Así es como queda una después de vacunar a huérfanos irlandeses. Mañana me resultará más fácil.

—Mañana tendrás el ojo rodeado de encantadores matices azules y morados.

Hannah se tocó con mucho cuidado una zona hinchada.

—Me lo ha hecho sin querer una niña de tres años. Estaba muy asustada.

—Pues no quiero ni pensar qué habría ocurrido si lo hubiera hecho adrede —dijo Will—. Por lo demás, ¿has tenido un buen día?

Ella respiró hondo.

—En realidad, no he tenido tiempo ni de pensarlo. Pero sí, ha sido un buen día. He aprendido lo básico de la vacunación y he ayudado a los médicos. Hay varios pacientes que deberían ir al hospital de Nueva York, pero como están próximos a morir, el doctor Simon los retiene en sus salas. Por cierto, el doctor va a prestarme su traducción de *Orígenes y causas de la enfermedad*. He leído algunos extractos que me envió Hakim Ibrahim, pero no todo.

Se interrumpió para ver cómo había reaccionado él, pero en la expresión de Will no había sino curiosidad, pura y simple.

—Y también he aprendido algunas palabras de irlandés. La más útil es «no morder». Pero ya he charlado bastante. ¿Cómo está Kitty?

—Bastante bien, creo, aunque ha regresado muy pálida de su excursión. El doctor Ehrlich ha ido a visitarla. Creo que se ha llevado una desilusión al no encontrarte en casa.

—Seguro —dijo secamente—. Supongo que habrá vuelto a sangrarla...

—No lo sé. Ahora debe de estar durmiendo la siesta. Y esta mañana has tenido otro visitante desilusionado: Manny Freeman.

—¡Manny Freeman! —repitió ella—. Lo había olvidado. Quería preguntarle por...

Se interrumpió. Will la miró con un parpadeo que le recordó, de manera súbita e inesperada, a Huye de los Osos. Y eso era muy extraño, pues no había dos hombres que se parecieran menos físicamente.

—Si puedes esperar media hora más sin comer, creo que tú y yo deberíamos tener una conversación. ¿Puedo ordenar a Cicero que nos lleve a dar un paseo?

Hannah hizo un gesto afirmativo.

—Sí, creo que sería buena idea.

* *

Más adelante no podría recordar la primera parte del paseo, pues toda su atención

estaba concentrada en la cara de Will Spencer, en tanto le contaba lo que había sucedido en Paradise desde aquella mañana de domingo en que ella y Elizabeth habían encontrado a Selah Voyager oculta bajo una mata.

Cuando hubo terminado su relato, sin omitir su conversación con Liam Kirby, excepto los detalles que no deseaba revelar, Will permaneció un rato sin decir nada. Miraba por la ventanilla, mientras hacía girar el sombrero en las manos. A Hannah no le molestaba esperar, ni el silencio, pues tenía confianza con Will Spencer y había crecido en una casa donde la muda contemplación era apreciada.

—Este asunto es muy peligroso —dijo Will por fin—. Debería enviarte inmediatamente de regreso a Paradise.

Ella irguió la espalda.

—En serio, Will, estoy harta de tantas tonterías.

Él enarcó una ceja.

—¿Qué tonterías?

—La señora Sloo dice que el asilo no es lugar para mí; el doctor Ehrlich, que no tengo cabida en la medicina..., cosa que el señor Lamm consideró necesario publicar en su periódico, como debes de saber...

Will inclinó la cabeza.

—Y tú me dices que no tengo cabida ni siquiera en la ciudad. Francamente, esperaba algo más de ti.

No era habitual que Spencer expresara emociones fuertes, pero Hannah vio que había logrado empujarlo hasta ese punto.

—Tú no lo comprendes, Hannah.

Estaba enfadado y ofendido a la vez. Pero ella también.

—Ya lo creo que lo comprendo. Comprendo que Manny corre peligro de muerte y que tú has ayudado a los... a los viajeros. ¿No puedes contarme ni siquiera eso, en vez de mostrarte tan misterioso? No soy una niña que no sepa guardar secretos.

Will frunció el entrecejo, mientras miraba de nuevo por la ventanilla. Al fin dijo:

—Cada vez te pareces más a Elizabeth.

—Lo tomaré como un cumplido.

—Lo es. —Él suspiró profundamente—. Nos denominamos Sociedad Libertas; en los últimos ocho años hemos ayudado a ciento trece esclavos a conseguir la libertad. A veces les proporcionamos anónimamente dinero o disponemos que una tercera persona compre la libertad de alguno, pero en general los ayudamos a huir. Algunos van al norte, con la ayuda de Curiosity y Galileo; y otros, a Inglaterra. También tratamos de impedir los secuestros de negros libres y su transporte ilegal a los estados del Sur, donde se los puede vender como esclavos. Somos siete, incluido Almanzo. No puedo decirte quiénes son los otros, pues hemos jurado mantener los nombres en secreto. ¿Qué más quieres saber?

—¿Lo sabe Amanda?

—Sí. Lo sabe desde el principio, aunque por su propio bien no está informada de ningún detalle. Después de los problemas que pasamos en Inglaterra, le prometí que jamás volvería a ocultarle... mis actividades. Y naturalmente he tomado precauciones, por si algo saliera mal... —Se interrumpió.

—Pero Elizabeth no lo sabe.

—No. No he encontrado motivos para involucrarla; más aún: Curiosity y Galileo insistieron en que tu familia debía permanecer fuera de esto.

Ahora su expresión era muy serena; parecía casi aliviado. Hannah comprendió que ella y Will Spencer tenían algo en común: ninguno de los dos podía hablar libremente del trabajo que más les importaba. En tono más suave, preguntó:

—¿Y qué pasó en el muelle de Newburgh? ¿Quién pudo haberos traicionado?

—No lo sé —dijo Will—. Pero lo averiguaré. La respuesta está en algún lugar de ese edificio. —Y señaló hacia el exterior con el mentón.

Habían salido de la ciudad propiamente dicha y se encontraban en una calle de tierra que apestaba a curtidurías y mataderos, ganado y estiércol de cerdo. No mucho más allá se oyó un mugir de vacas y el landó aminoró la marcha, mientras Cicero gorjeaba unas palabras para tranquilizar a los animales.

—La Cabeza de Toro —informó Will, mientras pasaban lentamente frente a una taberna, flanqueada por corrales a ambos lados—. Los arrieros traen sus animales hasta aquí. Las subastas se celebran en la taberna.

—¿Y qué tiene que ver eso con los viajeros? —preguntó ella.

—Todos los viernes y los miércoles por la noche se reúnen aquí Micah Cobb y los Muchachos del Pantano, una especie de asociación de cazanegros. En esa taberna es donde se reparten el trabajo.

—¿Y ese Cobb tiene algo que ver con lo que sucedió en el muelle de Newburgh?

—Sí. Sólo nos queda por saber cómo consigue la información. —Will se inclinó hacia Hannah—. Bien, ya he respondido a tus preguntas. Ahora voy a pedirte algo: este asunto es peligroso y está llegando a un punto culminante. Al pasarnos el mensaje de Liam Kirby nos has hecho un gran servicio, pero quiero pedirte que te apartes; nosotros nos haremos cargo. ¿De acuerdo?

Ella vaciló.

—Me preocupa Manny.

Él endureció su expresión, lo suficiente para demostrar su convicción y la fuerza de sus decisiones. Cuando abrió la boca para hablar, ella alzó la mano para impedirse.

—¿Nunca te he dicho que mi abuela Atardecer te puso un nombre mohawk?

—¿De veras? —Estaba sorprendido.

—Te llamaba El Soñador. En el pueblo de mi madre, que te consideren soñador es

un gran elogio. Ella decía que tú pasabas la mayor parte de tu vida en mundos invisibles y venías a éste sólo cuando debías cumplir alguna misión. Creo que con tu Sociedad Libertas tienes una gran misión que cumplir.

Will movía pensativamente la mandíbula, sin mirarla; Hannah tuvo la sensación de que trataba de disimular una sonrisa, pues no quería ofenderla. Por fin dijo:

—En ese caso, me darás tu palabra de que dejarás por nuestra cuenta a Micah Cobb y a los cazadores de recompensa.

—Si es la única manera de ayudarlos, sí.

Will se pasó una mano por la cara.

—Gracias. Te prometo que haremos cuanto podamos para que Manny no sufra ningún daño. Pronto se irá de aquí.

—Para Curiosity y Galileo será un alivio saberlo lejos y a salvo. —No dijo el resto: que ese alivio costaría un alto precio, pues su único hijo varón no podría volver al hogar y dejaría atrás a su esposa e hijo.

—Y también para nosotros. Bien, creo que es hora de ir a casa para que comas. —Y ordenó a Cicero que volviera grupas inmediatamente.

Cuando pasaron de nuevo frente a La Cabeza de Toro, en la puerta había una mujer alta y esbelta, aunque encorvada por el cansancio. Tenía la piel cobriza y el pelo oscuro, recogido en la cabeza: una mestiza. Cuando su mirada se cruzó con la de Hannah, cambió de expresión y se irguió tan de súbito que Hannah se acordó de los perros de caza de su abuelo cuando captaban el olor de un lobo. Parecido y distinto; familiar y extraño. Un escalofrío le recorrió la espalda y los brazos, como si aquella desconocida le hubiera apuntado con un arma.

El carruaje se detuvo de golpe y Hannah desvió la mirada hacia el otro lado, por donde había aparecido una procesión. Dos niños batían sendos tambores, seguidos por un hombre alto y esquelético que llevaba un delantal de carnicero; en una mano sujetaba un gran cuchillo, y con la otra tiraba de una cuerda que estaba atada al cuello de una vaca. Se paró ante la ventanilla de Will y sonrió abiertamente, mostrando dos hondos hoyuelos en las mejillas y dejando al descubierto unos dientes afilados.

—Buenos días, señor. La mejor carne que verá esta primavera, señor. La he comprado en subasta esta misma mañana. ¿Quiere que le corte algún trozo?

Mientras Spencer negociaba con el carnicero los cortes que compraría y a qué precio, Hannah se volvió hacia la taberna, pero la mujer había desaparecido. Cuando el hombre continuó su camino, ella tocó a Will en la manga y le señaló la taberna con el mentón.

—¿Has visto la india que estaba en la puerta?

Él carraspeó.

—Sí. Se llama Virginia Bly. Es la mujer del posadero.

—Es la primera india que he visto desde que estoy en la ciudad —dijo Hannah—.

Me ha mirado de una manera muy extraña...

—¿Su nombre no te dice nada?

—No. ¿Debería conocerlo?

Will estudió el marco de la puerta con aire pensativo.

—Supuse que Liam Kirby te habría hablado de ella. Jenny, su mujer, es la hija mayor de Bly. ¿No lo sabías?

Hannah se obligó a mirarlo, aun sabiendo que en su cara vería más de lo que deseaba saber.

—No, pero la señora Bly no puede conocerme. ¿Por qué me miraba así?

Will vaciló.

—¿Qué te dijo Liam?

—Bastante —replicó ella—. Todo lo que me interesa saber.

Durante largo rato guardaron silencio. Cuando ella levantó la cabeza, su primo apartó discretamente la vista para observar la actividad de la calle como si fuera la primera vez que visitaba la ciudad: como buen caballero inglés, jamás se entrometería en asuntos privados.

Ella debió tragarse la irritación y la curiosidad. Apenas el día anterior había decidido que deseaba saber algo más de la vida de Liam, y habría debido sentirse satisfecha ante la oportunidad de averiguarlo con tan poca dificultad.

«Ten cuidado con lo que desees», era uno de los dichos favoritos de Elizabeth. Y mientras el landó los llevaba de regreso a la ciudad, en silencio, Hannah descubrió todo el poder de esa sentencia.

* *

24 de abril de 1802, por la noche

Mi primera jornada completa en el asilo. Como parte de mi introducción a la práctica de la vacuna contra la viruela, el doctor Simon me ha vacunado. Me ha practicado pequeñas incisiones en los dos brazos con una lanceta afilada, a profundidad apenas suficiente para que manara sangre. En esas incisiones ha frotado material vírico cogido esta misma mañana de un huérfano que fue vacunado hace ocho días. Luego el doctor Savard me ha mostrado cómo se llevan los registros y cómo se almacena el material.

He pasado el resto de la mañana observando y por la tarde he ayudado en la sala de mujeres. La mayoría de los pacientes son demasiado pobres para pagar la tarifa de cuatro dólares que cuesta el ingreso en el Hospital de la Ciudad. Muchos acaban de llegar en barco; no tienen dinero ni amigos y no conocen el idioma; me han dicho que algunos de ellos acaban enterrados en el cementerio de indigentes.

El doctor Savard tiene el encargo de enseñarme la mayoría de las tareas que debo desempeñar aquí. Conmigo utiliza modales secos, pero no ofensivos. Con los pacientes es menos brusco, aunque distante. El señor Magee, que parece ser a un tiempo ordenanza y enterrador, me ha preguntado, en presencia del doctor Savard, si alguna vez había arrancado un cuero cabelludo. El doctor le ha mirado con mucha intención la cabeza calva, ha enarcado una ceja y ha soltado una carcajada. Tiene un humor tan rápido como el de Will Spencer, pero poca bondad y paciencia para templarlo; se divierte a costa del prójimo. No obstante, me ha prestado un gran servicio, puesto que el señor Magee no ha vuelto a hacerme preguntas tontas.

El doctor Simon dice que todos se acostumbrarán pronto a mí y que continuarán normalmente con sus tareas. Espero que sea cierto. Si me dejan trabajar, tengo mucho que aprender de estos médicos.

* *

26 de abril, por la noche

El aire de la ciudad está cargado de hollín; he oído cantos de pájaros, pero en todo el día no he visto más seres vivos que hombres, perros, cerdos, gorriones, ratas y caballos. Siento que se acerca una tormenta.

He examinado a siete pacientes que habían sido vacunados antes de mi llegada. Ninguno de ellos ha llegado todavía al octavo día. Cuatro inoculaciones nuevas, dos observadas y dos realizadas bajo la guía del doctor Simon. Parece muy complacido con la técnica de conservación propuesta por Hakim en su última carta y la adoptará en la clínica.

Segundo día de mi propia vacunación. En ambos brazos las incisiones están secas, sin síntomas.

He examinado a cinco huérfanos y los he medicado contra los parásitos. También he ayudado en dos partos normales y en un tercero en que el niño ha nacido muerto. La madre, una muchacha de catorce años, ha apartado la vista y no ha querido mirarlo. Luego he retirado tejido muerto del pecho supurante de la señora Hallahan. Está muy dolorida y el opio le proporciona escaso alivio.

Lo que no pensaba que necesitaría aquí es el conocimiento de idiomas extranjeros. El poco francés que me enseñó Elizabeth no me sirvió de nada ante la llegada de varios acadios que lo hablaban, y el doctor Savard tuvo que venir a ayudarme. Todos los días recibimos pacientes recién llegados que no saben una palabra de nuestro idioma. Me han llamado dos veces para que hiciera de intérprete con un grupo de escoceses, pero la falta de práctica ha hecho que haya olvidado su lengua. Mi abuela Cora se llevaría una desilusión; mi prima Jennet se indignaría.

Cuando se requiere hablar irlandés, debo llamar al señor Chamberlain. El señor Holbein, de la carpintería, ayuda con el alemán; la señora Gronewold, con el holandés; el señor Luedtke, con el danés y el sueco; el doctor O'Connell, con el español y el italiano, que aprendió cuando se enroló como cirujano en un navío. El doctor Savard habla un francés fluido. Según el señor Magee, que en vez de hacerme preguntas ahora me bombardea con chismes —por más que yo no muestre ningún interés—, el doctor Savard pasó gran parte de su juventud en Francia y luego en el Canadá francés. También dice que el doctor lleva el pelo muy corto porque detesta los piojos, algo extraño, considerando que trabaja con los pobres de la ciudad.

En ocasiones vienen esclavos y sirvientes africanos, pero hasta ahora todos hablan algo de inglés. No he visto ningún indio, cosa que no me sorprende por lo superpoblado de la ciudad.

De todos los inmigrantes blancos, los más detestados son los alemanes, a los que a menudo se trata muy mal. Para mí ha sido un descubrimiento ver que los o'seronni también pueden odiarse entre sí.

He comenzado a hacer una lista de las expresiones más necesarias en todos estos idiomas y la llevo en el bolsillo de mi delantal. Hasta ahora he apuntado «Por favor», «Gracias», «¿Dónde le duele?», «Tranquilícese» y «Yo puedo ayudarlo».

* *

28 de abril, por la noche

Hoy he visitado la sala que denominan infantil, donde se aloja a los bebés huérfanos ¡Qué miseria!

* *

29 de abril, atardecer

Día muy nublado; algunos chubascos. Había dos pinzones en el antepecho de mi ventana, a los que ha ahuyentado un petirrojo, el cual ha sido luego espantado por un cuervo, que me miraba con un ojo negro y penetrante; me recuerda al doctor Savard. Otro aspecto curioso del doctor: parece haber memorizado gran parte de los escritos del doctor Morgagni, que cita largamente en latín o en inglés, según su estado de ánimo. Ahora me alegro de que Elizabeth me haya obligado a pasar horas enteras con la gramática latina, pues así puedo seguir el sentido de sus comentarios. Cuando el doctor Savard examina a un paciente comienza su interrogatorio con esta pregunta en voz alta: «*Ubi est morbus?*» ¿Dónde está la enfermedad?

He examinado a dieciséis pacientes vacunados en el último mes, tres de los cuales habían llegado al octavo día. Dos de éstos presentaban las esperadas vesículas blancas hinchadas en los bordes y deprimidas en el centro, con los márgenes túrgidos. El doctor Scofield, que sigue hablándome en voz alta como si fuera sorda, me supervisó mientras yo utilizaba la lanceta para extraer el virus de estos dos pacientes. El tercero, una campesina de veintisiete años, llamada Marie Le Tourneau, fue revacunada con material fresco. Tal vez ya ha padecido la viruela o ha estado expuesta a ella; de ahí la falta de reacción al primer intento.

Mi propia vacunación: quinto día. En ambos brazos, zona algo inflamada. Ligeramente dolor de cabeza por la mañana. No hay fiebre, glándulas hinchadas ni otros síntomas. Tampoco hay señales de erupción o pústulas.

Esta mañana, a las once, han traído a un hombre llamado Matthew Johns, un paciente de unos cuarenta años, cuatro de residencia en el asilo, sin antecedentes de enfermedades graves, salvo la fractura de brazo que le costó su trabajo en los muelles (una simple fractura de cúbito, que el doctor Simon trató y está casi curada). Hombre bajo, corpulento y fuerte. Síntomas: agitación respiratoria, pulso errático, sudoración profusa y tez cenicienta. Mientras respondía a las preguntas del doctor Savard, de pronto ha echado los dos brazos hacia atrás, por encima de la cabeza, con tal fuerza que los puños han golpeado la pared y el hombre ha soltado un aullido. Su cara ha adquirido un tono rojo furioso y sus ojos se han abultado como si los empujaran desde dentro. Ha muerto instantáneamente; no tenía pulso en el cuello ni en las muñecas.

El doctor Scofield ha certificado que el hombre había muerto a causa de una apoplejía violenta. Como el paciente no tenía familiares cercanos y está censado en la ciudad, el doctor Simon ha enviado sus restos al hospital para que sea sometido a una autopsia, que se realizará a las ocho de esta noche. Me ha invitado a presenciarla.

Ya avanzada la tarde, el señor Eddy, el que lleva los registros, ha venido al consultorio de vacunación y se ha pasado un cuarto de hora discutiendo con el doctor Savard sobre el costo del instrumental de marfil que necesitamos para trabajar. El doctor Savard se ha negado a responder con seriedad a esas preguntas, lo cual ha puesto al señor Eddy de muy mal humor. Cuanto más levantaba él la voz, más suave era la del doctor Savard. Cuando ya se retiraba, el señor Eddy ha reparado en mí y ha anunciado que se opone terminantemente a mi presencia. Según él, una dama joven y soltera (lo de «dama» le ha costado un gran esfuerzo) no tiene nada que hacer en las salas del asilo.

Entonces el doctor Savard se ha ofrecido a casarse conmigo en el acto, tras lo cual el señor Eddy se ha retirado en estado de gran agitación. Cuando le he preguntado si lo había hecho por provocarlo, él me ha dicho que hablaba en serio: prefería casarse antes que revacunar a otro huérfano irlandés. Esa tarea recae ahora enteramente sobre mí.

* *

30 de abril

Carta de Curiosity, sin noticias de mi padre ni de mi madrastra, pero con la curiosa información de que Jemima Southern e Isaiah Kuick son marido y mujer. Dice que la viuda está muy disgustada, y Jemima, satisfecha con su botín. En la aldea no se habla de otra cosa. Por primera vez me alegro de no estar en casa. Junto con su carta venía otra de mi hermano Daniel; hace preguntas, pero no da respuestas; también incluye un dibujo hecho por mi hermana: representa a Azul dormido, con la cabeza entre las patas. Su trazo es algo torpe, pero aun así me asombra, y me inquieta, lo logrado que está. Se ha torcido el tobillo,

pero por lo demás parece gozar de buena salud y notable ánimo. Aún no comprendo el mensaje que me dio el sonámbulo.

Justo antes de la cena, mientras estaba en la cocina con la señora Douglas, ha venido Manny con más noticias sobre una vecina que piensa mudarse al sur con sus esclavos. Esto provoca mucha inquietud e intranquilidad entre los sirvientes. Él se niega a revelar cuándo saldrá de la ciudad. Creo que espera noticias de la fugitiva y se resiste a partir por miedo a perder alguna carta.

Hoy la señora Douglas me ha hablado de las hemorragias de Kitty, que desde nuestra llegada han aumentado en vez de remitir, como demuestra el estado de sus sábanas. Le he preguntado si el doctor Ehrlich estaba al corriente, ante lo cual la señora Douglas se ha limitado a apretar los labios.

Hemos acordado dar a Kitty un caldo de carne y puerros dos veces al día, a fin de fortalecerle la sangre. Ethan montará guardia a su lado hasta comprobar que lo haya tomado todo.

Ese niño ha mejorado tanto su ánimo desde que estamos aquí que es imposible arrepentirse de haber viajado.



Capítulo 24

La primera semana de trabajo en el asilo pasó tan deprisa que si Hannah no perdió la cuenta de los días, fue sólo por Kitty, quien se pasaba la hora de la cena recordándole los muchos placeres que sacrificaba en aras de su aprendizaje médico.

—En tres días has rechazado tres invitaciones, además de la velada musical de ayer, en el teatro. ¿Te he dicho ya que estuvimos sentados detrás del señor Astor y su esposa? Dicen que es un gran músico.

—No empieces de nuevo con esa historia de las cuarenta flautas, Kitty, por favor. —Will alzó una mano en fingido gesto de espanto.

—Pues me parece una anécdota muy reveladora. Llegó de Alemania con tan sólo unas flautas para vender, ¡y míralo ahora!

—La fortuna del señor Astor se debe más a las pieles que a las flautas —aseguró Hannah. Y se detuvo allí: no tenía intención de enzarzarse en una discusión sobre el comercio de pieles de ese Astor, algo de lo que Kitty, por cierto, sabía muy poco.

—Dejemos al señor Astor —dijo la enferma—, ¡y no cambies de tema!

Hannah pensó en lo cansada que estaba, en las tres páginas de notas que debía registrar en su agenda y, finalmente, en la expresión de Kitty, más terca que nunca. Era obvio que cualquier resistencia resultaría improductiva.

—Te escucho.

—Es sencillo. Te pasas todo el día con el doctor Simon, y ahora encima te pide tu asistencia también por las noches. Me parece demasiado.

—Lo de ayer fue una circunstancia fuera de lo normal.

—Bien, espero que no se repita. Con toda seguridad, esa velada musical te habría gustado mucho más que la tarea que él te asignó, cualquiera que fuese.

Durante un momento Hannah sintió el peligrosísimo impulso de explicarle a Kitty lo que había estado haciendo y lo instructivo que era, mucho más que ninguna velada musical. Pero Elizabeth la había educado bien; la muchacha no ofendería la sensibilidad de Will y de Amanda Spencer describiendo una autopsia mientras comían. Modales aparte, había prometido al doctor Simon no decir nada. Las disecciones tenían muy mala fama entre la gente, sobre todo porque algunos doctores habían caído en el hábito de robar sepulturas para que sus discípulos pudieran estudiar. Era menester guardar silencio, por más cosas que hubiera visto y aprendido, por más sueños que la despertaran en la noche.

—Esta noche no volveré al dispensario —dijo.

—Esa es una buena noticia. —Kitty la estudiaba con los labios fruncidos—. Y debes prometerme que mañana regresarás al mediodía. De lo contrario no estarás lista para recibir a los invitados a las cuatro.

Hannah apartó la vista de su plato y sorprendió dos sonrisas: la de Will, divertida, y la de Amanda, mucho más preocupada y solidaria. Su primo dijo:

—Sólo se trata de un grupo pequeño, Kitty. Un viejo amigo que vuelve a Inglaterra y algunas otras amistades, nada más.

Kitty emitió un sonido estrangulado, indicativo de que no permitiría que le restaran importancia a su excelente lista de invitados. Hannah temía que fuera a recitar la historia y los vínculos familiares de cada uno de ellos, así que decidió cambiar de tema.

—Ethan me ha dicho que esta tarde te has desmayado —dijo.

La cara delgada y pálida se quedó inmóvil un momento. La enferma se volvió hacia Amanda, como una niña podría volverse hacia su hermana en busca de una aliada contra la madre que comenzara a formular preguntas difíciles. Amanda carraspeó con suavidad.

—Esa segunda salida tal vez haya sido excesiva.

Kitty apretó los labios.

—No ha sido nada. Sólo un leve mareo.

Pero había más que eso, desde luego. Los tratamientos del doctor Ehrlich parecían beneficiarla muy poco. Hannah tenía la inquietante sensación de que si examinara a la enferma, la encontraría mucho peor que una semana atrás. Sospechaba que parte de su irritabilidad se debía a que sufría dolores, pero ella no se dejaba interrogar por la muchacha; había puesto toda su esperanza en el doctor, que la sangraba cuando ella lo pedía y, por lo demás, la dejaba libre a sus caprichos, pues como Hannah sabía muy bien, no podía ofrecerle ningún tratamiento.

De pronto recordó la imagen del señor Johns, con el pecho abierto, las costillas cortadas y extendidas, y los músculos retirados hacia atrás para dejar el corazón al descubierto. Ella había estudiado suficientes libros de anatomía como para saber que tenía a la vista una anormalidad; por algún motivo, aquel corazón era dos veces más grande de lo habitual y estaba envuelto en un nido de vasos sanguíneos quebradizos como corteza seca. La pared muscular tenía una desgarradura bien visible y el tejido había adelgazado hasta parecer intestino.

Dentro de Kitty también había algo anormal, algo que seguiría siendo un misterio, aunque la matara..., cuando la matara. Al pensar eso, Hannah se arrepintió de su impaciencia. Pero Will ya había decidido mediar entre ellas.

—¿Puedo proponer un acuerdo? Si Kitty dedica menos tiempo a las obligaciones sociales —insinuó, levantando un dedo para impedir que lo interrumpiera— y Hannah les dedica un poco más, ambas quedarán más satisfechas. ¿Hannah?

—Acepto el acuerdo de buen grado. Mañana regresaré a casa a mediodía, Kitty, y dedicaré a la fiesta toda mi atención, si tú prometes descansar esa mañana y todo el día siguiente.

La enferma vaciló.

—¿Me permitirás que te escoja un vestido para la fiesta?

La joven pensó en los tres vestidos que había llevado consigo. Cualquiera serviría; con recursos tan limitados, ni la misma Kitty podría complicarle la vida. Y asintió.

* *

En toda esa semana la rutina diaria de Hannah había quedado bien establecida; llegaba al asilo a las siete. Pasaba la mayor parte de la mañana trabajando en el consultorio del Instituto de la Viruela, ya con el doctor Scofield, ya con su colega Savard, y luego en las salas. Si se lo pedían, ayudaba en la farmacia hasta que llegaba el momento de acompañar al doctor Simon al hospital de Nueva York, donde también pasaba visita. Todos los días la señora Douglas le envolvía en una servilleta pan, queso y carne fría, y todos los días Hannah se olvidaba de comer hasta que Cicero iba a recogerla para que almorzara a las cuatro con los Spencer.

El doctor la mantenía tan ocupada que no disponía de tiempo para preocuparse de Ethan ni de nadie, ni siquiera de Manny, como tampoco para entregarse a la nostalgia, aunque a veces se preguntaba si su padre y Elizabeth habrían regresado ya de Roca Bermeja y si tardaría mucho en recibir noticias de ellos. Y por supuesto, sus días estaban demasiado cargados de actividades para dedicar siquiera un pensamiento a Liam Kirby.

A pesar de la firmeza con que apartaba esos pensamientos de día, por la noche solían despertarla sueños que se esfumaban casi de inmediato, dejando atrás vagas imágenes de Virginia Bly en la puerta de La Cabeza de Toro.

—¿Tardará mucho, señorita?

Hannah cayó en la cuenta de que aquel joven esperaba a la puerta de la farmacia, mientras ella soñaba sobre el mortero. Entonces se concentró en la tarea. Cuando el muchacho se retiró con el ungüento para el herpes de su madre, ya era casi mediodía, hora de irse. La gente que aún esperaba ante la farmacia quedaría para el señor Jonas, el farmacéutico del asilo, que pasaría el resto del día medicando a los niños contra los parásitos y repartiendo tisanas para jaquecas, con mal genio pero con eficacia.

Cuando empezaba a pensar que el señor Jonas se había olvidado de ella, entró el doctor Savard.

—¿Ha venido a sustituirme? —preguntó ella.

—No, señorita Hannah. La señora Sloo solicita su ayuda. —Se rascó distraídamente la barba del mentón—. Quiere que vaya a echarle una mano con una nueva interna. ¡Maldita sea, creo que ese cordelero me ha pasado sus piojos!

El lenguaje del doctor Savard se tornaba más grosero cada día. Hannah no sabía si era una señal de confianza hacia ella o si indicaba que no la tomaba en consideración.

—¿Que la señora Sloo solicita mi ayuda? —Colgó el delantal en un gancho y se alisó la falda—. Me sorprende. No la he visto desde mi primer día aquí.

—Pero ella sí la ha visto a usted, se lo aseguro. El caso es que ha venido una india y no entiende nuestro idioma. —Él examinó la bestezuela que se había extraído de la barba, con la boca torcida en resignado disgusto.

—La señora Douglas me revisa la cabeza todas las noches y me pasa un peine fino. Y usted también debería hacer que alguien le pasara un peine, doctor.

Savard la miró con los ojos entornados y las cejas fruncidas.

—¡Excelente idea! Haré que mi ama de llaves ordene al mayordomo que mande a mi ayuda de cámara a comprar un peine fino.

Hannah ya había aprendido a no discutir con él cuando se ponía sarcástico. Cogió su bolso.

—Antes de irme, pasaré a ver a la señora Sloo.

Él se irguió.

—¿Antes de irse? ¿Es que va a dar un paseo por la avenida? ¿O quizá tiene una importante entrevista con el alcalde?

Savard había cruzado los brazos y bajado el mentón como un toro que escarbara el suelo; eso le pareció a Hannah: un toro malhumorado en busca de alguien a quien embestir. En cualquier otro momento podría haber respondido al desafío, pues sus discusiones con él solían ser muy instructivas, pero no tenía tiempo.

—Vienen a almorzar unos amigos de mi primo —explicó—, y he prometido estar presente.

—A ver si adivino quiénes son los invitados: ¿el alcalde y el presidente del Concejo?

—No, pero creo que viene el sobrino del alcalde.

—Ah, conque va a almorzar con el senador Clinton. Buena compañía para una ayudante de médico que procede de los bosques.

Hannah había soportado las pullas de lenguas mucho más afiladas que la del doctor Savard; se prometió comunicárselo algún día.

—Volveré mañana a las siete.

—Está bien —dijo, y continuó pasándose los dedos por la barba—. No me gustaría disfrutar solo de todo esto.

* *

—No sé si es sordomuda o es que nunca ha aprendido a hablar un idioma

civilizado. —La señora Sloo señaló con la cabeza un bulto que estaba acurrucado en un rincón de la sala de espera—. La criatura ha muerto hace veinticuatro horas, al menos. Tal vez usted logre que la entregue. Dígale que la enterraremos cristianamente y que a ella le daremos de comer antes de que vuelva a su casa... o a donde viva. —La mujer entrecruzó las manos por delante y clavó en Hannah su mirada más severa—. Dígale que no puede quedarse aquí. Tal vez haya una cama para ella en el reformatorio, si no está atestado. Y dese prisa, el carruaje del señor Spencer la espera en la calle.

* *

Podía tener quince años, treinta o cien: una mujer joven y vieja, atemporal, no del todo viva, pero también lejos de la muerte. Miró a Hannah con ojos oscuros como la sangre y duros como el hueso, mientras sus brazos apretaban el envoltorio que sostenían.

—Comida —susurró, como si fuera un secreto entre amigos, una contraseña.

—Es la única palabra que sabe, al parecer. —La señora Sloo tamborileaba en el suelo con la punta del pie, llena de impaciencia.

Hannah lo pasó por alto para concentrarse en la mujer. Estaba envuelta en una manta deshilachada y la cabeza se le bamboleaba un poco, como si el cuello no pudiera resistir la carga. La joven pensó en el cadáver del señor Johns, tendido en la mesa de disección: el cuello musculoso abierto, el blanco nítido de los tendones, el azul oscuro de la sangre quieta, el rojo músculo, la grasa amarilla, su color.

—Déjame ver a la criatura —susurró Hannah, petrificada también por la desaprobación que irradiaba el ama de llaves.

La mujer la miró sin expresión alguna. Hannah se tocó el pecho y se presentó, de manera formal, en su propio idioma:

—Soy Camina Adelante, hija de Canta de los Libros, de los kahnyen'kehàka. Somos la gente de la Casa Grande, custodios de la puerta Oriental, los mohawk de las seis naciones del pueblo hodenosaunee.

La mujer parpadeó como si Hannah hubiera gorjeado en vez de hablar. Ella lo intentó otra vez en el idioma de su abuelo y nombró a sus antepasados mohicanos.

Nada.

—Tal vez pertenezca a una de esas tribus del sur —dijo la señora Sloo a su espalda, como si estuviera hablando de una raza de perros.

Hannah se volvió hacia ella: un montón de carne coronado por una cabeza perfectamente redonda, con la boquita fruncida en un gesto de disgusto.

—¿A qué tribus se refiere?

La señora Sloo agitó las manitas.

—¿Qué sé yo? Pero no importa; pediré ayuda a Moroney, que es lo que debería haber hecho desde un principio.

Agnes Moroney era una mujer con la fuerza física y la mentalidad de un hombre, y con unas manos que parecían tablas de lavar torcidas. Hannah la había visto arrojar a la calle a un curtidor borracho de un manotazo.

—No, deje que me encargue yo de ella —dijo—. Éste es un asunto médico.

A sus espaldas oyó un bufido, señal de ofensa acusada y cuidadosamente archivada. Hannah esperó a que la mujer se fuera. Ya llegaría la hora de ajustar cuentas, oh, sí, pero de momento no podía pensar en eso.

—Comida —susurró otra vez la mujer del bebé muerto.

—No te preocupes —dijo Hannah—. Ven conmigo y te daré comida. Lejos de aquí, en un lugar seguro.

Los ojos oscuros parpadearon otra vez. Tras un largo instante, puntuado por los gemidos de un niño hambriento al otro lado del muro, la mujer asintió.

* *

No les dijo su nombre ni siquiera después de haber comido hasta hartarse en la cocina. Como la señora Douglas estaba ocupada con los preparativos para el almuerzo, la sirvió Hannah: pan de maíz untado con grasa de carne, pastel de venado, cebollas tiernas, col en vinagre y tarta de grosellas. Todo lo que ponía en la mesa la mujer lo cogía con celeridad; de vez en cuando se detenía para chuparse los dedos y luego se los limpiaba en la manta que le servía de abrigo.

Peter la observaba con ojos dilatados, sin decir nada; en parte porque Ethan no parecía extrañarse por los modales de la visitante, en parte porque la señora Douglas le había echado unas miradas muy expresivas para recordarle cómo se trataba a cualquier huésped en casa de los Spencer. Hannah sabía que si le daba pie, haría muchas preguntas. Por eso ella tampoco decía nada y se limitaba a contemplar a la mujer.

La visitante no prestaba atención a los niños, ni a las cocineras ni al ir y venir de los proveedores que iban a dejar sus productos; sólo estaba atenta a la comida que tenía ante sí y a Hannah, que se encontraba sentada frente a ella. Comía con una sola mano, pues en el otro brazo aún sostenía al niño contra su pecho, bajo la manta.

Cuando hubo terminado, se levantó con lentitud y apartó el plato. Tenía algunas migajas en la comisura de la boca. El temblor de sus labios conmovió a Hannah más que cuanto hubiera podido decir.

—Hay una cama para ti y ropa limpia. Si quieres.

No hubo respuesta. Pero cuando Hannah salió de la cocina, la mujer fue tras ella.

* *

A las tres de la tarde, la desconocida dormía sonoramente, con la criatura en los brazos. Entonces Hannah reparó en dos cosas: estaba faltando a la promesa que le había hecho a Kitty el día anterior y sólo le quedaba una hora para vestirse. Mientras se preguntaba cómo enmendar esa situación delante de la puerta que acababa de cerrar, apareció Amanda, vestida con un reverberante traje de gala de color añil profundo. Miró la puerta cerrada y le preguntó:

—¿Cómo está?

Hannah se encogió de hombros y alzó una mano, como dando a entender que no sabía muy bien qué opinar.

—Al fin se ha dormido.

—¿Y todavía no ha...?

—No, todavía no.

Amanda cerró los ojos un instante.

—Haré que Suzannah venga a estar con ella. Tú debes darte prisa; Kitty te espera en su cuarto.

Por una vez, Hannah no pudo disimular su enojo.

—Supongo que deberé escuchar otro sermón sobre la importancia de las puntillas.

Su anfitriona se irguió de súbito, enrojeciendo; en sus ojos apareció una chispa de severidad. Por primera vez, Hannah vio algo de su madre en ella: el genio vivo y la vista aguda de la tía Merriweather.

—Eso es muy poco gentil de tu parte, Hannah Bonner. No niego que Kitty es a veces irritante, y comprendo que te enerve con sus tonterías sobre las compras y las fiestas, pero la conoces demasiado bien como para tener de ella una opinión tan pobre. ¿Quién puede entender mejor que Kitty lo que sufre esa mujer? ¿Crees que antepondría a eso una visita a las tiendas? Kitty se ha pasado toda una hora cortando y cosiendo un sudario para ese niño.

Hannah dio un paso atrás, sorprendida y alarmada.

—Yo no quería decir...

—¡Sí querías decir! —A Amanda le tembló el mentón. Se tomó un respiro, y poco a poco volvió a sus facciones la suavidad habitual—. Has estado trabajando mucho y eso debe de afectarte profundamente, sin duda... —Miró otra vez la puerta cerrada, perdida en sus pensamientos.

—Kitty ha sido muy amable al coser un sudario.

La mujer asintió.

—Mantenerse ocupada le hace bien. Pasa demasiado tiempo pensando en la niñita que perdió. Y ahora ¿quieres hacer algo bueno por ella?

—Por supuesto que sí —dijo Hannah.

La dulce sonrisa de Amanda le brindó un gran alivio.

—Anda, ve, que te está esperando. Y deja que te vista ella. Para Kitty será una gran alegría. Yo iré en cuanto haya hablado con la señora Douglas sobre esta mujer.

* *

—La señorita Whitmore le ha hecho algunos arreglos en los hombros y en el corpiño —dijo Kitty, con el nudillo del índice apretado contra el mentón, mientras estudiaba el vestido que estaba extendido sobre la cama—. Creo que te sentará muy bien, Hannah. Debes ponértelo para que ella vea si te va bien.

Hannah pasó la mirada de ella a Amanda y a la costurera, que revolvía en su caja, con la boca erizada de alfileres.

—¿No puedo ponerme el de seda verde? —Trató de decirlo con toda la suavidad posible, pero Kitty alzó la barbilla como si la hubiera retado a duelo.

—Prometiste dejar que yo te eligiera el vestido.

—Sí, pero...

—Y he elegido éste. Para una fiesta tan importante no puedes ponerte ese viejo vestido verde pasado de moda. Además, ese color no le va a tu cara. —Bajó la vista hacia el montón de seda en tonos marfil, crema y amarillo, con tanto afecto y satisfacción como si mirara a su hijo—. Verte con éste me dará un gran placer.

—Está bien —aceptó Hannah, ceñuda—, me lo pondré.

—Y Catherine te peinará —continuó Kitty, en un tono que pretendía ser severo, pero que escondía la sospecha de una sonrisa.

La joven se tocó la trenza que caía sobre su hombro y pensó en la dulce Amanda, en su voz trémula de enfado.

—Soy tuya. Puedes ataviarme como quieras.

Kitty sonrió triunfalmente y juntó las manos, dando una palmada.

—Te convertiré en una obra de arte.

—Mientras no me obligues a mirarme al espejo —dijo Hannah seca—, puedes hacer lo que quieras.

* *

Pero en aquella casa no había manera de evitar ver su propia imagen: la vio en el

gran espejo de marco dorado del vestíbulo, en el que colgaba sobre la repisa, en los que estaban detrás de los candelabros... Aun cuando Hannah no hubiera podido ver en los espejos la travesura que Kitty y Catherine habían cometido con ella, en las caras de los invitados habría leído el mismo mensaje. Los hombres no disimularían su admiración, y las damas no podrían esconder su sorpresa tras las cautelosas sonrisas. La muchacha recordó la letra clara y elegante de Elizabeth y las líneas que había escrito.

«Lilith gritó el nombre del Creador, y acto seguido se elevó en el aire y voló hacia el Mar Rojo».

La idea de tener alas para escapar era muy atractiva, pero estaba envuelta de pies a cabeza, como en un capullo, con las galas de Kitty. El vestido era de talle alto y muy escotado, aunque eso, en principio, no la preocupaba, pues se había criado junto a mujeres que trabajaban en los campos con el torso desnudo bajo el sol del verano. Claro que los hombres kahnyen'kehàka no reparaban mucho en eso, mientras que aquellos caballeros debían esforzarse para no dirigir la mirada a esa parte de la anatomía femenina.

El vestido de seda verde era mucho más recatado y, probablemente, habría facilitado las cosas a los huéspedes que Kitty tanto deseaba complacer. Además, era de manga larga; y eso le habría evitado tener que preocuparse por si las cortas mangas del vestido de Kitty no cubrían las marcas de la vacuna. Pero no había remedio; debía cumplir su promesa. Después de vestirse, dejó que Catherine le entrelazara en el pelo unas gasas y una sarta de perlas, todo artísticamente sujeto en la coronilla. Hannah le encontraba un extraño parecido con la cornamenta que usaban los sachem.

No tenía alas para escapar, sólo aquellas largas cintas de gasa que le colgaban a lo largo de la espalda, terminadas en densos flecos de seda que se balanceaban al caminar, y el chal bordado de flores que, por insistencia de Kitty, debía llevar colgado del brazo.

—¡Qué hermosa estás! —dijo Amanda con una sonrisa—. Si tuviéramos tiempo para encargarnos que te pintaran un retrato... Me ocuparé de eso.

—¡Oh, no, por favor! —exclamó ella, horrorizada una vez más, cuando creía haber superado lo del vestido—. No te tomes la molestia.

—No es ninguna molestia. Para tu padre y tu madrastra sería un orgullo verte así.

Hannah se mordió la cara interior de la mejilla para contener la lengua. Si su padre la viera así, se sentiría más alarmado que complacido, sin duda; pero era mejor no discutir.

En la sala, bajo la suave luz de la tarde primaveral, todo relucía: el blanco mármol del hogar, las figurillas de marfil que decoraban la repisa, los cortinajes de terciopelo carmesí, los candelabros de cristal y las esmeraldas que la señorita Sarah Lispenard

llevaba al cuello. Cuando Hannah era una niña, Elizabeth le había hablado de la cueva de Aladino, llena de maravillas; pues bien, Hannah tuvo la extraña sensación de haber caído en una cueva similar; lo más preocupante era que no sería fácil encontrar la salida.

A la primera oportunidad, Kitty se la llevó a un rincón.

—No estés tan seria. Ahuyentarás a la gente.

—Es que temo decir algo que no deba. Te pido disculpas desde ahora por si te hago pasar vergüenza.

—No digas tonterías. Lo que tienes que hacer es... pensar en algo que te sirva de apoyo, que te dé fuerzas... Ya está: imagina que eres Elizabeth. Di lo que ella diría y te irá estupendamente.

Lo más extraño era que Kitty acertó. Hannah fingió ser Elizabeth cuando Will la presentó al senador Clinton, a la señora Kerr, viuda conocida por sus buenas obras entre los pobres de la ciudad, y a su sobrina Sarah Lisperard, la cual, radiante con su vestido blanco de seda y tafetán, se esforzaba inútilmente por no mirar demasiado a Hannah.

El señor Howe, por el contrario, no hacía nada por disimular su interés. Era alto, anormalmente delgado y caminaba con ayuda de un bastón, aunque no debía de tener más de treinta años. Por lo vidrioso de su mirada, Hannah pensó que si se acercaba lo suficiente, podría percibir el olor dulzón y enfermizo del láudano, habitual en aquellos que viven con heridas jamás curadas del todo. Ella creía que era un militar retirado, pero descubrió que se trataba de uno de tantos inmigrantes ingleses; su hermano mayor había estudiado en Cambridge con Will Spencer. Él, por su parte, había abandonado el ejercicio de la abogacía para dedicarse al periodismo. Hannah comenzaba a preguntarse cuántos periódicos podían venderse en una sola ciudad. Pero el señor Howe no mencionó siquiera el artículo del señor Lamm, cosa que era de agradecer.

Las presentaciones marcharon bastante bien mientras ella fingió ser Elizabeth, pero de vez en cuando se descubría pensando quiénes, entre los amigos de Will, serían miembros de la Sociedad Libertas. De pronto, Amanda fue a buscar a Will, y Kitty apareció para llevársela otra vez aparte.

—Quiero presentarte al señor Davis. —Indicó con la cabeza a un grupo de hombres que estaban de pie en el otro extremo de la habitación; entre ellos se encontraba la señorita Lisperard—. Un gran aventurero. Ha venido desde Missouri. ¿A que no sabes quién es la persona que le habla?

—La señorita Lisperard, que admira mucho mi valentía y disfruta pintando abanicos.

—No. —Kitty le dio un golpe seco en la muñeca con el que llevaba en la mano—. No me refiero a la señorita Lisperard.

—¿El hombre de piernas arqueadas con quien ella coquetea?

—¡Hannah Bonner, compórtate! Ése es el capitán Lewis.

La joven echó un vistazo por encima del hombro.

—No sé a qué debe su fama, pero sin duda la ha conseguido sobre un caballo.

La exclamación indignada de Kitty cedió paso a una risilla estrangulada, pero clavó los dedos en el brazo de Hannah.

—El capitán Lewis es el secretario personal del presidente Jefferson —explicó, bajando la voz un poco más—. Sólo pasará unos días en la ciudad. ¿Verdad que es apuesto? Para Will y Amanda es un gran honor tenerlo aquí.

—¿Por ser apuesto, o por ser el secretario del presidente? En cualquier caso, parece más interesado en el señor Davis que en la fiesta.

Kitty chasqueó la lengua en un gesto desaprobatorio, pero tenía las mejillas encendidas con el mismo rosado intenso de su vestido y sus ojos centelleaban de diversión. De pronto Hannah lamentó haberse resistido tanto a esa fiesta, que brindaba tanto placer a su amiga.

—Ven —dijo—, pidamos a Will que nos presente a ese excelente capitán Davis.

—Lewis —corrigió Kitty, encantada—. Y no te faltarán oportunidades para hablar con él. Amanda le ha pedido que te acompañe al comedor.

—Será una desilusión para la señorita Lispenard.

Kitty trató de mostrarse circunspecta, pero no pudo disimular una sonrisa de satisfacción.



Capítulo 25

El secretario personal del presidente era tal como Kitty esperaba; Hannah lo leyó en su expresión triunfal cuando el capitán Lewis se inclinó hacia su mano. Su pelo se parecía al de Daniel: oscuro, ondulado y reacio al peine. La sorprendió descubrir que tenía las manos encallecidas y duras, manos de trabajador. «Manos de militar», se corrigió, mientras observaba mejor su uniforme y su porte.

—Usted debe de ser la señorita de la que hablaba el periódico. —Su voz grave tenía la suave entonación de los sureños, pero su mirada era intensa y directa.

Hannah logró responder con un ademán cortés.

—Eso me temo.

—Si me lo permite, señorita Bonner, usted no parece estudiante de medicina.

—Supongo que tiene razón. —Enrojeció de ira—. Pero yo también imaginaba que el secretario del presidente debía de ser un anciano calvo, con patillas hasta el mentón y dientes picados.

—¡Hannah! —chilló Kitty.

Sin embargo, Lewis no estaba dispuesto a sentirse ofendido.

—No la interrumpa, señora Todd, por favor. Es estimulante conocer a una señorita capaz de expresarse con tanta franqueza e imágenes tan vividas. Pero nuestros anfitriones esperan, y la señora Spencer me ha pedido que la acompañe al comedor. ¿Me permite?

* *

El capitán parecía seguro de su respuesta. Kitty, en cambio, puso cara de alarma, y con buenos motivos: la sabía capaz de rechazar el brazo que le ofrecían, algo que ella bien habría podido hacer, sólo que Will esperaba ante la puerta y la observaba; lo vio inclinar la cabeza con una ceja enarcada, como preguntándole si necesitaba ayuda. ¡Como si Hannah Bonner, a la que los kahnyen'kehàka llamaban Camina Adelante, necesitara de un salvador contra el capitán Meriwether Lewis!

* *

Hannah se dejó acompañar al comedor, donde descubrió que Amanda la había sentado entre el senador Clinton y el capitán Lewis. Para alivio suyo, el capitán dedicó su atención a la señorita Lispenard y a la mitad de la mesa, que se había

enzarzado en una discusión sobre el comercio fluvial por el Mississippi. Estaba encantada de verse libre de sus atenciones; Kitty, en cambio, obviamente disgustada, no dejaba de azuzarla con la mirada por encima de la pirámide de palomas horneadas en hojaldre.

El senador Clinton, menos interesado en las dificultades del comercio fronterizo que en la educación de Hannah y la escuela de Elizabeth, la acosó a preguntas.

—Para la señora Bonner debe de ser agotador dar clases dos veces todos los días —comentó, mientras aceptaba otra porción de ganso—. Según mi experiencia, a las mujeres les va muy bien dormir una siesta por la tarde.

—Pocas mujeres tienen la energía de mi prima, senador —intervino Amanda, que no iría más allá para contradecir a un invitado.

—No tiene alternativa —explicó Hannah—, pues los niños no aceptan estar juntos en una misma aula.

—Pero la aldea podría contratar a un segundo maestro —replicó el senador—. En la Escuela Libre Africana hay varios jóvenes muy simpáticos que están terminando sus estudios. Estoy seguro de que cualquiera de ellos aceptaría el puesto encantado. Podría encargarse de educar a los niños negros y a los indios, y así su madrastra podría dedicarse a los otros.

Hannah sabía muy bien qué replicaría Elizabeth a semejante propuesta, pero no lograba imaginar qué cara pondría el senador si ella lo dijera.

—He mantenido correspondencia con la señora Bonner —intervino el señor Howe, desde el otro lado de la mesa—. Es una dama extraordinaria.

Se produjo un momento de silencio, que Amanda interrumpió con su acostumbrada suavidad.

—Envié a mi prima el artículo que escribió usted sobre la igualdad de derechos de los ciudadanos. ¿Supongo que su correspondencia surgió a partir de ahí?

—En efecto —dijo el señor Howe—. La señora Bonner tiene una mente incisiva y una manera muy original de ver las cosas. De hecho, pensaba pedirle que escribiera un artículo para mi periódico. Bajo seudónimo, por supuesto, como hacía George Eliot.

La copa del senador se detuvo súbitamente a la altura de la boca. Hannah lo vio luchar con la sorpresa y la desaprobación, y luego tragarse ambas con un buen sorbo de vino francés. La señora Kerr se inclinó hacia delante y dio unos golpecitos en la mesa con la punta de un dedo, fija y severa su mirada acuosa.

—Señor Howe, ¿no le basta con el tiempo que ha pasado en el reformatorio por defender los derechos de los irlandeses libres? ¿Cuándo se dará por satisfecho?

—Cuando no sea sólo el veintitrés por ciento de los hombres que viven y trabajan en esta ciudad quienes tengan el derecho de elegir a sus gobernantes. —Le dedicó una gran sonrisa—. Sean irlandeses o no.

La anciana apretó tanto la boca que su pequeña barbilla se arrugó como un hueso de melocotón, pero su cara expresaba una admiración renuente.

—Señorita Bonner, ¿le han contado cómo el señor Howe defendió la causa de dos marineros irlandeses que tuvieron la desgracia de dar con un juez sin escrúpulos?

—Ésa es una acusación muy grave —adujo el senador, bajando el mentón hacia el pecho.

La señora Kerr se sacudió la amonestación con los dedos como si fuera agua.

—Ya lo creo, y puedo hacerla con conocimiento de causa, pues tengo la desgracia de ser tía de ese juez. Es el único hijo de mi pobre hermana Sophie. Como tú bien sabes, De Witt.

Amanda intervino:

—Pero omite usted la mejor parte de la historia, señora Kerr.

La anciana irguió la espalda.

—Pues cuéntela usted misma, hija, si la sabe.

—¿Es necesario? —preguntó el periodista.

Amanda le sonrió.

—Le aseguro que es muy interesante.

—Resulta que un concejal de la ciudad, cuyo nombre no mencionaré... —comenzó el senador Clinton, e hizo una breve pausa para mirar a la señora Kerr con una ceja enarcada—, tenía prisa por viajar desde Brooklyn a la ciudad y ordenó a los marineros del ferry que zarparan veinte minutos antes de la hora programada. Dos inmigrantes recién llegados, que se llamaban...

—Malone y O'Shay —apuntó el señor Howe.

—Malone y O'Shay, sí. Pues bien, ellos se sintieron ofendidos por el abuso del concejal...

La señora Kerr golpeó la mesa con la mano abierta.

—Destripas la historia como si fuera pescado podrido, De Witt. El Senado te está sentando mal, como ya te advertí.

Luego continuó, volviéndose hacia Hannah:

—Este concejal..., un Livingston, lo digo sin miedo, aunque De Witt tenga escrúpulos, puesto que son parientes políticos suyos..., trató a los marineros del ferry de tunantes y gandules, y amenazó con enviarlos a la cárcel si no hacían lo que él ordenaba. Pero ellos le hicieron frente, como suelen los irlandeses, que son un pueblo audaz. No sé si alguna vez aprenderán que a veces la discreción es la mejor arma de los valientes. El caso es que contestaron en el mismo tono. «¡Nosotros valemos tanto como cualquier marica!» Eso fue lo que dijeron; yo no hago más que relatar fielmente la verdad, señora Spencer, conque no se ruborice. Cuando llegaron a Manhattan, ese tunante de Livingston llamó a un agente de policía y los hizo conducir al reformatorio, mientras él iba detrás pegándoles con su bastón.

Azotó el aire con un dedo a manera de demostración, mientras clavaba en Hannah una mirada terrible.

—Si me pregunta usted cómo lo sé, señorita Bonner, le diré que yo iba a bordo de ese ferry y lo vi todo. —Se apoyó contra el respaldo—. Y quedé horrorizada. He visto muchas cosas en mi vida, pues la guerra es terrible, ya se sabe, pero nunca nada como esos dos jóvenes enfrentándose a Jonathan Livingston, en chanclos y ropas toscas. Me ensanchó el corazón.

»Al día siguiente los llevaron ante el juez, mi sobrino, aunque me avergüence admitirlo: un federalista de la peor especie; y la culpa es de la tonta de mi hermana, por casarse como lo hizo. El juez, pues, sólo escuchó la declaración del concejal y no pidió otros testimonios. Ni siquiera permitió que esos hombres tuvieran un abogado defensor. ¡No llamar a testigos! ¡Con su propia tía en la sala, que lo había presenciado todo! Y yo lo dije con toda claridad.

Respiró profundamente.

—Pero él no estaba dispuesto a permitir que en su sala declarase una mujer. Tememos a los ejércitos, pero en estos tiempos el verdadero peligro reside en los tribunales. Allí hay quienes no dudan en utilizar en su provecho la solemne responsabilidad que se les ha concedido, y abogados que rondan como cuervos sobre el campo de batalla, listos para picotear los despojos de la justicia. Los mosquetes no me dan miedo; yo misma los he disparado contra el enemigo más de una vez. Pero una sala de tribunales..., eso es otra cosa.

—¿Y qué papel desempeña el señor Howe en esta historia? —preguntó Hannah, que no sabía si sentirse divertida, preocupada o confusa.

—Él estaba en la sala cuando el juez los sentenció a seis meses de trabajos forzados, para que aprendieran a no insultar a los funcionarios públicos.

—¿Y cómo es que usted acabó en la cárcel con los marineros, señor Howe?

—No ocurrió así —aclaró Amanda—. Cuando la asamblea envió a Michael a la cárcel, los irlandeses ya habían escapado. —Dirigió un vistazo de soslayo a la señora Kerr, con la boca contraída por una sonrisa disimulada.

El senador carraspeó.

—Dicen que sobornaron a los guardias, pero eso nunca quedó probado.

Hannah lo intentó de nuevo.

—Esperen. Aún no comprendo por qué la...

—Es que escribí una nota editorial —respondió el periodista a la pregunta que la joven trataba de formular—, y el juez y la asamblea se consideraron ofendidos por algunos términos que utilicé.

—Por ejemplo, «tiranía» y «parcialidad» —apuntó Amanda—. También escribí que los hombres del ferry habían sido castigados sólo para satisfacer el orgullo, la ambición y la insolencia de los funcionarios públicos. Recuerdo los términos con

exactitud.

La señora Kerr dejó escapar una risa feroz.

—Y tenía toda la razón. Pero ellos no podían permitir que se pusiera la verdad a la vista de todos. Por eso condenaron al señor Howe, aquí presente, a un mes de prisión.

—Y dos mil personas lo llevaron hasta el reformatorio en un palanquín —concluyó el senador—. Una vez cumplida la condena, fueron tres mil los que lo esperaron para trasladarlo a su casa en un faetón. Deberías presentarte como candidato, Michael. Tienes el apoyo de las masas.

—Pero las masas no pueden votar en las elecciones municipales —objetó él—. Además, es mucho más divertido escribir sobre los que gobiernan. ¿Cuándo volverá al gobierno municipal, senador?

Hubo risas en torno de la mesa.

—No te faltarán temas en que ocupar tu pluma —aseguró Clinton, mientras pedía por señas que volvieran a llenarle la copa de vino—. En esta ciudad siempre hay algún escándalo.

—Sí —señaló Hannah—. Como el de madame du Rocher y sus esclavos.

Habló en el momento en que la otra parte de la mesa también quedaba en silencio; sus palabras parecieron despertar un eco. Echó un vistazo a Will, que parecía entre curioso y resignado ante ese giro de la conversación.

El capitán Lewis también mudó su atención, pero ya sin actitud burlona ni provocativa. La discusión sobre el Mississippi perdió vigor hasta cesar.

—En el estado de Nueva York la esclavitud no es delito, según tengo entendido.

El comentario iba dirigido a Hannah, pero fue el senador quien respondió.

—Ése es un tema muy complejo e inadecuado para la ocasión —dijo, lanzando una mirada intencionada a la señorita Lispenard.

—Aquí no hay niños, De Witt —observó la señora Kerr, en un tono que lindaba con lo cortante—. Dos señoritas, sí, pero ambas en edad casadera e instruidas. En un caso muy instruida y, en el otro, educada sobre los detestables prejuicios de mi hermano, pero cultivada y con una opinión formada. —Se volvió hacia Amanda—. Esa dama francesa es vecina suya, ¿no es así, señora Spencer?

Ella asintió.

—Desde hace un año vive en la casa que está al otro lado de la plaza, pero se la ve poco. Ha pasado por grandes... dificultades personales.

—Sí, leo los periódicos —dijo la anciana, seca—. ¿Hay algún motivo para pensar que maltrata a sus esclavos?

Amanda buscó la mirada de su esposo. Para sorpresa e inquietud de Hannah, él negó con la cabeza.

—En ese caso, ¿cuál es el problema? —El capitán Lewis miró primero a Amanda,

luego a Will y por fin a Hannah—. A menos que se quiera discutir la abolición, y ése es un tema que ha sido ampliamente tratado por hombres notables en los últimos veinticinco años, y ya ve dónde estamos, señorita Bonner, así que no ha de ser.

Hannah sintió que enrojecía, no tanto de vergüenza como de furia. Alrededor de la mesa se veían muchas expresiones diferentes. Kitty estaba horrorizada por el giro de la conversación; Will, relativamente tranquilo; Amanda vagamente inquieta; la señorita Lispenard, curiosa; la señora Kerr, anhelante; el señor Davis, distraído; el senador Clinton, nervioso e impaciente; el capitán Lewis, claramente irritado. Lo más sencillo habría sido callarse, pero eso era lo que deseaba el capitán, y a Hannah no le gustaba la idea de ceder ante él.

—Verá usted, señor —le dijo, con su tono más sereno—. Aunque el tema de la abolición no sea grato en el Sur, lo cierto es que nuestra legislatura ha promulgado la Ley de Manumisión Gradual, lo que parece indicar que sí ha de ser, por utilizar su propia expresión. Al menos aquí. Y antes de que usted se apresure a defender a madame du Rocher, debería saber que, según todas las apariencias, tiene intención de abandonar este estado con sus esclavos a fin de evadir la ley, lo cual es una manera de violarla, por supuesto. Y ya que hablábamos de los periódicos, me parece que un tipo de actividad ilegal tan extendida merece la atención de los periodistas de esta ciudad. Es mi opinión, desde luego.

La señora Kerr se dejó caer contra el respaldo con un suspiro, como quien acaba una comida muy satisfactoria. Su sonrisa no podía pasar desapercibida, como tampoco otras cuantas en torno de la mesa. El capitán, enrojecido, carraspeó.

—Tiene usted muchas opiniones para ser... una persona tan joven.

—Es el beneficio de haber recibido instrucción, tal como ha señalado la señora Kerr.

—Y el peligro —agregó Kitty—. Pero me temo que todo eso es responsabilidad de mi cuñada, ávida lectora de los escritos de la señora Wollstonecraft.

El senador Clinton dijo:

—Lo imaginaba, a juzgar por lo que he oído aquí. Permítanme decir algo más, antes de que cambiemos a un tema de conversación más adecuado. Si en verdad madame du Rocher piensa violar la ley, está claro que es una acción que no se puede tolerar. Ah... —Rompió en una sonrisa de alivio al ver a la señora Douglas en el vano de la puerta—. Los postres. Veo que ha hecho merengue, señora Spencer. Ha sido muy amable al recordarlo.

El señor Davis intervino, muy ansioso:

—Por cierto, eché de menos el azúcar durante mi viaje por el oeste. Muchos se conforman con miel o melaza, pero a mí me gusta el café con azúcar, si es posible.

La tensión desapareció de la mesa tan de súbito como había aparecido. A Hannah le extrañó, hasta que captó el guiño conspiratorio de la señora Kerr.

* *

La india y su hijo desaparecieron de la casa tan discretamente que nadie supo cuándo se habían ido.

—Suzannah ha bajado a la cocina a las ocho y media —explicó la señora Douglas, por tercera vez—. Cuando ha vuelto a subir, un cuarto de hora después, la mujer se había ido. —Ella había hecho que dos de los hombres salieran a buscarla, sin éxito alguno—. Es como si se hubiera esfumado en el cielo —concluyó—. Como si hubiera volado.

Hannah pasó largo rato despierta, pensando en ella. Luego, cuando se durmió, soñó que volaba sobre un mar rojo como la sangre con el hijo de aquella mujer atado al pecho. Como suele suceder en los sueños, de pronto se encontró sobre Lago de las Nubes, y entonces, sin vacilar y sin miedo, se lanzó en picado hasta sumergirse en el agua, tan profunda, oscura y caliente que debía revivir hasta a los muertos. Siguió descendiendo hacia el fondo, hasta que se vio dentro de la tierra misma, en una cueva llena de una extraña luz parpadeante. En torno de una fogata que ardía en la roca misma había caras conocidas: sus abuelas Atardecer y Cora Bonner, su bisabuelo Chingachgook y Robbie MacLachlan, junto al pequeño Robbie, que estaba dormido en su regazo, con los húmedos rizos cayéndole sobre la cara. Su propia madre, con un bebé en brazos.

—Tu gemelo —dijo, mostrándole al niño—. Ven a por él.

Ella respondió:

—Ya tengo este niño al que cuidar. —Y la criatura desapareció.

En vez de brazos, ella tenía alas, alas grandes y poderosas, con plumas blancas, doradas y plateadas. Hannah no podía coger al niño que su madre le ofrecía, ni tampoco recoger al que había perdido en el viaje hacia la salvación. Si acaso, podía encontrarlo.

* *

La despertó el grave gemir del viento entre los árboles, que a intervalos arreciaba hasta parecer el alarido de una parturienta. Hannah, desorientada, permaneció un momento mirando el cielo, sin saber si era la aurora o el fogonazo de un relámpago lo que veía allí. Un relámpago extraño, cálido, del color del amanecer.

En tres saltos estuvo junto a la ventana; el camisón se le enredó entre las piernas y tuvo que agarrarse a las cortinas para no caerse.

No era una tormenta ni tampoco un incendio, pero en la calle se desarrollaba una

escena tan extraña que tardó un momento en hallarle sentido. Había un elegante carruaje cerrado, tirado por una yunta de bayos y con equipaje en la cubierta, y detrás, una carreta grande con un tiro de seis caballos.

No había nadie dentro de los vehículos, pero en torno a ellos la Broad Way se había convertido en un gran río de hombres y mujeres con antorchas en alto. Caía una leve llovizna; las nubes estaban tan bajas que reflejaban la luz de las antorchas con un raro fulgor, dorado, rojo y plata, contra el cual se recortaban claramente las caras. Todas eran negras.

Del río de gente que se mecía al unísono brotaba el gemido que la había despertado.

Se abrió la puerta de una de las casas, y por ella salió una dama que se detuvo al borde de la escalinata. Iba vestida con ropa de viaje y un manto largo. Se la veía muy pálida bajo un complicado sombrero con plumas, pero cuando habló, su voz resonó alta y clara en la plaza.

—Aquí no tenéis nada que hacer. Retiraos de inmediato.

Detrás de ella salieron unos sirvientes, todos cargados de maletas y cajas.

—¿Hannah? —Era la voz de Ethan, que estaba en la puerta. Enseguida entró a la carrera, descalzo, y se apretó contra ella. La muchacha lo rodeó con un brazo.

—¿Está despierta tu madre?

Aunque no hacía frío, el pequeño temblaba tanto que le castañeteaban los dientes al hablar.

—No. ¿Madame du Rocher se va?

—Creo que ésa es su intención, sí.

La muchedumbre había comenzado a retorcerse como una gran serpiente que despertara del sueño, y cortó el paso a los sirvientes, impidiendo que ninguno de ellos pudiera llegar al carruaje ni regresar a la casa. Hannah contó a cinco; de pronto desaparecieron, absorbidos por la muchedumbre entre otras caras oscuras. El gemido se había convertido en un estribillo cadencioso que hervía desde su hondura.

—*Liberté! Liberté! Liberté! Liberté!*

Madame du Rocher alzó nuevamente la voz.

—¡He llamado a la guardia nocturna! ¡Marchaos inmediatamente si no queréis que os haga despellejar las espaldas a latigazos!

El cántico resonó calle abajo. En todas las puertas de Bowling Green aparecían hombres en camisa de dormir. Una vieja corrió hacia madame du Rocher agitando el puño.

—*Maudite! Maudite!* —gritaba.

—Mira —dijo Ethan, tironeando del brazo a Hannah—. ¡Mira!

Habían prendido fuego a un montón de desperdicios; a la luz de la hoguera, un hombre se encaramó a la cerca que rodeaba la plaza y se afirmó asiéndose con un

brazo al tronco de un álamo. Iluminado por las llamas, Manny Freeman alzó el puño libre al aire. Una de las ventanas de la casa estalló en fragmentos y un caballo relinchó. Los dos tiros comenzaron a moverse, inquietos, entre las varas.

Madame du Rocher se retiró al interior de la casa, mientras en la calle resonaba un ruido de cristales rotos.

—*Liberté! Liberté! Liberté! Liberté!*

—Es un alzamiento —susurró el niño. Y se apartó de ella para huir de la habitación.

Hannah no se decidía a moverse. La multitud la mantenía clavada allí, tal como había obligado a madame du Rocher a meterse en su casa. Hombres y mujeres se adelantaban corriendo para arrojar piedras, basura y puñados de tierra.

—*Liberté! Liberté! Liberté!*

Un negro entrado en años apareció en el vano de la puerta, agitando los brazos por encima de la cabeza, pero sus gritos se perdieron en el cántico. Dos jóvenes subieron velozmente los peldaños, lo levantaron en vilo y desaparecieron entre el gentío, llevándolo a rastras. Alguien había soltado los caballos, que deambulaban entre la multitud, sacudiendo la carreta vacía sobre sus ruedas.

En la zona norte de Bowling Green sonaron disparos de mosquete.

—Apártate de la ventana —dijo Will, tras ella—. Ha venido la policía, seguramente con los cazanegros. Será mejor que no veas lo que va a suceder.

Al amanecer, aún sin haber podido conciliar el sueño, Hannah buscó su diario, muy descuidado en los últimos días, y garabateó las pocas líneas que no podía quitarse de la cabeza.

1 de mayo. Al alba

Esta noche he presenciado una batalla ante mi ventana, y para mí ha supuesto una auténtica revelación. Qué extraño lugar es esta ciudad, sorda y ciega a una guerra que se libra día a día en sus propias calles.

Por la mañana Will la esperaba en el carruaje, decidido a aprovechar los quince minutos de viaje hasta el asilo para hablar con ella en privado. Las líneas que le enmarcaban la boca se habían profundizado, y el pelo, normalmente muy bien peinado, se levantaba en púas sobre la nuca.

—¿Has podido dormir?

Él levantó una mano como para apartar la pregunta y luego dijo, con su calma habitual:

—Manny debe abandonar la ciudad hoy mismo, sin que se sepa.

Hannah cerró los ojos y lo vio, recortado contra las llamas, con la cabeza echada hacia atrás, gritando junto a los otros y con una piedra en la mano.

—¿Lo han reconocido?

Will se encogió de hombros.

—Los esclavos de madame du Rocher aprovecharon los disturbios para desaparecer. Sólo han capturado a uno de ellos, una mujer.

Ella se irguió un poco más.

—¿Manny tiene algo que ver con eso? ¿O tú?

—No. Nunca operamos de esa manera. Es demasiado peligroso. No obstante, Bly ha acusado a Manny, y saldrá en los periódicos vespertinos. Si lo detienen, será juzgado, y lo más probable, dadas las evidencias, es que lo declaren culpable.

—Pero él no participó en la fuga...

Will cruzó las manos con fuerza.

—Cuando Bly haya terminado de interrogar a la esclava que capturó anoche, ella declarará cualquier cosa. Jurará que Manny organizó los disturbios y los instó a huir. O cualquier otra cosa que él le haga decir.

El miedo se apoderó de Hannah; le trepaba desde el vientre en un hormigueo que corría hasta las manos. Durante un largo instante no pudo decir palabra.

—Es posible que ya haya partido —continuó Will—. O que esté en algún escondite, ocupado en salvar a los esclavos de madame du Rocher. Sabe perfectamente cómo se las gastan Bly y los cazanegros, no lo dudes, y si hay alguien capaz de escapar de esta ciudad, ése es Manny.

Eran palabras buenas y sensatas, pero no lograron borrar las imágenes que se le aparecían involuntariamente a la joven. Curiosity y Galileo, Selah Voyager, con el vientre abultado por el embarazo. ¿Cómo podría llevarles semejantes noticias? Pero Will no había terminado.

—Quería que tuvieras plena conciencia de la situación, por si la policía decide interrogarte. —Él se inclinó hacia delante y le cogió una mano—. Haré cuanto esté en mi poder para que llegue a su casa sano y salvo.

Hannah lo miró a los ojos, pero no halló consuelo en lo que allí veía.

—¡Pero si no sabes dónde está! Ese cazanegros al que tanto temía la... la fugitiva, ese Cobb, ¿irá tras él?

—Sé lo preocupada que estás por tus amigos —dijo Will—. Pero ahora debes dejar que la Sociedad Libertas se ocupe de todo. ¿Podrás hacerlo?

—No me has respondido.

En la mirada de Will había algo frágil: preocupación, enfado y simple impotencia. Él apartó la vista, pero luego volvió a mirarla.

—Cobb ha ido hacia el norte —dijo al fin—. Lo que busca es una recompensa.

—En ese caso, ¿no representa peligro para Manny?

Era una pregunta que él se negaría a responder, pero ella estaba obligada a formularla.

—Ya hemos llegado. Ahora trata de apartar todo esto de tu mente.

Pero no pudo dejar de pensar en Manny, escondido en algún lugar, ni en Cobb, que iba hacia el norte. Iba tan absorta en sus pensamientos que recorrió la mitad del pasillo hacia las salas de los internos sin darse cuenta de que ya había gente esperando ante la puerta cerrada de la farmacia. Ella había visto caras como ésas a la luz de las antorchas: una joven de frente amplia y piel color de té, con la boca llena de dientes rotos y ensangrentados; un hombre alto, de cabeza rasurada, cuya muñeca colgaba en un ángulo anormal, y otro más joven, con cicatrices en la cara, que lanzaba miradas inquietas a su alrededor mientras se apretaba las costillas con los dos brazos. Cuando Hannah se detuvo ante ellos, éste le sostuvo la mirada, desafiante, y se quedó muy quieto, como si esperara a que ella se decidiera entre llamar a la policía o curarlo.

Hannah dijo lo primero que se le ocurrió:

—Habéis venido a vacunaros, claro. Venid por aquí. Sólo tardaré un minuto en preparar el consultorio.

Más tarde pensó que había tenido mucha suerte de que no se hubieran presentado los médicos mientras atendía a los tres alborotadores en el consultorio. Vendó la muñeca, le limpió la boca a la mujer, retiró los restos de dos dientes rotos y le puso unas gasas en las encías para detener la hemorragia.

El hombre de las cicatrices en la cara la miraba trabajar, sin cambiar de expresión. Cuando ella comenzó a examinarlo, apartó la mirada hacia la pared.

—Tienes algunas costillas fracturadas en el costado derecho. Te las vendaré, pero tendrás que andar con cuidado.

Él respondió con un gruñido, pero levantó los brazos para que lo vendara. Tenía el torso cubierto de marcas en delicados tonos de marfil y rosa contra la piel negra. Una larga cicatriz, de dos o tres centímetros de ancho, se curvaba en el plano tenso del abdomen; era como si alguien hubiera tratado de destriparlo con un cuchillo sin filo y hubiera estado muy cerca de lograrlo. Pero mucho peores eran las huellas dejadas por los azotes: en algunos lugares su espalda había sido despellejada hasta el músculo, y más de una vez. El hecho de que hubiera sobrevivido a semejantes castigos revelaba qué tipo de hombre debía de ser: seguía vivo porque la ira no le permitía morir. Su espalda declaraba su condición de esclavo con más claridad que cuanto hubiera podido contarle.

—¿Cómo has sabido que podías venir a mí? ¿Te envía Manny?

Él la estudió durante un momento, con expresión inescrutable. Luego asintió.

—¿Está a salvo?

El hombre parpadeó; sólo entonces se le ocurrió a Hannah que tal vez no comprendía. Las palabras en francés acudieron a ella casi involuntariamente:

—*Manny, est-il en sûreté?*

Esa vez fue la mujer quien respondió, con una voz debilitada por la hinchazón de la boca:

—Ninguno de nosotros está a salvo, señorita. Ni siquiera usted. Ya no.



Capítulo 26

A primera hora del lunes, al ayudarla a subir al carruaje, Cicero le puso una nota en la mano. El papel era delgado y la tinta, mala, pero estaba escrito con una letra firme y esmerada, que ella no reconoció.

Un hombre necesita ayuda médica. Si está usted dispuesta a prestársela, la esperaremos en la puerta de servicio del asilo, a las tres de la tarde. La llevaremos de regreso antes de las cuatro. El señor Spencer no participa en esto ni debe hacerlo, por su propio bien.

Hannah trabajó todo el día con la nota doblada dentro del corpiño. Un hombre que necesitaba auxilio. Una nota anónima sobre un desconocido, entregada por Cicero, el cual ni siquiera la había mirado a los ojos cuando se la puso en la mano. Un hombre que necesitaba ayuda y no se atrevía a acudir al asilo, al dispensario o al hospital, tres lugares donde alguien podía recibir tratamiento, aunque no tuviera dinero.

Tal vez fuera Manny. Tal vez no.

Era una locura de la peor especie, pero Hannah se descubrió planificando. Cuando terminara el trabajo en el consultorio de vacunación, podría ausentarse durante una hora. El doctor Simon supondría que estaba en la sala de los niños; el doctor Scofield, que había acompañado a Simon al hospital; el doctor Savard quizá fuera en su busca, pero era difícil: esa tarde el doctor Simon amputaría una pierna, procedimiento que requería de muchos ayudantes.

«Un hombre necesita ayuda médica».

Podía ser por una fiebre, una fractura o una puñalada. Hannah inspeccionó las lancetas y los escalpelos que le había dado Hakim Ibrahim, instrumentos que hasta entonces había utilizado bajo la supervisión del doctor Todd, de Curiosity o del doctor Simon. Revisó las redomas y los frascos sujetos al costado de la bolsa. Tenía poca corteza de sauce contra la fiebre, así que cogió un poco de la vasija de la farmacia.

A las dos, cuando hubo terminado con las vacunaciones del día y estaba a punto de cerrar el consultorio, apareció el doctor Simon. Hannah pudo disimular su inquietud, pero no su sorpresa.

—Iba a cambiar algunos vendajes —dijo—. Pensaba que usted estaría ya en el hospital... —Lo convirtió en pregunta, como hacía Amanda con su esposo.

—Cuando me disponía a salir, ha llegado una visita —explicó él, con su acostumbrada sonrisa tranquila.

Hannah tuvo una idea, absurda y muy atractiva a la vez: podía entregarle la nota y dejarse guiar por su consejo. Todo el mundo sabía que el doctor Simon se oponía a la esclavitud; él no haría nada que pudiera perjudicar a los necesitados.

—¿Y?

—Y entonces me he acordado de su vacunación, señorita.

Hannah quedó confundida.

—No entiendo qué relación tiene esa visita inesperada con mi vacunación.

—¿No hace ocho días que le inoculé el virus?

—Sí, es cierto. —Ella enrojeció un poco al admitir su distracción, pero el doctor Simon no parecía preocupado por ese olvido.

—Pues entonces le pediré un favor especial. Hoy he recibido una carta del presidente Jefferson.

Hannah se obligó a sonreír y escuchar.

—Verá usted: él está muy interesado en nuestro trabajo y ha pedido muestras de virus lo más frescas posible. Su secretario ha venido para llevárselas a Washington, y parte esta noche.

—El capitán Lewis. —Los disturbios y sus consecuencias habían hecho que se olvidara por completo del secretario del presidente.

El médico asintió.

—En efecto. Me ha dicho que ustedes dos ya han sido presentados, lo cual me parece una coincidencia afortunada.

Hannah murmuró algo sin abrir la boca, pero el doctor lo interpretó como asentimiento.

—El presidente ha encomendado al capitán que recoja toda la información posible sobre los sistemas de vacunación. Tiene muestras de virus recogidas por otros doctores, pero quiere también la nuestra, para ver si nuestro método para el transporte le convence más que los otros que le han mostrado.

Ella se puso a ordenar papeles en el escritorio para que el médico no pudiera verle la cara.

—No tengo ninguna objeción —dijo ella—, una vez que usted lo haya cogido.

Se produjo un momento de silencio; Hannah no pudo evitar volverse para ver la expresión de Simon, a quien rara vez le faltaban las palabras. Pero en ese momento parecía buscarlas.

—¿Algo más, señor?

—Si el capitán Lewis hubiera venido más temprano, no sería necesario pedirle esto, señorita, pero como veo que ya ha terminado con las vacunaciones del octavo día...

—Así es. Pero no me importa en absoluto si el virus tomado de mí viaja a Washington con el capitán Lewis. ¿Hay algún inconveniente que yo no sepa?

—El capitán quiere ver el método de preservación desde el comienzo. No quisiera ofender su pudor, señorita...

Hannah no pudo disimular una sonrisa.

—Comprendo. Quizá lo tranquilice saber que, cuando me presentaron al capitán, yo llevaba un vestido de noche, muy a la moda, que me prestó la señora Todd. Hoy verá de mi persona mucho menos que aquel día, así que, cuanto antes acabemos con esto, mejor.

* *

Mientras Hannah se ponía una bata sin mangas, el doctor y su visitante esperaban en el pasillo. Ella los oyó conversar en tanto disponía la lanceta y el resto de los materiales que Simon necesitaría.

—Generosidad —dijo el capitán.

Y el médico respondió:

—Ella ha superado todas mis expectativas.

Como no sabía si sentirse irritada o complacida, cuando entraron los dos hombres se limitó a decir lo estrictamente necesario. El doctor Simon no pareció percatarse; no le molestaban los silencios largos y estaba concentrado en proporcionar toda la información que el presidente pudiera pedir. El capitán Lewis, en cambio, estaba incómodo.

La sorprendió que fuera tan alto; también había olvidado cómo le caía el pelo sobre la ancha frente. Tenía la nariz recta y los ojos separados y enrojecidos. Aunque evitaba mirarla directamente, era obvio que sufría los efectos de la falta de sueño y el exceso de vino.

El doctor Simon, demasiado cortés para reparar en eso, comenzó a hablar en el tono que utilizaba con sus discípulos: rápido, competente y lleno de sobrio entusiasmo. Alzó la lanceta.

—La vesícula está perfecta, exactamente como la que usted ha visto en los diagramas. Cuando la abra... —Hizo un movimiento decidido con la lanceta y Hannah notó el pinchazo—. Sólo se requiere un toque muy suave. Vea usted el fluido, que muchos describen como perlado. Este fluido contiene el virus mismo. ¿Quiere alcanzarme uno de los inoculadores, por favor? Esas pequeñas piezas de marfil... Recoger todo el fluido en el extremo del inoculador es asunto delicado, pero como usted puede ver es plano en un extremo y se le ha practicado un hueco. Ya lo tenemos: el virus de la viruela. Ahora la señorita Bonner es inmune a la enfermedad.

El capitán Lewis formuló al doctor varias preguntas y escuchó con interés las respuestas. Por la atención que prestaba a Hannah, se habría dicho que ella era una

estatua. Era irritante que él no la incluyera en la conversación.

—¿Cuánto tiempo necesita el virus para secarse en el inoculador? —preguntó el capitán.

—Recientemente hemos descubierto que es preferible no dejarlo secar en el marfil. Mejor dicho, me lo sugirió la señorita Bonner. Creo que debería explicárselo usted, señorita.

Ella se mantuvo inexpresiva.

—No es invento mío, sino de otro médico que me escribió para explicarme su método. El virus parece mantenerse activo durante más tiempo si se coloca el inoculador en una pequeña redoma de cristal con agua destilada, sellada con cera.

—Un gran adelanto —reconoció el doctor Simon, que había pasado al otro brazo de Hannah y estaba extrayendo el virus de la segunda vesícula—. Además, resulta mucho más fácil verter el contenido de la redoma en una incisión que frotarlo con el inoculador. —Un golpe en la puerta hizo que levantara la vista—. Ése debe de ser el doctor Savard. Tengo que irme. Señorita Bonner, ¿sería usted tan amable de terminar este asunto con el capitán? Él quiere ver nuestros registros de vacunación. Y sin duda tendrá algunas preguntas que hacerle.

Hannah no podía negarse a algo tan sencillo, pero nada deseaba tanto como liberarse de ambos. Cuando el doctor Simon cerró la puerta detrás de sí, ella echó un vistazo al reloj del escritorio.

—¿Es demasiada molestia para usted? —preguntó Lewis.

Ella le lanzó una mirada de soslayo. Luego cogió un tapón de cera y cerró herméticamente la redoma.

—Aquí tiene —dijo, exhibiéndola—, material de vacunación fresco para el presidente. Es importante que no entre aire en la redoma. Tome nota, por favor. Los registros están en la mesa, detrás de usted. Si no tiene ninguna pregunta que hacerme, debo atender algunas tareas.

—Tengo una pregunta, sí —dijo el capitán—. Cuando vuelva a su casa, ¿vacunará a su propio pueblo?

Hannah se detuvo en seco.

—Sí. Para eso estoy aquí.

—¿Y llevará registros?

—Desde luego.

Él permaneció pensativo durante un largo instante.

—Me sería muy útil..., es decir, al presidente..., que usted me enviara copias de sus registros.

Desapareció toda la irritación de la muchacha, reemplazada por la sorpresa.

—¿Qué interés puede tener el presidente en los registros de vacunación de una pequeña aldea, perdida en los confines de los bosques?

—Al presidente le interesan muchas cosas —contestó el capitán.

A algunos hombres es más fácil reprenderlos por medio del silencio, y Lewis era de éstos. Podía intimidar a otras mujeres mencionando al presidente, pero ella esperaría hasta que respondiera a su pregunta con la verdad. Después de una larga pausa él dijo:

—Necesito conocer la práctica en sí, pues quizá vaya a un lugar donde deba llevar a cabo vacunaciones a gran escala.

—Ah —dijo ella—, piensa viajar a Missouri.

Él se quedó súbitamente mudo. Abrió la boca y volvió a cerrarla. Hannah continuó:

—Es una deducción lógica, capitán. Durante la cena usted hizo muchas preguntas al señor Davis sobre las provisiones que había tomado para el viaje y las condiciones del camino. Ahora ha de vacunar a un gran número de personas. No sé qué otras tareas desempeña usted para el presidente, pero espero que no trabaje de espía para él: temo que no duraría mucho. Su expresión revela demasiado.

Él dejó escapar una gran exhalación y se frotó la mandíbula con la palma de la mano, como si le doliera una muela.

—He sido indiscreto —dijo.

Hannah se giró para ordenar las cosas en el escritorio. A sus espaldas se oyó un fuerte carraspeo.

—Debo pedirle que no hable de esto con nadie. Ni con el doctor Simon ni con el señor Spencer.

Ella lo miró por encima del hombro.

—Es cierto, pues, que viajará al oeste.

El capitán hizo una pequeña mueca de sufrimiento.

—Es lo que desea el presidente, pero aún no se ha consultado al Congreso con respecto a esa expedición. Es un asunto muy... delicado.

—Francia y España no estarían de acuerdo —apuntó Hannah, casi para sus adentros. Y luego—: No tiene por qué sorprenderse, capitán Lewis. Leo los periódicos como cualquier hombre. Y hasta comprendo lo que leo.

—Si la he ofendido, le pido disculpas. Pero si usted me da su palabra de que esta conversación no saldrá de...

—Le doy mi palabra —lo interrumpió ella—. Puede planificar su viaje sin temor de que yo interfiera.

—Por su expresión, es obvio que no lo aprueba.

Hannah no se enfadaba con facilidad, pero el capitán Lewis parecía decir siempre lo que más la irritaba.

—¿Le sorprendería que yo no estuviera de acuerdo?

Él no trato de disimular su sorpresa.

—¿Por qué motivos no lo está?

Ella se meció hacia delante, con los brazos cruzados y el mentón bajo, esforzándose por no decir las cosas que habría deseado. Debía escoger sus palabras con cautela, no tanto para no ofender al secretario del presidente (eso era inevitable) como porque deseaba que él entendiera.

—Hace muchos años mis abuelos predijeron que, tarde o temprano, los blancos necesitarían más tierras y comenzarían a avanzar hacia el oeste. —Hizo una pausa. La expresión del capitán le dijo que no había dado lejos del blanco.

—¿Y si fuera así?

—Ya ve usted el color de mi piel, capitán. Sé perfectamente lo que les sucederá a los indios. Ustedes hablarán de tratados y compras de tierras, pero al fin cogerán lo que les plazca. Por la fuerza.

Hubo un largo silencio. Obviamente sus palabras lo habían tocado en lo más profundo. Él estaba furioso, pero al menos —había que reconocerle siquiera eso— no ofreció excusas ni explicaciones falsas. Entre el alivio y la desilusión, ella continuó con su trabajo.

—¿Necesita algo más de mí, capitán?

—¿Me enviará copias de sus registros?

—¿Me promete usted que vacunará tanto a indios como a blancos, en su marcha hacia el oeste?

Él parpadeó.

—Mientras tenga material activo para la vacunación, sí.

—Muy bien, en ese caso le enviaré copias de mis registros.

El capitán cogió su sombrero, pero vaciló antes de salir.

—Usted es una joven muy extraña, señorita Bonner.

—Sí, es cierto. Y muy atareada, también.

* *

Cuando llegó a la puerta de la cocina, muy poco antes de las tres, la esperaba allí un niño no mayor de ocho años, descalzo, con la cabeza descubierta y de sonrisa fácil. Sin mediar palabra, el niño echó a andar y Hannah tuvo que trotar para seguirle el paso por las callejuelas; durante cinco minutos o más no pisaron ninguna calle importante. Por fin llegaron a la entrada posterior de un viejo edificio de ladrillos, estilo holandés, con tejado a dos aguas, cuyas ventanas permanecían cerradas al sol primaveral. El callejón y los peldaños estaban cubiertos por una fina capa de harina; el aire olía a pan recién horneado.

Hannah siguió nuevamente al niño, que esta vez descendió cinco peldaños hasta

un sótano. Entraron en una habitación demasiado caldeada e iluminada por una sola lámpara. En los rincones se apilaban bolsas de cereales. Y de pie, en el centro, estaba Manny.

El alivio y el enfado la invadieron con tanta potencia que dejó la bolsa en el suelo para cogerle las manos. Estaban frescas al tacto; el pulso era fuerte y firme, y en su cara no había rastros de enfermedad.

—Manny Freeman —protestó ella—. Si no estás herido, para mí será un gran placer lesionarte con mis propias manos. ¿Por qué no has salido aún de la ciudad?

Él se las compuso para sonreír, pero la expresión de sus ojos no se alteró.

—No tengo nada que no se cure durmiendo unas horas.

—No me has respondido.

—No hay tiempo para eso. Ven.

La habitación siguiente, algo más grande y más oscura, estaba atestada de gente. Unos yacían en jergones dispuestos en el suelo, mientras que otros permanecían sentados. Todos eran negros. La miraron con expresiones que iban de la cólera apenas contenida hasta el agotamiento, pasando por la agitación. Ella saludó con la cabeza a la mujer de los dientes rotos, pero no vio a los dos hombres.

—Por aquí —dijo Manny, señalando un colchón que estaba tendido sobre unos cajones.

El privilegio de tener una cama elevada había sido concedido a un hombre que parecía dormir. Hannah lo reconoció: lo había visto en Bowling Green, conduciendo el carruaje de madame du Rocher. Era de edad madura, complexión fuerte y ancho de hombros.

A su lado, Hannah vio a una anciana desconocida, envuelta en chales. En una mano sostenía un cazo y con la otra cogía el labio inferior del enfermo para suministrarle unas gotas de agua. El hombre tenía mojado el cuello de la camisa; la muchacha se preguntó si tragaría algo.

—Está así desde la noche del viernes —dijo Manny.

Hannah se agachó junto a la anciana.

—¿Cómo se llama?

—Thibault. —La mujer hablaba con voz susurrante, como si alguna vez la hubiera perdido y no la hubiera recuperado nunca del todo.

—¿Y tú?

—La gente me llama Belle. —Dejó el cazo para secar el mentón al hombre con un trapo.

—¿Has estado con él todo este tiempo?

Ella sacudió la cabeza.

—A ratos. Lo trajeron a última hora del viernes. No es mucho lo que he podido hacer por él.

La anciana giró con ambas manos la cabeza de Thibault. En el cráneo, detrás de la oreja, tenía una depresión larga como una mano y de tres dedos de anchura.

—¿Un garrotazo?

—Un garrote de nogal —dijo una voz detrás de ella, con el fuerte acento de las islas francesas—. Largo como mi brazo.

Hannah acercó la oreja al pecho del herido para escuchar el corazón, aunque sabía que eso no cambiaría nada. Dentro del cráneo, el cerebro, hinchado y sangrante, presionaba contra el hueso. El oído se lo demostró: el corazón, antes fuerte, vacilaba en latidos irregulares.

Cuando se incorporó, Belle volvió la cara hacia el rincón más oscuro del cuarto. Un joven, de pie, las miraba con cara pétrea, sin parpadear.

—Trae esa luz, Dandre, ¿quieres?

—Permíteme. —Manny se adelantó.

—Acércala bien. Que le ilumine la cara.

Era una cara llamativa, no tanto por sus facciones marcadas ni por la forma de su boca, sino por su expresión apacible. La anciana retiró un párpado con el pulgar. Allí estaba la evidencia innegable: a la luz parpadeante de la lámpara, la pupila permanecía tan oscura y redonda como un viejo penique de cobre.

—¿Está muy mal, no? —La mujer volvió la cara hacia ella, y Hannah comprendió entonces por qué habían ido al hospital a buscarla: no porque no confiaran en Belle, sino porque la anciana no confiaba en sus propios ojos, que estaban cubiertos por una película descolorida.

—Sí —confirmó Hannah—. No reacciona a la luz.

Belle dejó la cabeza del hombre con tanta delicadeza como si fuera un huevo.

—Cuando los ojos no tienen vida es porque el espíritu se ha ido, sólo que el resto de su cuerpo todavía no lo sabe. Thibault era buen hombre, pero se muestra tan terco en el otro mundo como en éste.

Hannah cruzó una mirada con Manny e hizo un gesto de asentimiento. Él soltó un suspiro trémulo.

—¿Cuánto le queda?

—Un día, a lo sumo, si no le dais agua. Tal vez sólo una hora.

El joven a quien Belle había llamado Dandre abandonó su rincón, y Hannah reconoció en él a otro de los esclavos de madame du Rocher; lo había visto en la cocina conversando con la señora Douglas. Era un joven guapo, de pelo muy corto y ojos grandes, del color de la melaza mezclada con miel. Tenía la cara hinchada y el labio inferior maltrecho, pero lo peor era su expresión de furia incontenible. Cogió el cazo que Belle tenía en la mano y lo arrojó contra la pared con todas sus fuerzas. Luego se encorvó hacia delante, con el cuerpo estremecido por los sollozos.

Hannah sintió los dedos de Manny en el hombro y lo siguió a la primera

habitación.

—Lo siento —dijo al fin. Y como él no respondiera, le apoyó una mano en el antebrazo—. ¿Qué será de ellos?

Manny parpadeó como si despertara de un sueño profundo.

—Partirán esta noche.

—¿Y tú con ellos?

Él asintió.

—¿Los llevarás hacia el norte?

Él levantó la cabeza y la miró con dureza. Tenía los ojos brillantes.

—Sabes que no debes hacer ese tipo de preguntas.

Hannah dio un paso atrás; la sorpresa y el dolor le impedían decirle lo que deseaba, lo que Curiosity habría dicho si hubiera estado allí.

—Necesito de ti otro favor —continuó él. Sacó de la chaqueta una hoja de papel plegada. Parecía de un periódico, pero no se veía gran cosa a la luz polvorienta del sótano—. Estoy buscando a una niña. Puede estar en algún lugar del asilo. O quizá le hayan encontrado un hogar. O tal vez haya muerto. De cualquier modo necesito saber. Ésta es toda la información de que dispongo. —Cogió la mano de Hannah y le cerró los dedos con fuerza sobre el papel.

—No estoy segura de poder...

Él la interrumpió sacudiendo la cabeza.

—Tal vez figure en los registros. ¿Sabes dónde los guardan?

Ella recordó a la señora Sloo, anadeando frente a la oficina del señor Eddy. «Un hombre muy meticuloso, este señor Eddy; no tolera los descuidos. Lleva el control de todos los huérfanos que entran y salen. Ahí hay papeles como para sepultar a un hombre».

Y el señor Eddy, con su cara ovalada y pálida, sus ojos incoloros, su manera de mirarla cuando ella pasaba por el pasillo, ¿qué haría si la encontrara en su oficina, entre sus papeles? Pero Manny esperaba alguna respuesta. Y ella no podía negarse.

—¿Y si encuentro algo?

La pregunta lo cogió por sorpresa; fue evidente en la rigidez de sus hombros.

—La verdad es que no creo que descubras nada. Llevo mucho tiempo buscándola, pero la única manera de asegurarse es entrar en esa oficina, y yo nunca he tenido ocasión de hacerlo. Espero que tú tengas más suerte.

—Manny. —Hannah bajó la voz—. ¿Qué niña es ésa? ¿Es... tuya?

—De Selah —respondió él—. Por lo tanto, también mía. Si puedes acceder a los registros, te lo agradeceré. Si no puedes hacerlo sin peligro para ti, olvídale.

—¿Y si la encuentro, a pesar de todo?

—Llévala a casa de mis padres. Y ahora será mejor que te vayas. Son casi las cuatro. Si ves a mis padres antes que yo...

Hannah emitió una exclamación de protesta, pero él no le prestó atención.

—... cuéntales lo que has visto hoy aquí. Y diles que iré a casa en cuanto estas personas estén fuera de peligro.

—¿Hay algún lugar donde podéis estar fuera de peligro?

Inmediatamente se arrepintió de haber pronunciado esas palabras. Para su sorpresa, él respondió con una sonrisa que la devolvió a la infancia, al niño que él había sido. Manny era quien le había enseñado a cebar el anzuelo y a silbar como los chorlitos; a cambio, él recurría a ella cuando la necesitaba para gastar una broma a sus hermanas. Era una sonrisa gentil, sin enfado ni preocupación.

—Lo hay, por supuesto que sí —respondió él, suavemente—. En Paradise... o en el Paraíso. Y ahora será mejor que te vayas. Jean espera para mostrarte el camino.

* *

12 de mayo de 1802, anochecer

Ha llovido intensamente la mayor parte del día. Esta mañana había cuatro huevos en el nido que han hecho los gorriones en el antepecho de mi ventana.

Tres cartas en el correo de la tarde. Una de Curiosity, con noticias del hogar, pero ni una palabra sobre la fugitiva. La segunda, del capitán Lewis, con saludos del presidente y una lista de preguntas con respecto a la vacunación en la frontera. A esto añadía una nota personal, deseándome salud y un buen viaje de regreso. La última, de mi hermano Luke, en la que me informa de la muerte del conde. Llevó una vida larga y honorable, y será recordado por su bravura y sabiduría. El nuevo conde de Carryck es ahora el joven Alasdair. Luke escribe también que Jennet debe casarse con el capataz Ewan Huntar, tal como deseaba su padre. Supongo que ella me enviará más noticias en un tono muy diferente.

Madame du Rocher ha abandonado la ciudad en plena noche. Sólo uno de sus esclavos le ha sido devuelto. Los otros han desaparecido para siempre y en buena hora, dice la señora Douglas. Puede que tenga razón.

* *

14 de mayo de 1802, por la noche

La señora Graham, que había viajado a Boston para visitar a una hija casada, ha venido a pasar todo el día en las salas de los enfermos. Ha repartido su tiempo entre estorbar, la mayor parte, y leer la Biblia a gente que no habla su idioma. Mi única conversación con ella ha sido muy breve, pues no deseaba que me interrogara sobre el estado de mi alma inmortal. Se supone que es una dama bondadosa, pero exige un tributo muy elevado por su caridad.

Por fin, el doctor Simon se ha compadecido de mí y me ha pedido que lo ayudara en el hospital. Allí hemos visto el interesante caso de una joven con la uretra obstruida, que hemos podido despejar. Si se le repetirá o no es una pregunta que de momento quedará sin respuesta; para saberlo tendríamos que mirar dentro de su cuerpo viviente.

* *

15 de mayo, por la noche

Tiempo cálido y luminoso; el viento se ha llevado la fetidez de la ciudad. Hoy un huérfano irlandés de cinco años ha mordido al doctor Savard hasta hacerlo sangrar. Éste se ha puesto muy pálido, pero no ha dicho ni una palabra de protesta ni se ha quejado, sino que se ha limitado a seguir atendiendo la quemadura que el niño tenía en el tobillo. Más tarde, cuando le he preguntado si deseaba que le curara el mordisco, me ha echado una mirada feroz que me ha dejado desconcertada.

Seis vacunaciones nuevas esta mañana.

A las tres de la tarde, Blue Harry ha caído en el sueño final y ha muerto tranquilamente. El señor Magee está muy triste por haber perdido a su viejo amigo.

Por la mañana he pasado una hora en la sala de los niños, y otra por la tarde. El doctor Simon sabe dónde estoy cuando no puede encontrarme, pero no dice nada.

* *

16 de mayo, por la noche

Hoy, carta de Curiosity. No hay noticias de mi padre ni de Elizabeth, pero el amigo Gabriel Oak descansa en paz. El doctor Todd realizó la autopsia, en presencia de Curiosity. Dice Curiosity que los pulmones estaban muy ulcerados y consumidos, como cabía esperar.

En Paradise ya han sembrado lino, cebada y centeno a lo largo del río. En Lago de las Nubes las mujeres deben de estar plantando maíz.

Hoy he atendido a una joven muy magullada. Tenía varias costillas con fisuras y un corte en la cara que he cosido con seis puntos. Le quedará una cicatriz en forma de hoz a partir de la boca. Es la cuarta mujer que llega en semejante estado desde que trabajo aquí. Cuando le he preguntado si no tenía otra manera de ganarse el sustento, aparte de vender el cuerpo, me ha dicho que le pagan bien por los moretones y que no piensa cambiar de trabajo.

¡Qué dura es esta ciudad, especialmente para las mujeres! El doctor Savard asegura que la mayoría de las que se ganan la vida así, y son muchísimas, no llegará a los treinta años. Las enfermedades y las lesiones violentas matan a la mayoría, pero buen número de ellas mueren congeladas durante el invierno por falta de una simple fogata.

* *

20 de mayo, por la noche

Día despejado y cálido, con una brisa fresca. Según todas las informaciones, Almanzo Freeman ya no está en la ciudad. Ojalá viaje sin problemas.

He examinado a cinco sujetos vacunados y he extraído virus de uno. He asistido a los doctores Simon y Scofeld en la amputación de una pierna gangrenada por debajo de la rodilla. El paciente es un niño que no habla ningún idioma conocido o no quiere hablarlo. Ha quedado registrado en los libros del señor Eddy como N.N.24.

El señor Matthias Greenaway, jefe de basureros y miembro del Consejo de la ciudad, se ha sometido esta tarde a una operación de cataratas en su casa de Park Avenue. El doctor Simon me ha invitado a presenciársela. En primer lugar, le han administrado opio para dejarlo inconsciente y luego lo han atado a una mesa, con correas en la frente, hombros, cintura, caderas, rodillas y pies. El doctor Ellingham ha realizado la intervención con la asistencia de otros tres médicos. La incisión de la córnea, cerca del limbo, ha sido efectuada mediante punción con una aguja curva afilada, que han agrandado hacia ambos lados con una aguja curva roma y luego con tijeras curvas. Luego uno de los asistentes ha introducido un instrumento plano del tamaño de un dedo y, mientras él mantenía la córnea separada de la lente, el doctor

Ellingham ha abierto la cápsula con una aguja afilada. A continuación ha pasado el instrumento entre el iris y la lente para desprender las adhesiones. Por fin, ha ejercido una suave presión y ha desalojado la catarata. Luego le ha operado el otro ojo. La intervención completa se ha llevado a cabo con gran celeridad.

Mi abuela Atardecer desconfiaba de los médicos o'seronni, siempre ansiosos por cortar el cuerpo con sus cuchillos, pero debería haber visto este milagro. Poner luz allí donde ha caído la oscuridad: ¿qué mayor servicio puede prestar un doctor?

Todos los días siento a mi abuela cerca de mí; a veces percibo su desencanto cuando ve que abandono sus suaves remedios por los violentos de los o'seronni. Yo le pregunto si no puedo quedarme con ambos, pero nunca recibo respuesta.

Hablaré con el doctor Todd para ver si sería aconsejable proponer semejante operación a Galileo Freeman. Hoy se cumple un mes completo de nuestra llegada a la ciudad. Según mis anotaciones he realizado más de treinta vacunaciones y retirado material vírico de un número aproximado. He visto muchas operaciones quirúrgicas, cinco autopsias y asistido en dieciséis partos. En el tiempo que llevo en el asilo he visto morir a cuarenta y siete personas; más de la mitad eran bebés o niños que no llegaban a los dos años.

Los árboles frutales que crecen a lo largo de la Broad Way están en flor. Hoy he visto un pájaro carpintero en Bowling Green. Me ha entrado una añoranza tan fuerte que no he podido hablar durante un buen rato.

Otra carta del capitán Lewis; repite casi todo lo que decía en la primera, como si hubiera olvidado que ya me había escrito. Carta de Curiosity. No hay noticias de mis padres ni de la fugitiva.

* *

1 de junio, atardecer

He examinado a diez sujetos vacunados y retirado material vírico de tres. Seis vacunaciones nuevas; cuatro niños y dos hombres jóvenes. El doctor Simon dice que ya soy una experta en todas las etapas del método Jenner. Ha escrito al doctor Todd para decirle que mi instrucción ya está lo bastante completa como para enviarme de regreso a Paradise.

Dentro de una semana abandonaremos esta ciudad para volver a casa. Ese día vacunaré a Ethan; de ese modo, cuando lleguemos a Paradise, podré retirar de él material vírico fresco, en presencia del doctor Todd. También llevaré material para vacunación, por si fallara el intento con Ethan.

El doctor Simon me ha pedido que continúe ayudando en las salas de los enfermos y en el consultorio de vacunación hasta nuestra partida. Como no sabría qué hacer si no tuviera trabajo, he aceptado. Según mis anotaciones he visto pacientes con abscesos, aneurismas, arritmia, ascitis, fiebre puerperal, cólera, contusiones, cataratas, cáncer, dispepsia, disentería, dislocaciones, epilepsia, fiebres, fracturas, gonorrea, hernias, oftalmía, parálisis, tisis, escarlatina y heridas diversas.

La policía nos ha traído a un paciente que habían encontrado inconsciente en la calle; al parecer, lo habían asaltado. Tiene unos cincuenta años y, por el estado de sus manos, es albañil. El doctor Simon ha diagnosticado una etapa terminal de la enfermedad denominada *morbi venerei*, que los médicos llaman sífilis, y los pacientes, el mal francés. Los síntomas de este enfermo incluyen un gran bulto en el hombro izquierdo, debido a un aneurisma en la aorta, ritmo cardíaco muy irregular, ceguera, pérdida de la razón y gran ulceración de la nariz y las piernas. He visto diversas formas de esta enfermedad desde que trabajo en el asilo, pero el doctor Simon se resiste a hablarme de ella. Prefiere creerme no sólo inocente, sino ignorante de lo que sucede entre hombres y mujeres.

El doctor Savard, menos preocupado por mi soltería, se ha mostrado dispuesto a analizar el caso conmigo, pero temo que su locuacidad tiene mucho que ver con la botella de brandy que guarda en el último cajón de cierto armario, en el consultorio de vacunación. Me ha copiado un párrafo de Morgagni referido a la muerte por aneurisma.

Hoy Kitty ha estado inconsciente casi una hora. Cuando ha vuelto en sí, ha pedido que la sangraran otra vez. Habla de pasar el resto del verano aquí, para continuar bajo la atención del doctor Ehrlich.

Debo escribir mi informe semanal al doctor Todd, y esta vez seré más franca con respecto al mal estado de

su esposa. Él recibirá mi carta junto con la de ella. ¡Y qué contraste! Kitty sólo habla de diversiones y compras, aunque me parece que, a medida que pasan los días, va creciendo la desesperación en ella.



Capítulo 27

A las tres menos diez del último sábado que pasaría en el asilo, Hannah estaba en el consultorio de vacunación, sentada ante el escritorio, con una hoja de papel ante sí y una pluma bien afilada en la mano. Leyó una vez más las palabras que había escrito.

Aquí necesitan de mi ayuda durante unas cuantas horas más. Cuando acabe el trabajo, uno de los doctores me acompañará hasta la calle Whitehall.

Se había pasado toda la semana pensando en ese momento, y ahora lo único que se le ocurría eran esas pocas palabras. Sintió el impulso brusco, irresistible, de romper la nota y escribir otra que dijera:

Queridos Will y Amanda:

Si no estoy en casa a las diez de la noche, es probable que me encontréis en la cárcel por haber entrado en la oficina de registros del señor Eddy con el propósito de obtener información sobre una criatura perdida. Llevo a cabo este delito contra el asilo por mi propia voluntad; si se me lleva ante los magistrados, tendré el consuelo de saber que si doy mala fama a vuestro nombre y el mío, habrá sido por cumplir con la promesa hecha a un amigo.

Pero dejó la pluma, dobló la nota que había escrito y apuntó la dirección en el dorso. Si todo iba bien, algún día podría explicarle a Will por qué lo había engañado y con qué fin.

Del bolsillo de su delantal extrajo otra hoja de papel, muy manoseada. A pesar de que ya la había leído muchas veces desde que Manny se la había dado, volvió a hacerlo, pues era lo único que podía tranquilizarla acerca de la corrección de lo que estaba a punto de hacer.

Habría querido tener allí a su abuela Atardecer o a Muchas Palomas. De pequeña, su abuela no paraba de repetirle cuáles eran sus obligaciones con respecto a ella misma y para con el clan, qué significaba ser kahnyen'kehàka, qué necesitaría para sobrevivir en el mundo de los blancos. Y todos los días, desde la muerte de su abuela, había oído a Muchas Palomas decir esas mismas palabras a sus hijos: «Abríos camino en vuestro mundo y en el de ellos; dejad ese veneno llamado alcohol a los blancos que lo trajeron; no os entrometáis en sus guerras y no les deis oportunidad de que os hagan prisioneros».

Si pudiera hablar con ellas, tal vez encontraría algún sentido a todo aquello; podría entender cómo era posible que estuviera actuando contra las normas que de ellas había aprendido. Pero no tenía más guía que ese papel.

Cuando Manny se lo dio, ella imaginaba que sería la descripción de la niña que debía buscar, la hija de Selah. Pero para su sorpresa y desasosiego, se encontró con algo muy diferente. Se trataba de una carta escrita con mucho esmero, dirigida al

señor Furman, director del asilo. Ella lo había visto una sola vez; hasta donde ella sabía, pasaba en el edificio el menor tiempo posible.

Por la presente os informo de que mi negra Ruth, el día cinco de julio de mil setecientos noventa y nueve, parió a una criatura de sexo femenino llamada Connie. Pues bien, os hago saber que renuncio a todo derecho, título de propiedad y responsabilidad por el cuidado de dicha niña, de acuerdo con la Ley de Manumisión Gradual promulgada por la Legislatura, y en este acto pongo a la criatura bajo la atención de esta ciudad. Escribo y entrego este Certificado de Abandono, de mi puño y letra, el día seis de junio de mil ochocientos uno. Albert Vaark, comerciante, calle Pearl.

Los nombres Ruth y Connie habían sido tachados, y sobre ellos Manny había escrito «Selah» y «Violet».

Hannah leyó esas palabras diez veces y otras diez, tratando de hallarles sentido. Luego cayó en la cuenta de que la otra cara del papel no estaba en blanco: Manny había copiado la carta al dorso de un anuncio.

Era un letrero como tantos otros que se clavaban en las puertas y los postes de todas las ciudades, en las tabernas, en las posadas, desde allí hasta Johnstown. Todos eran muy parecidos: un nombre, una descripción, las circunstancias en que el esclavo había escapado, la promesa de una pequeña recompensa, de fuegos infernales, condenación eterna y azotes.

Pero ese anuncio era diferente: incluía un dibujo de la fugitiva. Era una mujer con cara de bruja y expresión fiera. «Selah —se obligó a recordar—. Se supone que ésta es Selah Voyager». Y la recompensa, una suma inaudita: quinientos dólares por la captura de la fugitiva Ruth, que había asesinado a su legítimo propietario en el muelle de Newburgh. Lo pagaría la inconsolable viuda, según el cartel. Para hacer de la ciudad un lugar más seguro.

Hannah deslizó un dedo por las palabras escritas. Una mujer de piel oscura no tenía derecho a vengarse del hombre que le había robado a su hija. Una mujer de piel blanca tenía derecho a vengar la muerte de su esposo, pero debía darle otro nombre, buscar alguna excusa para pedir sangre.

A lo largo del río Hudson la gente miraría ese dibujo. Las mujeres, estremecidas, comentarían el salvajismo de los africanos; los hombres hablarían de ley y justicia. Y todos pensarían en el dinero, una fortuna suficiente para comprar una finca pequeña o mantener a una familia durante varios años. Techo, comida y paz. Muchos hombres irían hacia el norte con la esperanza de obtener semejante premio. Ninguno de ellos vería jamás la carta que Vaark había escrito al asilo, ni conocería el nombre de la criatura que había sido arrebatada a su madre porque mantenerla no era rentable.

Hannah sintió que la colmaba la ira, del mismo modo que el agua llena una jarra vacía. Después de guardar en el bolsillo la nota de Manny, salió del consultorio y cerró la puerta.

* *

Frente al escritorio del portero encontró lo que necesitaba: un grupo de chavales que jugaba arrojando guijarros contra el muro. Ella llevó aparte a uno y le mostró medio penique. Cerraron trato con facilidad: él entregaría la nota en la casa de la calle Whitehall; si regresaba en menos de media hora, el portero le daría otro medio penique.

Mientras el niño se alejaba a la carrera, con un centelleo de talones descalzos, Hannah se dirigió a aquel lugar del asilo que requería toda su concentración y fuerza de voluntad.

La sala de bebés era una habitación sin ventanas y llena de cunas en las que había dos, tres y hasta cuatro niños. El menor era un recién nacido, y el mayor no pasaba de dos años. El día anterior había contado cincuenta y tres, casi todos desnutridos, muchos de ellos enfermos y todos huérfanos o abandonados.

Antes de que cayera la noche se habrían ido entre cinco y diez de los cincuenta y tres: uno o dos, los mayores y más fuertes, para ser enviados a la sala de niños. Los otros serían sepultados en una tumba común, en el cementerio de indigentes. Las cunas vacías volverían a llenarse inmediatamente. Por allí habían pasado miles de bebés; entre ellos, probablemente, la niña de Selah.

Cuando abrió la puerta, la inundó un hedor a pañales sucios y velas de sebo, que hacían poco por iluminar la penumbra. Las dos matronas del turno de noche la saludaron con un cabezazo, ambas demasiado felices de contar con otro par de manos hábiles como para reparar en el color de su piel. Ése era un lugar donde la señora Graham nunca iba a leer la Biblia; ninguna de las damas de sociedad que visitaban las salas, arrastrando chales de seda y sirvientes, pasaba allí un solo minuto.

En el centro de la habitación había un anciano sentado en un taburete. Hannah sólo conocía su nombre: Jakob; nunca había mantenido una conversación con él, pues en los veinte años que llevaba en el asilo no había aprendido una sola palabra de inglés. Pasaba todo su tiempo allí, día y noche; el lugar era más suyo que de nadie más.

Mientras Hannah lo observaba desde la puerta, Jakob empezó a cantar a los tres bebés que tenía en el regazo la misma canción de cuna que les cantaba siempre, ya fuera porque los calmaba o porque no sabía otra. Miró a la recién llegada sin interés ni preocupación, como un viejo perro pastor que no tiene ojos más que para sus

ovejas. Los bebés que estaban en su regazo eran siempre los más enfermos; los tenía así hasta que ya no necesitaban su contacto.

Hannah pensó en su abuela Atardecer, que también sabía consolar a los niños sufrientes. Y oyó otra vez la voz familiar en el oído: «Lo que no puede vivir debe morir».

Se acercó a la cuna más próxima y levantó a un recién nacido: todo tendones, huesos y músculo laso; el pequeño tenía los ojos y la piel amarillentos y estaba demasiado débil para chupar el meñique que ella le puso en la boca. En su cráneo deforme se veían venas azules, insustanciales como telarañas. Todos los niños llevaban un trozo de papel prendido a los pañales. Ése decía: «Femenino, sin nombre, número 174. Nacida el 25 de mayo, madre fallecida en el parto. Traída al asilo el mismo día por una vecina que no dijo su nombre. Con dolor parirás a tus hijos».

Hannah se concentró, pero no detectaba el espíritu de la criatura. Lo que tenía en los brazos era un capullo casi vacío, sin energía que lo animara. Cruzó la habitación para ofrecer la niña a Jakob, que interrumpió su canción un momento para mirar, arrugando la boca rodeada de púas grises, a «femenino, sin nombre, número 174».

Cuando Jakob hubo hecho espacio en su regazo para uno más, Hannah volvió a las cunas. Permaneció allí, alimentando, lavando y meciendo a un bebé tras otro, hasta que los relojes de todas las iglesias de la ciudad dieron las siete. Los doctores se habrían ido ya. No tenía tiempo que perder.

Dijo eso al niño que tenía en los brazos, un niño de color café. Era uno de los más sanos, lo bastante fuerte de cuerpo y espíritu como para sobrevivir en aquel lugar. Pasaría a la sala de niños, y de allí a uno de los talleres, donde le enseñarían a cuidar de los caballos, a quemar carbón o a fabricar botones. Pasados algunos años, si tenía suerte, tal vez alguien como Amanda Spencer lo cogiera a su servicio. Siempre que saliera a tiempo de aquella habitación.

—Hoy te has quedado hasta tarde.

Hannah ahogó una exclamación y recordó que debía sonreír. La mujer que estaba a su lado tenía la cara torcida, pues había perdido todos los dientes de un lado. Era la matrona más joven; el dolor aún no la había endurecido. De vez en cuando Hannah la oía reír.

—He perdido la noción del tiempo. —Era verdad, pero no del todo.

—Una señorita como tú debe de tener cosas mejores que hacer. —La matrona alargó los brazos para coger al niño—. Anda, vete a casa.

«Sí que tengo algo mejor que hacer —pensó Hannah—. Y qué sorpresa te llevarías si supieras de qué se trata».

* *

Robar la llave de la oficina de registros fue la parte más fácil. Estaba en el pequeño cubículo del vigilante, colgada en una hilera con otras diez o doce, todas bien etiquetadas con la letra grande y pareja de la señora Sloo: consultorio de vacunación, farmacia, depósito, oficina de registros. Era muy sencillo coger una llave y reemplazarla por otra durante un rato. El señor Magee no se percataría, pues ya estaba acostado. Hannah lo oyó roncar al otro lado de la pared. Su facilidad para dormir era legendaria en el asilo.

A veces, a última hora, se pasaba algún médico por allí para buscar el historial de un niño, pero hasta ese peligro había desaparecido, pues a las siete en punto había una autopsia en el hospital. Una mujer hinchada, en estado de avanzada gravidez, había aparecido muerta en los muelles sin nada que la identificara. Al doctor Simon le extrañaría que Hannah perdiera semejante oportunidad, pero ella no estaría allí y no tendría que darle explicaciones.

Delante de ella, tenía la puerta de la oficina de registros. Por un lado del pasillo se iba al edificio principal; por el otro, a la enfermería. Hannah aguardó un momento, por si oía pisadas. Luego hizo girar la llave en la cerradura.

* *

Superpoblado como estaba, desde los sótanos hasta la buhardilla, el asilo no era nunca un lugar tranquilo. De pie, en medio de la oficina del señor Eddy, Hannah permaneció un rato inmóvil, escuchando. Los gemidos familiares, las conversaciones y las riñas sirvieron para calmar el galope de su corazón. Miró a su alrededor. En el cuarto se entrecruzaban los rayos del atardecer, que entraban por la ventana, iluminando las motas de polvo suspendidas en el aire. Se apretó la cara con las dos manos para no estornudar.

«Papeles en cantidad suficiente para sepultar a un hombre», había dicho la señora Sloo. Mientras miraba a su alrededor, Hannah comprobó que era cierto. La habitación estaba ordenada; el único mobiliario que había era un escritorio grande y una silla, pero las paredes estaban cubiertas de anchos estantes desde el suelo hasta el techo, interrumpidos sólo por la puerta y la ventana. Para llegar a los más altos había una escalerilla que se deslizaba por un riel. Todos estaban llenos de cajas, y las cajas, de libros de registro con los lomos hacia fuera. Para gran alivio de Hannah, todos tenían su etiqueta.

Trepó hasta lo alto de la escalerilla, en el rincón más apartado, y comenzó a trabajar desde allí hacia abajo. Cada ruido en el pasillo la sobresaltaba. Había mucho más movimiento del que ella esperaba; en realidad había tenido suerte de llegar hasta allí sin que nadie la viera. Se requería un esfuerzo considerable para concentrarse en

los registros, que resultaron muy aburridos: correspondencia con el alcalde y el concejo municipal, actas de asambleas, registros de gastos, donaciones recibidas, cuentas con mercaderes de toda la ciudad.

La mayoría de las cajas llevaban mucho tiempo intactas; a veces Hannah se veía obligada a usar el pañuelo para limpiar el polvo de los rótulos. Tardó media hora en revisar los estantes de una pared, y aún no había hallado una sola referencia a huérfanos, niños abandonados ni esclavos de cualquier edad. Continuó con su trabajo, deteniéndose de vez en cuando a escuchar las voces de la gente que pasaba.

El peor momento fue cuando oyó la voz de la señora Sloo, pero, por suerte, la mujer no tenía ningún interés en la oficina de registros: había arrastrado a uno de los tejedores hasta el relativo silencio del pasillo para interrogarlo sobre una hogaza de pan que había desaparecido de la cocina. El ir y venir de gente no se interrumpió hasta que llegó la mujer de la limpieza, que comenzó a fregar el suelo y a canturrear en un idioma que Hannah no reconocía, siguiendo el ritmo con el movimiento del cepillo en las tablas. Cuando la mujer acabó, ya casi no había luz y Hannah había hallado los registros de los aprendices: nombres, oficios y condiciones bajo las cuales el asilo entregaba a sus pupilos para que vivieran y trabajaran con un carpintero, un cordelero o una costurera. Cientos de nombres llenaban esos libros, escritos con una letra pequeña y apretada, pero ninguno de los niños registrados allí tenía menos de diez años.

Con la última luz, Hannah descendió de la escalerilla. Mientras contemplaba la vela consumida del escritorio, una voz conocida gritó al otro lado de la puerta:

—¡Por los clavos de Cristo!

Se oyó un ruido de cristales rotos y, a continuación, el choque sordo de un cuerpo contra el suelo.

Hannah bajó de la escalerilla y se escondió entre las sombras, con un puño apretado contra el pecho. En ese momento se le ocurrieron tres cosas al mismo tiempo: el doctor Savard había regresado temprano de la autopsia, estaba borracho, y ella quedaría atrapada allí hasta que el camino estuviera despejado. A juzgar por el olor a alcohol destilado que impregnaba el aire, se le había caído un frasco de especímenes; y a juzgar por el ruido, era uno de los grandes.

—¡Señor Magee! —aulló él—. ¡Señor Magee, lo necesito!

No había ninguna posibilidad de que su voz llegara hasta la cama del hombre, y el doctor lo sabía. Por la espalda de Hannah corrió un escalofrío al percibir su tono de voz: aun en los momentos más difíciles, nunca había visto al doctor Savard perder la compostura. En ese momento él dejó de gritar para decir, en voz mucho más baja:

—¡Maldita sea! ¡Si me desangro, será culpa suya!

El doctor Savard estaba sangrando; se había cortado. Necesitaba ayuda, pero ¿sería realmente grave? Ella volvió a esconderse contra los estantes, levantando una

nube de polvo.

«No he estornudado muy fuerte», se dijo. Y estornudó de nuevo.

Al otro lado de la puerta se hizo el silencio.

—¿Quién anda ahí? —ladró el médico.

Mientras él agitaba el picaporte, Hannah estudió la posibilidad de salir por la ventana. Y volvió a estornudar.

—¿Señorita Bonner? —El tono era seco, totalmente neutro.

Ella carraspeó.

—¿Sí?

—¡Qué coincidencia tan afortunada! Necesito su ayuda. Si me hiciera el favor de salir...

* *

—Para cerrar esa herida tendré que darle al menos diez puntos —dijo ella un rato después. Estaba inclinada sobre la mano del médico, trabajando a la luz de las velas, que había encendido apresuradamente—. Podría haber sido mucho peor. Ha tenido suerte.

—Mucha suerte, sin duda —replicó él. Tenía una mancha de sangre en la mejilla y varias más en la pechera de la camisa, además de una línea de sudor en la frente, pero su expresión era tan burlona como de costumbre—. Tenga la bondad de darme la botella que guardo en el último cajón. Necesito algo que me distraiga de lo que me está haciendo.

—Cuando haya quitado hasta la última de las astillas —dijo Hannah, sin apartar la vista de la herida.

—Por supuesto. No se me ocurriría interrumpirla.

Ella dejó caer otro fragmento de cristal en la mesa.

—Mi madrastra dice que los blancos utilizan el sarcasmo para disimular algo que les gustaría decir y no pueden.

Él gruñó:

—Como usted bien sabe, no suelo callar mis opiniones. Y hablando de esconder cosas: ¿qué estaba haciendo en la oficina de registros? —Pasado un rato agregó—. Usted recurre al silencio como yo al sarcasmo. Cada uno escoge su arma, señorita Bonner.

Hannah acercó dos velas para examinar mejor la herida. El doctor había puesto la mano para evitar que cayera sobre el suelo mojado, pero la había apoyado en un fragmento del frasco roto. El corte formaba un ángulo en la palma, desde la base del meñique hasta la unión del pulgar con la muñeca. Si el ángulo hubiera sido diferente,

podría haberse cortado la arteria, lo que habría sido más grave.

La muchacha presionó con la punta de los dedos el borde de la herida, hasta asegurarse de que no quedaban fragmentos de cristal. El doctor Savard apartó la vista y no dijo nada.

—No hay más astillas —anunció ella.

—En ese caso, si me permite recordarle...

Hannah, sin mirarlo, abrió el cajón y cogió la botella que le pedía. La luz de las velas arrancó destellos rojos al pardo intenso del brandy. Estaba a la mitad. Con un pequeño tintineo, la dejó junto a él.

—Yo diría que ya ha bebido suficiente. —Se arrepintió de haberle hecho semejante comentario, pues sabía cuál sería la reacción del médico.

Sin embargo, él se mostró más curioso que ofendido.

—¿Cómo sabe usted cuánto he bebido, señorita Bonner?

La joven, que estaba preparando la aguja para suturas, lo miró a los ojos.

—Cuanto más formal es su manera de hablar, más ha bebido. Cuando está sobrio, su lenguaje provocaría desmayos a cualquier señora.

Él parpadeó, sorprendido.

—Veo que tiene mis hábitos bien estudiados.

—Estoy lista para comenzar. Si quiere beber, será mejor que lo haga ahora.

—¿Preferiría que tomara láudano? —preguntó él, mientras cogía la botella con la mano sana—. ¿O que no tomara nada y me burlara del dolor, como hacen sus guerreros mohawk?

Ella le echó un vistazo y vio el desafío en sus ojos oscuros. El hombre se sentía abochornado, dolorido e inquieto, pero Hannah no quería darle el gusto de iniciar esa discusión.

—Haga lo que usted guste, doctor Savard. Como de costumbre.

Él resopló, torciendo la comisura de la boca. La joven comenzó a coser la herida. Por el rabillo del ojo vio cómo se tensaba la mano en la botella sin descorchar.

—No hace falta que dé puntadas tan pequeñas —protestó él, por fin—. No me importa que me quede una cicatriz.

—Así cicatrizará en menos tiempo. ¿O acaso es una orden?

Él exhaló audiblemente, como un maestro ante un alumno terco.

Hannah trabajó con toda la celeridad posible; al cabo de un minuto, su concentración era tal que se olvidó del hombre que estaba adherido a la mano. La contracción de los dedos, a cada movimiento de la aguja, significaba que los nervios no estaban dañados; las exclamaciones que él lanzaba de vez en cuando eran irrelevantes.

Una vez aplicado el último punto de sutura, se detuvo a observar su obra. Por una vez, hasta el doctor Todd habría quedado satisfecho. Fue en busca de su bolsa y

regresó con un frasco. El doctor Savard carraspeó.

—¿Qué piensa hacer con eso?

Ella lo miró a los ojos.

—Lavarle la herida. ¿Qué pensaba?

La mirada del médico se desvió y luego regresó a ella. Para gran sorpresa de Hannah, estaba muy rojo.

—Usted siempre saca de esa bolsa raíces, hojas y extraños medicamentos musulmanes.

Por una vez ella se permitió sonreír.

—Lamento desilusionarlo, doctor, pero esto no es tan exótico ni tan efectivo como la sangre de dragón, que por cierto usaría, si tuviera.

Él irguió la espalda.

—Soy un científico, señorita Bonner. Estudié en Edimburgo, considerada por muchos como la mejor escuela de medicina del mundo. Sus remedios mágicos no me interesan. Dígame, por favor, ¿qué hay en ese frasco?

Sin disimular la sonrisa, ella retiró el corcho y le acercó el recipiente a la nariz.

—Nada terrible, sólo una disolución de olmo y hamamelis para evitar que la herida se inflame.

Él frunció la nariz, ceñudo.

—Eso debe de escocer como el infierno. No creo que valga la pena.

Hannah analizó la pulcra línea de puntadas que el doctor tenía en la palma de la mano y pensó en Hakim. ¿Cómo habría hecho él para convencer a un paciente reacio que, además, fuera médico? «Apelando a lo mejor de su carácter», habría dicho él. Curiosity, por su parte, se habría reído de semejante chiquillada y lo habría persuadido mediante la vergüenza. En el caso del doctor Savard, ninguno de esos enfoques parecía adecuado.

—Hagamos un experimento —propuso.

La expresión combativa del doctor cedió paso a la desconfianza.

—¿Con mi mano?

—Escúcheme. ¿No dice que es científico? Permítame que le lave la mitad de la herida, desde aquí hasta aquí. —Trazó una línea desde el centro de la palma hasta la base de la mano, y él contrajo los dedos—. Sí las dos mitades de la herida cicatrizan en el mismo tiempo y de igual manera, reconoceré que usted tenía razón y que no era necesario molestarlo. Y si resulta que mi preparado facilita el proceso de curación, usted, como científico, reconocerá su error.

Él la miró con expresión adusta.

—Es usted muy sagaz, señorita Bonner. No tengo modo de rechazar su proposición sin pasar por tozudo y mezquino.

Ella arrugó el entrecejo sin decir nada.

—Muy sagaz, sí. Aceptaré ese pequeño experimento suyo, pero con una condición.

Hannah comprendió, demasiado tarde, que lo había subestimado; ahora estaba acorralada.

—Supongo que querrá saber qué hacía yo en la oficina de registros —adivinó.

—Exacto.

—Acepto su condición, si me promete no decírselo a nadie, absolutamente a nadie, a pesar de lo que pueda pensar de mi... empresa, o mis razones.

No era frecuente que el doctor Savard sonriera, y se sintió incómoda.

—Ha despertado mi curiosidad —reconoció él—. Muy bien, acepto sus términos. Adelante con el experimento.

Intentando mantener una expresión neutra, la muchacha le cogió la mano e inclinó el frasco sobre la parte inferior de la palma. Savard dio un fuerte respingo al primer contacto del líquido y dejó escapar un siseo entre dientes. Pasado un minuto, dijo:

—Y ahora que ya se ha divertido...

Hannah extrajo del bolsillo la nota de Manny y se la entregó. Mientras él la leía, guardó el frasco en su bolsa y ordenó la mesa, tratando de no mirarlo. Después de dar la vuelta a la hoja para leerla del otro lado, el médico levantó la cabeza.

—Trato de hallar alguna información sobre la suerte que ha corrido esa niña —explicó ella—. Es un favor que me ha pedido su padre.

—¿Y él es...?

—Un amigo mío.

No había nada que leer en su cara: ni sorpresa, ni censura ni aprobación. Sus ojos eran muy oscuros. Hannah no pudo sostenerle la mirada.

—Esto supongo que tiene que ver con el hecho de que usted desaparezca de vez en cuando por las tardes en dirección a las cocinas.

Ella parpadeó.

—Debo irme. En casa deben de estar esperándome.

—La acompañaré —dijo él. Y alzó la mano recién vendada para impedirle protestar—. No tengo intención de permitir que cruce sola todo Manhattan, señorita Bonner. Ahórrese la discusión.

—Bastará con que llame a un coche de alquiler...

—¿No le parece extraño que yo estuviera aquí a estas horas, con un frasco de especímenes?

Hannah hizo un gesto de sorpresa.

—No lo había pensado. Supongo que es extraño, sí.

—Esta tarde, en la sala de autopsias del hospital, ha irrumpido una turba para reclamar el cadáver.

—Pero ¿no lo habían hallado en los muelles?

El doctor Savard se encogió de hombros.

—Al parecer, los hombres que lo llevaron a la sala de disecciones habían forzado un poco la verdad para conseguir dinero.

—Ladrones de sepulturas.

—Esos caballeros prefieren denominarse «resurreccionistas». El esposo de la dama se ha declarado ofendido, por supuesto, y la turba ha adoptado una actitud desagradable, por decirlo con suavidad. Ya que estaban allí, han decidido destruir todo lo que encontraran a mano.

—¿Ha habido algún herido?

Otro encogimiento de hombros.

—Algunos chichones y moretones. William Ehrlich tiene un ojo negro. Pero lo peor es que durante un tiempo tendremos que realizar las autopsias en otro lugar. Yo quería salvar al menos un espécimen para el laboratorio, pero, como puede ver, no he tenido mucho éxito.

—Así que ha podido rescatar... —Se interrumpió, pensando en el desbarajuste que había quedado en el pasillo: fragmentos de cristal, sangre y trozos de algo imposible de identificar—. ¿Qué era?

—Un hígado cirrótico. —El doctor Savard torció hacia arriba una comisura de la boca—. Lo más parecido a mí, en más de un sentido. —Luego se miró la palma con aire crítico y carraspeó. Ya comprenderá usted que, con el clima que hay en la calle, no puedo permitir que usted salga de aquí sin compañía.

Tras una larga pausa, Hannah dijo:

—Voy a quitarme el delantal. Tardaré sólo un momento.

* *

Los pocos carruajes que circulaban estaban ocupados. Durante unos minutos el doctor se paseó por la Broad Way, agitando inútilmente los brazos, hasta que, cansado de esperar, cogió una lámpara de aceite del asilo y, en tácito acuerdo, ambos echaron a andar hacia la calle Whitehall.

Hannah cargaba la bolsa, pues el doctor tenía una mano inutilizada y necesitaba la otra para sostener la lámpara, que chirriaba amistosamente a cada paso, arrojando un óvalo de luz que se bamboleaba entre ellos. Los edificios y los árboles se recortaban claramente contra el cielo de la noche. En las cafeterías y las tiendas reinaba el silencio, pero las entradas de las tabernas estaban iluminadas por antorchas y lámparas que despedían un humo oscuro. De vez en cuando se cruzaban con un vigilante que patrullaba la calle con su lámpara. No se veía a ningún rufián, pero

Hannah no quiso hacer comentarios, sobre todo por no llamar al mal tiempo.

Por las calles pasaban coches y carros tirados por caballos, cuyas herraduras repiqueteaban enérgicamente contra los adoquines. De todas partes surgían risas y voces airadas; los perros ladraban y los letreros de las tiendas chirriaban a cada golpe de viento.

—No sé cómo la gente puede soportar este bullicio día y noche. —Hannah lo dijo en voz alta, para su sorpresa y la del médico.

—No creo que el mundo de la noche sea callado, ni siquiera en su montaña, ¿o sí?

—No —reconoció ella—. Allá hay ruido, sí, pero no este barullo constante.

—Con el tiempo uno se acostumbra.

—Yo no me acostumbraría —dijo, y añadió, para cambiar de tema—: La herida debe de dolerle mucho...

El doctor Savard lanzó un gruñido.

—¿Eso quiere decir que no? —preguntó Hannah.

Él le lanzó una mirada de irritación.

—Claro que duele. Pero ya pasará. Como todo.

—Un té de corteza de sauce lo aliviaría un poco.

—Tenga cuidado.

Esquivaron un montón de desperdicios; la luz de la lámpara se reflejó en los ojos de una rata que se había instalado en un nido de trapos. Mientras pasaban junto a la puerta a oscuras de una sombrerería, dos siluetas se escondieron entre las sombras, seguidas de unas risitas groseras.

—Oh, mira, Susie. El doctor Savard ha salido a dar un paseo. Qué placer verlo, doctor.

—Señorita Susan, señorita Mariah, buenas noches tengan ustedes —saludó él levantando la voz, pero sin aminorar el paso. Luego se volvió a Hannah—: Son damas de la noche, como dice el doctor Simon, de manera un tanto eufemística. En otras palabras, prostitutas.

Hannah miró por encima del hombro, pero ya no las veía.

—El doctor Savard ha salido a pasear con una señora, Mariah. No tiene tiempo para nosotras. —Se oyó una risa que parecía un hipo.

—Reconozco esa voz —comentó ella, aminorando el paso—. Ayer la atendí por... —Hizo una pausa.

—¿Supuración blenorragica?

—Sí.

—La padecen muchas. Por eso acuden a nosotros.

—Pero eso es contagioso.

—Sí.

—Y ellas...

—Continúan profesionalmente activas, sí. La frase que busca, señorita Bonner, es: «*Caveat emptor*».

—No —corrigió ella, finalmente irritada por su tono—. No pensaba en el comprador, en absoluto. Pensaba en lo doloroso que ha de ser para ellas.

Él se encogió de hombros y la linterna se bamboleó.

—El hambre es mala consejera.

—Trata este asunto con mucha frialdad, doctor.

A la luz de la lámpara se lo veía sobrio.

—Prefiero decir que lo abordo con objetividad, algo necesario cuando se practica la medicina entre los pobres. Me temo que usted no ha aprendido todavía esa lección.

—Y espero no aprenderla nunca.

—Todavía es muy joven, señorita.

—¿Qué tiene que ver mi juventud con esto?

Él apartó la vista hacia la oscuridad, como si allí fuera a hallar la respuesta adecuada.

—En otra época yo era como usted, pero descubrí que el optimismo es una carga inútil cuando se practica la medicina, sobre todo aquí.

—¡Muy amable de su parte avenirse a compartir conmigo su gran conocimiento y su comprensión del mundo!

Hannah apretó el paso. Se oyó la suave risa del médico y algo más: gritos lejanos, atravesados por el agudo silbato de un policía. Ella se detuvo para volverse hacia su compañero, que a su vez se había vuelto hacia el ruido. Más silbatos. Los gritos se hicieron más claros.

—El doctor Simon ¿está bien? —Avergonzada, comprendió que habría debido formular esa pregunta mucho antes.

—Supongo que a estas horas debe de estar a salvo. Será mejor que nos demos prisa —dijo él, y después de un momento, prosiguió—: ¿Así que no ha tenido suerte con los registros?

Hannah no podía ver su expresión bajo el ala del sombrero.

—No, ninguna —respondió, y levantó la cara hacia la fresca brisa nocturna.

—Tengo entendido que abandonará muy pronto la ciudad.

—Antes del fin de semana, sí. La señora Todd no ha mejorado y su esposo quiere que regrese a casa cuanto antes.

—La señora Todd es paciente del doctor Ehrlich, ¿verdad? Alguna vez lo he oído hablar de ella.

Hannah asintió con un gesto. No se le ocurría ningún comentario sobre el médico de Filadelfia que no pudiera resultar ofensivo. Para sorpresa suya, se dio cuenta de no hacía falta andarse con tanta cautela.

—Ese hombre silba y zumba como los mosquitos —dijo el doctor Savard, en tono

coloquial—. Si al menos fuera tan inteligente como ellos...

La joven ahogó una risa, apretando una mano contra la boca. Su compañero la miró con impaciencia.

—Como médico es un desastre. Y usted lo sabe.

Hannah tardó un momento en responder.

—La señora Todd está ahora peor.

—¡Qué diplomática es usted! Podría decir, sin más vueltas, que ese hombre es un charlatán pretencioso.

Después de un momento de silencio, Hannah dijo:

—Kitty me preocupa.

—Veamos, descríbame el caso. Es un tema de conversación como cualquier otro.

Ella aminó el paso.

—¿Lo dice de verdad? Quería discutir su caso con alguien, pero el doctor Simon no parece muy dispuesto.

—Pues debería haberme consultado a mí —repuso él con brusquedad—. Hable. Tiene quince minutos.

La dejó hablar. De vez en cuando, hacía preguntas o pedía aclaraciones. Hannah le contó lo que sabía y lo que sospechaba. El simple hecho de explicar la historia de Kitty bastó para arrancarle hasta el último resto de optimismo.

—Me temo que no llegará al otoño —concluyó.

Estaban cerca de Bowling Green. Los jardineros habían estado trabajando por allí, y el aire olía a césped recién cortado. En la plaza reinaba el silencio, pero las casas palpitaban de luz y movimiento. Calle abajo, una fila de carruajes esperaba frente a la casa de los Delafield, donde se celebraba una fiesta. Allí estarían Amanda y Will; también Kitty, si se sentía lo bastante fuerte.

—¿Señorita Bonner?

—¿Sí? —Hannah dio un respingo al verse arrancada de sus pensamientos.

—Permítame que le pregunte algo. Usted ha visto cuánto hay por hacer entre los pobres de esta ciudad. Ya es una doctora excelente. ¿No ha pensado en quedarse para atender a quienes la necesitan de verdad?

Ella dio un paso atrás, llena de sorpresa e irritación, pero también extrañamente satisfecha. El doctor Savard la miraba con tanto apasionamiento que se vio obligada a apartar la cara.

—¿No tiene nada que decir?

Hannah se llevó una mano al cuello, donde el pulso se había vuelto atronador.

—Le agradezco la buena opinión que tiene de mí, doctor.

Él apartó esas palabras de sí con un ademán de la mano vendada.

—No, no es agradecimiento lo que busco. Le ofrezco la oportunidad de hacer aquello para lo que ha nacido. Los pobres de esta ciudad la necesitan. ¿Se quedaría

por ellos?

La idea de vivir y trabajar en la ciudad le resultaba tan poco apetecible, tan distinta del mundo que ella imaginaba, que le costó encontrar una respuesta cortés, e incluso tomarse en serio el cumplido que le había hecho con aquella sugerencia.

«Es como si me pidiera que volara», pensó replicar. En cambio, dijo:

—Mi pueblo también me necesita, doctor Savard. Quedarme sería volverle la espalda.

Él sacudió la cabeza con impaciencia, como si Hannah fuera una discípula tonta que no entendía lo que le explicaba.

—¿Se refiere al pueblo de Paradise o a su pueblo mohawk, señorita Bonner?

—Algunos miembros de mi pueblo están en Paradise; otros no. ¿Importa acaso dónde estén o cómo se llamen?

—Sí. —Miró hacia el parque con los dientes apretados—. Claro que importa. Una aldea de doscientas personas no necesita dos médicos. Hay lugares que necesitan más su ayuda.

—Doctor Savard —lo interrumpió Hannah—, me temo que su escala de valores difiere de la mía.

La expresión apasionada del médico desapareció bruscamente, reemplazada por la del hombre con quien ella había trabajado durante aquellas últimas semanas: desapegada, fría e inescrutable. Un buen maestro, sí, pero jamás un amigo. Él inclinó la cabeza.

—Por supuesto, señorita. Le ruego que me perdone.

Entre ellos se interpuso un silencio denso, cargado de sensaciones para las que Hannah no tenía nombres.

—La casa está en el otro extremo del parque —dijo—. Gracias por acompañarme hasta aquí.

—Me despide usted. —Allí estaba de nuevo su amago de sonrisa. Para ella fue un alivio verla.

—No olvide tomar té de corteza de sauce para el dolor.

—¿Cómo olvidarlo? —El doctor Savard levantó la mano vendada en un saludo—. Buenas noches, señorita Bonner.

Después de caminar unos pasos, ella se detuvo y regresó.

—No me ha dicho qué piensa del caso de la señora Todd.

—Usted no me lo ha preguntado.

—Eso nunca le ha impedido expresar su opinión, doctor.

Sólo le veía parte de la cara, pero por el tono del médico era evidente que sonreía.

—Ah, pero ella es paciente suya, ¿verdad?

Hannah vaciló.

—Pero deseo consultarle a usted.

Savard alzó la cara hacia los árboles, como si ellos pudieran infundirle sabiduría, y formuló a las estrellas la pregunta que ella habría debido imaginar:

—*Ubi est morbus?*

—En el útero —respondió Hannah—. El origen de la enfermedad es una debilidad o una ruptura no cicatrizada del útero, sufrida al alumbrar a una criatura muerta. Pero ¿cómo se cura?

Él la miraba con la irritación y la urgencia de costumbre.

—Se lo preguntaré nuevamente, señorita Bonner: *ubi est morbus?*

—¿Está insinuando que el origen de la enfermedad no está en el útero? —preguntó Hannah, atónita, inquieta, provocativa—. ¿Dónde, entonces?

—Tal vez el útero no sea la causa última de la enfermedad. Usted se ha dejado cegar por lo obvio. Lo que la señora Todd necesita es algo o alguien de que ocuparse, aparte de sí misma. Distraiga su mente, señorita Bonner, y podrá curar su cuerpo.

—¿Cree usted que las hemorragias son de origen nervioso?

Él sacudió la cabeza.

—Su paciente no es una dama que sufra desmayos nerviosos, escalofríos y dolores vagos. El daño físico es real...

—... pero el proceso de curación comienza en otra parte —apuntó ella.

El doctor Savard le sonrió y se tocó el sombrero con la mano vendada.

—Comienza a pensar como una anatomista, señorita Bonner.

Era el mejor de sus cumplidos. Dicho eso, giró sobre sus talones y se fue.



Capítulo 28

La señora Burroway era la jefa de matronas de la sala infantil, seca como el esparto y difícil de conmover. Ante la propuesta de Hannah no se mostró sorprendida ni puso en tela de juicio sus motivaciones. Simplemente fue hacia el escritorio del rincón y escribió unas cuantas frases. Hannah firmó el papel y sacó unas monedas del bolsillo.

—Enseguida la enviaré con el joven Michael —dijo la señora Burroway—. Puede usted confiar en él.

Con esa tibia promesa, Hannah se alejó del asilo caminando con las manos vacías. Cicero ya había retirado todas sus cosas, junto con un baúl lleno de libros, medicamentos, instrumental médico y material para vacunas que el doctor Simon había reunido para Richard Todd. Ella se había despedido de los doctores, de los pacientes y del señor Magee. Este le cogió una mano entre las suyas y le expresó sus buenos deseos en un lenguaje torpe, demasiado formal, probablemente aprendido de tanto escuchar a los médicos.

—La echaremos de menos —dijo él por fin—. Hasta la señora Sloo la echará de menos, recuerde lo que le digo. A esa mujer le gusta pelear. Y usted le daba lo que ella quiere.

—Pero no le agradaría que yo me quedara —objetó Hannah.

Él encogió un hombro huesudo en señal de desacuerdo.

—No estoy tan seguro.

Y Hannah salió sonriente del asilo. Anhelaba esa caminata de regreso a la calle Whitehall, pues sería su única oportunidad de estar sola en todo el día. En cuanto entrara por la puerta, se dedicaría a preparar el equipaje, la casa estaría en movimiento y más agitada que un hormiguero antes de una tormenta. Los niños discurrirían el último plan para introducir subrepticamente en el barco a Peter y a Marcus, con el fin de establecer entre los cuatro un paraíso infantil en la montaña. Y como Amanda y Will no pararían de encontrar cosas para enviar a Elizabeth, a los gemelos, a Curiosity o Nathaniel, el equipaje amontonado en el vestíbulo continuaría creciendo, aunque ya había asumido proporciones tremendas.

Y Kitty estaría afligida por la idea de la partida y llena de exigencias de última hora.

«Necesita algo o alguien de que ocuparse, aparte de sí misma. Distraiga su mente y podrá curar su cuerpo».

Todavía dando vueltas a ese consejo, Hannah giró hacia la Broad Way y encontró las calles atestadas de gente que no parecía ir a ninguna parte.

Cuando preguntó a una muchacha qué ocurría, obtuvo por respuesta un gesto de sorpresa y espanto, como si le hubiera hablado una estatua. Al parecer, en la ciudad

había mucha gente que no había visto nunca a un indio; para la mayoría, ese color de piel significaba ausencia de lenguaje humano. Le sucedía tan a menudo que ya casi no se sentía insultada.

De pronto vio a un niño del asilo; la manera en que se escurría por entre la multitud no auguraba nada bueno. Lo detuvo para pedirle una explicación, pero recibió esa mirada que los pequeños reservan para los adultos malos. Luego le dijo lo que todo el mundo parecía saber: que estaba a punto de comenzar el desfile de Tammany Hall, y de inmediato desapareció entre la muchedumbre.

Fuera lo que fuese Tammany Hall, parecía algo muy apreciado por la gente de Nueva York. Allí parecía haberse congregado toda la ciudad: lavanderas y mercaderes, hojalateros cargados de cazos, cacerolas y sartas de tenedores, criadas, señoras con mantos y sombreros extravagantes, deshollinadores. La gente se agolpaba en los vanos de las puertas, asomaba medio cuerpo por las ventanas o espiaba desde los tejados. Los que estaban en la calle avanzaban a empujones y codazos, nerviosos y agitados. Cada paso adelante se hacía más difícil, hasta que resultó imposible avanzar hacia ningún lado. Los perros aullaban; una yunta de bueyes alzó el hocico para mugir al cielo; el carretero, entre juramentos y palmadas, tiraba de los animales para apartarlos del paso del desfile. Los niños corrían calle arriba y regresaban vociferando nuevas a todo pulmón.

Casi todos los vendedores ambulantes habían quedado atrapados en el torrente humano como leños en un río helado; un afilador, reclinado contra su carro, dormía profundamente, con la cabeza apoyada en la piedra giratoria; el vendedor de cacahuetes estaba rodeado por un público ansioso e impaciente.

Por más que se erguía de puntillas y estiraba el cuello, Hannah no veía ninguna vía de escape. Junto a ella había una anciana con unos pocos dientes negros y granos de azúcar en el labio colgante.

—Ni lo pienses, querida. Tendrás que quedarte aquí hasta que haya pasado el desfile. Lo mejor que puedes hacer es disfrutar del espectáculo —dijo la vieja, y le echó un vistazo con los ojos entrecerrados. Tenía tanta mugre acumulada en las arrugas de los ojos que, a primera vista, parecía tatuada.

—¡Señorita Bonner! —Un hombre alto levantó la mano para saludarla, mientras avanzaba hacia ella desde la fila de coches particulares que se habían detenido a presenciar el espectáculo—. Me envía la señora Kerr para rogarle que vaya a ver el desfile con ella.

Hannah alzó la mano para protegerse del sol. Allí estaba la señora Kerr, agitando un pañuelo con tanta violencia que las plumas de avestruz de su sombrero —naranjas y verdes, como las rayas de su vestido— se bamboleaban como ramas al viento. Lo que ella deseaba era llegar a casa, pero si tenía que ver el desfile, sería mejor verlo bien. Se dejó guiar hasta el carruaje, donde la mujer la ayudó a instalarse sobre unos

cojines de terciopelo con gruesas borlas de seda.

—¡Qué grata casualidad! —dijo la anciana—. Confiaba en verla otra vez antes de que partiera, señorita Bonner. ¡Mire, ahí viene el desfile!

Por la esquina apareció una procesión, llena de ruido y color. Delante iban niños varones danzando en zigzag, con cascabeles y campanillas alrededor de la cintura, en las rodillas y en las mangas. Algunos llevaban tambores colgados con correas de piel que aporreaban sin descanso.

Un anciano de pelo y barba blancos trotaba entre ellos sobre un asno adornado con cintas multicolores. Llevaba un rabo de ciervo prendido al sombrero de castor y tenía los pómulos atravesados por rayas pintadas; de vez en cuando, los niños azuzaban al animal, el viejo los amenazaba con un tomahawk herrumbroso y salían huyendo, entre carcajadas. Un niño trató de apoderarse de la alforja que pendía contra la panza del animal, pero el viejo lo agarró y, tras subirlo a la grupa, lo golpeó ruidosamente en las posaderas con la parte plana del tomahawk.

—El señor Masón, padre —apuntó la señora Kerr, alzando la voz para hacerse oír—. Su hijo es uno de los sachems. Los desfiles le encantan.

—¡Los bravos! —aulló la muchedumbre—. ¡Los bravos de Tammany!

Entonces se iniciaron los estribillos cantados a coro, y a Hannah se le erizó la piel de la nuca.

—Son la flor y nata de Tammany —explicó la señora Kerr—. Respetables empresarios, todos ellos.

Un centenar de hombres, todos blancos y pintados a la manera de los indios, trotaban por la Broad Way, con las caras pintarrajeadas y tocados con gorras de las que colgaban colas de crin.

—A De Witt le gustaría arrancarles a todos el cuero cabelludo con esos tomahawks. —La señora Kerr se reía—. ¡Grandísimos tontos!

—¿El senador Clinton no está de acuerdo con esta... manifestación?

Hizo un gesto con la mano enguantada.

—Desprecia a los de Tammany. Todos ellos son partidarios de Aaron Burr, ¿comprendes?

Hannah no comprendía nada; conocía de oídas a los políticos más prominentes de Nueva York, pero no sabía gran cosa de las intrigas y luchas entre los partidos.

La mayoría de los hombres de Tammany Hall vestían perneras de piel de ante y camisas de cazador e iban cubiertos con capas complejamente decoradas con plumas y cuentas; algunos desfilaban con ropas normales, pero llevaban las caras pintadas y un rabo de ciervo prendido al sombrero. Incluso aquellos que tenían barba y largos mostachos iban pintados; más que guerreros indios, parecían cómicos, como los que Hannah había visto en las ferias escocesas.

Sin embargo, lo peor, lo que la dejó sin aliento, fueron las máscaras.

Llevaban los rostros cubiertos con máscaras hechas con cuerdas trenzadas y otras talladas en madera de sauce, después de una ceremonia que duraba tres días para apaciguar al espíritu del árbol. Muchas de ellas estaban cuidadosamente pintadas y decoradas con largos manojos de crines y trozos de metal clavados alrededor de los agujeros para los ojos. Esas máscaras le eran tan familiares como las caras de sus parientes: ninguna había sido hecha por manos blancas y todas tenían una finalidad sagrada.

—El Mendigo Risueño —susurró Hannah para sus adentros, ante un hombre que pasaba corriendo.

—¿Qué ha dicho usted? —La señora Kerr se puso una mano en la oreja, a modo de bocina.

—Esa máscara se llama Mendigo Risueño —repitió la joven, señalando con el dedo—. Mi tío usó una así en el último Festival del Arce.

«Sirve para ahuyentar los malos espíritus», habría podido agregar, pero no había manera de que la oyera, pues los hombres habían comenzado a cantar y la multitud les hacía eco: sílabas sin sentido, ensartadas como balbuceo de bebés, con acompañamiento de tambores y golpes de pies contra el pavimento.

Cuando los bravos hubieron pasado, apareció un grupo más reducido, que caminaba a paso tranquilo.

—Allí está Burr. Es el vicepresidente, ¿sabe?, pero nunca tiene bastante. Mire cómo se desvive sonriendo, como si hiciera el amor con cada ciudadano en condiciones de votar. Se muere por ceñirse una corona, aunque tenga que forjarla él mismo.

El último grupo de la procesión iba encabezado por un hombre corpulento, de cráneo tan grande y vientre tan voluminoso que parecía a punto de caer hacia delante. Lo seguía una mujer casi tan alta como él. Aun desde lejos, Hannah reconoció en ella a Virginia Bly, la de La Cabeza de Toro. La seguían tres mujeres más jóvenes a las que no había visto nunca, pero, por su color de piel, supuso que serían sus hijas. Las cuatro vestían finísimos vestidos de piel de ante adornados con plumas y cuentas.

La procesión se detuvo. El señor Bly subió a un gran estrado de madera que había instalado en medio de la calle y alzó los brazos. Tenía las mejillas pintadas con bandas rojas, amarillas y negras, distribuidas al azar; su atuendo era una mezcla de o'seronni con una idea aproximada de lo que es un guerrero kahnyen'kehàka. Sin embargo, saltaba a la vista que el tocado de plumas y cuero crudo había sido elaborado con esmero.

De su gorra de piel, decorada con cuentas, caía una larga cascada de plumas de águila. Era el tocado de un gran guerrero, de un sachem que hubiera ganado muchas batallas para su pueblo. En alguna aldea mohawk o sacandaga, al norte, o en los valles donde vivían los sénécas y los onandagas, las mujeres habían pasado muchas

horas confeccionando juntas ese adorno. Mujeres como Virginia Bly; mujeres como la madre y las abuelas de Hannah. Le costó resistirse al impulso de correr a arrebatárselo de la cabeza.

Bly alzó la voz, grave y fuerte, por encima de la muchedumbre.

—¡Amigos míos! Inclínemos la cabeza para recordar al excelso Gran Sachem de los Trece Fuegos Unidos. Que continúe bajo la protección del Hacedor de Vida, el Gran Espíritu, que lo ha elevado hasta su encumbrada posición. Que la sabiduría de los sachems que lo precedieron lo guíe hasta el trascendente esplendor de su grandeza.

Mientras él parloteaba, monótono, la multitud comenzó a dispersarse. La señora Kerr dio unos golpecitos con el bastón en la cabina del cochero y Hannah dio un respingo de sorpresa: concentrada en el espectáculo, casi había olvidado dónde estaba.

—George, ponte en marcha en cuanto puedas. Llévanos un trecho por la costa, lejos del gentío. La señorita Bonner necesita aire fresco y tiempo para recobrase.

—Regresaré a pie —dijo Hannah.

—¿De verdad? ¿Entre esta muchedumbre? —La anciana echó un vistazo a la calle—. ¿No prefiere pasear un rato conmigo y escuchar la historia de Virginia Bly y sus hijas? No ponga esa cara de sorpresa. Su expresión revela mucho, querida.

Sus ganas de replicarle eran tales, que Hannah sintió como si tuviera sal en la lengua.

—¿Por qué habría de tener yo interés en Virginia Bly y sus hijas?

La señora Kerr desechó la pregunta con un movimiento de la mano.

—No se haga la inocente, señorita Bonner. Si no quiere escuchar lo que tengo que contarle, la acompañaré directamente a su casa. —Después de ver que Hannah no se decidía a responder, dijo—: Ya me parecía a mí...

* *

Pasaron más de cinco minutos antes de que el ruido de la multitud quedara atrás. La señora Kerr contemplaba plácidamente desde su asiento los barcos ostreros que navegaban a lo largo de la costa. Hannah no se decidía a hacer preguntas, simplemente porque no sabía por dónde comenzar.

Por fin la anciana pareció recordar que no estaba sola y desvió la mirada hacia ella.

—Voy a ver ese desfile porque me divierte ver a los hombres haciendo el papel de tontos. Pero comprendo que usted se sienta ofendida.

Siguió otro largo silencio.

—Señora Kerr...

—Virginia Bly tenía cinco hijas —la interrumpió—. Las tres menores son las que hemos visto hace un rato. Sobre ellas corren muchos rumores; el más comentado es que por la noche su madre las encierra bajo llave en una habitación con las ventanas selladas con tablas. Y es cierto. Verá usted, sus dos hijas mayores huyeron, y no quiere que vuelva a ocurrir lo mismo con éstas.

»Está casada con ese hombre que aún debe de estar perorando en la Broad Way, el propietario de La Cabeza de Toro, la posada por la que usted pasó con Will Spencer la tarde en que él le habló de Libertas. ¿Creía acaso que él no nos diría lo de ese paseo? Todos nosotros contamos con la sinceridad de los demás, señorita Bonner. Desde luego que nos lo dijo.

»Ahora bien: Libertas observa muy atentamente a Harry Bly. Por ejemplo, estamos enterados de que ayer ocupó el lugar de Micah Cobb en una reunión de cazanegros. El señor Cobb ha partido hacia el norte, en busca de... —La anciana hizo una pausa para pensar en lo que iba a decir—. Una amiga común, mía y suya, señorita Bonner. Usted debe de estar preocupada por ella, naturalmente, pero por el momento no tengo noticias que darle. Lo que sí puedo contarle, y usted quiere saber, es la historia de Jenny, la hija mayor de Virginia Bly. La esposa de Liam Kirby.

Hannah enrojeció de confusión y bochorno.

—Puesto que usted se muestra tan sincera, señora Kerr, espero que me perdone si le soy franca. No tengo demasiado interés en hablar de Liam Kirby ni de su esposa, con usted ni con nadie.

La mujer se reclinó entre los cojines con una risa abrupta.

—Me gustaría conocer algún día a su madrastra, para felicitarla por haberla educado así. Su rapidez de pensamiento y respuesta es muy notable en una muchacha tan joven. Debo admitir que he comenzado mal esta conversación.

—Yo diría más bien que no era necesario que la comenzara —la interrumpió Hannah, sin poder dominar su enfado—. Se trata de un asunto personal. Y si he de serle sincera, me sorprende y decepciona que Will Spencer le haya revelado cosas de mi vida privada.

—No se precipite en sus conclusiones, señorita Bonner —dijo la anciana, con más aspereza—. Will Spencer no me ha hecho ninguna confidencia. Lo que sé de usted, jovencita, lo sé de boca del mismo Liam Kirby.

Ella sintió que se demudaba. Abrió la boca, pero no pudo pronunciar palabra.

—¿Quiere que continúe?

—No estoy segura.

—Pues bien, continuaré. Puede interrumpirme cuando lo desee, aunque dudo que lo haga. Se pregunta usted cómo es que conozco a Liam. La relación le parece extraña. Y está en lo cierto, naturalmente, pero sólo porque usted ignora que mi

difunto esposo poseía una pequeña flota de barcos mercantes. Nada le gustaba tanto como hacerse de vez en cuando a la mar para atender personalmente los negocios. En el fondo era un niño. Los hombres que no tienen hijos, por el motivo que sea, nunca dejan de ser niños.

»El señor Kerr soñaba con ingresar en la Marina y hacerse a la mar, pero su padre no se lo permitió. Así que, ya bien entrado en años, compensó esa carencia viajando en sus propios barcos. Así fue como conoció a Liam Kirby, en un viaje a las Islas de las Especias. Supongo que en Paradise él le hablaría de sus años en el mar.

—¿Usted sabía que Liam iría a Paradise?

La señora Kerr sacudió la cabeza, haciendo bailar las plumas.

—Si me obliga a ir saltando de un lado a otro del relato, señorita Bonner, ambas acabaremos más confundidas que al principio. Como le decía, mi esposo y Liam se conocieron a bordo del Nutmeg. Lo primero que llamó la atención del señor Kerr fue esa perra pelirroja; él amaba a los perros, ¿sabe usted? Llegamos a tener seis, a cual más grande. Los perros son animales adorables, pero no tanto como para compartir la cama con seis. Oh, me he apartado del tema.

»Cuando el barco retornó a Nueva York, mi esposo volvió a casa con Liam y su perra. Él sentía debilidad por los jóvenes descarriados. Era un hombre muy poco apegado a las convenciones, señorita Bonner; de lo contrario nunca se habría casado conmigo. Si algo le interesaba, quería tenerlo cerca; por eso el joven Liam pasaba mucho tiempo con nosotros, cuando no estaba navegando, y yo le cogí mucho afecto.

—¿Y él le habló de Lago de las Nubes?

—De vez en cuando hacía algún comentario sobre el hogar que había abandonado, pero sin dar muchos detalles. La mayoría de las veces hablaba de su hermano y de Nathaniel Bonner. Me contó que ustedes habían desaparecido en la campiña escocesa.

Hannah apenas podía respirar, y mucho menos hablar, pero la señora Kerr no necesitaba de sus comentarios.

—Creo que no es necesario que le mencione sus acusaciones. El hecho es que hablaba de ustedes a menudo y los creía perdidos para siempre. Un día retornó de una larga ausencia, de un viaje a China, imagínese, y vio a Jenny Bly.

»Ése fue el fin de su carrera como marino. Buscó trabajo en la ciudad, de carpintero; dos veces por semana visitaba la casa de los Bly, o al menos lo intentaba. Virginia no tomaba en serio su interés por Jenny. Un joven sin posición social ni perspectivas no era un buen candidato para ninguna de sus hijas. Pero Jenny le dio ciertas esperanzas, probablemente sólo por fastidiar a su madre, que por fin les había encontrado esposos adecuados. Ella estaba destinada al señor Hufnagle, un alemán importador de café, recién llegado a la ciudad. Era viudo y la doblaba en edad, pero su madre quería un hombre blanco con recursos, dispuesto a casarse con una joven

piel roja por una dote generosa.

»El señor Kerr estaba permanentemente informado de cómo marchaba la relación entre Liam y Jenny Bly, mejor dicho, de cómo no marchaba. Por entonces mi esposo estaba ya muy enfermo y las visitas de Liam, que ocupaba un cuarto sobre nuestros establos, eran un gran consuelo. Estaba muy apegado a ese muchacho, y yo también, debo admitirlo.

»Aunque no tengo hijos, o quizá precisamente por eso, me parece obvio que la culpa de lo que sucedió después fue de Virginia Bly. Las muchachas testarudas son tan fáciles de manejar como una carnada de gatos salvajes. Tarde o temprano harán lo que les plazca, y eso es lo que sucedió. Cuando ella anunció a las chicas que debían casarse, se fugaron. Liam estaba preocupadísimo.

La señora Kerr hizo una pausa para mirar a Hannah directamente a los ojos y luego continuó.

—Usted debe de pensar que hasta ahora no hay nada fuera de lo normal en mi relato. Es natural que una joven desafíe la autoridad de sus padres, si no está conforme con el esposo que le han escogido. Pero Bly se indignó tanto que puso precio a la cabeza de sus dos hijas mayores y encomendó a Micah Cobb que las llevara a casa, como si fueran perros vagabundos, y al cabo de dos días estaban de vuelta en el hogar. El señor Cobb es muy bueno en lo suyo.

—Señora Kerr... —Hannah percibió cierta desesperación en su propia voz, pues el relato le producía ansiedad—. Si tuviera a bien...

—¿Ir al grano? Eso es lo que voy a hacer, señorita Bonner. Con el escándalo, desaparecieron los mercaderes que Virginia Bly había sobornado para que aceptaran casarse con sus hijas. Entonces casó a Jane, la mayor, con Micah Cobb, el hombre que la había llevado a rastras, atada de pies y manos como un ternero. Jenny fue prometida a Jonah, su hermano, un espécimen repugnante como pocos, pero logró escapar otra vez. Y al día siguiente, cuando regresó, estaba casada con Liam Kirby.

—Espere —pidió la muchacha, frotándose las sienes doloridas—. ¿Jenny Bly se casó con Liam para burlar a sus padres?

—Liam no lo cree así, pero ésa es mi conclusión.

—Conque ella vive distanciada de su familia por haberse casado contra la voluntad de sus padres. ¿No es así?

—No. —El puño de la anciana apretó la empuñadura del bastón—. No es así. A veces usted se impacienta demasiado, señorita Bonner.

Hannah se mordió la lengua para no darle una respuesta cortante.

—Perdone. Continúe, por favor.

—Tres meses después de casadas, las muchachas desaparecieron otra vez.

—Huyeron, naturalmente. Es comprensible.

—No he dicho que huyeran. He dicho que desaparecieron.

Hannah se quedó desconcertada; al principio creyó haber entendido mal. La anciana contempló sus guantes durante un largo momento y luego continuó:

—Liam cree que su mujer huyó, sí. Casi toda la ciudad parece pensar lo mismo. Pero ninguno de los cazadores de recompensas ha logrado hallarla, ni tampoco a Jane.

Un arrebató de irritación hizo que los dedos de la joven se encresparan, y tuvo que apretarse las manos para aquietarlos.

—¿Cree usted que han muerto? ¿Asesinadas?

—Es posible, sí. Pero sí de algo estoy segura es de que, si esas muchachas sufrieron algún daño, no fue por obra de Liam. Él no descansará hasta haber hallado a su esposa.

—Ésa no es excusa para ganarse la vida como cazador de recompensas —adujo ella.

—No, no es excusa —concordó la señora Kerr.

Una imagen pequeña y horrible acudió a la mente de Hannah: la imagen de una joven inclinada hacia un plato de comida, con un niño muerto atado al pecho.

—Señora —dijo lentamente—, ¿podría describirme a Jenny?

Por primera vez desde que había iniciado su relato, la anciana ablandó la expresión.

—Usted ha visto a las hermanas menores; ella se les parece mucho: oscura de pelo y de piel. Pero tiene unos ojos fuera de lo común. Demasiado verdes para ser avellana, y con vetas pardas.

—¿Y su estatura? ¿Es como yo? ¿Como su madre?

La mujer miró hacia lo lejos con los ojos entornados, como si tratara de conjurar a Jenny Kirby, convirtiéndola de recuerdo en ser de carne y hueso.

—Es más alta que usted, diría yo, pero no tanto como su madre. Claro que nunca he visto a otra mujer de la estatura de Virginia Bly. ¿Por qué me lo pregunta?

—Al asilo fue una joven... Pero era muy baja.

—Ah, comprendo. —La señora Kerr meneó la cabeza—. Pues entonces puede estar segura de que no era ninguna de las Bly.

De pronto la frustración de Hannah entró en ebullición; ya era imposible contenerla.

—No tengo ni idea de qué conclusión sacar de lo que me ha contado, señora.

La anciana sonrió.

—Pues entonces déjelo estar hasta que lo haya entendido.

Hannah pidió bajarse en el extremo norte de Bowling Green; así tendría unos minutos para reponerse. Sin embargo, tras despedirse de la señora Kerr, se descubrió encendida por una cólera nueva, tan ingobernable como el mismo sol. Le llenaban la boca palabras que no se atrevía a decir, ni siquiera a sí misma. ¿Qué clase de lugar

era aquél, en que había personas como Virginia Bly y Micah Cobb, que podían transformar así al Liam que ella había conocido?

El mayordomo del señor Livingston la miró con curiosidad, y una de las criadas de los Delaney le deseó buen viaje, mientras se sacudía el delantal. En cada oportunidad, ella se vio obligada a dar una respuesta cortés.

—Buenas tardes, señorita —saludó el señor VanderVelde, que llegaba a la plaza con sus perros.

«Pero éste no es mi lugar...» Se tragó el enfado una y otra vez, pero volvía a la garganta, como un cáncer que se enredara a los tendones y a los músculos, palpitando como tambores, como una herida vieja, como una herida reciente.

La señora Douglas la esperaba en el vestíbulo, hecha un manojo de nervios.

—En la cocina la espera alguien del asilo.

Precisamente en ese momento, brotó desde allí un chillido que hizo dar un respingo a la digna ama de llaves. Súbitamente Hannah recordó por qué debía llegar a casa cuanto antes.

—¿Han traído a la pequeña?

La señora Douglas asintió.

—El hombre ha dicho que le habían pagado para entregársela a usted y no quería aguardar. Quería dejar a esa criatura como si fuera una carta, un paquete, un cesto de manzanas... ¡Imagínese! Le he dicho que debía esperarla, señorita Hannah. He pensado que podría tratarse de un error. ¿Tiene fiebre? —Y cruzó las manos contra la falda.

«Quiere tocarme la frente, pero no se atreve —pensó Hannah—, por el color de su piel, o por el de la mía». Curiosity lo habría hecho sin vacilar, o Elizabeth, o Muchas Palomas. Al pensar eso, Hannah olvidó su enfado; volvió a ser ella misma, a recordar la bondad y la generosidad que había recibido de aquellas personas. Nada de lo que sucediera en las calles podía alterar eso: su ira no tenía cabida en aquella casa.

—No hay error alguno y no tengo fiebre —dijo—. Pero en este momento no puedo explicarle nada, señora Douglas. Lamento mucho haberle causado esta preocupación. No pensaba llegar tan tarde. Ahora debo ver a Kitty y llevarle al bebé.

Una expresión distinta asomó a la cara del ama de llaves: comprensión y algo parecido a la admiración. Primero frunció los labios y luego los estiró en una sonrisa.

—Sí, claro, por supuesto —dijo.

* *

Hannah encontró a Kitty tendida en la cama, todavía en ropa de dormir y con la cara hinchada por el llanto. En cuanto la puerta estuvo cerrada, se incorporó. Con una

mano estrechaba la almohada contra el pecho, mientras que en la otra sostenía un pañuelo con el que se tapaba la cara. En la luz intensa del atardecer, su tez tenía un tinte azulado que a Hannah no le gustó nada.

—No sé cómo podré continuar sin el doctor Ehrlich, Hannah. De verdad, no sé. ¡Justo cuando empezaba a sentirme más normal! Richard no tiene compasión.

Su angustia era auténtica, pero Hannah estaba también demasiado nerviosa para responder con algo más que unos pocos murmullos solidarios.

—La señora Douglas pregunta si has terminado el caldo que te ha enviado.

Kitty agitó los dedos hacia la mesa donde estaba la bandeja, intacta.

—No tengo apetito. Y te advierto que no comeré nada, aunque quieran intimidarme. —Apartó el pañuelo de la cara y arrojó a la joven una mirada furiosa y desafiante. De pronto su expresión pasó a ser de sorpresa—. ¿Qué traes ahí?

Hannah se sentó en el borde de la cama.

—Lo que traigo aquí es un dilema, Kitty. Necesito que me des un consejo.

Y retiró la manta, dejando al descubierto la cara del bebé, arrugada, serena y sabia, como de alguien que hubiera vivido cien años. Por debajo de la sucia gorra de muselina asomaba un ribete pelirrojo, tan rojo como las dos delicadas cejas. Sus ojos tenían ese color cenagoso que, con el correr del tiempo, se convierte en pardo.

Hannah pasó un dedo por la frente de la niña.

—Su madre provenía del sur de Inglaterra, como Elizabeth. Se llamaba Margaret White. El esposo murió de fiebres durante el viaje y ella no tenía manera de ganarse la vida. Fue así como acabó en el asilo.

—White —repitió Kitty. Miraba a la criatura como si nunca en la vida hubiera visto nada igual.

—La señora White murió al dar a luz. Quería abrirse paso como costurera para mantener a la niña.

—¿Es una niña? —Su voz sonó firme, aunque no podía mirar a Hannah a los ojos.

—Sí.

—¿Está sana?

La muchacha se encogió de hombros.

—Es muy pequeña, pero tiene el corazón fuerte y respira sin dificultad. Y mama bien.

Kitty tragó saliva y alargó los dedos para tocar la manita que había escapado de entre las mantas.

—¿Tiene nombre?

—En el asilo no ponen nombre a los niños hasta que cumplen seis meses. —«Si llegan a los seis meses», se corrigió Hannah, para sus adentros—. Pero si se queda allí, la llamarán Ann, puesto que nació en jueves.

—No tiene cara de llamarse Ann.

La pequeña movía los ojos, inquieta; los posó primero en la cara de Hannah, y luego en la de Kitty. Finalmente abrió la boca en un círculo perfecto, no más grande que un guisante, y dejó escapar un grito agudo.

—Tiene hambre —dijo Kitty.

—Hace apenas una hora le han dado leche de cabra. He pedido a la señora Douglas que mandara a por más.

La mujer frunció los labios en un gesto de desaprobación.

—La leche de cabra le hará mal al estómago. La señora Douglas podría conseguir una nodriza.

Como para confirmarlo, la pequeña rompió a llorar, con los ojos apretados.

—Sería mejor ponerle el nombre de su madre. Margaret White suena bien. — Kitty echó una mirada nerviosa a Hannah—. Si Elizabeth está de acuerdo, por supuesto. ¿Piensas llevarla a Lago de las Nubes para que la críen Elizabeth y Nathaniel?

La joven apretó un puño contra la boca para ocultar una sonrisa. No pudo evitar recordar las interminables discusiones que había mantenido con su madrastra sobre las verdades y las verdades a medias, las mentiras y los engaños bien intencionados, extrañas diferenciaciones que hacían los o'seronni para consolarse. Era una lección que por fin había aprendido. Y con Kitty solía serle útil a menudo.

—En la sala de bebés hay tantos niños que si pudiera ayudar siquiera a uno... ¿Te parece que he hecho lo correcto? No sé qué pensará Elizabeth. Aceptar a otra criatura, sobre todo si hay que amamantarla...

—Conoces muy bien a Elizabeth, Hannah. Ella no abandonará a su suerte a una criatura desprotegida. Por supuesto que has hecho lo correcto. —Kitty alargó los brazos, marcados por la lanceta del doctor Ehrlich; eran como huellas de pájaro sobre una piel tan pálida como la manteca fresca—. ¿Puedo cogerla?

En cuanto estuvo en sus brazos, el bebé redujo el llanto a un gimoteo.

—Está hambrienta —susurró ella—. Si tuviera leche... —Y miró a Hannah como si se disculpara.

La muchacha se dirigió a la puerta y se detuvo allí.

—Puede que aún tengas. No ha pasado tanto tiempo. Iré a hablar con la señora Douglas. ¿Necesitas algo más?

Kitty, que ya había comenzado a desenvolver a la niña para examinarla, se tomó su tiempo para responder:

—Sí. Necesitaré pañales y unas mantillas decentes. Esta gorra no sirve. Por favor, dile a Amanda que venga. Ella debe de tener por ahí algo adecuado. Y envíame a Suzannah. Es hora de que me vista.

Mientras bajaba la escalera, Hannah envió un silencioso mensaje de gratitud al doctor Savard. El pulso aún le atronaba en los oídos. Cuando entró en el estudio de Will, éste se levantó inmediatamente y dijo:

—Dios mío, nunca te he visto tan nerviosa. ¿Qué asunto es ése del bebé? La señora Douglas está como loca. ¿Hay algún problema con Kitty?

—No hay ningún problema —aclaró ella, levantando las manos para detenerlo—. Por el contrario, ahora tengo esperanzas de que mejore.

Will se sentó; un aire pensativo había reemplazado a la preocupación.

—Tu expresión me recuerda a la de la tía Merriweather el día en que anunció el compromiso de Lydia. Debes de haber dado un gran golpe. ¿No piensas decirme de qué se trata?

Al oír eso, Hannah ensanchó la sonrisa. Echó un vistazo hacia las puertas cerradas del piso alto, atenta al llanto de la niña. No se oía nada.

—Estaba tan preocupada por el cuerpo de Kitty que olvidé su espíritu. El pueblo de mi madre sabe que el espíritu herido puede impedir la curación del cuerpo, pero al dedicar todo mi tiempo a vacunas, microscopios y disecciones, olvidé ese detalle.

Su primo la miraba, intrigado.

—¿Y cómo es que lo has recordado tan de súbito?

—Me lo recordó alguien. Un maestro. Un amigo.



Capítulo 29

—Sé que esta larga visita te ha resultado a veces fastidiosa, pero confío que extrañes la ciudad, siquiera un poco.

Hannah miró a Will Spencer, que estaba junto a la barandilla del *Good News*, con las manos cruzadas a la espalda, con la mirada perdida en el horizonte. En pocos minutos los porteadores acabarían de subir el último de los baúles a bordo. Kitty y Amanda ya habían bajado con la nodriza para ver el alojamiento e instalar allí a la niña, vestida ahora con metros y metros de encaje y la mejor muselina. Tampoco había rastro de los chicos, que habían decidido explorar el barco en esos últimos minutos. «Buscan un escondite para dos polizones», pensó Hannah. Pero no dijo nada; observaba aquella ciudad que, según las esperanzas de todos, debería echar de menos. Desde allí se la veía tan frenética como el día de su llegada; la familiaridad no lograba domesticarla. Hannah no podía fingir que lamentaba abandonarla, ni siquiera para dar gusto a alguien tan generoso y bueno como Will Spencer.

—Te extrañaré a ti —dijo— y a todos los de la calle Whitehall.

Él rió abiertamente.

—Eres muy diplomática.

—Lo mismo me dijo el doctor Savard el otro día, cuando me pidió mi opinión sobre el doctor Ehrlich. —Ella apartó la vista hacia el agua—. Bueno, en realidad, lo que quiso decir es que le ocultaba mi verdadera opinión.

—¿Y era cierto?

Ella reflexionó.

—Sí. Pero como contigo no tengo necesidad de hacerlo, te diré qué echaré de menos y qué no. —Hizo una pausa—. No echaré de menos al doctor Ehrlich y a su querida lanceta, pero sí las conversaciones que tenía contigo todos los días, durante el desayuno. No echaré de menos las miradas que la gente me lanzaba por la calle ni las cosas que murmuraba, pero sí el interés con que Amanda me preguntaba por mi trabajo todas las noches. Echaré de menos a la señora Douglas, pero, no a la señora Sloo. Echaré de menos el trabajo en el asilo y en el hospital, puesto que allí he aprendido mucho y podría aprender mucho más. No extrañaré la sala de bebés del asilo, pero soñaré con ella. No extrañaré el hedor de las calles, pero sí las caminatas junto al agua. Echaré de menos la biblioteca del doctor Simon y los periódicos, pero a él no mucho, a pesar de su generosidad, pues nunca se sintió a gusto conmigo. Echaré de menos las bolsitas de espliego que la señora Douglas colgaba entre mi ropa y los pañuelos que me daba antes de que partiera hacia el asilo. Y los cacahuets tostados que compraba a veces al hombrecito de la esquina, porque eran muy ricos, y él es ciego y nunca me hacía preguntas tontas. ¿Estás satisfecho?

Will levantó ambas manos en señal de rendición y se rió de buena gana.

—Permíteme una pregunta. ¿Has logrado todo lo que te proponías?

—Ayer mismo escribí esa pregunta en mi diario —dijo Hannah—. En algunos aspectos he logrado incluso más de lo que esperaba.

En otros tiempos habría pensado que Will era demasiado caballero como para sonsacarle cosas, pero en las últimas semanas había descubierto que él sabía utilizar también el silencio para conducir la conversación hacia sus objetivos. Desde el día en que le mostrara La Cabeza de Toro, el nombre de Liam no había vuelto a ser mencionado, pero allí pendía ahora, casi visible. Hannah dijo:

—Ayer me encontré con la señora Kerr.

Will se meció sobre los talones, estudiando la cubierta. Cuando volvió a levantar la vista, estaba muy serio.

—Me lo imaginaba. ¿Te dijo lo que deseabas saber sobre Liam?

Ella entornó los ojos para mirar contra el sol.

—Me lo contó todo. Y nada.

En el muelle se oían las voces de un marinero y un estibador que discutían por un baúl. Hannah observó la escena hasta que los separaron.

—¿Crees que Jenny Kirby y su hermana huyeron? —preguntó.

Will se apretó el puente de la nariz con dos dedos; ella había aprendido a reconocer ese gesto suyo como señal de molestia.

—La verdad, no lo sé.

—Tengo sólo una pregunta más. Podría habérsela hecho a la señora Kerr, si hubiera logrado ordenar mis pensamientos. ¿Liam es cazador de recompensas o es sólo un papel que representa mientras busca a su esposa?

Su primo exhaló un suspiro.

—La respuesta a esa pregunta no es tan sencilla como imaginas.

—Pues bien, simplifícala.

—De acuerdo. Sí, Liam busca a su esposa, pero también es cazador de recompensas. Por lo primero llegó a lo segundo.

—¡Señor Spencer!

Una voz jadeante llamaba desde el muelle. Ambos se volvieron. Era Oliver, uno de los nietos de la señora Douglas.

—¡Señor Spencer! Me manda la abuela Douglas. Hace unos minutos ha llegado correo para la señorita Bonner.

Will le hizo señas de que subiera.

—Veamos esas cartas, Oliver.

El muchacho subió a toda carrera por la planchada, esquivando a un marinero que llevaba un barril sobre el hombro y una jaula llena de nerviosos pinzones. Ya sin aliento, entregó el correo directamente a Hannah, que le dio las gracias mientras

echaba un vistazo a las cartas.

—Tres al mismo tiempo. —Will no podía disimular su curiosidad, pero no hizo la pregunta obvia.

—Una es de mi madrastra. —Hannah la exhibió para que reconociera la letra—. Deben de estar en casa, por fin.

Vio en la cara de su primo el mismo alivio que ella sentía. En las dos últimas semanas le había costado fingir que no la preocupaba el largo silencio de sus padres. Por la noche desfilaban por su mente, como soldados de infantería, todas las cosas que podían haberlos retrasado en la espesura, y ni siquiera el sueño podía hacerlas desaparecer.

Después de romper el sello, desplegó inmediatamente la hoja, pues Will debía conocer las noticias antes de que zarpara el barco.

—«Querida hija —leyó en voz alta—: Tu padre y yo hemos regresado a casa, ambos gozando de la mejor salud, y así hemos encontrado también a toda la familia, aunque tu hermana Lily ha sufrido un esguince de tobillo del que todavía no está del todo recuperada».

—Gracias a Dios —murmuró él.

—«Hemos regresado con el nieto de Curiosity y Galileo, un niño sano y vigoroso. Su madre ha dejado este mundo, noticia que sin duda ha de entristecerte mucho. Todos lloramos su muerte. Muchas Palomas está amamantando al niño junto con Sawatis».

—¡Dios mío!... —Will apartó la cara.

Hannah respiró hondo y soltó el aire. A su garganta subían lágrimas de ira y frustración. Selah había muerto de parto, de fiebres... o tal vez (no pudo apartar la idea), tal vez a manos de los cazanegros que tanto la asustaban. Liam Kirby.

La voz de Will la arrancó de sus pensamientos.

—¿Dice cómo sucedió?

La joven echó un vistazo al resto de la carta.

—No, no dice nada. Esto destruirá a Manny.

Él le puso una mano en el hombro.

—Es fuerte, Hannah. Además, recuerda que ahora tiene un hijo. Continúa. Quiero llevar todas las noticias a Amanda.

La joven se obligó a concentrarse en la pulcra escritura de Elizabeth.

—«Como puedes imaginar, Curiosity y Galileo anhelan recibir noticias de su hijo. Esperamos que puedas proporcionarles ese consuelo. Ella calma su dolor trabajando en la aldea y, en especial, atendiendo a Reuben en el molino. El muchacho sufrió graves quemaduras en un accidente y no creemos que sobreviva, aunque resiste día tras día. Todos deseamos tenerte aquí con nosotros cuanto antes. Cualesquiera que sean las noticias que nos traigas, buenas o malas, juntos las pasaremos mejor. Tu

amante madrastra, Elizabeth Bonner». —Al terminar, susurró—: Menos mal que ya partimos. De lo contrario habría ido a pie. —Las lágrimas corrían libremente por su cara, y parpadeó para alejarlas—. Pobre Curiosity... ¿Puedes avisar a Manny y decirle que vaya a Paradise?

Will se esforzó en mantenerse inexpresivo, como hacía el doctor Simon cuando algún paciente le formulaba una pregunta que no deseaba responder.

—Will —insistió Hannah, en voz más alta de la que pensaba—, ¿ha muerto?

—¡No! —Él sacudió la cabeza—. Manny no ha muerto.

—¿Sabes dónde está?

—Tengo una idea bastante aproximada de dónde puede encontrarse —fue su renuente respuesta.

—Pues bien, ¿puedes darle la noticia? Dile que sus padres lo necesitan.

—Lo intentaré —prometió Spencer—. Haré lo que pueda.

* *

Sólo varias horas después, cuando los adioses quedaron atrás y el *Good News* comenzó a remontar el Hudson, Hannah se acordó de las otras cartas.

Se sentó en la estrecha litera, con ellas en el regazo. La de Jennet era la más pesada: tres o cuatro hojas, las primeras noticias que recibía de ella desde la muerte de su padre. Sin duda no sería fácil de leer.

La segunda fue a la vez una sorpresa y un misterio; llevaba su nombre escrito con la letra del doctor Savard.

—Ve a leer esas cartas a cubierta —le aconsejó Kitty desde su litera, mientras disimulaba un bostezo detrás de la mano. La niña dormía satisfecha a su lado, moviendo reflexivamente la boquita.

—¿Estás segura?

—Sí, por supuesto. Aprovecha lo que queda del sol. Esther y yo podemos arreglarnos perfectamente. Y si encuentras a Ethan, envíamelo. Ya ha molestado bastante al capitán.

Hannah subió de buen grado, no sólo para tomar sol, sino para alejarse de aquella irritante nodriza que no dejaba de observarla en silencio; en el escaso espacio del camarote resultaba difícil pasarla por alto.

Kitty habría querido producir suficiente leche para alimentar a la criatura —y habría sido posible, si hubiera persistido—, pero al segundo día estaba tan preocupada por la pequeña que comenzó a entrevistar a las nodrizas que le llevaba la señora Douglas. Contrataron a una muchacha que acababa de llegar de Alemania; apenas sabía algunas palabras de inglés y parecía poco proclive a dar información

sobre sí misma, pero tenía leche en abundancia y, a diferencia de las otras tres candidatas, estaba dispuesta a viajar hasta Paradise y permanecer allí todo el tiempo que hiciera falta..., siempre que le pagaran bien. Hannah sólo podía soportar su escrutinio porque era mudo: la joven no hacía preguntas.

Tras haber arrancado a Ethan de una de las muchas historias que le contaba el capitán (ésta era de un barco fantasma que navegaba por el Hudson durante la luna llena), le mandó que fuera a reunirse con su madre y buscó un rollo de cuerda que le sirviera de asiento. Desde ese trono improvisado podía contemplar el río, que se iba estrechando, en tanto las montañas se oscurecían a su alrededor. La brisa del anochecer la envolvió y le alborotó los cabellos que se le habían escapado de las trenzas, rozando la piel húmeda de su cara con la ternura de una madre.

Primero volvió a leer la carta de Elizabeth, en busca de alguna pista sobre Selah. No había ninguna, como si su madrastra hubiera temido que la información pudiera caer en malas manos. O tal vez no había tenido fuerzas para expresar sus sentimientos por escrito.

Durante un largo instante observó la carta de Jenet, pero al ver que quedaba poca luz, la dejó para el día siguiente.

El sello de la carta del doctor Savard se abrió con un crujido. Hannah desplegó dos hojas de papel grueso.

Estimada señorita Bonner:

En primer lugar, debo disculparme por no estar presente en el asilo para desearle un buen viaje y la mejor suerte en su carrera médica. Espero que esta nota cumpla con esa finalidad.

En segundo lugar, deseo darle alguna noticia de interés estrictamente profesional: hoy he vacunado al bicentésimo niño, récord del que el doctor Simon está comprensiblemente orgulloso. La criatura, una niña de siete años recién llegada de Escocia, me ha mostrado los dientes, pero no los ha usado.

Y en tercer lugar, quiero hablarle de su experimento sobre mi persona. En verdad no puedo rechazar su hipótesis, pues la mitad inferior de la herida está casi cicatrizada, mientras que la mitad superior aún supura. Esta mañana he tratado toda la zona con su preparado. Ardía terriblemente y me ha hecho pensar en usted.

A modo de retribución por su valioso tratamiento, y como muestra de mi afecto y respeto, incluyo una copia de cierto documento que satisfará su interés y el de sus amigos, aunque no les ofrezca consuelo.

Con los mejores saludos de su colega,

Paul deGuise Savard dit Saint-d'Uzet

La segunda hoja era una copia de su puño y letra, con una nota arriba que decía: «Fallecimientos 1801, julio-septiembre, página 12.» Cada línea contenía un nombre y datos de edad, estado civil, lugar de origen, causa y fecha de la muerte y lugar de internación. La mitad de las anotaciones registraban a niños anónimos que habían muerto en el primer mes de estancia en el asilo; casi todos tenían menos de cuatro años y eran víctimas de la difteria. Los había irlandeses, alemanes, norteamericanos, africanos; algunos habían nacido allí mismo. Otros eran huérfanos, pero en su

mayoría se los registraba como abandonados, entregados al estado o indigentes.

Ella era la última de la página, como si el doctor Savard se hubiera quedado sin tinta, o sin tiempo, o, quizá, porque hubiera dado la tarea por cumplida. Connie Vaark, mulata de dos años, abandonada al cuidado de la ciudad tres meses antes; había muerto asfixiada el día 30 de septiembre, junto con otros doce niños, y estaba sepultada con los otros, sin nombre, sin madre, en una tumba común del Cementerio Africano de la calle Chrystie.

Hannah sabía, desde luego, que la búsqueda de Manny podía acabar así. Nadie que conociera la sala de bebés del asilo podía sorprenderse de eso. Los niños muertos eran tan comunes como los cuervos: sólo datos que registrar minuciosamente en una página, negro sobre blanco.

«Cualesquiera que sean las noticias que nos traigas, buenas o malas, juntos las pasaremos mejor», había escrito Elizabeth. Y Hannah confiaba en su madrastra. Pero ¿cómo era posible? ¿Cómo daría esa noticia a Curiosity y a Galileo? ¿Y a Manny, que aún ignoraba la muerte de su esposa? A ella le tocaría explicar, ayudarlos a comprender que una criatura pudiera morir en un lugar como el asilo.

Manny le había pedido ese favor, pero era demasiado.

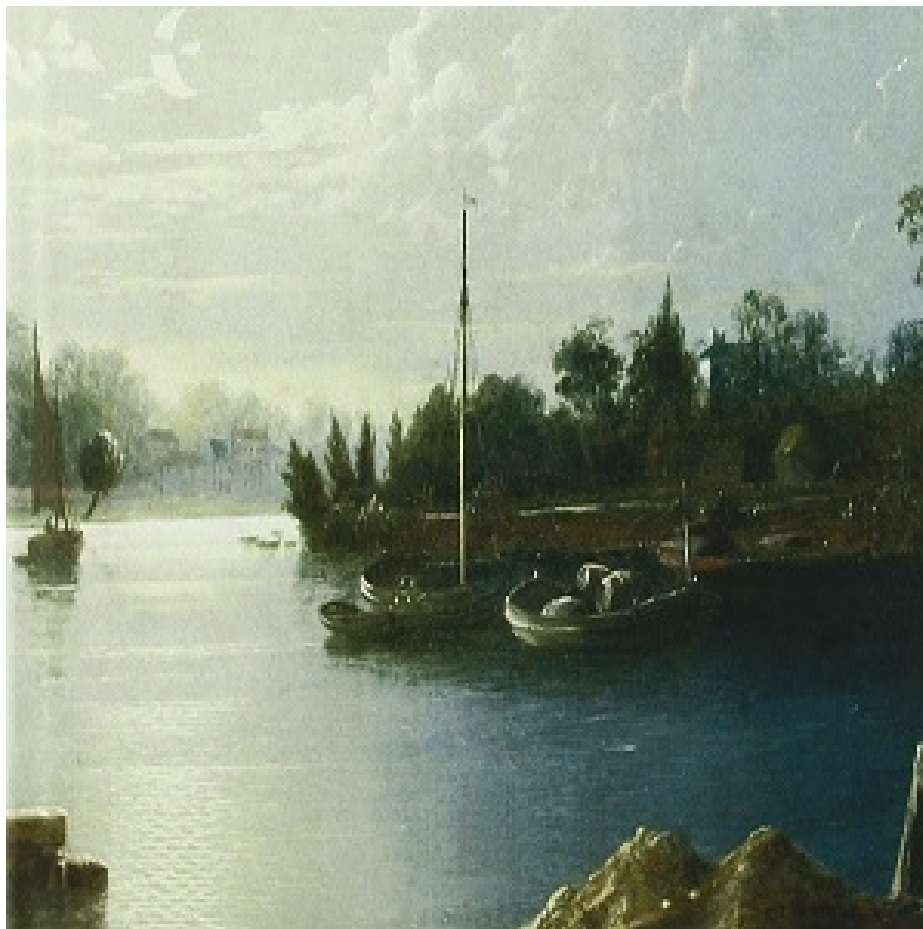
El sol arrastró unas nubes ensangrentadas hacia el otro lado del mundo, por encima de las Palisades. De pie ante la barandilla, Hannah lo contempló hasta que le lagrimearon los ojos.

El viento jugaba con la carta del doctor Savard; tironeaba de ella, la doblaba y la desplegaba. Cuando Hannah abrió los dedos, las dos hojas volaron por encima del agua oscura como dos alas, blanco sobre negro.



TERCERA PARTE

Paradise



Capítulo 30

Una semana después de la partida de sus padres, Lily Bonner empezó a despertarse justo antes del amanecer, con la esperanza y el temor de que hubieran regresado durante la noche. Aunque no veía la hora de tenerlos otra vez en casa, le dolía no haber cumplido con su promesa: en esos siete días no había escrito una sola palabra en el cuadernillo que su madre le había dejado.

Todos los días lo abría y contaba las páginas. Bajo la cubierta de fina piel de ciervo había doce hojas de papel, cosidas por el medio para hacer veinticuatro páginas, muy blancas y más grandes que una mano. Pero no se decidía a coger la pluma. Durante la primera semana había pensado escribir lo más obvio: «Hoy he ido al gran pantano con Osos. He molido maíz durante largo rato. Muchas Palomas está haciendo un nuevo par de mocasines para Kateri y me permite que le eche una mano con los adornos de cuentas. He ayudado a Bump a plantar coles, y a Muchas Palomas y a Susurro de Pinos, a plantar semillas de habichuelas y calabazas entre el maíz».

Pero malgastar luz solar y papel caro para contar a su madre cosas que ella sabía sin necesidad de que se las contaran no le parecía bien. Lily quería escribir cosas que la sorprendieran, cosas que no pudiera imaginar por sí misma, que le hicieran fruncir las cejas, reír o formular preguntas que nadie podría responder. Quería que ese cuadernillo fuera como los periódicos que los tíos Spencer enviaban de la ciudad. Cuando llegaba uno, por muy viejo que fuera, su madre los congregaba por la noche para leerles en voz alta, con la cara rosada por el entusiasmo. A Lily le gustaban esas noches, aunque no entendía mucho de lo que oía, por lo feliz que hacían a su madre.

Ella sabía que sólo había un modo de conseguir noticias de verdad: pasar ratos en la aldea, donde los adultos hablarían de cualquier cosa en presencia de una niñita que parecía no prestar atención.

Como su madre no estaba, no había clases en la escuela, pero sí tareas, y en ese momento más que nunca, pues la tierra ya estaba en condiciones de arar y se había iniciado la siembra. Los adultos habían elaborado un plan: los tres niños mayores pasarían la primera parte del día en Lago de las Nubes. Terminadas sus tareas y una vez que hubieran almorzado, podían bajar a la aldea, si así lo deseaban, siempre que se mantuvieran al alcance de una llamada de Curiosity; podían explorar la montaña, mientras no se acercaran a la cara del norte, o quedarse en casa, en cuyo caso era probable que los llamaran para algún trabajo adicional. Ojo de Halcón, Muchas Palomas y Huye de los Osos eran muy capaces de buscarles uno.

Hacia el segundo día, Lily adivinó que Daniel había hecho alguna promesa, muy probablemente a su padre, de mantenerla bajo vigilancia. Sólo así se explicaba que él la invitara a acompañarlo cuando salía con Grajo Azul a cazar ranas, disparar flechas

o hacer algunos cambios en su fuerte. A veces ella accedía, sobre todo por curiosidad, pero también por afecto: si creer que la protegía hacía feliz a su hermano, ella estaba dispuesta a permitirselo. Lily sabía que Daniel se sentía solo, aunque no lo admitiera.

Así pues, la niña pasaba todo el tiempo que podía en la aldea. Siempre se acercaba a la factoría, antes de ir a casa de los Todd, donde al parecer todo el mundo, salvo la viuda Kuick, acudía todos los días a visitar a Anna o a Curiosity. Iban a comprar, vender o intercambiar tabaco, huevos, telas bastas, semillas y venado, a pedir consejo o ayuda para un animal enfermo, por el queso que no cuajaba o para hacer la trama en el telar. Y todo el mundo dejaba alguna noticia. En general no eran noticias sorprendentes, pero de vez en cuando surgía algo que podría interesar a su madre, y Lily las registraba mentalmente.

Solía pasar en la factoría una media hora, escuchando a los hombres que jugaban a las cartas o a los bolos en la parte trasera. Normalmente estaban tan concentrados en su conversación que no hacían caso de ella, pero, de todos modos, no podía quedarse mucho tiempo, pues siempre podía haber alguien que se volviera y le preguntara amablemente qué necesitaba y por qué no había ido a la ciudad con su tía Todd o a Albany con su madre.

La irritaba que la gente creyera que su madre era capaz de viajar a Albany dejándola en casa. Pero más la irritaba aún no poder decirles la verdad: que las cosas no eran así. Lily pensaba entonces en la expresión serena de Selah y en el bebé que iba a tener, y olvidaba su necesidad de contestar a esas preguntas y hasta de estar con la gente que las formulaba. Luego continuaba su camino para reunirse con Curiosity y Galileo.

La cocina de los Todd le era tan familiar como el hogar de Lago de las Nubes. Allí podía quedarse todo el rato que quisiera y hacer preguntas, si se le antojaba, o limitarse a escuchar. Si el tiempo empeoraba mientras ella estaba allí, Curiosity le daba de cenar y la acostaba; en Lago de las Nubes nadie se preocuparía por ella. Pero no le gustaba que Daniel durmiera solo; por eso generalmente volvía a casa.

En la cocina de Curiosity, desde luego, nadie podía estar sin hacer nada; Lily siempre recibía el encargo de cardar lana, hilar, agitar la colada o pulir el peltre. Pero no le importaba, porque las conversaciones que escuchaba en esa cocina valían la pena. Era asombroso las cosas que decían los adultos delante de una niña que supiera mantener silencio y cara de aburrida. Como si fuera sorda o demasiado pequeña para entender qué significaba que una mujer tuviera una falta, o que a Peter Dubonnet se le hubiera antojado súbitamente salir de cacería justo cuando Baldy O'Brien, el odiado recaudador de impuestos, llegaba de Johnstown.

Por eso, dos semanas después de la boda, Lily no supo qué pensar cuando Curiosity se interpuso en la puerta de la cocina y no le permitió entrar. Ella apenas pudo echar un vistazo, pero vio a Dolly Smythe sentada a la mesa, con la cara entre

las manos y los hombros trémulos, como si tuviera fiebre.

—Hay mucho que hacer en la huerta —dijo Curiosity, con la voz que usaba cuando no estaba dispuesta a tolerar discusiones—. Ve a ayudar, niña. —Y le cerró la puerta.

A menudo la mandaba a la huerta, cosa que Lily, en general, aceptaba de buen grado, pues le gustaba estar fuera y Bump andaba siempre por allí. Bump era uno de sus favoritos; la llamaba «señorita Lily» y le contaba anécdotas de sus viajes, las guerras, la frontera del oeste y los indios con los que había vivido durante un tiempo, de un gran guerrero llamado Pantera del Cielo, al que había visto una vez, y de los primeros tiempos en Paradise, cuando sus abuelos Middleton habitaban la casa de la escuela y la abuelita Bonner aún vivía.

Lily vaciló; no quería escuchar a través de la puerta, pero se preguntaba qué hacía Dolly Smythe allí. La señora Kuick no era el tipo de ama que permitía a sus sirvientes vagar por la aldea y visitar a los amigos en las horas de trabajo. Posiblemente la viuda había decidido que ya no quería a Dolly en la casa, aunque costaba creerlo: ella trabajaba mucho, era inteligente y sus modales nunca habían provocado la desaprobación de nadie, ni siquiera de las viejas comadres que observaban a las muchachas solteras como las gatas a sus crías, listas para poner las cosas en su sitio a dentelladas, si hiciera falta. La madre de Lily tenía muy buena opinión de Dolly Smythe; eso ya era suficiente recomendación.

Tampoco había señales de Bump en el jardín; ése era otro misterio, pues había hecho tres surcos con la azada, y el cesto de las semillas estaba en el umbral del cobertizo. De pie en medio de la puerta, mientras olfateaba el rico olor a tierra removida bajo el sol caliente, Lily recordó el laboratorio del doctor Todd. Tal vez Bump había ido a ayudar al médico. Después de echar un vistazo a la puerta de la cocina, que seguía cerrada, rodeó el cobertizo para mirar en esa dirección.

De las chimeneas no salía humo. Estaba pensando acercarse a echar una mirada, cuando Lucy Hench apareció tras ella.

—¿Buscas a Bump?

Lucy tenía dos años menos que Lily, pero era una niña alta para su edad. Era lo que Curiosity denominaba «un alma sencilla»: amable y llena de buenas intenciones, aunque no muy inteligente. Lily la quería mucho, pero no podía jugar con ella más de una hora sin aburrirse a morir.

—Tu abuela me ha mandado que lo ayude en el jardín. ¿Está en el laboratorio?

—No. Allí no hay nadie. El doctor ha subido para ver a la buda.

—A la viuda —corrigió Lily automáticamente, aunque sabía que Lucy seguiría llamándola «buda».

—No sé dónde puede estar Bump. ¿Quieres jugar? —Lucy le mostró una muñeca de trapo que llevaba envuelta en un pañuelo.

—Tengo que plantar unas cosas. ¿Tú sabes qué le pasa a la viuda?

—No estoy segura. —Se encogió de hombros—. Cuando Dolly ha venido preguntando por el doctor Todd, ha dicho que a la buda le había dado un ataque y que estaba arrojando cosas, y que por favor fuera pronto, antes de que matara a alguien.

—¿Que la viuda estaba arrojando cosas?

Lucy asintió, meciendo a su bebé contra el pecho.

—¿Estás segura de que no quieres jugar a las muñecas? Ésta tiene la garganta mala y se va a morir. Podrías curarla.

—No puedo —dijo Lily, haciendo lo posible por fingir que le habría gustado—. ¿Quieres ayudarme con la huerta?

Lucy puso cara de desilusión y partió en busca de su hermana Solange, que tenía una muñeca con ojos y boca.

Conque la viuda había sufrido un ataque. Eso sí que era una noticia digna de escribirse, aunque no estaba segura de lo que significaba. El año anterior, al viejo MacGregor le había dado un ataque en medio de la factoría y había muerto con la cara purpúrea, pero en ningún momento tiró cosas. Uno de los Cameron había arrojado una piedra contra una ventana, pero lo hizo porque estaba borracho, y costaba imaginar a la viuda Kuick bebiendo nada más fuerte que la sidra.

El caso es que allí no había nadie que pudiera explicárselo. Curiosity estaba en la cocina, con la llorosa Dolly Smythe, y aún no se veían señales de Bump. Lily giró una vez más, buscándolo con la mirada, y vio que Gabriel Oak se sentaba en ese momento al sol, delante de su cabaña. Él la saludó agitando una mano.

La niña paseó la mirada por el jardín desierto y decidió hacer una visita a Gabriel Oak.

* *

A pesar de que hacía sol, el hombre estaba envuelto en un capote y llevaba un chal sobre los hombros. Lily sabía por Hannah que estaba muy enfermo, pero en ese momento lo comprobó con sus propios ojos, por la manera en que la piel se le estiraba contra los huesos. Tal vez habría sido mejor quedarse en la huerta, sin molestarlo, pero entonces él sonrió.

—Amiga Lily, ¿quieres sentarte un rato conmigo?

Gabriel Oak era el único cuáquero que conocía; se preguntó si todos serían así de corteses, tranquilos y tratables. Había allí dos banquillos; Lily se sentó en uno de ellos.

—Buscaba a Bump —explicó—. Me han ordenado que lo ayude en la huerta. Él parpadeó lentamente.

—Cornelius ha salido con el doctor Todd. Supongo que se trataba de una emergencia.

—Me imaginaba algo así.

Lily dirigió la vista hacia la aldea, pero allí no se veía absolutamente nada, aparte de unos cuantos perros que dormían en el camino. Entornando un poco los ojos, vio que dos de los animales tenían el hocico ensangrentado; frente a uno de ellos, se veía una masa enmarañada de pelaje anaranjado.

—Mire —añadió—: por fin han pillado al gato de la señora Gathercole. Hace siglos que lo perseguían.

Gabriel Oak forzó la vista en esa dirección, y al fin dijo:

—Tienes muy buenos ojos, amiga Lily. Heredados de tu abuelo, sin duda.

—Daniel también. Él ve aún más lejos que yo. Dice que quiere ser francotirador en la próxima guerra, si por entonces tiene una escopeta propia.

—¿Habrá guerra de nuevo? —El cuáquero parecía interesado, pero no muy inquieto.

—Eso dicen los periódicos. —La niña dudó un poco—. Pero mi abuelo dice que no nos incumbe.

—Tu abuelo tiene la vista clara en más de un sentido.

Callaron durante un momento, hasta que por fin Lily dijo, tras un suspiro:

—Curiosity no me deja entrar en la cocina. Me gustaría saber qué pasa allí. ¿Ha visto llegar a Dolly Smythe, señor Oak?

—Sí.

Mientras la niña le contaba lo poco que había sabido por Lucy y lo que ella misma sospechaba, Gabriel cogió su bloc de apuntes y la dejó hablar sin interrumpirla; sólo de vez en cuando levantaba la vista y hacía un gesto afirmativo. Parecía escuchar de verdad en vez de fingir, como a menudo hacían los adultos. Casi sin pensarlo, ella le habló de su cuadernillo en blanco y de sus planes para llenarlo.

—Si supiera qué pasa en el molino, podría escribirlo para mi madre.

—Amiga Lily —dijo él, con su voz suave y profunda—, en el papel se pueden poner otras cosas, además de palabras, y hay distintas maneras de contar una historia.

Y le mostró su boceto.

Había dibujado a Bump trabajando en la huerta, mientras Lucy lo miraba desde la cerca. Estaba con la boca abierta y casi era posible oírlo cantar, al igual que Lucy, que parecía tararear al compás, pues como solía decir Curiosity, sonriente, la más dulce de sus nietas era más desafinada que un gozne herrumbroso. Sin saber del todo porqué, Lily dijo:

—Esa canción es su preferida: la del soldado que vuelve a casa.

Gabriel Oak le sonrió como si no hubiera dicho nada raro.

—¿Cómo hace usted eso? —preguntó ella—. ¿Cómo hace para que parezcan tan

vivos que hasta los oigo cantar?

—No lo sé. —Él retiró el boceto y lo tocó apenas con el lápiz, acentuando una curva en el contorno de la pobre espalda de Bump.

—No comprendo —dijo la niña—. ¿Usted lo hace y no sabe cómo?

Él arrugó la frente.

—Yo me pregunto lo mismo desde hace años. La única explicación que he encontrado es que algunos nacen con un don especial. Hay quienes pueden tejer palabras para componer un cuento; otros saben dar a la madera formas que parecen reales. Algunos pueden crear música, como el joven Reuben y su hermano. Yo sé dibujar imágenes. —La miró; por debajo del flequillo, los ojos grises estaban llenos de bondad, quizá de esperanza—. ¿Has intentado dibujar alguna vez, amiga Lily?

Ella pensó en la pizarra de la escuela, de superficie áspera, y en el polvo de tiza que se le quedaba entre los dedos. El cuaderno no era mucho mejor: papel tosco en el que se escribía con pluma y con la tinta que fabricaba su madre, o peor aún, con una pluma rellena de plomo para balas. Versos y más versos rascados así, trazo a trazo.

—No —dijo—. ¿Cree que podría aprender?

—Una parte se puede aprender, si estás dispuesta a estudiar. Si tienes o no el don, ya se verá. Cuando yo era joven, daba lecciones a las damas de Baltimore.

Lily parpadeó, sorprendida. Por lo general era Bump quien contaba cosas, mientras Gabriel Oak escuchaba, pero al parecer esa tarde tenía ganas de hablar. Se preguntó qué significaría todo aquello. Tal vez él estaba dispuesto a darle lecciones. Parecía improbable, pero aun así era estimulante.

—¿Alguna de sus alumnas tenía el don? —preguntó.

Él cerró los ojos durante un minuto, como si pudiera mirar hacia atrás en el tiempo.

—Alguna sí. Pero no siempre las dotadas eran las que estaban dispuestas a trabajar duro.

—Yo trabajo duro —aclaró ella, mirándolo directamente a los ojos.

Gabriel Oak le sonrió. Lily, absorta, le vio sacar una larga caja de madera de entre los pliegues de su capote. La tapa se deslizó hacia atrás, dejando al descubierto lápices de grafito negro, más de los que Lily había visto en su vida: cortos y largos, gruesos y delgados.

Esos lápices se hacían de uno en uno y era menester encargarlos a Boston, a Albany o incluso a Francia, que era donde se fabricaban los mejores, aunque a un precio muy alto. Lily sólo se los había visto usar al agrimensor que llegó de Johnstown cuando la viuda Kuick entró en disputa con el doctor Todd y el padre de Lily por los límites de sus propiedades. Y ahora, a Gabriel Oak.

Él examinaba uno de los más pequeños, haciendo girar entre sus largos dedos la forma cuadrada. Luego sacó una lima y afiló la punta. El polvo de madera le iba

cayendo sobre el regazo; olía bien.

Cuando se lo entregó, ella lo hizo girar entre los dedos; la madera suave estaba tan pulida por el uso que no se distinguían las uniones.

—Nunca he usado un lápiz —dijo.

—Pues entonces comenzaremos por el principio —decidió Gabriel Oak—. Generalmente es lo mejor.

* *

Cuando Richard Todd y Bump entraron en la cocina, encontraron a Cookie acurrucada ante el hogar. El corte que tenía en la frente había dejado un gran parche de sangre en el pañuelo. Ella levantó hacia el doctor una mirada fulminante, como si la culpa fuera de él.

—Oh, gracias a Dios —dijo Becca Kaes, levantándose de la mesa. Temblaba tanto que debió envolverse las manos en el delantal para afirmarlas.

—Becca —saludó el doctor, torciendo hacia abajo una comisura de la boca—. ¿Qué ocurre?

En el otro extremo de la casa se oyó un chillido agudo, que se cortó con un portazo. La muchacha meneó la cabeza y se apretó la boca con una mano, como para no gritar. Luego respiró hondo.

—El amo le ha dado palabra de casamiento a Jemima Southern. —Su voz sonaba ronca. Se apresuró a echar una mirada atrás, como si temiera que alguien la hubiese oído—. La viuda está muy disgustada.

El doctor torció la otra comisura de la boca.

—¿Y por eso me habéis mandado llamar? Yo no dispongo de remedios para eso. Para ese tipo de problemas debéis recurrir al señor Gathercole.

Becca se adelantó y le apretó el antebrazo con tanta fuerza que él dio un paso atrás.

—Está muy disgustada, doctor. Ha roto todas las piezas de cristal del salón. Tiene a Isaiah y a Jemima acorralados en un rincón y habla de... —Su voz se redujo a un susurro—. Está desequilibrada.

Cookie volvió hacia él su cara pequeña y flaca.

—La viuda no está desequilibrada —dijo—. Está furiosa como un perro rabioso con el rabo cogido en una trampa, eso es todo. Es amarga la píldora que le toca tragar, pero ya lo hará. Esta vez lo hará, ya lo creo. —Y sonrió con una malevolencia tan satisfecha que los otros apartaron la vista, incómodos.

El doctor Todd dijo:

—No tenemos nada que hacer aquí, Bump.

—Por favor, señor —dijo Becca, próxima a las lágrimas—. Por favor, vaya a... hablar con ella.

* *

Jemima Southern, de pie en un rincón de la sala, observaba el destrozo que había causado la viuda Kuick. Le brindaba una agria satisfacción ver la alfombra turca cubierta de labores enredadas, libros dispersos y fragmentos de cristal. Todos los perros pintados, los pastores de porcelana, los escoceses de falda y las damas empolvadas habían sido sacrificados por los arranques de la viuda.

«Mejor así —pensó—. Menos para limpiar».

Aunque ya no sería ella quien limpiara. Esos tiempos habían terminado para siempre.

A su lado, Isaiah Kuick se mantenía inexpresivo, como si no estuviera presenciando las convulsiones iracundas de su propia madre, sino a una actriz en el escenario. Cuando el último florero de porcelana se estrelló contra la pared, él no dijo nada; y cuando su madre le aulló: «Idiota, grandísimo idiota y putaño, arderás en el infierno por lo que has hecho», él se limitó a parpadear sin decir palabra.

Porque, en verdad, ardería en el infierno. Jemima e Isaiah habían llegado a un trato: ella lo ayudaría a irse al infierno y él la haría su esposa.

En las dos semanas transcurridas desde el episodio del granero, Jemima lo había observado y tomado nota de sus idas y venidas. Dos veces lo siguió hasta el alojamiento de Dye, a la luz de la luna, y permaneció fuera el tiempo suficiente para saber qué estaban haciendo. Y esa misma mañana lo había encontrado solo en el salón y lo había puesto todo en claro, con toda la sencillez posible: tenía un atraso en la regla; estaba embarazada. Antes de que él pudiera decir que eso no le incumbía, ella le borró la sonrisa confusa de la cara con la frase que había ensayado una y otra vez en esa última semana: lentamente, con seguridad, mirándolo a los ojos sin acobardarse.

—Este niño fue concebido la noche de la boda en el granero de la vieja casa del juez. Y si no fue usted quien lo puso allí, hay algo que a su madre le gustaría saber sobre su hijo y su capataz.

Entonces él la miró como si comprendiera súbitamente; no había ni pizca de la vergüenza o el miedo que ella esperaba, lo cual la desconcertó un poco. Aun así continuó:

—Usted hará lo que debe: casarse conmigo. No pretendo que comparta mi lecho y no me importa dónde pase sus noches.

Estaba preparada para una discusión y había estudiado todas las posibilidades. Si

él se negaba, juraría que la había violado y se presentaría ante los tribunales para exigir una pensión para el niño, o anunciaría en la iglesia, ante el señor Gathercole y toda la congregación, que tenían a dos sodomitas entre ellos, y proporcionaría detalles. Él podía escoger entre una de esas dos opciones o casarse con ella y continuar su relación con Ambrose Dye, siempre que pusiera más cuidado y no satisficiera sus impulsos anormales en lugares donde cualquiera pudiese verlos.

Tal como ella esperaba, fue fácil cerrar el trato. El hijo de la viuda sería sodomita, pero no tenía nada de estúpido. Repasando la conversación, Jemima se sintió profundamente satisfecha por haber arreglado las cosas con tan poca dificultad..., salvo al final, cuando le hizo la única pregunta que no podía callar.

—Dime por qué miras tanto a Hannah Bonner cuando te cruzas con ella. —Por primera vez desde que había comenzado la conversación, no pudo mantener el tono firme—. No creo que desees acostarte con ella. ¿O sí?

Por fin Isaiah pareció sorprenderse.

—No, no tengo ningún interés en acostarme con ella. La miro como miraría un cuadro de Rembrandt o de Miguel Ángel, si hubiera algo de eso en esta aldea. Simplemente, esa mujer es lo más bello que hay en Paradise.

El escozor de esa respuesta aún no había cedido, y no se extinguiría jamás. Pero ahora debía concentrarse en otras cosas, en cosas importantes.

Lo peor ya había pasado: la furia de la viuda se agotaría, dentro de uno o dos días se presentarían ante el señor Gathercole, y la viuda estaría allí para expresarles sus buenos deseos y darle la bienvenida, no ya como criada de su casa, sino como nuera. Sintiera lo que sintiese, la viuda Kuick sonreiría mientras hubiera otras personas allí y diría lo que corresponde a cualquier señora bien educada. Después de todo, Jemima sería la madre de su único nieto. Ella se encargaría de eso.

La verdad era que había tenido la regla dos días después de aquella noche en el granero, pero seguía con su plan. Liam Kirby aún estaba en Paradise y ella sabía dónde buscarlo: pasaba todo el tiempo vagando por la montaña, en busca de su fugitiva. Poco importaba que la gente comenzara a preguntarse si esa fugitiva había existido alguna vez; Jemima pensó de mala gana que posiblemente todo eso de ser cazanegros había sido una excusa para acercarse otra vez a Hannah Bonner. Pero lo importante era que Hannah se había ido y Liam no. Iría a la montaña a buscarlo para obtener lo que necesitaba de él; ahora que estaba comprometida con el único hijo de la viuda, gozaba de cierta libertad. Y pensaba aprovecharla ese mismo día.

La viuda se había dejado caer en la silla que había junto a la ventana, momentáneamente callada; por una vez no miraba hacia la aldea, sino que mantenía la vista clavada en sus propias manos, que yacían en el regazo. Cuando levantó la cabeza, fijó la mirada en Jemima. Su expresión, fría y no del todo humana, hizo que le corriera un escalofrío por la espalda.

—Ramera —susurró, con la voz quebrada por el esfuerzo.

—Puede llamarme como quiera —replicó Jemima—. Sus palabras no cambiarán lo que tengo creciendo en el vientre ni el acto que lo puso ahí.

¡Cuánto odio en una cara humana! Verlo era impresionante.

—Isaiah —ordenó la viuda—, busca a esa bruja india y dile que lo elimine. Hay una tisana para esas cosas. Líbrate de eso antes de que te arruine la vida.

Lo dijo como si su hijo ya tuviera dominio sobre el cuerpo de Jemima.

—No tomaré ninguna tisana —advirtió la muchacha—. Y si alguien intenta obligarme, juraré ante la policía que usted me ha atacado.

El color de la viuda se acentuó un poco más. Durante un momento Jemima se preguntó si la rabia llegaría a matarla, o si era demasiado pretender.

—Que se vaya, Isaiah. Dale el dinero que pida y que se vaya.

—No —dijo él, en tono paciente—. No puedo hacer eso, madre.

Jemima sabía muy bien que él estaba pensando en Dye. Su lealtad, desde luego, no era para ella; lo único que pretendía era proteger y conservar a su amante. Aun así era un gran placer oírlo desobedecer a su madre. Se permitió asumir un aire triunfal, y la cara de la viuda se contrajo de furia y disgusto.

Un golpe en la puerta hizo que la señora Kuick saltara de su asiento con renovadas energías. Cruzó la habitación a toda prisa, como si esperara a un ángel vengador, enviado para aniquilar a los pecadores impenitentes.

Entró el doctor Todd, que no parecía preocupado, sino fastidiado e incómodo. La viuda se sobresaltó al verlo, como si la hubiera descubierto haciendo algo vergonzoso. Jemima no pudo menos de admirarla por la manera en que se dominó: mientras se ceñía el chal a los hombros, recompuso la expresión; ya no había allí cólera alguna: sólo condescendencia y buenos modales.

—Doctor, no lo esperábamos —dijo—. Y como puede ver... —Al recorrer el salón con la mirada pareció desconcertarse un poco por la magnitud del estropicio—. Hoy no estamos en condiciones de recibir visitas. —Y empinó la barbilla en ademán altanero.

—No he venido a hacerle una visita social —aclaró el doctor Todd—. Sus criadas están temblando, señora Kuick. Cookie necesitará varios puntos de sutura. ¿Qué significa todo esto?

Desde el cuello apergaminado de la viuda subió un torrente de rubor.

—Son asuntos familiares que a usted no le conciernen —dijo, muy tiesa.

El médico dirigió a Jemima una mirada llena de intención.

—Tienes un corte en la mejilla, muchacha.

Ella se tocó con un dedo y encontró la mancha de sangre caliente. Ni siquiera se había percatado.

—No es nada —dijo.

—¿Señor Kuick? —preguntó el doctor Todd.

Isaiah carraspeó.

—Discutíamos los planes de la boda. Jemima y yo vamos a casarnos.

Ante esas palabras no pudo menos que sonreír, así como la viuda no pudo contener un estrangulado gorgoteo de derrota. Ya estaba dicho.

Jemima rozó la mano de Isaiah, que se estremeció y dio un pequeño paso hacia un lado. Fue muy leve, pero el médico lo detectó; cuando miró nuevamente a Jemima, había pasado de la curiosidad a cierta comprensión del asunto. Ella sintió una oleada caliente y fría a la vez.

—Pues os deseo felicidad —dijo él—. Y ahora iré a atender a Cookie.

—Doctor Todd —dijo Jemima, con su voz más serena.

Él se detuvo ante la puerta.

—¿Sí?

—Envíe a Becca, por favor. Hay que poner en orden todo esto.

Su tono hizo que él arqueara una ceja, sorprendido, pero asintió con la cabeza y cerró al salir.

* *

Cuando Lily regresó a casa, ya había olvidado lo del ataque de la viuda Kuick casi por completo. Incluso después de que Bump volviera a la huerta a continuar con su trabajo y de que Dolly Smythe saliera de la cocina para hablar con él, no abandonó su sitio junto a Gabriel Oak. El ataque de la viuda ya no le parecía importante, pues tenía la cabeza llena de dibujos.

Bajo el brazo llevaba un manojo de papeles llenos de círculos sombreados, cuadrados y líneas. Y algo más mágico aún: dos círculos entrelazados que formaban la estructura de una cara humana. En cuanto el lápiz de Gabriel hubo terminado de dibujar la línea donde se unían los círculos y ella puso allí los ojos, en su mente se encendió algo pequeño y brillante: era tan lógico que le parecía imposible no haberlo notado antes. Lily hundió la mano en el bolsillo para deslizar los dedos sobre los dos lápices de grafito y el trozo de goma india que Gabriel Oak le había prestado.

En el momento en que la escuela aparecía a la vista, se oyó un susurro entre la maleza, y su hermano saltó al camino con un fuerte grito de guerra, blandiendo su tomahawk de madera por encima de la cabeza. Se había aplastado el pelo con barro y tenía bandas amarillas y azules pintadas en la cara, pero el verde de sus ojos se destacaba a la vista del mundo: el verde de las hojas tiernas en los arces.

—Te he oído venir —dijo ella, porque era cierto y porque eso lo irritaría: los guerreros debían atacar en silencio.

—Podría haber sido un oso y podría haberte matado de un solo zarpazo —repuso él.

—Pero no eres un oso y no me has matado. —Lily continuó su camino y él la siguió—. ¿Dónde está Grajo Azul?

—Muchas Palomas lo necesitaba. ¿Qué llevas ahí?

—Papel.

—Eso ya lo veo. ¿Para qué es?

Ella se detuvo y se volvió a mirarlo.

—Gabriel Oak está enseñándome a dibujar.

Bajo la pintura de guerra, la expresión de Daniel era reflexiva.

—¿Por qué?

Como Lily no podía responder a esa pregunta, se encogió de hombros.

—Déjame ver —pidió él.

Y alargó la mano hacia los papeles, pero ella se apartó a un lado.

—Tienes las manos sucias. Ya los verás en casa.

«Cuando yo esté dispuesta, ni un minuto antes». No lo dijo en voz alta, pero por la expresión de Daniel era evidente que lo había ofendido. Antes de que encontrara la manera de calmarlo, él anunció:

—Iré a casa por el atajo.

—Yo también.

Su hermano le lanzó una mirada furiosa.

—No.

—No puedes impedírmelo, Daniel Bonner.

Pero lo intentaría. Lily llevaba faldas, y él, perneras. Ella cargaba su precioso fajo de papeles, y él tenía las manos libres. Además, estaba enfadado, y el enfado lo haría aún más veloz.

Abandonó el camino por la peor parte de la cuesta, azotando la maleza con su tomahawk, sin mirar a Lily. Cuando llegaron a la primera cima, ella iba jadeando; sentía en los pulmones ese ardor intenso que surge cuando se asciende demasiado deprisa. La mano libre le palpitaba, llena de rasguños, pero no tuvo tiempo para intentar hacer las paces con su hermano. Daniel partió a la carrera y ella lo siguió.

Ahora sabía que su hermano se dirigía a casa por Eagle Rock, una ruta que los chicos tomaban a menudo, aunque les estaba prohibido. Era la más corta y la más peligrosa. Quería que ella se echara atrás.

«No me asusta», susurró para sus adentros.

Eagle Rock era una enorme piedra, casi tan grande como una casa, que estaba medio sepultada en la ladera de la montaña. Desde lo alto se veía el nacimiento de la cascada, la aldea y la escuela; en esa época del año, como los árboles aún no habían desarrollado todo su follaje, era posible seguir el paso de cualquiera que caminara por

el lado sur de la montaña. A veces los niños iban allí con su padre, su abuelo o Huye de los Osos, pero nunca desde abajo.

Lily subió el último tramo de la cuesta, por debajo de la cornisa de Eagle Rock, y encontró a Daniel esperándola. Estaba agachado entre las matas y se le veía muy pálido. Antes de que pudiera preguntarle qué le pasaba, la obligó a agacharse y le cubrió la boca con una mano.

Estaba demasiado exhausta para forcejear. Cuando al fin se calmó el tronar de su sangre, comprendió por qué su hermano se había arrojado a tierra. A cinco o seis metros de allí, había una pareja. Si se levantaba, podría verlos claramente, pero ellos también la verían.

Forasteros en la montaña. En el fondo de su vientre se encendió una chispa de miedo; apretó la cara contra la tierra y sintió la aspereza de las piedras. Daniel apoyó la cabeza junto a la suya, nariz contra nariz, de modo que ella se puso bizca al tratar de mirarlo. Su olor era un consuelo, aunque también la perturbaba, pues le hacía pensar en su madre. Sin embargo, su expresión era de enfado.

—No te preocupes —susurró Daniel—. Pronto se irán.

—¿Forasteros?

Él negó con la cabeza.

—Kirby. Y Jemima Southern.

El miedo de Lily cedió paso a la sorpresa. No era ninguna novedad que Liam Kirby llevaba dos semanas deambulando por la montaña; el abuelo y Huye de los Osos lo mantenían vigilado, a la espera de que se cansara de buscar a Selah Voyager. Pero que Jemima Southern anduviera por allí era algo muy distinto. Lily recordó lo que había pasado en el molino y se preguntó si su presencia allí tendría algo que ver con el ataque de la viuda. Aguzó el oído, pero el ruido del viento sólo le permitía oír alguna palabra de vez en cuando. La voz de Liam sonaba agitada e impaciente: «camino al gran lago» y «mucho que hacer». Como respuesta, la risa de Jemima, como un enjambre de avispas.

«Juraré que me violaste», oyó Lily, en medio de la discusión siguiente, y «tu esposa». Jemima hablaba y hablaba; Liam, en cambio, decía cada vez menos. Por fin se oyó el ruido de una bofetada y un leve grito, no tanto de dolor como de satisfacción. Más voces, ahora más furiosas, y el ruido de una pelea.

—¿Le está haciendo daño? —preguntó.

Su hermano sacudió la cabeza, susurrando:

—Tápate los oídos.

La mirada que ella le echó decía que hacer eso estaba tan lejos de sus intenciones como arrancarse las orejas, y Daniel torció la boca en un gesto de disgusto.

A Lily se le ocurrió que Liam Kirby y Jemima Southern estaban haciendo lo que hacía la gente casada en sus cuartos, eso misterioso que encendía las mejillas de su

madre y hacía reír a su padre como nunca reía; eso les gustaba tanto que no hablaban de ello. Los niños no debían hacer preguntas al respecto, pues era algo íntimo, pero Lily tenía cierta idea de lo que pasaba detrás de la puerta cerrada; no lo había hablado con nadie, ni siquiera con Daniel ni con Hannah, porque eran cosas perturbadoras y extrañas. Pero había animales de sobra para observar, pues a los animales no les interesa mantener nada oculto. Al parecer, tampoco a Liam y a Jemima.

De pronto la muchacha rió; fue una risa breve y áspera, que resonó en la roca. Durante un momento Lily tuvo la sensación de que todos en Paradise la habían oído, como si ella hubiera tocado una trompeta desde lo alto de Eagle Rock para llamarles la atención. Una risa satisfecha pero amarga, como si hubiera logrado arrancar a Liam algo de valor, sólo para descubrir que estaba roto.

Daniel le apretó el brazo para que se mantuviera callada. Por fin oyeron que alguien se alejaba entre la maleza, montaña arriba, y otras pisadas que iban hacia ellos.

Estaban en el único sendero que partía de Eagle Rock; Lily lo pensó justo en el momento en que la sombra de Jemima caía sobre ellos.

—Mirad qué tenemos aquí —dijo la muchacha—. Espías. De tal palo, tal astilla, como suele decirse.

Daniel se levantó de un brinco.

—No somos espías. Esta montaña es nuestra. Y tú estás en propiedad ajena.

Lily también se levantó, pero Daniel se interpuso entre ella y Jemima Southern. La muchacha se inclinó hacia delante; tenía la cara manchada de rubor y el labio inferior ensangrentado, como si se lo hubiera mordido. Llevaba el corpiño desatado y el pelo suelto; sus ojos oscuros tenían un brillo que hacía pensar en arañas.

—Lo que habéis visto aquí no es de vuestra incumbencia —dijo, mirándolos alternativamente—. Si sabéis lo que os conviene, os callaréis la boca.

El miedo de Lily desapareció, reemplazado por un arrebató de irritación y furia.

—En primer lugar, no hemos visto absolutamente nada. Y segundo, no tenemos por qué obedecerte.

Jemima, siseante, la aferró con fuerza por un codo y tiró de ella. La niña quedó frente a unos pechos que se desbordaban por el corpiño abierto. Aquella carne olía a sudor, a miedo y a otra cosa, algo extraño y penetrante.

—¡Suéltala!

Daniel golpeó a Jemima en el hombro con la parte plana de su tomahawk, pero ella clavó aún más los dedos en el brazo de Lily y se volvió hacia él. Era fuerte; a su cara asomó un salvajismo que anudó el estómago de la niña.

—Ahora vais a escucharme, pequeños infieles. Si decís una sola palabra de que me habéis visto en esta montaña con Liam, lo pagaréis muy caro.

—Será mejor que la sueltes. —Daniel lo dijo con una voz serena y firme, como la

de su padre cuando estaba enfadado. Era casi tan alto como Jemima; durante un momento, Lily tuvo la sensación de que iba a golpearla de verdad.

Jemima no pareció ver lo amenazante de su cara o tal vez no le dio importancia.

—Me desquitaré con esa hermana mestiza vuestra. Lo digo de verdad. Yo no tengo nada que perder, de manera que podría aprovechar para saldar algunas cuentas.

—Si nos haces daño, mi padre te matará —le gritó Lily a la cara.

—Pues entonces moriremos todos juntos. —Y Jemima la soltó tan de súbito que la niña retrocedió, pisando el fajo de papeles de dibujo.

Las hojas comenzaron a volar por la pendiente, una tras otra, como si fueran pájaros. Lily trató de atraparlas y de pronto desapareció la tierra bajo sus pies.

Oyó que Daniel ahogaba una exclamación cuando la vio suspendida sobre la pendiente. Él alargó la mano para sujetarla, pero era demasiado tarde: caía, dando vueltas y más vueltas. La niña oyó la voz de su padre, que le aconsejaba: «Protégete la cabeza», y se llevó las manos a la nuca.

Se detuvo en el tronco de una píceas, con un golpe sordo, y se quedó tendida bajo el sol que se filtraba entre las ramas; no se movió en absoluto, pues respirar ya era bastante difícil.

Un momento después Daniel se inclinó hacia ella. Nunca se había alegrado tanto de ver a su hermano, con el pelo enlodado y la cara amarilla y azul: dos círculos entrelazados, desde la frente hasta las fosas nasales, desde las cejas hasta la barbilla, y en la intersección, los ojos verdes, agrandados por el terror.

Ella quería decirle que no se asustara, pero no encontraba aliento suficiente para usar la voz. Alzó una mano y le tocó la mejilla; sintió en los dedos la viscosidad de la pintura de guerra y vio agua en sus ojos. Su hermano, al borde de las lágrimas: era algo que no se veía a menudo.

—El golpe te ha dejado sin aliento —dijo él.

—He perdido los papeles de dibujo. —Lily oyó su propio gemido.

—Yo los recuperaré, uno por uno, te lo prometo. Pero debes quedarte aquí, Lily. Prométeme que no te moverás hasta que regrese con ayuda.

La niña frunció el entrecejo.

—¡Pero si puedo caminar! —Trató de incorporarse sobre los codos, pero de su tobillo izquierdo subió una punzada de dolor que salió por su boca en forma de chillido.

—Prométemelo —insistió Daniel, echando un vistazo al pie—. Debes prométermelo.

—¿Me he roto algo?

—No lo sé, pero prométeme que no te moverás.

Lily gritó a su espalda:

—¡No vayas tan rápido o caerás tú también! —Y el pequeño desapareció.

Le quedaba en la mano una sola hoja de papel, que extendió lo mejor que pudo. No era uno de sus dibujos, sino una hoja en blanco, desgarrada y sucia. Con la otra mano tanteó en el bolsillo la silueta de los lápices. Por suerte, ninguno se había roto en la caída. Lily echó la cabeza atrás para contemplar las ramas del árbol, el cielo y el peñasco, que no estaban muy lejos.

Jemima Southern había desaparecido con el viento. Liam Kirby también.

«La caída no ha sido muy larga», susurró para sus adentros. Y sintió el palpitar del tobillo al ritmo de su corazón.

Podría haberse quedado dormida a la sombra moteada de los árboles, a no ser por el dolor del hueso y el escozor de los rasguños que tenía en los brazos y la cara. Cuando analizaba la posibilidad de incorporarse contra el tronco de la píceca, oyó que Huye de los Osos llegaba a toda prisa por la cuesta, seguido por Daniel.

Cuando los tuvo delante, dejó escapar un enorme suspiro de alivio, pero la expresión de Osos le recordó que no debían estar allí.

—¿Cómo se te ha ocurrido subir por aquí con faldas? —No era normal que Osos hiciera una pregunta tan obvia; era una de las cosas que Lily apreciaba más en él, que sabía entender las cosas sin muchas palabras.

—Ha sido culpa mía —dijo Daniel—. No te enfades con ella.

Osos emitió un sonido grave, señal de que estaba muy disgustado, pero levantó a Lily con mucho cuidado, con las piernas colgando por encima de su brazo. Entonces la niña se vio el tobillo; estaba hinchado y había empezado a cambiar de color.

—Sólo queríamos llegar a casa cuanto antes —dijo. Esta vez el ruido de Osos fue algo más suave.

—Debéis de haber visto a Liam Kirby —dijo—. Ha pasado toda la mañana aquí arriba. ¿Ha tenido algo que ver con esto?

—No —aseguró ella, en voz más alta de lo que creía.

—Ha resbalado —agregó Daniel. Revelaba sólo lo indispensable para guardar el secreto. Era uno de sus mejores recursos, pero Lily se extrañó de que lo usara en ese momento. Costaba creer que las amenazas de Jemima lo hubieran acallado con tanta facilidad. Y había algo peor: ella también tendría que guardar silencio, al menos hasta que ambos hubieran tenido oportunidad de discutir el asunto.

Pero Huye de los Osos no se dejó engañar; se le veía en la cara, tan claramente como los tatuajes de zarpas de oso que le cruzaban la frente. Durante un momento clavó una mirada dura en Daniel. Y después, con otro de sus ruidos graves, se volvió en redondo para emprender el descenso, con Lily en los brazos.



Capítulo 31

Justo cuando Lily, desesperada, pensaba perder otra mañana sentada frente al hogar de Curiosity, con el pie apoyado sobre un cojín y sin más papel para dibujar, Grajo Azul y su hermano irrumpieron en la cocina. Lily se alegró tanto de verlos que estuvo a punto de sonreír, pero de inmediato recordó que estaba enfadada. Dejaría las sonrisas por cuenta de Curiosity, que apartó la vista de la masa y rió al verlos tan sofocados.

—Parece que tenéis mucha prisa —comentó—. Me alegra veros. Tu hermana está a punto de reventar.

Lily apretó los labios y acarició ostentosamente al viejo gato, que se le había sentado en el regazo para hacer la siesta de la mañana.

—Ha venido un mensajero. —Daniel tragó saliva con dificultad.

—Con noticias de tu padre —añadió Grajo Azul.

Lily se incorporó tan de súbito que Magnus rodó desde su regazo, pero antes de que pudiera coger la muleta, Curiosity se interpuso con una mano en alto.

—No tan deprisa, jovencita. —La anciana enarcó tanto las cejas que desaparecieron bajo el pañuelo azul y blanco—. Si es necesario, te amarraré a la silla. Y sabes que lo digo de verdad. —Luego miró a los niños, ceñuda—. Bueno, hablad ya. ¿Qué noticias hay?

Daniel sacudió la cabeza hasta hacer volar el pelo.

—Todos están bien, sanos y salvos. Selah tuvo un varón. Se llama Galileo.

—Dios sea loado. —La anciana se llevó las manos enharinadas a la cara y cerró los ojos un momento—. Debo ir a buscar a ese esposo mío para darle las buenas noticias.

Se encaminó directamente hacia la puerta, sin quitarse siquiera el delantal. Sólo cuando hubo franqueado el umbral, se detuvo para girarse hacia Lily, mientras se limpiaba la harina de la cara.

—No se te ocurra levantarte de esa silla, Mathilde Caroline Bonner. —Quería mostrarse seria, pero sonreía tanto que no resultó creíble—. Lo digo muy en serio, ¿me has oído?

Nadie sabía con certeza si Lily se había quebrado un hueso o si era sólo un esguince, pero Curiosity estaba decidida a no correr ningún riesgo. Todas las mañanas le quitaba las vendas para observar su pie. Luego llamaba al doctor Todd, que también le echaba un vistazo; los dos le pedían que moviera el pie hacia un lado, luego hacia el otro, e intercambiaban opiniones. Finalmente Curiosity volvía a vendarle el tobillo, desde la punta del pie hasta la pantorrilla, aunque la hinchazón y el color amarillo verdoso, casi igual a los ojos de Magnus, habían desaparecido.

Lily se volvió hacia los chicos.

—¿Cuándo regresarán a casa?

Ellos intercambiaron una mirada. Luego Daniel se encogió de hombros.

—De eso no ha dicho nada.

Lily se incorporó todo lo que pudo en la silla, sin terminar de levantarse, para no desobedecer a Curiosity.

—¿Cómo que de eso no ha dicho nada? ¿Quién ha traído el mensaje?

—Tres Cuervos.

Lily se dejó caer en la silla. Tres Cuervos era un viejo cazador mohicano que recorría el Gran Lago, desde Canadá hasta Ticonderoga, recogiendo noticias en un lugar para depositarlas en otro. Aunque Lobo Escondido estaba lejos de su ruta normal, acudía una o dos veces al año para visitar a Ojo de Halcón y hablar de los viejos tiempos.

De él Lily sólo sabía con seguridad unas pocas cosas. Tres Cuervos comía cuanto se le pusiera delante. Nunca se quedaba demasiado tiempo en Lago de las Nubes, porque Muchas Palomas no le permitía beber alcohol, y se tomaba su tiempo para revelar las noticias. Estaba tan apegado a sus costumbres como Magnus, que todas las mañanas llevaba un ratón al umbral de Curiosity y todas las noches dormía en el mismo lugar.

Cuando Tres Cuervos llegaba a Lago de las Nubes, comenzaba por anunciar qué tipo de noticias tenía. A veces decía apenas lo suficiente para despertar el interés, como lo del bebé de Selah. Y luego obligaba al auditorio a esperar el resto.

En ese momento debía de estar sentado con Ojo de Halcón en el porche, enumerando a todos los indios que ambos conocían, para ver si alguno de ellos sabía algo que el otro ignorara. Si había muerto alguno, se contaban toda la historia del difunto. A continuación Tres Cuervos abordaría el resto de sus noticias por orden de importancia, de menor a mayor: la calidad de las pieles de aquel invierno y a cuánto se estaban pagando; quién tenía una canoa nueva, otra esposa, o dificultades con la policía; qué decían los políticos; qué guerras libraban los blancos, dónde y por qué. Ambos se enzarzaban entonces en el mismo debate de siempre: cómo mantenerse lejos de las reyertas de los o'seronni sin tomar partido.

Ni siquiera Huye de los Osos permanecía mucho tiempo en el porche cuando Tres Cuervos estaba de visita, pues toda la conversación se desarrollaba en mohicano; en Lobo Escondido, sólo Ojo de Halcón, Nathaniel y Hannah hablaban ese idioma; los demás, sólo unas cuantas palabras.

Como era natural, Ojo de Halcón quería saber cuándo regresarían su hijo y su nuera, pero no interrumpiría a su visitante; ni siquiera intentaría meterle prisa. Dos viejos mohicanos con una pipa de tabaco necesitaban la mayor parte del día para llegar a lo que todo el mundo quería saber.

—Lo que no entiendo —dijo Lily, más para sus adentros que para los niños— es cómo los encontró. Tres Cuervos no anda por el bosque. —Al levantar la vista, se dio cuenta de que a Daniel y a Grajo Azul ya se les había ocurrido esa idea—. Eso significa que los vio en el lago. Pero ¿qué estarían haciendo ellos en el Gran Lago con Selah Voyager?

En ese momento oyeron un ruido en la puerta, que se abrió lo suficiente para que Bump pudiera asomar su cabeza redonda, inclinada en aquel ángulo extraño que inquietaba a Lily, pues le recordaba a un pollo acogotado.

—Es la hora de su lección, señorita Lily. Gabriel la espera. Niños, ¿queréis ayudarme con el carruaje de la dama?

Era el mismo chiste que hacía todas las mañanas cuando iba a buscarla con la carretilla, pero Lily sonrió cortésmente, mientras analizaba el nuevo problema.

Si despedía a los niños para dar su lección de dibujo en paz, Daniel se ofendería otra vez; entonces tal vez la obligara a esperar las noticias, cuando finalmente Tres Cuervos las escupiera. Pero si los invitaba a acompañarla, se pasarían el rato mirando por encima de su hombro lo que dibujara, harían cientos de preguntas a Gabriel y le arruinarían la lección.

Bump dijo:

—¿Sabéis, muchachos, que este amanecer Claes Wilde ha encontrado un oso frío como una piedra a la puerta de su casa?

Los niños se volvieron hacia él.

—¿Un oso?

—Un oso, sí, señor, o al menos la mejor imitación que he visto en mi vida. Debe de medir un metro ochenta. Y cuando Claes lo ha abierto, ¿a que no sabéis qué ha encontrado?

Se inclinó tanto hacia delante, que Lily temió que fuera a caer de bruces.

—Una púa de erizo, bien clavada en el corazón. ¡Un oso grande como una cabaña, derribado por un erizo!

Grajo Azul bajó cortésmente la mirada al suelo, pero Daniel frunció la frente como si no pudiera callarse las dudas.

—Los erizos no pueden dispararle una púa a un oso y llegarle al corazón. Es imposible.

Bump se encogió de hombros; en esa posición, se le veía tan alto que parecía una montaña con deseos de salir a caminar.

—Si no me creéis, podéis ir a casa de Claes y verlo con vuestros propios ojos. Supongo que pasará un buen rato descuartizándolo.

A los niños les encantaba visitar a Gabriel Oak, pero ninguno de ellos dejaría pasar la posibilidad de ver un oso matado por un erizo. Antes de que Lily pudiera preguntarles cuándo regresarían, ya estaban fuera. En el último instante, Grajo Azul

se volvió y le prometió:

—¡En cuanto haya noticias, te las traeremos!

Y partió a saltos tras Daniel. Así quedaba resuelto el problema de Lily sobre la lección de dibujo, pero resultó menos satisfactorio de lo que ella esperaba.

—Siempre con prisas —bufó—. ¿A quién le importa ese oso viejo?

Bump le guiñó un ojo.

—¿No? ¡Y yo que pensaba llevarla a verlo después de la lección! No ponga esa cara ceñuda, señorita Lily, o cuando cumpla los diez años ya estará arrugada como un higo seco. ¿Qué es lo que la tiene tan preocupada esta mañana?

—Quiero ir a casa —dijo ella. «Quiero ir a casa para arrancarle las noticias a Tres Cuervos». Pero no podía decírselo a Bump, ni siquiera a Gabriel Oak, pues había prometido no hablar del asunto. La gente debía pensar que su madre estaba en Nueva York, con Kitty, Hannah y Ethan, y que su padre había ido a Buenos Pastos por asuntos de su familia kahnyen'kehàka.

—Pronto estará otra vez en su casa —aseguró Bump—. Y mientras espera, recuerde esto: la vida ya va demasiado deprisa para que la espoleemos.

Lily se mordió la lengua, pues no quería que Bump pagara su furia.

Él le ofreció el brazo para que pudiera subir a la carretilla sin apoyar demasiado peso en el pie. Una vez que estuvo bien instalada, Magnus se desperezó y subió de un salto para hacer el corto viaje hasta la cabaña de Gabriel acurrucado en el regazo de la niña. La carretilla descendió los peldaños de la cocina con un «bump, bump, bump» que provocó que el animal clavara las uñas en Lily. Ella lanzó un chillido, pero al encontrarse con el aire y el sol se sintió inmediatamente mejor.

En el horizonte las montañas se destacaban, verdes y azules, contra un cielo aún más azul. El aire estaba poblado de pájaros y olía a la lluvia de la noche anterior; Magnus ronroneaba contra su pecho, al compás del tarareo de Bump. Al ver a Gabriel esperándola sentado frente a su cabaña, Lily decidió que Tres Cuervos y sus noticias podían esperar unas horas.

En la pequeña mesa de trabajo, frente a su banqueta, había un libro que nunca había visto. Era más grande de lo normal; sus cubiertas, resquebrajadas, debían de haber sido pardas, pero estaban manchadas y hasta ennegrecidas en algunas partes, como si lo hubieran rescatado del fuego más de una vez. Le faltaba el lomo y estaba atado con un cordel. La encuadernación, hinchada, forcejeaba contra la carga de papeles acumulados entre las hojas.

Después de darle los buenos días, Gabriel volvió inmediatamente a su dibujo. Lily sabía que de nada servía hablar cuando él estaba concentrado en su trabajo. Bump la ayudó a bajar de la carretilla. Una vez seguro de que el pie estaba debidamente apoyado en un cojín, tal como le había mostrado Curiosity, la ayudó a sentarse y le puso en la mesa, a su alcance, el papel, los lápices y el cuadernillo (el

bloc de apuntes, recordó ella). Luego se fue a trabajar, canturreando para sus adentros.

Lily, en vez de comenzar su trabajo, se dedicó a hojear el libro que Gabriel le había dejado. Bajo la punta de los dedos, las cubiertas de piel resquebrajada eran lisas en algunos lugares y granulosas en otras. El libro parecía tan a punto de reventar que a Lily no le habría sorprendido verlo moverse entre sus manos y abrirse para aliviar la carga que llevaba. Parecía tan hinchado como su madre justo antes de que Robbie llegara al mundo. Parpadeó, sorprendida de que un libro pudiera evocarle ese recuerdo.

—¿Puedo mirar? —No quería interrumpir a Gabriel, pero la pregunta brotó por sí sola.

Él le dirigió una de sus sonrisas distraídas, sin apartar la vista de su boceto.

—Eso es para que te lo lleves y lo estudies más tarde; te ayudará a pasar el rato en una tranquila contemplación. Por ahora comenzaremos con Magnus. ¿Puedes ver sus huesos bajo el pelaje, la grasa y el músculo, amiga Lily?

El gato la miró con ojos soñolientos e inclinó una oreja maltrecha hacia delante, como para escuchar su respuesta. Lily dejó a un lado el libro y cogió el lápiz.

* *

Cuando Gabriel Oak tenía un día bueno, podía trabajar con Lily durante dos horas antes de empezar a toser. En los días malos no pasaba media hora sin que sacara el pañuelo para llevárselo a la boca; entonces Bump acudía para meterlo en la cabaña, donde Lily nunca había entrado y muy probablemente jamás entraría: otra de esas reglas tontas de los adultos contra las que era imposible discutir.

En la semana que Lily había pasado en casa de los Todd, para que Curiosity pudiera vigilarla (algo que Muchas Palomas habría podido hacer perfectamente, pero nadie la escuchó cuando ella lo dijo), los días malos de Gabriel parecían superar a los buenos. No obstante, ese día su voz y su mano se mantenían raramente firmes cuando se movía sobre el papel. Círculos y triángulos, cajas y conos, sombreados de un lado o del otro, desde arriba o desde abajo.

Una vez que aprendías a mirar, todas las cosas del mundo parecían estar compuestas por unas cuantas formas simples. Dibujar era, principalmente, aprender a ver «los huesos» de las cosas, de un árbol, de una cara o de un cántaro; una vez logrado eso, todo era cuestión de captar la luz y la sombra para integrar los elementos. Lily dedicaba la mayor parte de su tiempo a dibujar en trozos de papel que Gabriel le daba, desde el amanecer hasta el ocaso, y más tarde, si Curiosity le permitía trabajar a la luz de una vela. Cada boceto terminado la impulsaba a empezar

otro, para ver si podía repetirlo, si podía dibujar cosas que parecieran más reales, más claras, más vivas.

No podía decirse que Curiosity se opusiera; la miraba trabajar con una ceja enarcada y la cabeza torcida. «Ahora dibuja eso», le decía. O: «Vas a gastar ese lápiz en un abrir y cerrar de ojos, pero eso que tienes ahí es muy bonito, sí. Tu mamá se sentirá muy orgullosa cuando vea lo que has trabajado».

Sin embargo, Lily aún no había dibujado nada en el cuadernillo, aunque todos los días se proponía comenzar.

—Daniel quiere que dibuje Lago de las Nubes, pero con colores —dijo en el silencio.

Gabriel inclinó la cabeza, pensativo.

—¿De veras?

Lily estudió al gato que dormía ante ellos; el sol le arrancaba destellos de colores a su pelaje: jengibre, naranja y pardo abigarrado, el rojo vivo de una herida a medio cicatrizar en la paleta, y la cara interna de las orejas, que iban del leonado opaco a un rosa delicado, como el del cielo al salir el sol.

—¿Usted nunca hace dibujos a color? —preguntó.

Gabriel levantó la cabeza para contemplar el bosque. En su expresión había una tristeza que ella nunca había visto. Sintió un pánico repentino, como si lo hubiera inducido a pensar en algo que le hacía daño. Luego él se volvió a mirarla con una sonrisa.

—Tu abuela era cuáquera, pero tú no puedes saber mucho de la vida ni de las enseñanzas.

No era una pregunta; aun así la niña asintió.

—Murió en Inglaterra, cuando mi madre era apenas un poco mayor que yo.

Él cogió su lápiz y lo movió suavemente sobre el papel, como si eso lo ayudara a hallar las palabras necesarias.

—Mi padre era un cuáquero del tipo más simple. Aún lo oigo sermonear a mi hermana Mary, porque llevó a casa una cinta de seda que había encontrado en la calle. El creía que usar colores era una carga terrible para el alma.

—Pero ¿por qué? —preguntó Lily, pensando en todas las cintas para el pelo que tenía en Lago de las Nubes, entretejidas como en un arco iris. No las usaba a menudo, pero le gustaba tenerlas.

—Porque fomentan la vanidad y los excesos mundanos, como tantas otras cosas. En nuestra casa sólo había un cuadro colgado de la pared: un grabado del Reino Apacible. ¿Conoces la profecía de Isaías, amiga Lily? —Y sin aguardar su respuesta citó, en un sonsonete grave—: «El lobo morará con el cordero, y el leopardo se tenderá junto a la cabritilla, y el becerro, el león joven y la bestia engordada estarán juntos, y un niño los conducirá». —Le sonrió—. Es una visión maravillosa. Cuando

yo era pequeño, me subía a una silla para contemplar aquel cuadro. Creo que ahora mismo podría dibujarlo, línea a línea. Un día cogí un trozo de carbón y comencé a dibujar en las piedras del hogar. Fue como si dentro de mí se hubiera encendido una gran luz. Los cuáqueros nos pasamos toda la vida rezando por hallar la Luz Interior; pues bien, yo creí haberla encontrado en aquel trozo de carbón cuando tenía tu edad.

Gabriel estiró una mano, con los largos dedos algo flexionados, y se la miró como si lo hiciera por primera vez.

—¿Qué dibujó?

—A mi hermana Jane, tejiendo. Era tosco, pero se le parecía mucho, tanto que me asusté un poco. Entonces actué como siempre que tenía dudas: recurrí a mi padre. Era impresor y tenía el taller en casa.

—¿Reconoció a Jane?

Tragó saliva con mucha dificultad, y Lily temió que empezara a toser, pero el momento pasó.

—Sí. Aún puedo verle la cara de espanto y decepción. Sus ojos tenían el color de las centauros, y al ver lo que yo había hecho se le llenaron de lágrimas. Aquella misma mañana decidió que me apartaría de semejantes frivolidades mundanas.

Lily irguió la espalda.

—¿Su padre no le permitía dibujar? Pero ¿por qué?

—Lo que a mis ojos era un don, a los suyos era una violación de la ley divina. Era un buen hombre, amiga Lily, y yo quería complacerlo, pero no podía olvidar lo que había sentido al dibujar aquellas líneas sencillas y ver en ellas a mi hermana. A los dieciséis años abandoné la casa de mi padre para abrirme camino en el mundo. Él murió al año siguiente.

—Eso es muy triste —dijo ella. Pensaba en sus propios padres; súbitamente recordó que quizá ya habría noticias sobre su regreso.

—Es triste, sí, pero no te he contado esto para hacerte llorar. Me has preguntado si nunca uso colores, y ahí tienes la respuesta. He llevado una vida caprichosa, desobediente y a menudo egoísta, pero en eso me he mantenido fiel a lo que mi padre deseaba de mí. Dibujo el mundo tal como lo veo, pero en los tonos grises que constituyen mi herencia. Por eso no puedo enseñarte a poner color sobre el papel. Sin embargo, existe un secreto que los años me han enseñado y que compartiré contigo.

Gabriel hizo una pausa. Por su cara pasaron diferentes expresiones: duda, cansancio y otras cosas para las que ella no tenía nombre. Deslizó suavemente el pulgar por el lápiz.

—Cuanto más se quita, con más claridad se ve lo que queda. Eso vale para Magnus, que duerme allí con su disfraz de fiero pelaje, para las posesiones mundanas y para el corazón humano. —Y entonces dejó escapar una risa leve y seca, como Lily no le había oído nunca. Eso la sobresaltó—. Cuando hayas aprendido a valorar lo que

queda, entonces estarás en condiciones de buscar a otro maestro que pueda enseñarte el color.

Ella sentía la boca seca.

—¿Cree usted que llegaré a tanto? —preguntó.

—No tengo la menor duda, Lily. Ninguna. Creo que deberías observar mejor a Magnus; has equivocado el ángulo de las orejas.

El gato había cambiado de posición en sueños y estaba tendido sobre el lomo, con el vientre al sol y las patas rectas hacia arriba. Era una postura ridícula, pero Lily no pudo sonreír, ni siquiera hacer lo que se le decía. Se sentía como cuando había comido demasiado: llena de palabras y soñolienta; necesitaba tranquilidad para encontrar sentido a las cosas que Gabriel le había dicho. Tenía tantas preguntas... Quería saber adonde había ido a los dieciséis años, cómo se había ganado la vida, quién le había enseñado, como él le enseñaba ahora... Pero eso debería esperar.

—Se le ve cansado —dijo—. ¿Terminamos por hoy?

Él alargó la mano y la posó sobre el hombro de Lily, otra cosa que nunca antes había hecho.

—Tengo toda la eternidad para dormir, Lily. Ah, aquí viene la amiga Curiosity.

La anciana subía por la cuesta con un cesto al brazo; caminaba como una niña; las faldas se le arremolinaban en torno de las piernas y restallaban hacia atrás: Curiosity, de muy buen humor, satisfecha con el mundo. «Su hijo le ha dado otro nieto», recordó Lily. Y la entristeció no poder compartir esa buena noticia con Gabriel.

—Es hora de almorzar —anunció la anciana—. Vamos, Lily; deja que este hombre coma en paz. Bump viene desde el granero.

Cuando llegó a donde estaban ellos, se detuvo y fue a decir algo, pero de sus labios no surgió palabra alguna. Su expresión se había tornado quieta y vacía, y había cierta brusquedad, una sorpresa que no casaba bien. Lily siguió la dirección de su mirada, hasta Gabriel, que había alzado la cara, con los ojos entornados bajo el flequillo gris y el ala ancha del sombrero. Tenía la piel muy blanca y los ojos ribeteados de rojo.

—¡Gabriel Oak!... —dijo ella, con voz algo ronca.

Él parpadeó lentamente.

—Hemos pasado una buena mañana, la amiga Lily y yo. —Sólo sonrió con la mitad de la boca, lo que le dio un aspecto de niño.

Entre ellos había ocurrido algo que Lily no entendía ni debía entender, pero de algún modo Gabriel se había aprovechado de Curiosity. Ella tenía una arruga entre las cejas, lo que significaba que no se dejaría ablandar, ni siquiera por Gabriel Oak.

—Estoy lista —dijo Lily, intranquila y sin saber si tenía alguna culpa en lo que tanto desagradaba a Curiosity—. Ya podemos irnos.

—Espera un minuto —pidió la anciana—. ¿Cuánto has tomado, Gabriel?

—Suficiente, creo. —Él aún sonreía, pero no tanto.

Curiosity succionó una mejilla hacia dentro y la soltó en un gran suspiro.

—Pues bien, nos quedaremos contigo un rato más. —Y acalló la pregunta que iba a hacerle Lily con un rápido movimiento de los dedos—. Tenemos que arreglar un asunto.

Él parpadeó, soñoliento y satisfecho.

—He hecho una promesa, ¿verdad?

Ella no le respondió.

—Lily —dijo—, ¿has dibujado algo en ese cuadernillo que te dio tu madre?

La niña sacudió la cabeza.

—Pues ya es hora de que comiences. Ábrelo, yo me quedare aquí mientras dibujas. No te preocupes, que no iré a mirar. Haz su retrato, lo mejor que puedas.

—¿Quieres que dibuje a Gabriel? —La voz de Lily se alzó por la sorpresa y vaciló un poco al final.

—Sí.

—Pero no puedo...

—Amiga Lily —dijo Gabriel, con suavidad—. He hecho una promesa que no podré cumplir sin tu ayuda. ¿Me ayudarás?

—Sí —susurró ella.

—Concéntrate en la tarea que tienes ante ti. Puedes hacerlo.

«Cuanto más se quita, con más claridad se ve lo que queda».

Lily estudió a Gabriel. Su piel tenía un brillo húmedo a la luz del sol, de modo que durante un momento le pareció posible ver a través de ella, hasta el mismo cráneo. Los grandes huecos de las mejillas y la sien, la línea de la nariz, la profunda hendidura en el labio, donde el sudor brillaba al sol como rocío en la curva de una hoja.

—¿Puede quitarse el sombrero?

Él hizo lo que la niña le pedía. Lily comenzó a dibujar círculos entrelazados; luego captó la forma de los ojos hundidos, un poco vueltos hacia arriba en las comisuras, donde las arrugas eran más profundas. A su lápiz no le importaban los colores, pero tampoco era posible pasarlos por alto: ojos tan azules como los de ella (como lirios, como centauros), pero brillantes de fiebre, brillantes como el cristal de las ventanas cuando refleja un atardecer rojo sangre. Allí estaba también la bondadosa expresión de costumbre, aunque un poco perdida en el calor de la fiebre. Él no la miraba; no miraba nada; tenía la vista perdida en la distancia, en tanto esperaba que ella, tan pequeña, hiciera lo que se le había pedido. Más pequeña de lo que era él cuando dibujó a su hermana Jane y descubrió la verdad sobre sí mismo.

El pánico se alzó desde su vientre para cerrarse como un puño en la garganta. Dejó el lápiz y flexionó los dedos. Entonces sintió la mano de Curiosity en el

hombro, segura y calma como la de su madre. El miedo la abandonó, deslizándose por su espalda hasta desaparecer en la tierra, como un rayo.

«Cuanto más se quita...»

Lily dejó que el lápiz trabajara. El resto del mundo desapareció mientras movía la mano sobre el papel, dibujando los huesos de Gabriel, círculos dentro de círculos y planos intermedios. Su principio y su fin. Y ya había terminado: un dibujo simple, nada más que líneas que se encontraban, se abrían y tornaban a encontrarse para construir la cara de su amigo.

—El mentón me ha salido demasiado ancho —dijo—. Y las orejas no han quedado del todo bien.

—Chist... —Curiosity se inclinó para recorrer velozmente el papel con los ojos. Por fin dijo, con su voz más suave y dulce—: ¡Mira, mira lo que has hecho! —Olía a sábanas tendidas al sol, a canela y al color de su propia piel—. ¡Qué orgullosa estaría tu abuela!

Lo dijo mirando a Gabriel Oak. Lily recordaría su expresión durante mucho tiempo: triste y feliz a la vez. Y por encima de todo, satisfecha.

* *

Por la noche, como aún no había noticias de Tres Cuervos, de Daniel ni de nadie, Lily cogió el libro de Gabriel y desató los nudos del cordel con dedos trémulos. Cuando terminó, el libro quedó ante ella, con sus cubiertas alabeadas y ennegrecidas, como un gran sapo a punto de saltar.

Abrió la cubierta frontal, interesada ante todo por saber qué clase de libro era, y leyó con considerable esfuerzo.

Apología de la verdadera divinidad cristiana, tal como es presentada y predicada por aquellos que, con desdén, son llamados cuáqueros, una explicación y vindicación completa de sus principios y doctrinas.

La primera oleada de sorpresa y desencanto duró apenas un segundo, hasta que Lily miró la cara interna de la cubierta. La escritura era intrincada y difícil de leer, pero allí estaba el nombre familiar; puso el dedo sobre él y susurró las palabras mientras leía; a su madre no le habría gustado, pero le parecía la única manera correcta: leer en voz alta la página.

Josiah Oak compró este libro en el quinto día del segundo mes del año de Nuestro Señor 1748 para su hijo Gabriel, a fin de que se esfuerce por

Debajo de la tinta desteñida con la que su padre había escrito sobre el papel, Gabriel había hecho algunas marcas propias: todo un mundo de caras; hombres, mujeres y niños, algunos sonrientes, otros serios, preocupados o distraídos. Debajo de cada uno de ellos había escrito unas pocas palabras: «Hermana Jane, a los 18»; «Tía Catherine, con su gato Theobold»; «Hermano Thomas, perdido por fiebres a los 23»; «Madre en contemplación»; «Bisabuela Clarke»; «Padre».

En el dibujo, Josiah Oak era un anciano de mejillas hundidas y arrugas profundas en torno de la boca; líneas de dolor, las habría llamado Hannah; pero no había nada malo ni cruel en su expresión, por mucho que Lily buscara en él al hombre que había sido capaz de rechazar a un hijo porque deseaba dibujar. Aunque había muerto mucho tiempo atrás, aún era posible conocerlo un poco, por la firmeza de su mandíbula y la expresión de sus ojos. Así había visto Gabriel a su propio padre. Los huesos de él.

Lily volvió las páginas con cautela, temiendo que si hacía algún ruido, lo que tenía delante pudiera desaparecer. Ahora veía lo que Gabriel había querido darle: no el libro o lo que el libro decía (las palabras impresas eran largas, complicadas y no le interesaban), sino el mundo que había dentro de él. Gabriel había dibujado en los espacios en blanco y, a veces, en los márgenes: árboles, cabañas, una planta silvestre, un niño con cicatrices en la cara, una anciana de cara agria que se parecía a la viuda, dos niños indios jugando a los dados, uno risueño, el otro ceñudo. «Campamento séneca», había escrito debajo.

Casi todos los dibujos tenían alguna anotación; a veces, sólo el nombre del sitio donde lo había hecho y una fecha: «En el Delaware, primavera de 1749.» «Meg Brewster de Filadelfia». «El señor Leonard, barbero, 1750.» «Árbol alcanzado por un rayo, Marysville».

—Hace cinco minutos que te estoy hablando, niña. ¿Te has vuelto sorda?

Lily levantó la vista hacia Curiosity, que estaba de pie frente a ella, con los puños plantados en las caderas.

—Gabriel me ha dado esto —dijo, extendiendo las manos sobre las páginas—. No sé por qué.

La anciana se ablandó.

—¿Sabes tú por qué me lo ha dado?

Una comisura de la boca se contrajo un poco, no para reír, sino como si no supiera qué decir.

—Con el tiempo lo entenderás, niña.

Una vez que hubo sentado a Lily en la cocina le dijo:

—Mañana podrás apoyarte un poco en ese tobillo y dar unos pasos por el jardín.

Apenas unas horas antes, esa noticia habría apartado cualquier otra cosa de la

mente de Lily, pero el libro que tenía en el regazo era muy pesado y sus dedos insistían en regresar a él, en seguir las grietas de la piel.

Curiosity no pareció percatarse, pues ya le había vuelto la espalda para hablar con Daisy, que estaba lavando unos helechos comestibles. Lily pensó pedir que encendieran una vela; al atardecer la cocina se tornaba demasiado oscura para leer y la necesidad de abrir el libro era muy fuerte. Aún no había llegado siquiera al primero de los papeles que había intercalados entre las hojas.

—Ha sido la boda más extraña que se haya visto —decía Daisy a su madre—. No había nadie, salvo el predicador y su esposa. La viuda pilló un resfriado, según dicen, y se ha quedado en cama. Su único hijo, y no ha sido capaz de estar presente cuando se casaba. Anna no dejaba de decirlo.

Lily se incorporó un poquito y apoyó las manos sobre el libro. Curiosity comentó:

—No dejo de pensar en Martha, que en paz descansa. Qué contenta estaría de ver a su Jemima tan bien casada.

Daisy soltó un suave gruñido de desaprobación. Iba a decir algo, pero echó un vistazo a Lily y calló.

—De una cosa estoy segura: nunca he visto a ningún hombre tan inexpresivo en el día de su boda. Parecía estar caminando en sueños.

—Ha sido todo muy rápido —dijo Curiosity, seca.

—Dolly debe de tener noticias nuevas. ¿Vendrá hoy?

La anciana se encogió de hombros.

—Supongo que Jemima la hará trabajar hasta la noche, aunque no creo que le paguen la jornada entera.

A la niña no le gustaba hacer preguntas cuando ellas hablaban, por miedo a que callaran, pero en ese momento no pudo contenerse.

—¿Es cierto que Dolly Smythe deja a la viuda?

Daisy apartó la vista del cesto con esa sonrisa que se parecía a la de Elizabeth.

—Sí. La nueva señora Kuick no quiere que friegue sus suelos ni que trabaje en su telar.

—Pues a mí me vendrán bien un par de manos —dijo su madre—. Lo que me pregunto es cuánto tardará Becca en despedirse. Ahora sólo están ella y Cookie para hacer todo el trabajo, mientras Jemima disfruta de la cama.

Al oír eso, las dos mujeres intercambiaron una mirada y la anciana cerró enérgicamente la boca. Llevaban una semana preocupadas por los cambios acaecidos en casa de los Kuick, pero tenían demasiado en cuenta a la niña que estaba sentada en el rincón y siempre callaban lo que ella más deseaba saber.

Había noches en que permanecía despierta, pensando en lo que había sucedido en Eagle Rock: la cara de Jemima, contraída por la cólera, la fuerza de su mano, la manera en que escupía las palabras.

«Yo no tengo nada que perder».

Cuando Curiosity y Daisy hablaban de Jemima, nunca mencionaban a Liam Kirby, que había desaparecido en la espesura, sin decir nada a nadie.

Tal vez porque Hannah ya no estaba o porque prefería alejarse de Jemima. Las dos cosas, le había dicho Daniel a su hermana, una mañana en que dispusieron de unos minutos para hablar a solas. Y al razonamiento de Lily había añadido el suyo, el menos atractivo de todos: que Liam aún confiaba hallar el rastro de la señorita Voyager y había ido al norte, al Gran Lago, para reunirse con otros cazanegros.

Pensar en eso le provocaba una sensación fea en las entrañas. En la oscuridad deseaba estar en casa, donde habría podido despertar a Daniel para discutir las cosas hasta encontrarles sentido. Así, a solas, se le adhería a la cabeza como un abrojo imposible de quitar. Quizá cuando estuvieran juntos podrían contárselo todo a Ojo de Halcón. Él los escucharía serenamente, como siempre. Luego quizá sonreiría ante la idea de que Jemima pudiera causarles algún mal. Podía ser una sonrisa abierta, como queriendo expresar que la idea era demasiado extraña para tomarla en serio, o una sonrisa ceñuda, indicativa de que si Jemima lo intentaba, lo lamentaría muchísimo.

En ese momento Lily levantó la vista y vio a su abuelo de pie en el umbral de la cocina, más alto que la misma puerta, alto como las montañas. Había aparecido de repente, como si la hubiera oído pensar en él. Al verlo se le aflojó algo que tenía enredado dentro; sus huesos se ablandaron y las lágrimas brotaron sin previo aviso. Aprovechó para enjugarlas, mientras su abuelo saludaba a Curiosity y a Daisy, pues no quería que él la viera llorar.

Ojo de Halcón fue a arrodillarse junto a su silla. Lily se inclinó un poco para aspirar el olor a pinos, tabaco indio, pólvora y trabajo duro que lo acompañaba siempre. Un olor diferente del de su padre, al que le gustaba mascar menta, pero similar.

—¿Hay noticias?

—Las hay, sí —dijo él—. Tres Cuervos te ha traído una carta de tu madre.

—¿Y qué...?

—Toma, léela.

El anciano cogió a la niña y se la sentó en el regazo con una sonrisa, para demostrarle que no había nada que temer. Luego se inclinó hasta que la pluma de águila que llevaba prendida a la trenza le hizo cosquillas en la cara a la niña; ese viejo truco aún la hacía reír. La cara del abuelo podía ser dura como el hierro cuando estaba preocupado o furioso, pero ahora se sentía aliviado, y ella sintió lo mismo.

—Voy a saludar a Gabriel. Luego hablaremos.

Curiosity encendió una vela para que la niña pudiera leer y se apartó para dejarla sola, muy a su pesar, pues deseaba recibir noticias tanto como ella. Al desplegar las páginas, la escritura de su madre le pareció tan familiar que apoyó el papel contra la

mejilla. Luego comenzó a leer en voz alta, con cierta timidez, pues nunca le había gustado hacerlo; eso quedaba para Daniel.

Queridísimos hijos:

Nuestro viaje nos ha traído inesperadamente a Mariah, a orillas del lago Champlain, donde estamos hospedados en casa de un antiguo amigo. Recordaréis al capitán Mudge, que fue a visitarnos a casa de los Schuylers la última vez que estuvimos allí. Os hizo un bote de madera a cada uno para que jugarais en el río y permitió que Lily le recortara la barba con una navaja, pues ella decía que era demasiado larga. Su hermana, la señora Emory, que pasó muchos años en África, ha tenido la amabilidad de darme algunas tallas de marfil para vosotros. Nuestro viejo amigo Tres Cuervos os llevará esta carta por hacer un favor a vuestro abuelo. Confiamos que lo trataréis como a un huésped de honor y que os esforzaréis por aguantar vuestra impaciencia para escucharlo cortésmente.

Mañana el capitán nos llevará aguas arriba en su goleta Washington, la misma en la que navegasteis cuando erais bebés. La señora Freeman o Huye de los Osos os contarán nuevamente cómo fue aquello, si así lo deseáis. Este viaje requerirá unos diez días en total; luego iniciaremos el regreso a casa por tierra. Vuestro padre calcula que podéis esperarnos dentro de trece días, pero podríamos tardar hasta veinte, según el clima y otras circunstancias que no podemos prever. Si nos retrasamos, vuestro abuelo y Huye de los Osos sabrán cuándo empezar a preocuparse; en ellos podéis confiar por completo.

Lamentamos mucho este cambio de planes, pero no hemos podido evitarlo. Sin duda será una desilusión para vosotros, pero no os preocupéis, pues todos nos encontramos en buen estado de salud y ánimo, con la esperanza de que esta empresa llegue a buen fin. Esperamos que continuéis siendo útiles y alegres; obedeced a Muchas Palomas, a la señora Freeman, a Huye de los Osos y a vuestro abuelo. Sobre todo, confiamos que cumpláis con las promesas que nos hicisteis.

Sed buenos y amaos el uno al otro. Os recordamos con afecto y con orgullo.

Vuestros amantes padres,

Elizabeth Middleton Bonner
Nathaniel Bonner

Lily la leyó dos veces y luego una tercera, pero todos estuvieron de acuerdo en que despertaba más preguntas de las que respondía.

—El resto habrá que saberlo por Tres Cuervos —comentó, algo intranquila por la expresión de Curiosity—. Ojo de Halcón nos dirá por qué están en el lago.

La anciana emitió un gruñido grave, indicativo de que el nuevo retraso no le gustaba nada. Entonces entró Galileo, y Lily tuvo que leer la carta en voz alta, una vez más.

Discutieron sobre qué podría haber causado aquel cambio de planes, si acaso los cazadores de recompensas les impedían llevar a Selah a Roca Bermeja y qué pensarían hacer con ella, una vez que llegaran a la frontera con Canadá. Daisy iba y venía para servir la cena al tío Todd, mientras sus padres hablaban en susurros, como si él pudiera oírlos desde el comedor.

Lily no entendía por qué tío Todd quería comer a solas en ausencia de tía Todd y Ethan. Podía sentarse en la cocina con los demás... Pero al menos esa noche se alegró de que tuviera esa costumbre, pues en su presencia Curiosity y Galileo no habrían hablado con tanta franqueza.

—Simplemente se expresa de manera prudente —opinó Galileo, como si quisiera

convencerse a sí mismo antes que a los demás—, pero eso no significa que haya malas noticias. No es conveniente decir demasiado en una carta; podría caer en malas manos.

—Debo sentarme a escribir esa carta que Manny espera —dijo Curiosity.

—No nos apresuremos. Veamos antes qué cuenta Ojo de Halcón —dijo él en voz baja—. Ahí viene.

Lily se alegró de que su abuelo cogiera un banquillo para sentarse junto a ella. Galileo, Curiosity y Daisy se acercaron más; el anciano, con los brazos cruzados contra las rodillas; Curiosity y su hija, con los dedos fuertemente entrecruzados y los hombros juntos. Ojo de Halcón era buen narrador, y nadie lo interrumpió, ni siquiera en las peores partes, que arrancaron un fuerte suspiro a la anciana.

Al terminar guardó silencio durante un largo instante; fue ese tipo de silencio que se adueña de las casas cuando se pone a alguien en un ataúd. Lily trató de imaginarlo: doce personas muertas en cinco días, jóvenes y viejas. Ella había visto muertos a su hermano y también a Atardecer, los dos muy quietos en la caja de madera que su padre les había hecho, pero no lograba visualizar a doce muertos al mismo tiempo. Si se contaba a todos los que vivían en ambas cabañas de Lago de las Nubes, desde Sawatis a Ojo de Halcón, desde el menor al más viejo, eran justamente doce personas.

Una fiebre capaz de llevar a doce personas a la tumba en una semana... No había enfermedad peor. Lily nunca había oído que su hermana Hannah la mencionara. Era peor que la difteria y la fiebre amarilla.

Curiosity carraspeó; su voz sonó áspera y gruesa.

—Que el Señor se apiade de sus almas.

—Murieron libres —apuntó Daisy—. Al menos cabe agradecer eso.

—Si alguien puede llevar al resto hasta Canadá, ése es Nathaniel. —Galileo lo dijo con su voz firme, la que empleaba con los caballos, los bueyes y las bestias cuando deseaba encaminarlos por un rumbo determinado.

—No me gusta —dijo Lily. Porque en verdad no le gustaba nada. Había pasado todo el día deseando recibir noticias y ahora lamentaba haberlas recibido.

—Tus papas, juntos, pueden enfrentarse a cualquier cosa —dijo Curiosity—. No lo dudes.

Ojo de Halcón se inclinó y levantó a la niña con toda facilidad, como si fuera un saco de maíz, y se la sentó en el regazo, rodeada por la dureza de sus brazos bajo la piel blanda de su cazadora. En cualquier otro momento, ella se habría sentido insultada de verse tratada así, como si fuera un bebé, pero en esa ocasión le gustó; se alegró de tenerlo allí, y también a Curiosity, a Galileo y a Daisy, todos sentados en círculo.

—Esta noche la llevaré a casa —anunció él, por encima de la cabeza de su nieta

—. Daniel se siente muy solo.

La anciana le dirigió una vaga sonrisa.

—De acuerdo —dijo—, pero no dejes que apoye el peso en ese tobillo durante más de una hora diaria, mientras yo no diga lo contrario.

* *

Por lo general Ojo de Halcón iba a todas partes a pie, pero esa vez había bajado a la aldea montado en Toby, el viejo caballo que prácticamente pertenecía a los niños, pues era tranquilo y dócil como un viejo perro desdentado, y cualquier hombre caminaba más deprisa que él. Para los kahnyen'kehàka caminar era un orgullo, pero Lily se alegró de verlo allí.

Galileo la sentó a horcajadas delante de su abuelo, envuelta en una manta y con un cojín atado al tobillo. Curiosity puso todas sus cosas en la alforja de la montura, y se quedó allí, con los brazos fuertemente cruzados.

—Tenerte aquí ha sido un placer, hija. Mañana por la tarde iré a verte.

Bump, que estaba de pie junto a la cerca del jardín, levantó una mano para saludarla, blanco como una sábana en la creciente oscuridad. Lily le devolvió el gesto y lo llamó, pero él guardó silencio. Más adelante se preguntaría si la presencia de Bump allí no habría sido producto de su imaginación.

Galileo le tocó la mano y partieron. La niña se alegró de que Ojo de Halcón no le hablara, pues se sentía confusa: le dolía partir de allí, aunque todo ese tiempo había deseado regresar a casa y dormir en su cama.

Se dirigieron a su hogar rodeando el extremo oeste del lago de la Media Luna. Las largas patas de Toby susurraban entre la hierba alta, chapoteando en el barro del pantano. Lily se concentró para escuchar el sonido de las ranas que cantaban en el pantano, vocingleras como niños jugando, y el ritmo parejo de la respiración del caballo.

Aunque ya había oscurecido casi por completo, el lago atraía la luz de las estrellas y centelleaba como una moneda de cobre arrojada al cielo en pleno mediodía. Cuando la luz abandonara el mundo, quedarían ciegos —«Como Luna Partida», susurró para sus adentros— hasta que el sol saliera otra vez. Cerró los ojos y los abrió de nuevo, tratando de imaginar esa pérdida: vivir en un mundo vacío de color, de formas, de sombras.

Si forzaba la vista, llegaba a distinguir el contorno de la montaña, allá delante; le era tan familiar como la cara de su madre, como la espalda de su padre.

—Me alegro —dijo—. Me alegro de que hayas venido a por mí.

Ojo de Halcón murmuró algo desde el fondo de la garganta; no hacía falta más.



Capítulo 32

14 de junio de 1802

A las pocas semanas de casada, finalmente en posesión de todos los colchones de pluma, los platos de porcelana, los cuchillos de plata, las velas de cera de abeja y las tinas de cobre que podía imaginar, Jemima Southern Kuick llegó a la conclusión de que la vida sería aún mejor si su esposo se quedara huérfano. Cuando se le ocurrió esa idea, en una lluviosa mañana de junio, se encontraba sentada en la sala, frente a su suegra. Ambas estaban solas, como solía suceder durante buena parte del día.

Los inconvenientes de verse convertida en esposa de Isaiah Kuick comenzaban a hacerse notar, y el más sorprendente era éste: el casamiento había hecho que él quedara libre de aquella sala y de la compañía materna, al tiempo que sentenciaba a Jemima a ocupar su lugar.

—Los privilegiados tienen sus obligaciones, jovencita —dijo la viuda, agitando la barbilla erizada de vello—. Y tú harás lo que corresponde: estarás junto a mi hijo...

—Mi esposo —interrumpió ella, con voz monocorde.

La viuda torció la boca.

—Estarás junto a mi hijo cuando entierren a ese muchacho, a mediodía. Es lo que corresponde cuando muere uno de los esclavos. Toma nota. Lo que corresponde. Y te corresponde a ti. —Apuntó la aguja en dirección a Jemima—. A nosotros nos corresponde dar buen ejemplo a la aldea.

La joven volvió las páginas del periódico que tenía en el regazo. Aunque era de hacía un mes, resultaba mucho más interesante que un sermón de la viuda.

—¿Y si no quiero mojarme los pies?

—Si no asistes al entierro de Reuben, su madre se enfadará. Y no sabes cómo es Cookie enfadada. Quemará las gachas, te esconderá los zapatos, guardará mi cesto de lanas en cualquier parte..., y así durante meses enteros. Los esclavos son bestias ladinas cuando quieren desquitarse. No lo olvides, jovencita. Como representante mía deberás decir algunas palabras de alabanza por el muchacho.

—Cualquier cosa, con tal de ahorrarse la molestia de abandonar esa silla.

—¡Háblame con respeto!

Las delgadas mejillas de la viuda se encendieron con un color tan intenso que parecía casi azul. Si la forzaba un poco más, su mal genio surgiría a la vida y echaría mano de algo para arrojar. Primero la taza vacía y el plato que tenía en la mesa, junto a su codo; luego, algún libro, pues no quedaba una sola estatuilla de porcelana en toda la casa. Si no encontraba nada mejor a mano, no tendría reparos en tirar las agujas de calceta como si fueran lanzas. Jemima sabía que su suegra era capaz de arrojar los muebles, si tuviera fuerza suficiente para levantarlos.

Volvió la página del periódico, sin dejar de observar a la viuda por el rabillo del ojo. Durante un tiempo la había divertido ver a una señora refinada pataleando como un niño que exige un terrón de azúcar, pero ahora estaba lista para huir si se presentaba la necesidad.

—Es como vivir con un francotirador al que le escuece el dedo en el gatillo —se quejó a su esposo, en una de las raras ocasiones en que pasaban algunos instantes a solas.

Isaiah, que en ese momento se disponía a salir para encontrarse con Dye en algún rincón oscuro, la escuchó con una mezcla de impaciencia y diversión indiferente. No la defendería contra su madre. Ni siquiera se molestaba en recordar su nombre de pila: la llamaba «señora Kuick», como si fueran dos ancianos con cincuenta años de casados, aferrados a las costumbres antiguas.

Era preciso admitir que Jemima había sido demasiado liberal en sus negociaciones. El trato que había cerrado con Isaiah Kuick daba a éste más libertad de la que convenía: pasaba fuera de la casa más tiempo del que ella esperaba. Hasta el momento no se le había ocurrido ninguna forma de recobrar la ventaja, sin perjudicar tanto su propia causa como la de él.

Aun así, le brindaba una gran satisfacción imaginarse revelando a la viuda la verdad sobre su hijo y sus ausencias.

Ahora su suegra se acomodó el chal sobre los hombros, dando pequeños tirones. Con la boca fruncida, desvió la mirada hacia Jemima.

—Irás al entierro de ese muchacho, y te diré por qué: no perderás semejante oportunidad para exhibir tu anillo de bodas.

La muchacha se tragó la irritación para mostrar su sonrisa más dulce.

—¿Y por qué debo exhibirlo, madre Kuick? No tengo que demostrar nada a nadie.

—¿Que no? ¿Tampoco a la señora Elizabeth Bonner y a esa pagana que tiene por hijastra? —Lucy Kuick tenía una risa horrible, que mostraba todos los huecos entre las muelas—. Tu cara lo dice todo, jovencita. Te he cogido desprevenida, ¿no? Eso te pasa por pasarte el día sentada. Te quedas dormida y las cosas se te vienen encima. Ayer por la noche regresaron todos, arrastrando consigo a media ciudad.

—¿Ha sido Georgia quien ha traído la noticia? —Jemima habría querido morderse la lengua por mostrar interés.

—Efectivamente. He de reconocer que vale el salario que le pago. Hace más de lo que le corresponde y tiene buen carácter. Sabe guardar su lugar y no pide más de lo que le corresponde. Debería haber buscado criadas en Johnstown desde el primer momento. Tendrías unas cuantas lecciones que aprender de Georgia, jovencita.

Jemima se preguntó qué haría la viuda si ella cogía un libro y lo lanzaba por una de las ventanas de las que estaba tan orgullosa. Y lo habría hecho, a no ser porque ya

corrían demasiados rumores en la aldea sobre lo que pasaba en esa sala. Pero había otras maneras de tratar con su suegra. Jemima cogió su taza intacta y volcó el té en la alfombra turca, que la viuda había recibido de su difunto esposo como regalo de bodas.

Cuando era necesario, sabía moverse deprisa; aun así, el primer libro golpeó contra la puerta con fuerza asombrosa antes de que ella hubiera llegado a cerrarla del todo.

—¡Así te pudras en el infierno! —chilló la señora Kuick.

Jemima iba ya por la mitad del pasillo, y aún no había cesado la granizada de libros.

Sólo pudo respirar tranquila cuando hubo cerrado con llave la puerta de su dormitorio. Se detuvo en medio de la habitación en penumbra, con un puño apretado contra el corazón y el otro contra la boca, tragando el pánico como si fuera agua caliente.

Hacía dos o tres días había regresado Nathaniel Bonner de los bosques; y ahora, Elizabeth y Hannah, de la ciudad, mucho antes de lo que ella esperaba. Todos los Bonner juntos en Lago de las Nubes: jóvenes y ancianos sentados alrededor de la mesa, conversando.

Jemima casi podía oír las preguntas. «Cuéntanos otra vez cómo te torciste el tobillo, hija». «Contadnos otra vez lo de Liam Kirby: ¿cuándo se marchó y qué fue, finalmente, lo que lo impulsó a irse?» «Contadnos otra vez qué hacíais aquel día en Eagle Rock, Daniel».

Se pasó una mano por el vientre, aún plano y firme, aunque se le había retrasado la regla y le dolían los pechos. Liam Kirby había huido, pero no antes de hacerle ese hijo, la piedra fundamental de lo que ella trataba de construir para sí. Ese hijo era la única protección contra la viuda. En esos días, le acudía a menudo a la cabeza un viejo dicho: «Dios ayuda al que se ayuda».

—Yo me ayudé.

Susurró esas palabras. Lo había planeado todo bien. Salvo el que los mellizos Bonner estuvieran en la montaña.

Había llegado un punto en que aquellos niños se le aparecían por todas partes, despierta o dormida, tal como los había visto en Eagle Rock: la cara pintada de Daniel, contraída por la ira, que hacía de él, no ya un niño, sino una versión joven de su padre, y su hermana, aullando como un demonio mientras rodaba por la cuesta. Jemima se cubría de sudor al pensar en lo que habría sucedido si la niña se hubiera roto la cabeza en vez de torcerse el tobillo.

Pero había esperanza. Hasta el momento, parecía que los mellizos habían tomado sus amenazas en serio, pues habían guardado silencio. Aunque tal vez no; tal vez ya lo habían contado todo. Esa voz insistente al oído, esa voz que no la dejaba dormir en

paz. Ésa era una de las píldoras más amargas: Jemima se había alzado con Liam Kirby, derrotando a Hannah Bonner, pero debía mantener esa victoria en secreto para no correr el peligro de ser descubierta.

Cosa que podía suceder, de cualquier modo, si Daniel o Lily decidían confesar lo que había sucedido en Eagle Rock.

Los niños tienen tendencia a olvidar. Por eso necesitan una mano firme y alguien que les recuerde, de vez en cuando, lo que se espera de ellos. El propio padre de Jemima solía usar para eso un látigo o una correa de arnés, pero ella no estaba tan desesperada como para olvidar a quién pertenecían aquellos niños. Si hiciera una marca a cualquiera de ellos, los hombres de la familia irían a por ella: de eso no cabía ninguna duda. Pero había otras maneras de inculcar en las criaturas caprichosas el temor de Dios; Jemima había pasado mucho tiempo meditando sobre eso. El problema era que veía a esos niños muy rara vez.

Estarían presentes en el entierro: en eso la viuda tenía razón. Jemima tendría que cambiarse de ropa y salir bajo la lluvia, después de todo.

Alguien llamó a la puerta.

—¿Señora Kuick?

—¿Qué pasa, Becca?

—El señor Kuick le manda decir que ya está listo para ir al entierro. Todos los esclavos esperan en el cementerio.

Becca mantenía un tono tan neutro como le era posible, pero la burla estaba allí, escondida detrás de la puerta. Jemima estaba decidida a echarla en cuanto se pudiera conseguir otra criada en Johnstown, pero de vez en cuando sentía el impulso de hacerlo inmediatamente. Si eso no hubiera significado desbaratar la casa y provocar el mal genio de la viuda, se habría concedido la satisfacción de deshacerse de Becca.

—Dile que iré directamente allá.

—Sí, señora Kuick.

Jemima llevaba puesto uno de los dos mejores vestidos de su madre, de feo verde oscuro con guarniciones rojas, ya gastado en el ruedo y los puños, estrecho de hombros y remendado más de una vez en los codos y la cadera. El resto de su ropa pendía de perchas contra la pared: dos vestidos de tela basta que no se había puesto desde el casamiento y que no volvería a usar, y otro heredado de su madre, de seda gruesa color pardo oscuro, que usaba como gala de domingo desde hacía un año.

No había perdido tiempo en encargarse de ropa nueva. El primero de los vestidos colgaba de la percha como una mariposa entre polillas: una seda pesada, con un diseño geométrico en rosado y verde. Era la única seda disponible en la factoría, lo bastante buena como para que Matilda Kaes comenzara a coser, en tanto se encargaban otras telas a Johnstown. Jemima tocó los adornos de encaje del cuello y las borlas que pendían de las mangas y que se balanceaban al andar.

Cualquiera de sus vestidos viejos era más adecuado que ése para un entierro. Ponérselo sería enfurecer a su suegra y escandalizar a la aldea. Ni Anna McGarrity ni las viejas comadres irían a presenciar el entierro de un joven esclavo, pero se enterarían en menos de una hora y no hablarían de otra cosa en toda la semana.

Jemima descolgó el vestido de seda y comenzó a planificar el día.

* *

Una semana después de su regreso, Elizabeth aún no había bajado a la aldea, sobre todo por miedo a las preguntas que le harían y a la necesidad de mentir, algo que nunca se le había dado bien. Nathaniel podía presentarse con toda tranquilidad; a él nadie le preguntaría cuánto tiempo había estado fuera o qué asuntos lo habían retenido. Las únicas preguntas que le hacían se relacionaban con el viaje de su hija, y ante eso podía responder con sinceridad: sería feliz cuando toda la familia estuviera nuevamente reunida.

Día tras día, Elizabeth buscaba alguna excusa para quedarse en la montaña. Pasaba el tiempo con los niños; Daniel y Grajo Azul le contaban sus aventuras, a veces terminando uno las frases del otro con perfecta sincronización. También se sentaba con Lily durante horas enteras a mirar el cuadernillo que ella le había hecho con la esperanza de alentarla a escribir.

Cuando esperaba ver en las páginas la escritura impaciente de su hija, se había encontrado a cambio con un dibujo tras otro. Algunos eran sólo ejercicios geométricos sobre formas, sombreados y perspectivas; otros, sin embargo, eran retratos asombrosamente parecidos a la gente que representaban. Los dibujos que más la conmovían eran los de objetos pequeños y extraños: un zapato (de Curiosity, fácilmente reconocible), caído de lado junto a una mata de hierba; una botella rota, un botón de perla tallada, que pendía medio suelto contra la pechera de una camisa. Cada dibujo estaba mejor logrado que el anterior. Y cada uno tenía una historia que Lily estaba deseosa de contar.

—Mi madre también sabía dibujar muy bien —dijo Nathaniel a su hija—. Pasaba horas enteras dibujándome cosas: la familia que había dejado en Escocia, la aldea en la que se crió... Es un don que has heredado de ella.

Lily siempre había sido una niña inquieta, que saltaba de una ocupación a la siguiente y se aburría con facilidad, al contrario que ahora. Elizabeth nunca la había visto tan absorta. La escuchaba con creciente sorpresa cuando hablaba de Gabriel Oak y de las cosas que él le había enseñado. La niña había escrito muchas de sus frases en la última página del cuadernillo.

—Las apunté después de que lo enterráramos —explicó, con mucha seriedad—.

Para no olvidarlo.

—Fue un buen amigo para ti —dijo Nathaniel—. No podrías olvidarlo.

Elizabeth agregó:

—Lamento no haber tenido oportunidad de agradecerle lo que hizo por ti durante nuestra ausencia.

—Puedes hablar con Bump —insinuó Lily—. Está muy triste desde que murió el amigo Gabriel.

Aunque podía imaginarse conversando con Bump sin ningún problema, Elizabeth seguía sin bajar de la montaña. Cuando no estaba con los niños, pasaba su tiempo con Muchas Palomas y Susurro de Pinos, o quitando hierbas en el maizal y en la huerta, o sentada junto al hogar, con las manos llenas de labores que la cansaban físicamente, pero que no conseguían que borrara de la mente a Selah Voyager y a Liam Kirby.

Curiosity se presentaba allí todas las tardes a caballo, después de pasar por el molino para cambiar los vendajes al joven Reuben. Iba para asegurarse de que su nieto siguiera sano y fuerte. Y también para estarse un rato sentada sin nada que hacer, con el bebé en el regazo y escuchando la charla de las mujeres.

Era una Curiosity que Elizabeth no conocía y nunca había imaginado. Para los Freeman la muerte no era una desconocida: el primer esposo de Polly había muerto aplastado por un árbol; el segundo hijo de Daisy, había fallecido a causa de un cólico; además de otras pérdidas más antiguas de padres y hermanos, que aún ardían con fuerza. Pero la muerte de Selah parecía haber pillado desprevenida a Curiosity. Se había vuelto más introvertida y ausente. A menudo volvía la cabeza hacia la puerta, como si esperara a alguien que habría debido llegar hacía mucho. Un forastero que, después de quitarse cortésmente el sombrero, les diría que todo había sido un error, que Selah estaba viva y a salvo y les haría ver lo ridículos que habían sido todos al pensar que una mujer tan fuerte, después de haber pasado por tantas cosas, pudiera ahogarse por propia voluntad.

Cuando le hablaban, Curiosity respondía, esbozaba una sonrisa, arrugaba la frente, tomaba decisiones y cumplía con su trabajo. Pero sólo parecía abrirse de verdad a los niños, y lo menos posible. Casi siempre tenía a su nieto en brazos, con una mano cubriéndole la curva del cráneo. Lo mecía cuando lloraba, le canturreaba por lo bajo y, cuando hacía gorgoritos, como todos los bebés que comienzan a despertar al mundo, ella le hablaba largamente del tiempo, de los cuervos que poblaban los árboles y de los días en que la gente sabía volar.

Habría sido más lógico dejar al niño a cargo de Daisy, que era su tía y estaba deseosa de hacerlo, pero Daisy había dejado de amamantar a su hijo menor dos años atrás y ya no tenía leche; por eso, cuando caía la tarde, Curiosity dejaba a su nieto al cuidado de Muchas Palomas y bajaba la montaña para reunirse con su esposo.

—¿Cuánto tiempo dura el luto? —había preguntado Daniel a su madre, pues,

después de tres días, a Curiosity se la veía más distante que nunca.

«Toda la eternidad», pensó decir ella, pero se contuvo. Nathaniel intervino:

—Es como cualquier herida profunda, hijo. Cicatriza con el tiempo.

—Creo que espera noticias de Manny —arriesgó Lily—. Creo que Manny la haría sentir mejor, si viniera a casa por su hijo y ella los viese juntos.

—Pronto volverá Hannah —dijo su hermano—. Quizá ella traiga de la ciudad algún remedio nuevo que cure las quemaduras de Reuben. Eso ayudaría mucho a Curiosity; ya no estaría tan enfadada.

Nathaniel buscó los ojos de su esposa por encima de las cabezas de los niños, asombrado, complacido y algo inquieto ante esa combinación de inocencia y sabiduría.

Más tarde Elizabeth pensó largamente en lo que Daniel había dicho con tanta desenvoltura: Curiosity estaba enfadada, más enfadada que nunca. Fue en busca de Huye de los Osos y lo encontró detrás del granero, reparando el asa de la vieja tina. Allí los niños no oirían nada.

—Cuéntame lo del accidente de Reuben —pidió.

Huye de los Osos dejó el martillo y cogió un trozo de alambre.

—No estoy seguro de que fuera un accidente.

Elizabeth se ciñó los brazos al cuerpo. A pesar de que era una tarde muy cálida, tenía la piel de gallina.

—Cuéntame.

—No hay mucho que contar —dijo Osos, con la serenidad de costumbre—. Dicen que el muchacho llevaba un saco de cal viva al hombro y la costura cedió, cubriéndolo de la cabeza a los pies. Cuando pudo saltar al estanque, el daño ya estaba hecho. Se le desprendió casi toda la piel.

Una quemadura de cal viva era tan grave como la del fuego; incluso peor, según decían algunos, pues, a diferencia de las llamas, sólo se la podía apagar con agua. En una ocasión, Elizabeth había visto a un gatito caer en un saco de cal viva, en el granero de la vieja casa de su padre; Galileo, con un rápido golpe de hoz, había puesto fin a aquellos alaridos ultraterrenos, pero no antes de que ella vomitara.

Se obligó a concentrarse en el brillo del sol sobre el pelo oscuro de Osos, veteado de gris. Cuando pudo volver a hablar, dijo:

—¿Qué te hace pensar que pudo no haber sido un accidente?

Huye de los Osos miró hacia el porche de su cabaña, donde su hija Kateri molía maíz y canturreaba a su hermanito, que dormía plácidamente. Elizabeth volvió a pensar que, por muy poco que se parezcan físicamente los hombres de distintas razas, todos tienden a mirar a sus hijos con la misma expresión: interés, un orgullo feroz y una torpe ternura.

—Cuando sucedió, no había nadie, excepto el capataz. El chico no puede o no

quiere hablar, pero los hombres del molino tienen sus sospechas.

Esa noche, mientras se disponían a acostarse, Elizabeth volvió a sacar el tema con Nathaniel.

—¿Tú lo sabías?

—Sí. Me lo contó mi padre. Eso explica algunas cosas.

—¿Eso es todo lo que se te ocurre decir? —Elizabeth apenas podía contener su furia—. ¿Que eso explica algunas cosas?

Entonces Nathaniel se volvió hacia ella. La serenidad de su expresión la frenó en seco.

—Puedo bajar ahora mismo y meterle a Dye una bala en la cabeza. Sería un placer, si es eso lo que deseas. No tienes más que decirlo, Elizabeth.

—No. —Ella se sentó a su lado, más calmada—. No es que no lo merezca, pero... no. ¿Por qué Curiosity no dice nada? ¿Ni Galileo? La ley prohíbe tratar a nadie así, aunque sea un esclavo. Se le podría acusar y arrestar, ¿no?

Nathaniel le deslizó una mano por el brazo y enlazó con fuerza sus dedos a los de ella.

—En primer lugar, no hay pruebas de que Dye haya tenido nada que ver en lo que le sucedió al chico. Es un tipo duro, pero nunca he oído que haya matado a nadie por diversión, ni siquiera a un esclavo. Y un muchacho como ése, fuerte y bien adiestrado, vale mucho dinero para la viuda.

—¿Tú no crees que Dye sea responsable?

—No he dicho eso, pero lo cierto es que no sabemos qué sucedió ni por qué.

Elizabeth saltó de la cama, desesperada por moverse.

—Aún no comprendo por qué Curiosity no ha dicho absolutamente nada de todo esto. ¿Te parece...? ¿Es posible que ella...?

—Dilo de una vez, Botas.

Ella se detuvo, respiró hondo y soltó el aire.

—¿Es posible que nos culpe por lo de Selah?

Esperaba una negativa inmediata, pero no la encontró. Nathaniel se pasó una mano por la barba crecida, hasta que por fin sacudió la cabeza.

—No —dijo al fin, mientras se agachaba para desatarse los mocasines—. Yo también lo pensé, pero creo que es algo más complicado.

—Explícate —dijo ella, más cortante de lo que habría querido.

Él se encogió de hombros.

—Curiosity nunca nos culparía por lo que sucedió; la conoces demasiado bien para dudarle. Pero tengo la sensación de que tanto ella como Galileo se están apartando de nosotros, para protegernos, por si lo de Reuben motivara consecuencias graves.

Esa idea sacudió a Elizabeth tanto como la imagen del muchacho cubierto de cal

viva.

—¿Piensas que... que están pensando en... vengarse?

—No sé si han planeado algo —la interrumpió él—, pero no preguntaré. Y tú tampoco.

—Si se toman la ley por su mano, Nathaniel, las repercusiones... —Se interrumpió—. Quiero que hables con Galileo. Tú o tu padre. Alguien. Si no, yo hablaré con Curiosity.

—No es Galileo quien debe preocuparnos. Ni Curiosity. Si a alguien se le ha metido en la cabeza vengarse de Dye, debe de ser de la familia de Reuben.

Elizabeth no conocía bien a ninguno de los esclavos de Kuick, simplemente porque no se les permitía ir a la aldea a menudo. Pero los conocía de vista y de oídas. Ezekiel y Levi eran hombres corpulentos, tranquilos y competentes, de sonrisa pronta; Reuben se parecía mucho a sus hermanos mayores. Pero la madre era otra cuestión. Elizabeth recordaba con exactitud un comentario que le había hecho Curiosity: «Es como un perro apaleado que esperara la oportunidad».

—Esto pinta muy mal, Nathaniel.

—Debemos esperar —respondió él—. Curiosity dice que el chico no vivirá mucho más. Y luego vendrá el entierro.

* *

A la noche siguiente, cuando apenas se alzaba la luna, Hannah llegó a Lago de las Nubes. Como los perros no dieron aviso, ella los cogió por sorpresa al abrir la puerta.

Daniel fue el primero en ver a su hermana mayor y dejó caer la cuerda que trenzaba para abalanzarse hacia ella con un grito de alegría. Lily aún no pisaba bien con el tobillo lesionado, pero fue tras él, y el cesto que tenía en el regazo cayó al suelo con repiqueteo de botones.

Los gemelos hacían tanto ruido y tantas preguntas, lanzaban tantas noticias a los oídos de Hannah, que Ojo de Halcón se vio obligado a restaurar el orden, para lo que los aferró por las camisas y los sostuvo en el aire, como a cachorros nerviosos.

—¡Parece que no hayáis recibido educación! Por la manera en que ladráis, cualquiera diría que vuestra hermana es un mapache trepado a un árbol. Dejad que recupere el aliento.

Su tono irritado bastó para que los mellizos callaran de inmediato.

Elizabeth también quería arrojarse hacia ella, pero se contuvo mientras Hannah saludaba a su abuelo y luego a Nathaniel. Primero habló en el idioma del pueblo materno y dijo todo lo que se esperaba de una buena hija. Se la veía feliz de estar en casa, feliz y agradecida, pero denotaba un cansancio que iba más allá del que provoca

un viaje largo. Hannah había dejado en la ciudad los últimos vestigios de adolescencia.

Elizabeth se preguntó si Nathaniel podría detectar ese cambio. Era de esperar que no.

—Me alegra que hayas vuelto al hogar y a nosotros —respondió su padre en el mismo idioma—. Me gusta que estemos otra vez todos juntos.

* *

Daniel corrió a buscar a la gente de la otra cabaña. Todos se apiñaron en el porche, para escuchar los relatos de Hannah a la luz de juncos impregnados de brea, para mantener a raya a los mosquitos. Lily pensó que valía la pena soportar el mal olor, si a cambio podían sentarse al aire libre, conversando, y ver el claro de luna bailando en las cascadas.

Muchas Palomas llevó al bebé de Selah para que Hannah lo viera. Era un niño grande y sano, con pliegues de grasa bajo el mentón, como un muñeco demasiado relleno. Hannah se sentó con el pequeño en su regazo mientras contestaba a todas las preguntas que le hacían: desde Kateri, que ansiaba saber si habían visto algún monstruo marino, al abuelo, que preguntaba por el capitán del barco en que habían viajado a la ciudad.

Era una de las cosas que Lily disfrutaba más: todo el mundo sentado en el porche, en una noche de verano. Se reclinó contra las piernas de su madre; si alargaba el brazo, podía tocar a su hermano o a su padre, y podía trepar al regazo de su abuelo o al de su hermana.

Grajo Azul pidió a Hannah que comenzara por el principio. Y así lo hizo, tratando de hacerlo divertido cuando era posible, de manera que en la oscuridad flotaban las risas; abuelo y Huye de los Osos emitían ruidos profundos. Más adelante deberían contar lo sucedido en el Gran Lago, con Selah y los viajeros, y entonces ya no podrían reír. Eso era algo que Lily, en realidad, no deseaba volver a escuchar.

Cuando Hannah hubo acabado de contar su llegada a la ciudad y el encuentro con la familia de la calle Whitehall, los adultos decidieron que era hora de enviar a los niños a la cama. Kateri y Grajo Azul se fueron sin queja, pero Lily suplicó y discutió, a pesar de que su gemelo había cedido sin muchas protestas. Sólo accedió después de ganarse un castigo: tendría que ir a desbrozar el maizal una tarde más. Entonces se dio por vencida y se fue, furiosa, a su cama.

Su hermano la esperaba con los brazos cruzados sobre el antepecho de la ventana abierta y la brisa en el pelo, escuchando lo que hablaban los adultos en el porche. Ella iba a preguntarle si estaba loco, si quería pasarse el resto del verano desbrozando el

maíz, pero Daniel la acalló con una mirada impaciente y se desplazó para hacerle espacio.

—Calla —le susurró al oído—. Está llegando a la mejor parte.

Las voces ascendían a rachas desde el porche, según las empujara la brisa, pero un niño con buen oído podía captarlo casi todo.

—Podrías habérmelo dicho antes —susurró Lily—, en vez de dejar que me metiera en problemas.

Daniel se limitó a arrugar la frente y tiró de ella para que se sentara a escuchar.

Así estuvieron mucho rato, mientras Hannah contaba anécdotas del hospital, de los pacientes y de los niños huérfanos, cosas tan tristes y horribles que Daniel no podía contener los suspiros, y Lily le daba codazos para recordarle que no les estaba permitido escuchar.

De pronto ascendió hasta ellos la voz de su padre, clara y nítida:

—Daniel. Lily. A la cama.

* *

Lily se acostó, pero nadie podía ordenarle que durmiera; mientras estudiaba la sombras, lamentó no tener suficiente valor para regresar a la ventana.

—Será mejor que no lo hagas —susurró Daniel desde el otro camastro, como si ella hubiera expresado sus ideas en voz alta.

Lily se tumbó hacia su lado. Apenas distinguía el contorno del hombro y la cabeza en la oscuridad, pero sabía que él la estaba mirando.

—No estaba muy enfadado —dijo—. Cuando lo está de verdad, me llama Mathilde.

Pero se quedó en la cama. Y su hermano también. Pasado un rato ella dijo:

—Creía que me gustaría mucho ir a la ciudad, pero he cambiado de idea.

Daniel lanzó un murmullo de asentimiento y luego ella lo oyó incorporarse.

—¿Qué haremos con respecto a Jemima, Lily?

Fue a meterse en su camastro, como hacía siempre que tenían algo importante que discutir, y también cuando estaba preocupado; casi todas las noches había algo de que hablar.

—No podemos hacer nada —respondió ella. Percibía la resistencia de su hermano en la postura de los hombros que la tocaban.

—Pero estaba invadiendo una propiedad privada. Deberíamos decirlo.

—Estaba con Liam Kirby; él también invadía una propiedad privada. ¿Quieres que todos vuelvan a preocuparse por Liam Kirby, ahora que al fin se ha ido?

La cara de su hermano era un óvalo claro, tan familiar como la suya misma.

Habría podido dibujarlo en la oscuridad. Habría podido dibujar a su hermano aun siendo ciega.

Daniel sacudió la cabeza, y su pelo despidió un olor a savia de pino.

—Supongo que no. Pero no me gusta que Jemima Southern vague por esta montaña lanzando amenazas. No está bien.

—Tenía mucho miedo de que habláramos —apuntó Lily.

Era una conversación que habían mantenido muchas veces, y siempre terminaba allí, pues ambos sabían que había algo importante en juego, algo que no comprendían. Y tampoco podían preguntar: se relacionaba con lo que pasaba entre un hombre y una mujer, y ése era un tema del que no se hablaba mucho.

—Ella reaccionó como si pudiéramos quitarle algún tesoro —comentó Daniel, haciéndose eco de sus pensamientos.

—Lo mejor será no acercarse a ella durante el resto del verano —decidió Lily—. Si no nos cruzamos en su camino, tal vez se olvide de todo.

* *

Lily se despertó más tarde, intranquila y confusa. Se oían voces en el salón y susurros en la oscuridad. Su madre murmuraba y la voz de su padre le respondía, grave y algo ronca.

Se puso boca abajo y levantó la cabeza para mirar por encima de la barandilla.

La única vela de la repisa arrojaba un óvalo de suave luz amarilla contra la pared. En el borde del círculo estaba su madre, apretada contra la pared, y su padre se inclinaba hacia ella, con una mano apoyada en el muro y la otra en el hombro de ella, con los dedos tan abiertos que el pulgar descansaba en el hueco del cuello; allí se había desprendido un botón.

Lily se frotó los ojos, pero ellos siguieron allí, en simetría perfecta: la línea del brazo de su padre; el ángulo donde su mano tocaba la pared; la curva de su espalda. Todas esas líneas se unían para formar un espacio que sólo su madre podía llenar. A la luz de la vela, ella giró hacia él la cara en forma de corazón; unas hebras de pelo cayeron contra su cuello, en forma de rizo. Él dijo algo y ella rió. El sonido se cortó abruptamente cuando él bajó la cabeza.

Lily volvió a acostarse y cerró los ojos, con un brazo cruzado sobre la cara para atrapar la imagen que le habían brindado. La tendría para siempre en el ojo de su mente. Se le antojaba demasiado preciosa incluso para trasladarla al papel.

* *

Era una mañana lluviosa, fresca y perfumada. Por primera vez desde su regreso, Elizabeth se despertó con una sensación de bienestar. Porque en casa de los Todd había una criatura que representaba alguna esperanza para Kitty; porque Hannah estaba otra vez en casa, cambiada por el tiempo que había pasado en la ciudad, pero no herida; porque en las cartas que habían recibido desde Escocia, a pesar de la tristeza que contenían, también había buenas noticias: Luke estaba contento con su suerte y la joven Jennet, bien casada. Porque sus hijos estaban sanos y salvos; porque Liam Kirby se había ido y jamás volvería a Lobo Escondido.

Era cierto que no tenían de Manny tantas noticias como habrían querido, pero lo que se sabía no era desesperante. Había motivos para creer que estaba bien y que pronto iría a casa. Así lo había dicho Will, y en Will se podía confiar. Otra bendición más. El verano se extendía ante ellos, con sus problemas, pero estaban juntos en casa y juntos los solucionarían.

Mientras removía las gachas para el desayuno y planificaba la jornada con renovadas energías, los perros empezaron a ladrar. Toby, que pastaba cerca del porche, relinchó a modo de bienvenida. La respuesta fue otro relincho familiar: se trataba de Hera, la yegua de Curiosity.

—Aquí viene Curiosity a escuchar tus noticias —le dijo a Hannah—. Sube todos los días para ver al pequeño Galileo.

Hannah la miró, sobresaltada.

—Me sorprende que Kitty le permita venir. Con el bebé y todo lo que tiene que contar de ella y de Ethan..., y de la nodriza. Por cierto, aún no te he hablado de ella.

—Hija —murmuró Elizabeth, desconcertada por la extraña actitud de la muchacha—. Es sólo Curiosity. No tienes por qué agitarte.

Hannah asintió. Iba a decir algo, pero luego sacudió la cabeza y, después de secarse las manos en el delantal, salió al encuentro de la anciana.

Elizabeth puso otra escudilla en la mesa y miró por el vano de la puerta.

Estaban juntas allí, cogidas por los antebrazos: dos siluetas oscuras y esbeltas, recortadas en oro contra el sol. Durante un momento resultó difícil distinguir a la joven de la anciana: el dolor les curvaba la espalda por igual e inclinaba las dos cabezas.

Elizabeth dejó escapar el aliento y se apretó la boca con las manos. Cuando pudo confiar en su voz, la invitó:

—¿No quieres entrar a desayunar con nosotros?

Curiosity se apartó para acercarse a la puerta. Tenía la cara demacrada por el cansancio y el sufrimiento.

—No puedo quedarme —dijo—. Sólo he venido para pedirle a Hannah que acudiera a echarme una mano. Reuben ha muerto al amanecer y necesito que me ayude a amortajarlo. Además, tenemos muchas cosas de que hablar, ella y yo.

Elizabeth las dejó ir, pues no soportaba la idea de amortajar a otro chico muerto y no quería tomar parte en la conversación. Se quedó en casa para atender a las necesidades de su propia familia, pero no pudo impedir que sus pensamientos siguieran a Curiosity y a Hannah montaña abajo. Mientras servía las gachas, charlaba con los niños, remendaba la cazadora de Ojo de Halcón y examinaba el retrato de Nathaniel que había hecho Lily, iba creciendo en ella la certeza de que habría debido ir.

—Soy una cobarde —murmuró.

Nathaniel apartó bruscamente la vista del molde para balas que tenía en la mesa de trabajo. Ella resopló.

—Debería haber ido con ellas para ayudar. Y para estar con Curiosity.

Su marido la estudió un momento y luego volvió al trabajo.

—No tienes por qué cargar con todo, Botas. Y no eres cobarde.

La garganta de Elizabeth chasqueó un poco. Nathaniel conocía muy bien ese ruido: era el de las palabras ásperas que tragaba, privándose de la discusión que deseaba. Después de limpiar el molde para balas con un trapo aceitado, se levantó para guardarlo en el estante y tardó más de lo necesario, para darse tiempo a componer la expresión.

—Anda, di lo que estás pensando, Nathaniel —dijo ella a su espalda—. Ya sé que te estás preparando.

—Los chicos eran amigos, pero, tal como están las cosas, prefiero que los gemelos no vayan al entierro.

Ella endureció un poco los hombros y Nathaniel se preparó para la inevitable discusión. Ella insistiría en llevar a los niños al funeral, no por amistad, buenos modales o decoro, pues esas cosas le interesaban mucho menos que a su llegada a Paradise, sino por el mismo motivo que él no quería que fueran. Se trataba del único punto de fricción entre ellos: ella temía criar a los niños sobreprotegidos, encerrados en sí mismos e ignorantes de cómo funcionaba el mundo; Nathaniel, en cambio, vivía para protegerlos y enseñarles, antes que nada, cómo defenderse. En los momentos de más calma él reconocía que ambos formaban una buena pareja con sus preocupaciones: cada uno atemperaba al otro. Por eso esperaba discutir con su esposa. En cambio se encontró con algo que lo inquietó más que una palabra áspera.

—Sí —dijo Elizabeth, suavemente—. Me temo que tienes razón.



Capítulo 33

Jemima se ciñó la cabeza y los hombros con el chal; luego golpeó el suelo con sus botas nuevas para librarse de la humedad y contó otra vez: un ataúd de madera verde, mojado por la lluvia, tres indios, siete blancos, dieciséis negros, algunos libres, y el resto esclavos. Y ni un solo niño en el grupo reunido en torno del agujero lodoso, en el sector del cementerio donde se enterraba a los esclavos. Desde su lugar, al pie de la tumba abierta, vio a los Bonner detrás de los deudos; pero de los gemelos no había señales.

—Entregamos a la tierra el cuerpo de tu hijo —dijo el señor Gathercole con su voz de prédica, restallante, aguda y tan agradable como un enjambre de moscardones—. Cenizas a las cenizas, polvo al polvo.

En primer término se encontraban el señor Gathercole, Jemima e Isaiah, y detrás de ellos, Ambrose Dye. Jemima lo sentía a su espalda, demasiado cerca. En otro momento y en otro lugar le habría dicho algunas palabras para curarlo de su impertinencia, pero por ahora debía soportarlo. Para apartarse de él debería acercarse a su esposo; y no quería correr el riesgo de que Isaiah se apartara a su vez de ella, delante de Hannah Bonner.

Estar atrapada de aquella manera entre su esposo y el amante de éste era en verdad extraño: extrañamente satisfactorio e incómodo; prefería no pensar en ello.

A la cabecera de la tumba estaban Cookie y sus hijos, con todos los negros reunidos tras ellos. Allí se encontraban Curiosity y Galileo, Daisy y Joshua Hench. Hasta Jock Hindle había permitido que asistieran sus dos esclavos. Todos ellos paseaban la mirada del predicador a Isaiah, de éste al capataz. Y vuelta otra vez.

Corrían rumores por toda la aldea, susurros tan incontenibles como las hojas que caen de los árboles al comenzar el otoño. Los negros sospechaban que Ambrose Dye era un asesino, aunque nadie lo decía abiertamente. Nadie, blanco o negro, podía hacer semejante acusación sin pruebas contundentes.

Jemima sabía que Dye era capaz de asesinar, pero no podía creer que hubiera matado al chico. No tenía sentido. En primer lugar, porque Reuben valía mucho dinero, y Dye era avaro; segundo, porque si un blanco mataba a un esclavo y no podía aducir un motivo, se lo podía acusar de asesinato. Y según el juez que le tocara, podían ahorcarlo.

Aunque las cosas llegaran a eso y el juez se conformara con multarlo por su mal genio, la viuda no toleraría a un capataz tan descuidado con sus pertenencias valiosas y sin duda lo echaría. Para conseguir el mismo tipo de empleo, él tendría que mudarse a Johnstown o más lejos aún, dejando atrás a Isaiah. Por mucho que a Jemima le gustara la idea, no le parecía posible que Dye se arriesgara a tanto.

A menos que hubiera pasado algo por alto.

Por la expresión de Curiosity le pareció que la anciana sabía qué era ese algo. Al fin de cuentas, ella había atendido al chico hasta su muerte. Si alguien estaba enterada de lo que había sucedido aquel día en el molino, ese alguien era Curiosity. Desde luego, la declaración de una anciana negra no tenía ningún valor. Cuando el juez O'Brien iba a Paradise, había dos cosas seguras: que los delitos contra la propiedad serían castigados con todo el peso de la ley y que ningún negro, mucho menos una negra liberta, podría atestiguar en su tribunal. Curiosity no podía hablar, así como no podía disparar contra Dye en una calle transitada. Callaría lo que supiera, por muy pesada que fuera la carga.

La madre de Reuben, por el contrario, parecía seca y vacía como una calabaza; era como si le hubieran arrancado algo vital. Cookie era una presencia tan vigorosa en la casa que Jemima olvidaba la escasa estatura de la mujer: aunque musculosa y fuerte, no era más alta que una criatura de diez años. Allí, de pie entre sus hijos mayores, parecía haberse encogido más aún. Jemima tuvo la sensación de que, si la tocaba, Cookie se derrumbaría, partida en un millón de fragmentos secos que se diseminarian en el viento.

Mientras el señor Gathercole continuaba con su perorata, Cookie se adelantó, hasta que las puntas gastadas de sus zuecos asomaron por el borde de la sepultura. Se balanceó una y otra vez. La muchacha contuvo el aliento, segura de que se arrojaría sobre el ataúd de su hijo. Levi le apoyó una mano en el hombro y el momento pasó, justo cuando el pastor llegaba al final del oficio.

—¿Alguien quiere decir unas palabras? —El señor Gathercole giró la cabeza a derecha e izquierda.

Todos, excepto Cookie, pusieron los ojos en Jemima. La viuda Kuick, como dueña de los esclavos, habría dicho algunas palabras sobre la insondable voluntad del Todopoderoso. Cosas que Jemima debía decir en su lugar, si es que lograba abrir la boca. Podía hacerlo cualquiera que fuera los domingos a la iglesia o que leyera la Biblia. Pero Isaiah la sorprendió dando un paso adelante, con un recio carraspeo.

—Reuben era un buen muchacho.

Lo dijo con una voz clara y grave, que Jemima nunca le había oído. El sonido pareció llegar finalmente a Cookie; por su cara pasó una expresión confusa. Luego irguió los hombros y levantó la cabeza.

—Era de carácter dulce y amable, rápido e inteligente, y sabía respetar a sus mayores.

Isaiah hizo una pausa, apretando con fuerza las mandíbulas. Tenía los ojos rojos, como si hubiera llorado o estuviera a punto de hacerlo. Más aún: en su voz no se percibía rastro de burla, y su postura no expresaba otra cosa que un verdadero pesar. Jemima tuvo que hacer un esfuerzo para disimular la sorpresa.

—Tenía un talento especial para la música —prosiguió él—. Si no podía tocar el violín, cantaba. Oírlo era un gozo. Lo siento... —Se le quebró la voz y tuvo que carraspear de nuevo—. Nació en mi casa, y en mi casa iba camino de convertirse en un buen hombre. Lamento que se haya ido. Ofrezco mi pésame, junto con el de mi madre y mi esposa, a Cookie, su madre, que nos ha servido fielmente durante muchos años, y a sus hermanos Ezekiel y Levi, que están con nosotros desde que nacieron. Sentiremos la falta de Reuben tanto como vosotros.

Cookie parpadeó una y otra vez; abrió la boca y volvió a cerrarla. Ezekiel se inclinó para susurrarle algo al oído y ella sacudió enérgicamente la cabeza.

Isaiah añadió:

—El señor Dye también tiene algunas palabras que decir.

Muchos de los negros se mecían sobre los talones en tanto oraban o escuchaban, pero en ese instante todos se quedaron tan inmóviles como el joven del ataúd. Entre ellos saltó una chispa de sospecha e ira. Por la espalda de Jemima corrió un escalofrío. ¡Cuánto odio concentrado había en el hombre que estaba detrás de ella!

—Señora Kuick —pidió Isaiah en voz baja—, por favor, deje usted pasar al señor Dye.

Jemima obedeció, apartándose un poco del predicador para no perder de vista a Cookie, Isaiah y Ambrose Dye. Allí se escondía un misterio que ella no había imaginado. Y la clave para entenderlo estaba a su alcance.

Dye se irguió, con la cabeza rígida y las manos cruzadas atrás. Miró a los negros como siempre: con los finos labios apretados en un gesto ceñudo. Jemima nunca había tenido oportunidad de verlo tan de cerca. Se había cortado al afeitarse y tenía un hilo de sangre seca justo sobre la nuez.

—Reuben aprendía deprisa —dijo. Su voz tronó sobre los presentes como si estuviera anunciando una pieza para bailar—. No rehuía el trabajo ni contestaba. Era buen trabajador y tenía instinto para la madera.

Hizo un movimiento como si quisiera apartarse de la tumba, pero Isaiah lo detuvo.

Más adelante Jemima se preguntaría cómo unos pocos movimientos, que vistos de uno en uno no decían nada, podían sumarse para formar algo tan grande. Vio que su marido alargaba la mano para apretar el hombro de Dye; vio los dedos tensos, hundidos: un gesto común entre hombres, que decía: «Espera, no te vayas todavía».

La mano de Isaiah se apartó del hombro de su amante y bajó por el brazo. Dye dio un respingo; algo pasó entre ellos, urgente y veloz como el rayo. Nada relacionado con las necesidades de la carne, nada de amor ni lujuria; era algo más profundo y complicado. Como si hubieran hecho algún pacto y le recordara al capataz su parte del trato.

El hombre carraspeó, y luego dijo:

—Lo extrañaremos en el molino. —Una larga pausa, que se estiró más y más. Dye irguió la espalda y bajó la mirada al ataúd—. Nos entristece el tonto accidente que ha enviado a Reuben, tan temprano, a recibir su recompensa.

Entre la multitud corrió un murmullo como un golpe de viento. Las miradas pasaron del capataz a Isaiah, y de éste otra vez al capataz, que en una ocasión había ajustado cuentas con un fugitivo quebrándole todos los huesos del pie, sin siquiera pestañear. «Como si no oyera los gritos —había dicho Cookie cuando se lo contó a Dolly—. Como si fuera sordo». Y aquel hombre para quien los esclavos eran sólo bienes muebles se declaraba entristecido.

Así, sin más, Jemima supo que los rumores eran ciertos. Aquel día, en el molino, había sucedido algo muy distinto de lo que se contaba. De algún modo, Dye había permitido que la ira lo dominara.

Si cerraba los ojos, casi podía verlo.

Reuben, pasando junto a una ventana por la que no debería haber pasado, o entrando en un depósito donde no lo esperaban. Dye, que se ponía de pie con un bramido. Isaiah, que escondía la cara. Y la expresión del chico: primero, sorprendida y confusa; luego, aturdida al comprender; por fin, trastornada de miedo.

Lo que había ocurrido después y el modo no importaba. Lo que importaba era la mirada de Cookie. Ella sabía que el capataz había causado la muerte de su hijo, pero ¿conocía el motivo?

Todos esperaban que Cookie hablara. Ella podía poner fin a todo con un gesto, una palabra, un encogimiento de hombros; podía abrir la boca y dejar que la verdad manara, ardiente y agria. El poder era ahora suyo: podía echar por tierra todo lo que Jemima había obtenido con tanto trabajo.

O tal vez no dijera en voz alta lo que sabía; tal vez la ira visible en aquel mar de caras negras era demasiado ardiente para un gesto tan razonable e inútil. Jemima pensó fugazmente en los alzamientos de las Indias Francesas, donde los negros habían derramado sangre blanca. Cabezas clavadas en picas, mujeres violadas hasta que suplicaban que se les diera muerte, niños despellejados a azotes. Vio la posibilidad de sangre en la cara de Cookie, cuyos ojos negros permanecían fijos en Dye, sin parpadear.

Cookie era la única esclava a la que se le permitía dormir en la casa grande. Todas las noches afilaba cuchillos, preparaba la masa del pan, dejaba avena o guisantes en remojo, y luego se acostaba a dormir en su jergón, frente al hogar. Las armas de que disponía eran muchas: el fuego, el acero, las hojas de ciertas plantas que, bien picadas, se podían esparcir sobre una pierna de cordero como si fueran hierbas aromáticas. Quedaba por ver si ya no le importaba el baño de sangre que seguiría.

Los otros la tocaban, pero ella no apartaba la cara. Y en tanto sostenía la mirada de Dye, por su rostro pasaban cosas terribles que causaban temor.

Cuando abrió la boca, el sonido que brotó fue, extrañamente, su voz de siempre, serena y firme.

—Duros son los tiempos en que no hay lugar seguro para la gente, salvo el otro mundo.

Luego alargó un brazo rígido y abrió el puño. Una lluvia de tierra cayó sobre el ataúd de su hijo menor. Después de mirar por última vez, primero a Isaiah y después a Ambrose Dye, volvió la cara a un lado y escupió en el suelo. Luego echó a andar.

La muchedumbre se abrió para darle paso y luego la siguió.

Jemima se oyó a sí misma respirar deprisa y con dificultad. Si algo sospechaban, si algo sabían, no lo dirían en voz alta. Todavía no. Por el momento estaba a salvo.

* *

Mientras Hannah, Bump y los Freeman se alejaban del cementerio hacia la casa de los Todd, la lluvia se desató con fuerza, tornando incómodo cualquier intento de conversar. A Hannah no le desagradó tener quince minutos para pensar. Una vez que se hubiera presentado ante Richard Todd, no podría hacer otra cosa que responder a sus preguntas. Y tenía mucho en que pensar.

Caminaba detrás de Curiosity, que iba cogida del brazo de su esposo. Para la mayoría, ese gesto era sólo una amable costumbre en una pareja de muchos años. A Hannah le pareció, sin embargo, que el hecho de que Galileo estuviera perdiendo la vista tenía mucho que ver; pero le gustaba verlos así, cualquiera que fuese el motivo. Tras lo que acababa de presenciar, esa familiaridad, el consuelo que se brindaban mutuamente, le resultaba tranquilizador. No era, por cierto, la primera vez que ayudaba a amortajar a una persona, pero rara vez había visto algo tan triste como aquella madre que lavaba con ternura el cuerpo deshecho de su hijo.

Durante el entierro la había abrumado una imagen de Cookie, extraña pero persistente: la veía suspendida en el aire por encima de los demás, sostenida allí por la pura fuerza de su ira, con las faldas sacudidas por el viento, mientras escupía una maldición sobre la cabeza de Ambrose Dye.

Todos creían que Dye era responsable de la muerte de Reuben, hasta la misma Curiosity, a pesar de que no tenía pruebas, y lo decía abiertamente. En las largas horas que había pasado junto a la cama del chico, le había oído sólo unas pocas palabras que llegaron con el delirio final: «Ven a bailar conmigo, madre», «Dame ese violín» y «Que Dios me deje ciego si no lo hago».

La verdad tenía dos caras. Primero: jamás habría pruebas suficientes para acusar a Dye de nada, y eso lo hacía inocente para la ley de los blancos. Segundo y más importante: los esclavos de la viuda, la gente que mejor lo conocía, no podía ni quería

imaginar al capataz inocente de nada.

La mitad kahnyen'kehàka de Hannah comprendía esa segunda verdad mejor que la primera. Cookie y sus hijos querían venganza, sí. Por supuesto. Pero no podían tomarla sin causar tribulaciones tremendas, un derramamiento de sangre que iría más allá, arrastrando a personas que ellos estimaban.

Curiosity la miró por encima del hombro con una sonrisa débil y fatigada.

* *

—Mañana por la noche convocaré una reunión en la factoría.

Richard Todd no se molestó en apartar la vista de los papeles que tenía en el escritorio. Estaba leyendo por tercera vez las notas que había tomado Hannah en el Instituto. De vez en cuando, hacía anotaciones con su pluma y formulaba preguntas. A menudo eran cosas que ya había preguntado; Hannah no sabía si lo hacía para poner a prueba su memoria o su paciencia.

Richard había ideado un plan para vacunar a toda la aldea, y estaba tan entusiasmado que no le interesaba en absoluto cuanto Hannah pudiera decirle. Ella conocía a la gente de Paradise, cautelosa y desconfiada. Muchos se negarían a recibir la vacuna, de la misma manera que se negarían a golpear a un oso en el hocico. Desde luego, Richard también lo sabía, pero su intención era hacerles ver las cosas a su manera. Si revelaba sus planes a Hannah, no era para pedirle su opinión, sino porque pensaba en voz alta.

Mandaría a Bump a la factoría, la taberna, la iglesia y la herrería, para que hiciera correr la voz. Los hombres que a la noche siguiente se presentaran en la factoría para escucharlo, acompañados de sus familias, recibirían gratuitamente un vaso de cerveza por la molestia.

Hannah bebió el resto del té frío y dejó la taza en la bandeja, junto con los restos del almuerzo. El estudio estaba lleno de cajas que había llevado de la ciudad, libros que el doctor Simón le enviaba a su colega, presentes de Will y Amanda y todo lo que Richard había encargado.

Un cesto lleno de frutas secas y dulces del Lejano Oriente descansaba sobre la última edición del Dispensario de Thacher; las cajas de té, café y tabaco se disputaban el espacio con seis docenas de frascos llenos de sustancias químicas. Una bufanda de seda y lana fina que Amanda había bordado con un diseño de hiedra estaba sobre una caja que contenía vacunas. Hannah sabía que si no la guardaban pronto, Richard sería capaz de utilizarla para retirar un recipiente del fuego sin darse cuenta.

El más costoso de los artículos que él había pedido era una lente nueva para el

precioso microscopio. Hannah la había llevado consigo durante todo el viaje, envuelta en muchas capas de seda y muselina, dentro de un saco de lona, como si fuera el más frágil y valioso de los huevos.

—Ahora podría enviarte a Filadelfia, para que el doctor Rush te enseñe su tratamiento para la fiebre amarilla. Ya que has hecho tan buen trabajo con el doctor Simón... Su carta está llena de alabanzas.

—No sé por qué te muestras tan sorprendido —dijo ella.

Él carraspeó, cosa que debía interpretarse como una admonición, pero Hannah prosiguió:

—No tengo interés en ir a Filadelfia ni a ningún otro lugar. ¿No quieres hablar de Kitty?

Entonces él levantó la vista e inclinó la cabeza hacia un costado.

—Tus cartas eran muy detalladas. Tengo toda la información necesaria. O tal vez quieras quejarte del doctor Ehrlich.

Ella se encogió de hombros.

—No. Cuanto menos hablemos de él, mejor, pero me gustaría hablar del tratamiento.

Él entornó los ojos y bajó la barbilla contra el pecho para mirar por encima de las gafas.

—No hay tratamiento, y tú lo sabes. Sólo una buena alimentación, para fortalecerle la sangre, y ejercicio moderado.

—Y algo en que ocupar la mente —concluyó Hannah—. No has dicho una palabra del bebé.

Él lanzó un gruñido grave y despectivo, pero sin enfado.

—Si la criatura la divierte, que se la quede.

Hannah sintió un arranque de ira que la cogió por sorpresa; se había equivocado al pensar que Richard ya no podía escandalizarla.

—No es un juguete, sino una niña.

El médico parpadeó con sorpresa, no del todo disgustado.

—Tendrá todo lo que necesite —replicó sin alterarse—, menos la adopción. ¿Entendido?

—¿A cuál de las dos te refieres, a Kitty o a la niña?

Él levantó las manos en un gesto de derrota.

—A las dos, a las dos. Pero ya basta del tema. ¿Qué me dices del plan de vacunación? ¿Cuándo te ocuparás de tu familia?

—Esta noche —respondió ella—. He traído virus suficiente para vacunar a todos los de Lago de las Nubes, con excepción de Huye de los Osos y Susurro de Pinos, desde luego, pues ambos son inmunes. Pero tú y yo debemos aclarar otra cosa con respecto a Kitty.

—¿Sí? —Richard cambió de posición en la silla, muy agitado—. ¿Cuál?

—Sería desastroso que ella quedara...

Pese a sus mejores intenciones, le fallaron las palabras que había ensayado con Curiosity una y otra vez. Pero no importó, pues Richard ya sabía lo que intentaba decirle. Desapareció de su cara la habitual expresión desdeñosa e impaciente, reemplazada primero por pena y luego por una mezcla de miedo, azoro y simple vulnerabilidad, cosas que día a día lograba ocultar al mundo.

—No hay nada que temer —dijo—. No pondré en peligro la salud de mi esposa. Me sorprende que me creas capaz de una conducta tan irracional.

Hannah soltó un suspiro.

—Todo el mundo es capaz de cualquier cosa en cualquier momento. Ésta es otra lección que he aprendido en la ciudad, una de las menos agradables.

Richard le sostuvo la mirada un instante más de lo debido, y luego apartó la cara sin molestarse en pedir explicaciones.



Capítulo 34

15 de junio; luna llena

—Tengo la sensación de que no os veía juntos por aquí desde hace un año —dijo Anna McGarrity, y se inclinó por encima del mostrador para ofrecer sendas rosquillas a Elizabeth y Nathaniel.

—Es asombroso que lleves el control de quién viene y quién no —dijo él—. Recién casada como estás...

Anna miró con intención la mano libre de Nathaniel, que estaba firmemente plantada en la cintura de su esposa.

—Por suerte, hay gente que nunca deja de comportarse como si estuviera recién casada. Yo, por mi parte, agradezco al Señor estar con un hombre que sabe qué hacer con las manos. ¿No es verdad, Elizabeth?

Era verdad: a ella le gustaba esa costumbre que Nathaniel tenía de tocarla. Aunque también era verdad que la desenvoltura de Anna para hablar de esas cosas la hacía sentirse incómoda. Para ahorrarse la respuesta dio un mordisco a la rosquilla. Como resultado, los dedos de su marido se curvaron contra su cintura.

—Ya ves, Anna, no eres la única que aún se ruboriza —comentó él, riendo.

Ella tragó el bocado y dijo:

—Yo también puedo jugar a eso, Nathaniel Bonner. Espera y verás.

Eso los hizo reír a ambos. Elizabeth habría preferido alejarse, pero el lento goteo de gente que iba entrando los había ido empujando contra el mostrador y no había otro sitio a donde ir. Anna dijo:

—No puedes escapar, mujer. Mira esta muchedumbre. Pocas veces se ve tanta gente aquí al mismo tiempo. —Empezó a apilar las rosquillas en pulcras pirámides—. Salvo el día en que Charlie LeBlanc perdió una apuesta de tiro al blanco y tuvo que dejar que el viejo Cameron le rasurara la cabeza. Ahora quedaos aquí y hacedme compañía mientras doy de comer a esta gente.

Nathaniel buscó la mirada de su esposa y le guiñó un ojo. A pesar de tantos motivos de preocupación como tenía, estaba de buen humor. Eso se debía a que Hannah estaba en casa, se dijo Elizabeth, y por haber tenido noticias de Luke. Sus cuatro hijos estaban sanos y salvos, presentes o no.

—¡Señora Bonner! —llamó desde el otro lado Molly LeBlanc—. ¡Qué gusto verla otra vez! No veía la hora de que Willy volviera a clase.

—No lo dudo —dijo Nathaniel en voz baja—. Cualquiera cosa, con tal de librarse unas horas de ese tunante.

Cuando se ponía así, lo mejor era no hacerle caso; ella siguió atenta al salón. Era la primera vez que veía a muchos de sus alumnos y a sus respectivas familias desde

que había cerrado la escuela. Todos la saludaban con tanta cordialidad que se sentía avergonzada por haberse resistido tanto a bajar a la aldea.

En un aspecto, Nathaniel tenía razón: los que más se alegraban de verla eran los padres de sus alumnos más revoltosos. Jock Hindle se abrió paso hasta el mostrador para decírselo.

—Cuando no hay clases, mis chicos siempre andan metidos en problemas. No entiendo cómo hace usted para manejarlos sin un látigo o, al menos, sin llevar una escopeta al hombro. —Y alargó una mano para coger una rosquilla.

Anna le dio una palmada cordial en la mano, levantando una nube de azúcar y canela.

—Un momento, Hindle. Antes de llenarse la panza, muéstreme el dinero.

El hombre, con una mueca, sacó unas cuantas monedas de la taleguilla que llevaba atada al cinturón.

—Nunca pensé que serían tantos los que aceptarían la invitación del doctor. Aquí no puedes volverte sin que se te llene la boca de pelo.

Miró con el entrecejo fruncido las monedas que tenía en la palma y, después de removerlas con el grueso índice, arrojó a Anna el importe con un movimiento del pulgar.

—Pues no sé —dijo Nathaniel—. No creo que sean muchos los que dejen pasar algo así.

—Con tanta clientela no me puedo quejar —observó Anna—, pero he de confesar que no me parece bien que un doctor soborne a la gente con cerveza. Ved allí al señor Gathercole con mi Jed. Juraría que se muere por hallar la manera de predicar contra la bebida sin decir nada que moleste a Richard.

—¡Pobre señor Gathercole! —se compadeció Elizabeth, mirando de reojo a su marido—. Condenado al fracaso aun antes de comenzar.

No pudo evitar el pellizco, pero se las compuso para tragarse el chillido. Aloisus Book les había vuelto la espalda. Nathaniel aprovechó la oportunidad para decirle a su esposa al oído:

—Si no dejas de frotarte contra mí, Botas, tú y yo provocaremos un sermón del señor Gathercole delante de toda la aldea.

—Promesas vacuas —siseó ella, mientras le apartaba las manos. Y agregó, dirigiéndose a Anna—: Es raro que haya venido la viuda.

La posadera echó un vistazo al hogar, donde la señora Kuick había ocupado la mecedora buena.

—Ha dejado en casa a los criados y los negros. Tampoco hay rastro de su hijo, pero va a todas partes con Jemima. Como si fuera uno de esos perrillos que las mujeres ricas tienen siempre en el regazo.

—¿Será por la cerveza gratuita o por ver a Richard sin camisa por lo que se ha

decidido a bajar y codearse con nosotros? —preguntó Nathaniel.

Anna soltó una carcajada tan fuerte que la gente se volvió a mirar. Elizabeth no pudo disimular una sonrisa, pero dio un codazo a su marido en las costillas.

Era extraño ver a la viuda en la factoría. Elizabeth pasaba meses enteros sin verla más que en los servicios de la iglesia; no recordaba que esa mujer hubiera pisado anteriormente la factoría. Y allí estaba ahora, con la señora Gathercole sentada a su izquierda en un taburete, como si fuera su dama de compañía. La esposa del pastor, que tenía una rosquilla intacta en equilibrio sobre una rodilla, parecía incómoda y acalorada en medio de la multitud. Según había mencionado Curiosity poco antes, esperaba otro hijo.

Y también Jemima Southern. «Jemima Kuick», se corrigió Elizabeth, mirando a la joven que en otros tiempos, en su escuela, había provocado infinitos problemas.

Estaba sola en medio de la muchedumbre, con los pechos casi fuera del fino vestido de seda. Dónde estaba su esposo era una pregunta que nadie se atrevía a hacerle. El matrimonio no le había ablandado el carácter ni suavizado la expresión. Elizabeth sintió pena por ella; habría querido verla feliz, por su madre, pues Martha Southern había sido una buena mujer, tan dulce como agria era su hija. Al parecer Jemima había encontrado una suegra como ella: imposible de complacer y siempre dispuesta a encontrar defectos en todo.

La viuda no reparaba en la amargura de Jemima ni en la incomodidad de la señora Gathercole. Allí estaba, con la espalda recta y aire de desaprobación, como una reina inesperadamente arrojada entre los más míseros de sus súbditos; su mirada iba de un espectáculo desagradable a otro.

Mariah Greber se acercó, obligando a Nathaniel a apartarse. Tenía bajo un brazo al bebé y, montada sobre la cadera, a la menor de sus hijas. La niña se presentaba al mundo como una gran maraña de pelo y una boca abierta en un aullido agudo.

—¿Puedes cerrarle la boca a esta cría con una de tus rosquillas, Anna? —Mariah plantó a la criatura sobre el mostrador—. Si no, tendré que ahogarla como a un gato para acallarla. Te pago en cuanto encuentre a Horace, que está por ahí, con Axel y los tramperos. Menos mal que el doctor Todd sólo pagará un vaso de cerveza por hombre.

Anna levantó a la niña con un cloqueo solidario, mientras su madre desaparecía rumbo a los tramperos, que conversaban con las cabezas juntas y los hombros encorvados. Los que pasaban la vida en la espesura eran hombres solitarios, que rara vez iban a la aldea, pero el anuncio de que habría cerveza gratis había corrido deprisa por el bosque y era suficiente para que muchos de ellos se decidieran a caminar diez kilómetros.

Al separarse el grupo, Mariah vio en el centro a un hombretón con cara de niño torpe, tonto y confuso.

—Santo Dios —dijo Elizabeth, realmente desconcertada—. Mira, Nathaniel. Ton, el holandés, pero con la cara limpia. —Estiró el cuello para ver si el viejo trampero no era sólo producto de su imaginación—. Hace al menos tres o cuatro años que no venía por la aldea. Siempre olvido lo corpulento que es hasta que vuelvo a verlo.

—Pues no estaría aquí si no hubiera aceptado lavarse con jabón y cepillo —aseguró Anna, mientras acercaba una taza de sidra a la boca mohína de Caridad Greber—. ¡Qué peste! Se le pega como el lodo al cerdo. Hubo que darle cuatro enjabonadas y emplear dos litros de trementina para quitarle toda la grasa de oso rancia que tenía en el pelo y en la barba. Yo le dije: «Mira, Ton: no es la grasa de oso la que te ahuyenta los tábanos, sino este hedor». Así se lo dije, con toda claridad. Y él se limitó a sonreír. Luego quemé sus ropas y le vendí una muda nueva. Supongo que la usará hasta que esté hecha jirones. Y luego se envolverá en una piel de oso hasta la próxima vez que se le ocurra venir.

—¿Sabes si se ha presentado a la viuda? —preguntó Nathaniel—. Con toda seguridad a ella le gustaría conocerlo.

Anna echó la cabeza atrás con una carcajada.

Todas las ventanas y las puertas estaban abiertas a la brisa de la noche. Los niños entraban y salían, correteando entre las piernas de los mayores y por debajo de las mesas. Cornelius Bump, que había subido a un barril de pescado salado para echar un vistazo a la habitación, saludó con la mano a Elizabeth, bamboleando la cabeza redonda.

Muchas Palomas y Huye de los Osos estaban cerca de la puerta, y con ellos, Joshua, Daisy Hench, Curiosity y Galileo. Parecía que no se atreviesen a acercarse más a la viuda Kuick. Elizabeth lo comentó con Nathaniel; en el momento en que él levantaba la cabeza para mirar, los gemelos se abrieron paso hasta ellos.

—Aquí está casi todo el mundo —comentó Daniel, saltando de un pie a otro de puro entusiasmo—. Menos los Todd y Hannah. ¿Queréis que vaya a llamarlos?

—No es necesario —dijo Anna, señalando la puerta con el mentón—. Ahí llegan.

* *

Pese a lo que Hannah y Curiosity le habían comentado sobre el estado de Kitty, Elizabeth se llevó una desagradable impresión al verla. Su cuñada siempre había sido delgada y pálida, pero ahora parecía tan frágil como una anciana de ochenta años. Sin embargo, tenía cierto aire alegre y buen color, ni amarillento ni demasiado encendido, y una sonrisa cálida; respondía a quienes la saludaban con verdadero interés. Cuando vio a Elizabeth, la llamó con una sonrisa.

—¡Tienes que ir mañana mismo a ver a nuestra Meg!

«Esa niña podría ser lo que le hacía falta para superar la enfermedad —había dicho Curiosity—. Mientras no vuelva a quedarse embarazada...» Ninguna de las dos había expresado en voz alta lo que pensaba: ¿cómo tomaría Richard Todd la perspectiva de que Kitty no le proporcionara los hijos que él deseaba? Frustrar a Richard era buscarse problemas; Elizabeth lo sabía por propia experiencia. Estudió su expresión, pero por el momento no se detectaba en ella nada fuera de lo común.

Richard Todd se subió a un cajón que habían colocado en medio de la sala y la multitud calló súbitamente.

«Lo temen». Elizabeth ya lo sabía, pero siempre la asombraba ver nuevamente la prueba. No se podía negar que el doctor era una figura impresionante. Siempre había sido corpulento, pero los años y los hábitos sedentarios le habían agregado capas que le conferían un aspecto aun más macizo; el whisky, además de curtirle la piel, le había empeorado el carácter. «Será un viejo malhumorado», decía Curiosity. Y Elizabeth comprendió que era cierto al ver la manera en que miraba a la gente de Paradise, como si todos fueran niños díscolos que se hubieran ganado una reprimenda.

Él levantó una mano para acallar los susurros que se oían al fondo.

—Me alegra ver que aún queda en Paradise suficiente sentido común como para que la mayoría se haya presentado. Bien, nunca me ha gustado hablar mucho. —Giró la cabeza de un lado a otro, como si buscara a un valiente capaz de desmentirlo. Una vez satisfecho, continuó—: Comenzaré por apelar a la gente de más edad. Muchos de vosotros habéis sobrevivido a la viruela. La habéis visto matar a familias enteras. Veo aquí caras que tienen marcas de viruela desde hace cincuenta años. ¿Verdad, Goody Cunningham?

La anciana asintió con la cabeza.

—Es verdad. La viruela se llevó a mis padres y luego me robó la poca hermosura que tenía.

Atrás, donde se habían reunido algunos de los muchachos de más edad, se oyeron risas sofocadas. Richard echó una mirada severa en esa dirección y las voces se apagaron abruptamente.

—Hace mucho tiempo que no hay casos de viruela en Paradise. Demasiado tiempo. Los jóvenes, como no la conocen, no le tienen miedo, y los mayores han olvidado cómo era.

—Yo no lo he olvidado. —Era Huye de los Osos; su voz grave llegó a todos los rincones—. Recuerdo que mis cuatro hermanos ardieron de fiebre hasta morir.

Richard hizo una pausa. Elizabeth se alegró de que la viuda estuviera a espaldas de él, donde no podía ver la expresión de escándalo, disgusto e incredulidad de la señora Kuick.

—El verano pasado —continuó él— hubo viruela en Johnstown, y este verano

bien podría llamar a nuestra puerta. Pero ahora tenemos menos motivos para temerla, si hacemos lo necesario.

»Todos vosotros conocéis a Hannah Bonner. Nació y creció aquí mismo, en Paradise, y a todos os ha visitado en algún momento, bien para llevaros una tisana contra la fiebre o para atender a vuestros niños enfermos. Los adultos recordarán que sus dos abuelas eran curanderas excepcionales. Hace cinco años que Hannah trabaja conmigo. Tengo de ella tan buena opinión que la he enviado a la ciudad para que se ponga al día de la vacunación contra la viruela.

»Ahora permitidme decir algo más; luego le pediré a ella que os lo explique todo. Prestadle atención, y después podréis hacerle preguntas, pero con educación; si no, os las veréis conmigo. Cuando ella haya acabado, me subiré las mangas de la camisa para permitirle que me vacune aquí mismo, a la vista de todos. Hoy puede vacunar a cuatro personas, para lo cual pediré voluntarios. Es menester vacunar a quienes nunca hayan tenido la viruela, sobre todo a los niños.

Una vez más recorrió el salón con la mirada, tan llena de fuego como la de un predicador.

—Y os diré algo más: quien no permita que vacunemos a sus niños, por superstición o por cualquier otra tontería, cargará con la culpa sobre su conciencia. Estáis advertidos.

Hannah subió al cajón junto a Richard. Llevaba uno de los vestidos que Kitty le había comprado en la ciudad: calicó de color azafrán con ramilletes de flores rojas y hojas de viña. El escote era recatado, pero aun así exhibía bien su figura. Allí, junto a Richard, se la veía alta, esbelta y seria, con las manos cruzadas contra la falda. Elizabeth se sintió al borde de las lágrimas sin motivo alguno. Nathaniel también se estremeció tras ella, por la sorpresa de ver a su hija convertida en mujer ante sus ojos.

Entonces Hannah sonrió. Fue una sonrisa tan cálida y sincera que todos los presentes se aflojaron e imitaron el gesto, incluso el viejo Isaac Cameron, que era el hombre más agrio del mundo. Todos, salvo la viuda Kuick y Jemima.

Hannah dijo:

—Me alegra estar de regreso...

—¡Pues has tardado lo tuyo! —exclamó Lily, desde atrás.

Hubo un murmullo de risas. Hannah continuó:

—Ethan, ¿puedes subir, por favor?

Richard bajó del cajón y el niño ocupó su lugar.

—¡Dios mío, cómo se parece ese niño a su padre! —comentó Anna—. Es como tener delante al mismo Julián, que Dios se apiade de su pobre alma.

Hannah lo ayudó a quitarse la camisa, y el niño quedó ante ellos con el pecho desnudo, bronceado por el sol; era un niño musculoso, esbelto, desenvuelto y bello. Hannah lo hizo girar en círculos para que todos lo vieran.

—Si miráis bien, veréis que Ethan tiene una ampolla en cada brazo. Fue vacunado hace ocho días, la mañana en que iniciamos el viaje de regreso desde la ciudad. Se requieren ocho días para que las ampollas entren en esta etapa, momento en que se las puede abrir con una lanceta. Ahora retiraré el líquido de las ampollas, practicaré unos cortes pequeños en los brazos del doctor y le frotaré un poco con ese líquido claro. Ethan, diles a todos cómo ha estado tu salud en estos ocho días.

El niño la miró como si la pregunta lo desconcertara.

—Pues muy buena, ya lo sabes, Hannah.

—¿No has tenido fiebre? —preguntó Nancy McGarrity.

Él sacudió la cabeza. Se adelantó Charlie LeBlanc.

—Dinos, hijo: ¿te dolió cuando te hizo esos cortes y te frotó el jugo de vaca?

Ethan alzó el mentón.

—No es jugo de vaca. Lo habían cogido de las ampollas de un tal señor Jonas, en la ciudad. Y no me cortó mucho; fue apenas un rasguño de nada. No es para asustarse.

Hubo bufidos de risa entre los tramperos.

—Tom Book —dijo Richard—: si tienes algo que decir, dilo.

—Pues bien —dijo el trampero. Llevaba un vendaje sucio sobre un ojo, tenía una costra de sangre en la nariz y parpadeaba como quien ha pasado demasiado tiempo mirando el fondo de un vaso de cerveza. Comenzó a hablar a la manera lenta y ardua de los muy intoxicados—. Veamos si he entendido bien. Lo que dices es que le pusiste a ese chico la viruela de las vacas y que ahora jamás enfermará. —Resopló otra vez, y en sus fosas nasales apareció una burbuja de sangre—. No tiene sentido. Las personas no son vacas.

—Tal vez ahora parezca no tener sentido —reconoció Hannah—, pero puedo asegurar una cosa: de entre quienes han recibido la vacunación con la viruela de las vacas, ninguno ha enfermado de viruela, aunque a su alrededor otros la hayan contraído. Tanto aquí como en Inglaterra centenares de personas han sido vacunadas. La cuestión es así: la sangre prueba la viruela, del tipo que sea, y en adelante ya tiene lo que necesita para rechazar la enfermedad. Entre los aquí presentes, aquellos que sufrieron la viruela hace mucho tiempo no han vuelto a contraerla, ¿verdad?

Gertrude Dubonnet dijo:

—En el año sesenta y nueve yo atendí a mis hermanos enfermos y me contagié. Después ya nunca volví a tenerla.

—Por eso sólo es necesario vacunar a las personas que no la han padecido —explicó Hannah—. A mí me vacunaron en cuanto llegué a la ciudad, porque no la había tenido.

Ahora había mucho desasosiego en la sala: movimientos y voces de hombre, graves e intranquilas.

—Basta de cháchara —dijo Richard—. Manos a la obra. ¿Quién quiere ponerse a mi lado? ¿Quién será tan valiente como este niño?

—¡Yo! —dijeron los gemelos al unísono. Y se abrieron paso hasta el centro del salón, seguidos de cerca por Grajo Azul y Kateri. Detrás iban los cuatro hijos de los Hench. Luego se produjo un silencio absoluto, y nadie se movió.

Richard se cruzó de brazos y miró a la muchedumbre con expresión sombría.

—Horace Greber, ¿por qué no veo a tus hijas aquí? ¿Acaso piensas que a la viruela no le gustará su aspecto? ¿Y tú, Charlie? ¿Jock? Jan Kaes, tú tienes nietos pequeños que necesitan la vacuna.

Hubo murmullos y gestos de inquietud. Luego Greber carraspeó.

—Usted ha dicho que hoy vacunaría a cuatro, doctor Todd, y ya tiene más voluntarios de los que necesita.

—Pues entonces traerás a tus hijos dentro de ocho días, ¿de acuerdo?

Greber inclinó la cabeza, bizqueando.

—Puede ser. Siempre que los que ella pinche hoy no caigan redondos ni les salgan cuernos y rabo...

Se oyeron risas y Nathaniel se puso tenso; Elizabeth le estrechó la mano con fuerza para recordarle el trato que habían hecho: ése era trabajo de Hannah y debían dejarlo por cuenta de ella.

Ethan fue el primero en hablar.

—Yo no he caído redondo, señor Greber. Y a sus niñas tampoco les pasará nada. Y si quiere venir a echar un vistazo, me bajaré los pantalones para demostrarle que no me ha salido ningún rabo.

Por encima de las risas se elevó una exclamación indignada: la viuda Kuick se abrió paso por entre la gente desde la parte posterior del salón, castigando con los talones las tablas del suelo. Con su chal negro y su polvoriento vestido de seda, negro también, parecía un cuervo agitado.

—¡Tonto el niño, por hablar así a sus mayores! ¡E irresponsables los padres, por permitirselo! —Lanzó a Kitty Todd una mirada que podría haberle provocado un desmayo, a no ser porque, en ese momento, ella estaba mirando a su esposo.

—Verá, señora... —comenzó Richard.

Pero ella lo interrumpió con un ademán cortante.

—¡Primero permítame terminar! El señor Greber demuestra tener más sentido común que usted, doctor Todd. Ninguna persona sensata de esta aldea permitirá que esa... esa... mohawk le meta un cuchillo, ni tampoco a sus hijos. Me sorprende que usted proponga semejante cosa. ¡Infectar a la gente con porquerías cogidas de una vaca! ¿Qué clase de locura impía es ésta?

Un trampero, a quien Elizabeth no conocía, gritó:

—¡Que dejen a los niños blancos fuera de esto! Los de color pueden hacer lo que

quieran; un poco de mierda de vaca no les hará daño, no.

Elizabeth mantenía la atención fija en Hannah, que no había pestañeado siquiera mientras la viuda hablaba. Se la veía serena, sin pizca de sorpresa, como si estuviera preparada para una escena así. Fue Richard quien pidió silencio a gritos. Los demás obedecieron de mala gana.

—Señora Kuick —dijo, conteniendo apenas la ira—, si no quiere recibir la vacuna, apártese y deje que los demás hagamos lo que nos parezca correcto.

—¡Nada de eso! —Ella había enrojado con un tono tan intenso que la punta de su nariz parecía casi azul—. No me apartaré para que llevéis a cabo algo tan abominable ante mis ojos. ¡Y no comerciaré con nadie que se deje seducir por este sacrilegio!

Miró a los presentes cara a cara, con pequeñas sacudidas de cabeza que hacían temblar los blandos pliegues de piel de su mentón. El silencio se prolongaba. Poco a poco su expresión se fue calmando, reemplazada por cierta satisfacción.

—Comenzáis a entrar en razón —dijo, mientras se ceñía el chal a los hombros—. Ya ve usted, doctor: las buenas gentes de Paradise saben reconocer a una bruja. —Y miró a Hannah por encima del hombro, estremecida.

Durante un momento Elizabeth temió que Nathaniel no pudiera contenerse. Con una extraña objetividad se preguntó quién llegaría primero a la viuda, si él o Richard. Pero entonces se elevó entre la multitud una voz fuerte y segura.

—Yo quiero que me vacune. Y mi hermana también. —Nicholas Wilde había levantado la mano. El color que empezaba a esfumarse en la cara de la viuda se encendió otra vez.

—Y yo también —gritó Axel Hauptmann. En su agitación volvió al alemán, su idioma materno—. Bei Gott und Himmel, escuchadme todos. Si la pequeña Hannah Bonner, que nunca ha hecho otra cosa que ayudar a la gente, es una bruja, yo soy el presidente Jefferson.

Se elevaron voces en toda la sala, unas más potentes que otras. Jed McGarrity dijo:

—Mi Jane no ha tenido la viruela. Me gustaría que ella también se vacunara, aunque ya tiene catorce años y puede decidir por sí sola.

Jane era la mayor de las alumnas de Elizabeth y la más rebelde, pero estaba orgullosa de su cutis y cuidaba de su belleza. Además, era una de las muchas jovencitas que le habían echado el ojo a Nicholas Wilde.

—Sí, si mi padre quiere —dijo, inclinando la cabeza con un sonrojo muy favorecedor.

El viejo Isaac Cameron golpeó las tablas del suelo con el bastón hasta concentrar la atención de todos. Luego se abrió paso hasta el centro de la habitación y se plantó entre Richard y la viuda.

—Hace setenta años que dejé de ser niño —dijo, elevando su voz ronca y quebrada—. Nunca tuve la viruela, pero me he pasado la vida temiendo pillarla. He visto cómo es y no quiero verla nunca más, mucho menos cuando cojo un espejo. Ya sé que esta cara es bastante fea, pero es mía y me gusta tal como es. —Después de frotarse con la mano la calva pecosa, elevó hacia Hannah una gran sonrisa—. Baja y rasgúñame, jovencita. Supongo que puedo recibir un poco de mierda de vaca sin desmayarme. —Luego estiró la cabeza y miró a los tramperos—. Sois peores que las mujeres.

La viuda intervino:

—Olvida usted, señor Cameron...

El anciano apuntó el bastón hacia ella y la viuda dio un paso atrás, con las manos apretadas contra el corazón.

—¡No me levante la voz, Lucy Kuick, vieja arpía! Si esta gente le tiene tanto miedo que no se atreve a decirle lo que piensa, yo soy demasiado viejo para aguantar sus perrerías, con molino o sin molino. Si se me antoja dejar que Hannah Bonner me *vascune*, pues me dejaré *vascunar*. Y si a usted le da un ataque y quiere arrojar cosas, allí dentro tiene un montón de bacinillas muy bonitas, con flores pintadas y todo. ¡Veamos hasta dónde las puede lanzar! Podríamos hacer unas buenas apuestas.

A la viuda le temblaban los párpados enrojecidos, pero se las arregló para no perder la compostura.

—Señor Gathercole, ¿permitirá usted que este hombre me hable así?

—No pida ayuda al predicador. —Cameron movió la cabeza—. Si tiene algo que decirme, dígamelo a la cara.

—Pues bien —exclamó la viuda—: Acabará en el infierno por esto que hace. —Aún podía manejar la voz, pero no el color de su tez. Aunque se dirigía a Cameron, su mirada estaba fija en Hannah.

—Tal vez sí, tal vez no —dijo el anciano, con una sonrisa tan ancha que mostraba tres dientes solitarios, del color del roble—. Pero hay muchos motivos para irse al infierno, señora Lucy. Y cada uno busca el que más le conviene.

* *

Al final tuvieron que echar a suertes quiénes eran los primeros en recibir la vacuna. Nicholas Wilde, Jane McGarrity y Solange Hench formaron fila con el doctor, mientras Hannah y Curiosity se ponían manos a la obra.

Muchas personas habían salido de la factoría detrás de la viuda Kuick, dejando suficiente espacio libre para que los interesados pudieran acercarse a observar.

Elizabeth y Nathaniel seguían junto al mostrador con Anna, que apenas podía

disimular su expresión atribulada.

—¿Y vosotros? —preguntó, al fin—. ¿No os vacunaréis?

Elizabeth intercambió una mirada con su esposo y, ante su gesto de asentimiento, se bajó la manga por el hombro, dejando al descubierto la parte superior del brazo.

—Hannah trajo un poco de suero en una redoma de vidrio —explicó—. Como no estaba segura de que aún fuera efectivo, lo usó para vacunarnos a todos. Si no funciona, tendrá que volver a hacerlo con suero fresco.

—Pero los niños de Lago de las Nubes se han ofrecido voluntarios —apuntó Anna—. ¿Hay que hacerlo más de una vez?

—Si surte efecto, basta con una —dijo Nathaniel—, pero nuestros gemelos saben más de lealtad que de sentido común. Si Hannah dijera que puede coser cabezas y dejarlas como nuevas, serían los primeros en ponerse bajo la guillotina.

—Conque todos los de Lobo Escondido ya han sido vacunados —comentó la mujerona, pensativa—. Eso explica por qué se han retirado tan pronto, detrás de la viuda.

—¿Qué es lo que te preocupa, Anna? —preguntó Nathaniel, inclinándose hacia ella por encima del mostrador—. ¿Que nos haya vacunado primero o que nos haya vacunado, simplemente?

Elizabeth sabía que Anna era tan sincera como considerada; resultaba inquietante que apenas pudiera mirar a Nathaniel a los ojos. Por fin dijo:

—Supongo que es razonable que vuestros parientes mohawk vengan a recibir la vacuna. No me interpretéis mal: es lógico, pues ellos pillan la viruela como cualquiera. Pero estoy preocupada, porque la viuda Kuick está a la búsqueda de cualquier excusa para alborotar, desde lo de aquella esclava fugitiva... —Dejó la frase sin terminar.

—¿Qué te han contado? —Nathaniel habló con calma, pero tenía la mandíbula tensa.

—Dye ha estado hablando con los hombres en la taberna, dos o tres noches a la semana, aunque antes nunca asomaba por allí. —Su voz se apagó como si pidiera disculpas.

—Dinos todo lo que sepas, Anna, por favor —pidió Elizabeth en voz baja.

Ella exhaló violentamente y respondió en susurros casi inaudibles.

—No es mucho lo que sé, pero he oído algunas cosas. Se rumorea que en Lago de las Nubes hay otro niño. Un niño negro que ha salido de la nada.

Elizabeth respiró hondo un par de veces y echó una mirada a Curiosity; ojalá no supiera, al menos por el momento, que el hijo de Selah ya no estaba tan seguro.

—¿Y si lo hubiera? —preguntó Nathaniel.

Anna se encogió de hombros.

—Dye no hace más que hablar de la fugitiva que nadie pudo coger. ¿Recordáis a

cuál me refiero? Aquí tuvimos el cartel durante un tiempo. Liam Kirby dijo que la había rastreado hasta Lobo Escondido, pero allí sus perros le perdieron la pista y se dio por vencido.

Vaciló. Después de echar un vistazo a Hannah, bajó la voz aún más, reduciéndola a un ronco susurro.

—A mi modo de ver, si Kirby renunció fue porque vuestra muchacha se había ido a la ciudad. No soy ciega. Y vosotros tampoco. —Hizo una pausa para mirar otra vez a su alrededor—. Pero lo cierto es que no atrapó a esa esclava. ¿Sabéis que el dueño era cuñado de Dye? Ella lo mató, pero, según la ley, ahora pertenece a su esposa, la hermana de Dye.

—Sí, así es —asintió Nathaniel.

Elizabeth se extrañó de que pudiera hablar con tanta desenvoltura, como si Selah aún estuviera entre los vivos.

—Y cuando ella huyó, estaba embarazada —terminó Anna, lentamente.

—¿Y Dye cree que la fugitiva dejó a su hijo en Lobo Escondido?

—No. —La mujer miró a Nathaniel como a un niño inteligente que fingiera ignorancia—. El hecho es que si existe ese niño, no pertenece a la fugitiva, sino a la hermana de Dye.

En la pausa que siguió se oyeron las voces de Richard Todd y de Hannah; no llegaba a ser una riña, pero casi: era el habitual intercambio cortante que ambos parecían necesitar, si no disfrutar. Nathaniel deslizó una mano por el brazo de su esposa y enlazó los dedos a los de ella. Elizabeth agradeció el contacto y se reclinó contra él.

—Todo eso parece bastante difícil —comentó él.

—Es lo que yo le dije —aseguró Anna, más ansiosa—. Pero se ha empecinado. Busca cualquier excusa para ir a husmear por la montaña. Por eso he preguntado si los indios irían a Lobo Escondido a vacunarse. Ya sabéis cómo es Dye con los pieles rojas. Y la viuda, aún peor.

—Pero ¿de dónde has sacado la idea de que los mohawk vendrían a vacunarse? —preguntó Elizabeth, haciendo lo posible por mantener la calma.

La cara redonda y simple de la mujerona se alzó de súbito, con la frente arrugada en un gesto de confusión.

—Pues por esos dos indios desconocidos que están en el porche con Muchas Palomas y Osos. ¿No los habéis visto?

Antes de que ella hubiera pronunciado las últimas palabras, Nathaniel ya iba hacia la puerta, con Elizabeth pisándole los talones.

* *

Los médicos del asilo habían preparado bien a Hannah: podía responder a todas las preguntas mientras efectuaba la inoculación, sin perder la concentración ni la paciencia. Ahora agradecía ese adiestramiento, pues Richard Todd ponía cada movimiento suyo en tela de juicio y exigía respuestas completas sobre cada paso antes de permitirle continuar con el siguiente. Como ya conocía el proceso perfectamente, Hannah sabía que sus preguntas estaban destinadas a Nicholas Wilde y a los otros, que escuchaban y observaban con atención. Si ellos comprendían y aceptaban, el resto de la aldea también acudiría, tarde o temprano.

Cuando llegó su turno, Nicholas se enrolló las mangas y mantuvo la cara vuelta hacia otro lado mientras Hannah trabajaba, pero el color le subía desde el cuello y tenía la respiración acelerada. La muchacha sabía que eso no era consecuencia del miedo, sino de otra cosa, pero no tenía tiempo de preguntarse por qué el corazón del joven latía tan deprisa.

Cuando terminó con él, Nicholas le dio las gracias cortésmente, sin mirarla a los ojos, y se retiró. Jane McGarrity lo siguió con una mirada que expresaba muchas cosas a la vez: anhelo, desencanto, desganada resignación. Luego se desató en risitas impacientes hasta que Hannah hubo terminado con ella.

Solange fue la última y la más joven; ella también hizo una pregunta tras otra, mientras observaba la lanceta con creciente aflicción.

—Parloteas como las ardillas, hija —le dijo Curiosity a su nieta, con voz serena—. No tienes por qué preocuparte. Ya has visto lo fácil que es.

—Si yo puedo soportarlo, tú también puedes —afirmó Ethan. Y la niña lo miró como si se sintiera insultada.

—Cierra la boca durante un minuto y respira hondo —aconsejó Hannah.

Luego hizo la primera incisión. Con movimientos diestros, recibió de Curiosity el último inoculador de marfil y extendió el suero sobre los cortes. En el momento en que cogía la lanceta para hacer las incisiones en el otro brazo, Solange se inclinó súbitamente hacia un costado.

—¿Quién es ése?

—No trates de distraernos —protestó Curiosity, ya más enérgica—. Deja que Hannah termine: no falta más que un minuto.

—No lo digo por distraeros —protestó la niña.

Simultáneamente Ethan preguntó:

—Hannah, ¿conoces a esos indios?

La joven terminó con la lanceta y el inoculador antes de mirar por encima del hombro. Su padre y su madrastra estaban de pie frente a la puerta, junto a dos hombres a los que nunca había visto.

—No son mohawk —continuó el niño, estirando el cuello—. Al menos, no visten como Osos o Nathaniel.

En ese momento el más alto se volvió y miró hacia dentro.

El desconocido, de vestimenta séneca, era posiblemente el ser humano más terrorífico que Hannah había visto en su vida. No lo era tanto por su tamaño (en su propia familia los hombres eran tan altos y fuertes como aquél) ni por sus facciones, bastante agradables, aunque nada llamativas. Era por la expresión de sus ojos, fría, penetrante, vivaz. «Como una pantera cuando acecha una presa», pensó ella. Tenía la cabeza rasurada como los guerreros, con un largo mechón en la coronilla, sujeta con una cinta de cuero de la que pendía una pluma de halcón, que descansaba detrás de la oreja, perforada por tres clavos de plata.

El forastero sorprendió su mirada y se quedó inmóvil, con los músculos tensos.

Solange lanzó un hipo de inquietud, olvidado el escozor de la lanceta.

—Mira, abuela —susurró—, ¿verdad que parece malísimo?

—Calla, niña —dijo Curiosity—. El aspecto de un hombre no dice nada. No seas como esas personas que, atentas a las espinas, no ven la rosa.

—Pues yo no le veo cara de rosa —musitó la niña, gruñona—. Y Hannah tampoco, por el modo en que lo mira.

Entonces el forastero sonrió a Hannah, y eso lo cambió todo.

—Míralo ahora —señaló la anciana en voz baja—. ¿Has visto?

* *

Ansiosos por saber más de los forasteros, Ethan y Solange salieron a la carrera, sin despedirse. Hannah y Curiosity se quedaron a solas en la factoría. Desde fuera les llegaba la voz de Anna, que repartía las últimas rosquillas entre quienes se habían quedado a debatir las ventajas y desventajas de hacerse inocular. Hannah limpió tres veces la lanceta antes de guardarla en la caja de instrumentos, mientras oía frases de la conversación que se desarrollaba en el porche.

—¿A qué esperas? —Curiosity la empujó con suavidad—. Anda, date prisa, antes de que vengan por ti.

—¿Quiénes son?

—Ese joven que te ha mirado desde la puerta, no lo sé —respondió la anciana—. Pero deberías reconocer la otra voz, muchacha. Sé que han pasado unos cuantos años, pero deberías reconocer la voz de tu tío Otter.

* *

Por una vez, Lily Bonner dejó sus dibujos de buen grado para cumplir con sus

recados. Corrió a casa con su hermano y Grajo Azul a dar la buena noticia a Susurro de Pinos; corrió a llevar agua y a atizar el fuego del hogar; corrió del taller a la mesa, de la mesa al hogar, y de nuevo al taller. Había que calentar la sopa para los viajeros y preparar pan y carne fría. Los niños se afanaban amontonando leña en el claro, entre las dos cabañas; esa noche harían una fogata de verdad, una fogata kahnyen'kehàka. Porque Palabras Fuertes (Otter, de niño) había vuelto al hogar desde el oeste, acompañado de un amigo.

Muchas Palomas se alegró tanto de ver a su hermano menor que lanzó un grito. Las mujeres no podían contener las lágrimas, ni siquiera la madre y la hermana de Lily. Los hombres carraspeaban, se palmeaban la espalda y hablaban en voz alta sin decir casi nada.

Esa mañana (parecía haber pasado tanto tiempo desde entonces que apenas podía creerlo), Lily se había puesto furiosa porque no le permitían ir al entierro de Reuben. Sin embargo, ahora apenas podía dejar de sonreír, pues tenían un retorno que celebrar. Se contarían anécdotas en torno de la fogata, más de las que Hannah y Ethan habían llevado de la ciudad. Después de tanto tiempo, Palabras Fuertes tendría que contarle todo.

Lily había oído muchas cosas de ese tío misterioso. Su madre lo apreciaba mucho, pues la había ayudado cuando más sola y desesperada estaba. Lily sabía que en aquellos tiempos el abuelo había ido a Canadá, en busca de Palabras Fuertes, sólo para acabar en la cárcel. Sabía que su tío, llevado por su mal genio, se había metido en problemas, y con él a todos los demás. Se susurraban cosas que ella no debía oír: por ejemplo, que Palabras Fuertes había disparado contra tío Todd. Eso era algo que Lily no acababa de entender; tío Todd era gruñón y a veces malo, pero debía de haber algo más, algo que nadie quería contarle, quizá porque había sucedido en los tiempos de las guerras.

En cierta ocasión, Lily le preguntó a su padre cuándo tendría edad suficiente para que le contara todo eso, y él le echó una mirada, a la vez pensativa e irritada, y le dijo que dentro de veinte años o algo así. No era la respuesta que ella buscaba, pero insistir no serviría de nada.

Palabras Fuertes era conocido ante todo como buen narrador, tanto allí como en Buenos Pastos. Y con él iba su cuñado, un séneca llamado Golpea el Cielo, que había combatido a su lado en las guerras de la frontera occidental. Quizá habían arrancado más de un cuero cabelludo; tal vez hablaran de eso, algo que el padre y el abuelo de Lily no mencionaban jamás. Ella sabía que no era prudente hacer ese tipo de preguntas. Ni siquiera Daniel y Grajo Azul mencionaban el tema; cuando lo incluían en sus juegos, cuidaban de hacerlo donde los hombres no pudieran oírlos.

Cuando Lily oyó la llamada familiar de su padre, la sopa ya estaba preparada. Los chicos salieron al encuentro de los hombres, corriendo con ella, mientras Susurro de

Pinos aguardaba en el porche, con los bebés. El grupo salió del bosque; Kateri iba en hombros de su padre y todos sonreían.

Llegaron al claro con la última luz del anochecer estival. En el extremo del lago, bajo las cascadas, Palabras Fuertes se detuvo con la escopeta en alto y soltó un grito agudo, que resonó en los barrancos y regresó a él.

El pequeño Galileo, en brazos de Susurro de Pinos, lanzó un gemido y se echó a llorar.

—No es nada —dijo Grajo Azul al bebé—. Es sólo Palabras Fuertes. Anuncia al espíritu de la montaña que está de nuevo en casa.

* *

Se preparó tanta comida como era posible en tan poco tiempo y encendieron una fogata más alta que una persona. Había cuentos, risas y voces alzadas en amistoso desacuerdo. Lily se sentía tan feliz que no podía estarse quieta; pasaba del regazo de su madre al de su padre, del abuelo a Huye de los Osos, y comenzaba otra vez.

Golpea el Cielo comía en silencio. Si alguien le hacía una pregunta, respondía, pero en general se mantenía fuera de la conversación familiar. Después de observarlo durante media hora, Lily ya sabía unas cuantas cosas, aunque todavía, no estuviera segura de los sentimientos que le inspiraba.

Lo primero era muy simple: Golpea el Cielo era el hombre más guapo que había visto en su vida, después de su propio padre. No habría sabido explicar por qué era tan guapo: si por la nariz, por los ojos, la frente o el mentón, pero así era. Lo más extraño era que tenía dos caras: la sería, que usaba como máscara, y la verdadera, cuando sonreía. Las dos eran hermosas y también atemorizantes; la sería hacía que quisieras huir; la verdadera, que quisieras regresar corriendo. Como una fogata demasiado ardiente en una noche de frío, cuando uno necesita acercarse pero apenas soporta el calor.

Lo segundo era más complejo, pero igualmente fácil de ver: Golpea el Cielo había ido por su hermana Hannah. No, no era exacto. Por su hermana Camina Adelante. Lily no sabía bien cuándo se le había ocurrido esa idea; tal vez había hecho todo el viaje, desde el país de los sénecas, sólo para eso. O tal vez acababa de comprender que era por Hannah por lo que estaba allí.

Desde luego, él no decía nada de eso; nadie decía nada, pero era cierto. Mientras comía, escuchaba o respondía a las preguntas, Golpea el Cielo observaba a Hannah. La observaba como tantos otros hombres, como si hubiera encontrado un tesoro inesperado que pudiera desaparecer si él apartaba la vista. La diferencia era que, en esta ocasión, ella también lo observaba.

Hannah quería disimular, pero no podía; le era tan imposible como arrebatar las estrellas del cielo para esconderlas en el bolsillo. Aquello brillaba en su cara, como una luna, y todo el mundo lo veía. Primero fueron las mujeres: intercambiaron miradas y sonrisas discretas; luego, el abuelo y Palabras Fuertes; después, Huye de los Osos, que susurró algo a Muchas Palomas y recibió a cambio un codazo. Finalmente, el padre de Lily, quien se puso muy serio.

—Ven, vamos a por agua. —Daniel tironeó del brazo de su gemela.

—Te toca a ti —protestó ella, para no apartar la vista de Golpea el Cielo, que a su vez no quería apartarla de Hannah—. Ve tú.

—Anda, vamos —insistió Daniel.

Por fin Lily cedió y acompañó a su hermano en la oscuridad. Grajo Azul los esperaba.

—¿Qué pasa? —preguntó la niña, echando un vistazo a la fogata por encima del hombro.

—Bien sabes qué pasa —protestó Daniel, impaciente—. ¿Has visto cómo mira a Hannah?

—Puede mirar todo lo que quiera —murmuró ella, algo ceñuda. No sabía qué pensar de Golpea el Cielo y no le gustaba que la obligaran a tomar partido tan pronto—. ¿Qué importa que la mire?

Su hermano frunció la boca, como cuando deseaba algo y no sabía cómo conseguirlo. Así Lily supo que su hermano y Grajo Azul llevaban ya un rato discutiendo por Golpea el Cielo. Daniel sólo había recurrido a ella porque Grajo no debía de estar de acuerdo con sus planes.

—Se miran —dijo éste—. Y una vez que se comienza ya no se puede impedir.

—Y encima, todo el mundo mira cómo se miran —añadió Lily.

—Es como un rayo —explicó Grajo Azul al gemelo, que se ponía más y más ceñudo a cada palabra—. Mi padre dice que a veces pasa entre hombres y mujeres. Así fue entre vuestros padres.

Daniel lo miró con furia y se alejó a grandes pasos en la oscuridad. Regresaría sólo cuando hubiera encontrado un argumento mejor o cuando viera las cosas de otra manera. Lily no lo siguió. Se quedó con Grajo Azul, contemplando la escena que se desarrollaba en torno de la fogata, en tranquilo silencio. Observaban el movimiento de los adultos y escuchaban las voces que llegaban hasta ellos por encima del ruido de las cascadas, ya más serias, pues Palabras Fuertes y Golpea el Cielo hablaban por turnos sobre las guerras del oeste.

—Avanzan —oyó Lily a Palabras Fuertes, con toda claridad—. Jamás dejarán de avanzar.

Grajo Azul escuchaba, expectante, con sus ojos oscuros brillando en la sombra. Era como todos los varones que Lily conocía: los relatos de guerra le arrancaban

chispas como a un pedernal, listo para encenderse, deseoso de arder. Ella no lo entendía.

Golpea el Cielo se irguió y la luz del fuego proyectó su sombra hasta el cielo. Era alto y fuerte. A Lily le escocieron los dedos de las ganas que le entraron de coger un lápiz y tratar de captar su verdad, de poner su espíritu en el papel. Así, cuando fuera anciana, podría mirarlo y recordar esa noche en que supo lo que iba a suceder: Hannah los abandonaría pronto para formar su propio hogar.

—Tal vez él quiera quedarse aquí, con nosotros —dijo.

Grajo Azul lanzó un gruñido.

—Querrá llevarse a Camina Adelante —aseveró en voz baja—. Hacía el oeste, donde vive su pueblo.

—Pero quizá ella no quiera ir —observó Lily, con más firmeza—. Si no quiere, no está obligada. A mi padre no le gustará.

Entonces se le ocurrió otra idea aún más inquietante. ¿Y si Hannah no era la única en partir? ¿Y si los relatos de Palabras Fuertes inducían a Muchas Palomas y a Huye de los Osos a partir también hacia el oeste?

Tocó apenas el brazo de su compañero. Él la miró. Lily abrió la boca y volvió a cerrarla, pero al fin dijo:

—Es como estar de pie al borde de un barranco.

Grajo Azul no dijo absolutamente nada, porque sabía lo que ella pensaba sin necesidad de hablar mucho. Y porque era verdad.



Capítulo 35

16 de junio

Justo antes del amanecer, Hannah se despertó sobresaltada, como si alguien la hubiera expulsado de sus sueños hacia el mundo de la vigilia. Con una mano contra el corazón acelerado, buscó el sueño, pero ya había desaparecido. Como un amante, esperaría a que ella regresara a la cama. Sacudió la cabeza para librarla de esa imagen perturbadora.

Entonces recordó que Palabras Fuertes había retornado a casa. Aunque era tío suyo, de niña siempre lo había visto, más bien, como un hermano mayor. En aquel entonces se llamaba Otter. Le enseñaba a zambullirse en el lago, bajo las cascadas, y le mostraba los rincones secretos de las montañas. La llevaba de cacería con él, cuando Hannah apenas tenía edad para desollar un conejo. De él había aprendido muchos de los cuentos kahnyen'kehàka que ella narraba ahora a los más pequeños.

Palabras Fuertes había vuelto para contar cosas nuevas: de los sénecas, de los shawnee y de la batalla de los Leños Caídos, donde había conocido a Golpea el Cielo, dos años mayor y curtido en el combate. Cuando partió, bajo el nombre de Otter, no tenía otra cosa que sus armas, y ahora regresaba casado, padre y jefe de guerreros. Para ella era un extraño, cosa que nunca habría imaginado cuando era pequeña y su familia le parecía tan firme y constante como la misma montaña.

Y había llevado consigo a Golpea el Cielo, que la miraba y le inspiraba deseos de mirarlo también.

Ella estaba acostumbrada a que los hombres blancos la miraran descaradamente; durante las largas semanas que había pasado en la ciudad se había resignado a vivir con esas miradas que ninguna blanca habría tolerado. Las pasaba por alto, y cuando no le era posible, había aprendido a responder con palabras, ante las cuales la mayoría de ellos apartaba la cara. Algunos tenían la decencia de avergonzarse, y otros se enfadaban para disimular su malestar.

En Buenos Pastos, en el pueblo de su madre, los hombres también la observaban. Las miradas que le echaban eran perturbadoras, le resultaban extrañamente gratas.

Los mozos de Buenos Pastos la deseaban, sí. La deseaban por su cuerpo, su cara y su voz, como los hombres blancos, pero para los mohawk ella no era un misterio. La conocían como curandera, como buena hija y hermana. Sabían que era la nieta de Atardecer y la bisnieta de Hecha de Huesos. Tal vez quisieran tocarla, pero no se limitaban a eso: al mirarla no pensaban sólo en su contacto, sino en la estirpe de mujeres fuertes de la que provenía. Porque ella también era fuerte. Y eso no asustaba a los hombres de Buenos Pastos.

El año anterior, en la ceremonia del solsticio de invierno, un joven de la casa de la

Tortuga, más atrevido que los demás, la había invitado a pasear con él, a bailar, a verlo jugar al baggataway; si ella lo hubiera permitido, después de ganar su equipo, él le habría echado su manta sobre los hombros. A Hannah le agradaban sus modales sencillos y la facilidad con que reía; por eso aceptó salir a caminar con él.

Después de hacerlo esperar lo suficiente, le permitió que la llevara hacia las sombras, tocarle la cara y besarla con timidez, pero se apartó antes de aprender su sabor. Cuando regresó a Lago de las Nubes, no volvió a pensar casi en él; por la noche, cuando la despertaban sueños extraños que le provocaban extraños escozores en el cuerpo, recordaba sólo la forma de su boca.

En la primavera, la madre del muchacho había enviado a Muchas Palomas una torta de maíz y una pregunta: ¿cuándo regresarían a Buenos Pastos? Había cosas que deseaba discutir. Era la antigua manera de iniciar las negociaciones matrimoniales. Muchas Palomas quedó complacida; Hannah, por su parte, no podía negar que se sentía sorprendida y halagada, pero sobre todo, inquieta.

Muchas Palomas, al ver que la joven no acogía bien la noticia, devolvió la ofrenda con Zorro Manchado, que había pasado por Lobo Escondido camino a Albany, donde vendería algunas pieles. Para alivio de la muchacha, su tía no habló del tema con nadie de la casa, ni siquiera con Elizabeth ni Huye de los Osos. Hannah no tuvo necesidad de dar explicaciones ni de volver a pensar en el asunto. En verdad, ya casi no recordaba cómo era Alce que Camina.

Ni siquiera un día después de ver por primera vez a Golpea el Cielo, ya estaba segura de que jamás olvidaría su cara.

Podía recurrir a Muchas Palomas y preguntarle qué hacer; así se hacían esas cosas. También podía consultar con Elizabeth, que la escucharía en silencio y le daría un buen consejo, pero la idea de explicar en voz alta sus sentimientos la ponía tan nerviosa que no pudo continuar en la cama.

Sobre la mesa, pulcramente apilados, estaban su diario y los registros de inoculación que había iniciado la noche anterior; eso le recordó que esa mañana debía ayudar al doctor Todd en el laboratorio, leer las notas de la autopsia de Gabriel Oak y revisar con el médico el resto de sus anotaciones sobre el Instituto de la Viruela. Tenía hambre, pero Curiosity le daría de comer. Se vistió deprisa, se alisó las trenzas y, después de meter en un cesto las cosas que necesitaría, salió discretamente de la cabaña.

Otter y Golpea el Cielo habían tendido sus jergones en el porche de Muchas Palomas, y Hannah no pudo dejar de ver que ya no se encontraban allí. Estarían nadando bajo las cascadas, en las cuevas o en algún rincón de la montaña. Se tragó la curiosidad y continuó hacia la aldea.

En la cocina de los Todd sólo encontró a Bump, que estaba terminando sus gachas. Al verla, el anciano sonrió de oreja a oreja y alzó una mano a manera de

saludo. Así, encaramado en el taburete, parecía un petirrojo, con su chaleco rojo desteñido y la cabeza bamboleante.

—Llega temprano, señorita Hannah.

—Pues sí...

Se le apagó la voz y se descubrió sonriendo tímidamente. No era por falta de palabras, sino porque sentía el fuerte impulso de hablarle de Golpea el Cielo. Algo en el anciano le inspiraba deseos de sincerarse, como si fuera un baúl con un buen candado, un lugar seguro donde poner todas las ideas peligrosas que buscaban brotar de su boca.

Él debió de notar su incomodidad. Como si quisiera hacerla sentir a gusto, saltó al suelo, se quitó la gorra y se la remitió bajo el ancho cinturón.

—Voy a encender la caldera del laboratorio. El doctor vendrá dentro de unos minutos. ¿Quiere acompañarme? A menos que prefiera dar primero a la señora Freeman noticias de Lago de las Nubes.

En la casa se oían los ruidos habituales de la primera hora del día: Curiosity, hablando con Richard en el comedor; Dolly, canturreando mientras barría el vestíbulo; y fuera, el golpe de un hacha y el arrullo de una paloma, lento y pesado. En el piso alto la niña lloró y fue acallada. Mientras Hannah escuchaba todo eso, Bump la observaba con ojos bondadosos y aún agudos bajo la maraña de las cejas.

—Veo que sabe que tenemos invitados —dijo ella.

—Oh, sí, supongo que a estas horas se ha enterado todo el mundo. Las noticias crecen como los guisantes bajo el sol de verano. En la taberna se dirá muy pronto que su tío ha venido con diez o doce guerreros, todos cargados de cueros cabelludos y dispuestos a arrancar más. A los hombres adictos a la cerveza les gusta exagerar las cosas.

—Sí, me temo que así será —dijo Hannah. Súbitamente se sentía más a sus anchas de lo que habría podido imaginar.

Bump cruzó la habitación hacia la puerta.

—Así tendrán otra cosa de qué preocuparse, además de sus vacunas contra la viruela, amiga Hannah.

Y salió hacia la huerta, seguido de la joven. El perfume del espliego en flor pendía dulce en el aire, sereno y claro. Curiosity entró en la cocina y enseguida se oyó un repiqueteo de platos y algunas palabras dirigidas a Dolly, breves y ásperas, algo raro en ella.

Hannah pensó en el entierro de Reuben por primera vez desde que había visto a Golpea el Cielo. Sintió vergüenza por haber permitido que aquel joven le quitara todo lo demás de la mente. Entonces dejó que Bump se adelantara y regresó a la cocina, a Curiosity.

—¿No has podido dormir?

Hannah se detuvo frente a la anciana, al otro lado de la mesa. Tenía ojeras profundas y un cansancio en la expresión que iba más allá del dolor.

—No mucho —admitió Curiosity—. Advertí a esa nodriza alemana que no debía comer coles en vinagre. ¿Y crees que me hizo caso?

—Es que no habla nuestro idioma, Curiosity —apuntó Hannah. Lo había dicho varias veces, hasta entonces sin éxito.

La anciana descartó la explicación con un ademán.

—Bah, me parece que entiende más de lo que deja traslucir. El caso es que se comió los restos de la col y se le agrió la leche, y ahora esa niña tiene dolor de estómago. Nadie ha podido dormir gran cosa. Con excepción del doctor, por supuesto. Ese hombre podría dormir en medio del Juicio Final.

Lo dijo sin malicia, como si admirara la capacidad de Richard de abstraerse del mundo y no esperara otra cosa de él.

—¿Y cómo ha despertado nuestro pequeño Leo? —concluyó, alegrándose un poco al cambiar de tema—. Claro, quizá no lo sabes. Si has llegado antes de que Richard terminara el desayuno, quiere decir que has bajado muy pronto de la montaña.

Hannah cogió un bizcocho de la bandeja y lo partió por la mitad.

—No, no lo he visto, pero anoche estaba muy bien.

—No importa. —Curiosity bostezó—. Ahora que no debo atender a Reuben, puedo subir por las mañanas. De cualquier modo debo preparar a ese bebé para el viaje. A la hora del almuerzo, Galileo ya podrá partir.

Hannah tragó el bizcocho y cogió otro.

—¿Para partir hacia dónde?

Curiosity le había vuelto la espalda para echar leña al fuego. La miró por encima del hombro, con más impaciencia que otra cosa.

—Debemos llevar al pequeño Leo lejos de aquí, cuanto antes. A no ser por Reuben, ya lo habríamos hecho la semana pasada. Lo llevaremos a Albany, a casa de Polly; ella aún está amamantando al menor. Y en una ciudad tan grande, otro bebé negro no llamará la atención.

—Es por Ambrose Dye, supongo.

La anciana sacó un pañuelo de la manga y se limpió la cara.

—Sí. Antes que permitirle tocar a ese niño lo mataré con mis propias manos. En Lago de las Nubes ya no está seguro.

—Curiosity... —Hannah se interrumpió. Cualquier promesa que pudiera hacer sonaría vacua y trivial; ni ella misma podía creérselo—. No había pensado en eso.

La otra gruñó por lo bajo.

—Me parece que ese visitante te ha sorbido el seso.

Eso escoció, pero la muchacha trató de mantener la serenidad.

—Eres injusta.

Curiosity parpadeó con fuerza y luego lanzó un gran suspiro.

—Puede ser. Perdóname, Hannah. Estoy trastornada.

La anciana se dejó caer pesadamente en un taburete. Hannah rodeó la mesa y le tocó la frente con el dorso de la mano. Tenía la piel fría y húmeda; el pañuelo que le envolvía la cabeza estaba húmedo de sudor.

—Te exiges demasiado —dijo la muchacha—. Acabarás enfermando y tendremos que atarte a la cama.

Curiosity sonrió a medias.

—A veces tengo la sensación de que todo se derrumba a mi alrededor. Pero descansaré cuando ese niño esté a salvo del capataz de la viuda.

A Hannah le acudió a la mente la imagen de Ambrose Dye, mirando el ataúd de Reuben con la cara vacía de toda emoción. Conocía al muchacho desde que había nacido, lo había visto crecer junto a su madre y sus hermanos, lo había oído reír y cantar, pero su muerte parecía afectarlo menos que la pérdida de un perro.

«Nos entristece el tonto accidente que ha enviado a Reuben, tan temprano, a recibir su recompensa». Recordó su voz, dura, áspera y pétrea, como si leyera una página escrita en un idioma desconocido. Palabras destinadas a apagar el fuego, pero que en cambio lo habían avivado. Ahora las brasas ardían alrededor de todos.

—Debéis llevároslo, por supuesto —dijo Hannah—. ¿Cuándo regresaréis?

—Dentro de una semana, a lo sumo. Hace mucho que no vemos a Polly y a sus hijos. Mientras tanto, Richard y Kitty tendrán que arreglarse solos. A ella hay que vigilarla un poco, pero está mejor de lo que esperaba. Y él la cuida...

Se le apagó la voz. Era raro que Curiosity empleara ese tono vacilante.

—Pídeme lo que quieras —dijo Hannah.

La anciana parpadeó, como si hubiera olvidado dónde estaba.

—La que más me preocupa es Cookie; si se le ha metido en la cabeza vengarse de Dye, nadie podrá hacer nada por evitarlo. Galileo era el más indicado para hablarle, pero ella ni siquiera lo mira. —Meneó la cabeza—. Lo único que puedes hacer, supongo, es mantener los ojos bien abiertos y vigilar. Si ves algo raro, avisa a tu padre o a tu abuelo. Y tú no te acerques a ese capataz. ¿Comprendes por qué te lo digo, hija?

—Comprendo —asintió Hannah.

—Pues bien, yo he hecho todo lo que podía. —Curiosity se levantó, alisándose el delantal con las manos—. Y ahora cuéntame cómo os fue anoche. Me alegró mucho ver al joven Otter, aunque reconozco que ha sido una sorpresa verlo tan crecido. ¿Ya

tiene familia?

Hannah le contó la historia de Palabras Fuertes lo mejor que pudo: desde sus primeros viajes por el oeste hasta la mujer séneca que, tras escogerlo como esposo, le había dado cuatro hijos, el último justo antes de que él iniciara el regreso hacia el este.

—Ya veo por qué le han puesto ese nombre de adulto, Palabras Fuertes —comentó la anciana—. Pero aún me cuesta imaginar al niño que conocí con una familia a su cargo. No ha cambiado tanto, por lo que dicen. Esa Agita el Viento debe de ser una mujer muy fuerte para vérselas con Otter..., con Palabras Fuertes, quiero decir..., y con cuatro niños, tres de ellos varones. —Soltó una mezcla de risa y bufido—. Me gustaría conocerla, algún día. Y ahora, háblame de ese amigo que Palabras Fuertes ha traído consigo. Su cuñado, creo. ¿Cómo se llama?

—Golpea el Cielo. —A Hannah le falló la voz.

—¿Y para qué ha venido?

Hannah se encogió de hombros.

—No lo ha dicho; tampoco Palabras Fuertes.

—Algunas cosas son obvias, aunque nadie las diga. Me parece que tu tío se ha metido a casamentero. Te ha traído un esposo.

Hannah contuvo las palabras que trataban de escapársele, y en cambio dijo:

—Si eso es lo que piensa, se llevará una desilusión. Pero... ¿por qué crees eso?

No le gustó el tono de su propia voz, algo frenético, pero aún menos le gustó la manera en que Curiosity la miraba, como a una criatura que escondiera un trozo de pastel y lo negara con la cara llena de migajas.

—Espera un momento —dijo la negra en voz baja—. No tienes por qué enfadarte. Sólo digo que he visto algunas cosas. He visto cómo te miraba ese hombre. Y cómo lo mirabas tú.

El bizcocho se deshizo en el puño de Hannah y unas migas cayeron al suelo. Cuando pudo volver a hablar, dijo:

—Eso son imaginaciones tuyas, Curiosity.

La anciana inclinó la cabeza a un lado, con la boca fruncida. Era una expresión que la joven conocía bien: significaba que callaba algo. Por fin se acercó a Hannah y la abrazó con fuerza. Como siempre, Hannah se sorprendió ante el vigor de aquellos brazos delgados y el consuelo que brindaban. Se relajó un poco contra ella. Aunque ya no cupiera en su regazo, también la reconfortaba estar allí, en su cocina, y recibir su calma.

—Perdona —se disculpó—, no he debido responderte de esa manera.

—Calla... —susurró Curiosity, apartándose un poco para mirarla a los ojos.

—Pero la verdad es que no tengo nada que decirte sobre Golpea el Cielo —añadió la muchacha, con más suavidad.

La otra sonrió.

—Un agujero tampoco es nada, pero si caes en él, puedes romperte la crisma.

Hannah dejó brotar una risa débil, y la anciana añadió:

—Dale una oportunidad a ese muchacho, ¿me oyes? No le vuelvas la espalda sin escucharlo antes.

—Está bien. Lo intentaré.

Curiosity sacudió la cabeza con tanta fuerza que el pañuelo se le deslizó por la cabeza.

—Eres un hueso duro de roer, hija. No lo intentes: hazlo. Y no hay motivo para avergonzarse. ¿O es que quieres pasarte la vida atendiendo chichones y rasguños? Ha llegado el momento de que pienses en formar tu propia familia. A veces los hombres son un apoyo, cuando no se ponen gruñones. —Y volvió a su vieja sonrisa, ancha e inteligente.

—Cuando Elizabeth llegó a esa conclusión, tenía diez años más que yo ahora. — Hannah hizo una mueca de espanto al percibir lo petulante de su propia voz. Pero Curiosity se limitó a reír.

—La edad no tiene nada que ver, bien lo sabes. Si Elizabeth y tu padre se hubieran encontrado cuando ella tenía quince años, se habrían juntado entonces. Pero tal vez tratas de decirme que ese joven no es lo que buscas, y en ese caso no necesitas excusas, niña. Dile que no. ¿Es eso lo que quieres?

Hannah se apoyó contra la puerta, con los brazos cruzados y el mentón contra el pecho, tratando de dominar las lágrimas que amenazaban con brotar, súbitas e indeseadas.

—Es un desconocido. En total he pasado seis horas con él, entre mucha otra gente. Aunque anoche Daniel me llevó aparte para decirme que me permitiría ir con Golpea el Cielo al oeste siempre que yo prometiera venir de visita todos los años. Mi hermanito ya me ha casado. Y yo aún no he pasado una hora a solas con ese hombre. No entiendo que pueda suceder algo así de la noche a la mañana.

—¿Algo como qué? —preguntó la anciana en voz baja.

Hannah sacudió la cabeza, porque no se atrevía a hablar, y se escabulló por la puerta.

* *

Apenas terminado el almuerzo, alguien llamó a la puerta de la sala. Al abrir, Jemima Kuick vio allí a Ojo de Halcón y se quedó atónita. Se le ocurrieron dos ideas, ninguna de ellas grata. La primera fue que los gemelos habían contado finalmente lo ocurrido y el abuelo iba a por ella; la segunda, mucho menos atemorizante, que él

sabía cómo se había quemado Reuben e iba a acusar a Dye de asesinato. A ella no le habría molestado que ahorcaran a Dye, a no ser porque, cuando se descubriera toda la verdad, Isaiah podía terminar igual que él.

Ojo de Halcón dijo:

—Y bien, Mima, ¿no piensas invitarme a pasar? —No sonreía, pero tampoco parecía enfadado. Eso significaba que no estaba allí por lo que había sucedido con los gemelos.

Al oír su voz, la viuda levantó bruscamente la cabeza.

—Señor Bonner —dijo, con su tono más altanero—, ¿qué significa esto de presentarse sin ser invitado?

Jemima no sentía mucho aprecio por ninguno de los Bonner, pero jamás habría cometido la imprudencia de tratar a Ojo de Halcón como a un mendigo con la mano extendida. La viuda lo subestimaba. Jemima decidió hacerse a un lado y ver cómo cosechaba lo sembrado. Si en la taberna se hubiera apostado a cuál de los dos saldría triunfador en un enfrentamiento de voluntades, ni el mismo Charlie LeBlanc habría sido tan estúpido como para arriesgar su dinero por la viuda.

—Señora Kuick. —Ojo de Halcón agachó la cabeza para entrar sin golpeársela en el marco de la puerta. Era demasiado corpulento para la habitación, para la casa misma.

—¿Qué desea, señor Bonner?

—No he venido a tomar el té con usted, si eso es lo que piensa. Usted y yo tenemos que discutir un asunto.

Y sin pedir permiso, sin esperar, sin siquiera mirar a la viuda, se sentó en el sillón del señor Kuick, una honda poltrona tapizada de terciopelo pardo, con lienzos bordados en los brazos y la espalda; a nadie se le permitía siquiera tocarla, ni siquiera a Isaiah; la viuda la sacudía personalmente todos los días. Ojo de Halcón se sentó frente a ella, sin más reparos y sin prestar atención a la furiosa expresión de la mujer.

—¿Cómo se atreve a...? —comenzó ella, tartamudeando.

Pero él la cortó con un gesto de la mano.

—No malgaste saliva —dijo, muy desenvuelto—. Si a usted no le gusta recibirme, a mí tampoco me agrada estar aquí. Me explicaré directamente, para que podamos arreglar este asunto y yo pueda seguir mi camino.

La viuda dejó escapar una exclamación estrangulada.

—Si es inevitable, hable de una vez.

—Pues sí, es inevitable. He venido a preguntarle si es usted la que ordena a su empleado Dye entrar en Lobo Escondido, invadiendo una propiedad privada, o si él lo hace por cuenta propia. Y quiero saberlo por un motivo muy simple: para saber a cuántas personas debo incluir en la denuncia, si sólo a él o a usted también. Haré que Jed McGarrity la redacte debidamente para que esté lista cuando venga el juez del

circuito. Desde luego, si mientras tanto sorprendo a Dye en mi propiedad, le dispararé por invadirla y permitiré que usted dé al juez las explicaciones del caso.

Hasta entonces Jemima nunca había visto a la viuda tan demudada. El color desapareció de su cara y volvió con la misma celeridad, tan intenso que parecía maquillada para salir a un escenario.

—¡Cómo se atreve! —susurró—. Cómo se atreve a amenazarme a mí con la justicia.

Había quienes se echaban a temblar cuando la viuda empezaba a hablar en susurros; sin embargo, Ojo de Halcón se limitó a inclinarse hacia delante, con las manos en las rodillas y el ceño adusto.

—Pues claro que me atrevo. No le conviene subestimarme, señora. Si una persona lanza acusaciones contra mí y contra mi familia y luego entra armada en mi propiedad, lo primero que se me ocurre es recurrir a la justicia.

—Retírese inmediatamente —dijo la viuda, señalando la puerta con un dedo tembloroso—, antes de que llame a mi hijo y haga que lo echen a la calle.

—Me retiraré cuando usted me haya dado una respuesta —replicó él, reclinándose nuevamente en la poltrona—. Luego bajaré para presentar la denuncia ante McGarrity. A menos que podamos resolver la cuestión aquí y ahora.

—Sus acusaciones son ridículas —se defendió la viuda—. Nunca he ordenado al señor Dye que hiciera nada ilegal. Y tampoco creo que haya hecho semejante cosa. Presentaré una demanda contra usted, señor. Por injurias contra mi buen nombre y mi persona.

Ojo de Halcón dejó escapar un profundo suspiro.

—Antes de quejarse de mis modales, ¿por qué no se asegura de saber lo que está diciendo? Haga venir a ese hombre e interróguelo, si cree que dirá la verdad.

Era un paso audaz y Jemima no pudo menos que admirarlo. Si la viuda se negaba a convocar a Dye, daría la impresión de que no confiaba en él o, peor aún, de que tenía algo que ver con la violación de una propiedad privada y no podía arriesgarse a que él prestara testimonio. Eso la pondría a merced de Ojo de Halcón.

Pero si lo llamaba, no tendría más alternativa que apoyarlo en las mentiras que él dijera o dar a entender que no tenía control sobre sus empleados. Si el capataz decía la verdad y reconocía haber estado en la montaña (la misma Jemima lo había visto dos veces salir de los bosques, lejos de la propiedad de los Kuick), debería despedirlo inmediatamente.

El problema era simple: a la viuda le interesaba tener a Dye, pues le hacía ganar dinero y sabía manejar el molino y a los esclavos. Eso le permitía vivir a sus anchas, que era lo que a ella le gustaba. Para la viuda todo estaba bien si podía estarse sentada allí, como una reina, y dejar todo en manos de hombres como Dye, que le era leal, o eso al menos creía ella. Si supiera la verdad... Jemima se mordió el labio inferior

para no sonreír.

La expresión de la viuda reveló que comprendía la trampa que le había tendido Ojo de Halcón y estaba dispuesta a dejarle ganar ese primer combate. Tiró de la campanilla con tanta fuerza que habría podido arrancarla de la pared. Se oyó el lejano tintineo en la cocina.

—Haré que venga mi capataz —dijo, muy fría—, y terminaremos esta conversación en cuanto él llegue. Pero la terminaremos en la cocina. —Miró a su visitante de pies a cabeza, demorándose intencionadamente en los mocasines—. Éste no es asunto para tratar en mi salón.

Ojo de Halcón esbozó una sonrisa terrorífica.

—No me importa dónde lo discutamos —dijo, desplegando su larga estructura—. Pero le aseguro que no me iré sin haber llegado al fondo de este asunto.

* *

Jemima huyó de la sala detrás de Ojo de Halcón, esquivando a Georgia, que respondía a la campanilla. No tenía intenciones de quedarse a oír cómo despotricaba su suegra hasta que llegara el capataz.

En cuanto dejó atrás al visitante, la viuda chilló hacia el vestíbulo:

—¡Cuida que ese hombre vaya directamente a la cocina, sin pisar otro sitio! ¿Me has oído, Jemima?

Ojo de Halcón le guiñó el ojo.

—Tiene miedo de que me lleve alguno de sus objetos de plata. Sería mejor que me ataras las manos y me llevaras a punta de mosquete.

Jemima no se molestó en responderle, pero tampoco hizo lo que se le indicaba. Mientras el hombre se dirigía a la cocina, ella caminó en dirección opuesta: cruzó el vestíbulo, el estudio desierto de Isaiah y luego el pasillo trasero, que terminaba en la puerta del sótano donde se guardaban las patatas.

A esas alturas del año, como aún no se había iniciado la nueva cosecha, el sótano estaba casi vacío. Sólo había cestos, barriles y sacos plegados. Se detuvo a escuchar, por si oía pisadas. Una vez segura de que nadie la había seguido, apartó la tabla que había apoyada contra la pared y se agachó para entrar en un corto pasadizo, que terminaba en una maraña de matas y zarzamoras.

La viuda, temerosa de que se produjera otro alzamiento indio, había hecho construir una salida secreta, por si alguna vez hacía falta. Aunque de secreta no tenía nada: después de todo, la casa había sido construida por hombres que vivían en la aldea, y por ese pasadizo transitaba tanta gente como por la puerta de la cocina. Por allí se escapaba Isaiah por la noche para reunirse con Dye, y Jemima sospechaba que

las criadas también se escabullían por allí cuando las azuzaba el deseo. Ella, por su parte, lo utilizaba sólo por el día, simplemente porque no le gustaba que Georgia siguiera todos sus pasos e informara a la viuda.

El pasadizo la llevó hasta el otro extremo de la huerta, tras un grupo de arbustos de follaje perenne. Desde allí podía ir a donde quisiera: montaña arriba, donde no sería bien recibida; hacia la aldea, donde no la querían; al molino, que le estaba prohibido. O podía quedarse allí mismo y estudiar la situación en la que se encontraba. Georgia había ido corriendo al molino, en busca de Dye. Aunque Isaiah no estuviera presente cuando ella entregara el mensaje al capataz, sin duda estaría cerca y se enteraría de las acusaciones de Ojo de Halcón. Quedaba por saber si dejaría que Dye se las arreglara solo o si trataría de calmar las aguas ante Bonner, como había hecho en el cementerio.

De un modo u otro, Jemima estaría en la cocina para escuchar lo que Dye declarara. Se sentó en cuclillas a esperar.

Más abajo, el Sacandaga corría hacia el este, separando la montaña del resto de Paradise. Desde allí se veía casi toda la aldea, incluida la cabaña donde ella había nacido y crecido. En aquellos tiempos la parcela en la que se levantaba era del viejo juez Middleton; ahora pertenecía a su nieto Ethan y sobre ella mandaba el doctor Todd, que la había alquilado al herrero, el cual acababa de casarse con Daisy Freeman; ellos le habían agregado otro cuarto y un porche; la huerta ocupaba el doble de espacio.

Allí estaba ahora Daisy, quitándoles las malas hierbas a los guisantes; dos de sus hijas jugaban cerca, con el pelo negro y lanudo brillante bajo el sol. Por entre el rumor del agua, Jemima creyó oír las risas de las niñas.

Su padre no habría tolerado que en la aldea vivieran negros libertos, y mucho menos en una cabaña construida por un blanco para su familia. En aquellos tiempos pasaban hambre, pero sabían distinguir lo bueno de lo malo.

La voz de Georgia arrancó a Jemima de sus ensoñaciones y se acurrucó para no correr el peligro de ser vista por Dye, que pasaba a grandes pasos, con Georgia corriendo tras él. La muchacha contó hasta veinte; cuando se incorporaba para regresar a la casa, un ruido de cascos en el puente hizo que se volviera.

Eran jinetes que bajaban de la montaña a toda prisa. Tal vez fuera Nathaniel, que iba a prestar apoyo a su padre contra la viuda. O tal vez tenía en la mente otra cosa distinta.

Jemima esperó a que los caballos surgieran a la vista. Al ver a los jinetes quedó tan sorprendida que necesitó mirar dos veces para convencerse de que no era su imaginación.

Curiosity y Galileo Freeman cruzaban la aldea al trote, a lomos de un caballo, ambos vestidos como para un viaje largo. El llevaba la escopeta a la espalda, a pesar

de que, medio ciego como estaba, de nada habría de servirle. Las alforjas estaban llenas a reventar, pero había algo más extraño: Curiosity llevaba atado al pecho con un chal un bulto que se retorció. El puño de un bebé surgió de entre las envolturas. Un bebé negro.

Daisy, que se había puesto de pie entre los guisantes, alzó una mano para despedir a sus padres. No parecía sorprendida.

—¡Adiós! ¡Adiós! —gritaron las niñas.

Daisy las hizo callar, al tiempo que echaba una mirada de preocupación hacia el molino. Jemima estaba fuera de su vista, pero aun así dio un paso atrás, rasguñándose los brazos desnudos con las zarzadoras.

Los caballos no aminoraron el paso. Los Freeman cruzaron Paradise a plena luz del día, sin que nadie levantara un dedo para detenerlos, y desaparecieron por la senda hacia Johnstown sin volver la vista atrás.

Jemima esperó a que el polvo se asentara y los Freeman hubieran desaparecido, y luego repasó las cosas que sabía.

Primero: los rumores que corrían por la aldea sobre la fugitiva y su hijo eran ciertos. Los Bonner estaban trasladando esclavos junto con los Freeman. Eso significaba que eran ladrones, todos ellos. Ladrones, mentirosos e hipócritas, y en ese momento Ojo de Halcón estaba en la cocina con Dye, profiriendo amenazas e insultos, exigiendo cosas.

Segundo: estaban bien organizados. Cookie debía de estar involucrada; sin duda en ese momento vigilaba desde la puerta, disimulando su satisfacción. Tal vez había hecho alguna señal para informar que Dye estaba fuera de circulación y que los Freeman podían ponerse en marcha. Jemima había temido que pudiera envenenarlos, pero la venganza de Cookie era menos obvia y, muy probablemente, más satisfactoria para ella. Ayudaba a los Bonner a robar a la viuda y a Dye; allí estaría, muy sonriente, mientras los Freeman se llevaban el niño a lugar seguro y Ojo de Halcón desesperaba a la viuda con la fría y lenta corriente de su indignación.

Tercero: se sentían tan seguros que actuaban a la luz del día. Probablemente llevaban tanto tiempo haciendo aquello que ya no se molestaban en ser cautelosos. Y ahora acababan de darle a ella la última arma que necesitaba para mantenerse a salvo.

Jemima lanzó un hondo suspiro de alivio y agradecimiento. Cuando pudo confiar en su cara, regresó a la cocina, para ver cómo se despachaba Ojo de Halcón contra Dye.



Capítulo 36

17 de junio

Hannah estaba tan ocupada que no debería haber tenido tiempo ni para pensar en Golpea el Cielo; pero, por esa misma causa, se decía ella, no podía pensar en otra cosa. Mientras trabajaba en el laboratorio con Richard Todd o conversaba con Bump, mientras molía corteza de sauce o examinaba un rasguño infectado en la pierna de Dolly, mientras comía, caminaba o respondía preguntas, una parte de su mente analizaba a Golpea el Cielo.

El modo en que su expresión pasaba tan súbitamente de la arrogancia a la curiosidad y luego volvía atrás, el sonido de su voz y las peculiaridades de su lenguaje, su manera de sostener la taza cuando bebía, cómo se reía con los cuentos de Lily y el tono que usaba con los niños varones: serio y directo, interesado en sus juegos y sus opiniones. Las pocas palabras que le había dicho habían sido: «Gracias», «Por favor» y «En el oeste se habla de tu habilidad para curar».

Los dos hombres se habían conocido en la batalla de los Leños Caídos. Cuando lo dijeron, Ojo de Halcón se mostró sumamente interesado. Deseaba saber cómo habían hecho para escapar con el pellejo intacto y cómo era que dos guerreros hodenosaunee habían acabado combatiendo tan al oeste.

Otter y Golpea el Cielo intercambiaron una mirada. Luego el segundo dijo:

—Por entonces Tortuguita y los hawnees controlaban Ohio. Fui porque estaba convencido de que era nuestra última oportunidad de mantener a los blancos a raya.

—¿Y qué piensas hacer ahora que Tortuguita ha renunciado a la lucha? —Quien hizo esa pregunta fue Huye de los Osos, pasando por alto las miradas duras que le disparaba su esposa.

—Pues iré a combatir junto a Tecumseh, que es más joven y no ha olvidado cómo se pelea —respondió tranquilamente el guerrero.

—¿Tú también irás a combatir junto a Tecumseh? —preguntó Muchas Palomas a su hermano menor.

—Por supuesto —respondió él—. Prometí a mi esposa cuidar de que su hermano no pierda el cuero cabelludo.

Su tono juguetón no suavizó la expresión ceñuda de su hermana. Ella dijo:

—Harías mejor quedándote en casa con tu esposa. No entiendo cómo puede soportarte. Y tú... —Clavó una mirada penetrante en Golpea el Cielo—. Tú no eres mejor que él.

—Nunca he dicho que lo fuera —objetó el visitante, cordialmente—. Y antes de que me lo preguntes, te diré que la esposa de tu hermano sólo me soporta porque me casé con su hermana y se siente obligada.

Ya habían hablado de su esposa, que había muerto tres años atrás. Se llamaba Mujer Alta, por su estatura y porque sabía plantarse ante los problemas. Cuando lo comentaron, ya avanzada la noche de su llegada, Hannah formuló la primera pregunta:

—¿Cómo murió Mujer Alta?

Golpea el Cielo la miró a los ojos.

—Estaba en los comienzos de un embarazo y sintió dolor de barriga. —Se tocó el plano duro del vientre, cerca del ombligo—. Tenía fiebre y fuertes dolores. Nuestros curanderos no pudieron hacer nada por ella.

«Yo tampoco habría podido», pensó ella, aunque no lo dijo. Había visto por dentro el cuerpo de una mujer que había muerto así. El niño se había formado fuera del vientre, provocando una ruptura. Pero tampoco lo dijo, por no aumentar el dolor del guerrero.

Repasaba una y otra vez aquella conversación en torno de la fogata, pese a su enérgica resolución de concentrarse en otras cosas. Cuando ya comenzaba a impacientarse con sus pensamientos caprichosos, Charlie LeBlanc entró en el laboratorio para hablar con ella. Molly se había puesto de parto y estaba lista para traer a su quinto hijo al mundo; ¿podría ir, por favor, ya que Curiosity no estaba? No tenía mucho con que pagarle, pero le agradecería su ayuda.

Después de la primera oleada de alivio —Charlie le había dado un motivo para seguir lejos de su casa y de los visitantes—, se irritó consigo misma por semejante cobardía.

Molly tenía buen carácter y se mostraba siempre animosa, pese a haberse casado con un hombre muy pobre y tener más hijos varones y más trabajo del que merecía ninguna mujer. Durante el parto, era igual: parloteaba, regañaba a los niños, organizaba las tareas y, entre contracción y contracción, incitaba a Hannah al cotilleo.

Aunque ella no lo dijera, para Hannah resultaba evidente que era la esperanza de tener una niña lo que le daba fuerzas.

La primera hija de los LeBlanc no hizo su aparición hasta después del amanecer. Sus cuatro hermanos varones, de uno a cinco años, la saludaron con no menos estupefacción que Charlie. Todos habían llegado a la conclusión de que Molly no era capaz de tener otra cosa que varones, por lo que nadie sabía qué hacer ahora con esa niñita de cara roja que los miraba con los ojos muy abiertos. Charlie, que a menudo cargaba a sus cuatro hijos al mismo tiempo, tenía miedo de alzar a la pequeña. Cuando por fin lo hizo, la cara se le partió en una sonrisa.

—Esa es la cara que ponen los hombres cuando se enamoran —comentó su esposa con satisfacción.

Hannah respondió con un murmullo que no significaba nada.

Si hubiera habido suficiente espacio en la cabaña, habría descansado allí, cerca de

la madre y la recién nacida; ni siquiera los bulliciosos niños LeBlanc habrían podido mantenerla despierta. Sin embargo, se obligó a caminar los diez minutos que la separaban de la casa de los Todd y se acostó a dormir en el catre de la pequeña habitación contigua a la cocina, la que Curiosity utilizaba para atender a los enfermos y para aislar a los niños malhumorados.

Se detuvo apenas el tiempo suficiente para quitarse los mocasines y pedir a Ethan que fuera a Lago de las Nubes, con el mensaje de que volvería lo antes posible, aunque tal vez no pudiera hasta el día siguiente.

Despertó desorientada y sin saber dónde estaba ni qué hora era. Por fin vio a Dolly a los pies de su cama con una bandeja de comida.

—Me han dicho que los LeBlanc han tenido por fin buenas noticias —dijo la negra, a modo de saludo—. Molly debe de estar feliz con su niña. Se llamará Maddy, como la madre de Charlie. ¿Es cierto que es grande?

—Bastante grandecita, sí. —Hannah aceptó el tazón de caldo y lo bebió en tres largos tragos—. ¿Qué hora es?

—Cerca de mediodía —respondió Dolly. Y al ver la expresión asombrada de la muchacha, prosiguió—: No se acabará el mundo porque hayas dormido unas pocas horas, Hannah Bonner.

Hannah logró sonreír, aunque con dificultad. Quería visitar a las cuatro personas que había inoculado, para ver cómo marchaban las incisiones; además, el doctor Todd le había dado una lista de pacientes que visitar. A Mary Gathercole le dolía la garganta, y a su madre le había salido un sarpullido; Jed McGarrity se quejaba de otro de sus dolores de muelas; Ben Cameron se había cortado un dedo del pie con el hacha y había que cambiarle los vendajes; Matilda Kaes sufría mucho de la espalda. Aunque Curiosity estaría ausente durante varios días, Richard Todd no tenía intención de abandonar su laboratorio mientras Hannah estuviera allí para atender los casos menos interesantes.

—Si he venido a molestarte es sólo porque tu hermana te espera en la cocina desde hace una hora —explicó Dolly—. Ya se ha comido casi todo el pan de jengibre, y si no vas pronto a ver qué quiere, acabará por estallar. Tiene algo que ver con ese visitante que tenéis en la montaña, pero no ha querido decirme nada más.

—Golpea el Cielo —especificó Hannah—. Se llama Golpea el Cielo.

—Mi madre me puso al tanto de todo cuando terminasteis con las inoculaciones.

—Toda la aldea debe de estar comentándolo.

Dolly cogió la manta que había caído al suelo y la tendió en la ventana abierta para ventilarla. Luego miró a la muchacha por encima del hombro, pensativa.

—Nadie tiene nada contra ti, Hannah. Ya lo sabes.

La joven, en su sorpresa, no encontró qué decir, y Dolly se sintió alentada por el silencio.

—Una vez que hayas terminado con la primera tanda de inoculaciones, ya verás cómo se calman todos.

Hannah se alegró de no haber dicho nada, pues había pensado que se refería a Golpea el Cielo. Para ocultar la cara, se agachó en busca de sus mocasines y permaneció así hasta que Dolly hubo salido.

* *

—Yo no le pedí a Molly LeBlanc que tuviera a su bebé anoche, ¿sabes? —le dijo Hannah a Lily.

Estaban sentadas al sol en el banco del jardín. El día era ya tan caluroso que sentía la tentación de desabrocharse los primeros botones del corpiño. Su hermanita, que podía aprovecharse de su poca edad, se había recogido las faldas para liberar las piernas a la brisa. Hannah observó, complacida, que no le había quedado en el tobillo ninguna tumefacción ni deformidad que lo distinguiera del otro.

—Pues yo no estoy tan segura de eso —dijo Lily, severa.

—Cualquiera diría que he encargado el nacimiento a propósito para evitar a los visitantes.

La niña la miró de soslayo.

—Anoche, cuando nos sentamos alrededor del fuego, para Golpea el Cielo fue una desilusión que no estuvieras allí.

Hannah se apretó el estómago con una mano para calmar el mariposeo que sentía allí.

—Supongo que te lo dijo él mismo, ¿no? Sin duda, lo anunció al mundo entero.

Lily la miró con disgusto.

—Puedo darme cuenta de las cosas sin que nadie me diga nada. Lo que me gustaría saber es por qué te empeñas en evitarlo. Ese hombre es estupendo.

—Apenas lo conoces, Lily Bonner —dijo Hannah, indecisa entre la diversión y el fastidio.

—Sí que lo conozco —insistió su hermana—. Sé cómo es por su manera de contar las cosas, y, además, es guapo. Toma.

De la bolsita que llevaba atada a la cintura extrajo un pequeño rollo de papel; después de quitarle el cordel que lo ataba, lo puso sobre el banco y lo alisó. Era un retrato de Golpea el Cielo.

—He tenido que empezarlo tres veces, pero creo que al fin he logrado el parecido.

—Dios mío —susurró Hannah, sorprendida.

—¿Te gusta? —La niña, muy complacida, reemplazó la petulancia por una sonrisa tímida.

El dibujo era sencillo, pero tenía algo especial. Su hermana había captado la seguridad del modelo, que se veía en el papel tan real como la línea de la mandíbula o la curva de la oreja. Y era guapo, innegablemente.

—Está muy bien hecho —comentó ella, simplemente—. ¿Qué ha dicho Elizabeth?

Lily sacudió la cabeza.

—Todavía no lo ha visto. Lo he hecho para ti.

Hannah deslizó un dedo por el papel.

—No necesitas mostrarme que sabes dibujar, hermanita. Veo las pruebas todos los días.

—No quería mostrarte que sé dibujar —balbuceó Lily, fastidiada—. Quería mostrártelo a él. A Golpea el Cielo.

En verdad, Hannah apenas podía apartar la vista del dibujo, pero no sabía qué más debía ver, aparte de la cara que ya conocía.

—¿Qué quieres mostrarme de él?

—Que es fuerte y bueno, que sabe cuentos excelentes. Y que no te tiene miedo, como la mayoría de los hombres. Es perfecto para ti.

Al oír eso, Hannah rió para disimular su inquietud.

—Sabes que nadie es perfecto.

Lily movió la cabeza en un gesto de decepción, como si su hermana se fingiera tonta a propósito.

—Es perfecto para ti. Yo misma me casaría con él, si fuera mayor, pero eso no estaría bien. Es tuyo. Y Grajo Azul es mío.

—Lily —empezó Hannah, lentamente—, no sé de dónde has sacado esa idea, pero no debes hablar de un ser humano como si fuera un libro o un pañuelo. Cuando seas mayor, sabrás si Grajo Azul es el hombre que te conviene o no. Mientras tanto, Golpea el Cielo no pertenece a nadie.

La expresión de la niña era una extraña mezcla de terquedad y preocupación.

—No puedes ver lo que es obvio para todo el mundo porque tienes miedo. No estás acostumbrada a querer. Eso te asusta.

La verdad de ese comentario fue un fuerte golpe para Hannah. Durante un momento guardó silencio, mientras ordenaba sus ideas.

—¿Por qué tienes tanta prisa por casarme?

—Porque vas camino de ser una solterona —dijo Lily, con su habitual franqueza—. Y tú misma me dijiste que ningún hombre blanco pediría tu mano. En esta aldea no hay nadie a quien respetes tanto como para enamorarte. Palabras Fuertes te ha traído el esposo perfecto...

—Dudo que haya sido ésa su intención —la interrumpió Hannah.

—... y tú ni siquiera le hablas. Peor aún: huyes cada vez que puedes, como si

fuera un monstruo.

—¿Qué pretendes, exactamente? —preguntó ella, dejándose dominar por la irritación—. ¿Que me siente en su regazo a la hora de cenar?

Lily frunció los labios, pensativa.

—Ahora te burlas.

—¡Oh, por favor! —Hannah alzó las manos en un gesto de derrota y disgusto. Luego se levantó e hizo un esfuerzo por sonreír a su hermana—. Basta de tonterías. Tengo que trabajar.

—¿Prometes que esta noche vendrás a la fogata?

Estaba a punto de entrar en la casa, cuando Lily gritó:

—¡Si me prometes eso, no volveré a molestarte!

Hannah le echó una mirada por encima del hombro.

—No hagas promesas que no puedes cumplir, hermanita.

—¡Veo que te has llevado el retrato! —Y la risa de Lily siguió a Hannah hasta el interior de la casa.

* *

Al caer la tarde hacía tanto calor que el mundo parecía zumbiar; cada bocanada de aire parecía aspirada a través de una toalla mojada.

Los tábanos y el calor bastaron para que Hannah abandonara cualquier idea de volver a casa por el camino más largo; por añadidura, se avecinaba una tormenta. Se la veía a distancia, curvándose sin ruido bajo gruesas capas de nubes.

Ensayó algunas excusas para encerrarse en su habitación. El diario, remedios que preparar, cartas que escribir. Ninguna de ellas resultaba creíble en absoluto. Su padre clavaría sus ojos en ella de manera interrogadora, y Elizabeth la miraría con preocupación. Pero no la obligarían a estar con los visitantes ni tratarían de hacer que se sintiera culpable. Lily, por sí sola, se ocuparía de eso.

Estaban terminando de cenar cuando estalló la tormenta sobre Lobo Escondido. Como no podían sentarse con los visitantes junto a la fogata que los niños habían encendido, todos se vieron obligados a amontonarse frente a un solo hogar. Hannah se encontró sentada delante de Golpea el Cielo, tan cerca que podía tocarlo si quisiera. Se sacudió la idea y fijó la mirada en la camisa que remendaba.

Conversaron un rato sobre los partidos de baggataway que en otros tiempos disputaban los mohawks y los sénecas; los varones escuchaban casi brincando de entusiasmo. Daniel quería coger sus palos, que estaban colgados en la pared, para mostrar a Palabras Fuertes y a Golpea el Cielo el ala seca de murciélago que había atado al mango, pero Ojo de Halcón se lo impidió enarcando una ceja. Daniel,

agitado y con un palo de baggataway en una habitación atestada, no era lo más deseable.

—Recuerdo bien a tu hermano mayor —dijo Nathaniel a Golpea el Cielo—. Era un jugador temible. Una vez lo vi saltar limpiamente por encima de un hombre para alcanzar la meta.

—¿Has oído, Camina Adelante? —preguntó Daniel, azuzando a su hermana mayor con un dedo ansioso—. ¡Nuestro padre jugó al baggataway contra el hermano de Golpea el Cielo!

—Y yo también —añadió Huye de los Osos—. Yo también jugué ese día. Éramos casi doscientos en el campo.

—El año pasado, en la aldea, jugamos dos veces —dijo Grajo Azul—. Pero éramos sólo veinte. Nicholas Wilde es muy bueno, y también los Cameron. Tal vez podamos jugar otra vez antes de que os vayáis.

Hannah percibió que su padre y su abuelo intercambiaban una mirada; sabía perfectamente lo que estaban pensando: un partido de baggataway podía desactivar las tensiones de la aldea o atizarlas aún más.

—Ya jugaréis en Buenos Pastos —dijo Muchas Palomas a su hijo—, cuando hayáis recogido el maíz.

Ese anuncio provocó el clamor familiar entre los niños. Todos los otoños Huye de los Osos llevaba a sus hijos mayores a Buenos Pastos, para que pasaran dos meses entre su propio pueblo, y todos los años Daniel y Lily pedían ser incluidos.

—Hay cosas más alegres para conversar, sin duda —dijo Elizabeth—. Palabras Fuertes, no nos has contado gran cosa de ese Lago Hermoso que mencionaste. Parece que es un hombre sensato y con buenas ideas.

—En general ha actuado bien —comentó Otter, aunque no se le veía del todo convencido. Hannah tomó nota para interrogarlo al respecto, más tarde.

—Gracias a él, su aldea ha abandonado la bebida —añadió Golpea el Cielo.

—¿Y la vuestra no? —preguntó Muchas Palomas.

—No del todo —reconoció Palabras Fuertes—, pero hemos avanzado. El que los Prepara dice que para conservar las costumbres antiguas, debemos renunciar a las cosas que los blancos trajeron consigo, incluido el alcohol.

—Hum... —murmuró su hermana, como si eso no le mereciera muy buena opinión—. Si Plantador de Maíz puede prohibir las bebidas fuertes, El que los Prepara también podría hacerlo. A menos que no tenga el respaldo de las madres del clan.

Palabras Fuertes vaciló antes de contestar:

—A algunos les resulta difícil regresar a las costumbres antiguas. Veo que coses con agujas de acero, hermana. Y la azada que usas para desmalezar el maizal también es de acero, ¿verdad?

Ante eso Muchas Palomas se limitó a sonreír. A su hermano menor le encantaba reavivar la antigua discusión. Siempre empezaba igual: decía que las naciones indias estarían mejor si los blancos no hubieran pisado el continente; Huye de los Osos disentía. Y luego pasaban horas enteras discutiendo sus respectivas posiciones ante la familia reunida.

Uno a uno, todos los adultos tomaban partido. Ojo de Halcón y Muchas Palomas siempre acababan por declararse de acuerdo con Palabras Fuertes, y Nathaniel, con Huye de los Osos. Elizabeth se negaba a adoptar una de las dos posturas, a pesar de las burlas.

En vida, ambas abuelas se habían aliado con Nathaniel, lo cual irritaba a Palabras Fuertes, que no podía convencer a su propia madre con sus argumentos. Atardecer siempre ponía fin a la discusión diciendo: «Si descartáramos a las ortigas porque producen picor, no tendríamos el remedio que nos brindan para calmar las heridas. Se coge lo útil y se deja el resto».

Para los niños esa antigua discusión era algo nuevo. Tumbados en el suelo, con los ojos bien abiertos, escuchaban sin el nerviosismo de costumbre, tal como Hannah había escuchado en otro tiempo, atenta a las caras de los adultos, buscando puntos débiles en los argumentos para guardarlos y reflexionar más tarde.

Ahora tenía edad suficiente para tomar partido, siempre que estuviera dispuesta a defender su posición. Y allí había, desde luego, otras personas para quienes el juego era nuevo: Susurro de Pinos y Golpea el Cielo. Echó una mirada al visitante, pero luego recordó que no quería hacerlo. Y descubrió que, por una vez, él no la miraba; estaba atento a Palabras Fuertes, con una expresión que ella no pudo interpretar.

—Creemos que es imposible vivir sin acero —dijo éste—, pero sólo porque la imaginación se nos ha ablandado tanto como la memoria. En los Bosques Interminables, el arco y las flechas son mejores para el cazador que las armas de fuego. Si no fuéramos tan perezosos, podríamos volver a las costumbres antiguas.

—Antes de hablar de pereza, prueba a limpiar un cuero crudo con pedernal en vez de usar un cuchillo bien afilado —objetó Huye de los Osos—. Y ya puestos, derriba un par de árboles a la manera antigua, con el fuego; luego me dices si estás dispuesto a abandonar el hacha y el serrucho. Por mi parte, no quisiera estar en el bosque sin cuchillo. Y tampoco cambiaría la escopeta por un arco y flechas, teniendo mujeres y niños que defender.

Otter sacudió la cabeza.

—Eso significa tan sólo que el acero es veloz. Más veloz que las costumbres antiguas; nadie puede negarlo. Nadie negaría que a caballo se viaja más rápido que a pie, ni que lleva menos tiempo comprar una pieza de paño que curtir el cuero para hacer una camisa. Lo que digo es que no siempre hacer las cosas con rapidez es mejor, al menos para nuestra gente.

—Ándate con cuidado —recomendó Huye de los Osos a su esposa—. Este hermano tuyo no sólo quiere quitarme los cuchillos, sino que también te dejará sin calicó.

Muchas Palomas se encogió de hombros y no dijo nada; no quería participar de la discusión, o simplemente no estaba preparada para eso.

—Por mi parte, cuando se trata de rasurarme, prefiero la navaja a la concha de almeja —intervino Nathaniel, frotándose el mentón con una mano—. Y no es cuestión de rapidez, sino de conservar el pellejo.

Hubo risas suaves en la habitación; hasta Palabras Fuertes se unió a ellas. Nadie mencionó que si los blancos no hubieran llegado al continente, Ojo de Halcón y el resto de su familia no estarían allí.

—Podrías dejar de rasurarte, papá —sugirió Lily.

—Oh, no —protestó Elizabeth—. Nada de eso, por favor. Se pasaría la vida rascándose, mirándose al espejo y quejándose de su cara ajada. Se envanece de mantener las mejillas y el pecho lampiños, como cualquier guerrero kahnyen'kehàka.

—¡Escuchadla! —rió Nathaniel—. ¡Lo atribuye todo a mi vanidad, cuando es ella la que no quiere que la irrite con la barba!

Elizabeth, aunque ruborizada, continuó, decidida:

—Eso trae a colación una pregunta —dijo, mirando alternativamente a Golpea el Cielo y a Palabras Fuertes—: ¿Os rasuráis el cuero cabelludo u os arrancáis los cabellos?

Golpea el Cielo dejó escapar una risa breve y grave.

—Yo me lo rasuro, y Palabras Fuertes deja que su mujer lo depile hasta que la impaciencia lo vence.

Otter alzó una mano para cortar las risas.

—Soy tan débil como cualquiera —reconoció—. Pero podríamos aprender a vivir otra vez a la usanza antigua.

—Esto no sería problema si no estuvieras tan empeinado por volver al combate —observó Muchas Palomas, con una mirada cargada de intención al cráneo de su hermano menor.

Él no le prestó atención.

—Nombrad una cosa de las que nos han traído los o'seronni de la cual no podríais prescindir —dijo—. Una sola cosa. Uno a uno. Comienza tú, hermana.

Ella dejó un momento la costura e inclinó la cabeza, pensativa.

—Me gustan las agujas de coser —dijo—. Y también las cacerolas. Aun conservo las de nuestra madre. Cada vez que las friego con arena, pienso en ella.

—Podrías hacer cacharros de arcilla, como nuestra abuela Hecha de Huesos.

Ella se encogió de hombros.

—Si viviera entre los nuestros, tal vez sí. En la casa comunal éramos cincuenta.

Pero tal como vivimos ahora, no.

Durante un momento, Hannah se preguntó si Palabras Fuertes aduciría que todos debían vivir en casas comunales; ése era el único argumento que podía acabar en discusión violenta. Muchas Palomas y Huye de los Osos habían decidido criar a sus hijos en los antiguos territorios kahnyen'kehàka, aunque para eso debían vivir separados de su pueblo. La mayoría de los kahnyen'kehàka, los que habían sobrevivido a las epidemias, las guerras y la bebida, habían sido desplazados hacia Canadá. Hasta Árboles en Agua se había ido. Pero Muchas Palomas estaba decidida a quedarse allí, el sitio que su madre había escogido para vivir y morir, y Huye de los Osos no la contrariaría en ese punto.

Ojo de Halcón carraspeó.

—En líneas generales estoy de tu lado, Palabras Fuertes —dijo—, pero a decir verdad, no estoy dispuesto a renunciar a mi cuchillo de caza ni a mi tomahawk, aunque conservo la porra de combate de mi padre, y de ella tampoco podría prescindir.

—¿Renunciarías a tu escopeta? —preguntó Daniel.

Ojo de Halcón se encogió de hombros.

—Si no existieran las escopetas ni los mosquetes, yo no sabría qué me estaba perdiendo, ¿verdad?

Uno a uno fueron hablando. Susurro de Pinos admitió no poder privarse del buen hilo que le daba la señora Kaes a cambio de cuero curtido para mocasines. Grajo Azul reconoció que el azúcar de caña le gustaba aun más que la miel de arce.

De pronto se levantó Kateri, una niña callada a quien no le gustaba hablar ante tanta gente. Todos guardaron silencio.

—Si mi madre nos permitiera llevar el maíz al molino, eso es algo que me gustaría. Doy gracias por tener tres hermanas... —Y desvió hacia su madre una mirada de sordo descontento—. Pero pasarse el día moliendo maíz cuando existe un molino es... es... irracional.

Y se sentó otra vez, con la misma brusquedad. Muchas Palomas apartó la vista de su labor para recorrer con ella el círculo de caras.

—Mi hija ha hablado —dijo—. Reflexionaré sobre lo que ha dicho.

—¿Y tú, hija de mi hermana? —preguntó Palabras Fuertes a Hannah—. De todos nosotros, eres quien vive más en contacto con el mundo o'seronni. ¿Qué conservarías tú?

Hannah pensó en los remedios que tenía en su taller y en el despacho de Richard Todd, provenientes de todo el mundo; vio en su mente los finos escalpelos y los instrumentos que Hakim Ibrahim le había regalado. Pensó en el papel suave de su diario y en las palabras que allí escribía.

—¿Quizá nada? —arriesgó Palabras Fuertes, esperanzado.

—El microscopio —dijo ella. Entonces comprendió que debía explicar qué era un microscopio a su tío y a Golpea el Cielo, que nunca habían oído hablar de eso—. Puedo llevaros para que lo veáis —ofreció al fin—. Una simple gota de agua estancada os convencerá de que hay más vida en este mundo de la que está a la vista.

Muchas Palomas apartó a un lado su costura.

—Mi hermano me ha prometido no acercarse al doctor ni a ninguno de los Todd —dijo.

Lily echó una mirada significativa a su hermano, que no pasó desapercibida a nadie. Los niños deseaban conocer los detalles de la antigua pelea entre Palabras Fuertes y Richard Todd; esa nueva información los mantendría ocupados durante bastante tiempo.

—¿Y tú, Golpea el Cielo? —preguntó Ojo de Halcón—. ¿Hay algo de los blancos que no querrías devolverles, si mañana hicieran su equipaje para cruzar de nuevo las aguas?

A Hannah le costó un gran esfuerzo no levantar la cabeza. Casi podía oírlo pensar, de la misma manera que oía a los presentes concentrar su atención en él.

—El beso —dijo al fin.

Las risas sorprendidas resonaron en las vigas. Aunque ella no alzó la vista, sospechaba que todo el mundo la estaba mirando.

—¿Piensas que el beso es un invento de los blancos? —inquirió Huye de los Osos, aún riendo.

—Sí. Mi madre dice que esa costumbre de los blancos de juntar las bocas es antinatural. Dice que antes no se hacían esas cosas, que se copiaron de los blancos. Y el viejo Cargador de Pescado asegura que la gente de verdad jamás sabrá besar bien.

Elizabeth había dejado su labor de calceta.

—No sé quién es ese Cargador de Pescado, pero debo poner en duda su sabiduría. No puede ser. Yo diría que el beso es tan universal como...

Se interrumpió abruptamente. Esa vez las risas se prolongaron tanto que Hannah se aventuró a apartar la vista de su bordado. Golpea el Cielo no reía en absoluto: la miraba. Ella le sostuvo la mirada con aire desafiante, con lo que sólo ganó una enorme sonrisa. Luego Ojo de Halcón dijo:

—A decir verdad, cuando yo era niño, la gente no se besaba mucho.

—Tal vez no a la vista, pero sí en privado —sugirió Lily, y dirigió una mirada significativa a sus padres. Nathaniel alargó una mano para revolverle el pelo.

—Ya verás cuando seas grande y aparezca el hombre de tu vida —dijo—. Cuando deseas besarlo, no te importará mucho hacerlo en privado o no.

—Tiene razón, Nathaniel —intervino Elizabeth—. Hay cosas que deben mantenerse en privado.

—Pues entonces, ¿por qué tú y el tío estáis siempre besándoos? —gorjeó Kateri.

—Es una pregunta razonable. Supongo que debo admitir cierta falta de... — Vaciló. Nathaniel le deslizó una mano por la espalda.

—No te preocupes, Botas. Admito que es culpa mía. Te he conducido por mal camino, pero no me arrepiento.

Ella clavó una mirada firme en Palabras Fuertes.

—Yo diría que es esta conversación la que va por mal camino.

El joven carraspeó, tratando de dominar la expresión.

—Gracias, hermano —le dijo a Golpea el Cielo, con su voz más solemne—. En tantos años como llevamos hablando de este tema, nadie había logrado descubrir algo traído por los blancos que yo quisiera conservar. Hasta ahora. Creo que esto es lo único en que todos estaremos finalmente de acuerdo. ¿Qué opinas tú, Hannah?

Todos la miraban: las mujeres, con simpatía y diversión; los hombres, más cautos y curiosos. Lily parecía a punto de estallar de expectación; Daniel apartó la cara, disgustado.

La joven dijo:

—Sobre este punto en particular, me reservo la opinión.

Y se preguntó de dónde habían surgido las palabras.

* *

Después de un día tan largo y lleno de acontecimientos, lo lógico era que Elizabeth hubiera conciliado el sueño inmediatamente, pero en medio de la noche, perdidas las esperanzas, se levantó.

Su piel húmeda de sudor recibió con gusto la brisa nocturna que entraba por la ventana abierta. Los perros, tendidos junto al hogar, levantaron la cabeza para mirarla, pero volvieron a dormirse sin esfuerzo. Una brasa se derrumbó con un suspiro.

En el centro de la cabaña se detuvo a escuchar los ruidos del altillo donde dormían los niños. Daniel murmuraba y daba vueltas, combatiendo con la manta, la almohada y el mismo sueño. Lily estaba hecha de otra pasta: dormía con furiosa concentración, enroscada sobre sí misma y con los puños contra la barbilla, siempre lista para la batalla.

Elizabeth sabía que, si subía la escalerilla, encontraría a los gemelos en la misma cama, espalda contra espalda. Podía ir a separarlos, pero por la mañana los encontraría nuevamente juntos. Aunque durante el día riñeran interminablemente, en las horas de sueño no podían negar el vínculo que se había forjado en las aguas calientes y oscuras de su vientre. Algún día, las circunstancias, la edad o ambas cosas los separarían para siempre, pero ellos no tenían prisa por ver llegar ese día, y

Elizabeth tampoco.

Sin embargo, no eran los gemelos los que le robaban el sueño esa noche, sino Hannah. Vaciló ante el taller, con una mano en la puerta. En los últimos años, esa habitación, en otros tiempos utilizada para trabajar y para almacenar trastos, se había ido convirtiendo en el reducto de su hija mayor, que ahora guardaba allí sus remedios, sus libros y anotaciones; una cama estrecha ocupaba un rincón, como si hubiera sido añadida en el último momento.

Cora Munro había seguido a Ojo de Halcón hasta los Bosques Interminables para hacerse cargo del trabajo doméstico, pero no sin imponer algunas condiciones. Esa cabaña era una copia de la primera, más grande que la mayoría y con suelo de tablas, pero lo que la distinguía de las demás era la abundancia de ventanas. El taller era largo, estrecho y muy luminoso durante el día. Aun por la noche nunca estaba completamente a oscuras, a menos que no hubiera luna.

Al abrir la puerta, Elizabeth vio a Hannah sentada en el borde de la cama, con las manos cruzadas en el regazo.

—Te he oído venir —dijo—. Yo también estoy desvelada. —Y se apartó para dejarle espacio.

Podrían haber hablado de muchas cosas, pero ninguna de ellas parecía dispuesta ni capaz de comenzar. Elizabeth no necesitaba cerrar los ojos para ver las caras de Cookie, Curiosity y Ambrose Dye; el ataúd de madera verde; el círculo de caras iracundas, distorsionadas por el dolor, cambiadas para siempre; Golpea el Cielo, con sus ojos negros y su intensa decisión.

Miró a Hannah, cuya piel relumbraba como ópalo oscuro bajo el claro de luna: la frente ancha, los pómulos como alas desplegadas, el contorno fuerte de la mandíbula, la curva de la boca. Sin esfuerzo alguno, con sólo parpadear, podía verla nuevamente como cuando era pequeña. Pero la niña había desaparecido.

Cuando Golpea el Cielo miraba a Hannah, veía a una joven de espalda erguida y manos fuertes, ojos de penetrante inteligencia, belleza simple e innegable.

—Habría sido mejor que mi tío hubiera venido solo.

Lo dijo con claridad, pero no era cierto y ambas lo sabían. Elizabeth le cubrió las manos con las suyas.

—Nunca te he oído decir cosas injustas.

Hannah se puso tiesa, como si se sintiera en la obligación de protestar, pero se detuvo y comenzó otra vez, con voz ronca:

—No es razonable dar tanta importancia a un desconocido que se irá pronto.

—Pues entonces no se la des, si eso es lo que sientes.

—Es lo único razonable. —Lo dijo como si fuera lo menos razonable del mundo.

Elizabeth volvió a darle una palmadita en la mano. Le resultó muy difícil mantener la voz serena.

—Escucha: cuando vine de Inglaterra, yo también tenía un plan, un plan muy meditado. Quería instalar una escuela en el páramo y dedicar mi vida a la enseñanza, sobre todo a enseñar a las niñas. No quería otra cosa y estaba decidida a no dejarme apartar de esa meta. Pero entonces conocí a tu padre. Al principio me enfadé con él, pues me complicaba los planes.

Hannah no se levantó ni apartó la cara, pero todo su cuerpo zumbaba a manera de negación.

—He hecho mal en entrometerme —dijo su madrastra, finalmente—. Perdona. Toda la furia de la joven desapareció al momento y su expresión se ablandó.

—Todo esto va demasiado rápido —dijo.

Elizabeth hizo una pausa.

—Rápido o lento, depende de ti. Si es que hay algo.

—Pues claro que hay algo. ¿Qué pensabas?

* *

Cuando Elizabeth volvió a la cama, Nathaniel estaba despierto, esperándola. Ella lo notó por la curva de su espalda y la tensión de sus hombros. Se metió bajo las sábanas y frotó la cara contra su pelo. Él dijo:

—Mi padre me advirtió que ocurriría esto, pero yo no lo creí. Supongo que no quería creerlo.

—Puede que Golpea el Cielo no sea el hombre de su vida. Es demasiado pronto para saberlo.

Él se volvió para mirarla. Para ella fue un alivio ver que aún podía sonreír.

—Si no es él, será otro. Y no pasará mucho tiempo. Nicholas Wilde pedirá su mano antes de que termine el verano. Ella está lista, aunque todavía no lo sepa.

—Lo sabe, sí. Creo... creo que puede ser Golpea el Cielo. Y ella también lo sabe. Pero tiene miedo.

—Supongo que se trata de algo más que miedo.

—Sí —reconoció ella en voz baja—, pero ella no sabe expresar con palabras lo que siente. Mejor dicho, no está dispuesta a usarlas. Todavía no.

—No me gusta nada que se vaya tan lejos.

Elizabeth le apoyó una mano en el pecho.

—Eso debió de pensar tu madre cuando te fuiste al norte, a vivir en la casa comunal de Sarah.

—Tal vez. ¿Qué le has dicho?

—Le he contado cómo fueron las cosas para mí cuando llegué a Paradise. Que tú te las arreglaste para desbaratar mis pulcros planes. Y lo mucho que me irrité.

Una mano serpenteó bajo las sábanas para rodearle la cintura y estrecharla contra él.

—Al principio —incitó.

—Al principio —reconoció ella, conteniendo la risa. Y apartó de una palmada la otra mano, que se abría paso bajo el camisón, fuertes los dedos en la curva de su cadera.

—Pero luego viste la luz —añadió él, severo.

—Luego vi... ¡Nathaniel!

Elizabeth trató de escabullirse, pero él rodó inmovilizándola bajo su cuerpo. Después de sujetarle las manos por encima de la cabeza, la besó con violencia.

—Luego viste la luz —insistió.

—Luego vi la luz —susurró ella.

—Y ya no pudiste ofrecer resistencia.

Ella no logró contener una risa estrangulada.

—Oh, por favor.

Su risa dejó paso a un jadeo. Más tarde, a un suspiro.

Mucho después, tras reducirla a besos, él dijo:

—Será mejor que te des por vencida, Botas. De una manera u otra, antes de la mañana te lo haré confesar todo.

—¿De veras? Pues bien, señor. Adelante.

* *

Como tras la visita de Elizabeth no podía dormir, Hannah salió para ir a las cascadas. Porque no podía dormir y porque no volvería a dormir mientras no fuera a comprobar lo que el corazón le decía: que él estaba sentado allí, solo, a la luz de la luna menguante. Esperándola. Había estado nadando y el agua formaba cuentas en la cabeza y en la espalda, y le corría por el pecho.

Ella se acercó y no dijo nada hasta que el guerrero descruzó las piernas y se levantó.

—Dime qué quieres —pidió Hannah.

Hubo un largo silencio, pero no fue incómodo. Por fin él dijo:

—Quiero paz para mi pueblo. Que los blancos dejen de desplazarnos hacia el oeste.

—Eso es bueno. —Hannah no lo miraba, pero percibía su calor, como si él estuviera poseído por una fiebre terrible—. Y ahora dime a qué has venido. Qué quieres de mí.

Sintió que él se encogía de hombros. Desde sus entrañas se disparó una

inesperada ola de enfado y bochorno, penetrante y ardiente. Quiso darle la espalda, pero Golpea el Cielo la sujetó por el brazo y utilizó la fuerza de su cólera para hacer que la muchacha se volviera hacia él.

Entonces ella vio que sonreía. Era una sonrisa franca y sincera, sin burla alguna, una sonrisa bondadosa en una cara atemorizante. La cogió por sorpresa y le robó el enfado.

—Eres tú quien debe decir lo que desea, Camina Adelante. Lo que yo deseo debe esperar a que llegue el momento.

—Estoy cansada —dijo ella, nerviosa—. Quiero ir a dormir.

—Pero estás aquí, conmigo.

Él la tironeó del brazo con dedos fuertes, hasta lograr que se sentara. Hannah apoyó las manos en las rocas frescas, cubiertas de musgo, y pensó en bañarse bajo las cascadas. Si hubiera llegado un poco antes, habría podido verlo nadar. Debía de ser buen nadador, fuerte y seguro. Si ella se zambullía, Golpea el Cielo no dejaría de seguirla.

—No me acostaré contigo —dijo. Las palabras salieron de su boca fuertes y veraces; aun así habría querido retirarlas.

Él permaneció callado durante tanto rato que Hannah acabó por mirarlo. Su expresión no era hermética ni franca; sólo había estado esperando con paciencia a que ella lo mirara.

—¿Jamás?

La risa surgió de Hannah sin aviso previo, lenta y grave, hasta que se tapó la boca con la mano. Al retirarla dijo:

—No ahora. No esta noche. Y tal vez nunca.

—Ah... Ese tal vez me gusta. Pero ¿por qué has venido a mí? ¿Ha sido por esa conversación sobre los besos?

Se había acercado tanto que su brazo la tocaba. Era extrañamente consolador e inquietante a la vez sentir su contacto cálido, suave y duro a través del vestido. Hannah sintió un hilo de sudor en el cuello y se estremeció.

—Estabas provocándome —dijo—. Tratabas de... llamar mi atención sobre ti.

—Es que estabas muy seria, Camina Adelante. Pero mi plan ha resultado. Estás aquí.

—No ha resultado. El hecho de que esté aquí no significa que esta noche haya besos, Golpea el Cielo.

—Con soñar nada se pierde. —Él se apoyó un poco más contra ella. Despedía un vago olor a agua del lago, savia de pino, grasa de oso... y otras cosas cuyos nombres ella no conocía—. De cualquier manera, tal vez seas tú quien bese.

Todo el nerviosismo, los extraños e indeseables anhelos que habían perseguido a Hannah en los dos últimos días, habían desaparecido sin más; entre ellos había ahora

algo sereno, una especie de conocimiento. Ella no lo entendía, pero agradeció el alivio que le brindaba. «Como el paciente que sólo descubre lo agudo que era el dolor cuando ha desaparecido —pensó—. Pero ¿qué extraño remedio es éste?».

—¿Crees que nunca he besado a un hombre? —inquirió.

—Para esa pregunta no hay una respuesta correcta. Si digo que nunca has besado a un hombre, te enfadarás porque te tomo por una niña. Si digo que has besado a muchos, te ofenderás porque te creo demasiado ligera.

—He besado a cinco hombres —dijo ella, con demasiada precipitación—. ¿Qué opinas de eso?

—Ahora que al fin hemos comenzado, creo que necesitaremos muchos días para terminar esta conversación. Creo que deberías irte a la cama y dormir.

—¿Ahora que hemos comenzado a qué? —lo interrumpió ella.

Golpea el Cielo parpadeó como en reproche.

—Creo que deberías irte a la cama a dormir. Y que antes deberías besarme una o dos veces. ¿Crees ser lo bastante valiente?

Ella se volvió hacia él.

—Ahora eres tú el que formula preguntas sin respuesta correcta. Debo besarte o pasar por cobarde. Pisas demasiado fuerte para ser un buen cazador.

Él inclinó la cabeza, sonriente, y la pluma de halcón rozó el hombro de Hannah.

—No me pareces cobarde, Camina Adelante.

—Es cierto. No tengo miedo... —aseguró, inclinándose hasta acercar la boca a la de él— de que me crean cobarde.

Y se puso de pie de un brinco, antes de que Golpea el Cielo pudiera detenerla.

Él torció la cabeza y la miró por encima del hombro. Su espalda, perfectamente erguida, aún estaba mojada bajo el claro de luna.

—Que duermas bien, Camina Adelante.

Mientras lo miraba desde arriba, ella pensó súbitamente en el dibujo de Lily.

—Mi hermana opina que eres el hombre perfecto... —«Para mí», habría podido añadir, pero no lo hizo. Su valor no llegaba a tanto.

Él sonrió, sorprendido.

—Al menos he hecho una conquista.

Hannah se agachó hacia él y apretó sus labios contra los suyos. Los dedos de Golpea el Cielo se enredaron en el velo oscuro de su cabellera; las palmas, duras y calientes, le encerraron la cara. Así, sencillamente, conoció el sabor de aquel hombre, dulce y penetrante.

Luego la muchacha se apartó, escurriéndose el pelo entre las manos de él.

—Buenas noches —dijo.

Y regresó a la cabaña sin mirar atrás ni una sola vez, por no regresar a él y pasar por mentirosa.



Capítulo 37

Había dos cosas en las que Lily y Daniel coincidían plenamente: Jemima Kuick estaba planeando algo feo y había que proteger a Hannah contra ella. Lily tuvo una idea: ambos se turnarían para acompañar a su hermana cuando estuviera en la aldea.

Daniel objetó:

—Es a mí a quien corresponde cuidar de ella, no a ti. Tú eres una niña. Ni siquiera sabes disparar una pistola.

Eso era una mentira descarada, pues Lily disparaba bien con el mosquete y sólo la falta de práctica le impedía hacerlo mejor; cuando fuera más alta, aprendería también a manejar la escopeta. Y, además, no venía al caso.

Su hermano estaba haciendo lo posible por iniciar una pelea; terminaría con ella apretada contra el suelo, para que él pudiera recordarle que era más grande y más fuerte. Era una vieja triquiñuela suya, que Lily había analizado con su padre. El consejo de Nathaniel fue práctico y sencillo, como siempre:

—Jamás podrás derrotar a tu hermano por la fuerza bruta, Lily. Tienes que usar la cabeza. Inmovilízalo primero con palabras. Eso lo desconcertará.

—Pero está mal pelearme con mi propio hermano —gruñó ella.

Su padre la cogió por los hombros y la miró a los ojos.

—¿De dónde has sacado esa idea?

—Del señor Gathercole. Un día estábamos discutiendo por... algo, y él se nos acercó y nos dijo que deberíamos dar gracias por tenernos mutuamente, que pelear era un pecado.

Nathaniel se puso muy pensativo y después de un rato dijo:

—El señor Gathercole tiene buenas intenciones, pero no siempre lo que dice es acertado. Escucha, hija: cuando tengas que arreglártelas sola en este mundo, deberás entenderte con todo tipo de personas..., y no me digas que te quedarás siempre con nosotros. Escucha. Algunos jugarán limpio; otros, no. Lo que sucede entre tú y tu hermano es una manera de aprender a diferenciar. Sabes que Daniel nunca te haría daño de verdad, que arriesgaría la vida por ti, y tú harías lo mismo por él.

No era una pregunta, pero Lily asintió. Al recordar la cara pintada de su hermano en Eagle Rock, sintió una oleada de afecto.

—No prestes atención al señor Gathercole. Recuerda que, por ahora, en cualquier discusión con tu hermano tu mejor arma es la mente. Algún día él caerá en la cuenta de que debe usar la cabeza antes que los músculos, pero por ahora tú le llevas esa ventaja. ¿Has comprendido?

Lo curioso de los consejos era que, si eran realmente buenos, resultaban muy difíciles de recordar cuando más se necesitaban.

Lily le dijo a su hermano:

—Si vas siempre tú, sospechará. Está acostumbrada a que sea yo quien la acompañe por la aldea.

Daniel frunció el entrecejo, pues no le gustaba el argumento, pero tampoco pudo desmentirlo.

—Podría decirle que me interesa la medicina.

—¿Te interesa?

Él se encogió de hombros, distraído.

—Podría interesarme.

—Hoy la acompañaré yo —resolvió Lily—. Si quieres venir, no puedo impedírtelo, pero le parecerá extraño que la acompañes también mañana, cuando te toque el turno. Decide tú.

* *

En realidad, no hizo falta engañar a Hannah para que permitiera a Lily acompañarla a visitar a sus pacientes: al tercer día, la gente había comenzado a preguntar por ella. Corría el rumor de que Lily lograba muy bien los parecidos. Y por lo visto, en Paradise todo el mundo quería verse en el papel.

Su madre le hizo otro librito de bocetos, encuadernado de modo que se mantuviera plano mientras dibujaba; su padre le regaló un cortaplumas y le enseñó a afilar los lápices que Gabriel Oak le había dejado, sin malgastar ni un trocito del precioso grafito.

Todo esto, sumado al hecho de que Hannah pasaba cada vez más tiempo conversando con Golpea el Cielo, puso a Daniel de mal humor; no había palabras que pudieran calmarlo. Entonces Huye de los Osos decidió adentrarse con los niños varones en el bosque, donde pasarían una semana siguiendo rastros.

—¿Y Jemima? —le preguntó Lily, cuando Daniel se disponía a partir—. ¿No era responsabilidad tuya proteger a Hannah de Jemima Kuick?

La cara de confusión, culpa y enfado de su hermano hizo que la niña se arrepintiera de haber hablado.

—Para eso está Golpea el Cielo —respondió él, fastidiado—. Ella ya no me necesita.

Tras lo cual Lily se sintió aún peor, pues en eso había una parte de verdad. Ocupada como estaba con los enfermos, las inoculaciones y Golpea el Cielo, Hannah parecía ir alejándose, aun cuando removía la sopa frente al hogar o conversaba con las otras mujeres.

Entre sus propias tareas, los paseos por la aldea y la presencia del tío Palabras

Fuertes, Lily no habría debido tener tiempo de sentirse sola. Pero no había imaginado cómo serían las cosas con los niños ausentes y Curiosity y Galileo en Albany. Cuando lo comentó con su padre, él dejó la trampa que estaba reparando y se la sentó en el regazo.

—Este verano no ha habido sosiego —dijo.

Ella se acurrucó y apoyó la cara contra la camisa de piel de ante, mejor que cualquier seda. De pequeña solía sentarse en su regazo y, si su madre no miraba, le mordisqueaba el cuello de la camisa. En ese momento lamentó ser demasiado mayor para esas cosas.

—No me extraña que estés nerviosa —continuó él—. Yo también lo estoy.

Aunque no le había prometido que todo el mundo volvería a casa pronto, sano y salvo, ella se sintió mejor.

—Ayer dibujé un retrato de la señora Cunningham que la hizo reír a carcajadas.

Cuando su padre estaba de buen humor, arqueaba la ceja izquierda en ángulo, como ahora. Él se inclinó para hacerle cosquillas con la barba, hasta que Lily chilló.

—¿La dibujaste como si fuera una reina, con rubíes y diamantes en el pelo?

—No. —Lily forcejeó por escapar, pero sin éxito—. La dibujé tal como es, tal como la veo.

—¿Incluido el lunar de la barbilla, con esos tres pelos largos como bigotes de gato?

La niña entornó los ojos.

—Pues... quizá no los hice tan largos como son, pero a ella le gustó. Dijo que se parece a su madre mucho más de lo que pensaba. Y me dio un trozo de azúcar de arce, grande como tu pulgar.

—¡Vaya! —exclamó su padre—. Tendré que echar un vistazo a ese dibujo tuyo.

—Espera —dijo Lily—. Quiero preguntarte algo más. —Reunió las palabras y luego las soltó en un torrente—. ¿Por qué Hannah discute tanto con Golpea el Cielo? Yo creía que empezaba a quererlo siquiera un poco, pero se pasan el día discutiendo. Todo parece ir bien, pero al minuto siguiente ella se enfada y se va, hecha una furia, como hace un momento.

—Supongo que no sabes por qué han reñido ahora.

—Por la ropa.

—Ah.

—Te explicaré —dijo la niña, con gran seriedad—: Golpea el Cielo opina que Hannah nunca debería usar ropas de o'seronni, ni siquiera cuando va a visitar a gente como los Gathercole. Dice que quien quiera su ayuda debería aceptarla por lo que es.

—Y tu hermana ¿qué ha respondido?

—Que no es asunto de él si ella se viste de piel o de calicó o si se le antoja andar en cueros. Lo ha dicho así, de verdad. Y que por más que él intentara avergonzarla,

ella se vestiría como quisiera. Que él discutía por discutir, y si no, pues entonces era más estúpido de lo que ella pensaba. Luego lo ha insultado y le ha cerrado la puerta en las narices.

—¿De verdad? ¿Y qué insulto ha sido ése?

Lily entornó los ojos.

—Estúpido obcecado. Tal como lo oyes.

—¡Qué barbaridad! —Con una sonrisa agria, su padre la bajó de su regazo—. En el caso de tu hermana, ese tipo de lenguaje se llama «cortejo».

—Es lo que ha dicho mamá cuando le he preguntado.

—Y ella es experta en el tema. Puedes creerla.

—Creo que me convendría prestar atención para cuando sea grande —arriesgó Lily. Luego hizo otra pausa—. ¿Es posible que Hannah tuviera razón? ¿Que él discutiera sólo por discutir? ¿Para hacerla enfadar?

—Yo diría que él discutía para cortejarla —aclaró su padre—. Pero veamos, ¿dónde está ese dibujo que ibas a mostrarme?

* *

En sus rondas, Hannah visitaba la finca de los Wilde, a fin de inspeccionar las ampollas de Nicholas y cambiar los vendajes a su hermana. Eulalia se había lastimado el brazo con un clavo y la herida no cicatrizaba bien. Hannah, preocupada, se lo dijo a Richard Todd.

Mientras le enumeraba los tratamientos que había intentado sin éxito, se preguntó si él se enteraría de algo, pues estaba concentrado en ajustar el tiraje de la caldera. Por fin el doctor le dirigió una mirada de impaciencia.

—Yo diría que esa herida requiere cauterización. Esta noche, en la factoría, le echaré un vistazo.

Era el octavo día desde la primera tanda de inoculaciones, tanto las de la factoría como las que Hannah había efectuado en su casa, con el material que había llevado de la ciudad. Supuestamente, esa noche los de la aldea se reunirían para la tanda siguiente. Según los cálculos de Hannah, si todo salía según lo planeado, podría recoger virus de quince pacientes, lo cual significaba que ella y el doctor podrían inocular a sesenta más... si se presentaban tantos dispuestos a vacunarse. Hannah volvió a lamentar que Curiosity no estuviera allí; su ayuda les habría sido muy útil.

—Y también podríamos aprovechar para examinarle la garganta a la señora Gathercole —añadió Richard, interrumpiendo sus cálculos.

Ella estuvo a punto de señalar que esa mujer, cuya sensibilidad era tan fácil de herir, tal vez se negara a dejarse examinar en un sitio público. Pero la cara de

Richard, al agacharse frente a la caldera, decía claramente que no le interesaba la sensibilidad de la señora Gathercole ni ningún otro tipo de interrupción. Por lo tanto Hannah se limitó a recoger sus cosas para salir.

Lily la esperaba con la cabeza inclinada sobre el cuadernillo de bocetos. Se le había deshecho una trenza y los rizos volaban con la brisa.

—¿Adonde iremos primero? —preguntó, mientras guardaba el cuaderno y el lápiz en la bolsita que le pendía del cuello. Se lo había cosido Muchas Palomas, con piel para mocasines, y Susurro de Pinos lo había decorado con cuentas. Nunca se había visto a una criatura tan feliz con un regalo.

—A casa de los Wilde —respondió Hannah.

—¡Pero si ya los he dibujado a los dos! —recordó Lily. Y luego—: Bueno, queda ese perro viejo que tienen, tuerto y con el rabo comido.

—¿Alguna vez te cansarás de dibujar? —preguntó su hermana. Y contuvo la risa al ver su expresión, a la vez resentida y cavilosa.

—¿Alguna vez te cansarás de la medicina?

—Espero que no.

Lily asintió como si hubiera demostrado algo.

—Ni tú ni yo nos cansaremos. Así como Daniel no se cansará jamás de los Bosques Interminables, de cazar y todo eso.

La puerta de los Wilde estaba abierta, pero nadie respondió a la llamada.

—Están allí —señaló Lily—. En el huerto.

* *

Salvo unas pocas excepciones —las más obvias, las del doctor, el predicador y Axel Metzler, que atendía la taberna—, los hombres de Paradise se ganaban la vida como cazadores y tramperos; por cuenta de las mujeres quedaba la crianza de los niños y los animales: cerdos, pollos, cabras y alguna vaca. En ese aspecto, como solía señalar Elizabeth con acritud, todos los hombres, de cualquier color, eran iguales. En la frontera había una sola manera de repartir las tareas: los hombres trabajaban en los bosques, en los pantanos o en los lagos; las mujeres plantaban maíz, guisantes, calabazas y coles en la rica tierra cercana al río y atendían los cultivos mientras los bebés dormían a la sombra.

Pero Nicholas Wilde parecía estar hecho de otra pasta. Cazaba para tener carne y las pieles que necesitaban en su casa, pero luego se dedicaba a cuidar su huerto, que había plantado hacía cinco años, cuando llegó a Paradise con una carreta cargada de manzanos tiernos. Los hombres de la aldea se le habían reído en las barbas, pero los Wilde acabaron instalando un pequeño molino para producir aguardiente de manzana.

Así cesaron las bromas, los comentarios y las dudas sobre la virilidad de Nicholas Wilde. Axel Metzler lo había dicho por todos: si era capaz de cultivar manzanas con que destilar un aguardiente tan bueno, merecía algún respeto.

A partir de entonces todos escucharon con simpatía a Nicholas, cuando informó de que había logrado la manzana perfecta para comer. Todo el mundo sabía que las manzanas eran para exprimir, pero si Wilde quería comerlas, nadie se opondría, siempre que supiera cuáles eran las prioridades.

Hannah y Lily lo encontraron con su hermana en el huerto, entre pulcros surcos de árboles jóvenes. Las ramas torcidas estaban cargadas de fruta que estaba comenzando a pintar. Los hermanos, concentrados como estaban en examinar las manzanas de un árbol, no desviaron la vista.

—¿Cómo se llama ésta? —preguntó Lily.

—Proviene de un injerto de Snow con Seek-No-Further —informó Nicholas.

Como trabajaba remangado, Hannah vio desde lejos que las ampollas producidas por la inoculación habían alcanzado el punto máximo. Ojalá no se le reventaran accidentalmente, como sucedía con más frecuencia de la que ella habría querido. Él continuó hablando de manzanas con la niña, sin percatarse del examen.

—Aún no tiene nombre. Y lo más probable es que no lo tenga. Me parece que va a ser un fracaso.

—Es demasiado dura y agria para comer y para prensar —explicó Lily a su hermana, con gran seriedad. En el otoño todos los niños pasaban mucho tiempo en el huerto de Nicholas, que hablaba de sus árboles con quien quisiera escucharlo.

Eulalia dijo:

—¿Podéis esperarnos diez minutos? Os lo agradeceríamos.

Tenía la cara encendida y un brillo de transpiración en la frente y en el labio superior. Hannah temía que no fuera por el sol, sino por la fiebre, pero asintió.

—Os esperaremos en la cabaña.

En el trayecto, Lily fue señalándole los distintos árboles.

—Esta se llama Spitzenburg; es la favorita del presidente Jefferson. Ésas otras son Ribston Pippins; Nicholas las cultiva para hacer sidra. Ésta es Maiden Blush, la más temprana; también es sabrosa.

—Y éstas, las amarillas...

—El otoño pasado Eulalia nos trajo algunas. Son muy buenas. ¿Ves ese árbol jorobado? Es Duchess, mi favorita; las manzanas son de color amarillo verdoso con bandas rojas. Y todos aquellos que ves allí... —añadió con un gran ademán de brazo — son árboles tal-vez.

Habían llegado a la cabaña. Hannah se sentó en el escalón del porche, con su hermana al lado.

—Supongo que debo preguntarte qué son los árboles tal-vez.

Lily se cruzó de brazos para mecerse, complacida de superar en conocimientos a su formidable hermana mayor, por una vez, y de poder compartirlos con ella.

—Esos manzanos nunca se reproducen igual. Cuando plantas una semilla, nunca sabes qué resultará de ella; lo único seguro es que no será una copia del árbol del que proviene.

—Como la gente —dijo Hannah.

La niña inclinó la cabeza a un lado, sorprendida. Luego se rió.

—Como la gente, sí. Tal vez ese árbol sólo producirá diminutos fracasos, no más grandes que una nuez. O tal vez dé grandes manzanas rojas, mejores que las Duchess y las Spitzenburg. Por eso los llamo árboles tal-vez: tal vez uno de ellos dé la manzana perfecta con la que los Wilde ganarán una fortuna. Cuando la logren, la llamarán Paradise. Mira, aquí viene Eulalia. Tiene mala cara.

—Sí. —Inmediatamente se desvanecieron los árboles tal-vez y las manzanas perfectas—. Es cierto.

* *

La herida que Eulalia Wilde tenía en el brazo derecho desde hacía cuatro días estaba inflamada; la rodeaba un halo rojo intenso, que había duplicado su tamaño en los dos últimos días. Peor aún; de allí partían líneas rojas hacia la mano y hacia el hombro.

—Deberías haberme mandado llamar —dijo Hannah con suavidad, por no empeorar las cosas expresando su alarma—. O ir directamente a casa del doctor Todd.

Eulalia se había puesto muy pálida, a pesar de que estaba muy bronceada por trabajar al sol.

—La he lavado todos los días con ese remedio que me diste —dijo—, pero no ha servido de mucho.

Ahogó una exclamación al sentir los dedos de la muchacha, que palpaban suavemente la herida. Su hermano le apoyó una mano en el otro hombro y clavó en Hannah una mirada interrogadora. Ella dijo, sin mirar a Eulalia a los ojos:

—El doctor me ha dicho que pensaba examinarte esta noche, en la factoría, pero le pediré que venga esta misma tarde. Debes guardar cama, pues tienes fiebre. Te dejaré un té de corteza de sauce para que bebas una taza cada hora.

—Pero hay mucho que hacer —comenzó Eulalia.

Su hermano la acalló apretándole el hombro.

—Se irá a la cama —dijo con firmeza—. Y esperaremos al doctor.

—¿Vendrás tú con él? —preguntó la enferma—. Me sentiría mejor.

—Te lo prometo. Y ahora deja que haga por ti lo que pueda.

Cuando los Wilde ya no podían oírlas, Lily comentó:

—Es grave, ¿no? Ese olor significa que la herida se ha puesto mala.

—Sí —confirmó Hannah—. Es muy grave.

—¿Y tío Todd tendrá que cortarle el brazo?

Hannah soltó un hondo suspiro.

—Tal vez. Si de eso depende su vida. Pero tal vez comience por cauterizar.

Podría haber añadido: «Aunque lo dudo». Si hubiera dependido de ella, le habría explicado a Eulalia que era preciso amputar el brazo para darle una oportunidad de salvarse. Siempre que la infección no estuviera ya en la sangre.

De pronto se alegró de no tener que practicar la medicina ella sola en Paradise. Pese a su carácter intratable, Richard Todd era un cirujano excelente y seguro de sí mismo; hasta entonces, Hannah nunca había tenido que efectuar una amputación sola.

—Yo preferiría morir antes que perder la mano con la que dibujo —exclamó Lily, con súbita fiereza.

A la garganta de Hannah subieron palabras duras, pero se las tragó al ver el miedo que reflejaba la cara de su hermana.

—Cuando vuelvas con el doctor, no podré acompañarte, ¿verdad? —preguntó la niña.

—No, esta vez no.

* *

Ya avanzada la tarde, Hannah se zambulló en el lago, bajo las cascadas, y permaneció sumergida en las aguas heladas y revueltas hasta que empezó a sentirse limpia. Para entonces sus pulmones pedían misericordia a gritos; cuando salió a la superficie, de su vientre brotó un grito de frustración y cólera.

Elizabeth estaba sentada en las rocas, descalza y abrazada a sus rodillas.

—Comenzaba a preocuparme —dijo—. Ven, siéntate conmigo.

Al ver allí a su madrastra, comprendió cuánto necesitaba de su voz serena y fiable, de aquellos ojos claros que veían tanto, de su sonrisa tímida. Trepó a las rocas, calientes por el sol, y se tendió en ellas para que la piel de ante de su vestido pudiera secarse un poco.

—Te has quitado la ropa con la que vas a la aldea —observó Elizabeth.

La muchacha respondió, tapándose los ojos con un brazo:

—Esta tarde hemos... Esta tarde le he amputado el brazo izquierdo a Eulalia Wilde, por encima del codo, bajo la supervisión de Richard.

El silencio se prolongó durante largo rato. Para Hannah fue un alivio que

Elizabeth no hiciera preguntas. Por fin dijo:

—Ha sido más fácil de lo que esperaba. Pero, al terminar, ha sido más difícil de lo que había imaginado.

—¿Porque Eulalia es tu amiga?

—Sí. Y porque no bastará. —La joven se incorporó bruscamente para secarse la cara—. Dice Curiosity que a veces uno sabe si una herida está dispuesta a ceder o si es empecinada. A Richard no le gusta esa manera de hablar, pero Curiosity tiene razón. Y esta herida es empecinada.

Su madrastra se esforzó por disimular la sorpresa y la inquietud que sentía. A menos que hubiera entendido mal, Eulalia Wilde no sobreviviría a un simple rasguño. Antes de que hallara la manera de preguntar si era así, Hannah sacudió la cabeza, haciendo volar el agua de su cabello en un halo. Luego dijo:

—Cuando volvía a casa, me ha detenido Cookie.

—¿Cookie? ¿La de la casa del molino?

—Sí. Creo que ha corrido un gran riesgo. Me esperaba entre los árboles, justo después del camino que lleva al pantano. Quería agradecerme que hubiera ayudado a amortajar a Reuben. Y luego me ha preguntado si estaba dispuesta a vacunarlos, a ella y a los otros esclavos. A espaldas de la viuda, desde luego.

Elizabeth notó que estaba conteniendo el aliento y lo dejó escapar ruidosamente.

—¿Y qué le has dicho?

Su hijastra le lanzó una mirada llena de irritación y desconcierto.

—Que los vacunaría, por supuesto, si así lo deseaban. ¿Acaso podía negarme? ¿Qué opción tenía?

—Ninguna —reconoció Elizabeth en voz baja—. Naturalmente, si ellos te lo piden, debes vacunarlos.

Hannah se apretó los ojos con las muñecas. Luego se las compuso para hallar una sonrisa pequeña y desolada en algún rincón interior.

—Debes olvidar lo que te he dicho. No quiero enredarte en este nuevo problema. No sé cómo terminará.

—¡Hannah Bonner! —exclamó su madrastra, cortante—. ¿Quieres prescindir de tu familia cuando más la necesitas? —Luego le rodeó los hombros con un brazo y la estrechó contra sí. Estaba mojada y temblorosa, pero a ella no le importó. Con la boca apoyada contra su sien, dijo—: Por testaruda que seas, y Dios sabe que lo eres por herencia, no podrías desprenderte de nosotros. Hagas lo que hagas y vayas a donde vayas, Hannah, seremos tu familia. Realmente debes de estar muy alterada si necesitas que te lo recuerde.

Durante algunos minutos se mecieron juntas bajo el cálido sol de la tarde. Luego Hannah dijo:

—No sé qué hacer con Golpea el Cielo.

Elizabeth murmuró algo que pudiera sonar alentador. En los días que llevaba observándola había visto muchas cosas nuevas en la cara de la muchacha: exaltación, desconcierto, ansias, dudas. Observaba y aguardaba a que ella se decidiera a hablar. Que estaba enamorada, o en el proceso de enamorarse, era evidente. Lo que no sabía era cómo ofrecerle el consuelo necesario sin entrometerse en su intimidad, lo mismo que había hecho Curiosity por ella cuando se descubrió capaz de amar a Nathaniel.

—Si dependiera de Palabras Fuertes y de Muchas Palomas, me iría al oeste con él —continuó la muchacha—. Los dos creen que es un buen partido para mí. Hasta Lily está convencida.

—Perdona, hija, pero no se trata de lo que crean los demás, sino de lo que tú sientes.

Hannah sintió un escalofrío, a pesar del calor.

—No quiero ir al oeste.

Eso no respondía a la pregunta, pero su madrastra no dijo nada.

—A mi padre también le gusta —añadió.

—Sí. Parece que Golpea el Cielo les gusta a todos.

—Y tú, ¿qué piensas de él?

Elizabeth vaciló. No era buen momento para frases huecas ni para vanos consuelos. Hannah necesitaba oír la verdad.

—Creo que tiene un corazón valiente y bondadoso, aunque a veces necesita ayuda para controlar su carácter; pero jamás lo dirigirá contra ti. En su cara veo que ya te ama, aunque ha pasado poco tiempo.

Hizo una pausa, pero la joven no la interrumpió.

—La vida en el oeste no será fácil, pero creo que, si decides acompañarlo, será un buen esposo.

—Eso pienso yo también —dijo Hannah. Su tono rozaba el enfado.

Sus palabras quedaron suspendidas en el aire, brillantes e intocables como las libélulas que revoloteaban sobre el lago. De pronto sonó una voz en el bosque, un largo relincho de saludo.

—Es Otter —dijo Elizabeth—. Y Golpea el Cielo viene con él. Debo ir a ocuparme de la cena para que podamos estar en la factoría a las siete.

* *

Golpea el Cielo tenía un corte sobre el ojo izquierdo, que mantenía cerrado con un puñado de hojas de milenrama. Se sentó en un banco del porche para que Hannah le examinara la herida, con la vista firmemente clavada en el vacío y las manos apoyadas en las rodillas. Su respiración era profunda y rítmica.

—¡Mira que dejarte golpear en la cara por una rama! —lo regañó ella, mientras retiraba las delicadas hojas de milenrama—. Irías soñando despierto.

Golpea el Cielo gruñó y no dijo nada.

—Podrías haber perdido el ojo.

—Pero no lo he perdido. Veo muy bien, Camina Adelante. Y lo que veo es que hoy estás de mal humor. ¿Problemas en la aldea?

Mientras lo curaba, le habló de Eulalia Wilde, sin omitir detalle. Cuando hubo terminado, él guardó silencio durante un rato. Luego dijo:

—Esta noche quemaré un poco de tabaco por ella. Para guiarla a la tierra de las sombras.

¡Qué alivio, no oír falsas esperanzas y promesas de curación a través de rezos! Hannah habría querido darle las gracias, pero no confiaba en su propia voz. A cambio dijo:

—Necesitas tres puntos de sutura, tal vez cuatro. Dolerá.

—Se diría que la idea te agrada —dijo Golpea el Cielo, muy sonriente, sin mover la cabeza para mirarla.

—Por supuesto que no. Eso sería...

—¿Mezquino? ¿Incorrecto? ¿Indecoroso?

Ella lo acalló con una mirada impaciente y obtuvo una gran sonrisa por respuesta.

«Indecoroso». La palabra le golpeaba un punto sensible, pues la ponía nerviosa encontrarse tan cerca de él, con las piernas descubiertas y un vestido indio mojado. Por lo general, él sólo la veía con ropas o'seronni. ¡Cuántas veces habían discutido por el calicó, el brocado y la seda! ¡Y cómo disfrutaba él provocándola! ¡Y qué poco resistía ella sus provocaciones!

Ahora estaba junto a él, con ropas kahnyen'kehàka por primera vez, y Golpea el Cielo no decía nada. Era lo que ella deseaba, por supuesto.

Estaba tan cerca que, mientras lo curaba, sentía su aliento cálido contra la piel húmeda. Sabía muy bien qué significaba ese nudo en las entrañas: que su cuerpo respondía, aunque su corazón y su mente aún no estuvieran listos. Miró a su alrededor, en busca de Palabras Fuertes o de su padre, pero no había nadie que pudiera rescatarla de sus sentimientos.

Estaban solos en el porche, aunque la puerta de la cabaña estaba abierta; en el interior, Elizabeth iba de la mesa al hogar y del hogar a la mesa; se oían los ruidos del cuchillo contra la tabla de picar y gorgoteos de agua. Desde el maizal, donde trabajaban las mujeres y los niños, les llegaban voces y cantos. Durante un instante Hannah pensó llamar a Lily para que la ayudara pasándole los instrumentos.

«Cobarde», se dijo.

Se concentró en el contenido de su caja de remedios y sacó un frasco, una aguja para suturas e hilo fuerte.

—Inclina la cabeza hacia atrás todo lo que puedas. Y no te muevas hasta que yo te lo diga. Voy a lavar la herida.

Cuando el preparado de zarzamora y hamamelis entró en la herida, él torció una comisura de la boca hacia abajo; por lo demás, obedeció dócilmente, sin quejas ni preguntas.

—Listo —dijo ella, mientras ataba el último punto.

Como si le hubiera dado la orden de salida, él le apoyó las manos en las caderas. Era la primera vez que la tocaba desde aquella noche, a la orilla del lago. Era la primera vez que un hombre la tocaba de ese modo. Hannah contuvo el aliento.

—Camina Adelante —dijo él, con suavidad—, tengo algo importante que decirte.

Ella temblaba. Y sin duda él lo percibía. Golpea el Cielo la obligó a sentarse en el banco, a su lado, y volvió a posar las manos en las rodillas. Hannah descubrió que no podía apartar los ojos de ellas.

—Hoy, en lo profundo del bosque, nos hemos encontrado con un amigo tuyo. No puede permitir que lo vean, pero te envía un mensaje.

Hannah parpadeó, sorprendida.

—¿Un amigo mío?

—Almanzo Freeman.

—¿Manny? —repitió ella. Su voz sonó enronquecida y extraña—. ¿Manny está escondido en el bosque? Pero ¿por qué?

—He aquí el mensaje. Esta noche todos los negros de la aldea, libres o esclavos, irán a la factoría para que los vacunes. Debes asegurarte de que toda tu familia esté también allí. Todos. Vacuna primero a los negros; los retendrás allí hasta que oigas dos disparos, uno detrás del otro. Haz lo que sea necesario para que ninguno de los negros y ninguno de los tuyos salga de allí antes de que suenen esos disparos. Quien no esté en la factoría en ese momento podría ser acusado de lo que va a suceder. —Recitaba el mensaje en tono desenvuelto, pero sin apartar los ojos de los de Hannah—. ¿Has comprendido, Camina Adelante?

—He comprendido, sí. ¿Hay alguna manera de impedir lo que se avecina?

—No. Y si la hubiera, yo no te la diría.

En silencio, ella limpió la aguja de suturar y ordenó nuevamente su caja de remedios. Una parte de ella quería enfadarse con Golpea el Cielo, pero otra, la más grande, le agradecía la ayuda y el cauteloso silencio.

Si Manny estaba cerca, debía de saber lo de Selah y Reuben. Y quería lo único que jamás le sería concedido: justicia; pero tendría que conformarse con la venganza. Era el tipo de razonamiento que, no mucho tiempo atrás, habría horrorizado a Elizabeth.

Ya no; después de lo de Selah, ya no.

Hannah apartó la vista de su estuche de instrumentos y descubrió que él la estaba

observando.

—Haré lo que pueda —prometió—. Supongo que tú también irás esta noche a la factoría.

Él torció la cabeza.

—Sí. Y cuando hayas terminado, te acompañaré a casa.

—Puedo volver sola, gracias. —La voz de Hannah sonó gazmoña y remilgada a sus propios oídos.

—Ya no —dijo—. Esta noche no debes ir sola a ningún lugar.

—Debo hablar con Manny. Díselo —pidió ella—. Dile que necesito hablar con él.

Golpea el Cielo asintió con la cabeza y le volvió la espalda, pero no sin que Hannah hubiera visto la duda fugaz que le cruzaba la cara.



Capítulo 38

Como ni Otter ni Golpea el Cielo se presentaron a cenar, a Hannah le tocó informar de aquello, algo que no hizo de buen grado, por lo que Nathaniel podía ver.

Cuando hubo terminado, se produjo un breve silencio. Luego habló Lily, poniendo en palabras lo que todo el mundo estaba pensando y no quería decir.

—Pero ¿cómo diablos...?

—¡Lily!

—Perdona, mamá. Pero ¿cómo harás para que todos vayan a la factoría, hermana?

—Supongo que eso ya está arreglado —dijo Nathaniel, tranquilamente—. Manny no dejaría algo así al azar, cuando es tanto lo que se arriesga.

Lily se echó hacia atrás; una expresión de súbito entendimiento le cruzó la cara, borrada enseguida por otra de preocupación.

—¿Creéis que... Palabras Fuertes lo está ayudando?

—Puede ser —replicó Hannah, con demasiada ligereza—. Tendría sentido.

Elizabeth tamborileó en la mesa con un solo dedo y miró a su esposo y a su suegro con los ojos entornados.

—No sé por qué, pero tengo la sensación de que esto no os coge por sorpresa a vosotros dos.

Ojo de Halcón gruñó por lo bajo.

—Por las huellas que he visto, Manny lleva tres o cuatro días en la zona. Supusimos que aparecería cuando estuviera dispuesto.

—Pero ¿por qué se esconde? —preguntó la niña, mirando sucesivamente todas las caras—. ¿Por qué no viene?

—Han puesto precio a su cabeza —respondió Hannah—. Por eso.

—¿Está solo?

Era la pregunta que Nathaniel temía y fue Elizabeth quien la hizo. Él la miró a los ojos y mintió.

—Por lo que he visto, sí.

Lily dijo:

—Detesto que la gente no diga directamente lo que piensa. ¿Qué pasa, papá?

Elizabeth lanzó a su esposo una mirada de irritación.

—Pues sí, estoy de acuerdo. Por nuestra propia seguridad, debemos saber exactamente qué es lo que estáis planeando.

Nathaniel apartó el plato vacío y se reclinó en la silla. Su esposa y sus hijas estaban furiosas y asustadas, y no sería fácil calmar sus miedos... ni el propio.

—Pues bien, Botas, la pura verdad es que yo no tengo nada planeado, salvo cuidar de que todos estemos fuera de peligro. Por eso quiero que me escuchéis con

atención. En el camino hacia la factoría, ninguno de vosotros debe alejarse más de tres pasos de mí o de Ojo de Halcón. Se avecinan disturbios, pero si os mantenéis juntos, no os pasará nada. Elizabeth, créeme, no sé qué es lo que Manny tiene planeado, y tampoco pienso sentarme a adivinarlo.

Hizo una pausa. Como Elizabeth no decía nada, carraspeó.

—Bajaremos a la aldea —continuó— y dejaremos que Hannah coja el virus de estas bonitas ampollas que tenemos en los brazos. Y cuando haya acabado con las inoculaciones, pues volveremos a casa. Por el momento ése es el plan... Ahora debo ir a hablar con Muchas Palomas y Susurro de Pinos. Preparaos para partir dentro de diez minutos.

* *

El primer temor de Hannah era que nadie se presentara para recibir la vacuna, pero aun antes de que tuvieran la factoría a la vista, un sonido de voces acabó con esa preocupación. El lugar estaba atestado, lo cual no se sabía si era buena o mala noticia. Algunos parecían no querer mirarla a los ojos, y otros la saludaban en voz demasiado alta y cordial. Ella se abrió paso entre el gentío, saludando con la cabeza e intercambiando algunas palabras aquí y allá. En el aire zumbaba la tensión, como un enjambre de abejas a distancia, pero no vio el motivo hasta que llegó al centro de la habitación.

Allí estaban todos los negros de la aldea, esclavos y libres, tal como había prometido Golpea el Cielo. Todos, a excepción de Curiosity y Galileo. ¡Qué extraño, echar tanto de menos a alguien y, aun así, alegrarse de que estuviera en otro sitio!

Entre los negros no había conversaciones ni risas; las expresiones variaban entre el miedo y una cautela entumecida. Cookie la saludó con un vigoroso movimiento de cabeza y los otros siguieron su ejemplo.

Richard Todd ya había llegado, pero no se veían señales de Kitty ni de Ethan. De espaldas a Hannah, el doctor tomaba notas en el libro de registros sobre un barril de carne salada. Los instrumentos ya estaban pulcramente dispuestos en una bandeja, y Bump alineaba los inoculadores de marfil. El anciano hizo una pausa para sonreírle.

Por fin, Richard irguió la espalda y, después de saludar a Hannah con un gruñido, se limpió los dedos manchados de tinta en un trozo de lienzo que llevaba al hombro.

—¡Es hora de comenzar! —anunció, en voz lo bastante alta como para hacerse oír desde el porche y también desde la taberna—. Los que tenéis ampollas de ocho días, acercaos aquí y arremangaos. Los que esperáis para que se os inocule, quedaos detrás hasta que os llámenos. Tú también, Cookie, todos vosotros. Esperad allí, aún faltan algunos minutos para que podamos empezar.

Con tanta gente como había allí, pasaron algunos minutos antes de que los inoculados de ocho días pudieran adelantarse hasta donde estaba Richard: siete personas de Lago de las Nubes, Jane McGarrity, Solange Hench y Nicholas Wilde. Nicholas estaba pálido y ojeroso, pero para Hannah fue una sorpresa verlo allí. Al sorprender su mirada, él dijo:

—La señora Cunningham se ha quedado con mi hermana. Le agradecería que me atendiera enseguida, señorita Bonner; así podré volver junto a ella. —Su tono era tan suave y cortés como siempre; no había rastros de acusación en su voz ni en su expresión, pero el dolor se había adentrado en él. Como Richard no era partidario de dar falsas esperanzas a los parientes, desde el primer momento le había dicho que su hermana tenía muy pocas posibilidades.

Hannah hizo lo que se le pedía; mientras tanto, escuchó que Richard respondía una pregunta de Jed McGarrity, referida a los inoculadores. Por una vez cabía agradecer que la actitud hosca y eficiente del médico abreviara el pesado trabajo. Sobre todo, agradecía no encontrarse sola en aquella habitación, llena de gente vacilante y preocupada.

Mientras recogía el líquido claro de la ampolla que su padre tenía en el brazo derecho, Richard levantó nuevamente la vista.

—Esto ya está casi terminado. Remangaos ambos brazos todo lo que podáis y formad una fila. Cookie, comenzaremos con vosotros, para que podáis regresar al trabajo.

Desde el fondo de la habitación surgió una voz irritada.

—¡Doctor Todd! ¿Piensa usted vacunar a esos negros sin permiso de la viuda? ¿Por qué diablos no han venido con el capataz Dye? Aquí hay algo que no está bien.

Hannah sintió que su padre le estrechaba un hombro.

—Tranquila —dijo en voz baja—. Deja que Richard se ocupe de esto.

—¿Eres tú quien habla, Tim Courtney? —espetó Richard.

Un hombre alto, flaco y nudoso como una cuerda vieja, se separó de la multitud.

—Soy yo, sí. Y vuelvo a preguntar: ¿qué derecho tienen estos esclavos a estar aquí, si no los ha enviado su legítima propietaria? Reconocerá usted que eso no parece muy lógico.

—¿Has venido a que te vacunemos, Courtney?

La cara larga se puso tensa.

—Puede que sí, puede que no. ¿Qué tiene eso que ver con estos esclavos?

—Te lo diré. Todos los que quieran vacunarse serán bien recibidos aquí. Todos. Si no piensas remangarte, será mejor que cierres el pico y te largues. Si te crees en la obligación de ir a hablar con la viuda, ve y hazlo. Pero si has venido a que te vacunemos, entonces cállate y no te entrometas en lo que no te importa, o yo mismo te arrojaré a la calle.

Entre murmullos intranquilos, los presentes aguardaron la reacción de Tim Courtney. Era muy posible que aceptara el desafío por pura diversión, pues era amigo de las riñas; aunque, por otra parte, como aún no estaba del todo borracho, podía suceder que se impusiera el sentido común. Por malo que fuera Courtney, Richard Todd pesaba veinte kilos más y todo el mundo sabía que, puesto a pelear, era aún peor que él.

Levi carraspeó, nervioso.

—¿Doctor Todd?

—¿Sí? —Richard se volvió hacia él, todavía ceñudo.

El negro habló con la mirada fija en el suelo.

—Ha sido el señor Dye quien nos ha ordenado bajar para que nos vacunen. Dice que no quiere perder esclavos valiosos por culpa de la viruela. Si el señor Courtney quiere preguntar, el señor Dye se lo dirá. La última vez que lo hemos visto estaba en sus habitaciones del molino, como todas las noches después de cenar.

Se hizo un momentáneo silencio y después Richard se volvió nuevamente hacia Courtney.

—¿Quedas conforme o quieres subir al molino a preguntar?

El otro vaciló durante tres latidos del corazón de Hannah. Luego levantó una mano como reconociendo la derrota y, abriéndose paso a golpes de hombro, retrocedió entre la muchedumbre.

—Pues bien, démonos prisa —dijo Richard—, que aquí hay unas cuarenta personas.

La muchacha se quedó sorprendida. No se había tomado el trabajo de contar, pero allí había ese número, si no más; la tercera parte eran niños. Y todos se habían remangado; todos estaban allí para recibir la vacuna. Detrás de ella Elizabeth dijo:

—Ya ves: los has convencido.

Y su padre:

—Han venido porque confían en ti, hija. Será mejor que comiences.

Hannah llamó a Cookie con un gesto y cogió una lanceta.

* *

Esa noche, mientras la mayor parte de Paradise desfilaba por la factoría, Jemima Southern Kuick aprendió la primera lección, simple pero amarga: por más cuidadosamente que trace uno los planes, siempre hay algo que se interpone. Como su madre solía decir, el hombre propone y Dios dispone.

Tras haber llegado tan lejos y logrado tanto, allí estaba ahora, sentada en la maldita alfombra turca de su suegra, atada de pies y manos. Si algo impedía que el

miedo se apoderara de ella, ese algo era la ira. La ira y el orgullo. La viuda Kuick podía gimotear y aullar; ella, no.

A su derecha tenía a su esposo, pálido, desaliñado y con un corte en el pómulos que sangraba en abundancia; a la izquierda, su suegra se balanceaba, gemebunda y repitiendo versículos de la Biblia. Un poco más allá, Becca y Georgia, ambas rígidas y frías como la piedra.

Y frente a ellos, sentado en la mecedora de la viuda, con un mosquete cebado en una mano y un tomahawk en la otra, los vigilaba un hombre negro como la brea, al que Jemima nunca había visto. Era joven, alto y de hombros anchos; iba bien armado, vestía como los guerreros mohawk y llevaba el cuero cabelludo afeitado. Debajo de los ojos brillaban unas bandas rojas.

—Háblale en francés —siseó la viuda a su hijo—. Prueba con el francés. Ofrécele lo que quiera. —Echó una mirada de reojo a Jemima y se humedeció los labios con la lengua—. Dile que le mostrarás dónde está la caja fuerte.

Eso último fue dicho en un ronco susurro. Jemima sabía exactamente por qué: esa caja contenía hasta el último penique de los Kuick y estaba escondida en algún sitio que ni ella misma había podido encontrar.

—Ya lo he intentado en francés, madre —replicó su hijo, con sereno cansancio—. También en inglés y en alemán. Si domina alguno de esos idiomas, no se ha dignado responderme.

Los ojos negros los observaban sin demostrar interés alguno por la conversación. Aun así Jemima no estaba segura de que no entendiera. La viuda dijo:

—Pues entonces debes tratar de atacarlo, Isaiah. El Señor guiará tu mano.

Por la espalda de la joven corrió un escalofrío.

—No sea estúpida. ¿No ve que él también está atado? No empeore las cosas.

La viuda lanzó un gruñido. A modo de respuesta, el indio negro inclinó la cabeza y apuntó el mosquete amartillado directamente contra su cara pequeña y blanca. Después de tres segundos lo bajó otra vez.

—¿Ha visto? —señaló Jemima.

Su suegra sollozó.

—Pero ¿qué quiere? —preguntó Georgia, como hacía cada pocos minutos, sin fallar una sola vez—. ¿Qué es lo que quiere? —Su voz ascendió en espiral hasta quebrarse como la de un niño—. ¿Por qué no coge lo que quiere y se va?

Según el reloj de la repisa, llevaban casi dos horas formulándose esa pregunta.

Apenas habían terminado de cenar, cuando el mohawk negro había entrado en el comedor azuzando a los criados delante de él y con el mosquete clavado bajo el omóplato de Georgia. La viuda le echó un vistazo y se desmayó en el acto. Cuando volvió en sí, se encontraban todos en la sala y su precioso hijo estaba atándole las muñecas bajo la estrecha supervisión de una bestia que ella no esperaba ver fuera de

sus pesadillas.

Mientras los otros lloraban, rezaban y se mecían, Jemima reflexionó. En la habitación había muy pocas cosas que pudieran servir de arma: agujas de calceta, el atizador del hogar, un pesado cuenco de cristal que había sobrevivido a los ataques de la viuda, pero todas esas cosas habían desaparecido ya: el indio negro se las había señalado a Becca, una a una, y después su dedo había apuntado hacia el pasillo. Una vez que las hubo retirado, el hombre cerró la puerta, giró la llave y se la guardó en una taleguilla que le colgaba del cuello.

Como no había manera de luchar contra él, Jemima hizo lo único que estaba a su alcance: realizó un estudio de su persona. Memorizó el ángulo donde la nariz ancha se unía a la frente, la forma del cráneo, el contorno de la boca ancha y gruesa; contó las bandas que llevaba pintadas en la cara y en los brazos, estudió los tres puntos tatuados bajo el ojo izquierdo. Y continuó descendiendo por la cara, el cuello, el pecho, hasta desaparecer dentro del taparrabo.

Tenía adornos de plumas en el saquito de las balas y en los mocasines, un pendiente en una oreja y varios abalorios colgados de cintas de cuero: un bolsillo de piel, un collar que parecía hecho de dientes de oso, algunas cuentas, una moneda de plata con un agujero y un disco de madera con una piedra engarzada en el centro y diseños geométricos en el borde.

—Necesito ir a la letrina —siseó Georgia; el miedo cedía ante la desesperación—. ¿No comprende este pagano salvaje? ¡La letrina!

—No le importa —le espetó Jemima—. Méate encima y calla.

—¿Por qué no viene nadie? —susurró Becca—. ¿Dónde está el señor Dye? ¿Y Cookie? ¿Es posible que este hombre los haya matado? ¿Que todos en la aldea hayan muerto? ¡Oh, madre mía!

Isaiah se mecía levemente, con las manos atadas sobre las rodillas y la cabeza inclinada. Temía por su amante; temía más por Ambrose Dye que por su madre, su esposa embarazada y hasta por sí mismo. Un sabor amargo llenó la boca de Jemima: palabras que no podía decir.

Se oyó un ruido al otro lado de la puerta y todos se quedaron inmóviles.

—¡Socorro! —chilló la viuda—. ¡Ayúdeme, ayúdeme!

El indio se levantó lentamente de la silla y se acercó a ella. Tenía la cara contraída de furia y disgusto. La mujer agachó la cabeza, gimoteando, y alzó las manos atadas como para protegerse.

«Anda, máatala —pensó Jemima—. Comienza por ella; hazme ese favor».

Pero el hombre se limitó a escupir sobre la cabeza gacha de la viuda.

Ella lanzó un alarido al sentir la saliva en la nuca, dio un respingo convulso y se desmayó.

El indio negro metió el mosquete en el ancho cinturón de piel, junto a la vaina de

su cuchillo, y tocó la taleguilla que le colgaba del cuello. Una vez en la puerta, se volvió hacia ellos. La cara, de boca ancha y nariz aplanada, parecía completamente vacía de cualquier cosa que pudiera llamarse humana.

—Quedaos aquí hasta que oigáis dos disparos —dijo. Hablaba con el fuerte acento de los indios, cortando las palabras—. Si tratáis de abandonar esta habitación antes de oír esos disparos, los hombres que montan guardia fuera os matarán y prenderán fuego a la casa. Si hacéis lo que os digo, no sufriréis ningún daño.

Cuando hubo cerrado la puerta tras de sí, Becca dejó escapar un suspiro trémulo y rompió a llorar.

—Cálmate —ordenó Isaiah—. Debes calmarte.

Jemima le lanzó una mirada desdeñosa y se acercó de rodillas a la ventana, poco a poco.

—¡No! —gritó Georgia—. ¡Nos matarán!

—Cállate, gallina —le espetó ella—. Que alguien apague las luces para que yo pueda ver.

Fue Becca quien obedeció, avanzando a pequeños brincos. Una vez apagadas las velas, Jemima apoyó la cara contra el vidrio y se concentró. Aunque el sol se había puesto apenas hacía una hora, no había luna y se veía muy poco.

Él estaba allí, justo debajo de la casa, mirando hacia la aldea, donde la factoría estaba completamente iluminada; la gente iba y venía en el porche. El indio no estaba solo. En eso había dicho la verdad.

Lo acompañaban dos hombres, de los que ella pudo distinguir muy poco, salvo que eran indios. «Los mohawks de Bonner», se dijo. Tal vez de esa noche resultara algo bueno, a fin de cuentas, si servía para expulsar a los mohawks de Lobo Escondido, de una vez por todas. Ese agradable pensamiento se interrumpió al aparecer otro, menos grato.

¿Qué había pasado en las dos horas que ellos llevaban encerrados en la habitación?

Dos de los hombres que estaban bajo la ventana alzaron los brazos por encima de la cabeza y dispararon, uno tras otro; los fogonazos de las dos bocas resultaron casi cegadores. Casi, pues Jemima los vio con mucha claridad: eran tres hombres; dos de ellos, negros; el tercero, blanco; su pelo era tan intensamente rojo que era imposible confundirlo con otro.

Jemima parpadeó. Liam Kirby y los indios desaparecieron.

* *

Hannah acababa de usar el último resto de virus fresco para inocular a Anna

McGarrity, cuando resonaron dos disparos en la noche.

—¡Dios Todopoderoso! —gritó Axel Metzler—. ¿Qué ha sido eso?

El inoculador se deslizó entre los dedos de la muchacha, esparciendo el precioso líquido por el suelo. Pero no importaba: Anna ya corría con el resto de la muchedumbre, agitando una mano por encima del hombro como para pedir disculpas:

—¡Siempre será mejor un brazo que ninguno!

Hannah buscó los ojos de su padre, los de su abuelo y luego los de Golpea el Cielo, que estaba de pie cerca de la puerta, con Palabras Fuertes, mientras los demás salían a empellones hacia la noche. Él le hizo un gesto casi imperceptible, como de aprobación.

Lily se acercó a ella; estaba temblando. Hannah la cogió de la mano, mientras Elizabeth, Muchas Palomas y Susurro de Pinos rodeaban a la niña por el otro lado. Las mujeres, juntas; los hombres, con las armas listas, como debía ser.

—¿Señorita Bonner? ¿Doctor Todd? —Ezekiel hablaba en voz baja. Se había acercado a la vanguardia del pequeño grupo de negros—. ¿Podemos regresar ya al molino?

El médico paseó una mirada suspicaz entre él, Hannah y Golpea el Cielo.

—Puedes irte, Zeke. Podéis marchar todos.

—Os agradecemos profundamente la ayuda, doctor Todd, señorita Bonner. —Cookie esbozó una sonrisa feroz. «Triunfal», pensó la muchacha—. Hacía mucho que no pasaba un rato tan agradable.

* *

—¿Y ahora? —preguntó Lily.

—Ahora esperaremos a que llegue alguna noticia —dijo Nathaniel. Elizabeth le buscó los ojos. Él señaló con el mentón las mecedoras y los taburetes que rodeaban el hogar apagado—. Será mejor que nos pongamos cómodos, Botas.

Lo que deseaba —Elizabeth lo comprendió perfectamente— era que todos se retiraran al fondo de la habitación, donde estarían más protegidos contra cualquier cosa que entrara por la puerta. Ella había visto a Nathaniel en todo tipo de situaciones, salvo en combate: en ese momento tuvo la inquietante sensación de que así era como lo veía ahora.

Sobre él había descendido una calma sobrenatural; cuando se movía, todo su ser parecía despedir energía concentrada, fría y dura como el acero. Con los otros sucedía lo mismo: Ojo de Halcón, Palabras Fuertes y Golpea el Cielo. Por una vez Richard Todd parecía alerta, como si al fin lo hubieran arrancado de la caparazón de aburrimiento e irritación que empleaba para mantenerse apartado de todos.

—¿Qué está ocurriendo, Bonner? —preguntó.

Fue Ojo de Halcón quien respondió:

—No lo sabemos. Al parecer, ha sucedido algo en el molino. Pero supongo que no se ha derramado sangre, puesto que nadie viene a buscarte.

Hannah se puso tensa. Elizabeth sentó a Lily en su regazo, pensando en Daniel, que estaba a salvo en los Bosques Interminables, con Huye de los Osos y Grajo Azul.

—Ahora me alegro de que Curiosity y Galileo no hayan regresado —dijo Lily en voz baja—. Ella siempre dice que está muy vieja para estos alborotos.

Elizabeth la miró, sorprendida. Su hija vibraba con una energía demasiado grande e intensa para un ser tan pequeño. La niña no tenía miedo. ¿Por qué temer? Allí, en brazos de su madre, con aquellos hombres que se interponían entre ellas y lo que hubiese fuera, en la oscuridad, estaba perfectamente a salvo. Ella la estrechó contra sí.

Muy lejos se oyeron voces de hombre; no expresaban ira, sino alarma y agitación, y reían con rudeza. El nerviosismo general cedió un poco. Pasaron cinco minutos más; luego, diez, hasta que oyeron que la puerta de la taberna se abría y se cerraba.

—¿Axel? —llamó Ojo de Halcón—. ¿Eres tú?

Charlie LeBlanc asomó la cabeza por la puerta.

—Todavía está en el molino. Nathaniel, Ojo de Halcón, ¿qué hacéis aún aquí? Os habéis perdido la farra. Unos indios han atado a la viuda Kuick y la han dejado como a un cerdo en el suelo de su propio salón.

Todos los hombres soltaron un suspiro; la tensión se desprendía como agua de lluvia.

—¿Qué indios? —preguntó Ojo de Halcón.

Charlie hizo una pausa para echar un buen trago de la jarra que tenía en la mano.

—Indios de piel negra, según dicen los Kuick. Jemima asegura que nunca los había visto, y Becca tampoco los ha reconocido. En estos momentos la viuda está dando los detalles a Jed McGarrity.

—¿Cuántos eran? —preguntó Richard Todd, interesado.

—Tres o cuatro, pero nadie los ha visto bien. Uno ha permanecido con ellos en la sala mientras los otros recorrían la casa. Al parecer, sólo se han llevado la caja fuerte y un cuchillo de trinchar con mango de marfil. —Por su cara sin malicia pasó una expresión reflexiva—. Mala suerte para la viuda, que sus esclavos estuvieran todos vacunándose.

—Mala suerte, sí —dijo Richard Todd, ceñudo. Y lanzó a Nathaniel una mirada penetrante—. Pero ¿dónde estaba el señor Dye mientras sucedía todo esto?

—Esa es otra cosa extraña —comentó Charlie, rascándose el mentón—. Lo han buscado por toda la casa y por el molino, e incluso algunos hombres han salido con antorchas, pero no han encontrado huellas tuyas ni tampoco señales de lucha. Es

como si hubiera desaparecido. Oíd... —Miró por turnos a los hombres—. ¿Creéis que pudiera estar de acuerdo con los indios? Quizá haya sido Dye quien se ha llevado la caja fuerte.

La mente de Elizabeth funcionaba a toda prisa. Llevaba días sin pensar en Jode, pero ahora lo tenía ante sí como lo había visto la última vez, poco antes de que Selah muriera. Un mohawk de piel negra. Debía de ser Jode, pero ¿cómo? ¿Acaso la gente de Roca Bermeja estaba allí, con Manny? ¿Por qué? Se concentró tanto en hallar sentido a esos datos extraños que no oyó la pregunta de su hija hasta que ésta le pellizcó la mejilla.

Con la boca contra la oreja de su madre, la niña dijo:

—Se han llevado a Dye, ¿verdad, mamá? No volveremos a verlo.



Capítulo 39

Por la mañana Cookie estaba ante el hogar, como si no hubiera sucedido nada. Durante largos minutos, Jemima la vio remover el contenido de las ollas y vigilar los bizcochos que estaba horneando. Era una mujer taimada y Jemima la había subestimado; eso, al menos, debía admitirlo, siquiera ante sí misma.

Esa mañana todo el trabajo recaía sobre Cookie. Georgia se había marchado al rayar el día, con sus cosas en un hatillo, dispuesta a llegar caminando hasta Johnstown, si no había otra manera de dejar Paradise atrás; Becca cuidaba de la viuda, que se había quedado en cama con una botella de láudano al alcance de la mano. Pero a Cookie no parecía molestarle cargar con el trabajo adicional; en verdad se la veía fatigada pero satisfecha. Tarareaba para sus adentros una melodía que Jemima no reconoció.

Isaiah había pasado toda la noche fuera, con el grupo que rastreaba a los ladrones. Desde luego, él no iba a eso. Lo único que le interesaba era hallar a Ambrose Dye, que había desaparecido tan absoluta y calladamente.

Abajo, en el molino, los esclavos permanecían ociosos; se pasarían el día de brazos cruzados hasta que regresara Dye o hasta que Isaiah recobrar el juicio y recordara que necesitaban órdenes. Jemima los imaginó sentados en círculo, sonriéndose unos a otros. ¡Qué dulce debía de ser la venganza! Doblemente dulce, puesto que les había costado tan poco. Dye, desaparecido; los Kuick, despojados hasta del último céntimo. Y ninguno de ellos sería ahorcado.

Cada vez que pensaba en la caja fuerte, a Jemima se le retorcían las entrañas a tal punto que le subían las náuseas a la garganta. Se había pasado la noche con la vista clavada en el techo, preguntándose cómo lo habrían logrado. La respuesta llegaba siempre como un eco: «Con la ayuda de Liam Kirby». ¡Cuánto le habría gustado verlo en la horca! Pero eso no sucedería jamás, a menos que el grupo de búsqueda lo alcanzara. Y entonces, ¿qué diría para salvarse? ¿Qué mentiras contaría? Descompuesta de ira, había hundido la cara en la almohada y arrancado con los dientes un trozo de la funda.

Ahora, de pie en el vano de la puerta, preguntó:

—¿Qué piensas hacer con todo ese dinero, Cookie? ¿Vas a comprarte uno o dos pañuelos nuevos para la cabeza?

No hubo la menor respuesta; era como si la mujer se hubiera quedado sorda de la noche a la mañana. Como se había propuesto dominar el mal genio, envolvió las manos en la falda y continuó allí.

—Debo reconocer que ha sido un plan magistral. Lo mejor, en mi opinión, fue lo de que todos bajasteis a la factoría por orden de Dye. Todo el mundo os vio allí, de

manera que no se os puede acusar de haber participado. Y Dye no está aquí para descubrir la mentira, ni creo que lo encuentren jamás...

Hizo una pausa. Al pensar en Liam Kirby sintió que enrojecía. Cookie la miró por encima del hombro. Aunque mantenía la cara inexpresiva, sus ojos centelleaban. Triunfo amargo, agria satisfacción. Qué pena.

—Te alegras de haberte librado de Dye, ¿verdad?

Bajo el corpiño de Jemima, el corazón brincó tan deprisa que despertó ecos en sus muñecas y en la base del cuello, donde corría un hilo de sudor. Y la expresión de Cookie, ardorosa y sapiente... Su propia voz, como si proviniera desde muy lejos:

—Me preguntaba si... —Pero se interrumpió.

—¿Te preguntabas si yo lo sabía?

Durante largo rato no hubo ninguna respuesta. Por fin la negra irguió la espalda y se secó las manos en el delantal, siempre estudiando a Jemima.

—Vivo con la viuda desde que ella tenía dieciséis años y yo, sólo unos pocos menos —dijo, con voz fuerte y firme—. Todos los días, desde hace casi cincuenta años, he cocinado para esa mujer y he cuidado de ella. Cuando nació Isaiah, fui yo la que se lo puso al pecho, junto con mi Ezekiel. Y tuve que callarme y escuchar cómo regateaba cuando vendió a mi marido. Reuben aún no tenía un mes. ¿Y sabes por qué vendió a mi Samuel? Porque no quería que yo tuviera más hijos. Yo era demasiado vieja, según ella. No era decoroso. Me lo dijo a la cara.

»Fui yo quien cuidó del anciano señor Kuick cuando tuvo la gota y quien le lavaba todos los días el trasero mientras él agonizaba por el mal francés, susurrando cosas. Él la odiaba aún más que yo, pero lo disimulaba bien. El viejo Kuick y yo teníamos eso en común.

»Yo vi a Isaiah crecer y hacerse un hombre. Y voy a decirte algo, señora Jemima Kuick: no hay nada de esta familia que yo no sepa. Nada.

Sus grandes ojos, completamente negros, parpadearon varias veces, hasta que por fin se posaron en la cintura de Jemima.

—Te diré una sola cosa más, y luego callaré. El señor Dye ordenó que todos los esclavos bajáramos a la factoría para que nos vacunaran contra la viruela, y nosotros obedecimos, como buenos negros que somos. Qué pasó aquí mientras no estábamos, adonde fue el capataz, quiénes eran esos indios, quién se llevó la caja fuerte... De todo eso no sé nada. —Luego le volvió la espalda a Jemima y cogió una cuchara.

La muchacha explotó, incapaz de contener la rabia que sentía:

—Aunque las leyes digan que no podemos ahorcarte sin pruebas, aunque no podamos siquiera venderte en el Sur, como merecerías, podemos venderte, sí. Y hay lugares peores que el estado de Nueva York; lo comprobarás por propia experiencia.

Cookie le dirigió una sonrisa fría por encima el hombro.

—Niña, niña... —dijo en voz baja—, ¡cuánto te queda aún por aprender! No te

conviene forzar a la viuda a que elija entre tú y yo. El resultado no te gustaría. —Otra mirada a la barriga de la muchacha—. No te gustaría nada.

* *

Le palpitaba la cabeza como si la hubieran golpeado con una piedra, pero no se acostó. En cambio, fue al despacho y se detuvo en el vano de la puerta, que siempre había estado cerrada para ella.

En las paredes se alineaban estantes cargados de libros de contabilidad y cajas rotuladas: correspondencia, maderas, cuentas pendientes, compra del molino. Esparció los papeles de esa última caja sobre el escritorio, después de apartar las plumas, el tintero bien tapado, una barra de lacre sobre un cuadrado de cristal, una caja de velas, el pedernal, una botella de brandy medio vacía con una copa sucia al lado y unas hebras de tabaco.

A Jemima no se le permitía entrar en aquella habitación, ni siquiera para limpiar. El marco de la puerta estaba muy sucio, en los estantes había dos centímetros de polvo y el interior hedía a rata muerta.

Cartas, contratos, la firma del viejo John Glove ondulando al pie de una escritura, un recorte del periódico de Albany.

* *

EN VENTA en la aldea de Paradise, sobre la orilla oeste del Sacandaga. Tres acres, uno de bosque, casa y molino con dependencias. Molino construido con madera y cimientos de piedra, dos ruedas de roble sobre rápido arroyo de montaña y tres pares de muelas. Buen estado; horno de piedra nuevo. Excelente oportunidad comercial en aldea en crecimiento. Pregúntese por Sr. Glove, Molino Paradise.

* *

La alfombra había sido apartada a un lado, y debajo de ella se veía una tapa de tablas que cubría parcialmente un agujero del tamaño de una caja fuerte. Un agujero vacío.

Muchas veces Ambrose Dye se había sentado en aquella silla de respaldo recto, junto al escritorio. Oh, sí. La llave giraba en la cerradura para que no entrara nadie más y se oían tintineos de monedas, susurros de billetes. En la taberna, mientras

bebían, los hombres no se cansaban de calcular las riquezas de la viuda. Cuánto tendría escondido, cuánto ganaría con el molino y con el trabajo de los esclavos que alquilaba durante el invierno. ¿Era tan rica como el difunto juez Middleton? ¿Como el doctor Todd? ¿Como el gobernador, el presidente, el maldito rey Jorge? Nunca se ponían de acuerdo, pero a menudo abordaban el tema. Y lo que más les intrigaba de todo era que una mujer con tanto dinero no confiara en los bancos. ¿Era sabiduría o locura?

Esa pregunta quedaba respondida. El dinero había desaparecido; no quedaba nada, salvo la casa, el molino y las tierras en que se levantaban; un poco de madera y algo de plata bruñida. Y los bordados en cojines, bolsillos y campanillas, de colores demasiado intensos para esa casa, cada vez más penumbrosa.

Y los esclavos, por supuesto.

—Ladrón —murmuraba la viuda en sueños, en la habitación vecina—. Víbora.

Había declarado culpable a Dye. No aceptaría otra explicación y nadie se la daría. ¿Quién, si no, sabía que la caja fuerte estaba escondida bajo las tablas del suelo? Pero Jemima sabía que no había sido Dye. Y también Isaiah, que iba de un lado a otro, pálido y con los ojos vacíos. Ahora estaba en la montaña, en busca de ese hombre, no para ahorcarlo, sino para darle sepultura.

Isaiah sabía que Ambrose Dye no tenía motivos para robar a la viuda, pues disponía de todo a su antojo. Tarde o temprano, ella habría terminado pidiendo al capataz dinero para sus gastos.

Se preguntó si lo habrían matado de inmediato o si lo habrían conducido a algún rincón del bosque donde pudieran tomarse su tiempo. Los indios sabían cómo sacar el máximo provecho de un hombre; por una vez, esa idea le resultó placentera.

La imagen de Liam se encendió frente a sus ojos palpitantes: Liam, bajo la ventana, junto al indio negro. La cara de Liam, blanca de furia al vaciarse en ella. Liam y Nathaniel Bonner, conspirando. Liam y Hannah. «Lo más hermoso que Paradise puede ofrecer».

Jemima parpadeó, borrándolo todo en un arrebato de lágrimas furiosas. Luego respiró hondo y se sentó al escritorio. Cogió una hoja de papel, destapó el tintero y comenzó a redactar una carta.

* *

Los Bonner habían salido con el grupo de búsqueda; Palabras Fuertes y Golpea el Cielo no podían presentarse en la aldea, no fuera a ser que algún trampero nervioso les disparara sin mirar. Pero como Hannah se negaba a permanecer en la casa, Elizabeth la acompañó en sus rondas diarias. Dejaron en la montaña a Lily, furiosa, y

advirtieron a los hombres que, si no la vigilaban, tal vez intentara escapar para seguirlas.

Al mirar hacia atrás desde el límite del claro, Elizabeth vio que Lily y Kateri guiaban a Golpea el Cielo montaña arriba; por fin cumplían su promesa de mostrarle las cuevas bajo las cascadas. Ella sintió un arrebató de gratitud hacia el guerrero, pero calló por no alabarlo delante de Hannah: no porque no le gustara, al contrario, sino porque su hijastra parecía estar muy cerca de tomar una decisión y prefería no ejercer ninguna influencia. En el trayecto a la aldea conversaron de cosas sin importancia, hasta que entre ambas se produjo un silencio incómodo.

Por fin Elizabeth dijo:

—Hace mucho tiempo que no veo a Manny. Tú, que lo conoces mucho mejor, ¿lo crees capaz de...? —Y se interrumpió para ordenar sus pensamientos.

—¿Quieres saber si se ha convertido en renegado, como ese Merodeador de los Pantanos que mencionan los periódicos de la ciudad? —dijo Hannah.

—Estaba pensando, más bien, en Robert Hude, el conde de Huntington. ¿Recuerdas aquel poema que leímos?

—Sí. Eso significa que no puedes imaginarlo matando a inocentes, pero sí robando a los ricos. ¿Crees que pudo coger la caja fuerte de la viuda para comprar armas y provisiones para sus forajidos?

Pese a la gravedad de la situación, Hannah sonreía. Elizabeth no pudo dejar de imitarla.

—Dicho de ese modo suena ridículo. Y debo admitir que tu padre también descartó ayer la idea. Pero no creo que se tomaran tanto trabajo sólo para que los negros pudieran vacunarse.

—No, eso fue una coincidencia —dijo la muchacha—. Afortunada, pero coincidencia. Lo que sucedió anoche fue una venganza de sangre, pero inteligente y minuciosamente planeada, como cabría esperar de Manny.

—Y robaron la caja fuerte sólo para desviar la atención. ¿Es eso lo que quieres decir?

Hannah se encogió de hombros.

—De todos modos, darán buen uso al dinero, sin duda.

Largo rato después Elizabeth dijo algo que no había podido expresar ante Nathaniel, por miedo a oírse pronunciar esas palabras.

—El cadáver de Dye jamás aparecerá.

—No —confirmó Hannah, lentamente—. De eso puedes estar segura.

—¿Y los... otros que están con Manny? —Pensó nuevamente en Jode y volvió a descartar la idea. Jode estaba sano y salvo en Canadá: ella no aceptaría ninguna otra posibilidad. ¿Para qué, si no, habían viajado y perdido tanto?

Su hijastra se detuvo. En su cara se leían muchas cosas: cautela, preocupación,

resignación.

—No lo sé todo —dijo—, pero te contaré lo que me dijo Golpea el Cielo, si quieres saberlo.

Elizabeth la imaginó sentada en las rocas bajo las cascadas, en el calor de una noche estival, sumida en profunda conversación con Golpea el Cielo. La noche anterior él había salido el primero de la factoría; cuando llegaron a casa, él la estaba esperando. Hannah se le había acercado sin volver la vista atrás, sin ofrecer disculpas ni explicaciones. Una hora después, cuando salió al porche, los vio en la misma posición; conversaban sin tocarse, sin siquiera mirarse, pero era obvio que entre ellos había crecido un fuerte vínculo.

Después Hannah había ido a acostarse. Golpea el Cielo y Palabras Fuertes montaron guardia toda la noche, mientras Nathaniel y Ojo de Halcón rastreaban a los hombres que habían robado a la viuda. Que esos hombres jamás serían hallados era una certeza que nadie expresaba en voz alta.

Por fin Elizabeth sacudió la cabeza.

—No —dijo con decisión—. No necesito conocer los detalles, al menos por ahora.

* *

Cuando abrió la puerta de la cocina, Hannah encontró a Richard, que la estaba esperando; eso era algo que sucedía tan rara vez que se alarmó.

Tenía aspecto de no haber dormido: los ojos rojos y el pelo erizado en un halo salvaje alrededor de la cabeza. Parecía que un niño le hubiera puesto un dedo sucio de masa de pan en la carne blanda de los párpados. Sostenía una taza en las manos y había una botella junto a su codo.

—Estaba a punto de mandar a buscarte.

La sorpresa puso tensa a Elizabeth, pero Hannah se mantuvo tranquila.

—¿Cómo está la señorita Wilde?

Él vació la taza de un solo trago.

—Nada bien. Si la creyera en condiciones de resistir la operación, le amputaría el resto del brazo.

—Iré a verla.

—No —dijo Richard, más sereno. Y se pasó una mano por la cara, conteniendo un bostezo—. Iré yo, en cuanto me haya lavado. Ve a mediodía; con eso bastará. Pero hay otras visitas que atender. Hace una hora ha venido Gathercole, despertando a toda la casa, para que fuera a ver a su esposa. Dice que le duele la garganta... Elizabeth.

Giró bruscamente la cabeza, como si acabara de percatarse de que la muchacha

no estaba sola. «Como el perro cuando olfatea a un gato», pensó Hannah. La simple verdad era que cuando Elizabeth y él se encontraban cara a cara, las antiguas animosidades afloraban a la superficie. El doctor, abrupto siempre, pasaba a grosero; Elizabeth, por su parte, se tornaba cortante como el pedernal. Sólo se esforzaban por contenerse cuando los hijos estaban presentes.

—Kitty ha estado preguntando por ti —dijo él—. Podrías subir a verla mientras repaso esta lista de visitas con Hannah. Aquí no me sirves de nada.

Ella arrugó la frente en un gesto despectivo.

—Una vez más, doctor Todd, no sé si ofenderme por lo grosero de sus modales o someterme a lo inevitable y admirar su persistencia. Después de todo, creo que es su única virtud.

—Haz lo que quieras, Elizabeth —concluyó él, volviéndole la espalda. A veces Hannah tenía la sensación de que reñía con ella conteniendo una carcajada, pero ese día no.

Kitty aún estaba en la cama, con la bandeja del desayuno a un lado, y Meg, la pequeña, al otro. Al ver a su cuñada se incorporó, con una gran sonrisa.

—Empezaba a preguntarme si estarías enfadada conmigo. Hace tanto tiempo que no vienes...

Elizabeth acercó una silla y estrechó la mano que ella le tendía.

—¿Te sientes mal?

—No, en absoluto. Pero Richard quiere que me quede en la cama hasta las diez de la mañana o hasta que termine el desayuno, lo que suceda primero. Me alegra verte aquí; hace tiempo que quiero hacerte una pregunta...

—Si quieres saber cuándo regresará Huye de los Osos con los niños, supongo que verás a Ethan hacia el fin de semana.

Kitty pareció algo confusa; luego se echó a reír.

—No estoy preocupada por Ethan. Sé que Huye de los Osos lo cuida bien. Nunca es tan feliz como cuando corretea por el bosque con los otros niños. Lo que quería preguntarte era esto —dijo, y alzó en brazos a la pequeña para someterla a su inspección. En medio de una vasta expansión de encaje, piqué y batista asomaba una cara pequeña, rosada como un pimpollo de primavera, con grandes ojos redondos—. ¿Verdad que es bonitísima?

—Es preciosa —reconoció Elizabeth—. Y ha hecho milagros contigo. Estás mucho mejor, Kitty; verte así me alegra el corazón.

Su cuñada arrugó la nariz.

—No entiendo por qué la gente armaba tanto alboroto por mí. El doctor Ehrlich me curó, tal como yo esperaba.

Hannah había hablado mucho de ese doctor Ehrlich, y ese tema de conversación sabía que no acabaría bien. Mientras Elizabeth buscaba algo que decir, la otra añadió

en un susurro conspirador:

—No tienes por qué decírselo a Hannah; ella ha sido muy amable y servicial conmigo. Además, fue ella quien me trajo a Meg. —Miró a la pequeña con una sonrisa—. Le estoy muy agradecida y no quisiera ofenderla por nada del mundo. ¡Qué muchacha tan buena! Si le alegra atribuirse mi recuperación, pues que lo haga, al menos aquí, en Paradise. —Luego bajó la voz un poco más—. Debo decirte, Elizabeth, que Hannah no es muy razonable cuando se trata del doctor Ehrlich. Tal vez sean los celos profesionales; entre los médicos suele suceder.

—¿Y qué tal la nodriza que trajiste de la ciudad? ¿Estás satisfecha con ella?

Otra vez la nariz arrugada.

—No es muy simpática, pero en general cuida bien de Meg. Desde luego, siempre está dispuesta a quejarse, como sucede con la mayoría de los alemanes, como sin duda has notado. Es increíble cómo mejora su dominio del idioma cuando le duele algo o se considera insultada. Es gente muy susceptible, a pesar de lo brusco de sus modales. Ahora se queja de dolor de garganta, aunque Richard la atendió personalmente.

Hizo una pausa antes de continuar:

—Me gustaría que Curiosity regresara de una vez. Ella se entiende con esa nodriza mucho mejor que yo. No me explico qué la retiene tanto tiempo en Albany.

Por lo general bastaban diez minutos en compañía de Kitty para que a Elizabeth le rechinaran los dientes, pero esa mañana logró hacerlo en sólo cinco.

—Llevaban mucho tiempo sin visitar a su hija Polly. No puedes reprocharles que se queden unos cuantos días. —«Y dediquen algún tiempo a su nieto», añadió para sí.

Pero Kitty ya estaba pensando en otra cosa.

—Mira —dijo, estrechando a su pequeña—. Mira con qué fuerza se aferra a mi dedo. Es una niña muy fuerte y vigorosa.

Alguien golpeó en la puerta, que se abrió apenas lo suficiente para que Daisy asomara la cabeza.

—¿Ha terminado el desayuno, señora Todd? Elizabeth, Hannah dice que te espera abajo.

La enferma irguió la espalda.

—Pensaba que pasarías la mañana conmigo, Elizabeth. Me aburro mucho, ahora que Curiosity se ha ido y Richard está siempre ocupado con sus investigaciones y con las vacunas. ¿No puedes quedarte siquiera un rato? Aún no has visto los vestidos nuevos que he traído de la ciudad. ¡Y ese bonito chal de la India!

—He prometido ayudar a Hannah —dijo Elizabeth, mientras se levantaba—. Por hoy, al menos, tendrás que prescindir de mí.

—¿Ayudar a Hannah? ¿Y qué ayuda necesita Hannah de ti? —De inmediato Kitty suavizó la expresión—. Supongo que es por esos indios que robaron la caja fuerte de

la viuda Kuick, ¿no? Siempre te sientes obligada a interponerte ante cualquier dificultad que se presenta. Es tu único defecto, en realidad.

—Puede que algún día aprenda de tu excelente ejemplo —dijo Elizabeth, inclinándose para darle un beso en la frente—. Todavía puedo cambiar.

* *

Resultó que el dolor de garganta de la señora Gathercole era mucho menos grave de lo que su esposo había dado a entender al doctor, según Hannah descubrió con alivio. La mujer dijo desde la cama:

—Mi esposo se preocupa demasiado, señorita Bonner. Gracias por venir a verme; eso lo tranquilizará. Pero ya que ha venido, podría examinarle la garganta a él. He notado que desde hace un par de días le cuesta tragar, aunque no lo reconoce.

La señora Gathercole provenía de una familia adinerada de Boston y no había perdido su acento; se tragaba las erres como los ingleses y su voz tenía el sonsonete del norte, afectado y tímido a la vez. Entre la gente de la aldea se sentía a gusto con muy pocas personas, y Elizabeth era una de ellas.

Mientras ésta le contaba las noticias que la enferma quería —lo poco que sabía sobre lo sucedido en el molino—, Hannah examinaba al señor Gathercole en la cocina, en presencia del ama de llaves. Missy Parker, mujer de edad indeterminada pero de opiniones firmes, permanecía agachada sobre la mantequera, sin apartar los ojos de su amo, que se había puesto en manos de una piel roja.

El alivio que Hannah había sentido al encontrar repuesta a la señora Gathercole desapareció al ver la garganta de su esposo. Los síntomas que él admitía eran ya alarmantes, pero lo que tenía ante sus ojos resultaba aún peor. Apenas pudo contener un respingo al verle la lengua, hinchada y muy roja.

En respuesta a su cuidadoso interrogatorio, el pastor admitió que le dolía la cabeza y la garganta y que había pasado la noche con fiebre. Sólo quedaba una pregunta por hacer, aunque aun antes de formularla Hannah ya sabía cuál sería la respuesta.

—Disculpe si lo importuno con asuntos íntimos, señor, pero ¿tiene algún sarpullido en su persona?

El señor Gathercole la miró por debajo del flequillo rubio y ralo, enrojecido por el bochorno. Luego se tocó el cuello, que mantenía oculto bajo una nivea corbata.

—Sí. En el cuello... y en los brazos.

—Anoche mi padre vomitó la cena —dijo Mary.

Él enrojeció aún más. Al parecer los caballeros no podían padecer indigestiones.

—¿De qué se trata? —preguntó—. ¿Algo peligroso? —Y echó una mirada a su

hija.

—Fiebre escarlata, así la llaman —dijo Missy Parker, apartando la vista de la mantequera.

Ante la expresión confusa y desconcertada del pastor, Hannah aclaró:

—No hay por qué alarmarse. Ya ve usted que su esposa ha comenzado a recuperarse. Ahora le toca a usted el papel de paciente. Señora Parker, ¿podrá quedarse un rato después de terminar la faena? Voy a dejarle un té; el señor deberá beber un buen trago cada hora.

Mary Gathercole, rubia y sincera como sus padres, se adelantó para olfatear el frasco abierto.

—¿Qué contiene?

—Es una mezcla de regaliz y olmo —explicó ella, mientras tocaba la frente de la niña, demasiado caliente—, con un poco de hisopo y salvia. También lleva corteza de sauce para la fiebre.

—¿No tiene melaza?

—Puedo agregarle melaza. Pero debes prometerme que tú también beberás el té cada hora. Y mientras tu padre esté en cama, tú te quedarás en la tuya.

El señor Gathercole se cubrió la cara con las manos y lanzó una exclamación grave.

—Espero que tenga mucho té de ése —dijo Missy, con lúgubre satisfacción—, pues cuando la fiebre escarlata se pone en marcha, es capaz de llevarse a media aldea.

* *

Hacia mediodía, Hannah ya no tenía esperanzas de que el de los Gathercole fuera un caso aislado.

Visitaron a seis pacientes: dos, con heridas infectadas; cuatro, con fiebre y dolor de garganta. En la casa de los LeBlanc ya se había cumplido la predicción de Missy Parker: Hannah tuvo que enviar al hijo mayor al dispensario del doctor Todd, en busca de más ingredientes para el té medicinal.

El chico regresó con la inquietante noticia de que Daisy no estaba en casa de los Todd, sino en la suya, atendiendo a sus propios hijos, que estaban enfermos. Margit Hindle enviaba sus disculpas por no haber podido hallar el olmo ni el regaliz, al igual que Dolly. El niño fue por segunda vez, acompañado por Elizabeth y con instrucciones precisas para dar con lo que Hannah requería.

De cualquier modo, necesitaba tiempo para estudiar a los varones LeBlanc. No tenía tiempo para tomar notas, pero las registró mentalmente, como le habían enseñado.

Los dos menores tenían sarpullidos en el cuello y en las mejillas, bajo los brazos y en la cara posterior de las rodillas. Con los ojos encendidos por la fiebre, gemebundos por el dolor de cabeza, dejaron que ella deslizara los dedos suavemente por el sarpullido; parecía arena fina, algo áspero al tacto. Los dos tenían la lengua hinchada, aunque la de Peter tenía el color de las frutas silvestres, mientras que la de Simón estaba recubierta de blanco. Hannah tomó muestras de las lenguas y los sarpullidos para observarlas más tarde bajo el microscopio.

La fiebre escarlata afectaba más a los niños, pero también había motivos para preocuparse por Molly. Se había levantado para atender a los niños, inmediatamente después del parto, y deambulaba por la cabaña con las piernas inseguras, envuelta en todos los edredones y los chales de que podía echar mano. Cuando Hannah insistió en examinarla, descubrió que tenía el vientre dolorido. Era la señal más alarmante de cuantas había visto en el día. Durante un instante deseó fervorosamente ver aparecer a Curiosity en la puerta.

—Mandaré a Willy a por su abuela Kaes —dijo Elizabeth, cuando Hannah la llevó aparte para revelarle sus temores—. Charlie no puede arreglárselas solo.

Hannah hirvió una taza de agua sobre el hogar y vertió parte de su preciosa provisión de calambuco negro, que había comprado en la ciudad a un precio considerable. Luego añadió una buena cantidad de jarabe de arce para disimular el sabor amargo. Charlie las acompañó hasta el porche, con su hija recién nacida en el hueco del brazo.

—Cuando llegue Matilda, lo pondrá todo en orden —dijo—. Esa suegra mía es un demonio y los niños le tienen miedo, pero así Molly podrá descansar un poco.

Quería hacer una pregunta, pero no se atrevía. Hannah la leyó con claridad en su cara atribulada. Aquel hombre temía oír lo que ella pudiera decirle. Elizabeth también esperaba y también tenía miedo, pero ella iría en busca de la verdad, por mucho que la intimidara.

Cuando Charlie LeBlanc ya no pudo oírlas, Hannah se detuvo, dejó la bolsa en el suelo, apoyó las dos manos en los hombros de su madrastra y la miró a los ojos. Vio que estaba perdida en sus pensamientos, con Robbie, aquella noche de verano en que había muerto. «Difteria —había escrito Richard Todd en el registro—. Robert Middleton Bonner, dos años de edad. —Y debajo—: Atardecer, del clan Lobo de Buenos Pastos, sesenta y dos años».

—No es difteria.

La tez de su madrastra, siempre pálida, tomó el tono de la leche aguada.

—¿Estás segura?

—Ya sabes que la difteria se presenta con tumefacción en el cuello... —Elizabeth hizo una mueca de dolor, pero la muchacha continuó—: No he visto esa tumefacción en ninguno de los enfermos que hemos visitado. Los síntomas son fiebre, dolor de

cabeza, dolor de garganta, lengua roja y sarpullidos. Tú misma lo has visto: parecen quemaduras de sol. Los doctores del asilo la llamaban fiebre escarlata. No es difteria —concluyó con firmeza.

Elizabeth asintió.

—Sí, he visto los sarpullidos.

Tenía un tic en los músculos de la mandíbula, como si el miedo a la enfermedad que había matado a su hijo menor viviera bajo su propia piel. Después de un momento, Hannah recogió su bolsa y continuaron caminando.

—¿Has visto antes esta fiebre escarlata? —La voz de su madrastra sonaba algo ronca; ella comprendió que se había obligado a formular la pregunta.

—Tres casos, en la ciudad.

«Niñitas —habría podido añadir—. Murieron las tres, y sin duda también sus hermanos varones». El doctor Savard le había pedido ayuda y ella lo siguió por callejuelas serpenteantes hasta las ruinosas casas próximas al East River, barrio de inmigrantes. Entraron en un sótano húmedo de agua, sudor y orina, tan atestado que muchos dormían sentados. Los niños enfermos habían sido relegados a un rincón oscuro: eran dos niñas y un varón, con la cara sucia lavada en bandas por los sudores de la fiebre. A poca distancia estaba acurrucada la madre, con los otros hijos apretados contra ella. El doctor Savard le habló en una mezcla de francés, alemán e inglés, pero no hubo manera de hacerle comprender lo que quería decirle.

Hacía mucho que Hannah no pensaba en aquellos niños; eso la preocupó casi tanto como la certeza de que ninguno de ellos había sobrevivido. ¿Qué significaba que hubiera podido quitarse a tal punto aquellas caras de la mente?

Después de un rato, su madrastra dijo:

—¿Te has dado cuenta de que ninguno de los enfermos que hemos visto estaba vacunado contra la viruela?

—Sí.

Ninguna de las dos podía decir en voz alta lo que pensaba: si a alguno de los aldeanos se le metía en la cabeza que las inoculaciones para evitar la viruela habían provocado la escarlatina, tendrían que enfrentarse al pánico y a algo peor. Hannah debería estar tranquila, pues, hasta el momento, la fiebre escarlata sólo había afectado a personas no vacunadas, pero sólo experimentaba un profundo desasosiego.

—Las dos cosas no están relacionadas —dijo, para consuelo suyo tanto como de Elizabeth—. Pero supongo que eso no será obvio hasta que alguno de los inoculados contraiga también la escarlatina. Es muy extraño desear algo así.

Habían llegado al huerto que rodeaba la cabaña de los Wilde. Mientras pasaban por entre las pulcras hileras de árboles, un pequeño rebaño de ovejas se alejó, asustado, para continuar pastando a distancia segura. Las abejas zumbaban perezosamente en torno de ellas. A Hannah le habría gustado sentarse allí mismo para

echarse a dormir.

Pero ya veía a Nicholas, que las esperaba sentado en el porche. Mientras se acercaba observó los signos innegables: cara arrebolada de fiebre, un sarpullido que asomaba por el cuello de la camisa y un dolor insoportable. Cuando las visitantes se detuvieron frente a él, el joven tragó saliva y los músculos de su cuello se contrajeron.

—¿Y su hermana? —preguntó Elizabeth en voz baja.

Él parpadeó con fuerza.

—Ha dicho el doctor que pase usted de inmediato, señorita Bonner. —Su voz sonaba ronca por el esfuerzo de hablar—. Ha dicho que no puede comenzar la autopsia sin usted.

* *

«Gracias a Dios —se repetía Elizabeth, una y otra vez—, gracias a Dios que Lily se ha quedado en la montaña y los niños están lejos. Debo avisar a Muchas Palomas».

A Nicholas Wilde, que sufría la pérdida reciente y estaba en los primeros estadios de la escarlatina, no le habló de eso, naturalmente. Le preguntó cómo habían sido las últimas horas de Eulalia y lo escuchó hablar entre llantos. Pensó darle corteza de sauce para la fiebre, de la que llevaba Hannah en la bolsa, pero no lo hizo, pues sabía que, en esos momentos, él sólo quería ser escuchado.

Y Elizabeth quería a Nathaniel. El impulso de levantarse para ir en su busca era tan fuerte que le temblaban las piernas; se requería una gran fuerza de voluntad para permanecer sentada en el porche, recién barrido. Eulalia había plantado espliego a lo largo del camino, le informó Nicholas; se entretenía mucho con los corderos... Y nunca pensaba en sí misma.

Después de verter las primeras lágrimas de furia, se enjugó la cara con la manga y miró a la visitante con los ojos inyectados en sangre.

—¿Cuánto tiempo tardarán?

Fuera, en el huerto, los manzanos se inclinaban a impulsos del viento. Ella habría querido decirle: «Tengo hijos. No puedo consolarte como tú necesitas. Ni siquiera debería estar sentada aquí, contigo». En cambio arriesgó:

—Una hora o poco más. —Y luego—: Usted debería estar en cama; tiene fiebre. Y ha de tomar una tisana para esa garganta. Puedo preparársela mientras los otros... —Se interrumpió—. Venga, que me ocuparé de usted. ¿Cuánto hace que no come?

Él la miró con sorpresa y se tocó la frente, pensativo.

—Bump me ha traído un poco de caldo. Me ha dicho que me acostase en el granero hasta que él fuera a por mí. —Se levantó y tuvo que apoyarse en el poste—.

Pero debo cavar su tumba. La tumba para mi hermana.

Elizabeth también se levantó, lista para prestarle apoyo si caía y con la ferviente esperanza de que no sucediera.

—Hay vecinos que pueden ayudarlo, señor Wilde —dijo—. Lo que debe hacer ahora es seguir las órdenes del doctor Todd y acostarse a descansar.

* *

Nicholas Wilde no podía quedarse solo. Y Hannah supo, sin necesidad de preguntar, que Elizabeth no se quedaría con él. En cuanto pudiera correría montaña arriba para informar a Muchas Palomas de que debía retener a los niños en Lago de las Nubes.

Tal vez Bump también comprendió, pues se ofreció para quedarse a atender a Nicholas. Hannah no habría aceptado sin explicarle que la fiebre escarlata era contagiosa, pero Richard Todd no se preocupó.

—Mandaré a alguien para que cave la sepultura —le dijo a Bump—. Y lo más probable es que Anna McGarrity se ocupe de amortajarla. —Luego se volvió hacia Elizabeth—. Tú no servirás de nada aquí. Hannah y yo tenemos mucho que hacer. Ve a reunirte con tu familia.

Hasta Richard había comprendido. Elizabeth se volvió hacia Hannah.

—Cuando puedas regresar a casa, avísanos antes para que vengamos a buscarte. ¿Me has entendido?

Hannah tardó un momento en comprender el sentido de la advertencia. «El molino —recordó súbitamente—. El robo. Manny Freeman. Ambrose Dye».

—Os avisaré.

Richard, con un gesto impaciente, añadió:

—Tenemos que visitar a todas las familias de Paradise. Sólo Dios sabe hasta dónde se ha extendido. Tal vez no acabemos hasta después de anoecer. Ella dormirá en casa, donde esté a mi disposición, por si la necesito.

En los ojos de Elizabeth hubo chispas de indignación y enfado. Hannah casi se alegró de ver que no estaba completamente abrumada por el miedo.

—Hannah vendrá a casa, a dormir en su cama —dijo, mirando a Richard a los ojos—, a menos que ella prefiera dormir aquí, en la aldea. No ha firmado ningún contrato de servidumbre que la ponga a su disposición, doctor, y le agradeceré que lo recuerde.

—Dios me libre de las mujeres Bonner —murmuró Richard, volviéndole la espalda—. Lo que no me explico es cómo hace Nathaniel para soportar a más de una.

* *

Cuando Elizabeth llegó a casa, sofocada y tan afligida que parecía incapaz de hablar, los hombres se encontraban reunidos en torno a la fogata apagada, entre las cabañas. Estaban todos ellos: Palabras Fuertes, Golpea el Cielo, Ojo de Halcón, con Lily en el regazo, Huye de los Osos, con los dos pequeños, Ethan, Grajo Azul, Daniel y Nathaniel.

Con regocijo y temor al mismo tiempo, Elizabeth se preguntó si era posible que el corazón se quebrase como un cristal frío arrojado en agua hirviendo. Lo que más deseaba en el mundo y lo que más temía: toda su gente reunida allí, mientras la enfermedad se apoderaba de la aldea. Una vez más. Como una serpiente que saliera de su nido invernal. En esta ocasión tenía otro nombre (dos diferentes, se corrigió: fiebre escarlata y escarlatina), pero ella no se dejaba engañar.

El primero en acercarse fue Daniel, cuya expresión de júbilo dio paso a otra de contrariedad al ver que su madre evitaba sus brazos extendidos. Había pasado el día dedicada a consolar a niños enfermos, a limpiarles la cara y a echar cucharadas de caldo y té en lenguas rojas e hinchadas... ¿Cómo podía abrazar a su hijo? Pero él no entendía de esas cosas. Aún era lo bastante pequeño como para necesitar los brazos de su madre. Al verse obligada a rechazarlo, Elizabeth sintió que algo pequeño y tierno se rompía en ella.

Nathaniel acudió a la carrera para alzarlo, aunque era demasiado alto para estar en brazos.

—Deja que tu madre vaya a lavarse —dijo—. Luego nos sentaremos a conversar.

* *

Nathaniel siguió a su esposa al interior de la cabaña; los niños fueron en busca de agua para ella. Mientras los cubos iban y venían, y el agua fría iba llenando la tina de asiento, ella se paseaba de un lado a otro; no quiso esperar a que se calentara y se negó a hablar siquiera, hasta que la tarea estuvo terminada y la puerta cerrada tras ellos.

—Sea lo que sea, Botas, escúpelos antes de que estalles.

Por lo general Elizabeth tendía a moderar sus preocupaciones, sobre todo por el convencimiento de que, si podía convencer a otros de que las cosas no estaban tan mal, ella misma comenzaría a creerlo. Pero estaba asustada y sus recursos para calmarse no servían de nada. El relato surgió a torrentes, mientras se desnudaba y se metía en el agua fría. La muerte de la joven Eulalia Wilde, la fiebre puerperal de Molly LeBlanc, los nombres de los niños enfermos de escarlatina: Joseph, Solange,

Emmanuel, Lucy, Peter, Simón, Mary, Faith.

No era difteria. Lo dijo tan a menudo que él se preguntó si se oía a sí misma.

Temblaba y se estremecía, pese al calor del verano; tenía la piel erizada en el pecho y en los brazos. Cuando pidió el jabón, él le entregó una de las barras perfumadas de espliego que su prima le había enviado desde la ciudad. Se le escurrió entre los dedos una y otra vez, hasta que Nathaniel la cogió.

Mientras él le frotaba la espalda con jabón, Elizabeth parloteaba sin cesar. Cuando al fin hubo utilizado todas las palabras de que disponía, Nathaniel la enjuagó con el agua fría. Después de ayudarla a levantarse, la envolvió en una manta para llevarla a la cama.

Lo último que ella murmuró, antes de quedarse dormida, era lo que él más temía.

—Debemos abandonar este lugar —dijo—. Debemos alejar a los niños de aquí. Lo siento, Nathaniel, lo siento mucho, pero no puedo, no puedo, no puedo.

* *

En todos esos años, desde que Elizabeth había aceptado ser su esposa y criar a su familia en Lago de las Nubes, Nathaniel había esperado que algún día se declarara harta de aquella vida tan dura. En ocasiones no podía callárselo, pero ella lo tranquilizaba con besos, o le respondía irritada o lo ridiculizaba con suavidad. No extrañaba en absoluto Inglaterra ni la casa señorial en la que había crecido; no quería carruajes ni ropa lujosa; sus libros eran mejores que el teatro o la ópera. Tenía a su familia, sus amigos, su escuela: más de lo que nunca había imaginado. ¿Qué otro lugar podía ofrecerle más? La única persona en todo Paradise capaz de discutir sobre eso con ella era Kitty Todd.

Aun así, en ocasiones él le veía en la cara algo para lo que no hallaba explicación. Un anhelo, una curiosidad sobre el mundo. Cuando Ojo de Halcón hablaba de ir al oeste, ella lo escuchaba con ojos ansiosos; por las noches, cuando les leía los periódicos de la ciudad, en su cara asomaba una luz nueva. Nathaniel no era el único que lo veía y se lo señalaba, pero ella siempre reaccionaba con auténtica sorpresa. Para ella los Bosques Interminables eran frontera suficiente; no tenía prisa por llevar a los niños hacia el oeste ni a ningún otro lugar. Todos ellos habían nacido en Lago de las Nubes; allí estaba enterrado su hijo menor. Ése era el lugar donde tenían sus raíces.

Ahora Hannah estaba a punto de abandonarlos y Ojo de Halcón aprovecharía la oportunidad para partir también. Seguiría a su nieta hacia el oeste, pero en cuanto ella se asentara con los sénecas, él continuaría caminando hasta llegar al fin del mundo. «Un escozor en el fondo de los huesos —lo había descrito él hacía poco—. Caminar

o morir». Lo había dicho en el idioma de su infancia, el que ahora sólo utilizaba para revelar cosas de la mayor importancia.

Nathaniel había consultado a Muchas Palomas, como antes a su madre cuando necesitaba su consejo. En otro tiempo, Muchas Palomas había sido su cuñada, pero siempre sería la hija de Atardecer y la nieta de Hecha de Huesos; si hubiera decidido abandonar esa montaña para vivir entre los kahnyen'kehàka que se habían instalado en Canadá, a esas horas sería madre de clan; una mujer con visión, como habría dicho la madre de Nathaniel.

Tenía treinta años y seguía siendo hermosa, tan parecida a la primera esposa de Nathaniel que, cuando la veía inesperadamente, sentía una punzada en el vientre. «Si Sarah no hubiera muerto...» A veces la frase llegaba sola, pero él no podía pensar más allá de esas pocas palabras. No podía eliminar con la mente la vida que llevaba ahora, pues no deseaba otra.

Después de escuchar sus temores, Muchas Palomas había cogido un poco de tabaco de la taleguilla que le colgaba del cuello y lo había arrojado al fuego. Mientras lo miraba arder había dicho:

—Se irán. Y en el fondo, tú no quieres detenerlos. Ha llegado el momento.

Una verdad tan dura como una nuez. Y ahora otra: epidemia en la aldea. Y Elizabeth, en un sueño sin sosiego, en el que buscaba un lugar seguro para criar a sus hijos. Un lugar que debía existir; era preciso. Como ella le tenía tanta fe, Nathaniel debía hallar ese sitio.

* *

La despertaron las risas de los niños en el crepúsculo. Elizabeth se puso un vestido y salió al porche, con las piernas desnudas, para verlos jugar bajo las cascadas. Comenzaba a ceder el calor del día, y el roce de la brisa contra la piel era un gozo.

Los niños —sus hijos, los de Muchas Palomas y Ethan— gritaban por encima del ruido del agua, desafiándose mutuamente en dos idiomas. Su alegría era tan clara y palpable como el aire frío que desprendía el salto de agua.

Los hombres conversaban seriamente, sentados en torno de la fogata. Todos vigilaban a los niños, y de vez en cuando los alentaban con palabras. Otros hombres —los blancos, se corrigió—, les habrían gritado advertencias, indicaciones, órdenes. Ella misma solía hacerlo en otros tiempos. Pero por fin había llegado a comprender que con el miedo no evitaba nada ni lograba nada útil.

Ethan trepó al peñasco que los niños llamaban Nariz de Joroba, el punto más alto del que se les permitía zambullirse. Allí agitó frenéticamente las dos manos hasta que

Elizabeth le respondió con un brazo en alto. El niño se arrojó al agua, desnudo y esbelto como un visón, con la piel bronceada y el pelo oscurecido por el agua. Lo siguió Grajo Azul, con un chillido, y su hermanita después. Luego le tocó el turno a Lily; el pelo era una furia salvaje en torno de la cabeza y sobre los hombros, hasta la cintura. Daniel se detuvo allí a mirar, vestido con un taparrabos, con los puños contra las caderas, inspeccionando su reino.

Lo que Elizabeth veía ahora era la cara de Nathaniel, alzada para observar a su hijo, incapaz de disimular su asombro, como si viera salir la luna.

Él pareció oír sus pensamientos, pues se apartó de la fogata para sentarse en el porche tras ella, la envolvió con los brazos y le apoyó el mentón en el hombro. Así ella no podía verle la cara, pero no importaba, mientras oyera su voz al oído, grave y segura.

—¿Has descansado, Botas?

—Sobre lo que te he dicho antes, Nathaniel...

Él la acalló sacudiendo la cabeza.

—Mira a Lily; ha decidido que su zambullida sea la más ruidosa.

Su diminuta hija se había enroscado como una bala de cañón humana, con los brazos ciñendo las rodillas flexionadas, y se dejó caer. El agua se elevó en halo en torno de ella, mientras los varones emitían un aullido de aprobación. Elizabeth soltó un suspiro.

—¿Por qué tiene que convertirlo todo en una batalla?

—Porque es tu hija. —Nathaniel se meció un poco, junto con ella—. Es su manera de ser.

—Sobre lo que te he dicho antes...

Él sacudió otra vez la cabeza, con más potencia.

—Espera, Botas. Escúchame. —Le frotó la cara contra el pelo—. Sé que tienes miedo. Yo también. Ojalá pudiera prometerte que nadie sufrirá daño, pero no puedo. Ni aquí ni en lugar alguno podría prometerte eso. Pero estoy dispuesto a abandonar Lobo Escondido, si eso te permite descansar en paz. Podríamos adentrarnos en los bosques o reunirnos con los mohawk. Probablemente pudiéramos reunir suficiente dinero para comprar una pequeña finca, cerca de German Flats o río abajo, más allá de Albany. De cualquier modo Muchas Palomas y Osos se quedarán en Lago de las Nubes; siempre será posible volver, si el sitio donde acabemos no te agrada.

Sus brazos zumbaban de tensión, como si temiera que ella tratara de apartarse. Elizabeth abrió la boca, pero no surgió ninguna palabra. En realidad no encontraba sentido a nada, ni a la calma de Nathaniel ni a lo que decía.

—Oye...

—Por ahora calla, Botas. Piénsalo. Cuando hayas decidido lo que desees, házmelo saber.

Iba a dejarla, pero ella lo cogió por el brazo.

—Nathaniel, ¿qué sabes de Manny? ¿Está a salvo?

—Por el momento, sí.

Y ella comprendió que no recibiría más información, por muchas preguntas que hiciera. Él le ocultaba lo peor. Qué había sido de Ambrose Dye y qué planeaba Manny. Eso no deseaba decírselo.

Pero Elizabeth tenía algo que preguntar, y se sorprendió a sí misma cuando lo hizo.

—No confías en mí, ¿verdad?

—Te confiaría mi vida, Botas. Bien lo sabes.

—Crees que soy demasiado inestable como para revelarme la verdad sobre Manny.

Por la cara de Nathaniel pasó una expresión irritada.

—No me hagas decir lo que no he dicho, mujer.

—Hablame de Jode —pidió ella.

—¡Maldita sea! —Él se pasó una mano por los ojos—. ¿Qué puedo decirte que no hayas adivinado ya?

—¿Qué puedes decirme? Para empezar, permíteme preguntar qué hace aquí Jode. Manny debe de haber viajado hacia el norte en busca del grupo de Roca Bermeja. Es la única explicación que encuentro.

—Pues bien, has adivinado —respondió él, sin rodeos—. Manny llegó a Buenos Pastos buscando a su esposa. Fue Elijah quien le contó lo de Selah. Cuando venía hacia aquí, Jode lo siguió.

—¿Has hablado con ellos?

—Con todos. Pronto partirán hacia el oeste, con lo que se acabarán nuestras preocupaciones. —De pronto se apartó y gritó sobre el ruido de las cascadas—. ¡Niños! Hay tareas que hacer antes de que oscurezca.

Dejó a Elizabeth para reunirse con los hombres que estaba sentados en torno al fuego; ni siquiera se volvió a mirarla. Temía hacerlo, por si ella le leía en la cara lo que él se creía en la obligación de ocultarle: el resto del asunto. Ese pensamiento trepó como hielo por la columna de Elizabeth.

* *

La mayoría de los hombres estaba aún fuera, con el grupo de búsqueda. Hannah lo descubrió mientras iban de una familia a otra. Todas las mujeres querían saber qué había pasado en el molino. Richard, a quien sólo interesaba buscar síntomas de fiebre escarlata, se impacientaba más y más con cada visita.

—¡Por Dios, mujer! —rugió cuando la señora Hindle le preguntó sobre la búsqueda—. ¡Tenemos ocho casos de escarlatina en esta aldea! ¡Y uno de ellos es ese niño que usted tiene en el regazo, ardiendo de fiebre!

Laura Hindle, que normalmente no tenía pelos en la lengua, comenzó por enrojecer de indignación; luego estalló en lágrimas y abrazó al niño con tanta fuerza que Hannah debió quitárselo, antes de que se agravara en manos de su madre.

Cuando salieron de la pequeña vivienda, Hannah esperó a dominar por completo la voz. Luego dijo:

—Si me permite la observación, doctor Todd, es usted tan delicado como un buey. La señora Hindle se ahoga de miedo, pensando que su esposo puede estar en la espesura, degollado y sin cuero cabelludo... No me interrumpa. Usted sabe que tengo razón. En todas esas cabañas, las mujeres y los niños escuchan el viento entre los árboles y se preguntan si serán capaces de disparar una escopeta con prontitud cuando llegue el siguiente grupo de guerreros. Mi tío no puede bajar de la montaña por miedo a que alguien se ponga nervioso y le dispare.

—No hay ningún grupo de guerreros en ochocientos kilómetros a la redonda, Hannah Bonner.

—Ya lo sé. Pero ellas no lo creerán mientras no tengan a sus hombres en casa, sanos y salvos. Gritarles es una tontería. Peor aún: eso sólo aumenta su pánico.

Richard se detuvo en seco y se volvió hacia ella.

—¿Debemos dejar que los niños con fiebre se atiendan solos, mientras las madres apuntan un mosquete contra las sombras? No tengo paciencia para esas sandeces.

—Permita que yo me ocupe de las madres —propuso ella, y lo vio retorcerse ante su tono—. Usted está haciendo más mal que bien.

—En cualquier momento me pedirás que me una al grupo de búsqueda —barbotó el médico, aunque con mucha menos energía.

—Es una excelente idea. ¿Por qué no lo hace?

—Quizá lo haga —contraatacó Richard—. Pero la última casa que debemos visitar es el molino. Y si alguien puede disparar aquí, es uno de los Kuick. A decir verdad, en este momento me gustaría hacerme a un lado y presenciar la escena.

* *

Tras haber oído contar tantas cosas sobre la casa de la viuda Kuick, cuando Hannah entró en la cocina esperaba encontrar a criados y esclavos trabajando frenéticamente, luces encendidas en todas las habitaciones y pasillos vibrantes de gritos e indignación. En cambio, la casa parecía desierta, extrañamente fresca y tan vacía que la voz suave de Becca despertaba ecos en los corredores. El doctor le

preguntaba por su ama y la muchacha hacía lo posible por responder.

De Cookie no había señales. Anna McGarrity había divulgado que la criada nueva había partido al rayar el día, sin previo aviso. En la mesa había una pila de platos sucios; en el hogar, se consumían las últimas brasas; un gato se frotó contra las faldas de Hannah, maullando una pregunta.

—No sé adónde han ido todos —le respondió ella. Era un macho del tamaño de un mapache gordo—. Tal vez estén en la barraca de los esclavos. ¿Quieres que vayamos a ver?

Lo cierto era que estaba deseosa de abandonar la casa. Y el gato, encantado con la propuesta, trotó a su lado como un perro, con la cola levantada hacia el cielo.

El ruido del arroyo que alimentaba el molino se fue haciendo más fuerte. Por fin Hannah viró en un recodo y lo vio ante sí, oscuro y silencioso como la casa. El gato se adelantó a la carrera para rodear la esquina; ahora le tocaba a ella seguirlo, más renuente.

El edificio que servía como almacén y alojamiento para los esclavos se levantaba en un pequeño claro, entre el molino y la casa del capataz; era una construcción achaparrada, donde aún se veían luces. Una vez en el porche Hannah vaciló. Dentro se oían retazos de conversaciones: «... más de esas hortalizas...», «... quieres darme mi...», «¿Cuánto creéis que tardará el doctor en...?» y «Tom, ¿dónde has estado?» El aire estaba cargado de olores sabrosos: trucha frita, pan de maíz, leche caliente.

De pronto Hannah no pudo recordar por qué había ido allí, a menos que fuera, simplemente, para huir de la cocina fría de la casa. Pensó en desandar el trayecto y golpear puertas hasta dar con Richard, Becca o Jemima. También pensó en volver a su casa sola por el bosque, a pesar de lo que había prometido a Elizabeth.

La puerta se abrió. Allí estaba Cookie. Su expresión cauta cedió paso a una sonrisa.

—Señorita Bonner —dijo, mientras daba un paso atrás para abrir del todo la puerta—. Qué gusto verla. Pase, pase y siéntese a cenar con nosotros. Hay comida de sobra.

* *

—Aquí no hay dolores de garganta —aseguró Levi, cuando Hannah hubo acabado de contarles los sucesos del día. El ambiente alegre de la mesa se había ensombrecido, pero no del todo.

Ezekiel le guiñó un ojo.

—Ni lenguas del color de las frutas silvestres, aunque ayer Moses se quejaba de que le dolía la cabeza.

—Porque Malachi se la pisó al levantarse —explicó Shadrach, un hombrón corpulento, pero de voz sumamente suave.

Los siete esclavos de la viuda, sentados en torno de una tabla apoyada en dos toneles que servía de mesa, miraban a Hannah con franca curiosidad y buen talante. Si la escarlatina los preocupaba, lo disimulaban bien.

—Pues entonces haríais bien en no bajar a la aldea —les dijo ella—. Es una enfermedad contagiosa. Os dejaré un poco de té para el dolor de garganta, por si acaso, y también corteza de sauce para la fiebre.

—Es muy amable —musitó Cookie—, pero ya sabe que, cuando necesitamos atención médica, suelen venir Curiosity o Daisy.

—En los próximos días, Daisy estará muy ocupada con los enfermos de la aldea —explicó la muchacha—. Y Curiosity aún no ha regresado. Si os parece que alguien ha pillado la fiebre escarlata, mandad a buscarme.

De inmediato cayó en la cuenta de que ellos no podían, aceptar la ayuda ofrecida: la viuda no lo permitiría.

—Eso que oigo es el caballo del señor Kuick. —Cookie se volvió hacia la ventana. Su tono era suave, pero su expresión revelaba más—. No se ha detenido en la casa.

—Viene hacia aquí. Y de prisa —añadió Levi.

Todos los hombres se levantaron a la vez para acercarse a las ventanas.

—Parece que ha regresado toda la partida de búsqueda —murmuró alguien—. Hay mucho alboroto en la aldea.

—¿Viene alguien con el señor Kuick? —Hannah formuló la pregunta que nadie más se atrevía a expresar.

Cookie se volvió hacia ella.

—Viene solo —dijo, sin hacer nada por disimular su alivio—. Y con las manos vacías.

* *

El caballo de Isaiah Kuick se detuvo frente al molino, chorreando espuma y con la cabeza colgando. Por primera vez Hannah vio cierta preocupación en la cara de Cookie, pero no habría podido decir si era por el animal o por el hombre.

—¿Señor Isaiah? —llamó la negra, desde el vano de la puerta—. ¿Señor Isaiah? Pase, por favor.

El umbral estaba mojado. Hannah se agachó para convencerse de que era agua y no sangre lo que chorreaba de Isaiah Kuick.

El edificio estaba lleno de resonancias: el ruido del arroyo que corría montaña

abajo, hacia el Sacandaga; el matraqueo rítmico del canal contra las abrazaderas, los crujidos y gemidos de las paredes de madera, el silbar del viento.

—Señor Isaiah, ¿por qué no entra? Dígale algo, señorita Bonner. Puede que a usted la escuche.

—Soy Hannah Bonner, señor Kuick. ¿Está usted herido?

El óvalo pálido que era su cara se volvió hacia ellos, bamboleándose como si estuviera ebrio.

—Buscaré otra vez —respondió con voz ronca—. Una vez más.

Y se apartó nuevamente entre las sombras.

—¿Busca al capataz? —le preguntó Hannah, alzando la voz—. Hoy el señor Dye no ha aparecido por aquí, ¿verdad, Cookie?

La mujer había cruzado los brazos contra la cintura.

—No, no ha aparecido —dijo.

Hannah continuó.

—Usted no se encuentra bien, señor Kuick. ¿Por qué no entra para que el doctor Todd lo atienda? Está en la casa, con su madre.

La única respuesta fue una risa ronca, tan cerca que ella dio un respingo.

Isaiah tenía el manto empapado y el pelo chorreante pegado a las mejillas sin rasurar. Su cara parecía relumbrar a la luz nocturna, con los ojos enrojecidos y vidriosos. Oscilaba un poco, fija su atención en Cookie.

De pronto dio un paso adelante y la rodeó con los brazos para esconder la cara en la curva de su hombro. Todo su cuerpo se estremecía.

—Se ha ido, Cookie —susurró—. Se ha ido para siempre.

Ella lo mecía y le dio unas palmaditas en la espalda.

—Todo se arreglará, señor Isaiah —dijo en voz baja—. Todo se arreglará. Ahora le buscaremos ropa seca y algo caliente para beber. Está congelado hasta los huesos. —Y miró a Hannah por encima de los hombros convulsos de Kuick, con los ojos fríos como el agua que goteaba de los cabellos del hombre sobre su cara—. Ya verá cómo encuentran al señor Dye y lo traen a casa, más sano que nunca. Ya lo verá.

* *

Mucho después de medianoche, Hannah regresó a la cocina de la casa, perdida, desalentada y sin poder recordar lo que necesitaba.

Becca Kaes se incorporó súbitamente en un jergón que había tendido junto al hogar. La muchacha dio un paso atrás, con una exclamación de sorpresa y espanto.

—Becca —tartamudeó, llevándose una mano al cuello—, qué susto me has dado. Habían sido compañeras de escuela. Era una chica de buen corazón, que había

heredado la actitud cordial de su madre y la risa de su padre. En esos momentos su cara sólo expresaba preocupación y miedo.

—Hannah —dijo, mientras se adelantaba envuelta en una maraña de mantas—. ¿Es cierto lo de Eulalia Wilde?

¡Qué extraño, haber olvidado a Eulalia en tan poco tiempo! Hannah parpadeó varias veces, pero la sensación de tener arena tras los párpados siguió allí. Asintió con la cabeza.

—Sí. Tenía una infección grave que pasó a la sangre.

La otra lanzó una exclamación y un suspiro.

—Que Dios la tenga en su gloria. Éramos muy amigas. ¿Y Nicholas?

—Tiene escarlatina. Pero es fuerte. Creo que sobrevivirá.

Becca se dejó caer en un banco, junto a la mesa de caballetes. Pasado un momento pareció reaccionar y se apartó el pelo de la cara.

—Me da miedo preguntar por mi hermana y sus niños.

Hannah se sentó junto a ella.

—Molly está mal, pero los niños son fuertes y creo que saldrán adelante.

—Iría a ayudarla, si la viuda...

Ella la interrumpió con un gesto de cabeza.

—No te preocupes. Tu madre está con ella.

Becca sacó un pañuelo de la manga y se sonó la nariz.

—Supongo que debería ir a ver cómo está la viuda —dijo, en el mismo tono de voz que podría haber utilizado para anunciar que iba a limpiar el establo.

—El doctor ha dicho que dormiré hasta mañana —recordó Hannah—. No creo que haga falta.

Al oír eso la criada pareció sentir alivio.

—¿Quieres un poco de té o algo para comer? Hace mucho tiempo que no conversamos, tú y yo. La viuda... —añadió bajando la voz—, ya sabes cómo es.

—Ya lo sé, sí. Gracias por ofrecerme té, pero en realidad sólo quiero ir a casa. ¿Crees que algún hombre del molino podría acompañarme montaña arriba?

Becca se levantó tan súbitamente que hizo repiquetear los platos.

—Oh, cielos, lo había olvidado. Hay alguien que te espera hace horas. Un indio. No el que... —Hizo una pausa. Su tono sonaba algo irritado, como si detestara tener que pensar en lo que había sucedido la noche anterior—. Es un amigo de tu familia. Me he olvidado de decírtelo.

Hannah se espabiló de nuevo y cayó en la cuenta de que ésa era la noticia que esperaba oír.

—En ese caso, me despido.

—¡Espera! —La muchacha se adelantó—. ¿Qué pasará con el señor Kuick?

—Cookie está con él.

—¿Es la fiebre escarlata? ¿Está muy malo?

—Es la fiebre escarlata, pero también tiene pulmonía. Está muy mal, sí.

* *

Hannah estaba demasiado cansada como para sobresaltarse cuando Golpea el Cielo salió de entre las sombras del establo y echó a andar junto a ella; apenas lo miró. Se alegraba de poder andar a oscuras y de que el claro de luna hiciera innecesario llevar lámpara. También se alegraba de contar con Golpea el Cielo, pues él le brindaba las cosas que más necesitaba: consuelo, compañía y protección, sin hacer preguntas ni pedir explicaciones.

Mientras caminaban, sintió que la jornada se iba desprendiendo de ella, capa a capa. Niños con fiebre, madres temerosas. Isaac Cameron, desorbitado y balbuceando algo sobre las emboscadas de los indios, mientras ella le cortaba la carne infectada de una quemadura en la mano. La delgada capa de lo que había sido Eulalia Wilde. La cara bondadosa de Bump y la furiosa del doctor, con un escalpelo ensangrentado en la mano. La osadía de la muerte. Nicholas Wilde, desgarrado por el dolor. Daisy Hench, estrujando un paño frío para calmar la fiebre que ardía en tres de sus cuatro hijos, con los ojos clavados en el único sano, esperando. Todos ellos esperaban.

Golpea el Cielo caminaba junto a ella y, cuando el sendero era estrecho, delante. Hannah lo observaba; era alto, fuerte y reunía todas las cualidades que le habían enseñado a admirar en un hombre. Su piel tenía un tono cobrizo intenso, más intenso y más real que el suyo.

Como si hubiera pronunciado su nombre, él volvió la cabeza y la miró por encima del hombro; las plumas de garceta que llevaba entretrejidas al mechón de la coronilla se alzaron y giraron, impulsadas por la brisa. Ella formuló la pregunta que más temía:

—¿Hay algún enfermo en Lago de las Nubes?

—No —respondió él.

Habría podido decir: «Todavía no», pero no lo hizo. Sabía que esas palabras la disgustarían. La satisfacción y el fastidio lucharon en el interior de Hannah al darse cuenta de que, en el poco tiempo que llevaba con ellos, él ya la conocía.

—Deberías marcharte de aquí, ahora que aún estás sano —dijo—, regresar junto a los tuyos.

Nada más pronunciar esas palabras, se arrepintió de haberlo hecho, pero él le sonrió. De inmediato la ira le subió a la garganta, ardiente y dura.

—Deberías irte mañana —agregó—. Esta misma noche.

Y apretó el paso. Él la seguía, por veloz que fuera su paso. Cuando llegaron al claro de Lago de las Nubes, ambos iban ya al trote. Al oír el ruido de la cascada

Hannah echó a correr, dejó caer el cesto y, después de quitarse los mocasines, se zambulló sin pensárselo dos veces.

El pueblo de su madre sumergía a los recién nacidos en las aguas del gran río para que jamás olvidaran quiénes eran y quiénes serían siempre. Ella lo sintió en la boca del estómago, en el cuenco del cráneo, en la larga curva de la columna, en los músculos mismos de su corazón, un frío tan intenso que desalojó el dolor y la ira que comenzaban a grabarse en lugares intocables.

Cuando nació ella, su padre la llevó allí y la sumergió en el Lago de las Nubes; ése era su sitio.

Cuando salió del lago, con el cansancio chorreando junto con el agua, Golpea el Cielo estaba allí, donde se habían sentado juntos tantas noches. No la había besado; ni siquiera lo había intentado ni había mencionado el tema. Hannah lo agradecía; de esa manera ahora todo resultaba más fácil.

Cuando ella pasó a su lado, el guerrero la llamó por su nombre.

—Camina Adelante. —Y de inmediato añadió esa palabra que ella esperaba oírle, que temía no oírle jamás—: Hannah.

Se detuvo, con los brazos ceñidos al cuerpo, y se volvió hacia él.

Golpea el Cielo estaba de pie, pero ella no llegaba a distinguir sus facciones.

—Te conozco —dijo.

—Sí —respondió ella, aferrándose a la certidumbre que había llegado tan de súbito, sólo para abandonarla otra vez—. Comprendo que es así.



Capítulo 40

Hannah soñó con árboles cargados de ciruelas, peras y racimos de cerezas color sangre, melocotones pesados y blandos como la luna que ella imaginaba de niña. Hasta donde podía ver en sus sueños, había árboles cargados de fruta.

Como suele suceder en los sueños, Eulalia Wilde apareció de pronto; caminaba a su lado, señalando un árbol tras otro.

—Bajo un peral, tu prima Isabel; bajo un membrillo, tu abuela Atardecer; para Selah Voyager, ciruelas dulces. —Cuando llegaron a los manzanos, Eulalia se detuvo y se ciñó los brazos al cuerpo—. Aquí es donde yo me acuesto a dormir —dijo con una sonrisa—. Bajo la nieve.

Más allá se veían cien, mil árboles, con las ramas bajas inclinadas por el peso de las manzanas.

—¿Quién descansará bajo estos árboles? —preguntó Hannah.

La muchacha elevó las manos y canturreó:

—Grabenstein, Niños Esperando en Fila, No Busques Más.

Hannah se despertó sobresaltada.

Había epidemia en la aldea. Richard necesitaría ayuda, pero el impulso la llevó primero al jardín de Elizabeth.

Cuando los gemelos eran muy pequeños, los Bonner habían debido hacer un inesperado y desagradable viaje a Escocia; cuando volvieron, llevaron consigo varios árboles frutales en tinas, regalo del conde de Carryck, provenientes de su invernáculo. Elizabeth, entusiasmada por la idea de cultivar ciruelas, peras y cerezas en Lago de las Nubes, se había declarado dispuesta a aceptar el desafío. Si Carryck podía cultivar melocotones en Escocia, bien podría ella cuidar de unos cuantos árboles más resistentes durante el invierno de Lobo Escondido.

Pese al empeño de Elizabeth, que consultó con todos los agricultores de la aldea e intercambió cartas con Escocia, pese a los abonos, el riego cuidadoso y las capas de arpillera con que los envolvieron durante los meses fríos, tres de los árboles no sobrevivieron al primer invierno. El siguiente mató a otros dos. Sólo un cerezo sobrevivió. En ese árbol, plantado en un sitio soleado entre la cabaña y el establo, donde estaba protegido contra el viento, Elizabeth aplicó todos sus esfuerzos. Desde entonces, todos los comienzos de verano recibía su recompensa en especies.

El árbol era como una vieja seca, de espalda torcida, que aferra sus galas entre las garras flacas. Hannah llenó un cestillo y entró en el granero a clasificar la fruta. El lugar olía a heno seco, a serrín mojado y al viejo Toby, que roncaba suavemente en su caballeriza; sólo despertaría cuando alguien se acordara de sacarlo a pastar. Hannah dejó entreabierta la puerta para que entraran la brisa y el rumor de las cascadas,

melodía familiar y consoladora.

Una sombra cayó sobre la mesa, y ella contuvo el aliento.

En el vano de la puerta se erguía Golpea el Cielo; lo supo sin levantar la cabeza. Lo conocía por su forma y su tamaño, por su manera de respirar y porque su propio corazón le desobedecía: galopaba hacia delante, hacia algo que ella no quería. Hoy no, ahora no.

Continuó trabajando mientras él la observaba; sus dedos escogían la fruta como por voluntad propia. Hannah se prometió que no sería la primera en hablar, aunque algo en ella protestaba por esa conducta infantil. Pero él la había llamado por su nombre inglés, y eso la inquietaba. Era como si hubiese visto el secreto que ella conservaba, desde hacía tanto tiempo, escrito en la frente: que se llamaba a sí misma Hannah, ante todo y siempre. El nombre adulto que su abuela le había puesto, Camina Adelante, nunca había llegado a arraigar en su mente. Era un buen nombre y se lo había ganado, pero respondía a él como si la llamaran: «Oye, muchacha...»

—Cuando está Golpea el Cielo, tú cambias —le había dicho Daniel. No podía convencer a nadie, ni siquiera a sí misma, de que sólo sentía amistad por el hombre que estaba de pie en el vano de la puerta, observándola.

Levantó la vista, enrojecida y agitada como sí hubiera corrido un par de kilómetros.

—¿Qué miras? ¿En estas pocas horas has olvidado cómo soy?

Su tono pareció no preocuparlo.

—Me gusta cómo eres, Camina Adelante.

Entró a la sombra fresca, con el sol a la espalda. Hannah no podía ver su expresión, de lo cual se alegraba. Por su mente pasaron un sinfín de cosas que podría decirle, pero al final habló sólo por oír el sonido de su propia voz.

—Estoy muy ocupada, como puedes ver. Debo bajar a la aldea; el doctor me estará esperando.

—Tus manos están ocupadas, sí, pero tu boca no.

Ella ardía en deseos de arrojarle algo a la cabeza, pero se obligó a respirar hondo hasta que el impulso hubo pasado.

—¿Es que no tienes nada que hacer?

—Nada tan importante como lo que estoy haciendo.

Esas palabras le corrieron por la columna como los escalofríos de la fiebre.

—Basta de bromas. ¿Qué quieres?

La miraba con tanta franqueza, era tan fácil leer en sus ojos, que Hannah no pudo soportarlo y bajó la cabeza. No confiaba en su propia expresión ni quería ver la de él. Por encima de todo, no quería que él respondiera a su pregunta: «¿Qué quieres?», que pendía en el aire entre los dos, tan plena y madura como la fruta que tenía en las manos. Habría querido arrebatársela y tragársela entera.

—Estas cerezas están maduras —dijo, sin levantar la vista—. Si tienes hambre...

Una vez que pudo confiar nuevamente en sí misma, irguió la espalda y, mirándolo a los ojos, le alargó unas cuantas cerezas en la palma de la mano. Su color era tan intenso y oscuro que ocultaban en su hondura los otros colores del mundo. No eran negras ni rojas, sino ambas cosas y ninguna de las dos. Un color tan intenso y complejo como el de los ojos de aquel hombre, que la miraba con un deseo desembozado e impenitente.

Él alargó la mano para cogerlas, pero su palma quedó en suspenso, vacilante. Luego sus dedos se curvaron sobre la fruta y le rozaron la muñeca.

—Te hago temblar, Camina Adelante.

—Me impides trabajar; eso es todo.

—No es la primera mentira que me dices, pero es de las que duelen.

Ella habría podido apartarse, pero siguió allí, mientras Golpea el Cielo le recorría la muñeca con los dedos, ya con más decisión, de modo que las cerezas rodaban entre ambas palmas. Su contacto era ligero; sus dedos, fuertes, ásperos y frescos. Cuando Hannah levantó la vista, lo encontró sonriente. Él apartó la mano, llevándose la fruta.

—Anoche huiste de mí —dijo.

—Estaba cansada.

Era extraño que una verdad pudiera ser al mismo tiempo una falsedad. Hannah esperaba que él se fuera, pero Golpea el Cielo se limitó a volverse de perfil, para contemplar la luz matinal mientras se comía las cerezas. El jugo le corría como sangre por la comisura de la boca. Ella, al verlo, dio un respingo y envolvió los dedos en la falda, para no tocarlo.

Golpea el Cielo se limpió con el dorso de la mano y dijo, sin mirarla:

—Ven conmigo al oeste, Camina Adelante. Ven a vivir conmigo, entre mi gente. Allá, entre los sénecas, hay trabajo para ti.

De Hannah escapó un sonido, como si todo el aire retenido en sus pulmones saliera de súbito. Para que no le temblaran las manos las apoyó en la tosca mesa.

—¿No tienes nada que decir? —Él se volvió hacia ella, impasible, como si le hubiera preguntado si iba a llover y esperara tan sólo esa respuesta.

—Quieres que vaya al oeste porque los sénecas necesitan otra curandera. —No era tanto una pregunta como una acusación; ella lo percibió en su propia voz. Y él también; cuando sonrió, los surcos largos de sus mejillas le dieron el aspecto de un hombre libre de temores, seguro de sí y de su lugar en el mundo.

—En los viejos tiempos nuestras madres se hubieran encargado de acordar esto —dijo—, pero ahora debemos actuar por nuestra cuenta. Escucha, Camina Adelante: seré un buen esposo para ti. Estaremos juntos, codo con codo, entre gente de verdad.

Hannah parpadeó, herida por un recuerdo involuntario, penetrante como el hielo. Mucho tiempo atrás, había estado en aquel mismo sitio con Liam Kirby, en pleno

invierno. Y él, mirándola como ahora la miraba Golpea el Cielo, le había pedido una promesa que ella no podía hacer. Aún lo veía: la nieve pegada a las cejas y a su pelo rojo, allí donde asomaba por debajo de la gorra, tan pálido que se veía palpitar la sangre en las venas de sus sienes.

«Para mí eres blanca». Él había dicho esas palabras, y con ellas había alzado la primera barrera entre los dos. La primera de muchas, aunque entonces ella no lo sabía; durante su niñez, Liam formaba parte de su vida, tanto como Lobo Escondido. Pero se había ido, para siempre.

Aquel día ella habría querido pegarle, escupir la negación que tan amarga sabía en su lengua: «No soy blanca». Pero no podía decirlo, pues era verdad sólo en parte. Ella era blanca y también piel roja, y todo lo intermedio, y nada de eso. Pero entonces era una niña. Ahora, ya mujer, tenía palabras mejores que no temía pronunciar.

—Mi gente es gente de verdad —le dijo a Golpea el Cielo. Tuvo que tragar saliva para que la voz le obedeciera—. Toda mi gente, blanca o mohawk, es gente de verdad.

Él levantó la cabeza y encontró su mirada, firme, segura y concentrada; la miró como si no hubiera otra cosa que ver en el mundo. La estudió como si fuera el mapa de la montaña que Daniel le había dibujado: para conquistar sus secretos, para hacerla suya.

—Toda tu gente es gente de verdad —dijo—. Haces bien en corregirme.

Era lo único que podía decir para abrir la puerta entre ambos. Hannah se sorprendió tanto al oírlo que no se le ocurrió ninguna respuesta; todas sonaban tontas. A él no pareció molestarlo su silencio.

—En mi aldea habría tiempo —continuó él—. Todas las noches bailaríamos con los otros junto a la gran fogata, con tu bufanda entre las manos. Y una noche, cuando estuvieras dispuesta, me pondrías la bufanda sobre los hombros, y entonces yo abandonaré la fogata de mi madre para vivir contigo.

No se acercó, pero Hannah sentía su fuerza, su voluntad, la más potente que ella había conocido. «Tanto como la mía». Cerró los ojos, y cuando tornó a abrirlos, él aún estaba allí. Se preguntó si su piel sería tan dulce como lo había sido su boca en aquel breve instante. Apartó la vista y volvió a mirarlo.

«Un buen hombre —diría su tío, si ella lo interrogaba—. Fue un buen marido para la hermana de mi esposa. Cualquiera mujer se alegraría de tenerlo por esposo».

—¿Fue así como se acordó tu matrimonio con Mujer Alta?

Vio la chispa de dolor en sus ojos al oír el nombre de su esposa, fallecida tres años atrás. «Es bueno ver que su corazón es leal», se dijo. Y entonces se le ocurrió preguntarse si su tío Palabras Fuertes le habría hablado de ella. Tal vez había llevado a su amigo aparte para decirle: «La hija de mi hermana es una buena mujer», o «Será una buena compañera», o «Ya es tiempo de que tomes otra esposa».

—No —respondió él—. En la aldea hubo una enfermedad que mató a muchos ancianos y niños. Su madre falleció tres días después que la mía. No era tiempo para danzas. —Hizo una pausa, pero no apartó la vista—. Mujer Alta fue a mí en la noche, para darme consuelo. Para recibirlo.

Entre ellos se produjo un largo silencio, mientras él recordaba y ella imaginaba. Por fin Hannah dijo:

—En el oeste hay guerra.

—Sí, y aquí también, aunque de otro tipo. Tú luchas en esta guerra todos los días. Dentro de pocos minutos irás otra vez a combatir.

De pronto a la joven le acudió a la mente la imagen de la viuda Kuick, con la cara contraída por el disgusto. Y la de su hijo, con los ojos atormentados por la fiebre y la pérdida.

—¿Quiere que llame a su esposa? —le había preguntado ella.

La respuesta de Isaiah había sido:

—No tengo esposa.

—¿Por qué hiciste que Mujer Alta fuese a ti? —le preguntó a Golpea el Cielo.

Él parpadeó, como si hubiera oído algo en un idioma que no reconocía.

—Fue ella quien lo decidió, Camina Adelante. Tal como ahora decidirás tú.

Hannah dijo, muy lentamente:

—No tenemos por qué desechar todas las costumbres antiguas. Podrías abandonar la fogata de tu madre para venir a vivir entre los míos.

Golpea el Cielo se quedó tan quieto que la muchacha se asustó: ahora él le volvería la espalda. Supo entonces que no quería perderlo. Pero tampoco podía retirar lo dicho: era la verdad y no se avergonzaba.

—Debo reunirme con mi pueblo —dijo Golpea el Cielo.

Hannah sintió una oleada de sangre que la dejó mareada. Se tambaleó un poco y tuvo que apoyarse en la mesa.

—No trataré de convencerte de lo contrario.

—Camina Adelante... —Su tono tenía una súbita urgencia—. No te equivoques: serás tú quien decida, pero deberás hacerlo.

Lo miró directamente a los ojos. Él no parpadeó, pero su aire sereno había desaparecido, reemplazado por el deseo urgente que ella esperaba.

—No estoy lista para decidir.

Golpea el Cielo dio un paso hacia ella y le cogió la mano. Tenía la respiración tan agitada como Hannah, pero se limitó a cogerle la mano.

—Todavía no estás lista, Camina Adelante. Pero pronto lo estarás.

Para su propia sorpresa, Hannah le retuvo la mano cuando él quiso retirarla.

—De vez en cuando debes llamarme Hannah, pues ése también es mi nombre —dijo.

—De vez en cuando te llamaré Hannah. —Por fin él sonreía de verdad—. Pero, sobre todo, espero poder llamarte esposa.

* *

Era un gran alivio tener a Daniel nuevamente en casa. Aun así, por la mañana, las preocupaciones de Lily eran tan grandes que no bastaban los dos para sobrellevarlas.

Él le había pedido inmediatamente un informe sobre Jemima Kuick, y cuando Lily le dijo que Jemima parecía haber olvidado por completo lo sucedido en Eagle Rock, la miró como si en ese momento le estuvieran saliendo a su hermana un par de cuernos.

—Lo más probable es que no hayas prestado atención, por andar con la nariz metida en tus dibujos. —De inmediato, al ver la expresión de su gemela, se le llenaron los ojos de agua. Lily comprendió que estaba tan afligido como puede estarlo un niño.

Juntos fueron al taller, en busca de Hannah. Ella estaba recogiendo lo que debía llevar a la aldea. Entre sus cejas había una arruga, señal de que estaba muy preocupada, distraída o ambas cosas a la vez, de manera que esperaron. En realidad, Lily no sabía qué iba a decir, pero le gustaba estar allí: los tres juntos.

Hannah echó un vistazo a Daniel.

—¿Me traes ese montón de trapos, por favor? ¿Habéis venido a preguntarme por Eulalia Wilde?

Decididamente, la niña no quería oír una palabra más sobre su amiga Eulalia, que se había ido al país de las sombras sin previo aviso. Perder un brazo no parecía ahora tan terrible, al menos en su caso: aún hubiera podido cuidar de los árboles y bailar con Martin Gathercole, que ahora debería casarse con otra. Daniel dijo:

—Su hermano ya no tiene quien lo cuide.

En ese momento Hannah dejó lo que tenía entre las manos y fue a abrazarlo. Apoyó la cabeza sobre el hombro de Daniel, que no era mucho más bajo que ella, y permaneció de esa manera durante un largo minuto. Por fin se apartó y dijo:

—No te preocupes por mí, Daniel. Yo sé cuidarme.

—¿Cómo puedes cuidarte, si siempre andas entre enfermos? —objetó Lily.

—Esta enfermedad no es como la del verano pasado.

—No es difteria, ya lo sé. Nos lo dijo mamá. Pero podría ser igualmente grave.

La verdadera pregunta encerraba palabras más audaces: ¿cuántos morirán? ¿Enfermaré yo también? ¿Y si enfermamos todos? ¿No puedes quedarte aquí con nosotros?

Hannah comprendió, como siempre, e interrumpió lo que estaba haciendo para

sentarse en la cama, con su hermana a un lado y el niño al otro. A Lily le gustaba estar allí con ella, por los olores reconfortantes del taller y la intimidad; sin embargo, lo que Hannah iba a decir le daba tanto miedo que habría querido huir.

—Algunos morirán —dijo su hermana—. ¿Cuántos? Eso depende de la potencia y la rapidez con que se extienda la enfermedad.

—Mamá tiene miedo. Por lo de Robbie. —Era raro que Daniel pronunciara el nombre del hermano menor. Lily sabía lo que le costaba.

—Por supuesto —explicó Hannah—. No hace aún un año que lo perdimos. Creo que todos tenemos miedo. Eso es señal de sentido común, siempre que el miedo no nos impida hacer lo que es preciso.

Veía los pensamientos que pasaban tras los ojos de su hermanita: un revoloteo de polillas contra una ventana iluminada al anochecer. En Daniel la preocupación se expresaba en su resistencia a mirarla a los ojos. Los niños no comprendían. Y no había manera de hacerles comprender, pues todo era un misterio: de dónde provenía la enfermedad, cómo pasaba de persona a persona, por qué mataba a unos y a otros no. ¿Cómo prometerles que ella no caería enferma, que no moriría?

La noche anterior, insomne, había repasado a la luz de la vela todas sus notas, libros y extractos. Esperaba hallar algún dato que cambiara las cosas. Lo que leyó no era mucho más de lo que sabía por Richard, quien había tratado la escarlatina cuando era cirujano del Ejército y también en Albany. Podía consultar todos los textos escritos, hablar con todos los médicos y todos los curanderos, pero nadie le diría lo que esos niños, lo que todos, deseaban saber: cómo detenerla.

Hannah pasaría el día entero en la aldea, haciendo lo posible por calmar temores, aliviar fiebres y fortalecer a los que aún estaban sanos, pero no dudaba de que algunos morirían. Niños, en su mayoría. No podía prometer siquiera que la enfermedad no llegara a Lago de las Nubes, aunque se pusieran en cuarentena.

Lily suspiró, como si le hubiera oído decir todo eso en voz alta.

* *

Cuando Lily y Daniel salieron, Golpea el Cielo estaba en el porche. Tenía la boca roja de jugo de cerezas. El niño dijo:

—Podrías persuadirla para que no fuera a la aldea.

Lily le dio un codazo, y Daniel se apartó, ceñudo. Luego miró al guerrero de arriba abajo.

—A nosotros no nos permiten acompañarla.

Golpea el Cielo gruñó:

—Cuando no podáis cuidar de vuestra hermana, lo haré yo.

—A ella no le gustará —objetó Lily.

—Yo en tu lugar me mantendría a distancia —añadió su hermano.

Él los miró a ambos, con una comisura de la boca hacia arriba y la ceja opuesta enarcada en ángulo. Eso quería ser una sonrisa, pero expresaba más que eso. Daniel la interpretó como señal de algo completamente distinto.

—En eso, al menos, veo que estáis de acuerdo.

Daniel, tras largas discusiones con su padre y su abuelo, había decidido que el séneca del oeste era casi digno de su hermana, pero ella jamás aceptaría ninguna decisión que la apartara de ellos.

—Todavía no —dijo Golpea el Cielo, como si hubiera adivinado sus pensamientos—, pero será pronto.

—Con tantos enfermos en la aldea no tendrá tiempo para ti. —Lily se avergonzó del mal humor que expresaba su propia voz, pero a Golpea el Cielo pareció no importarle.

—Tenemos muchos años por delante. Unos pocos días más no importan.

Daniel, que tenía tareas pendientes, se alejó de mala gana; tal vez sabía que su gemela estaba decidida a formular a aquel hombre preguntas muy concretas sobre lo que planeaba para su hermana. Cuando Lily logró reunir el valor necesario para comenzar, Joshua Hench entró al galope en el claro, a lomos del potro gris de tío Todd, al que a nadie permitía siquiera ensillar, y mucho menos montar. Fue la primera señal de que sucedía algo malo, pero si hacía falta otra, bastaba con ver la expresión del herrero. Joshua Hench era el hombre más tranquilo que Lily había conocido, más aún que su abuelo; debía de suceder algo grave para que estuviera tan alterado.

Hannah también debió de oírlo, pues salió al porche, justo en el momento en que él se detenía frente a la cabaña.

—Me ha enviado el doctor. ¡Quieto, Júpiter! —El potro bailaba en círculos. Joshua tiró bruscamente de las riendas, mientras seguía hablando por encima del hombro—. La nodriza alemana ha pillado la escarlatina. Y la pequeña también. Dice que es grave y quiere que vayas inmediatamente. Te llevaré a la grupa, si te atreves. Júpiter está hoy de muy mal humor.

—¡La niña! —dijo Lily, sin dirigirse a nadie en especial—. ¡Qué triste debe de estar tía Todd!

Hannah no encontró respuesta, pero le apoyó una mano en la nuca. Luego, en tres pasos, saltó del porche hacia el ancho lomo del potro, detrás de Joshua Hench.

Golpea el Cielo se acercó para entregarle la bolsa a Hannah. Era la primera vez que tenía que levantar la cara para mirarla a los ojos. La expresión de la muchacha era extraña. Parecía como si tuviera muchas cosas que decir y no encontrara las palabras.

Sólo cuando ambos desaparecieron, en un torbellino de cascos al galope, Lily lo

supo. Y lo que supo la asustó tanto, que tuvo que decirlo en voz alta.

—Hannah no está segura de volver a casa.

Golpea el Cielo le apoyó una mano en el hombro.

—Yo cuidaré de que vuelva —dijo—. Eso puedo prometértelo.

* *

—He hecho todo lo que me dijo el doctor Todd —aseguró Dolly Smythe a Hannah—. Pero no ha servido de nada. ¡Ojalá volviera Curiosity! ¿Cómo se lo diré a la señora Todd?

Ambas estaban de pie junto a la cama, en la pequeña alcoba contigua a la habitación de la niña, donde dormía la nodriza. «Esther, se llamaba Esther», recordó Hannah. Era una muchacha hosca, y tenía sus motivos: haber viajado tanto, perder en el camino a su esposo y a su hijo, sólo para vivir y morir en el límite del páramo.

Hannah se sentó con pesadez, cambiando a Meg de posición entre sus brazos. La pequeña tenía la carita cubierta de sarpullido. Bastaba su calor (era como sostener un hatillo de brasas vivas) para saber que había pocas esperanzas, a menos que le bajara la fiebre.

—No te preocupes por Kitty. Se lo diré yo. Repíteme cómo fue el final.

Dolly, muy perturbada, asintió. Su relato fue sencillo: Esther había despertado súbitamente de un sueño inquieto y febril. De pronto se había incorporado, quejándose de un terrible dolor de cabeza, o al menos eso creía Dolly, pues se apretaba la cabeza entre las manos. Luego había caído contra la almohada, muerta. Hacía apenas media hora.

Había noticias del doctor, que la muchacha le transmitió con voz sofocada, mientras Hannah dejaba caer gotas de agua sobre la lengua de la niña, roja como un amanecer. La pequeña tragaba. Eso era una buena señal.

Y había otra: ninguno de los casos de escarlatina que se habían dado en la aldea, doce en total, parecía tan grave como los dos que el médico tenía en su propia casa, con excepción de Isaiah Kuick. El doctor estaba con Molly LeBlanc, y cuando pudiera dejarla, visitaría a Isaac Cameron, cuya quemadura parecía gangrenada.

—¿La gangrena es contagiosa? —preguntó Dolly—. Yo creía que no, pero ayer la pobre Eulalia, ahora el señor Cameron...

—Es una triste coincidencia —aseguró Hannah en voz baja.

A decir verdad, ella también lo había pensado. No convenía que en la aldea comenzaran a preocuparse por algún tipo de gangrena contagiosa mientras luchaban contra la fiebre escarlata. Por eso prefirió no decir nada.

—El doctor ha pedido que vayas directamente a casa de los Kuick, cuando acabes

aquí.

Antes de que Hannah pudiera expresar su sorpresa por esa extraña orden —pues ella era la última persona que la viuda querría ver—, Dolly le volvió la espalda.

—Si me disculpas... —dijo, mirando a Meg casi con renuencia, vacilante. Entonces Hannah comprendió: ya había decidido que la niña no viviría. No era la primera vez que ella veía algo así: una mujer que se obligaba a apartarse de quien aún vivía para ahorrarse el dolor de otra pérdida.

—Debo bañarla en agua fría. Antes de partir te la llevaré a la cocina. ¿La señora Todd aún duerme?

—Estoy aquí.

Desde el otro lado de la puerta, llegó la voz de Kitty, cargada de impaciencia. Pasó rozando a Dolly, con la bata flameando hacia atrás, y se detuvo frente a la cama. Después de mirar durante un largo instante a la nodriza, se tocó el cuello con un dedo.

—Dolly, llama a Anna Hauptmann o a alguna otra mujer para que se ocupen de amortajarla. Y pide a Bump que cave otra tumba, por favor. Espero que Elizabeth sepa bastante alemán como para escribir a la familia de esta pobre muchacha. —De pronto levantó la cabeza y alargó los brazos hacia Meg, agitando los dedos—. Yo puedo atenderla, si me dices qué debo hacer.

—Kitty... —empezó Hannah, despacio.

Dolly emitió un grave gemido:

—Ha dicho el doctor...

No era frecuente que Hannah viera realmente furiosa a Kitty, pero la manera en que parecían brillar los huesos de su cara no admitía dudas.

—Si mi esposo tiene algo que objetar, lo arreglaré directamente con él cuando regrese. Ahora dame a la niña, para que pueda atenderla. Y no me hables de mi salud, Hannah. Nunca en mi vida me he sentido mejor.

Tenía dos manchas de intenso color en las flácidas mejillas, pero sus ojos desafiaban a la muchacha a que hiciera mención sobre ellas. Ella asintió.

—Vamos a tu alcoba. Te explicaré lo que debes hacer.

—No. —Kitty arrojó a la niña contra su pecho—. Déjala por mi cuenta. Tú tienes cosas que hacer. Creo que el señor Kuick ha pedido que lo atiendas personalmente.

* *

Esta vez Cookie estaba en la cocina. Hannah se alegró de verla, y aún más de enterarse de que no debería tratar con Jemima.

—Cuando no está en la oficina, baja al molino —dijo la esclava, en tono seco—.

Trata de reemplazar al capataz. —La pequeña boca se frunció como si tuviera algo agri dulce en la lengua.

—¿Y el señor Kuick?

Cookie vaciló.

—Becca está con él. Está muy mal, pero ya lo verás tú misma.

—El doctor dice que ha preguntado por mí.

—Así es. —Sacudió los dedos enharinados sobre la masa—. Pero no me preguntes por qué. No lo sé.

—¿Y su madre?

Cookie sonrió.

—No tienes nada que temer de la viuda. Está tan atiborrada de láudano que podría encontrarse a otro indio acostado con ella en la cama y se quedaría tan tranquila.

Becca la recibió a la puerta de la alcoba con tal cara de alivio, que Hannah se arrepintió de haber tardado tanto.

—Está un poco mejor —susurró—. Al menos parece que la fiebre ha cedido un poco. Las sábanas están otra vez empapadas de sudor. Tendré que ir a por otras. —Y se escabulló al trote por el pasillo.

Desde la cama, Isaiah Kuick dijo:

—Señorita Bonner, muchas gracias por venir.

Su voz sonaba ronca de fiebre, pero hizo un esfuerzo por sonreírle. Hannah se sentó a su lado, en una silla de respaldo curvo. Pese a la gruesa carga de mantas, Isaiah temblaba tanto que sacudía la cama. Tenía el pelo empapado de sudor; cuando Hannah le tocó la frente, tuvo que contenerse para no retirarla, sorprendida.

—No sabía que un ser humano podía calentarse tanto —graznó él. Su respiración era superficial y sibilante; eso significaba que los pulmones no podían trabajar. «Neumonía», había informado Richard Todd. Hannah no necesitaba apoyarle el oído contra el pecho para saber cómo sonaba.

—Sería mejor que no forzara la voz —recomendó, mientras cogía un paño del cuenco de agua que había en la mesita de noche para refrescarle la cara.

—¿Qué no fuerce la voz? —Sus ojos desteñidos parpadearon—. Es que debo hablar, señorita Bonner. La he llamado para que escuche mi confesión. Usted es católica, ¿verdad? Tengo entendido que los católicos creen que la confesión hace bien al alma.

Hannah se quedó tan sorprendida que durante un momento no supo cómo responder.

—Fui bautizada por un sacerdote católico —dijo—, pero nunca he practicado ese credo. Yo lo que puedo hacer es...

—Usted no puede hacer nada —la interrumpió él, en un susurro ahogado—. Me queda un día de vida. Menos, si Dios tiene algo de piedad.

Hannah apartó la manta y le humedeció el cuello, áspero de sarpullido; luego le levantó un poco la cabeza para estudiarle la cara: ojos ribeteados de rojo y algo hundidos por la pérdida de fluidos. Después de ayudarlo a beber un poco de agua, se volvió a coger las cosas que necesitaba.

—¿Qué hace?

—Le prepararé una tisana para aliviar las molestias.

—No malgaste remedios en mí, señorita Bonner.

Hannah volvió a sentarse; los frascos que tenía en la mano tintineaban.

—No me quedará cruzada de brazos mientras usted se muere, señor Kuick. Si no me permite que lo trate, iré a atender a otros. En la aldea hay muchos enfermos.

Él la miró con intensidad; luego, los ojos rodaron hacia atrás lentamente y entró en convulsión.

Las convulsiones por fiebre no eran raras, pero Hannah nunca había tenido que atenderlas sola. Cuando remitieron, ella también estaba empapada en sudor. Luego Isaiah cayó en un sueño tan profundo que ella tuvo que comprobar si aún vivía. Su pecho subía y bajaba a un ritmo intranquilo. Hannah lo observó durante un rato, mientras le tomaba el pulso.

Cuando Becca regresó al fin, ambas cambiaron las sábanas sin pronunciar palabra.

Inesperadamente, Isaiah Kuick volvió en sí y dijo:

—Ve a acompañar a mi madre, Becca. Tengo cosas que discutir con la señorita Bonner.

* *

—¿Cuántos enfermos hay en la aldea?

Hannah lo estudió durante un momento. El sonido de su respiración era con mucho el peor de los síntomas: acuoso y jadeante. Él no era un hombre robusto, pero sí bastante sano; de no ser por la inflamación de los pulmones, habría tenido muchas posibilidades de sobrevivir.

—Doce, de escarlatina —respondió—. Pero también hay otros pacientes. Beba un poco de esto.

Le levantó la cabeza para ayudarlo a tragar el té aguado. Luego, Isaiah se limpió la boca con la mano e hizo una mueca:

—Sabe horrible.

—Pero suele ser muy efectivo.

—Bien, ahora que he bebido su pócima, ¿quiere escuchar mi confesión?

Hannah contuvo una réplica impaciente.

—No se exija tanto a sí mismo —recomendó—. Necesita de todas sus fuerzas para luchar contra la fiebre.

Sin previo aviso, él le cogió la muñeca; el círculo de sus dedos era como hierro al fuego.

—Quiero que me escuche, por su propio bien, señorita Bonner. ¿No quiere concederme este último deseo?

Hannah comenzaba a pensar que había vuelto a quedarse dormido, pero de pronto él comenzó, con su voz sibilante:

—Como usted sabe, mi esposa tiene miedo de usted.

Hannah asintió con cautela.

—Yo diría que me odia. Lo sé, sí.

—Cuídese de ella, señorita Bonner. Una vez que yo me vaya, no habrá nadie que la contenga. Creo que ya ha comenzado.

—¿Que ya ha comenzado? ¿Con qué? —A Hannah se le erizó la piel de la espalda—. No comprendo.

—Esta mañana, a primera hora, ha mandado a Becca a la aldea con dos cartas para enviar a Johnstown. Van dirigidas al juez del circuito y al magistrado del condado. Mañana mismo ambos recibirán esas cartas.

Hannah se echó atrás en la silla, sin poder disimular su sorpresa. Él continuó:

—Becca se ha comportado conmigo como una buena amiga. A veces me cuenta cosas de su familia y de una abuela suya..., no recuerdo su nombre...

—La llamaban Froma Anje —apuntó la muchacha.

—Tuvo suerte de nacer en esa familia.

—Todavía la tiene. —Demasiado tarde, Hannah recordó a la hermana de Becca.

—Es un alma buena, aunque simple. —La respiración del enfermo se hizo más dificultosa. Ella lo ayudó a incorporarse.

—Me decía que esas cartas...

Él hizo un gesto afirmativo.

—No sé qué escribió, pero temo que le traerán más dificultades, señorita.

—Pero qué...

—Permítame hablar. No sé cuánto me durarán las fuerzas. Como usted sabe, la caja fuerte ha desaparecido con todo el dinero.

A mi muerte, Jemima se quedará aquí con mi madre, sin manera de escapar de ella. —Esbozó una sonrisa—. Es comprensible que esté desesperada.

—Pero tendrá a su hijo —objetó ella—. Un hijo de usted.

Él apartó la cara durante un largo minuto, y luego continuó hablando, en voz muy baja.

—Usted sólo sabe lo peor de Ambrose Dye. Después de lo que le ha visto hacer, no tiene motivos para creerme, pero en otros tiempos él no tenía el corazón tan duro.

Se produjo un silencio más largo, hasta que por fin Hannah dijo:

—Ustedes eran amigos.

Isaiah emitió un sonido ronco, algo que podía pasar por risa.

—Sí, en efecto. Ahora escúcheme con atención. Lo que sucedió con Reuben fue culpa mía. Debo asumir esa responsabilidad antes de morir.

Isaiah recorría la cara de Hannah con los ojos, como buscando una respuesta: perdón, comprensión, quizá curiosidad; algo, ahora que lo había dicho. Hannah adivinó lo que necesitaba, pero no podía dárselo.

—Continúe —dijo en voz baja.

Él lanzó un profundo suspiro, que le estremeció todo el cuerpo.

—Sucedió en un acceso de ira. Ambrose arrojó el saco, que se rompió sobre el muchacho... —Se tapó los ojos con la mano—. Todo fue muy rápido... No lo digo como excusa, pues no hay excusa alguna —agregó, fatigado—. Y luego yo empeoré las cosas. Habría debido llamar a la policía. Después de todo fue un accidente. Pero tuve miedo.

Se echó a llorar como un niño cansado. Hannah no se movió; tenía la sensación de que, si hacía el menor ruido, si trataba de llegar a él, Kuick no podría continuar. Y ella necesitaba oírlo todo: por el bien de Cookie, por el de todos.

—Usted debe de pensar que yo temía por Ambrose, por lo que pudiera sucederle a él. Pues no, temía por mí mismo. Siempre por mí, desde el principio al fin. —De pronto sacudió la cabeza como para despejarse, se incorporó sobre las almohadas y señaló una pequeña caja de marfil que había sobre el tocador—. Ahí hay una carta que escribí el día del entierro de Reuben.

—¿Qué dice?

—Muchas cosas, pero la más importante es ésta: cualquiera que sea el castigo que Ambrose haya recibido, lo merecía. No deberían ahorcarlos por lo que hicieron.

—Ahorcarlos... —Hannah repitió esa palabra, que sonaba hueca y dura—. ¿Cree usted que Jemima...?

—Probablemente no —respondió él, bajando otra vez la cabeza—. Ella no malgastaría tanto capital, ni siquiera para vengarse de usted. Me siento muy débil, señorita Bonner. Escuche, por favor. He hecho un mal enorme a Cookie y a los otros, pero de esta manera tal vez pueda redimirme un poco, al menos ante ellos. No deben sufrir ningún daño. Si llega el caso, ¿usará usted esa carta?

—Sí —prometió Hannah—. Si es preciso, la usaré.

Eran muchas las cosas que no comprendía, pero ante todo era médico; al ver el pulso vacilante en el cuello del enfermo, comprendió que no resistiría más tensiones. Aun así, Kuick la llamó con un dedo hasta que ella acercó la cabeza. Olía a sudor caliente, a corrupción dulzona.

—Aún no sabe por qué le pido esto —susurró él—. Cookie no fue la única

persona perjudicada por Ambrose Dye. —Su voz se apagaba—. Si no me equivoco, se enterarán muy pronto.

* *

La carta se componía de dos hojas plegadas y selladas con lacre; bajo el sello, con letra pulcra, había escrito: «Yo, Isaiah Simple Kuick, sano de cuerpo y espíritu, juro por Dios Todopoderoso y todo lo que es sagrado que cuanto he escrito en estas páginas es la verdad. Testigo de mi firma: Rebecca Kaes, de Paradise, el 24 de abril de 1802.»

Becca había firmado con escritura redondeada. En la otra cara, donde habría debido ir la dirección, Kuick había copiado unas líneas:

*La luz no tiene lengua: es toda ojos.
Si pudiera hablar, además de ver,
esto sería lo peor que diría:
que estando bien, bueno debería haber sido,
y que amé tanto mi corazón y honor
que no pude separarme de quien los poseía.*

* *

Una hora después, cuando Hannah abandonó la alcoba de Isaiah con la carta sin abrir en el bolsillo, su paciente había caído en un sueño profundo y puro. La muchacha llevó a Becca aparte para advertirle lo que iba a suceder. A la criada se le enrojecieron los ojos y su cara se inundó de una terrible tristeza. Hannah sintió un profundo afecto por aquella joven que había hallado la manera de consolar con su amistad a un hombre difícil y atormentado.

—¿No debería despertar a la viuda? —Se tironeaba la manga en un gesto nervioso—. Querrá despedirse de su hijo.

—Haz lo que te parezca —dijo Hannah—, pero no creo que él vuelva a despertar. Si sabes dónde está su esposa... —Dejó la frase sin acabar.

Becca parpadeó como una niña confundida. Parecía haber olvidado que su amo tenía esposa.

—Jemima —aclaró ella—. Jemima debería estar con él.

Hannah asintió con la cabeza y la dejó allí, en el umbral de la puerta.



Capítulo 41

La tormenta de verano envolvió a la aldea de Paradise como a un recién nacido nervioso. La lluvia, tibia y suave, lavaba el polvo depositado en las hojas de los manzanos de Nicholas Wilde y mojaba la cabeza a los deudos que estaban reunidos junto a la tumba de su hermana. El agua iba llenando los senderos de lodo, que se adhería a los zapatos y pesaba en los ruedos de las faldas. Las puertas de toda la aldea, que normalmente permanecían abiertas durante los meses cálidos, se habían cerrado herméticamente para dejar la lluvia fuera.

Incluso las madres indulgentes, dispuestas a permitir que sus hijos jugaran bajo el agua tibia para ahorrarse el lavado semanal, cerraban los oídos a las quejas de los niños aburridos. Los hombres de la aldea repartían sus preocupaciones entre la escarlatina y los ataques de los indios; para ellos, la lluvia era una señal de Dios que les ordenaba mantener a los vástagos bajo el ala.

En los hogares donde había entrado la fiebre escarlata, las madres atendían a los niños febriles, mientras esperaban la siguiente visita del doctor Todd o de Hannah Bonner; cualquier ruido de pisadas humanas las sobresaltaba, como si fueran alas de ángel. Hacia el tercer día de fiebre, cuando ya fue evidente quiénes sobrevivirían y quiénes tal vez no, cambió el ritmo de las visitas. Los dos doctores dividían su tiempo entre cuatro familias: los Cameron, donde el viejo Isaac trataba de aferrarse a la vida y sus hijos adultos bebían para alejar el miedo, y aquellos hogares donde la fiebre escarlata había ahondado sus raíces: los de LeBlanc, Ratz y Hindle.

Los LeBlanc eran la familia más afectada. La recién nacida había muerto al segundo día; Molly, siempre tenaz y reacia a abandonar a sus niños, se rehizo una vez más, pero luego cayó en un delirio que parecía no tener fin. La pequeña cabaña hedía a fiebre puerperal; era imposible retener dentro a los varones, ni siquiera a los dos más pequeños, que aún estaban febriles por la escarlatina: escapaban por la ventana y se quedaban llorando bajo la lluvia, sin prestar atención a las súplicas y las amenazas de su abuela.

En Lago de las Nubes se instaló una llovizna tenue que se enhebraba a los árboles y convertía los rincones familiares en cuevas que explorar. Elizabeth parecía haber utilizado algún hechizo para convocar la lluvia y la bruma, a fin de mantener a todos los suyos atados a la montaña. Aislados de la aldea como estaban, sólo recibían noticias cuando Hannah regresaba a casa, en una de sus raras visitas. Por ella sabían los nombres de los muertos: Isaiah Kuick, Esther Greber, Prudence Ratz e Isaac Cameron.

Lily seguía a su madre a todas partes; parloteaba, dibujaba y estudiaba sus lecciones de Historia y Aritmética sin quejarse, cuando no podía evitarlo. Hasta

practicaba el punto de calceta y fingía disfrutar. Aun así, Elizabeth no parecía notar que ella se estaba comportando muy bien. Eso irritaba a Lily, pero al mismo tiempo la asustaba que su madre fuera todo el día como sonámbula. Su padre la consolaba, pero era Muchas Palomas quien parecía comprender mejor lo que sucedía y calmaba sus temores.

—En estos momentos tu hermanito le pesa en el regazo —le explicó—. No sabe qué hacer con su dolor; ha permitido que su ira vaya hacia dentro y se ulcere allí.

La pregunta que formuló la niña fue la misma que más tarde le haría Daniel cuando se lo contó:

—¿Mejorará cuando haya pasado la epidemia?

—No —dijo Muchas Palomas, interrumpiendo su trabajo para mirarla directamente a los ojos—. Eso será sólo el principio.

* *

Nathaniel dedicaba los días lóbregos y lluviosos de la epidemia a arreglar herramientas rotas, fabricar un telar nuevo para Muchas Palomas, vigilar con preocupación a su esposa y esperar la siguiente visita de su hija mayor. Por la noche abrazaba a Elizabeth, que no podía dormir, y ambos hablaban de cosas sin importancia. Cuando él trataba de tocar otros temas, ella se ponía rígida.

—Una cuarentena no tiene nada de extraño, Nathaniel, aunque sea autoimpuesta. Es lo más sensato.

—Mira, Botas —dijo él, tratando de disimular su frustración con un tono desenfadado—, que tú creas que sea sensato no quiere decir que lo sea.

Ella se incorporó en la oscuridad; cuando Nathaniel alargó la mano, se apartó.

—Por lo que Hannah dice, el brote no es muy grave —argumentó ella—. Durará sólo unos pocos días más, y después podremos continuar con la vida de siempre.

—Entonces, ¿por qué mandas a los niños a la cama cuando viene su hermana? Sabes que, si fuera peligroso, ella no se nos acercaría.

—Es sólo una precaución —explicó ella, cansada—. Nada más.

* *

En la mañana del cuarto día, cuando apenas asomaba el sol, Jed McGarrity subió la montaña. Elizabeth se quedó inmóvil al oír su «¡Hola!» allá fuera, pero en esa ocasión no fue la única: Nathaniel salió a recibirlo con la certeza de que el hombre iba a decirles que Hannah había enfermado de escarlatina. Pero la sonrisa desenvuelta

de McGarrity disipó sus temores. Después de lanzar un profundo suspiro, preguntó:

—¿Traes noticias, Jed, o has salido sólo a caminar?

—Traigo algunas noticias. —El visitante parpadeó—. Pero vengo sobre todo por un asunto. Será mejor que nos sentemos con Ojo de Halcón y Huye de los Osos. Así no tendré que contarle todo otra vez.

* *

—Ayer por la noche llegó un mensajero de Johnstown —comenzó Jed, cuando estuvieron reunidos en torno de la mesa—. Lo enviaba el juez de distrito.

De todo lo que Nathaniel esperaba oír, eso era lo último que había imaginado. Los hombres intercambiaron una mirada; por fin habló Ojo de Halcón:

—Aún no es tiempo de que venga O'Brien, ¿verdad? ¿Qué quiere, Jed?

McGarrity tenía la cara alargada y parecía siempre afligido, aun cuando sonreía. «Adusto —habría dicho la madre de Nathaniel—, como buen escocés». Lo habría dicho con un guiño, como buena escocesa.

—Esto no os agradará mucho. Al parecer, las viudas Kuick han presentado una demanda contra Hannah, lo bastante grave como para que él haya adelantado su visita. Llegará hoy mismo para realizar una investigación antes de proseguir con los cargos.

Elizabeth ahogó una exclamación. Escuchaba desde el vano de la puerta, con los brazos ceñidos al cuerpo.

—¿De qué se la acusa? —preguntó Ojo de Halcón, sereno como siempre, pero con un fuego en la mirada que a ninguno de los presentes podía pasarle desapercibido.

—No lo dijo con exactitud. —Jed se miraba las manos, extendidas contra la mesa—. Pero creo que tiene algo que ver con el robo del molino.

—Eso fue obra de unos indios. —Huye de los Osos lo dijo sin dirigirse a nadie en especial—. Probablemente nos pondrán a todos frente a O'Brien. Poco importa que, cuando se produjo el robo, estuviéramos todos en la factoría.

—Por el momento los cargos son sólo contra Hannah —aclaró Jed—. No lo interpretes mal, Osos, pero quería preguntar...

—Los hombres que irrumpieron en la casa del molino no eran mohawk, aunque por las huellas no puedo decirte a qué tribu pertenecían. Y no me ofendo, Jed; es una pregunta razonable.

McGarrity parecía confundido, como si le satisficiera la respuesta de Huye de los Osos, pero no estuviera seguro de que correspondiera a su pregunta. Nathaniel preguntó:

—¿Tienes órdenes de O'Brien de detener a Hannah?

Jed lo miró a los ojos y asintió con la cabeza.

—¿Y qué piensas hacer?

—Pues nada. —El alguacil se reclinó en la silla hasta hacerla crujir—. Diré que no comprendí bien al mensajero. Con este asunto de la escarlatina y Hannah corriendo de un enfermo a otro... Y si a O'Brien no le gusta, pues que se busque otro alguacil. Después de todo, yo no quería este maldito cargo.

Después de un largo silencio, Huye de los Osos dijo:

—¿Qué crees que hay detrás de todo esto, Jed?

McGarrity se pasó las manos por el pelo, en un gesto rudo.

—Es lo que he estado preguntándome toda la noche. A decir verdad, me parece que todo esto se debe al mal genio de Jemima, y la viuda se ha dejado arrastrar de buen grado. Esa mujer sería capaz de pelearse con un turón. Pero esto es obra de Jemima. Nunca he entendido qué tiene contra Hannah, pero sea lo que sea, ha acabado por desbordarse.

En el altillo, los niños empezaron a discutir en susurros. Se los podía oír en todos los rincones de la cabaña. Elizabeth alzó la voz.

—Lily, Daniel, Ethan. Si queréis escuchar, hacedlo en silencio. Si no, os mandaré a casa de Muchas Palomas.

Daniel asomó la cabeza sobre la barandilla, con las mejillas encendidas.

—Perdona, mamá, pero ya no podemos callarnos. Tenemos algo que deciros sobre Jemima Southern.

—Jemima Kuick —corrigió Lily, de pie junto a su hermano.

Los hombres intercambiaron una mirada. Luego Nathaniel dijo:

—Bajad, pues, y decid lo que sea.

* *

Ethan permaneció junto a Elizabeth, mientras los gemelos contaban su historia, en posición de firmes frente a los hombres reunidos. Más de una vez Elizabeth dejó escapar un suspiro. Cuando su mirada se cruzó con la de Nathaniel, vio que ambos se formulaban la misma pregunta: ¿cómo no se habían percatado, en todas aquellas semanas, de que sus hijos soportaban semejante carga?

—Veamos si he entendido bien —dijo Ojo de Halcón; los mellizos esperaron, inmóviles—. Jemima os amenazó con atacar a vuestra hermana si contabais lo que habíais visto ese día en Eagle Rock.

Ellos asintieron con la cabeza.

—¿Y se lo dijisteis a alguien?

—No. —Lily se mordió el labio—. Nunca. Sé que estaba en nuestro territorio y que debimos haberlo dicho...

Ojo de Halcón alzó una mano para interrumpirla.

—No es eso lo que me preocupa. Lo que no entiendo es por qué Jemima ha atacado, si vosotros no habéis hablado. Un robo no parece motivo suficiente, a menos que lo hubiera hecho Hannah. Y sabemos que no es así.

Elizabeth dijo, desde la puerta:

—Es porque ha perdido el dinero. Porque ha perdido el dinero y a su esposo, todo a la vez... —Pero vaciló. Nathaniel vio en su cara que comenzaba a entender—. No —se corrigió—. Es sólo por el dinero. A Jemima nunca le importará otra cosa. Además, esto no tiene ninguna relación con Isaiah Kuick.

—¿Con qué, pues? —preguntó McGarrity.

Ella se encogió de hombros.

—No sé por qué, pero me da la sensación de que esto está relacionado con Liam Kirby.

Jed echó una mirada inquieta hacia los gemelos.

—Me parece que Jemima ya obtuvo lo que necesitaba de Liam Kirby. —Su voz se perdió en una tos violenta—. Supongo que ese hombre podría estar rondando todavía por aquí, sin dejarse ver. ¿Sabéis si Hannah lo ha visto?

Elizabeth dirigió una mirada interrogadora a su esposo, pero él estaba muy atento a un callo que tenía en el canto de la mano y mantenía la boca muy apretada. En realidad, ninguno de los hombres parecía muy dispuesto a hablar de Liam.

—No —dijo ella—. Puedo asegurar que Hannah no ha visto a Liam ni ha sabido de él desde vuestra boda, en la primavera. Debo de estar equivocada. Pronto sabremos qué ha impulsado a Jemima a presentar esa demanda.

Jed McGarrity se levantó sin prisa.

—Esto no me gusta nada —dijo—, pero O'Brien viene hacia aquí y vuestra Hannah tendrá que responder a sus preguntas. No veo manera de evitarlo. Y antes de que lo olvide: hay algo más que debo decir. Si me permite una palabra a solas, señora Bonner, se lo agradecería.

* *

Cuando Nathaniel fue en busca de Elizabeth, iba preparado para una discusión o, cuando menos, para responder a algunas preguntas precisas sobre Liam Kirby. Ella estaba muy cerca de adivinar por sí sola lo que él y su padre habían acordado no decirle todavía: que Liam estaba nuevamente escondido en la montaña, pero no en busca de fugitivos, sino todo lo contrario. De un modo u otro, se había asociado con

Manny para tomar en sus manos el asunto de Ambrose Dye.

La pregunta que ella formularía primero era la más dura: ¿por qué Manny operaba junto al hombre que era, siquiera en parte, responsable de la muerte de su esposa? La respuesta era, desde luego, que Liam no había tenido ninguna responsabilidad; antes bien, todo lo contrario. Si bien no había podido salvar a Selah, sí había protegido a los otros fugitivos por el solo hecho de no abrir la boca mientras Cobb examinaba sus documentos.

Si Nathaniel revelaba todo esto a Elizabeth, era probable que ella cogiera un mosquete y saliera en busca de Liam para obtener todas las respuestas que deseaba. La única esperanza era que no descubriera las cosas por sí sola antes de que él hallara la manera de abordar el tema.

Cuando vio a Ethan de pie junto a la ventana, demudado, se olvidó por completo de Liam Kirby.

—Serás tú quien decida —le decía Elizabeth—. Si quieres ir con ella, puedes hacerlo, Ethan, pero por tu propio bien espero que te quedes aquí.

—¿De qué se trata?

Ella dio un respingo al oírlo y le dirigió una mirada angustiada.

—Kitty ha pillado la fiebre escarlata —explicó—. Richard nos ha enviado recado con el señor McGarrity. —En su cara, Nathaniel leyó lo que no se atrevía a decir delante del niño: que Richard temía por la vida de su mujer y opinaba que debía tener consigo a su hijo.

—Te llevaré a tu casa —dijo Nathaniel.

—Pero... —objetó ella.

—Recoge tus cosas y espérame en el porche —ordenó Nathaniel a Ethan con tanta suavidad como pudo. Una vez que el niño hubo salido, agregó—: Has ido demasiado lejos, Elizabeth. No puedes retener al niño si su madre lo reclama.

Ella se incorporó súbitamente; un relámpago de ira le cruzó la cara.

—Lo he intentado por su propio bien. Y si no te hubieras entrometido, quizá habría podido convencerlo.

Él se obligó a respirar hondo una y otra vez. Elizabeth temblaba, como si temiera que él fuera a levantarle la mano; en algún rincón de su mente, Nathaniel comprendió que su expresión de cólera debía de justificar esa idea.

—Deja que vaya yo por él —dijo su esposa—. Es el hijo de mi hermano, Nathaniel. No puedo permitir que se exponga a semejante peligro.

—No te corresponde decidir a ti, Botas —concluyó Nathaniel, y se fue, antes de decir nada más.

Elizabeth corrió hasta la puerta, con la cara surcada de lágrimas, y lo vio alejarse desde el porche, con Ethan a su lado.

* *

Después de pasar tanto tiempo durmiendo poco, Hannah no se sorprendió al descubrir que había perdido la costumbre. Cuando Richard le ordenaba que descansara, se acostaba en el cuarto contiguo a la cocina y dormía unas horas. La cabeza le daba vueltas de puro agotamiento, pero el sueño la esquivaba.

Arriba, sentado junto a la cama de su madre, estaba Ethan. Se quedaba con ella incluso cuando le daban convulsiones y sufría delirios. Lo hacía porque, de vez en cuando, Kitty reaccionaba lo suficiente como para reconocerlo y decirle algunas palabras, antes de caer otra vez en sus sueños febriles.

Hannah quería volver a Lago de las Nubes. En realidad era muy sencillo: iría al establo, donde la esperaba Golpea el Cielo, montando guardia, y le pediría que la llevara a casa. El impulso era tan fuerte que se descubrió de pie, junto a la puerta; luego recordó que estaba sola en esa casa, con una niña muerta, una moribunda y un niño.

Richard estaba con los LeBlanc o con los Hindle; si las cosas habían empeorado, tal vez junto a algún otro paciente. Bump estaría a su lado, cuidando del doctor mientras el doctor cuidaba de los enfermos. Dolly Smythe, a la que el doctor había cogido a su servicio, había salido para servir de enfermera a la familia que más la necesitara.

De pie en el vano de la puerta, Hannah miró el catre en el que habría debido dormir, y luego la mesa de la cocina. En el centro, un ratón devoraba con diligencia un trozo de tocino. Ella se percató de que también su estómago rugía; ya no recordaba desde cuándo no comía ni si alguien le había ofrecido algún bocado.

Entonces la puerta de la cocina se abrió con un crujido. Allí estaba Curiosity. Miró el ratón de la mesa y luego a Hannah, con la cara floja de sorpresa y algo más, algo parecido al miedo.

¿Curiosity Freeman con miedo de un ratón? Debía de estar dormida y caminando en sueños. Hannah fue a acostarse al catre; el sueño que tanto había buscado la encontró.

* *

—Hannah. —Oyó la voz de Ethan cerca de su oído—. Despierta, Hannah, por favor. Mamá pregunta por ti.

El sueño la abandonó tan de súbito como había llegado. Dio tal respingo que el niño saltó hacia atrás.

—No quería sobresaltarte —se disculpó, medio sofocado—. Pero mamá pregunta

por ti. Curiosity me ha mandado a decírtelo.

Hannah se frotó los ojos una y otra vez. No sabía qué hora era ni dónde se encontraba. Por fin entendió lo que Ethan había dicho.

—¿Curiosity está aquí?

—Desde hace horas. Ha dicho que te dejara dormir, pero ahora mamá pregunta por ti.

—¿Y Galileo? —preguntó ella, mientras subían la escalera.

—También está. Y Daisy.

En la cara de Ethan había más color y un aire esperanzado. Sólo durante un momento Hannah se preguntó si Kitty no habría mejorado, simplemente, porque tenía de nuevo a Curiosity con ella.

* *

—Creía que eras un sueño —dijo. Y marchó directamente a los brazos de su amiga, delgados y fibrosos, tan consoladores que las lágrimas le llenaron los ojos y se volcaron en un torrente súbito.

Curiosity se apartó para mirarla y apretó los labios. Luego le pasó la mano por la frente y le tocó la barbilla con un dedo largo.

—Abre.

Después de estudiarle la lengua dio un paso atrás y le apretó los brazos.

—No tienes escarlatina, gracias a Dios. Pero dime, hija, ¿qué ayuda podrás prestar a los enfermos si te matas trabajando?

—No es para tanto. Oye, Curiosity, tu Daisy...

La negra la acalló con una mano en alto.

—En cuanto he visto cómo pintaban las cosas, he enviado a Galileo. Los niños se están recuperando. Y con tanto quejarse por tener que guardar cama, acabarán por empujar a su madre a la bebida.

—Kitty...

Curiosity sacudió la cabeza. Ese único gesto reveló a Hannah lo peor.

—Será mejor que entres inmediatamente. No hay tiempo que perder.

* *

La silueta que había tendida en la cama era tan ligera y etérea que no parecía la madre, sino la hermana del niño allí sentado. Su respiración era irregular. Ethan se inclinó hacia ella para tocarle apenas el hombro.

—Mamá —dijo en voz baja—. Ha venido Hannah, mamá.

Ella abrió enseguida los ojos, enrojecidos y vidriosos, y respiró un poco más hondo.

La muchacha fue a sentarse a donde Kitty pudiera verle la cara sin girar la cabeza. A cambio recibió una pequeña sonrisa, apenas una contracción en la comisura de la boca, ampollada por la fiebre.

—Curiosity ha vuelto a casa —susurró la enferma.

—Sí —confirmó ella—. Y Galileo también.

Kitty parpadeó un par de veces y abrió la boca, pero se le cortó la voz.

—¿Quieres un poco de agua? —Hannah iba a levantarse, pero ella negó con la cabeza.

—Hannah, me preocupa Richard —dijo.

La muchacha, sorprendida, sólo pudo inclinar la cabeza.

—Cuando yo no esté, Elizabeth querrá llevarse a Ethan. Y Richard se quedará solo.

En su desasosiego, Hannah se removió en la silla y cruzó una mirada con Curiosity, que estaba al otro lado de la cama.

—¿Puedes darle a Elizabeth un mensaje? —Kitty parecía a punto de perder la batalla por mantener los ojos abiertos.

—Por supuesto.

—Sé que ahora no querrá venir a la aldea, por esta enfermedad. —Hizo una pausa para tragar saliva—. Pero esto es muy importante. Por favor, Hannah, prométeme que le harás comprender.

—Lo prometo. Continúa, Kitty.

—Dile que Ethan debe quedarse aquí para que Richard lo eduque, con la ayuda de Curiosity y Galileo. Elizabeth no debe apartarlo de Richard. Él no soportaría perdernos a los dos al mismo tiempo. —Sus manos se movieron hacia Hannah por encima de las mantas—. Tú crees que es duro e insensible, pero te equivocas, Hannah, y Elizabeth también. Necesita a Ethan, y el niño a él.

—Sí. —La joven la miró a los ojos—. Comprendo.

—Tú eres testigo, Curiosity. —La voz de la enferma era ya tan débil que Hannah tuvo que inclinarse para oír.

—Iré ahora mismo a Lago de las Nubes para transmitirle tu mensaje.

Kitty abrió los ojos.

—¿Volverás? ¿Me prometes que volverás? Descansaré más tranquila si sé que estás cerca.

—Volveré al anochecer. Lo prometo. ¿Deseas alguna otra cosa?

Ella sonrió con aire soñador.

—Sólo a Richard. Quiero que venga Richard.

* *

—Si no estuviera moribunda, creo que le retorcería el pescuezo —dijo Curiosity, limpiándose las lágrimas con un gesto impaciente. Hannah, que nunca la había visto tan triste y furiosa, tuvo que hacer un esfuerzo para tragarse sus propias lágrimas—. ¡Preocuparse porque Richard Todd va a quedarse solo, mientras ese niño espera unas palabras de su madre, con el alma en la cara! Te juro que...

Se le quebró la voz y tuvo que esforzarse por controlar el llanto. Por fin irguió los hombros con visible dificultad.

—Has hecho una promesa, Hannah, y sé que no podré disuadirte. Anda, ponte en camino y lleva a Elizabeth ese miserable mensaje.

—Regresaré con Elizabeth, si puedo traerla —dijo la muchacha—. Ella es la única que podría hacerla entrar en razón.

Curiosity exhaló un suspiro largo y trémulo.

—Me parece difícil. Supongo que tu madrastra debe de estar en esa montaña, muerta de pena. Anda, ve a tu casa; quédate una hora con tu familia, hasta que recuperes el aliento. Y come algo que no hayan roído los ratones. —Echó una mirada de asco a la mesa de la cocina—. Cuando estés lista, vuelve y siéntate con ella. En un momento como éste necesito siquiera a una mujer cuerda a mi lado.

Luego rió con un sonido ronco, moviendo la cabeza. Cuando volvió a mirarla, había recobrado un poco la normalidad.

—Al llegar he visto a Golpea el Cielo —dijo—. Creo que tenemos mucho de que hablar, tú y yo. Pero será cuando regreses.

* *

Golpea el Cielo y Palabras Fuertes la esperaban. Al verles la cara Hannah comprendió que las tribulaciones de ese día aún no habían acabado.

—Debo ir a casa —dijo.

Los dos intercambiaron una mirada.

—Ha venido un hombre de Johnstown —dijo el séneca—. Se llama O'Brien. Ahora va hacia Lago de las Nubes con una citación para ti.

Al principio ella creyó haber entendido mal, pero al mirarlos a los ojos comprendió que no era así. La ira, la frustración y el dolor de ese día se unieron en algo ardiente y agudo, que partía de su vientre y trepaba hasta escocerle en las manos y dar un temblor a su voz.

—¿Y vosotros, dos guerreros, tenéis miedo a un blanco viejo que lleva un papel

en la mano?

Después de echarles una mirada furiosa, partió deprisa. Ya estaba más allá del establo cuando ellos salieron de su estupefacción y la alcanzaron. Palabras Fuertes se adelantó, en tanto Golpea el Cielo se ponía detrás, de modo que ella se encontró precedida por uno y seguida por el otro, sin saber qué pensar de eso.

Apretó el paso hasta que el aliento le quemó en los pulmones. Aun así no podía quitarse esas palabras de la cabeza: el juez O'Brien con una citación para ella. Se enjugó el sudor de los ojos y, después de recogerse la falda en el cinturón para dar libertad a las piernas, continuó trepando la montaña. ¿Quién podía haber presentado una demanda contra ella, salvo Jemima Kuick? Eso era obvio sin que nadie se lo dijera.

«La furia es el combustible más potente», le habría dicho su abuela Atardecer. Y ella lo estaba descubriendo.

Algo se movió en las ramas de un arce, y una ardilla emitió un chillido agudo. Hannah se detuvo como si alguien la hubiera llamado por su nombre. Sabía lo que iba a ver antes de que apareciera: la silueta de un hombre.

Manny apareció delante de ellos, seguido por un joven negro que ella nunca había visto. Ambos vestían ropa de piel de ante, calzaban mocasines y cargaban mosquetes, y la miraban con una sonrisa cautelosa. En vez de sorpresa ella sólo experimentó otro arrebato de ira. ¿Por qué escogían ese momento para enredarla en sus planes?

—Manny Freeman —dijo, sin aliento—, ya me preguntaba cuándo aparecerías. Tengo sólo tres cosas que decirte. Lamento lo de Selah —empezó, y él asintió con la cabeza, apartando la vista—, me alegro de que estés a salvo, y llegas en el peor momento posible. No puedo quedarme a intercambiar noticias contigo.

Manny se rió, sorprendido; luego inclinó el cuello y se tocó la frente con dos dedos.

—Yo también me alegro de verte, Camina Adelante.

—¿Sabes tus padres que estás aquí?

—Lo saben, sí.

Detrás de ella, Palabras Fuertes dijo:

—Íbamos a decírtelo, pero no nos has dado la oportunidad, Camina Adelante.

Hannah, sin prestarle atención, miró al muchacho.

—Tú debes de ser Jode. Mi padre y mi madrastra me han hablado de ti. ¿No estabas en Canadá?

—Aquí hay mucho que hacer —replicó el muchacho en perfecto kahnyen'kehàka.

—Aquí hay muchos problemas —corrigió ella—. Y eso es obra vuestra. —Se enjugó el sudor de la frente, mientras respiraba hondo—. Si tenéis algo que arreglar conmigo, no perdáis tiempo. Necesito llegar a casa.

—No puedes ir a tu casa —dijo Manny—. En este momento no puedes ir a

ningún lugar de Paradise. Es demasiado peligroso; O'Brien te busca.

Ella soltó una risa extraña y áspera.

—En Paradise todo el mundo está en peligro. Si habéis estado observando, ya debéis de saber que tenemos fiebre escarlata en una de cada tres cabañas.

—O'Brien ha venido a arrestarte —explicó su tío.

—No tiene motivos.

—¿Acaso crees que necesita un motivo? —adujo Manny—. Sabes muy bien que no, Hannah. Tú viste lo que sucedió en la ciudad.

La muchacha se acercó a él, furiosa, pero Manny no cedió terreno.

—Si devolvieras la caja fuerte que robaste —dijo Hannah, con acritud—, la viuda retiraría las acusaciones, cualesquiera que sean. Sería mejor solución que obligarme a huir, dejando a los niños enfermos sin atención.

Él y el muchacho intercambiaron una mirada.

—No podemos devolver ese dinero —arguyo Manny—. Nosotros lo emplearemos mejor que ellos.

—Conque sí, ¿eh? —Hannah apenas podía dominar su furia—. ¿Y en qué lo emplearéis?

Él hundió la mano en la bolsita que le colgaba del cuello y sacó una moneda.

—La mitad, al menos, no les perteneció nunca. Justamente vamos a devolverlo a sus legítimos propietarios.

Al ver la moneda que tenía en la mano, Hannah se quedó petrificada, tal como él esperaba. Era una pieza de oro de cinco guineas, con el perfil del viejo rey Jorge.

—El oro de los tories —susurró ella—. ¿La viuda tenía el oro de los tories?

—Una buena parte, al menos —especificó Manny—. Cerca de ochocientas monedas.

—Pero... —Hannah sacudió la cabeza para despejarla—. ¿Cómo? ¿Dye?

Él asintió.

—Como sabes, Dye estaba aquí cuando regresasteis de Escocia, en el noventa y cuatro, el verano en que Liam huyó. Supongo que fueron los rumores sobre el oro lo que atrajo a Dye hasta aquí. Aprovechó la oportunidad para buscar por Lobo Escondido hasta que lo halló. Luego hizo un trato con la viuda. Un socio secreto, como él dijo. Al parecer ella había invertido hasta el último penique en el molino y no le quedaba capital propio.

—¿Y cómo sabéis vosotros todo eso? Dios mío —preguntó Hannah—. ¿Lo sabe ya mi abuelo?

—Hace algunos días tuvimos oportunidad de hablar con él. Supongo que él esperaba el momento adecuado para decírtelo.

—Os llevasteis la caja fuerte para que Dye pasara por ladrón.

Entonces Jode sonrió por primera vez. Todos sonreían, muy complacidos por los

resultados de su plan. Manny dijo:

—Parecía la única manera de ajustar cuentas con él sin que ahorcaran a nadie.

—¿Y el resto del dinero que había en la caja fuerte?

—Te doy mi palabra de que no lo gastaremos en mujerzuelas y licores. Y con toda seguridad no lo devolveremos a las Kuick. Lo cual nos lleva nuevamente a O'Brien.

—¿Creéis que va a acusarme del robo? Cuando se produjo, yo estaba en la factoría. A menos que me acuse también de brujería, por haber estado en dos lugares a la vez.

—Ese hombre ha hecho cosas peores —aseguró Manny—. Por eso pensamos que debes partir ahora mismo con nosotros, antes de que él pueda ponerte los grillos.

Palabras Fuertes insistió:

—Salva la vida. Ven con nosotros.

Hannah, sin prestarle atención, se volvió hacia Golpea el Cielo:

—¿Tú también crees que debería huir despavorida ante un hombre como O'Brien?

Él inclinó la cabeza.

—Creo que debes aclarar tus propios pensamientos, Camina Adelante.

—Serías buen diplomático —comentó ella, en tono seco.

Durante un momento perdió la vista entre los árboles, tratando de ordenar las ideas. Fiebre escarlata en la aldea, Kitty en su lecho de muerte y O'Brien con una orden de arresto. La ira que la había impulsado montaña arriba seguía allí; no soportaba que un hombre como aquél la apartara de los niños enfermos. Ni que la viuda Kuick, una verdadera ladrona, la alejara de su hogar.

—Iré a casa, a Lago de las Nubes —dijo Hannah—, y luego regresaré a la aldea. Huid hacia el oeste, si os parece. A menos que planeéis llevarme por la fuerza, como hicisteis con Dye.

Por la cara de Manny pasó una chispa de inquietud. Los hombres se miraron. Luego Almanzo y Palabras Fuertes dieron unos pasos atrás.

Hannah continuó su marcha, seguida por los cuatro hombres.

* *

Esperaron escondidos en el bosque hasta que vieron que O'Brien se alejaba deprisa, chillando amenazas a los hombres que estaban en el porche.

—¡Si no responde a la citación, pondré precio a su cabeza!

El disparo de escopeta resonó con claridad, produciendo ecos en los barrancos y ahogando las maldiciones del juez.

—Ya veis —dijo Hannah a los hombres que la rodeaban—: Mi abuelo sabe cómo tratar a O'Brien. Deberíais aprender de él.

* *

Mientras hablaba de Kitty con Elizabeth y los niños, Hannah tenía un oído atento a la discusión que se desarrollaba en la sala, donde se habían reunido los hombres. Cuando hubo acabado, Elizabeth guardó silencio durante un rato.

—¿Enviarás un mensaje a tía Kitty? —preguntó Daniel en voz baja.

Su madre lo miró como si hubiera olvidado que estaba allí.

—Sí, por supuesto.

Lily, al borde del llanto, apoyó la cabeza en el regazo de su madre y se estremeció. Elizabeth la acarició.

—Esta noche rezaremos una oración por tu tía.

—Pero ¿no podemos ir a verla? —gimió la niña, incorporándose súbitamente—. ¿No deberíamos estar allá, con ellos?

Su madre sacudió la cabeza, con los ojos cerrados.

—Hannah, dile a Kitty que respetaré su voluntad, por supuesto.

Lily se arrojó al regazo de su hermana, llorando como si tuviera el corazón hecho trizas. Hannah la meció en silencio, con una mano apoyada en el hombro de su madrastra. De alguna manera, en ese momento Elizabeth era tan frágil como Kitty.

—Se lo diré —prometió.

—¿Y O'Brien, qué? —preguntó Daniel—. ¿Y la citación? Él te esperará en la aldea. El tío quiere que partas esta misma noche.

—Aún no estoy lista para partir —dijo Hannah—. Además, Baldy O'Brien no me preocupa. Lo más probable es que ya esté lleno de cerveza hasta las rodillas. —Movié los dedos en un gesto despreocupado—. Me río de él y de su citación.

Ante eso Daniel logró sonreír y los sollozos de Lily cedieron un poco. Elizabeth miraba por la ventana, como si no hubiera oído nada.

* *

—Partiremos esta misma noche —dijo Palabras Fuertes—. Partiremos ahora mismo, antes que permitir que O'Brien la arreste.

Hannah entró en el círculo de los hombres y se detuvo.

—¿Por qué habláis de mí como si fuera una criatura? —dijo, con su voz más firme—. Puedo decidir por mí misma. Y no pienso huir de O'Brien ni de nadie.

Ojo de Halcón inclinó tanto la cabeza que el pelo le cayó sobre el hombro. Con cierta inquietud, Hannah notó que lo tenía muy blanco, sin rastros de negro.

—Ya sabemos que no tienes miedo, nieta. Aquí nadie pone en duda tu valor. —Su mirada pasó de Nathaniel a Palabras Fuertes, y luego se detuvo en Golpea el Cielo—. Es una mujer adulta. Debe hablar por sí sola.

Hannah respiró profundamente, estremecida, y los miró uno a uno; Palabras Fuertes, Manny y Jode tenían la misma expresión: sus caras estaban tan llenas de miedo e ira que no quedaba espacio para nada más. Luego miró a Huye de los Osos y a su padre, vigilantes, serenos y pacientes, por encima de todo. Aunque preocupados por ella, mantenían esa preocupación en un puño y no la expresarían a menos que ella se lo permitiera.

Miró a Golpea el Cielo, que se contenía porque, mientras ella no hubiera tomado una decisión, su papel era incierto. Por fin se volvió hacia su abuelo.

—Iré a sentarme junto a Kitty, tal como he prometido. —Habría querido que su voz no temblara, pero al menos mantenía la cabeza alta y hablaba con claridad—. Se lo he prometido a ella y también a Curiosity, a quien quiero tanto como a mi madre, mi abuela o mi madrastra. Me quedaré con Kitty hasta que ya no me necesite.

«Hasta que haya muerto». Aún no podía decirlo en voz alta, pero los hombres que la rodeaban comprendieron.

—Nadie impedirá que la atienda, ni siquiera O'Brien —concluyó.

Otter estalló de frustración:

—Nos pones a todos en peligro.

—Me quedaré con Kitty hasta que ya no me necesite —repitió Hannah con calma—. Tal como me enseñó Atardecer, mi abuela, tu madre.

Él levantó las manos, disgustado.

—Hazle entender, Golpea el Cielo. Dile cómo es la cárcel de los blancos para una mujer piel roja.

—¡Tío!

Su furia fue tan cortante que Palabras Fuertes se interrumpió, tartamudeando.

—Te has dejado dominar por la ira —dijo ella—. Bien, Golpea el Cielo, ¿tienes algo que decirme?

—No tengo nada que decir. Te has expresado con toda claridad, Hannah Bonner.

Fue entonces cuando ella supo que ya podía tomar una decisión.

* *

Hannah no los oyó discutir sobre quién la acompañaría a la aldea, pero cuando salió al porche, Golpea el Cielo la esperaba allí, con la escopeta en los brazos

cruzados. A la luz de la puerta parecía tallado en piedra, inamovible como la montaña.

No llevaron antorchas ni lámparas, pues no sabían con certeza dónde estaba O'Brien; por suerte, el cielo estaba despejado y faltaban pocos días para el plenilunio.

Golpea el Cielo se movía tan en silencio como si fuera un fantasma. Y Hannah, como su sombra que lo seguía. Cuando él se detenía, ella lo imitaba; cuando él volvía la cabeza para escuchar, ella también. La diferencia estaba en que él proyectaba todos sus sentidos hacia la noche, en busca de cualquier amenaza que los acechara en la oscuridad, mientras que ella sólo se esforzaba por oír el sonido de su respiración. Así bajaron la montaña, deteniéndose de vez en cuando a escuchar y observar antes de proseguir la marcha.

Allí donde terminaba el bosque y comenzaban los fresales, Golpea el Cielo volvió a detenerse para recorrer con la vista el amplio espacio despejado. El olor de las últimas bayas pendía en el aire nocturno, muy dulce. Pero había otro olor, más salado y penetrante: a sangre derramada.

—Una pantera. —Él señaló hacia el otro lado del claro; el felino se había tendido entre las fresas, dorado oscuro, flexibles los músculos bajo el claro de luna. La blanca pata de un venado se proyectó hacia arriba, en una sacudida—. Una señal —dijo.

Una señal, sí, pero ¿cómo interpretarla? Hannah se frotó los brazos para calmar la piel erizada. Continuaron la marcha. Ahora él caminaba más deprisa. Sólo se pararon al llegar a la aldea, a la sombra de la iglesia. Oyeron el reclamo de un chotacabras; luego un lobo subió corriendo desde la ribera, se detuvo a olfatear y retrocedió entre los árboles, justo cuando el perro del molino empezaba a ladrar ferozmente, colina arriba.

En la aldea no había más luz que la lámpara colgada a la puerta de la taberna.

—Bien —dijo Golpea el Cielo—. O'Brien beberá tanto como Metzler le permita.

—Pues entonces beberá toda la noche —replicó ella.

Cuando volvió la cabeza hacia él, lo encontró mucho más cerca de lo que imaginaba. Él emitió un sonido grave y rudo, que ella ya reconocía como expresión de duda, y le puso una mano en el hombro para girarla hacia él.

«Como si bailáramos», pensó Hannah, mientras seguía la suave presión de su mano. Los dedos del séneca se le enhebraron en el pelo. Y ella levantó la cara para mirarlo. Golpea el Cielo le recorrió la cara con los ojos; luego, con el dedo, siguiendo la línea del labio inferior y la mandíbula, mientras le cubría la espalda con la otra mano.

—Estás temblando —dijo—. ¿Tienes frío?

—No, no tengo frío. Y tampoco tengo bufanda para ponerte sobre los hombros, Golpea el Cielo.

Qué extrañas sonaban aquellas palabras, susurradas por su propia voz. Lo

bastante potentes como para resonar en la montaña y en el valle del río. Lo bastante potentes como para llenar el mundo.

—Pero tienes brazos —replicó él, ya sonriente—. Servirán para el caso.

Habría debido ser incómodo estar así con él, de pie en la oscuridad, con los brazos en torno de su cuello. Toda su incertidumbre había desaparecido, reemplazada por una serena aceptación y, más aún, el comienzo de algo que podía ser gozo.

Su olor ya le resultaba familiar, fuerte y penetrante; su voz se le metía adentro, se le deslizaba por la garganta, suave y densa, hasta despertar un pulso dentro de su cuerpo, en sitios aún ignorados e ignorantes.

Apoyó la cara contra la curva de su cuello para inhalar; a modo de respuesta, él la estrechó más.

—La última vez me tendiste una trampa para que te besara. —Su propia voz, alta y lejana.

Él tensó las manos contra su espalda y la elevó sobre la punta de los pies para acercarle la boca.

—A mi juicio, hiciste que me esforzara mucho para conseguir ese beso.

Ella cerró el puño y le golpeó el hombro, pero la boca de él no seguía acercándose.

—¿Eso significa que me obligarás a esforzarme por conseguir éste?

—No. —El aliento del séneca se movió por su piel—. Esta vez yo mismo lo haré todo. Hasta que tú me pidas que pare.

Quería hacerla reír, escandalizarla, atraerla. Y lo hizo todo con las palabras y la boca, con el calor de sus labios, con las manos que le rodeaban la cabeza. La besó hasta dejarla sin aliento; luego, sin darle tiempo a recuperarse, volvió a besarla, estrechándola contra sí hasta convertir su cuerpo en algo extraño y maleable, capaz de enroscarse a él como una enredadera a un roble, siempre hacia arriba.

Golpea el Cielo interrumpió el beso y la apartó de sí, con una expresión tan feroz que habría debido asustarla.

—¿Vendrás conmigo? ¿Vendrás al oeste?

Y la besó otra vez antes de que respondiera. La besaría hasta que ella hubiera aceptado vivir con él en una nube o en el fondo de un lago. En cualquier sitio, siempre que pudiera estar con él, tener su boca y su manera de mirarla, sentirlo. La abrazaba como si ella fuera la tierra, el cielo y todas las estrellas, como si necesitara metérsela bajo la piel para sentirse entero. A Hannah le dolía el cuerpo.

—¿Vendrás? —Las manos en sus hombros, los dedos extendidos que la impulsaban hacia arriba para mirarla a los ojos. Ella parpadeó, enmudecida por las cosas que él le despertaba, sorprendida por lo simple que era la verdad—. ¿Vendrás al oeste conmigo? ¿Serás mi esposa?

La respuesta que él deseaba quería brotarle del vientre, le llenaba la garganta. Por

fin brotó en un susurro.

—Sí. Iré contigo.

Golpea el Cielo se quedó inmóvil un momento. Luego le apretó los labios contra la frente y dio un paso atrás, sosteniéndola hasta que ella recuperó el equilibrio.

—Ya habrá tiempo para hacer planes —dijo—, cuando hayas terminado tu trabajo aquí.

—¿Tú no crees que debo huir?

—En ese caso no serías la mujer que eres.

* *

Cuando Hannah entró en la habitación, todos dormían: Ethan, acurrucado a los pies de su madre; Richard, con la cabeza caída hacia atrás y aferrado a los apoyabrazos de la silla, demasiado pequeña para él; Curiosity, con la mejilla contra el hombro.

Ver a Curiosity sin hacer nada era extraño y a la vez consolador: saber que incluso ella necesitaba descanso. Tenía las manos en el regazo, con los dedos cruzados, como si aun en el sueño tuviera que contenerlos. El pañuelo que le cubría la cabeza se le había deslizado; el pelo brillaba, negro y plata a la luz de la lámpara. En los últimos meses se le habían acentuado las suaves arrugas que le rodeaban los ojos y la boca. Era como si, al fin, los años la hubieran alcanzado. En ese estado de reposo representaba la edad que tenía y aún más.

Kitty también dormía, tan profundamente que Hannah aguardó, inmóvil, hasta detectar el vacilante movimiento del pecho. Su piel se veía transparente a la suave luz de la lámpara, frágil y seca como la seda. Las venas, como vagos ríos azules, grababan su paso por la frente y los pómulos, y a lo largo del cuello. El mismo azul tenía los labios, los párpados y las uñas de la mano curvada sobre la manta.

—*Ubi est morbos?* —susurró.

La respiración de Kitty se detuvo, continuó, y volvió a interrumpirse.

Curiosity y Richard despertaron al momento. Ethan se removió con más lentitud, pero luego se incorporó como un rayo. Sus ojos, grandes y redondos, parecían los del conejo que siente el aliento del lobo: el tiempo del miedo había pasado; sólo quedaba una plácida aceptación.

Los párpados de Kitty se agitaron un poco, antes de abrirse.

—Curiosity. —Su voz sonaba notablemente clara, pero muy suave.

—Estoy aquí, pequeña.

—¿Richard?

—Aquí, amor mío. —Su marido se sentó en el borde de la cama y le cogió la

mano.

Ella trató de levantar la cabeza. Curiosity se inclinó para sostenérsela con una mano.

—Estás ahí, Ethan. Acércate.

El niño dirigió una mirada interrogante al doctor, que lo alentó con un gesto. Entonces se sentó junto a su madre y apoyó la cabeza junto a la de ella. Kitty suspiró a modo de bienvenida, satisfecha, y levantó un brazo para rodearlo. Su mirada pasó de una cara a la siguiente.

—Hannah, has vuelto.

—Como te había prometido.

—¿No hay nadie enfermo en Lago de las Nubes?

—No. Todos están sanos.

—Bien. ¿Has dado mi mensaje a Elizabeth?

—Sí.

—Bien —repitió Kitty. Y luego—: Estoy muy cansada, Richard.

—Sí —dijo él—. Ya lo sé.

Con los ojos cerrados, apoyó una mano contra el pecho de su esposa. Hannah lo vio todo reflejado en su cara: el revoloteo del músculo bajo la curva de su palma, los últimos latidos de un corazón tierno e imperfecto.

—Mi dulce niño —murmuró Kitty, mientras recorría con los dedos la cara de Ethan—. Quédate conmigo mientras me duermo.

* *

Ya casi amanecía; Hannah y Curiosity se sentaron a la mesa de la cocina, mudas en aquella casa muda donde Richard Todd velaba la forma inerte de su esposa.

Hannah apoyó la cabeza en los brazos, tratando de ordenar los pensamientos que se le presentaban revueltos al azar. Bump cavaría ese día dos tumbas: una para Molly LeBlanc y otra para Kitty. Al día siguiente quizá cavara una o dos más, pero al parecer la fiebre escarlata ya había terminado su obra en Paradise, al menos por esa vez. De cualquier modo, ella no estaría allí para acompañar a más vecinos a sus sepulturas. Iba a separarse de su padre, de su familia y de su hogar para ir al oeste con Golpea el Cielo.

O tal vez, si Jemima Kuick y el juez O'Brien se salían con la suya, iría a Johnstown y al patíbulo.

Curiosity le apoyó una mano en la cabeza y ella dio un respingo. La anciana le sonrió con mucha bondad. Una cara amada. Hannah sólo cayó en la cuenta de que había estado llorando cuando Curiosity le enjugó suavemente las lágrimas con el

pulgar.

—En verdad, aún no conozco a Golpea el Cielo —le dijo—. Se ha pasado la noche esperando fuera. ¿Por qué no lo haces pasar? Le daré de comer. Un poco de distracción me vendrá bien.

—Me iré con él —dijo ella—. Me voy al oeste con Golpea el Cielo. Voy... voy a casarme con él.

—Ya lo sé. —Después de sentarse, Curiosity cogió las manos de la muchacha—. Lo sé, hija. Extrañaré mucho tu cara luminosa, pero ya es hora, ¿no? ¿Es buen hombre?

—Sí —susurró Hannah.

—Pues bien, algún día vendrás a mostrarnos tus bebés. ¡Y qué alegría nos darás! Las lágrimas se deslizaron por su cara hasta caer en los dedos entrelazados.

—No sé —dijo. Inclino la cabeza—. No sé cómo separarme de vosotros.

—¡Pues claro que lo sabes! Lo harás como has hecho todas las cosas difíciles que te han tocado: un pie delante del otro y la mirada al frente. Tú sabes que eres capaz. —Después de un rato, Hannah asintió—. Pensarás que soy una vieja egoísta, pero hay un motivo por el que me alegraré de que te vayas: ya no me preocuparé tanto por Manny, sabiendo que Hannah Bonner está allí para vigilarlo.

Ella se las compuso para sonreír.

—Haré lo que pueda, pero es muy terco.

Curiosity se meció hacia delante, riendo por lo bajo, y le dio un beso en la cabeza.

* *

Bump entró con Golpea el Cielo y los cuatro se sentaron a la mesa a comer pan de maíz y beber café fuerte con azúcar. El anciano les dio las noticias que ansiaban: no había nuevos casos de fiebre ni más muertes que la que acababan de presenciar.

—¿Y Baldy O'Brien? —preguntó Curiosity, mientras volvía a llenarle la taza—. ¿Hay noticias de él?

Golpea el Cielo sacudió la cabeza.

—Por lo que sé, ha dormido en la taberna.

Para Hannah fue una revelación oírlo hablar tan bien el idioma del país. Se preguntó qué otros talentos le habría ocultado.

Curiosity deslizó pensativamente las manos por la mesa y luego miró a la muchacha, con los labios apretados.

—¿Piensas huir de ese pequeño patán, hija, o te quedarás a pelear?

—No voy a huir de él —aseguró ella, con un gesto de sorpresa.

—Pues es lo que parece. No sabes siquiera qué mentiras ha dicho Jemima, y ya

estás dispuesta a escapar.

Parecía a punto de escupir. Hannah dirigió a Golpea el Cielo una mirada interrogadora, pero su expresión era inescrutable.

—No voy a huir de Jemima Southern —insistió ella—. Ni de nadie. No tengo motivos para escapar. No he hecho nada malo. Nunca he pensado en escapar. La idea ha sido de tu hijo.

Dirigió la mirada a Bump, pero si esa revelación lo tomaba por sorpresa, no se notó. Tampoco sirvió para calmar a Curiosity.

—Aunque sea mi hijo, Manny también puede comportarse como un imbécil de vez en cuando. Mira todos los problemas que ha causado durante mi ausencia: escondido por ahí, amarrando a la gente y provocando a Jemima Southern hasta hacerle perder el poco seso que tenía. Si estuviera aquí, me sentiría muy tentada de calentarle el trasero. No hagas caso de estos botarates, hija. Quédate a pelear.

Esa había sido su intención, pero la súbita insistencia de Curiosity le erizó el pelo de la nuca.

—¿Por qué he de hacerlo? —contraatacó—. ¿Por qué he de dar esa satisfacción a O'Brien? Es mejor que me vaya ahora mismo.

—¡Mira que eres lenta de entendederas algunas veces! ¿No te das cuenta, hija? Si huyes, Jemima se saldrá con la suya: no podrás volver jamás, como no sea a escondidas y temiendo que ella vuelva a echarte la policía encima. ¿Vas a permitir que tenga ese poder sobre ti? —Y agregó con más suavidad, mientras le estrechaba la mano—: No se lo permitas, Hannah Bonner. No huyas.

Alguien llamó a la puerta con insistencia.

—Debe de ser O'Brien —aventuró la anciana, levantándose con la energía de una joven—. ¡Venir a una casa que está de duelo para hacerle el trabajo sucio a Jemima Southern!

Golpea el Cielo se levantó para seguirla por el pasillo, pero Hannah lo detuvo apoyándole una mano en el brazo.

—No empeores las cosas —le dijo—. No le des una excusa para que te arreste a ti también. Deja que hable Curiosity.

—Nunca me cruzo en el camino de la osa que protege a su cría, Camina Adelante.

Como para demostrarlo, en el vestíbulo se alzó la voz de Curiosity, penetrante como una zarpa.

—Será mejor que vayamos a rescatar al pobre señor O'Brien —dijo Bump—, antes de que se lance de verdad.

* *

El juez O'Brien era un hombrecito blando y amorfo; su cara era un pequeño círculo rosado en medio de un laberinto de pelo blanco y gris que la envolvía. Estaba rojo de ira. Por lo que Hannah sabía de él, no le gustaba que lo desafiaran, y mucho menos una mujer. Un hombre pequeño que tenía un gran concepto de sí mismo, tenaz como una mula e inflexible como una roca.

Una roca que parecía haber topado con Curiosity Freeman, encolerizada por primera vez.

—Usted no tiene nada que hacer aquí —le dijo la anciana en un susurro áspero—. Si quiere hablar con la señorita Bonner, tendrá que aguardar a que ella tenga tiempo para ir a verlo.

—Hablaré con Hannah Bonner ahora mismo —bufó O'Brien, aunque retrocedía frente al avance de la anciana, con el sombrero apretado contra el pecho—. Y si es necesario, la llevaré conmigo a Johnstown para que sea sometida a juicio. Usted no puede burlar a la justicia, señora.

En ese momento vio a Hannah, con Golpea el Cielo detrás. A la joven habría podido darle por reírse al ver la cara del hombre, donde la satisfacción cedió rápidamente paso a la sorpresa y al miedo, pero la situación era demasiado horrible.

—Señorita Bonner —dijo él. Mientras se erguía, echó a Curiosity una mirada triunfal—. En mi condición de juez de distrito...

—Ella no irá a ninguna parte, O'Brien. —La voz de Richard tronó desde la escalera, tan inesperada que todos dieron un respingo.

—Doctor Todd —saludó el hombrecito, sacando el pecho todo lo que podía. Luego miró con nerviosismo a la anciana y después al séneca—. He venido por un asunto oficial, pero no era mi intención molestarlo.

—Entonces, ¿por qué demonios viene a aporrear mi puerta a estas horas? —bramó Richard.

Palidieron las mejillas de O'Brien; su nariz, en cambio, asumió un rojo más intenso.

—Esta joven está evadiendo la justicia. —Señaló a Hannah con la cabeza—. Se ha presentado una demanda contra ella y no puede esquivarla así como así.

Richard bajó lentamente, con una calma tan mortífera que a Hannah se le erizó el pelo de la nuca. O'Brien debía de sentir lo mismo, pues dio otro paso atrás y chocó contra la puerta.

—¿Que ella está evitando a la justicia? —dijo el médico en voz baja.

El juez de distrito tragó saliva visiblemente.

—Sabe que la he estado buscando. ¿Acaso no entregué ayer una citación en tiempo y forma? La llevé a su misma puerta, ¿y acaso se molestó en aparecer? No sólo eso: además, casi recibí un disparo como pago por la molestia. Nadie está por encima de la justicia, doctor Todd.

—Miserable gusano —comenzó Richard, en tono coloquial.

Bump ahogó una exclamación y Curiosity ocultó una sonrisa con la mano. Pero O'Brien no vio nada de eso; su vista estaba clavada en el doctor.

—Imbécil, miope, insignificante y presumido. ¿Acaso piensa que ella había salido a bailar? ¿Nadie le ha dicho que en esta aldea hay una epidemia?

El visitante hizo una mueca dolorida.

—Pues... sí.

—¿Y sabe usted que la señorita Bonner es médico?

El hombrecito frunció el entrecejo.

—Sé que se presenta con ese título.

—¿Duda de mi palabra y mi opinión en cuestiones de medicina, señor O'Brien?

—No, creo que no —reconoció.

—Cree que no.

—No. Eso no se lo discutiré.

—Escúcheme. La fiebre escarlata ha matado a cinco personas en estos cinco días. Sin la debida atención médica habrían muerto muchas más. El peligro aún existe. Y usted viene a proclamar que, según su entendida opinión, una citación —siseó como si tuviera deseos de escupir— es más importante que la vida de los habitantes de Paradise. ¿He entendido correctamente?

A la cara de O'Brien volvió el color.

—Anoche... —Pero se interrumpió, pues Richard dio otro paso hacia él.

—Anoche, mientras usted vaciaba toneles de cerveza en la taberna, la señorita Bonner estaba aquí, velando... —A Richard se le quebró la voz, limpia y simplemente, como una cáscara de huevo—. Junto al lecho de muerte de mi esposa.

Sus hombros se encorvaron. Mientras le volvía la espalda, concluyó:

—Lárguese. Lárguese ahora mismo.

O'Brien parpadeó convulsivamente, pero no se movió hasta que el ruido de un portazo llegó hasta ellos. Entonces pareció desinflarse; sus ojos pasaban, nerviosos, de Golpea el Cielo a Curiosity. Ésta dijo:

—Permítame que le dé un consejo, juez O'Brien: no venga por aquí diciendo que va a llevarse a nuestra Hannah a Johnstown. Hay otras maneras de cumplir con sus obligaciones. —Miró a la joven—. ¿No es así?

«¿Te quedarás a pelear?»

Todos la miraban, todos. El juez, con expresión dubitativa; Curiosity, esperanzada. Hannah sintió en el hombro la mano de Golpea el Cielo, su fuerza pura y simple. Y dijo:

—Esta tarde, a las siete, estaré en la iglesia para responder a los cargos que se me han hecho. Le doy mi palabra.

—Bien dicho —manifestó Curiosity, con una sonrisa ceñuda—. Ésa es mi niña.

* *

Curiosity hizo que Bump llevara a Lago de las Nubes la noticia de que Kitty había muerto y de que Hannah tenía una cita con el juez O'Brien. Luego envolvió un poco de comida y la puso en manos de Golpea el Cielo.

—Asegúrate de que coma —dijo con solemnidad—. Ahora te toca cuidar de ella, porque ella no lo hará.

Hannah protestó:

—No tenéis por qué sonreiros como si me estuvierais ocultando un gran secreto. Estoy aquí y veo muy bien lo que estáis planeando.

—Tú te callas —le ordenó la anciana—. Esto es entre tu hombre y yo. Ahora escucha lo que debes hacer, Golpea el Cielo: llévate a Hannah y busca un lugar donde pueda descansar. No la llesves a Lago de las Nubes, ¿me has oído? No quiero que Manny o los otros la molesten. Y será mejor que no se acerque por ahora a Elizabeth, que sin duda se mesará los cabellos hasta quedar calva.

Por mucho que Hannah quisiera protestar, esa imagen la hizo sonreír.

—Hace buen tiempo. Llévela a la montaña, a algún lugar bonito, y cuida de que no corra a atender a nadie, aunque sea un día. ¿Comprendes lo que te digo?

—Comprendo, sí —dijo Golpea el Cielo.

—Bien. Esta niña necesita descansar para poder ajustar cuentas con Jemima Southern, de una vez por todas. Además, los dos tenéis un largo viaje por delante.

Hannah se acercó para apoyar la cabeza en el hombro de la anciana.

—Hoy no —murmuró—. Todavía no.

—Todavía no —confirmó Curiosity, en tanto le daba palmaditas en la espalda.

Hannah sintió la súbita necesidad de sentarse allí, en aquella cocina acogedora, y no salir nunca más.

—¿Y Richard? ¿Y Ethan?

—Debemos permitir que pasen un rato con ella. Ya lo sabes. Hasta mañana no podrán dejarla ir.

—Los LeBlanc —recordó Hannah, furiosa por sentirse al borde del llanto—. Y las niñas Ratz. Prometí ir a verlos.

—En este momento no hay nadie que esté a las puertas de la muerte. —Curiosity la apartó para mirarla a la cara—. Deja que yo me encargue de todo, niña. Tú tienes que ocuparte de tu propia vida.

* *

En una pradera alta, desde donde podían ver el mundo entero, el cansancio y el dolor vencieron a Hannah. Se dejó caer pesadamente en un saliente rocoso, con un brazo contra los ojos. Las lágrimas brotaron, calientes, y le corrieron por la cara como lluvia.

Golpea el Cielo se sentó a poca distancia. No tenía palabras que ofrecerle, pero Hannah agradecía su mera presencia, aunque la mortificaba estar así frente a él.

Cuando no le quedaron más lágrimas, se llenó los pulmones de aire y lo retuvo cuanto pudo, estremecida, hasta que su cuerpo se aquietó. Entonces le fue posible oír el mundo que la rodeaba. En los pinos cercanos había una riña de pinzones; algo más abajo, se oía el lejano sonido de las cascadas. Golpea el Cielo no hacía ruido alguno. De pronto Hannah tuvo la convicción de que la había dejado para que llorara a solas.

Se incorporó, dispuesta a sentirse furiosa, ofendida o ambas cosas, pero él estaba allí, sentado frente a ella con las piernas cruzadas.

—Come algo —dijo, ofreciéndole un poco de pan.

Hannah no tenía conciencia de su hambre ni de lo rico que era el pan fresco en un día caluroso. Comió todo lo que él le fue dando: carne fría y nabos de la huerta, de sabor penetrante.

—¿Qué es esto? —preguntó él, con cara de duda, ante un manojito de perejil.

—Máscalo —aconsejó Hannah—. Limpia la boca y purifica el aliento.

Y se ruborizó al comprender que ese perejil era una broma provocativa de Curiosity. Golpea el Cielo no entendió o prefirió no entender, pero hizo lo que ella sugería.

—Allí hay un arroyo —señaló Hannah—. Y sombra para dormir.

Se adelantó corriendo; de pronto se sentía incómoda junto a aquel desconocido, aquel hombre al que había dado palabra de casamiento. Él la siguió, veloz y silencioso, serpenteando entre los pinos hasta llegar al arroyo. Ambos bebieron de él. Era un sitio fresco, donde la luz se filtraba por entre los pinos y los abetos para jugar en el agua. Había rocas cubiertas de musgo, hondos lechos de pinaza y, en lo alto, el parloteo sordo de las ardillas.

—Buen lugar —comentó Golpea el Cielo, mientras dejaba cuidadosamente la escopeta sobre la hierba. Junto al arma depositó el cuerno de pólvora, el saco de balas, la taleguilla que le colgaba del cuello y la vaina del puñal, hasta quedar desarmado. Luego comenzó a quitarse la camisa de cazador por encima de la cabeza.

—¿Qué haces? —inquirió ella, en voz tan cortante que él se detuvo a mirarla.

—Voy a dormir aquí mismo. —Él señaló el suelo con el mentón—. He pasado la noche montando guardia. Y tú también deberías dormir, a menos que tengas pensada otra cosa.

Enfurecida por su enorme sonrisa, Hannah le volvió la espalda y se acostó, con las rodillas recogidas y los brazos ceñidos al cuerpo.

Ya le enseñaría que no podía tomarla a la ligera. Después de hacerse esa promesa, se quedó dormida.

* *

Despertó cuando el sol ya estaba alto y el bosque reverberaba de calor, aun allí, junto al agua.

—Tu familia querrá verte antes de que llegue la hora de presentarte ante O'Brien. —Él estaba en cuclillas a su lado, con la camisa en una mano y el pecho húmedo de sudor.

Hannah se obligó a apartar la vista, pero no podía pasar por alto su olor ni las sensaciones que le despertaba en el vientre. Se incorporó.

—Sí. Está bien.

Sin embargo, permanecieron así, tan cerca que habrían podido tocarse, pero sin hacerlo. Hasta que él alargó dos dedos y le rozó el pelo.

—Pinaza —dijo. Y ella vio cómo se movían los músculos de su garganta al tragar saliva.

Golpea el Cielo se acercó un poco más para quitarle el polvo y la pinaza de la cabellera. Ella se lo permitió. Habría podido apartarle la mano, pero no quería hacerlo. Lo que sí quería, tanto que el impulso era casi irresistible, era apoyar la cara en la curva donde el hombro se encontraba con el cuello, para poder aspirar sus olores.

—Camina Adelante —murmuró él, ya tan cerca que su aliento le movió el pelo.

Ella volvió la cara y abrió la boca para preguntarle: «¿Qué?», y él la besó, tal como esperaba, como deseaba. Un beso dulce, suave, más suave aún. Nada parecido a los rudos besos de la noche anterior, pero tenían un poder propio. Hannah apoyó las manos en su pecho, y los músculos, suaves y duros, aletearon bajo sus palmas. Él la encerró entre sus brazos.

Pasaron largo rato así, arrodillados en el suelo del bosque; él la acunaba contra el cuerpo y la besaba en la boca; ella, al responder, aprendía su forma, su sabor, el contacto de su lengua. Nunca habría imaginado que un beso pudiera ser algo tan potente como para arrancarla de sí misma a tal punto. Le despertaba deseos tan furiosos que, por mucho que se apretara contra él, no era suficiente.

Le pasó los dedos por la cara, trazó el contorno de sus orejas, le abarcó la nuca entre las manos. Y entre besos le dijo:

—Te está creciendo el pelo. Me gustaría ver cómo eres cuando no te lo rasuras. ¿Te lo dejarás crecer?

—Sí —aceptó él, sonriendo contra su boca—. Si tú quieres, esposa mía.

Hannah volvió a apartarse.

—¿Ya soy tu esposa? —Al oírse decir eso, sintió un nudo en el pecho.

Él inclinó la cabeza y torció una comisura de la boca.

—Sólo tú puedes responder a esa pregunta, Camina Adelante, Hannah. ¿Eres mi esposa?

A pesar de que hacía un día caluroso, la muchacha temblaba como si se hubiera apoderado de ella alguna fiebre. Él esperaba, sin dejar de mirarla. Un desconocido, todavía, y, sin embargo, no era desconocido en absoluto. Nunca había sentido tanto miedo ni tanta felicidad; nunca había estado tan segura de lo que deseaba.

—Sí —dijo—. Soy tu esposa.

Bastó una sonrisa de Golpea el Cielo para calmar sus temblores. Pero entonces él recomenzó: sus manos, su boca, la fuerza de sus brazos, todo para ella. Cuando la atrajo hacia el suelo del bosque, ella lo dejó hacer de buena gana, y cuando él le tocó el pecho, la muchacha se arqueó contra su mano.

—¿Hay tiempo? —le preguntó, sorda y ronca la voz a sus propios oídos—. ¿Hay tiempo suficiente?

Él puso su boca contra la oreja, cálida y suave, de la muchacha.

—Hay tiempo. Si me deseas, hay tiempo.

La lengua de Golpea el Cielo se movió contra el pulso del cuello, a lo largo de la mandíbula, hasta llegar a la boca. Otro tipo de beso, una promesa de lo que seguiría. Su mano bajo la falda, trepando por el muslo hasta tocar eso que dolía entre las piernas. Un toque leve, una pregunta sin palabras.

—Sí —susurró Hannah—. Sí.



Capítulo 42

Por la mañana, Elizabeth se despertó pensando en Kitty, pero fue en busca de Manny y Jode, decidida a mantener una franca conversación con ellos sobre sus actividades recientes y sus planes para el futuro inmediato. Si Curiosity estaba demasiado atareada como para ir a hablar con su hijo y hacerlo entrar en razones, lo haría ella. Además, debía resolver el misterio de Liam Kirby. Y estaba segura de que Manny podía proporcionarle también esa respuesta, una vez que lo tuviera acorralado.

Pero habían desaparecido. Después de comer en el hogar de Muchas Palomas y darle cortésmente las gracias, habían vuelto a fundirse con el bosque.

—Esperarán a que los otros estén listos para viajar hacia el oeste —informó Grajo Azul, con la expresión desolada y melancólica de los niños que quieren participar de una aventura y saben que no serán incluidos.

Muchas Palomas dijo:

—Temen que te enfades, y con razón.

Elizabeth volvió a su cabaña, y allí encontró a Bump, sentado con Nathaniel en el porche. Tenía malas noticias y el buen pan de Curiosity para ayudarlos a tragarlas.

Se sentaron a escuchar, bajo la fuerte luz de la perfecta mañana estival. Elizabeth, aunque exteriormente conservaba la calma, habría querido huir a toda carrera, cerrar los oídos como un niño malcriado y dejar fuera esas palabras que temía.

Pero Bump, a pesar de su espalda deforme y de su extraña vestimenta, era la más dulce y bondadosa de las personas. Describió las últimas horas de Kitty de una manera tan directa y sencilla que Elizabeth encontró en ellas algún consuelo. La había conocido cuando era una muchacha infeliz, solitaria y desesperada de amor, pero había muerto con su esposo al lado y su hijo entre los brazos.

—Su muerte fue tranquila —concluyó Bump—. Curiosity me ha encomendado decirles que sonreía.

Nathaniel le frotó la espalda a Elizabeth y la estrechó contra sí. Ésta notó que su esposo contenía el aliento y comprendió que estaba muy cerca de las lágrimas. Dentro de ella, en cambio, ya no las había.

—¿Y lo demás? —La voz de Nathaniel sonó ronca por la pena.

Bump torció los hombros, como para aliviar un calambre en la espalda, y prosiguió su relato, sin dejar de observar la cara de Nathaniel.

—Entre el doctor y Curiosity, O'Brien no tenía ninguna oportunidad —comentó, con expresión satisfecha. Luego, más cauteloso, dijo—: Normalmente el doctor es un hombre duro y avaro con los elogios. Muchas veces lo he visto irritar a la señorita Hannah con sus exigencias y sus asperezas. Pero esta mañana la ha defendido como si ella fuera alguien de su familia, a pesar de que temblaba de dolor como un arbolillo

en la tormenta. He pensado que os gustaría saberlo.

—Sí —respondió Nathaniel—. Gracias por decírnoslo.

La cara de Elizabeth delataba el esfuerzo que estaba haciendo para conceder a Richard Todd el mérito que le correspondía. Los enfrentamientos que habían tenido en el pasado debían quedar atrás. Con su lealtad y su defensa de Hannah, Richard se había ganado el respeto de todos. Y Elizabeth debía confiar en que sabría educar a su sobrino, pues Kitty le había arrancado esa promesa.

—Ya sé que no bajáis a la aldea por temor a la escarlatina, pero... —comenzó a decir Bump.

—Nathaniel estará allí a las siete para escuchar los cargos de O'Brien —lo interrumpió Elizabeth, casi rozando la grosería. Se le había acentuado el color y mantenía los dientes apretados. Era efecto del miedo. Sin embargo, por ese único segundo que duró demasiado, él la odió por permitir que el miedo la dominara.

—Lo que iba a decir —continuó Bump, sin alterarse— es que Ethan os envía un mensaje. Confía en que mañana podréis ir al entierro de su madre, y me ha encargado deciros que, si vais, como Kitty habría querido, no se acercará a vosotros, aunque no tiene sarpullido ni síntoma alguno.

De súbito Elizabeth palideció como si fuera a desmayarse. Luego, sacudida por un estremecimiento, se llevó las manos a la cara, y un sollozo le desgarró la garganta.

Bump cruzó una mirada con Nathaniel. En sus ojos había algo sapiente, una comprensión que estaba más allá de toda crítica.

—También traigo mensajes para los niños Lily y Daniel —agregó.

Nathaniel hizo un gesto de asentimiento y estrechó a Elizabeth contra sí.

—Ahora mismo iré a llamarlos —dijo.

* *

Cuando hubo llorado tanto como puede llorar una mujer, Elizabeth miró a su esposo como lo había hecho después de dar a luz: vaciada de todo, reducida a su pura esencia.

—¿Aún está aquí? —preguntó.

—Sí, está en el porche, con Lily.

Durante un momento, él temió que el llanto recomenzara, pero sólo hubo un suspiro profundo y trémulo. Ella se levantó.

—Me arrepiento de no haber ido a acompañar a Kitty —dijo, apartando la cara—. Pero sobre todo siento vergüenza.

—Elizabeth...

—Déjame terminar. Me avergüenza que hiciera falta el dolor de un niño para

comprender lo que os he hecho. A ti más que a nadie. Lo siento, Nathaniel, lo siento de verdad.

Las lágrimas se acumularon en sus ojos hinchados, y apartó la mano de su esposo, que se alargaba hacia ella.

—He permitido que el miedo decidiera por mí. Por nosotros. Ojalá encuentre la manera de compensaros.

—Elizabeth... —Él la cogió por las muñecas para obligarla a sentarse a su lado, en la cama. Como ella forcejeara, la envolvió entre sus brazos y la retuvo hasta que sintió que cedía—. Escucha, escúchame. Soy tu esposo. No me debes disculpas ni explicaciones. Todo lo que tú sientes, lo siento yo también. Cada vez que uno de los niños desaparece en un recodo del camino, hay un puño que me aprieta las entrañas hasta que vuelvo a verlos. Cuando uno de ellos estornuda o tose, cuando su sueño es demasiado profundo o tardan demasiado en despertarse, pienso en Robbie y el miedo me estrangula.

Los dedos de Elizabeth se curvaron contra la tela de su camisa. Luego quedaron laxos.

—Él era también mi hijo. Lo extraño todos y cada uno de los días, pero no permitiré que su falta me impida brindar a los vivos lo que les corresponde. Y tú tampoco deberías permitirlo.

—Quiero hablar con Bump —dijo ella, contra su camisa—. Quiero enviar un mensaje a Ethan.

* *

Bump seguía sentado en el porche con Lily, hojeando el libro de Gabriel Oak. Desde la puerta, Elizabeth los observó mientras volvían las páginas.

—Y este A. Montgomery, ¿quién es?

—Ah —respondió él, con una gran sonrisa—, el amigo Gabriel lo dibujó en Carolina del Sur. Es el viejo Archie, un coronel; ya ves su uniforme.

—Dice mil setecientos sesenta —señaló la niña.

—Hum, debió de ser cuando los cherokees liquidaron a la milicia, allá en Echoe. Fue entonces cuando Gabriel decidió que estaba harto de guerras y se le metió en la cabeza venir al norte.

—¿Y vino aquí?

—Sí, en la primavera siguiente. Seguro que aquí encontrarás dibujos de gente que conoces. Mira, aquí está el lago de la Media Luna, cuando tu abuelo y los colonos vivían felices en la orilla.

—Antes de que los kahnyen'kehàka incendiaran la aldea —apuntó Lily—. Y mira

lo que hay escrito aquí, en el margen: «Alfred M.» Ése debe de ser mi abuelo Middleton.

—¿Puedo mirar? —A Elizabeth se le quebró la voz cuando ambos giraron hacia ella una sonrisa de bienvenida.

Le hicieron sitio entre ellos. Lily no dejó el viejo libro en paz hasta verlo bien afirmado en el regazo de su madre.

—Sí —dijo ella—, es tu abuelo. Aquí se le ve muy joven. ¡Cielos, Axel Metzler! —Tuvo que contener la risa—. Casi no lo reconozco. No conocí a su esposa, pero supongo que ésta debe de ser ella, ¿verdad?

La pregunta iba dirigida a Bump. Él asintió.

—En efecto.

—Mira —dijo Lily, cada vez más entusiasmada—: los padres de tío Todd, dice aquí.

—Debes mostrarle esto, hija. Le interesará mucho.

Pero la niña, en su emoción, apenas la oyó. Al girar la página se detuvo con una suave exclamación:

—Oh, mamá, mira.

—Sí. —Elizabeth parpadeó a la luz del sol—. Es mi madre.

El retrato parecía refulgir en la página. El pelo oscuro, cubierto por una simple cofia de cuáquera; la cara en forma de corazón, los ojos bien separados, el mentón hendido y una sonrisa tímida. Según la fecha, tenía sólo diecisiete años. Estaba recién casada y se había separado de su familia para seguir a su esposo a territorios salvajes.

—Te pareces mucho a ella —observó la niña—. ¿Verdad, Bump, que se parece a su madre?

Él susurró:

—Es cierto, tanto como tú a ella.

—¿Estabas presente cuando Gabriel dibujó esto? ¿Te acuerdas de mi abuela Middleton?

—Por supuesto. No podría olvidar a Maddy, de la misma manera que no podría olvidar a mi propia madre. Era un espíritu fuerte, lleno de vida. Cuando se marchó, Paradise ya no fue el mismo.

—¿Por qué se fue a Inglaterra? —preguntó Lily, tocando el labio de su abuela como si, de algún modo, el retrato pudiera darle una respuesta. Y luego, a Bump—: ¿Te lo dijo?

El anciano pareció sobresaltarse ante la idea.

—Pues no. Una primavera, al volver a Paradise, nos enteramos de que se había ido y ya no volvimos a verla. De vez en cuando me pregunto qué la impulsaría.

—¿Qué es esto que Gabriel escribió bajo su nombre? —Lily acercó la nariz a la página y leyó en voz alta—: «McB4,2,1,3.»

—Una cita —respondió Elizabeth—. Supongo que es de MacBeth.

La niña se levantó de un brinco para correr al interior de la casa, anunciando:

—¡Esperad! ¡Sé dónde está!

Antes de que pudieran detenerla, ya estaba de regreso. Plantó el libro en manos de su madre y esperó, entre risillas impacientes, a que Elizabeth hallara esas líneas:

*Su huida fue locura: cuando no nuestros actos,
nuestros miedos nos convierten en traidores.*

Lily estaba tan concentrada que Elizabeth no podía apartar la vista de ella.

—¿Sabéis qué significa eso? —preguntó la niña, mirándolos a ambos.

—No estoy segura —reconoció su madre, aunque tenía la inquietante sensación de que encontraría la respuesta allí, en la página, si observaba el retrato a fondo—. Pero lo pensaré.

Bump le sonrió, con sus brillantes ojos azules perdidos en un mar de arrugas.

—El amigo Gabriel se sentiría muy complacido —dijo—. Estoy seguro.

* *

Durante el resto del día Elizabeth no pudo pensar en otra cosa que en el retrato de su madre. Una parte de su mente comprendía que la conversación en el porche no era una casualidad: Bump lo había dispuesto exactamente así, para proporcionarle algo que la distrajera. Con la mente ocupada en su madre, le quedaba poco tiempo para pensar en Kitty, en los problemas de Hannah con el juez O'Brien, en Manny y Jode, ni siquiera en la fiebre escarlata.

Cuando habló de aquello con Nathaniel, él no se entusiasmó demasiado:

—Yo no trataría de buscar mucho en un dibujo hecho hace más de cuarenta años —dijo. Le dio un beso, por si ella interpretaba su comentario como falta de interés—. Pero sigue dando vueltas a esa cita, Botas, si eso te hace feliz.

A continuación, Elizabeth recurrió a Muchas Palomas, con la esperanza de que otra mujer viera lo mismo que ella: preguntas pendientes que necesitaban respuesta. La encontró en el maizal. Elizabeth cogió una azada y le sacó el tema mientras ambas arrancaban hierbas entre las plantas de maíz. Muchas Palomas la escuchó, reflexiva como siempre. Luego dijo:

—Gabriel Oak era cuáquero. Y tu madre también. Tal vez esa cita haga referencia a alguna conversación entre ellos. Es lo mismo que ahora hace tu hija. Ella también apunta dichos y palabras extrañas al pie de cada dibujo.

Era cierto. Elizabeth se quedó pensativa.

—¿Qué esperabas? —preguntó la kahnyen'kehàka.

—No sé —reconoció ella—. Entender de algún modo a mi madre. Cuando murió, yo era muy pequeña. Nunca se me ocurrió formularle las preguntas que me formulo ahora.

Muchas Palomas sonrió y alzó la vista, protegiéndose los ojos del sol con la mano.

—Camina Adelante nos trae a su flamante esposo. Mira.

Elizabeth casi tenía miedo de volverse, pero no pudo resistirlo. Y se quedó inmóvil entre las espigas ondulantes, impresionada por lo que veía.

—Así la recordaré cuando nos haya dejado —dijo en voz alta, y Muchas Palomas asintió—. Él será un buen esposo —agregó, porque era lo que necesitaba oír, la única manera de tornar soportable la inminente separación.

Muchas Palomas permaneció callada, limitándose a seguirlos con la vista.

—Él es lo bastante fuerte para ella —dijo al fin. Tocaba la verdad para la que Elizabeth no había podido hallar palabras. En verdad Golpea el Cielo era fuerte de cuerpo, alma y fuerza de voluntad, lo suficiente para ser el esposo de Camina Adelante.

Hannah, al verlas, alzó una mano para saludarlas. En su cara bienamada refulgía toda la felicidad del mundo.

* *

—Lo haremos así —dijo Nathaniel durante la comida, mirándolos uno a uno—. Cuando O'Brien lea los cargos contra ella, no haréis ni un comentario, ¿me habéis entendido, Lily y Daniel?

Los gemelos asintieron, con la vista clavada en el plato.

—Luego Jemima tendrá algo que decir, sin duda, y también la viuda. Es probable que O'Brien les haga algunas preguntas. Como no se trata de un juicio, no tiene obligación de escuchar por turnos a ambas partes. Se trata de una investigación, según me ha explicado Jed, y eso significa que O'Brien puede hacer prácticamente lo que le venga en gana.

La expresión de Ojo de Halcón era tranquila, pensó Elizabeth, sin duda porque tenía sus propios planes. Si las cosas no marchaban bien, antes de que el juez tocara a Hannah, él lo mataría. Por proteger a su nieta, era capaz de eso y más, sin vacilaciones ni remordimientos.

Nathaniel, sin embargo, tenía otro enfoque de las cosas.

—Cuando te toque el turno de hablar, hija, di lo que debas decir en tan pocas palabras como puedas. Responde con sencillez a sus preguntas. —Hizo una pausa y

bajó la vista al plato. Cuando volvió a levantar la cabeza, en sus ojos había una furia callada—. No sabemos con exactitud qué le ha dicho Jemima, pero, sea lo que fuere, allí estará Richard para respaldarte.

Elizabeth había estado observando a Hannah, en busca de alguna señal de temor o confusión, pero sólo veía en ella una serena aceptación y un ensimismamiento que ella reconoció: por la manera en que Golpea el Cielo y ella se miraban, no cabían dudas de cómo estaban las cosas entre ambos.

—¿Has oído algo de lo que he dicho, Hannah? —preguntó Nathaniel, con el entrecejo fruncido.

Y a cambio recibió una sonrisa.

—He oído todas y cada una de tus palabras.

—Pues me alegra ver que conservas el sentido común —manifestó su padre—. Ojalá todos podamos hacer lo mismo.

* *

Jed McGarrity nunca quiso ser alguacil, pero tras la muerte del juez Middleton, sin poder evitarlo, acabó asumiendo el cargo y las tribulaciones que llevaba aparejadas. Desde ese día, se habían hecho realidad todos sus miedos y algunas cosas más. No había nada peor que verse obligado a llamar a la puerta de alguien para hacerle preguntas penosas, cuando uno ya sabía casi todas las respuestas. Ya no podía hacer la vista gorda cuando algún trampero se servía de las trampas ajenas, ni regañar a Axel con unos pocos gruñidos si Ben Cameron se emborrachaba hasta romper la puerta de la taberna. Cuando el viejo Dubonnet, el hombre más malvado que Dios hubiera puesto sobre la tierra, salió con un garrote para romperle la cabeza a su mujer y se encontró con una cuchillada en el vientre, fue Jed quien hubo de aclarar las cosas. El primer año había sido malo, pero la cosa empeoró aún más cuando Sam Beck —un hombre con sentido del humor y que sabía cómo funcionaban las cosas en la frontera— abandonó el puesto de juez de distrito para mudarse al oeste. Entonces Baldy O'Brien, universalmente odiado por haber sido recaudador de impuestos durante mucho tiempo, abandonó ese oficio y compró el cargo de juez, más o menos cuando la viuda Kuick se instaló en Paradise. Ese fue el fin de cualquier esperanza que Jed tuviera de llevar una vida tranquila.

La viuda se pasaba la vida presentando demandas a Johnstown por lindes de fincas, explotación de maderas o cualquier otra violación a la ley que soñaba por la noche; y cuando no, espiaba a la gente desde la ventana y causaba problemas. Hasta el momento, ninguna de las denuncias había sido muy seria, nada que Jed debiera poner en manos de la verdadera justicia. Tal como Sam Beck había dicho en sus

narices a la viuda —en una ocasión en que ella se quejó por las juergas de los chicos Cameron—, si los tribunales de Nueva York dieran en juzgar a fornicadores y borrachos, lo primero que deberían hacer sería meter en el calabozo a todos los jueces.

Por mucho que Jed quisiera creer que esa nueva demanda seguiría el camino de las otras, se sentía inquieto hasta los huesos. Allí estaba Jemima Southern para azuzar a la viuda; a su modo de ver, esas dos juntas eran peor que todos los perros del infierno. Por añadidura, no podía pasar por alto lo que ellas aducían, por la simple razón de que se había cometido cuando menos un delito: la caja fuerte había desaparecido, y el capataz también. Desde el momento en que supo que el juez O'Brien estaba en camino, Jed no había podido dormir, preguntándose cómo diablos harían las dos viudas Kuick para encajar esos dos delitos a Hannah Bonner. Por más que lo había discutido con Anna, no hallaban la solución.

Para colmo de males, se había corrido la noticia de que habría una investigación y casi todo Paradise estaba apiñado en la iglesia. Charlie LeBlanc no apareció, pero sí los padres de Molly. Allí estaba Nicholas Wilde, tambaleante pero erguido, aferrado al brazo de Dolly Smythe. Hasta el doctor había abandonado su duelo para sentarse frente a las Kuick.

Baldy O'Brien estaba de pie, muy ufano y complacido por contar por una vez con público. Había enganchado los pulgares en la cintura de los pantalones y se paseaba de un lado a otro, saludando a la gente con la cabeza, como aquellos viejos amos holandeses que convocaban a sus arrendatarios para leerles un sermón desfasado.

Luego entraron todos los Bonner. Elizabeth estaba pálida como la nieve recién caída, pero los hombres parecía que fueran a una velada musical. Ojo de Halcón se tocó la frente a modo de saludo; cuando Axel Metzler le hizo una pregunta, le respondió con una sonrisa. Los mohawks se quedaron atrás, cerca de la puerta; los acompañaba el corpulento séneca que cortejaba a Hannah. Más de uno se pondría nervioso al verlos allí, pero Jed se alegraba de contar con apoyo, por si surgía la necesidad.

Hannah entró la última, y hasta los niños enmudecieron, no por miedo, ni preocupación, ni porque tuvieran malos presentimientos, sino porque Hannah Bonner, a la luz dorada del atardecer, dejaba a cualquiera sin palabras. Y a pesar del motivo por el que estaba allí y del hecho de que Baldy O'Brien la miraba con labios apretados, se la veía tan serena y feliz como siempre; recorrió el pasillo con una sonrisa, intercambiando palabras con la gente.

Cuando Jemima Kuick volvió la cabeza para mirarla, a Jed le corrió un escalofrío por la espalda. Sin saber decir por qué, le recordó a Jamie McGregor, un veterano de la guerra del rey Jorge que se pasó el resto de sus días hablando de a quién faltaba matar y con cuánto gusto él se haría cargo de la tarea.

Cuando los Bonner estuvieron sentados —Hannah, entre su padre y su abuelo, y el resto de la familia a los lados—, O'Brien carraspeó.

—Leeré la demanda por partes, puesto que han sido presentados dos cargos diferentes. —Bramaba en voz tan alta que la gente que no había podido entrar en la iglesia podía oírlo sin problemas—. Si alguien me interrumpe o provoca disturbios, ordenaré al alguacil que lo arroje fuera. Cuando haya terminado, haré algunas preguntas a las demandantes, que son las señoras Kuick, aquí presentes. Luego interrogaré a la demandada.

Carraspeó una vez más y, después de sacudir el papel que tenía en la mano, lo alejó hasta la distancia del brazo.

—Durante meses, quizá más, Hannah Bonner, vecina de esta aldea, mestiza de dieciocho años de edad, ha participado en el tránsito ilegal de fugitivos, por el que se incita y ayuda a los esclavos del Sur a escapar de sus legítimos propietarios. La parte que Hannah Bonner desempeña en esta conspiración es guiarlos por los bosques, donde sus parientes mohawk los reciben y conducen hacia el norte, a Canadá, donde pueden pasar por negros libertos y evadir la justicia.

»Testigo de todo esto es Liam Kirby, de Manhattan, quien rastreó a una fugitiva hasta las tierras de los Bonner, donde Hannah Bonner obstaculizó su empresa. Más aún: cuando Ambrose Dye, empleado de nuestro molino, tomó medidas para impedir ese delito, Hannah Bonner empleó engaños y mentiras para soliviantar a nuestros esclavos, provocándoles un estado de ira salvaje contra el señor Dye. Los esclavos, junto con Hannah Bonner y otros miembros de su familia mohawk, conspiraron para secuestrar al señor Dye. Creemos, como creía nuestro hijo y esposo, que nuestros esclavos, junto con Hannah Bonner, son responsables de la muerte del capataz.

»Durante el secuestro del señor Dye, los mohawks nos tomaron prisioneros y saquearon la casa. Los indios secuestradores se apoderaron de una caja fuerte que contenía una gran suma de dinero, sin duda para financiar nuevas actividades ilegales.

O'Brien levantó la vista hacia las casi cien caras que lo miraban, absortas. El mismo Jed estaba atónito, preguntándose si sus oídos no le estarían jugando una mala pasada, si había oído bien, si realmente las Kuick estaban acusando a Hannah Bonner de todo aquello, desde la fuga de los esclavos hasta el asesinato. Se preguntaba también por qué ni Nathaniel ni Ojo de Halcón se habían levantado aún, cuando él mismo tenía que contenerse para no acercarse a O'Brien y romperle la cara de un tortazo.

El juez comenzó a perder en parte su expresión ufana, tal vez porque las reacciones que veía lo sorprendían tanto como a Jed. Tornó a carraspear.

—Esta primera serie de cargos son: fuga de esclavos, robo con violencia y complicidad en asesinato. Pasaré a la segunda serie...

Desde un rincón en penumbra, al fondo de la iglesia, se elevó una voz:

—Antes de continuar, juez O'Brien, me gustaría responder a esos primeros cargos.

Todas las cabezas se volvieron hacia la voz, mientras Liam Kirby se adelantaba hacia un rayo de luz. El grito estrangulado de una mujer atravesó los murmullos: Jemima Southern, la última persona de la tierra que Jed habría creído capaz de desmayarse, estaba a punto de hacerlo.

—¿Qué ocurre? —barbotó O'Brien—. ¿Quién es usted, señor, para interrumpir estos procedimientos?

—Cualquiera de los presentes podrá decirle mi nombre. Soy Liam Kirby, a quien las Kuick nombran como testigo en esa demanda.

Si Liam Kirby hubiera afirmado ser el presidente Jefferson, O'Brien no se habría mostrado más sorprendido.

—Tenía entendido que usted se encontraba en la ciudad, señor Kirby.

—No sé de dónde ha sacado esa idea, como no sea de las mismas personas que le han dicho esa sarta de mentiras, las que usted acaba de leer.

Jemima Southern se sentó con pesadez, inclinada hacia delante, como si estuviera a punto de vomitar la cena sobre sus zapatos.

* *

Liam Kirby.

La última persona que Hannah esperaba o quería ver. Pero allí estaba, con la gorra entre las manos, tan tranquilo, como si nunca se hubiera ido. Detrás de él, Palabras Fuertes y Golpea el Cielo custodiaban la puerta, ambos armados con escopetas. Sintió que le zumbaban los oídos, pero se pellizcó los pómulos hasta que se le aclaró la vista y pudo seguir escuchando.

O'Brien estaba enrojecido, casi bailaba de agitación.

—Explíquese, señor.

Liam dio un paso hacia delante y miró a su alrededor. Hannah, al sentir la mano de su padre en el hombro, se apoyó contra él. Liam dijo:

—Si en Paradise ha habido tránsito de esclavos, yo no he encontrado ninguna señal de eso, ni en Lobo Escondido ni en ningún otro sitio. No puedo negar que llegué hasta aquí siguiendo a una fugitiva, y es posible que la mujer haya pasado por esta aldea, mis perros, al menos, así lo creían, pero no pude hallar de nuevo su rastro, y desde luego no fue porque Hannah Bonner me lo impidiera.

La viuda se levantó como un resorte, convulsa y temblando. Tenía mal color y los ojos rojos; el médico que había en Hannah imaginó el nido de venas y arterias que

palpitaba en el fondo de su cráneo.

—Juez O'Brien —dijo la mujer—, aunque eso fuera cierto, aún queda lo del secuestro y el asesinato de Ambrose Dye.

Liam rió en un ladrido que hizo brincar a Hannah.

—Hace dos días vi a Ambrose Dye camino de Canadá. Estaba bien vivo y gastando dinero a manos llenas. Si tiene otras acusaciones contra la señorita Bonner, será mejor que las lea de una vez, señor juez.

Se alzó un aullido ondulante, tan parecido a un grito de guerra que a Hannah se le erizó el vello de los brazos. Jemima estaba nuevamente de pie y señalaba a Liam Kirby con un dedo.

—Él también estaba allí —gritó—. Estaba bajo la ventana, con los mohawk que nos asaltaron. Lo vi con toda claridad. Te vi, Liam Kirby. Ambrose Dye ha muerto y tú lo mataste; fuiste tú quien se llevó la caja fuerte.

Hannah miró a su padre y vio en él dos cosas: que lo que Jemima decía era cierto —inexplicable y asombrosamente cierto— y que no lo cogía por sorpresa. Los dedos de él le apretaron el hombro.

—Después... Guarda las preguntas para después —le dijo en el idioma de su madre.

* *

Un rugir de voces inundaba la iglesia; la gente increpaba a gritos a Jemima, a Liam y a nadie en especial, blandiendo los puños en el aire. O'Brien cogió una Biblia de la mesa que tenía frente a sí y la descargó tres veces contra el tablero, con tal fuerza que se hizo el silencio.

—¡Señor! —observó el pastor Gathercole, en tono de disculpa—. Son las Santas Escrituras.

—¡Pues deben servir para algo! —bramó O'Brien.

Jed disimuló una sonrisa detrás de la mano, con la cabeza inclinada.

—¡Atención, chusma! —bufó el juez—. ¡Si no mostráis más respeto, os haré expulsar a todos! —Una vez recobrado el aliento, dijo—: Señora Kuick, ¿es cierto que vio al señor Kirby bajo la ventana, después del asalto a su casa?

Ella asintió, apretándose el cuello con ambas manos.

—Sí, señor. Estaba allí, con los mohawks negros.

—Pues entonces —continuó O'Brien, en tono de fatiga— deberá usted explicarme por qué en su demanda nombra a Kirby como testigo contra Hannah Bonner por ese mismo delito.

—¿Y por qué no dijiste que él estaba allí cuando sucedió? —chilló Axel Metzler

—. No dijiste ni una palabra sobre Liam Kirby, jovencita. ¡Bien lo sabes!

La muchedumbre volvió a agitarse y a murmurar, y O' Brien paseó una mirada feroz por encima de las cabezas.

—¡Guardad silencio o habréis de véros las con mi vara! —Se giró hacia Jed—. Alguacil McGarrity, ¿alguna de las señoras Kuick le dijo algo de que el señor Liam Kirby hubiera estado en las cercanías del molino en momento alguno de la noche del asalto y el secuestro?

Jed sintió la mirada de Ojo de Halcón fija en él; no había allí ira, sino simple interés, como si supiera lo que Jed iba a decir, aunque no cómo lo diría.

—Ninguna de las dos me dijo una palabra sobre Kirby. Ni tampoco los otros que estaban presentes durante los sucesos. Becca Kaes se encuentra entre nosotros. Puede preguntárselo a ella misma.

O'Brien giró sobre sus talones.

—¿Señorita Kaes?

Becca se levantó, desviando una mirada temblorosa hacia su patrona.

—Sí, señor.

—¿Se encontraba usted en la casa del molino cuando llegó el intruso?

—Sí, señor.

—¿Estuvo usted en la sala con el intruso, junto con las dos señoras Kuick y el resto?

—Sí, señor.

—¿Y vio usted al intruso con claridad?

—Sí, señor.

—¿Cómo lo describiría?

—Con toda seguridad, no era Liam Kirby, señoría. Era negro como la pez. Y Liam es más rojo que el diablo, como cualquiera puede ver.

En el último banco se oyó un bufido burlón, seguido de risas: eran los muchachos Cameron, ebrios, pero no tanto, todavía no.

—¿Vio usted al señor Kirby en algún momento de esa noche?

—No, señor, ni lo oí mencionar en ningún momento.

O'Brien apuntó una mirada penetrante hacia el banco donde se sentaban las viudas Kuick, inmóviles y blancas como piedras.

—Señorita Bonner.

Hannah se levantó, con las manos cruzadas frente a la falda.

—Sí, señor.

—¿Conspiró usted con Liam Kirby para secuestrar al señor Ambrose Dye y robar la caja fuerte de los Kuick?

—No, no lo hice —respondió ella, serena.

—¡Pregúntele por esos paganos que están allí atrás! —estalló la voz de Lucy

Kuick, en un chillido inestable—. ¡Pregúntele si no conspiró con ellos!

—Conduciré la audiencia a mi modo, señora Kuick —manifestó el juez, con aspereza. Luego se tironeó del cuello, como si de pronto le apretara demasiado—. ¿Conspiró usted con Liam Kirby o con alguna otra persona para secuestrar a Ambrose Dye y robar la caja fuerte?

—No.

—¿Qué tipo de vínculo la une al señor Kirby?

Hannah bajó la vista a sus manos.

—Fuimos amigos durante la niñez —dijo—. Nada más.

—¿Conspiró usted con alguna otra persona que pueda parecerse a Liam Kirby?

Ella sacudió la cabeza.

—No, señor.

—¿Sabe usted dónde está ahora el señor Dye?

—No, aunque tampoco me interesa mucho, señor; era cruel y sólo puedo esperar que no regrese jamás.

Jed se removió, inquieto, pero O'Brien pasó por alto la audaz opinión de Hannah.

—Considerando la falta de testigos, los testimonios contradictorios de las personas que han presentado la demanda y la ausencia de pruebas, no veo motivos para llevar adelante estos cargos.

Se oyó una exclamación ahogada de la viuda Kuick, pero era Jemima quien más preocupaba a Jed. La creía capaz de cualquier cosa. Por suerte, tendría que pasar por encima de Ojo de Halcón y de Nathaniel para llegar a Hannah.

—Pasaré a la segunda serie de cargos. —O'Brien levantó el escrito, ya muy arrugado, y alzó la voz—: La mencionada Hannah Bonner, mestiza de sexo femenino, tras haber tenido la temeridad de presentarse como doctora, convenció a muchos de los ciudadanos de Paradise para que se sometieran a una supuesta vacuna contra la viruela. Pocos días más tarde se desató sobre nosotros una epidemia cuyos síntomas son: fiebre, dolores de cabeza y sarpullido en el cuerpo. Más aún: cuando Isaiah Kuick, respectivamente hijo y esposo de las demandantes, regresó de buscar a los intrusos que habían asaltado nuestra casa, en muy mal estado de salud, Hannah Bonner se introdujo en nuestro hogar sin razón ni permiso. Mientras ella estaba en su alcoba, sola con él, Isaiah Kuick empeoró y murió pocas horas después. Acusamos a Hannah Bonner de asesinar a Isaiah Kuick, con el objeto de eliminar a todas las personas que hubieran podido atestiguar contra ella.

O'Brien echó un vistazo nervioso a la muchedumbre, que parecía nuevamente a punto de estallar. Luego continuó:

—Esta demanda acusa a Hannah Bonner de practicar la medicina sin la debida preparación y experiencia; de malicioso tratamiento médico a sabiendas, por interés personal, y de homicidio por métodos todavía indeterminados. —Dio un paso atrás,

con el escrito apretado contra el pecho, y añadió en voz más baja—: ¿Tiene usted algo que decir, doctor Todd?

Richard Todd pareció alzarse entre la multitud. Jed pensó que si Moisés, al bajar de la montaña y encontrar a los hebreos adorando al becerro de oro, hubiera expresado tanta ira como Richard en ese momento, aquellos pecadores habrían huido sin esperar el castigo.

Avanzó a grandes pasos por el pasillo de la iglesia, balanceando los puños a los lados, y se detuvo frente a las viudas Kuick, sin hacer otra cosa que mirarlas. Jemima se estiró al máximo y le sostuvo la mirada, como si la ofendida fuera ella.

La cabezota desaliñada del doctor se volvió para mirar sobre la multitud y, con un vozarrón que opacaba al de O'Brien, dijo:

—Que se levante todo aquel a cuya casa haya acudido Hannah Bonner para atender a un enfermo o a un herido.

En un movimiento rápido, todos los presentes se pusieron de pie, incluidos los Bonner. Sólo las Kuick seguían sentadas. Richard clavó la mirada en Jemima.

—Creo que usted también debería levantarse, señorita.

—No quiero —siseó ella.

—Pediré ahora que se sienten quienes tengan alguna queja sobre la atención que recibieron de Hannah Bonner.

Nadie se movió. No hubo risas burlonas ni murmullos. Todos seguían en pie.

—Ratz —continuó él—, ayer perdiste a una hija, víctima de la fiebre escarlata.

Horace Ratz carraspeó.

—Así es.

—¿Y por qué sigues de pie? Me parece que tienes motivos para quejarte de la medicina que practica Hannah Bonner.

El hombre tragó saliva con tanta dificultad que lo oyeron todos los presentes.

—Es que ella salvó a los otros cinco. Cuatro de las niñas y el varón van camino de curarse. No sería justo culparla por la única que no pudo salvar.

—¿Alguno de sus niños había sido inoculado contra la viruela por Hannah Bonner o por alguna otra persona?

—No, señor —respondió Ratz, agachando la cabeza—. Me avergüenza reconocer que al principio dudé de ella. Estaba equivocado. Quiero pedirle disculpas ahora mismo, si el juez me lo permite.

—¿Alguna otra persona quiere hablar de la destreza de Hannah Bonner como doctora?

—Yo —anunció Nicholas Wilde, y una multitud de voces lo imitó por toda la iglesia, hasta que Richard alzó las manos para acallarlas. Luego se volvió hacia O'Brien.

—Creo que eso aclara el tema de la preparación médica de Hannah Bonner, señor

juez. ¿Está usted de acuerdo?

El hombrecito se encogió de hombros en un gesto de derrota.

—Sólo queda por ver cómo murió Isaiah Kuick. Podéis sentaros todos, salvo Becca Kaes.

Cuando cesaron los ruidos y los murmullos, sólo Becca permanecía de pie. Richard preguntó:

—Trabajas como criada en la casa del molino, ¿verdad?

Ella asintió con un bamboleo de cabeza.

—Sí, señor, desde que la viuda llegó a Paradise.

—¿Estabas en la casa la noche en que murió el señor Kuick?

Otro gesto afirmativo.

—¿Y quién estaba con él?

Ella puso cara de no entender.

—¿Pregunta usted quién estaba con él antes de morir, mientras tanto o después?

Richard respiró hondo.

—En las tres ocasiones, Becca. Comienza por el principio.

La muchacha bajó la mirada, y después de un momento volvió a alzarla.

—Primero estuvo Hannah Bonner. Llegó al caer el sol. El señor Kuick había mandado llamarla.

—Por lo tanto, fue invitada.

—Sí, señor. Él me pidió que la hiciera llamar y me encomendó no decir nada a su madre ni a su esposa.

—¿Y eso por qué?

Becca se encogió de hombros.

—Porque a ellas no les gustaría mucho verla allí, supongo. Hannah y Jemima no se aprecian; todo el mundo lo sabe.

—Pero tú hiciste lo que él te pidió.

—Sí, señor. Usted mismo me había dicho por la tarde que el señor estaba a punto de morir, y no puede negársele su último deseo a un moribundo.

—¿Cuánto tiempo estuvo la señorita Bonner con él?

—Más o menos una hora, señor. Le preparó una tisana para la fiebre. No oí todo lo que conversaron, pues tenía que atender a la viuda.

Jemima se volvió hacia Richard, radiante de satisfacción, y preguntó:

—¿Bebió mi esposo esa tisana, Becca?

—Sí. Yo misma lo ayudé a tomar unos cuantos sorbos.

Richard continuó:

—Después de que la señorita Hannah se retirara, ¿quién entró en la habitación?

—Yo iba cuando podía, pero estuvo mucho tiempo solo. La viuda no dejaba de llamarme; se quejaba de que le dolía la cabeza y decía que iba a pillar la escarlatina.

Pero no enfermó. Le pedí a Cookie que fuera a buscar a la señora Kuick y ella se sentó un rato con el señor, pero luego se fue, pues él dijo que no la quería allí.

—¿Y el señor Kuick se quedó solo? ¿Su madre no fue a verlo?

—No, señor. Estaba muy alterada. Yo le di el resto de la tisana que Hannah había dejado para el señor, junto con el láudano, y eso la calmó. Pasó el resto de la noche durmiendo. —A Becca le tembló la voz—. Desde entonces tengo remordimientos; debería haberla despertado para que hubiera podido acompañarlo en sus últimos momentos, pero fue tan rápido...

—Veamos si he entendido bien, Becca. Le diste a la viuda el resto de la tisana que había preparado Hannah Bonner... —Dirigió una mirada llena de intención a la viuda, que permanecía en el primer banco, muy pálida. Luego, otra más larga a Jemima—. Y luego te sentaste junto al señor Kuick hasta que murió.

—Sí, señor.

—Y la viuda está sentada aquí mismo, ¿verdad?, sana y salva.

—Aquí está, señor.

—Entonces..., la tisana no la mató.

—Que yo sepa, no, señor.

Risas sordas, apagadas por un golpe de Biblia.

—Y el señor Kuick, en esas horas finales, ¿dijo algo?

—¿A qué se refiere, doctor?

—¿Acusó a alguien de su muerte? ¿A su esposa? ¿A su madre?

—¡Doctor Todd! —tronó O'Brien. La iglesia entera se puso de pie. Después de acallar a todos con golpes de Biblia, le apuntó con el índice—. ¿Cómo se atreve a formular semejante insinuación, señor?

Richard lo miró, arrugando las cejas.

—Ellas tuvieron tanta oportunidad como Hannah Bonner de hacerle daño, señor juez. ¿No es cierto que el inocente no tiene nada que temer de una investigación?

Sin aguardar respuesta, se volvió hacia Becca, que había empezado a temblar.

—¿Acusó él a alguien de haberlo asesinado?

—No, señor. Al menos a mí no me dijo una palabra de eso. —Echó un nervioso vistazo a sus manos y luego miró otra vez a Richard—: Pero había una carta.

Por primera vez desde que se había iniciado el interrogatorio, Richard Todd se mostró inseguro. Jemima Kuick tenía una expresión como si hubiera recibido una patada en pleno vientre. La viuda, sin embargo, pareció reanimarse.

—¿Qué carta? —preguntó, levantándose poco a poco—. ¿Mi hijo dejó una carta, Becca? ¿Por qué no me la has dado?

—Lo siento, señora Kuick —explicó la muchacha, bajando la cabeza—, la carta no era para usted.

—¿Y tú cómo lo sabes? —La viuda irguió la espalda; algo de su antiguo tono fue

a llenar la iglesia—. ¿Acaso has robado esa carta, muchacha?

—No, señora, no la he robado. —Jed nunca había visto a Becca tan enfadada—. Lo sé porque él la selló con lacre y firmó bajo el sello, y luego me pidió que yo firmara también como..., ¿qué dijo?, como...

—Como testigo —acabó el juez.

—Sí, como testigo de que era él quien firmaba. —Becca alzó el mentón—. El papel no tenía más nombres que el suyo y el mío. Y ésa fue la última vez que vi la carta. No sé qué contenía ni dónde fue a parar. Pregúntele usted a Jemima. Tal vez la tenga ella.

—Yo no tengo ninguna carta —aseguró, muy tiesa. Iba a decir algo, pero hizo una pausa—. ¿Podemos continuar de una vez?

Richard Todd la observó durante un largo minuto, sin que ella lo mirara a los ojos.

—Muy bien —dijo por fin el doctor—. Puesto que no sabemos dónde buscar esa carta misteriosa, continuemos con el caso. Aunque es una pena, creo que habría aclarado muchos misterios. —De pronto se volvió hacia Becca, con una gran sonrisa—: Bien, estabas diciendo que el señor Kuick no te dijo nada de asesinatos, no hizo acusaciones ni dio nombres.

—No, señor.

—Ni habló de su madre ni de su esposa.

—No, señor. Tampoco de Hannah ni de usted. De nadie. Simplemente, cogió aire y no lo soltó nunca más.

—¿Y luego?

—Luego mandé llamarlo a usted, doctor. Y usted acudió.

—¿Y qué te dije?

—Que el señor Kuick había muerto de fiebre pulmonar complicada con escarlatina. Y que mi hermana Molly había muerto de fiebre puerperal.

—Todos lamentamos mucho lo de Molly. Gracias por tu ayuda, Becca.

Richard buscó la mirada de Hannah Bonner y le hizo una breve reverencia; después salió de la iglesia y se perdió en la noche, sin detenerse ni volver la mirada atrás. Sólo entonces notó Jed que Liam Kirby también se había ido.

Después de un momento de silencio, Axel Metzler se levantó. El pelo blanco formaba una nube en torno de su cabeza y sus ojos despedían llamas.

—Tengo algo que decir.

O'Brien movió una mano en un gesto de aceptación, como si el esfuerzo de hablar fuera excesivo. Axel paseó la mirada por la iglesia.

—En primer lugar, quiero decir, Jemima Kuick, que deberías avergonzarte de lo que has tratado de hacer con Hannah Bonner. Que la vergüenza caiga sobre ti y también sobre tu suegra. Pediré al juez aquí presente que os castigue de algún modo,

aunque me parece que con soportaros mutuamente ya tenéis bastante pena.

La viuda Kuick se levantó con mucha lentitud. Paseó su mirada por toda la iglesia, hasta que la detuvo en Hannah Bonner. Durante un largo instante, movió la boca con trabajo y luego se derrumbó, lenta y grandiosa como un árbol en medio de la tempestad, sin parpadear, sin alargar un brazo para sostenerse.

Media iglesia se precipitó hacia ella, mientras los demás huían en estampida. Jed se abrió paso por entre la multitud que rodeaba a la viuda y empujó hasta llegar al centro.

Se la veía muy anciana y pequeña, como un bebé envuelto en mantillas negras, que alguien hubiera abandonado en el suelo de la iglesia.

—Está viva —dijo alguien—. Mirad eso. Está viva.

En la cara de la viuda, la mitad de la boca se movía convulsivamente, mientras que la otra mitad caía como un saco vacío.

Hannah, de pie junto a ella, la miró con las manos colgando a los lados.

—Jemima —dijo con voz clara—, tu suegra ha sufrido una crisis nerviosa. Puedo atenderla, si quieres. Si no, será mejor que mandes a buscar al doctor Todd.

Jemima levantó la cabeza. Hannah se quedó desconcertada: durante ese único instante en que su enemiga la miró directamente a los ojos, los antiguos celos desaparecieron, dejando al descubierto a una mujer que ella nunca había imaginado. Ante ella estaba Jemima Southern, pero también aquella india anónima con el niño muerto atado al pecho, y todas las mujeres desesperadas que ella había visto, abiertas al mundo, sin esperanzas.

Tan de repente como se había presentado, esa mujer desapareció en un parpadeo. Jemima giró sobre sus talones y salió de la iglesia.

Nathaniel dijo en voz baja:

—Será mejor que hagas por ella lo que puedas, hija, al menos hasta que podamos traer a Richard. Juez O'Brien, no se mueva de aquí y observe bien todo. No quiero que Jemima Southern acuse a Hannah de haber matado a su suegra.

El hombrecillo gruñó en voz baja:

—No daría crédito a Jemima Southern, así me jurara sobre una pila de Biblias que los cerdos no vuelan. Alguacil McGarrity, hágase usted cargo.

Después de alisar la tela de su chaqueta, se alejó de allí con la espalda muy recta.

Hannah se arrodilló. Elizabeth había plegado su capa y la estaba poniendo bajo la cabeza de la viuda. Ambas cruzaron una mirada.

—¿Lo sabías? —preguntó la muchacha—. Lo de Liam.

—No. —Elizabeth apretó los labios—. No lo sabía, pero esta misma noche hablaré con él. Hay algunas preguntas para las que quiero respuesta.

Lily, que había guardado silencio mientras ellas trabajaban, alzó la voz.

—Pero ¿es que no habéis visto que se ha ido? Liam Kirby se ha ido, y tus

respuestas, con él.



Capítulo 43

—Botas —rezongó Nathaniel, soñoliento, mientras se cubría la cabeza con la almohada—, hemos repasado todo esto veinte veces, al menos. Si te digo que tienes razón, que siempre tendrás la razón en todo, por siempre jamás, ¿me dejarás dormir?

Elizabeth, con las piernas cruzadas a la luz de la vela, se inclinó para darle un pellizco. Él dio un respingo y se incorporó, ceñudo. Luego bostezó.

—Supongo que eso significa «no».

—¡Qué percepción la tuya! —dijo ella—. Es preciso que aclaremos este asunto antes de que acabe la noche, Nathaniel Bonner. ¿No querrás que tu hija mayor inicie su nueva vida con las manos vacías?

—¡Mujer! ¿No tienes bastante con todo lo que ha pasado hoy? ¡Un entierro y una boda! Hasta para ti debería ser suficiente. Y lamento recordarte que mañana tenemos una despedida.

Contempló las emociones que pasaban por la cara de Elizabeth: dolor, resignación y luego una suave alegría. Por Hannah, que esa misma tarde se había casado en una sencilla ceremonia, más parecida a las de su pueblo materno que a las de ellos. Al anochecer había ido con su esposo a las cuevas de las cascadas para pasar allí su última noche en Lago de las Nubes..., pero eso era algo en lo que Nathaniel prefería no pensar.

—Ha sido una fiesta deliciosa, ¿verdad? Creo que a Kitty le habría gustado.

Era algo que había repetido muchas veces, sobre todo para convencerse. Nathaniel, que era consciente de eso, dijo:

—Desde luego. ¿Cuándo dejó ella pasar una oportunidad de bailar?

Elizabeth asintió:

—Muy bien, dejaré de preocuparme por ese motivo, al menos. Pero aún debemos resolver qué regalaremos a Hannah.

Él bostezó otra vez.

—Si fuera por ti, Botas, todos ellos partirían cargados como mulas. Ella ya ha convencido a Palabras Fuertes de que se eche a la espalda veinticinco kilos, entre libros y material médico.

—Pues entonces podríamos regalarles a Toby.

—Ese caballo viejo no llegaría ni a Canajoharee.

Elizabeth asintió de mala gana.

—¡Si al menos tuviéramos algo de dinero para darles! ¿No te preocupa que partan sin nada?

Nathaniel se recostó contra las almohadas y se cubrió los ojos con un brazo. Estaba demasiado cansado para ocultarle lo que estaba pensando. Aunque habría

preferido evitar el tema por el momento, debía decirle lo del oro de los tories.

Entonces ella le clavó un dedo, obligándolo a incorporarse.

—Nathaniel Bonner, tienes tanta cara de culpable como tu hijo cuando ha robado la miel de arce. ¡Y no suspires como si esto fuera un castigo! Quiero que te expliques ahora mismo. ¿Por qué has puesto esa cara cuando te he dicho que no teníamos dinero para Hannah y Golpea el Cielo?

—Si quieres que te lo diga, Botas, dame un beso. —Él le tironeó de la manga del camisón y ella apartó el brazo.

—¿Por qué cambias siempre de tema?

—Porque cuando acabe de hablar, no querrás besarme durante mucho tiempo.

—¿Quieres explicarte, por favor? Es demasiado tarde para estos juegos, Nathaniel. ¿Qué quieres decir con...?

—Botas.

—¿Qué?

—Podemos.

—¿Qué es lo que podemos? ¿Regalarles a Toby?

—Podemos darles dinero —especificó Nathaniel, fatigado—. Para ser exactos, podemos darles ochocientas guineas de oro, si te sientes muy generosa.

Elizabeth palideció. El color volvió a su cara al comprender, y palideció de nuevo.

—¿Qué?

—Ya me has oído. Guineas de oro. El oro de los tories.

—¿El oro de los tories? —Su voz subió en espiral, hasta que se quebró cuando él la inmovilizó contra el colchón.

—Escúchame, Botas —susurró contra su boca—. Escúchame antes de decir nada. El oro está aquí. Recobrado. Encontrado. Desde hace apenas un día. No me he pasado los últimos ocho años sentado sobre él.

Se miraron a los ojos. Al cabo de un momento ella parpadeó.

—¿Y cómo ha venido hasta aquí? ¿Caminando con piecitos dorados? ¿Ha retornado al hogar como un montón de hijos pródigos?

Él, aliviado, contrajo una comisura de la boca.

—Temía que quisieras despellejarme vivo. Jamás dejarás de sorprenderme.

—¿Y por qué había de enfadarme? —Ella se desasía para sentarse en la cama—. Lo que siento es curiosidad. Y mucha confusión.

Él gimió.

—Por eso quería dejar esta conversación para mañana, cuando hubiera dormido un poco.

—Sobre todo —continuó ella, como si no lo hubiera oído—, sobre todo siento alivio. No sabes cuánto me afligía que se fueran sin ningún regalo nuestro.

Nathaniel se rió, se rió con el cuerpo entero, pero también con una alegre desesperación.

—Estupendo. Y ahora ¿podemos dormir?

—Aún queda por ver lo de Liam Kirby.

Él la acostó firmemente a su lado.

—No. Ahora no. Y mañana tampoco. Puede que jamás.

Estaba tensa entre sus brazos; le vibraban todos los músculos. No estaría tranquila hasta que hubiera resuelto a su entera satisfacción el misterio que rodeaba a Liam Kirby. Y eso significaba, admitió Nathaniel para sus adentros, que jamás estaría tranquila. Liam había abandonado Paradise para no volver; se lo decían las entrañas.

Poco a poco, ella se fue relajando, acurrucada en la curva de su cuerpo. No pasaría así mucho tiempo: independiente como era, se apartaría en sueños, abandonando las mantas y la protección de sus brazos para conquistar las horas nocturnas a su modo. Por la mañana estaría otra vez allí, con la cabeza apoyada en su hombro.

Los ruidos familiares de la noche estival se elevaron como si ella los hubiera convocado: los grillos, el agua de las cascadas, el crujido reconfortante de los maderos, que se curvaban como huesos viejos. Si escuchaba con atención, podía oír a sus hijos: el ritmo de su respiración, hasta el latir de sus corazones. Ahora sólo dos, donde la noche anterior había tres. Su hija mayor ya no estaba. Y él aún podía convocarla con sólo cerrar los ojos: Hannah recién nacida, risueña a los tres años, solemne a los nueve, y ya mujer, junto al hombre al que ahora llamaba esposo.

—¿Nathaniel? —le susurró Elizabeth al oído.

—¿Hum?

—Él la cuidará bien. Y ella a él.

Nathaniel le acarició el brazo hacia arriba, hasta abarcarle la cara.

—De eso no tengo ninguna duda, Botas.



Epílogo

Queridísima hija Hannah:

Han pasado seis semanas desde que nos dejaste para viajar al oeste. Confiamos en que hayáis llegado sanos y salvos. Te enviamos este paquete a la factoría de Fort Erie, según acordamos. Encontrarás en él cartas de Escocia, de los Spencer y de tu amigo Hakim Ibrahim. También ha llegado para ti una carta del secretario del presidente, lo que provocó gran entusiasmo en la aldea. Tu padre no considera prudente remitirte esa carta mientras estés en Canadá, por motivos obvios, en estos tiempos de inseguridad. Tus hermanos te han escrito sendas cartas, tarea que abordan con gran seriedad. Lo sé porque Daniel me ha preguntado si, ahora que eres una mujer casada, debía llamarte «señora». Le he recordado que eres, y serás siempre, su amada hermana, lo que ha sido un gran alivio para él.

Los gemelos te extrañan muchísimo, como todos nosotros, pero todas las noches nos reunimos a imaginarnos: tu abuelo, en primer lugar, y Jode, cerrando la marcha. Has comenzado tu vida matrimonial con un verdadero escuadrón de hombres a los que cuidar, pero si alguien puede con la tarea, ésa eres tú. Curiosity me encarga decirte que tienes permiso para zurrarlos cuando haga falta. El doctor Todd te envía sus más cordiales saludos y te recuerda que debes llevar el registro de las vacunaciones que realices en tu marcha hacia el oeste.

En la aldea hay noticias en abundancia y de diversa naturaleza. Muchas Palomas ha decidido que mañana deberemos iniciar la cosecha de maíz y que Lily debe cantar en tu lugar. Tu hermana observó, con bastante razón, que todo lo que hacemos es la primera vez que lo hacemos sin ti. A lo cual Muchas Palomas respondió que, como todas las cosas, esto también pasará.

He visitado a Nicholas Wilde para comprarle dos arbolillos, que plantaré a cada lado del cerezo. Espero que cuando vengas de visita, haya manzanas con que hacer un pastel para tu esposo.

Hemos tenido dos bodas más, después de la tuya. Dolly Smythe se casó con Nicholas Wilde, como puedes haber adivinado. Y Becca Kaes, que te prestó tan buen servicio en la audiencia, se ha casado con Charlie LeBlanc, para criar con él a sus sobrinos, los hijos de la pobre Molly. Esto ha dejado a las viudas Kuick sin criada alguna, y no han tenido éxito en sus intentos de contratar a otras, cosa que a nadie puede sorprender. Lo que sí nos sorprendió a todos fue que, hace dos semanas, el señor Gathercole visitó a la viuda Kuick, llevando una bolsa llena de monedas, cerca de mil dólares en efectivo. Según dijo —y no tenemos motivos para dudar de su relato—, la encontró en el umbral de la iglesia con una nota sin firma, donde se le indicaba que utilizara el dinero para comprar la libertad de todos los esclavos de Paradise.

No sé qué pensaría la viuda, pues desde su ataque no ha recobrado el habla ni puede levantarse, pero Jemima expresó su disgusto en voz tan alta que Anna asegura haberla oído desde la factoría. Jemima dice que ese dinero es, en realidad, el que había en la caja fuerte robada y que no se dejará convencer de lo contrario. El señor Gathercole ha declarado que no cederá a sus demandas sin pruebas creíbles, que ella no parece ofrecer. Jemima presentó una denuncia al señor McGarrity, pero él no se mostró muy dispuesto a escucharla, como puedes imaginar; sólo le aconsejó que escribiera al juez O'Brien, quien sin duda se alegraría de tener noticias tuyas.

Tu padre, que está sentado a mi lado, me recuerda lo que dice Curiosity: si Jemima continúa dando rienda suelta a sus emociones de esa manera, su bebé tendrá el carácter de una mula atacada por los tábanos, es decir: muy parecido al de su madre. Me temo que la edad me vuelve algo cruel, pero al leer estas líneas no puedo por menos que reír para mis adentros. A veces me pregunto qué acabará haciendo Jemima.

Tu padre cree que terminará por vender los esclavos, no sólo porque necesitan dinero, sino también porque el molino no marcha bien. Debo admitir que eso es cierto; los esclavos dejan que la empresa se hunda sin mover un dedo. Charlie LeBlanc le ha ofrecido comprar el establecimiento con el dinero que Isaiah le dejó a Becca —otro escándalo de primera, por supuesto—, pero Jemima dice públicamente que antes preferiría tragarse la rueda hidráulica principal. Es probable que eso también suceda.

Como supongo que esto te interesará, debo decirte que no se ha sabido nada de Liam Kirby desde que desapareció de la iglesia, aquella noche de julio. A decir verdad, aún no sé qué pensar de él. A veces me parece que sus actos de aquellas últimas semanas estaban destinados a comprar su redención o, al menos, algún grado de perdón por el papel que desempeñó en la muerte de nuestra común amiga. Otras veces pienso que en todo este asunto hay más de lo que sabemos y de lo que sabremos jamás, a menos que algún

día le arranques a Manny la verdadera historia. De cualquier modo no sé qué pensar ni qué sentir. Para pasar a cosas más alegres, has de saber que Ethan mejora. Día a día vuelve a ser el de antes y tiene menos dolores. Curiosity dice que Richard dedica menos tiempo a su laboratorio y más al niño, y que eso los beneficia a ambos. Después de todo, parece que Kitty conocía a sus seres amados mejor que ninguno de nosotros.

A pesar de lo extensa que es la carta, aún no he mencionado a tu esposo. Debo confesar que me resulta imposible escribir pensamiento alguno que no parezca excesivamente sentimental. Así que será tu padre, que insiste en dejar por mi cuenta la redacción de las cartas, quien tenga la última palabra. Te envía todo su afecto y, para Golpea el Cielo, este mensaje: que sus esfuerzos lo hagan digno de ti.

Con nuestros mejores deseos y nuestro amor de siempre, tu madrastra,

Elizabeth Middleton Bonner

* * * * *

Notas y agradecimientos de la autora

Mi relación con la ciudad de Nueva York —y por lo tanto, este relato— se inicia con Theunis y Belitjegen Quick, mis primeros antecesores conocidos, que partieron de Holanda hacia Nueva Amsterdam antes de 1640. Vivían en lo que es actualmente la calle Whitehall, donde los Spencer de esta novela tienen su hogar (ficticio). Casi trescientos años después, mi abuelo paterno llegó de Italia, pasó por Ellis Island y, unos años más tarde, se casó con una muchacha italiana, huérfana, criada en el orfanato de la Madre Cabrini, que por aquel entonces todavía estaba en Manhattan. Por estos motivos y algunos otros, mi curiosidad y mi afecto por la ciudad son infinitos.

La primera misión de todo novelista es narrar una buena historia, cosa que espero haber hecho. Mi objetivo secundario es que el lector desprevenido, atrapado en la vida de los personajes, absorba sin darse cuenta algo de historia, junto con un nuevo aprecio por la ciudad y su gente, en toda su complejidad.

Como asegura la famosa sentencia: «La realidad supera a la ficción». Por eso a veces me ha parecido necesario cambiar algunos datos del relato para tornarlos menos increíbles. Por ejemplo, existió realmente un señor Cock, que fue contador del asilo de Nueva York en los primeros años del siglo XIX, y también cierto doctor Valentine Seaman. He modificado algunos nombres al ver que los auténticos provocaban inquietud en los lectores de mis primeros borradores. Así, el señor Cock se convirtió en Cox y el doctor Seaman, en Simon. Con todos los personajes históricos que he tomado prestados para narrar esta historia he procedido así: he comenzado con los hechos disponibles y luego he inventado el resto. A fin de cuentas, esto es una novela.

Muchos de los acontecimientos aquí descritos sucedieron en realidad, aunque a veces me he tomado la escandalosa libertad de acomodarlos (muy levemente) en el tiempo. El doctor Seaman (o Simon) fundó de verdad el Instituto de la Viruela dentro del asilo. Hubo una revuelta de negros libertos delante de la casa de una rica expatriada francesa que trataba de evadir la Ley de Manumisión Gradual. Asimismo, dos irlandeses se enfrentaron a un concejal y acabaron en la cárcel, lo que provocó un escándalo del que se ocuparon ampliamente los periódicos. La apropiación por parte de la Tammany Society de las costumbres y los atuendos indios, en su celebración anual del 12 de junio, duró muchos años.

La Ley de Manumisión Gradual fue promulgada en 1799; a partir de entonces, en el estado de Nueva York la esclavitud fue perdiendo terreno poco a poco. No obstante, los esclavos continuaron arriesgándose a huir hacia la libertad, mientras que los propietarios intentaban recuperarlos, muchas veces por medio del recurso de

pagar recompensas a los cazanegros. La comunidad de Roca Bermeja y la obra de Manny están basadas en las sociedades cimarronas de aquel período.

La Sociedad de Manumisión fundó en verdad la Escuela Libre Africana, pero la Sociedad Libertas pertenece a la ficción. Para quienes estén interesados en la historia de la esclavitud, la resistencia a ella y las comunidades negras del norte, recomiendo la excelente obra de Shane White *Somewhat More Independent: The End of Slavery in New York City 1770-1810*; *The Price of Freedom*, de T. Stephen Whitman, y *Breaking Ground Breaking Silence: The Story of New York's African Burial Ground*, de Joyce Hansen y Gary McGowan.

Michael Howe es un personaje híbrido, basado en James Cheetum (editor del *American Citizen*) y en James Keltetas, abogado que escribía anónimamente para el *Journal* de Thomas Greenleaf. Keltetas fue realmente a la cárcel por defender en sus artículos a los irlandeses sentenciados a trabajos forzados por haber contestado a un concejal autoritario.

La mayoría de los recursos médicos, los tratamientos y las creencias descritos en esta novela se basan en documentos de la época. Los debates sobre la causa y el tratamiento de la viruela, la fiebre amarilla, la tuberculosis y otras enfermedades provienen de diversas fuentes históricas. Por ejemplo: los facultativos médicos de aquella época estaban sumidos en un profundo debate sobre la relación entre la sífilis y la gonorrea; muchos creían que eran diferentes manifestaciones de una misma enfermedad. Con respecto a las enfermedades causadas por los estreptococos, dominaba la idea opuesta. Los médicos de la época no reconocían la relación entre las infecciones del parto y el puerperio, las infecciones de garganta, la fiebre escarlata, ciertas infecciones epidérmicas y focales, tales como la neumonía, la sepsis y el síndrome de choque tóxico por estreptococos, y la fascitis necrotizante.

No siempre es fácil conseguir información, pero entre las fuentes más útiles figuran el *New American Dispensary*, de Thacher, *Seats and Causes of Disease Investigated by Anatomy*, de Morgagni, y el excelente *Cambridge World History of Human Disease*, publicado por Kenneth F. Kiple.

He tratado de ser tan fiel a la geografía de Manhattan en 1802 como lo permiten los registros. Todas las instituciones, edificios y lugares (el asilo, los teatros, las tiendas, el dispensario, la Escuela Libre Africana, las tabernas, las iglesias, los muelles, etcétera) han quedado en sus sitios originales, hasta donde existía información disponible. Los edificios de lo que ahora conocemos como parque Adirondack están menos documentados; las referencias a ese lugar se basan sobre todo en deducciones y aproximación. La aldea de Paradise es ficticia, pero la he situado en un lugar al oeste del Sacandaga, donde existen ciertas ruinas llamadas «Casa blanca», que pueden haber correspondido a una sola vivienda o a una aldea pequeña.

Agradezco especialmente la ayuda de historiadores y bibliotecarios: Dan Prosterman pasó horas rebuscando en los Archivos Municipales de Nueva York; el personal de la Sociedad Histórica de Nueva York y el de la Biblioteca Pública me prestaron una gran ayuda en la localización de documentos. Steven Lopata me facilitó abundancia de datos sobre los laboratorios químicos; Adrienne Mayor colaboró en el rastreo de informaciones sobre fósiles y mitos en el valle del Hudson; Jim y Janet Gilsdorf continúan proporcionándome excelentes datos médicos.

A mis lectores y amigos, siempre receptivos, atentos y fieles —Suzanne Paola, Patricia Bolton y Quienes No Deben Ser Mencionados—, mi infinita gratitud. También agradezco a la UCross Foundation por permitirme un mes de reclusión en el desierto de Wyoming para escribir. A Harmony y Loren Kellogg, por su respaldo, su amistad y el regalo de un refugio con buenas vistas. Tamar Groffman me proporcionó otro tipo de espacio apacible y una guía serena que me sirvió de mucho en los momentos más difíciles.

Como siempre, agradezco a mi agente y amiga Jill Grinberg, a mi estupenda correctora Wendy McCurdy y a Nita Taublib, el aliento y el entusiasmo que me brindaron.

Y, por supuesto, están Tuck, Bill y Beth, ahora y siempre.



ROSINA LIPPI-GREEN (SARA DONATI) Nació y creció en Chicago, pero vivió una larga temporada en los Alpes austriacos y en Michigan. Se doctoró en Lingüística en Princeton. Es catedrática de Lingüística y Literatura de la Universidad Western Washington. Autora de un polémico ensayo, *English with an Accent: Language, Ideology and Discrimination in the United States*. Después de doce años ejerciendo como profesora, levantándose pronto y acostándose tarde para poder escribir ficción, tomó la decisión de dejar la academia. En 1998 publicó su primera obra de ficción, *Homestead*, una colección de relatos cortos muy bien acogida por el público y que recibió numerosos elogios de la crítica. *El lago de las nubes* es la tercera novela de la saga de la Familia Bonner.

Actualmente escribe a tiempo completo en Puget Sound, donde ella vive con su marido (matemático), su hija y sus mascotas. Divide su tiempo entre sus próximas novelas, la familia, los amigos, la televisión y el arte del tejido.